

A black and white portrait of two women, Elizabeth Gaskell and Charlotte Brontë, from the chest up. Elizabeth Gaskell is on the left, and Charlotte Brontë is on the right. Both are wearing high-collared dresses typical of the mid-19th century. The background is plain and light-colored.

Elizabeth Gaskell

Vida de
Charlotte Brontë

ELIZABETH GASKELL

Vida de Charlotte Brontë

Traducción de Angela Pérez

Alba

Sinopsis

Vida de Charlotte Brontë se publicó en 1857, dos años después de la muerte de Charlotte, escrita por Elizabeth Gaskell, buena amiga de la autora, a instancias del propio padre de la novelista.

Se trata de una vida trágica, comparable a cualquiera de sus novelas; huérfana de madre desde muy joven, Charlotte tuvo que cultivar la imaginación para escapar de una vida llena de privaciones.

Título Original: *The Life of Charlotte Brontë*

Traductor: Pérez, Angela

©1857, Gaskell, Elizabeth

©2001, Alba

ISBN: 9788484289401

Generado con: QualityEbook v0.72

INTRODUCCIÓN

1

La *Vida de Charlotte Brontë* se considera no sólo una de las mejores biografías escritas en inglés sino también una de las mejores obras de la escritora Elizabeth Gaskell, cuyas novelas y relatos le han proporcionado un gran prestigio literario. Cuando el padre de Charlotte Brontë pidió en 1855 a la señora Gaskell que escribiera y publicara una historia de la vida y de las obras de su hija, «breve o larga, como usted juzgue más conveniente y apropiado»,¹ la escritora ya había publicado tres novelas largas, acogidas con grandes elogios, aunque no siempre con aprobación. También había publicado una amplia serie de artículos y cuentos, entre los que si bien *Cranford* es el más memorable, es sólo un ejemplo y especialmente popular. La *Vida de Charlotte Brontë* marcaría un hito en la carrera literaria de su autora. Las tres novelas que ya había publicado (*Mary Barton*, 1848; *Ruth*, 1853 y *Norte y Sur*, 1855) se centraban en temas sociales y habían provocado tanta polémica como admiración. La biografía de Charlotte Brontë, lejos de aplacar esas tensiones, involucró a la autora en tanta controversia que seguramente volvió al género novelesco con verdadero alivio. En realidad, ninguna de las obras posteriores de Elizabeth Gaskell, en las que vuelve a los ambientes provincianos o históricos, como en el caso de *Los amantes de Silvia*, le supondría la tensión mental y emocional que debía parecerle consecuencia inevitable de la creación literaria.

2

Charlotte Brontë murió el último día de marzo de 1855. Llevaba entonces casada casi nueve meses con el reverendo Arthur Bell Nicholls, coadjutor de su padre. Su muerte se debió sin duda a la combinación de la misma afección tuberculosa que había acabado con la vida de su hermano y de sus dos hermanas en nueve meses (1848-1849), y del embarazo confirmado, que habría sido desastrosa en cualquier mujer de treinta y nueve años y de constitución física tan frágil como la suya. La muerte de Charlotte tuvo consecuencias inevitables para los dos últimos miembros del círculo familiar: su padre, el indómito Patrick, que contaba entonces setenta y ocho años, y su esposo, el coadjutor por quien Patrick había demostrado como mucho una vaga consideración. En cierto sentido no hay nada más penosamente irónico en toda la historia de la familia Brontë que el hecho de que Patrick se viera confinado en la rectoría sus últimos seis años como vicario titular de Haworth con el viudo de su hija, por quien nunca llegó a sentir afecto, pero cuyo sentido del deber le obligó a ocuparse del anciano hasta el final de su larga y trágica existencia.

La muerte de Charlotte produjo un sentimiento de pérdida igualmente profundo en el mundo literario. Su fama se basaba en la publicación de tres novelas importantes, *Jane Eyre* (1847), *Shirley* (1849) y *Villette* (1853); y, a un nivel más prosaico, resultó acrecentada por la curiosidad que despertaba una autora cuya vida privada había transcurrido oculta por un seudónimo en un

remoto pueblo del condado de York, aunque contransparencia creciente. Las visitas ocasionales que Charlotte había hecho a Londres y que la señora Gaskell relata en la biografía tuvieron que resultar todo un acontecimiento precisamente por su afán casi paranoico de pasar inadvertida, y por ello fue inevitable que a su muerte siguiera una serie de notas necrológicas cuya precisión y gusto fueron reemplazados en buena medida por especulaciones. En estas circunstancias, Patrick Brontë, a instancias de Ellen Nussey, la mejor y más antigua amiga de Charlotte, pidió a la señora Gaskell que escribiera y publicara la que vendría a ser una biografía oficial.

Elizabeth Gaskell era sin duda la candidata idónea para el cometido. Había conocido a Charlotte en la residencia ribereña de sir James y lady Kay Shuttleworth en agosto de 1850. Ambas novelistas mantuvieron correspondencia a raíz de aquel primer encuentro y, lo que quizá sea más significativo si tenemos en cuenta la ansiedad que le causaba a Charlotte tanto hacer como recibir visitas, ambas visitaron sus respectivos hogares. Charlotte fue tres veces a Plymouth Grove, el hogar de la señora Gaskell en Manchester; y en 1853 la señora Gaskell recibió una invitación a Haworth, donde conoció a Patrick Brontë, a quien agradó, y que a su vez, como nos cuenta en la biografía, la impresionó a ella claramente y en modo alguno de forma negativa. Si bien por ambas partes las visitas fueron escasas, el simple hecho de que se produjeran, teniendo en cuenta la vacilación de Charlotte acerca de las relaciones sociales, demuestra la simpatía recíproca que sentían ambas novelistas. El alcance de los sentimientos de Charlotte hacia Elizabeth puede medirse por la admiración declarada por su obra, en concreto por *Ruth*, y por el afecto menos solemne pero no menos significativo que demostró por las hijas de la señora Gaskell. Pues el hecho de que Charlotte venciera su antipatía innata hacia los niños en este caso era prueba inequívoca de su cariño. Parece que la señora Gaskell no pudo corresponder de igual modo a los elogios literarios de su amiga. Aparte de la minuciosa descripción de la génesis de *Jane Eyre*, cuyo reconocimiento público como obra maestra parece aceptar la autora de la *Vida* de forma un tanto automática, y de la descripción de las dificultades que afrontaron las hermanas Brontë en sus primeros intentos de publicar sus escritos, los comentarios que hace en la biografía sobre las novelas bronteanas se limitan en general a relacionarlas con circunstancias e incidentes concretos de la vida de las autoras, o a registrar las reacciones de las reseñas críticas. Los comentarios suelen ser generales, y así, por ejemplo, en el capítulo II del volumen II, dedica sólo una página a «Currer Bell» y vuelve a «Charlotte Brontë» después de esta observación:

A partir de entonces, la existencia de Charlotte Brontë se divide en dos corrientes paralelas: su vida como «Currer Bell», la autora; y su vida como «Charlotte Brontë», la mujer.

Y en esa misma página concluye el análisis de las novelas bronteanas con esta nota especulativa:

Tal vez hubiese sido preferible que hubieran descrito sólo a personas buenas y agradables, que hacen sólo cosas buenas y agradables (en cuyo caso podrían no haber escrito nunca). Sólo diré que jamás, en mi opinión, mujeres tan asombrosamente dotadas ejercitaron sus talentos con más pleno sentido de la responsabilidad. En cuanto a los errores, se hallan ahora (como autoras y como mujeres) ante el trono de Dios. (Véase p. 373.)

Hay un pasaje igualmente vacilante al final de la *Vida* (pp. 559-560) en el que la autora analiza la «vulgaridad» que se había reprochado a las novelas de Charlotte Brontë, y en el que advertimos de nuevo cierto embarazo por su parte. Los lectores de las novelas de la señora Gaskell estarán familiarizados con el tono evasivo que la autora suele adoptar cuando aborda un problema moral que preferiría eludir (véase, por ejemplo, el tratamiento que hace de la huelga en *Mary Barton*, o su ambigüedad sobre el grado de responsabilidad de la protagonista de *Ruth* por lo que le pasa). Creo que todo parece indicar que la señora Gaskell conocía y admiraba en muchos aspectos las obras de las hermanas Brontë, pero que la inquietaban un poco.

La torpeza en cuanto al juicio literario quizá indique una disparidad mayor entre biógrafa y biografiada. Ya he apuntado que Charlotte era una reclusa por temperamento y circunstancias, aunque reacia. Además, su profunda sensibilidad emocional y su inestabilidad psicológica, intensificadas por su situación, sólo podían hallar una salida indirecta en sus novelas, que sus contemporáneos consideraron a veces inquietantes desde el punto de vista de las normas de comportamiento establecidas. Era tan intolerante como impredecible en sus juicios políticos, religiosos y literarios, y sentía un desprecio por el éxito social debido probablemente a la envidia, que es consecuencia natural de un sentimiento de represión. Un ejemplo de ello es su desconcierto acerca de Thackeray: primero decide idolatrarlo, y luego se inquieta al descubrir cierta ambigüedad moral en el empleo de sus talentos. El duque de Wellington era un héroe mucho más fiable. La señora Gaskell, en cambio, no sólo era la feliz madre de una familia a todas luces bien integrada, sino también una escritora prestigiosa por derecho propio. Disfrutaba claramente de la compañía de los conocidos intelectuales y literarios que su carrera le había deparado y aceptaba de buen grado el placer de viajar al extranjero sin más. Llevaba en conjunto una vida cultural que apenas queda reflejada en el comentario tergiversador que hace lord David Cecil, en su *Early Victorian Novelists*, de que era una «paloma» que «desempeñaba con decoroso entusiasmo los deberes propios de la esposa de un ministro unitario [y] consideraba al hombre el señor benevolente y legítimo de su sexo». En realidad, todas las pruebas con que contamos indican que la situación doméstica y social de los Gaskell era mucho más refinada, por no decir compleja, de lo que parece dar por sentado ese juicio.

Si consideramos las diferencias que existían entre Elizabeth Gaskell y Charlotte Brontë nos vemos obligados a reconocer que su amistad en realidad fue una combinación de ideas afines y dispares; y el hecho mismo de que se hicieran amigas pese a sus disparidades es paradójicamente un tributo a la fuerza de su amistad. Creo que se combinaron dos factores para dar lugar a la relación cuyo fruto a la larga sería esta biografía. En primer lugar, y fueran cuales fueren las diferencias patentes de su experiencia social y de su comportamiento, ambas mujeres compartían la misma fe religiosa y, sobre todo, la idea de que la verdadera expresión de esa fe tenía que hallarse en la supeditación al deber; la ética se manifiesta en toda la obra de la señora Gaskell y a su vez en toda la vida de Charlotte Brontë. En segundo lugar, es evidente que desde el principio de su relación la señora Gaskell vio en Charlotte Brontë la encarnación de todas las cualidades con que había dotado ella a sus personajes de ficción. Pero esta afirmación podría insinuar un interés casi impropio en la relación por parte de Elizabeth Gaskell que, a mi entender, puede inducir a error: en la primera frase del segundo capítulo de la biografía, la autora se refiere con pleno

convencimiento a «mi querida amiga Charlotte Brontë». No obstante, la semejanza de la situación de Charlotte Brontë y la de las heroínas de las novelas de Elizabeth Gaskell es tan notable, y tuvo consecuencias tan evidentes en la biografía propiamente dicha, que no podemos pasarla por alto.

Como ya he indicado, la idea de que la señora Gaskell escribiera la biografía de Charlotte Brontë partió inicialmente de Patrick Brontë, aunque dio la casualidad de que quince días antes de que él se lo propusiera la autora había escrito por iniciativa propia a George Smith, el editor de Charlotte Brontë, manifestándole:

[...] si vivo lo suficiente y no hay nadie a quien tal testimonio pueda ofender, publicaré lo que de ella sé, y haré que el mundo (si mi fuerza expresiva me lo permite) honre a la mujer tanto como ha admirado a la escritora.

Las prioridades expresadas son significativas a la luz de cómo se escribió la biografía; y pocos días después vemos esta carta complementada con una mucho más larga, también dirigida a Smith, llena de recuerdos de Haworth, y que de nuevo concluye manifestando de forma más positiva su confianza:

[en que] llegue el día en que se conozca su triste y desesperada vida y el hermoso carácter que forjó de ella (Gaskell Letters, pp. 345-346).

Todo parece indicar que la petición de Patrick Brontë llegó en un momento casi telepáticamente oportuno.

La fascinación que la vida de Charlotte Brontë ejercía en Elizabeth Gaskell no se hizo patente después de su muerte, sino ya en el primer encuentro de ambas en casa de Kay Shuttleworth en el verano de 1850.

La señora Gaskell pasó entonces sólo tres días con Charlotte, tras lo cual explica en una larga carta a su amiga Catherine Winkworth sus impresiones de forma tan precisa y hace una serie de comentarios sobre la situación de Haworth tan detallados que yo creo que no exagero si digo que esa carta representa en cierto modo la biografía misma en estado embrionario. «No tenía ni idea de que pudiera existir una vida como la de la señorita Brontë», escribe, y pasa a perfilar con todo detalle, al parecer basándose en lo que le había explicado lady Kay Shuttleworth, la historia de una heroína victoriana que no habría osado inventar ningún novelista. Como ya he indicado, Charlotte Brontë poseía todas las cualidades para ser protagonista de una novela de Elizabeth Gaskell: tenía la responsabilidad de cuidar a un padre viudo y problemático en las circunstancias menos alentadoras, igual que Mary Barton, o Margaret Hale de *Norte y Sur*, y, en menor grado, como Molly Gibson de *Esposas e hijas*; tuvo que afrontar de la forma más directa y personal la cruda realidad de la enfermedad y de la muerte, como las heroínas de las novelas; y, pese a todo ello, sobrevivió con su integridad moral fortalecida por una abnegación sobrehumana. Ningún argumento jamesiano fue nunca más explícito: en aquel primer encuentro sólo faltaba el final del matrimonio feliz que, aunque breve, aportaría Arthur Bell Nicholls. En su lugar, encontramos esta ominosa observación: «Parece bastante probable que haya contraído también tisis». (La parte esencial de esta carta es demasiado larga para citarla en esta introducción y la incluyo en el Apéndice B. Puede consultarse la carta completa en *Gaskell Letters*, pp. 123-126.)

La imaginación literaria de Elizabeth Gaskell se vio así excitada desde el principio por las circunstancias de la vida de Charlotte Brontë, y las consecuencias de su instinto de novelista tendrían extraordinaria importancia en la biografía. Pero hay que tener en cuenta también otro elemento que viene a complicar cualquier valoración de la *Vida*, y que concierne a los aspectos concretos del gusto literario victoriano que la biografía como género se prestaba a satisfacer especialmente y que explica la proliferación de obras de este género en todo el periodo.

importancia que se daba en Inglaterra a la biografía como género literario; y, al hacerlo, definía la que él consideraba la debilidad característica de las obras de sus predecesores inmediatos en este campo:

Parece que el arte de la biografía está pasando un mal momento en Inglaterra. Bien es cierto que se han escrito algunas obras maestras, pero aquí nunca ha existido una gran tradición biográfica como en Francia [...] En nuestro caso, la rama más delicada y más humana del arte literario se ha relegado al oficial de las letras; no comprendemos que quizá sea tan difícil escribir una buena vida como vivirla. Los dos gruesos volúmenes con que es nuestra costumbre honrar a los difuntos —¿quién no los conoce, con su masa de material indigesto, su estilo descuidado, su tedioso tono de panegírico, su lamentable falta de selección, de objetividad, de estructuración?— son tan familiares como el cortège fúnebre y tienen el mismo aire de lenta barbarie. Uno se siente tentado a suponer que algunas han sido escritas por el encargado de pompas fúnebres como tarea final de su trabajo.

Resulta tentador especular si al expresar tal analogía Strachey estaría pensando en sir Leslie Stephen, que dirigió la edición del *Dictionary of National Biography* desde su inicio en 1882 hasta que se retiró por enfermedad en 1891, como artífice, en palabras de Strachey, del mausoleo más grande de todos los tiempos. Cabría argumentar que las preferencias de Strachey eran diseccionar el cadáver en vez de darle un enterramiento digno; pero sus comentarios son interesantes porque definen a su peculiar modo tanto la forma que había adoptado la biografía en el siglo XIX como el carácter de su significación. Esos «gruesos volúmenes» (que en muchos casos eran tres) fueron un fenómeno de la literatura victoriana al que quizá haya prestado poca atención el historiador de la literatura.³ De su proliferación da buena prueba *La Vida de Charlotte Brontë*. En los paquetes de libros que sus editores enviaban amablemente a Charlotte figuraban invariablemente ejemplares como *La vida de Arnold* (1844), de Stanley, cuyo derecho al título de clásico no puede negarse, y ejemplos menos notables del género, como *Representative Men* (1844) de Emerson —una especie de *Heroes and Hero-Worship* transatlántico⁴— y los seis volúmenes de *Life and Correspondence (1849-50)* de su padre que escribió C. C. Southey. Muchas de esas obras en realidad eran manifestaciones de devoción filial o conyugal como, por ejemplo, *Life and Letters* de su marido, escrito por la señora Kingsley en dos volúmenes (1877); pero fueran cuales fueren su origen y su calidad, la demanda de biografías era considerable, como indicaban los catálogos de las editoriales y la atención que recibían en las reseñas críticas. El *Dictionary of National Biography*, cuyo último tomo se publicó en 1900, fue realmente la culminación apropiada tanto del género como del gusto que satisfacía.

Es fácil comprender el interés por la biografía de los lectores victorianos. Tenía el mismo aliciente que la novela, que se suele considerar que alcanzó su plena madurez en el mismo periodo, el de una narración con un propósito implícitamente moral; pero en realidad aventajaba a la novela porque era «real», añadiendo interés histórico al carácter imaginativo. Esa aparente ventaja se convirtió pronto en causa de un conflicto de prioridades insoluble, pero la oportunidad de ensalzar a los grandes hombres, como tributo a los difuntos y como ejemplo para los vivos, era invariablemente demasiado bien acogida para dejarla pasar en una época en la que el logro

personal y el mérito moral iban inextricablemente unidos. Carlyle expuso el interés del lector por la biografía en una crítica de la edición de Croker de 1831 de la *Vida de Johnson*, de Boswell (reeditada posteriormente con el título de *Biografía*):

Qué inefable satisfacción conocer a nuestro semejante; examinar su interior, comprender sus motivaciones, desentrañar plenamente su misterio; y no sólo examinar su interior, sino también el exterior, ver el mundo entero como lo vio él; de tal forma que podemos interpretarlo teóricamente y casi podríamos representarlo en la práctica; ¡y ahora discernimos plenamente tanto la clase de hombre que es como lo que logró realizar y por lo que perdura! [...] no sólo en el discurso común de los hombres, sino en el arte general también, que es o debiera ser la esencia concentrada y preservada de lo que los hombres pueden explicar y demostrar, la biografía es casi lo único necesario [...]

Después de censurar «la ficción, [que] mientras su inventor sabe que está inventando, es más partícipe de lo que imaginamos de la naturaleza de *mentir*», Carlyle exhorta al lector a considerar lo «admirable que puede ser el *hecho* histórico más insignificante comparado con el suceso ficticio más grandioso». Resulta curioso, por no decir divertido, ver a Carlyle y a Lytton Strachey defender al unísono la preeminencia de la biografía como género literario; y Carlyle tenía intereses personales en el asunto, por supuesto. En muchos casos, sin embargo, nos da la clave para comprender un fenómeno victoriano intelectual y literario. Sus consejos se siguieron, a diversos niveles, desde su *Life of Starling* (1851), por ejemplo, hasta *Lives of the Engineers* (1874), de Samuel Smiles. De vez en cuando se manifestaron celos acerca de los motivos de la biografía como género y acerca del gusto que la pedía. Pero no se plantearon objeciones serias hasta que no empezaron a manifestarse plenamente las consecuencias de la demanda de biografías. Mientras tanto, las editoriales siguieron satisfaciendo la demanda.

Entre todas las pruebas de que podía disponer el biógrafo victoriano, la más asequible era la correspondencia de la persona biografiada. La forma habitual de las biografías era *Vida y cartas*, a menudo en dos volúmenes, cada uno dedicado a un aspecto; una variante más sutil consistía en intercalar la correspondencia con los comentarios del biógrafo, método que empleó de forma admirable Carlyle en su *Letters and Speeches of Oliver Cromwell* (1845) y más discretamente, por ejemplo, J. W. Cross en su *Vida de George Eliot* (1885). La *Vida de Charlotte Brontë* en realidad es una variante de la segunda forma; en determinado momento de la obra, la señora Gaskell expone explícitamente el lugar que la correspondencia de su biografiada ocupará en sus prioridades:

Ateniéndome a la convicción, que he abrigado siempre, de que cuando puedan emplearse las palabras de Charlotte Brontë no debían ocupar su lugar otras, tomaré extractos de esta serie [es decir, de las cartas de Charlotte Brontë] por orden cronológico. (Véase p. 321.)

Tan abundante uso de la correspondencia era, por supuesto, una prolongación lógica de las alegaciones en favor de la biografía como encarnación de la «verdad», si bien la misma diligencia de muchos biógrafos en localizar e incluir el mayor número de cartas posible tuvo consecuencias

que, de haberse previsto, parece que no los hubieran disuadido de su búsqueda. Por supuesto, el problema estaba y ha estado siempre implícito en la biografía conmemorativa: los objetivos del hagiógrafo apenas se sirven mejor de los métodos de la investigación científica. El problema era especialmente grave para los victorianos, no obstante, por su fe en las enseñanzas del mérito moral de los individuos representativos y su fe concurrente aunque apenas complementaria en el innegable valor de los «hechos reales». Añádase a eso que la biografía, por su propio carácter, plantea los aspectos contrapuestos de veracidad y discreción, y se comprenderá fácilmente que no sólo la *Vida de Charlotte Brontë*, sino también muchas otras grandes biografías de la época victoriana, desde la de *Scott*, de Lockhart (1836-1838), hasta la de *Carlyle*, de Froude (1882-1884), desataron los nervios de sus lectores de forma especialmente dolorosa. Tennyson había publicado un poema ya en 1849 («A—, tras leer una vida y cartas»), en el que comentaba mordazmente el carácter indiscreto de las actividades del biógrafo:

*Pues ahora el Poeta ya no puede morirse
ni abandonar su música como antaño lo hacía,
sin que a su alrededor empiecen a sentirse
los gritos y el escándalo en cuanto él se enfría.*

El propio Tennyson se preocupó morbosamente por la posible revelación pública de su vida y tomó medidas para evitar las intrusiones después de la muerte (parece ser que también lo hizo la señora Gaskell); pero la preocupación general por la invasión del biógrafo en la intimidad doméstica ciertamente había sustituido la confianza de Carlyle en el valor del género bastante antes de que acabara el siglo. Y así, Thomas Love Peacock escribía en 1858:

*Ningún hombre está obligado a escribir la vida de otro. Ningún hombre está obligado a contar al público todo lo que sabe. En cambio, sí está obligado a callar lo que pueda perjudicar los intereses o herir los sentimientos de los vivos, sobre todo cuando éstos no han calumniado en modo alguno a los difuntos... (cit. J. L. Clifford, *Biography as an Art*, p. 94).*

Y en 1883, la señora Oliphant, en un artículo largo titulado «La ética de la biografía» publicado en *Contemporary Review*, esbozaba el carácter general de las responsabilidades y problemas del biógrafo con tanto vigor que la empresa parecía casi irrealizable:

El problema de hasta dónde debe permitirse al mundo entrar en esos santuarios e invadir la intimidad que toda persona tiene derecho a guardar para sí es uno en que la delicadeza de sus percepciones y ese buen gusto del corazón, que ninguna norma artificial puede suplir, soportarán una dura prueba (cit. Clifford, op. cit., p. 100).

Elizabeth Gaskell se entusiasmó tanto con la idea de cumplir la petición de Patrick Brontë, que, aunque cada vez comprendía mejor las dificultades de la tarea del biógrafo, se negó a permitir que éstas la disuadieran. Como novelista de éxito, realmente podía abordar con confianza la organización de una obra extensa; sólo la experiencia le demostraría lo difícil que resultaba al

Elizabeth Gaskell recibió una carta de Patrick Brontë pidiéndole que asumiera la tarea de escribir la *Vida* el 16 de junio de 1855; dos días más tarde, la autora escribió a George Smith, el editor de Charlotte Brontë, comunicándole su intención de iniciar la obra de inmediato:

Me he tomado un tiempo para considerar la propuesta [...] pero he aceptado escribirla lo mejor que pueda [...] Estoy deseando cumplir a plena satisfacción el grave deber que se me ha impuesto. Eso confirma mi decisión de ir a Haworth, pues ahora tengo que ver al señor Brontë, y me haría usted un grandísimo favor si me confiara cualquier información que tenga sobre ella y que esté dispuesto a divulgar [...] (Gaskell Letters, pp. 349-350)

La señora Gaskell fue a Haworth el mes siguiente; allí encontró no sólo a Patrick Brontë, sino también a Nicholls, cuyo tibio entusiasmo por el proyecto le pareció preocupante. «Él era partidario de que no se escribiera, pero cedió al impetuoso deseo del señor Brontë; y me bajó todo el material que podía facilitarme: una docena de cartas [de Charlotte], dirigidas casi todas a su hermana Emily, algunas a su padre y a su hermano y una a su tía» (*Gaskell Letters*, p. 361). Nicholls se mostró siempre contrario al proyecto, pero prestó a la señora Gaskell la inestimable ayuda de aconsejarle que acudiera a Ellen Nussey si lo que quería era correspondencia; y Ellen Nussey cumplió su cometido proporcionándole unas 350 cartas. Ellen Nussey pertenecía al grupo de amigas que hizo Charlotte Brontë en el colegio de Roe Head, donde fue primero alumna y luego profesora auxiliar. Las otras amigas del grupo eran Mary Taylor, que emigró a Nueva Zelanda, y su hermana Martha, que murió en Bruselas cuando Charlotte estaba allí. En realidad, Ellen era la menos dotada del grupo, pero fue la única que se quedó en Yorkshire. Su situación como soltera era bastante parecida a la de Charlotte y por eso desempeñó el papel de confidente especial y pudo proporcionar a la señora Gaskell en las primeras etapas de su investigación el grueso de la correspondencia en que se basa la biografía. Ahora sabemos que las 350 cartas eran sólo una parte del tesoro de Ellen Nussey, y todo parece indicar que tachó nombres propios y en realidad pasajes enteros antes de entregárselas a la biógrafa —volveremos a este tema más adelante—; pero lo cierto es que muy pocos biógrafos habrán contado con semejante ventaja al principio de su empresa.

Las investigaciones de la señora Gaskell en Haworth no concluyeron en Ellen Nussey: hizo varias visitas al pueblo y habló con vecinos y conocidos de la familia Brontë que le proporcionaron información más o menos precisa. Tampoco terminaron sus pesquisas en Haworth, pues estaba decidida a visitar todos los lugares que habían tenido alguna relación con su biografiada. Fue a Londres, donde visitó al editor George Smith y a su asesor W. S. Williams, que le facilitaron más correspondencia, y donde se familiarizó con los lugares en que había estado Charlotte. Más dramática desde el punto de vista de sus consecuencias fue su visita al Pensionnat Heger de Bruselas, donde Charlotte había pasado dos de los años más importantes de su vida. Y mientras hacía esto, escribió a todas las personas que habían conocido a Charlotte: a Mary Taylor,

por ejemplo, una de cuyas cartas desde Nueva Zelanda recibió a tiempo de incluirla en las dos primeras ediciones de la *Vida*, y que resultó ser una grata fuente de apoyo cuando la señora Gaskell se vio obligada a revisar la biografía para la tercera edición; a la señorita Wooler, profesora de Charlotte en Roe Head; a las hermanas Wheelwright, que conocieron a Charlotte en Bruselas; y a John Greenwood, el dueño de la papelería de Haworth, que había abastecido de material de escritura a las hermanas Brontë. Es evidente que nadie podría afirmar que la biografía no estaba bien documentada, según las normas de la época, fueran cuales fueren sus defectos.

La señora Gaskell dejó constancia de que terminó la *Vida de Charlotte Brontë* el 7 de febrero de 1857. Una semana más tarde salió hacia Roma, tras haber entregado el manuscrito a George Smith, cuya editorial lo publicó seis semanas después, el 25 de marzo. Si tenemos en cuenta la investigación que se llevó a cabo para el proyecto, así como la extensión de la obra, hay que reconocer que el hecho de que la terminara en poco más de año y medio fue una verdadera hazaña por parte de la autora (sin mencionar la aportación del editor). La correspondencia de la señora Gaskell durante el tiempo que dedicó a escribir la biografía muestra dos tendencias opuestas. Es evidente, en primer lugar, que la emoción generada por sus descubrimientos se transfirió a la escritura del libro, que parece no haber causado en sí misma más problemas que los que conlleva normalmente la creación literaria. Y así, en agosto de 1856, después de un año de trabajo, del que había dedicado buena parte a la acumulación de material documental, la señora Gaskell podía escribir con cierta confianza:

Calculo que estoy más o menos a la mitad de la Vida, pero lo restante consistirá principalmente en cartas, que sólo tendré que copiar, y no creo que me lleve mucho tiempo (Gaskell Letters, pp. 404-405).

Y si luego comenta el cansancio que sentía tras un largo periodo de trabajo, es indicio de la fatiga natural cuando el proyecto se acercaba a su fin tanto como de las dificultades relacionadas con la escritura propiamente dicha. Pero al mismo tiempo que la señora Gaskell estaba realizando tan satisfactoriamente su riguroso plan, haciendo caso omiso de las distracciones de una proyectada edición póstuma de *El profesor* (idea acerca de la que abrigaba más que simples dudas críticas literarias), sus cartas empiezan a expresar preocupación por algunos de los peligros potenciales de lo que está haciendo, sobre todo por la forma en que la obra podría afectar a la vida de personas que seguían vivas y cuyas relaciones con la familia Brontë, honorables o no, saldrían a la luz.

La señora Gaskell había descubierto motivos de preocupación en sus investigaciones. Estaba, por ejemplo, el famoso incidente de Bruselas, que figura en una carta a Ellen Nussey, en que cuando fue al internado Heger la había recibido el señor Heger, y de forma claramente intencionada no su esposa. Tampoco podría pasar totalmente por alto la deshonra de Branwell. Y Nicholls mostraba cada vez más abiertamente su desconfianza en todo el proyecto. «Me gusta la nota del señor Brontë. Pero estoy disgustada con Nicholls —le escribe a Smith en julio de 1856, cuando el marido de Charlotte se había negado a dejarle el retrato de ella para que hicieran una copia—. Comprenderá ahora la obstinación que me induce a temer que sea infructuosa cualquier nueva solicitud por mi parte de documentos, cartas, etcétera» (*Gaskell Letters*, p. 393). En el

último momento, en noviembre de 1856, las preocupaciones fundamentales por las consecuencias que podía tener la publicación de la correspondencia parecían amenazar todo el proyecto. La señora Gaskell se enteró de que el señor Nicholls, como albacea de Charlotte, tenía derecho a prohibir la publicación de los documentos de su esposa, fuera cual fuese su procedencia, y escribe desesperada a Smith:

El señor Nicholls es un individuo sumamente mudable para tratar con él. Si le pidiera permiso para citar largos extractos de las cartas de Charlotte, como estoy haciendo, seguro que me lo negaría; si no se lo pido y sigo como estoy haciendo, creo que suspiraría y lo aceptaría. Pero no puedo estar segura. Avanzaba tan maravillosamente y sentía o imaginaba que el interés aumentaba con cada página. Barruntaba algunos problemas, por supuesto, pues es evidente que la señorita Nussey cuenta con ver los extractos que he tomado de la correspondencia de la señorita B con ella —entretejidos como estaban dichos extractos en la Vida—, mientras que el señor Brontë y el señor Nicholls me escriben expresando el deseo de que no permita a nadie más que al señor Gaskell ver el manuscrito antes de entregárselo a usted. Pero lo que más me desconcierta son las cartas; le copiaré una de las cartas del señor Nicholls a la señorita Nussey. Bueno, no tengo tiempo de copiarla, así que le envío mi copia, que le ruego me devuelva. He puesto sumo cuidado en no incluir nada de las cartas de la señorita Brontë que pueda involucrar a otros. En algunos casos oculto el nombre de los destinatarios (Gaskell Letters, p. 421).

En vista de todos estos problemas, no es extraño encontrar a la señora Gaskell dedicada a escribir otra carta a Smith el día de San Esteban de 1856, en la que le pide una renegociación de las condiciones económicas que tenga en cuenta «la cantidad de trabajo dedicado a la biografía (y no digamos ya la preocupación en diversos aspectos)», que calcula que es el doble del que le había llevado su novela *Norte y Sur*. Los celos de la señora Gaskell acerca de Nicholls resultaron infundados, llegado el momento. El editor Smith consiguió el permiso necesario sin problemas. Pero es indudable que escribir la *Vida de Charlotte Brontë* sometió a su autora a toda la tensión que podía soportar. Y tampoco cabe duda de que su viaje a Roma en cuanto acabó el manuscrito estuvo motivado tanto por miedo a futuros problemas como por la necesidad de un bien merecido descanso.

5

Por grande que fuera la tensión de trabajar en la *Vida* para la señora Gaskell, y fueran cuales fueren las inquietudes causadas por sus investigaciones, había un elemento que la animaba cada vez más: todo lo que descubría sobre Charlotte Brontë intensificaba su determinación de presentar al público un relato de su vida que revelara su excelencia moral en toda su amplitud. Como se ha señalado, es Charlotte Brontë, la mujer que sufre, más que Currer Bell, la autora de éxito, quien había interesado desde el principio a la señora Gaskell; y, animada por el conocimiento del personaje obtenido de la correspondencia de Nussey, reitera esas prioridades en una carta a Ellen Nussey:

He leído una vez todas las cartas que tan amablemente me ha confiado y creo que ni siquiera usted, su amiga más querida, desearía que la impresión que me han causado fuera distinta de lo que es: que era de las que estudian a fondo el camino del deber y en cuanto comprueban lo que es correcto, se atienen estrictamente a su idea [...] Estoy segura de que cuanto mejor se conozca (a Charlotte Brontë) la amiga, la hija, la hermana, la esposa y se la conozca cuando sea necesario con sus propias palabras, más la apreciarán (Gaskell Letters, p. 370).

Esa carta es de septiembre de 1855. Las cursivas indican claramente la firme decisión de la biógrafa en cuanto a la imagen de Charlotte Brontë que tenía que dar la *Vida*. En una etapa muy posterior del trabajo (octubre de 1856), escribe lo siguiente a Smith:

Dejando el aspecto de escritora a un lado, su carácter como mujer era insólito hasta el punto de ser único. Nunca me han hablado ni he leído sobre nadie que pudiera compararse con ella por un instante o en algún aspecto. Y todo cuanto decía y escribía llevaba el sello de ese carácter admirable (Gaskell Letters, p. 417).

El propósito concreto de esa carta es discutir la proyectada publicación de *El profesor*, la primera novela de Charlotte Brontë, que seguía inédita, pero indica una vez más la idea irrevocable del carácter moral de Charlotte que se había formado la señora Gaskell.

Esa misma fe inmutable habría servido a la vez de advertencia a un biógrafo profesional, pero la señora Gaskell era una principiante en el género y su éxito anterior como novelista la hacía especialmente sensible a una imagen de Charlotte Brontë como heroína, a cuyo lado las heroínas de ficción parecerían las invenciones de la fantasía que eran en realidad. El efecto de esta «novelación» instintiva no iba a producir un retrato de Charlotte Brontë que pueda definirse como «falso», aunque haya imprecisiones y manipulaciones de las pruebas que pueden calificarse sin arbitrariedad de distorsionantes. Eso significa que, en lo que a la *Vida* se refiere, Charlotte Brontë, como la heroína de ficción, podía concebirse desde el punto de vista de las necesidades y prioridades imaginativas de la biógrafa tanto como desde el punto de vista de la consideración objetiva de las pruebas, lo cual seguramente daría un retrato parcial de su vida. El sesgo de las prioridades de la señora Gaskell no sólo matiza su concepto del personaje principal, sino la obra como un todo y, en concreto, la descripción de las personas y experiencias que pudiera considerarse que habían influido en los sufrimientos que tuvo que soportar Charlotte Brontë. Charles Kingsley felicitó a la señora Gaskell por haber realizado el retrato de «una mujer valiente, perfeccionada por el sufrimiento». Es un comentario acertado sobre la *Vida de Charlotte Brontë*, aunque Kingsley no conoció a su heroína; quizá podamos afirmar sin difamar a Charlotte Brontë que el comentario es más preciso sobre la biografía que sobre ella.

Me gustaría dejar de momento el tema de la validez del retrato de Charlotte, para abordar ejemplos concretos de la forma en que la opinión de la biógrafa sobre Charlotte Brontë influyó en la exposición del contexto en que vivió. Tres aspectos de la biografía provocaron especial controversia cuando se publicó: la descripción de Patrick Brontë, el relato del deterioro de Branwell y, de forma menos melodramática, las referencias al internado para hijas de clérigos de Cowan Bridge, donde estuvieron de pequeñas Charlotte y Emily. Supongo que la polémica que

rodea a cada uno de estos temas podría atribuirse a la disparidad entre la imaginación novelesca de la señora Gaskell y sus responsabilidades como biógrafa, una disparidad reforzada por su determinación de exponer la medida exacta del sufrimiento de Charlotte.

El menos serio y en algunos aspectos el más divertido de esos puntos atañe a la descripción de Patrick Brontë. Ya he comentado que en sus novelas la señora Gaskell tenía cierta predilección por las situaciones que implicaran la relación de un viudo con su hija, y es indudable que, pese a lo mucho que admiraba al padre de Charlotte (y él a ella), aprovechó la oportunidad que ofrecían las historias de excentricidad que lo rodeaban para recrearlo en la imagen de los padres viudos de sus novelas. Quizá lo más asombroso sea que Patrick Brontë, manifestando un sorprendente y grato conocimiento de las novelas de Elizabeth Gaskell, viera las posibilidades del parecido. En la carta a la señora Gaskell del 3 de noviembre de 1856 observa:

Me parezco bastante al padre de Margaret de Norte y Sur en algunos aspectos: apacible, emotivo, meditabundo a veces y bienintencionado en general [...] Quizá no sea tan dado como algunos a seguir a cualquier hombre ni a rendir culto a convencionalismos y formulismos, lo que probablemente [...] me dé un carácter de cierta excentricidad (Brontë Society Transactions, vol. III, pp. 99-100).

Patrick Brontë era plenamente consciente de las propias excentricidades y, aunque no cabe duda de que la señora Gaskell las exageró para demostrar las presiones que había tenido que soportar en la infancia Charlotte, sus objeciones fueron insignificantes en comparación con los elogios que hizo de la *Vida* cuando se publicó:

La obra ya está hecha, y bien hecha, como yo deseaba, y su conclusión me ha proporcionado mayor satisfacción de la que he sentido en muchos años de una vida que confirma el proverbio de que «el hombre engendra la desventura como las aves levantan el vuelo»

⁵ [...] Hay algunos errores sin importancia que podrían corregirse en la segunda edición si se juzgara necesario (*Shakespeare Head Brontë*, vol. IV, pp. 220-221).

Patrick volvería después más específicamente a los «errores sin importancia», que se eliminaron de la tercera edición de la biografía, pero incluso al hacerlo reiteraba su conocimiento de la propia singularidad: «No niego que sea un poco excéntrico», escribió. En realidad, la imagen de Patrick Brontë que aparece en las páginas de la señora Gaskell no es en absoluto desagradable, y es una burda exageración del impacto de sus aspectos más melodramáticos indicar como han hecho los biógrafos más recientes de Patrick Brontë:

Para Patrick la biografía de Charlotte fue un desastre: su nombre sigue empañado hasta el día de hoy [...] (J. Lock y W. T. Dixon, A Man of Sorrow, p. 505).

Para ver el auténtico efecto de la descripción basta observar el hecho de que no alteró en modo alguno la admiración recíproca que sentían Elizabeth Gaskell y Patrick Brontë. En realidad, la biografía cimentó su amistad.

Patrick se refiere en la carta sobre la *Vida* a una consecuencia mucho más grave de la determinación de la señora Gaskell de subrayar las fuerzas que agobiaron a su heroína. Con satisfacción rayana en orgullo, escribe: «Las descripciones de mi inteligente y desdichado hijo, y de su diabólica seductora, son obras maestras». Se refiere al célebre relato de la pérdida de Branwell Brontë, que figura en el capítulo XIII del primer volumen, y en el que la señora Gaskell alude de forma inequívoca a

la mujer malvada que no sólo sigue con vida, sino que frecuenta los alegres círculos de la sociedad londinense como una viuda pletórica, elegante y próspera (p. 304).

La mujer en cuestión era Lydia Robinson, esposa del antiguo patrón de Branwell, y cuya relación con el mismo provocó su despido y, según la señora Gaskell, también las últimas etapas de su ruina. Comentarios como éstos provocaron la amenaza de demandas legales que causaron la retirada de la primera y la segunda edición de la biografía y su sustitución por la tercera edición, «revisada y corregida» en noviembre de 1857. Y ése no fue el único ejemplo de la pasión de la señora Gaskell por su heroína que la involucró en la amenaza de demandas legales: la descripción del internado para hijas de clérigos de Cowan Bridge, fácilmente identificable como modelo del colegio de Lowood en *Jane Eyre*, provocó reacciones parecidas y también tuvo que corregirse en la tercera edición.

Lo más importante a nuestros efectos en cuanto al uso que hace la señora Gaskell de material tan polémico no es el grado de precisión de sus descripciones (en ambos casos imposible de determinar ahora), sino por qué corrió esos riesgos. Su correspondencia demuestra que era consciente de los mismos, y en realidad no podía ser tan poco inteligente como para no darse cuenta de las probables consecuencias de lo que estaba haciendo. Creo que la respuesta obvia es que estaba decidida a demostrar a toda costa lo que había sufrido Charlotte Brontë, en el caso de Cowan Bridge, de niña, y en el asunto de Robinson como el miembro más adulto (aparte del

padre) de una familia para quien los desafueros de Branwell tuvieron que ser una auténtica pesadilla. Si Carus Wilson y Lydia Robinson habían sido de algún modo responsables de los sufrimientos de Charlotte, entonces su responsabilidad tenía que desvelarse. La señora Gaskell disponía en ambos casos de material ideal para una novela, pero parece que olvidó que no estaba escribiendo una novela.

La experiencia de la señora Gaskell como novelista no se advierte sólo en la descripción de incidentes y personajes aislados, por supuesto. El lector ve su influencia en todo el libro. Se manifiesta, por ejemplo, en la afición de la autora a las anécdotas idiosincrásicas y a menudo moralizantes (algunas de las cuales crearían más problemas) y quizá aún más eficazmente en su técnica de relacionar entre sí el ambiente local y la psicología individual, como demuestran las descripciones de Haworth primero y de Bruselas después. Ésos eran elementos característicos de las novelas de la señora Gaskell, y hay que subrayar que su aparición en la *Vida* no significa en modo alguno que su efecto no sea positivo. La experiencia de la señora Gaskell como novelista le permitió ante todo dar a su obra el carácter de una estructura imaginativa general que constituye una de sus mayores virtudes. Y aprovechó al máximo la revisión de la obra para la tercera edición, incluyendo material nuevo y eliminando el conflictivo; pero yo creo que es preferible la primera edición, a pesar de algunas imprecisiones, con la intensidad emotiva de su determinación de hacer justicia a Charlotte Brontë, que la tercera versión, más circunspecta aunque más precisa.

La estructura de la obra de la señora Gaskell quizá nos parezca menos afortunada donde la idea preconcebida de heroína influye en la descripción que hace de Charlotte. En esto, tanto por la presión de las circunstancias como por el dictado de sus prioridades personales, los pecados de la señora Gaskell son de omisión más que de comisión, y el resultado inevitable es una descripción parcial. La decisión de la autora de centrarse en el aspecto doméstico más que en el profesional de la vida de Charlotte queda claramente planteado, aunque no se observe siempre; pero lo que quizá no esté tan claro es que, incluso dentro de los límites que se impuso, se detecte fácilmente un mayor grado de parcialidad.

El ejemplo más conocido de la supresión por parte de la biógrafa de pruebas esenciales atañe al célebre asunto de su tratamiento de la relación de Charlotte Brontë con Clementin Heger, su profesor de Bruselas. El tema se ha convertido hasta tal punto en lugar común de la biografía bronteana que huelga extenderse aquí en los detalles. Es bien sabido que durante la estancia de Charlotte en Bruselas (1842-1843), Heger le inspiró un profundo sentimiento, que expresó finalmente en la serie de cartas que le escribió cuando regresó a Haworth. Aunque no tuviéramos las cartas, las dos novelas de Bruselas que escribió Charlotte, *El profesor* y *Villette*, serían suficiente prueba de su estado de ánimo en ese periodo, y en realidad tanto las novelas como las cartas dejan bien claro que se trata ante todo de un estado de ánimo por parte de Charlotte. Hay cuatro cartas en total de Charlotte Brontë a Heger, cuyos textos íntegros no se hicieron públicos hasta 1913. La señora Gaskell incluye en la *Vida* dos pasajes breves y absolutamente inocuos de las mismas (en esta edición, pp. 308 y 311-312). En realidad, añade confusión al tema entretejiendo los pasajes de dos cartas distintas en sus propias transcripciones y dando sólo vagas referencias de su fecha y procedencia.

Hoy se acepta sin sombra de duda que la señora Gaskell consultó los originales de las cartas de

Heger cuando visitó por primera vez Bruselas en busca de información. Pero aun en el caso de que no lo hubiera hecho, el efecto del recibimiento de la señora Heger y la lectura de *Villette* y *El profesor* le habrían demostrado de qué se trataba. La señora Gaskell se vio en una situación insoportable como novelista: conocía la profunda depresión de Charlotte durante su segunda estancia en Bruselas y a su regreso, y disponía de información que hubiera sido ideal para explicarla en cualquier novela. Sabemos que la relación de Charlotte Brontë con Heger fue bastante inocente en realidad, pero es probable que el lector victoriano no hubiera pensado lo mismo. La señora Gaskell estaba empeñada en dar una idea de su heroína que requería que la mostrara sometida a una presión insoportable y tuvo que mutilar el ejemplo más dramático que había descubierto. Como demuestra Winifred Gérin en su biografía de Charlotte Brontë, se vio obligada en este periodo de la vida de Charlotte a la manipulación positiva de las pruebas de otros sucesos (sobre todo el deterioro de Branwell) para explicar el estado psicológico de Charlotte.

El asunto de Heger ha preocupado hasta la saciedad a los estudiosos tanto de Brontë como de Gaskell. Lo que no se reconoce con la misma frecuencia es que tanto la supresión de pruebas como el tratamiento de «las palabras de Charlotte Brontë» no son en absoluto casos aislados de lo que podría denominarse con razón intromisión literaria. Un examen del tratamiento que da la señora Gaskell a su principal fuente (las cartas que le entregó Ellen Nussey) revela un proceso de selección y adaptación similar por parte de la biógrafa.⁶

En primer lugar, se ha calculado con precisión que la señora Gaskell usó menos de la mitad de las cartas que le entregó Ellen Nussey. Reprodujo en buena medida unas cien e hizo un uso selectivo de otras cincuenta. Y si comparamos el material que no incluyó en la *Vida* con el texto de *Shakespeare Head Brontë*, sean cuales fueren las concesiones que haya que hacer por la poca fiabilidad de éste, es evidente que la señora Gaskell suprimió material, resumió cartas y mezcló pasajes de más de un original en lo que aparece como una sola carta en su texto. Así que sólo podemos decir que las cartas que figuran en la *Vida*, consideradas como un todo, representan las «palabras» de su heroína en un sentido muy limitado. El método empleado por Elizabeth Gaskell no era en absoluto exclusivo de ella entre los biógrafos victorianos, y muchas veces se basaba tanto en consideraciones prácticas como económicas. Cualquier colección de correspondencia contiene material superfluo y, a menos que uno se proponga concretamente hacer una edición erudita, es indudable que habría que conservar sólo lo relevante. Además, sabemos que la señora Gaskell trabajó con sus propias transcripciones de las cartas de Nussey después de devolvérselas, lo cual explicaría los errores insignificantes. Sean cuales fueren las circunstancias atenuantes, es evidente que aunque la dependencia de las cartas de Charlotte (obtenidas de Nussey o de otras fuentes) tuviera por objetivo dotar de autoridad a la biografía, está muy marcada tanto por las correcciones de Ellen Nussey como por el tratamiento del material que hizo la biógrafa.

El método de la señora Gaskell venía dictado en muchos casos por simple tacto elemental. La propia Ellen Nussey había sentado la pauta con sus propias tachaduras, y muchas cartas contenían comentarios sobre personas que aún vivían. Por inofensivos que fueran esos detalles, la discreción exigía que no se dieran los nombres de las personas aludidas y que se eliminaran los comentarios más duros. Hay un interesante ejemplo de este método en el que Charlotte, en una carta a Ellen Nussey escrita poco después de la visita en que conoció a Elizabeth Gaskell, explica su opinión

sobre Kay Shuttleworth: «Sir James fue lo más amable posible en todo momento» (p. 471). En otro párrafo de la misma carta, que figura en *Shakespeare Head Brontë*, hay más detalles sobre la reacción de Charlotte: «El sustrato de su carácter es duro como pedernal. Siente una antipatía innata por los escritores como clase. Las virtudes de los mismos no le proporcionan placer y sus defectos son amargura y hiel en su alma; amenaza constantemente con visitar Haworth; ¡Dios no lo quiera!» (*Shakespeare Head Brontë*, vol. III, p. 148).⁷ Aunque la señora Gaskell no hubiera sido amiga personal de los Kay Shuttleworth, es evidente por qué no transcribió el comentario completo de Charlotte. Creo que incluso aquí, en menor grado, podemos advertir las consecuencias de su cautela en nuestra opinión sobre Charlotte Brontë. La frase «lo más amable posible» tiene un sentido completamente distinto si leemos la carta entera; y el comentario final, en que Charlotte expresa sus temores por la visita a Haworth, indica una personalidad más fuerte e ingeniosa que la del cuadro general de la señora Gaskell.

Pueden encontrarse ejemplos más sólidos que éste de las consecuencias del tratamiento selectivo del material por parte de la biógrafa, y hay uno en concreto que considero significativo porque revela, aunque no tan exageradamente, el mismo tipo de cautela empleada en el asunto de Heger y demuestra quizá más claramente las presiones a que se sentía sometida.

En el capítulo VIII del primer volumen de la *Vida*, la señora Gaskell explica que en 1839 «el señor Brontë consideró necesario, ya fuera por su delicada salud o por el aumento de la población de la parroquia, solicitar la ayuda de un coadjutor.» (p. 213). El coadjutor en cuestión era William Weightman, un joven que influyó bastante en la vida de la familia Brontë y en los feligreses de Haworth desde su nombramiento hasta su trágica y prematura muerte en 1842. Todos los Brontë le apreciaban: era amigo de Branwell, Anne tal vez lo amara, y sin duda divertía a Charlotte y hasta a Emily. Era un individuo sociable e incluso coqueto por naturaleza, que se ganó pese a ello el sincero afecto del solitario Patrick, a quien no solían agradar sus coadjutores. Y aunque la señora Gaskell cita en varias ocasiones las cartas de Ellen Nussey que contienen también claros indicios de la beneficiosa influencia de Weightman durante este periodo en Charlotte y en el resto de la familia, oculta deliberadamente todas esas referencias en las transcripciones, y sólo alude a Weightman dos veces de pasada en todo el periodo de su residencia en Haworth. En realidad, elimina así a un personaje importante en la vida de Haworth durante esa época, cuyas cualidades tenía que conocer la señora Gaskell aunque no hubiera dispuesto de las cartas de Nussey.⁸

Aquí intervienen diversos factores, como en los demás ejemplos de la censura ejercida por la biógrafa. La actitud de Nicholls acerca de la *Vida* induce a la biógrafa a abordar siempre con cautela las relaciones de Charlotte con los hombres; podemos detectar un embarazo similar cuando describe las propuestas de matrimonio que hicieron a Charlotte primero Henry Nussey, hermano de Ellen, y luego James Taylor, miembro de la fundación Smith Elder. En el caso concreto de Weightman tenía otro motivo para ser cautelosa. Aunque Nicholls era concienzudo en el desempeño de sus deberes, parece que sus relaciones se limitaban a un trato puramente formal tanto con el señor Brontë como con sus feligreses. No sería descaminado decir que Weightman representaba todo lo que no era Nicholls y que seguramente la señora Gaskell temía que él lo dedujera. Weightman introdujo sobre todo en la familia Brontë un grado de sociabilidad y de alegría que contrasta con la imagen de tristeza casi absoluta que la señora Gaskell da de la vida de

Charlotte Brontë. Es evidente que había razones externas sólidas para la supresión, pero de nuevo se advierte que la biógrafa las empleó casi como un medio de excluir el material que no coincidía exactamente con la imagen que se proponía dar de su heroína.

6

No he dedicado especial atención a la omisión de Weightman de la *Vida* sólo porque sí; es fácil exagerar su importancia y algunos de los entusiastas más sentimentales de los Brontë se han apresurado a hacerlo. Pero el caso constituye un ejemplo especialmente obvio del impulso selectivo que siguió la señora Gaskell, reconociéndolo como algo inevitable. Con los documentos a nuestra disposición, no es difícil encontrar otros ejemplos menos evidentes: sospechamos que hay aspectos completos del carácter de Charlotte Brontë que la señora Gaskell prefirió matizar o interpretar según su inquebrantable fe en la perfección de la biografiada. Lo que Elizabeth Gaskell sabía de Charlotte Brontë correspondía a la moral y a los rasgos morbosos que tan a menudo hallaron expresión en sus novelas; y por eso se concentra en el sufrimiento físico y psicológico de Charlotte y en la entereza estoica que demostró cuidando a su padre en los años que siguieron a la atroz sucesión de las muertes de Branwell, Emily y Anne. Elizabeth Gaskell nos ha dejado un cuadro que matiza nuestra opinión no sólo de la propia Charlotte, sino también de la vida en Haworth en general, y que se ha expuesto al especial ataque de los entusiastas de los Brontë, que sin duda tienen sus propias debilidades. Pero ninguno de sus defectos podrá socavar el extraordinario logro literario que representa la *Vida de Charlotte Brontë*. Mucho más profunda, mucho más imaginativa y mucho más controlada desde un punto de vista artístico que las hagiografías victorianas que ridiculizó Strachey, evita asimismo la monumentalidad inaccesible de las compilaciones académicas del siglo XX, a las que uno se siente tentado a pedir un poco de selección. Y aunque podamos modificar el cuadro de Elizabeth Gaskell revelando parte del material que ella eliminó, es imposible negar la veracidad general de su exposición, pues sería falso decir que las vidas de los Brontë no fueron intolerablemente trágicas. La *Vida* complació a quienes mejor habían conocido a Charlotte (con la discutible excepción de Ellen Nussey, el carácter particular de cuyas preocupaciones religiosas la llevó a declarar que la señora Gaskell había «estropeado de forma lamentable» el aspecto religioso del carácter de Charlotte); ya hemos visto cómo acogió Patrick Brontë la obra, a lo que podemos añadir el testimonio de Mary Taylor, la amiga más dotada de Charlotte. Mary escribió una carta a la señora Gaskell cuando recibió un ejemplar de la primera edición, en la que calificaba la biografía de «todo un éxito»; y en una carta a Ellen Nussey sobre el tema de las revisiones propuestas para la tercera edición fue más específicamente categórica.

Has de saber que muchas ideas extrañas en cuanto a la clase de persona que era realmente Charlotte acabarán cuando se conozcan las verdaderas circunstancias de su vida [...] En cuanto a la edición mutilada que se va a sacar, lo lamento. Difamatoria o no, la primera edición se atiene estrictamente a la verdad y su publicación ha sido muy acertada. Ya sabes que no siempre nos atrevemos a decir que la tierra se mueve (Shakespeare Head Brontë, vol. IV, p. 229).

En el punto álgido de la polémica que siguió a la publicación de la biografía, Elizabeth Gaskell escribió a Ellen Nussey:

Sopesé cada línea con toda mi capacidad y mi corazón, para que cada una cumpliera el gran objetivo de que se la conozca y se la valore como alguien que vivió una vida tan terrible con ánimo valeroso y fiel (Gaskell Letters, p. 454).

Sin duda agradecería la aprobación de Mary Taylor. Y a la luz de los problemas que afrontó, nosotros no le negaremos la nuestra.

NOTA DE AGRADECIMIENTO

Quiero dar las gracias a la Manchester University Press y a los catedráticos John Chapple y Arthur Pollard por su autorización para citar los fragmentos de su edición de *The Letters of Mrs Gaskell* que figuran en el Apéndice B de este libro. Y también al catedrático Chapple, a la señorita Winifred Gérin y al doctor Tom Winnifrith, por su respuesta a preguntas específicas. Los profesores Chapple y Pollard me animaron siempre en mi interés por Elizabeth Gaskell y el consejo experto de la señorita Gérin y del doctor Winnifrith han sido especialmente valiosos para un recién llegado como yo al campo de los estudios sobre las Brontë. Como ocurre siempre en proyectos de este género, uno contrae innumerables deudas con los compañeros y amigos con quienes comenta y analiza los pormenores; pero me temo que en este caso concreto sean demasiados para enumerarlos a todos. Deseo manifestar también mi agradecimiento a la señora Shelagh Aston, que transformó el manuscrito ilegible de la Introducción en un texto mecanografiado sumamente presentable.

ALAN SHELSTON
Universidad de Manchester
Octubre de 1973

NOTA AL TEXTO

La editorial Smith, Elder de Londres publicó la *Vida de Charlotte Brontë* en marzo de 1857. En mayo apareció la segunda edición, que fue retirada del mercado en junio, por problemas legales. Elizabeth Gaskell revisó entonces la obra y en noviembre de ese mismo año apareció la tercera edición, de la que incluimos dos capítulos en el Apéndice A.

La presente traducción se ha basado en la primera edición de la obra. Únicamente hemos igualado la grafía de algunos nombres para evitar confusiones.

THE LIFE
OF
CHARLOTTE BRONTË,

AUTHOR OF

"JANE EYRE," "SHIRLEY," "VILLETTE," &c.

BY

E. C. GASKELL,
AUTHOR OF "MARY BARTON," "RUTH," &c.

"Oh my God,
Thou hast knowledge, only Thou,
How dreary 'tis for women to sit still
In winter nights by solitary fires
And hear the nations praising them far off."
AURORA LEIGH.

IN TWO VOLUMES.

VOL. I.

LONDON:
SMITH, ELDER & CO., 65, CORNHILL.

1857.

[The right of Translation is reserved.]

VOLUMEN I

CAPÍTULO I

La vía férrea de Leeds y Bradford discurre por el profundo valle del río Aire; una corriente de aguas lentas y mansas en comparación con el vecino río de Wharfe. La estación de Keighley queda en esta línea férrea, aproximadamente a medio kilómetro de la población del mismo nombre. El número de habitantes y la importancia de Keighley han aumentado extraordinariamente en los últimos veinte años, debido a la rápida expansión del mercado de sus manufacturas de estambre, una rama de la industria que emplea a casi toda la población obrera de esta zona del condado de York, cuyo centro y capital es Bradford.

Keighley se halla en pleno proceso de transformación; está dejando de ser un pueblo tradicional populoso para convertirse en una villa floreciente y aún más populosa. El forastero advierte enseguida que a medida que van quedando vacías las casas de tejado a dos aguas que impiden el ensanchamiento de la calle, las derriban para ganar espacio para el tráfico e imponer un estilo arquitectónico más moderno. Los escaparates estrechos y pintorescos de hace medio siglo están cediendo el paso a los de grandes paños de vidrio. Casi todas las viviendas parecen dedicadas a alguna rama de comercio. Al pasar apresuradamente por el pueblo no se advierte dónde pueden vivir el médico y el abogado imprescindibles, pues parece que no haya viviendas de la clase media profesional que tanto abundan en nuestras antiguas ciudades episcopales. De hecho, nada puede ser más diferente en cuanto a la situación social, las formas de pensamiento, las normas de referencia en todos los aspectos morales, las costumbres e incluso la política y la religión de un lugar manufacturero tan nuevo como Keighley en el Norte y cualquier ciudad episcopal pintoresca, aletargada y señorial del Sur. Pero el aspecto de Keighley promete un futuro majestuoso, aunque no pintoresco. Abunda la piedra gris; y las hileras de viviendas construidas con ella poseen una grandeza sólida, relacionada con sus líneas regulares y resistentes. Hasta los edificios más pequeños tienen los marcos de las puertas y los dinteles de las ventanas de bloques de piedra. No se ve madera pintada, cuya conservación requiere cuidados continuos para que no se deteriore; y las hacendosas amas de casa de Yorkshire conservan la piedra impecable. Las escenas del interior que se ven al pasar revelan cierta abundancia de medios de vida, y hábitos diligentes y activos en las mujeres. Pero la gente habla con voces fuertes de tonos discordantes, poco indicativas del gusto musical que caracteriza la región y que ya ha proporcionado un Carrodus⁹ al mundo musical. Los nombres de las tiendas (de los que el que acabo de mencionar es un ejemplo) resultan extraños incluso a los habitantes del condado vecino, y poseen un gusto y un sabor peculiares del lugar.

El pueblo de Keighley no desaparece nunca del todo en el campo a lo largo de la carretera a Haworth, aunque el viajero ve cada vez menos casas a medida que sube hacia las pardas colinas onduladas que parecen seguir su recorrido en dirección Oeste. Primero aparecen algunas casas de campo, retiradas de la carretera sólo lo justo para indicar que sus habitantes no dejarán su cómodo asiento junto a la chimenea para acudir presurosos a una llamada de sufrimiento o peligro; el

abogado, el médico y el clérigo viven cerca y casi nunca en las afueras, tras una pantalla de arbustos.

En un pueblo no buscamos colorido vívido; el que pueda haber lo proporcionan las mercancías de las tiendas y no la vegetación ni los efectos atmosféricos; pero yo creo que en el campo esperamos instintivamente cierta luminosidad y viveza, y por eso en el trayecto de Keighley a Haworth nos produce un vago sentimiento de decepción el tono neutro grisáceo de todos los objetos, próximos o lejanos. La distancia es de unos seis kilómetros y medio pero, como ya he dicho, con las casas de campo, las grandes fábricas de estambre, las hileras de viviendas de los obreros y alguna que otra granja y edificios anejos aquí y allá, no podemos llamar «campo» a ningún trecho del trayecto. La carretera discurre unos tres kilómetros por terreno medianamente llano, con las colinas lejanas a la izquierda y, a la derecha, un arroyo que corre entre las vegas y que proporciona energía hidráulica en ciertos puntos a las fábricas construidas en las orillas. El humo de todas las viviendas y los centros de trabajo llena y oscurece la atmósfera. El terreno del valle (o «fondo», como lo llaman aquí) es fértil; pero cuando la carretera empieza a ascender, la vegetación es más pobre; no crece ni medra, se limita a existir; y en torno a las viviendas no hay árboles, sólo matorrales y arbustos. Se ven en todas partes muretes de piedra en vez de setos; hay campos cultivados de avena pálida, amarillenta y de aspecto raquítico. Siguiendo por esta carretera aparece frente al viajero el pueblo de Haworth unos tres kilómetros antes de llegar, porque está situado en la ladera de una colina muy empinada sobre el fondo de brezales pardos y rojizos que se alza detrás de la iglesia, construida en lo alto de la calle larga y estrecha. Todo el horizonte es la misma línea de colinas sinuosas como oleaje; entre las laderas de unas y otras sólo se ven colinas más lejanas, de colorido y forma similares, y coronadas por los páramos agrestes: grandiosos por las ideas de soledad y aislamiento que sugieren, u opresivos porque producen una sensación de hallarse encerrado en una barrera monótona sin límites, según el estado de ánimo en que se encuentre el espectador.

La carretera rodea luego el pie de una colina y parece alejarse de Haworth durante un corto trecho; pero enseguida cruza un puente sobre el arroyo e inicia la subida por el pueblo. Las piedras del suelo están colocadas de canto, para que los caballos se aguanten mejor; pero parece que a pesar de esa ayuda corren continuamente peligro de resbalar hacia atrás. Las antiguas casas de piedra son altas comparadas con la anchura de la calle, que da un giro brusco antes de llegar al nivel más llano en lo alto del pueblo, por lo que el aspecto empinado del lugar en una parte casi parece una muralla. Una vez remontada ésta, la iglesia queda a la izquierda, un poco retirada de la carretera; a unos cien metros se llega al camino de la rectoría de Haworth y el cochero se relaja un poco y el caballo respira mejor. A un lado del sendero queda el camposanto y, al otro, la escuela y la vivienda del sacristán (donde se alojaban antiguamente los coadjutores).

La rectoría se alza formando un ángulo recto con el camino frente a la iglesia; así que, en realidad, la rectoría, la iglesia y la escuela con campanario forman tres lados de un rectángulo irregular cuyo cuarto lado está abierto a los campos y los páramos que se extienden detrás. El recinto del rectángulo está ocupado por un camposanto atestado y un pequeño huerto o patio delante de la rectoría. Como la entrada de la misma desde la carretera queda a un lado, el camino dobla la esquina hasta el pequeño espacio de terreno. Debajo de las ventanas hay un arriate, que se

cuidaba muy bien en otros tiempos, aunque aquí sólo se dan las plantas más resistentes. En el recinto amurallado que delimita el cementerio circundante hay lilos y saúcos; todo lo demás está ocupado por un cuadrado de césped y un camino de grava. La casa es de piedra gris, de dos plantas, con el tejado de gruesas losas para aguantar los vientos que arrancarían cualquier techumbre más ligera. Al parecer, fue construida hace unos cien años, y tiene cuatro habitaciones en cada planta. Las dos ventanas de la derecha (cuando el visitante se dispone a entrar por la puerta principal, de espaldas a la iglesia) son las del estudio del señor Brontë, y las dos de la izquierda, las de la sala de estar de la familia. Todo en el lugar indica un orden perfecto y la pulcritud más exquisita. Los peldaños de la entrada están immaculados; los pequeños paños antiguos de las ventanas relumbran como espejos. Dentro y fuera de la casa, la limpieza alcanza su esencia, una pulcritud immaculada.

Como ya he mencionado, la pequeña iglesia descuella sobre las casas del pueblo; y el cementerio queda más alto que la iglesia y está atestado de lápidas verticales. La capilla o iglesia es la más antigua de esta región del reino, aunque nada parece indicarlo así en el aspecto exterior del edificio actual, a no ser las dos ventanas orientales, que no se han modernizado, y la parte inferior de la torre del campanario. En el interior, el estilo de los pilares demuestra que los construyeron antes del reinado de Enrique VII. Es muy probable que existiera en el mismo lugar una capilla o ermita antiguamente; y en el registro arzobispal de York consta que había una capilla en Haworth en 1317. Los habitantes remiten a quienes preguntan por la fecha a la siguiente inscripción que hay en una piedra de la torre de la iglesia:

Hic fecit Caenobium Monachorum Auteste fundator. A. D. sexcentissimo.

Es decir, antes de que se predicara el cristianismo en Northumbria. Whitaker dice que ese error se debe a la copia llena de faltas de algún cantero moderno de una inscripción de la época de Enrique VIII en una piedra próxima:

Orate pro bono statu Eutest Tod.

Cualquier anticuario sabe hoy que la fórmula de rezo *bono statu* se refiere siempre a los vivos. Sospecho que ese singular nombre cristiano es una transcripción errónea del cantero por Austet, contracción de Eustatius, pero la palabra Tod que se ha interpretado mal por las cifras arábigas 600 es perfectamente clara y legible. Basándose en el supuesto de tan absurda prueba de antigüedad la gente reclama independencia y refuta el derecho del vicario de Bradford a nombrar un coadjutor en Haworth.¹⁰

Cito este fragmento para explicar el componente imaginario de una conmoción que tuvo lugar en Haworth hace treinta y cinco años, a la que tendré ocasión de volver más detenidamente.

El interior de la iglesia es normal y corriente; ni tan antiguo ni tan moderno como para llamar la atención. Los bancos son de roble negro, con divisiones altas, y los nombres de sus propietarios escritos con pintura blanca en las puertas. En el altar no hay objetos de bronce ni tumbas, ni monumentos, sólo una placa mural a la derecha, con la siguiente inscripción:

AQUÍ YACE
MARÍA BRONTË, ESPOSA
DEL
REV. P. BRONTË, MINISTRO DE HAWORTH.
ENTREGÓ SU ALMA AL SALVADOR
EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1821

A LOS 39 AÑOS

«Estad vosotros preparados también; pues en el momento en que no lo penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mateo, XXIV, 44).

AQUÍ YACEN TAMBIÉN
MARÍA BRONTË, HIJA DE LA ANTERIOR,
MURIÓ EL 6 DE MAYO DE 1825
A LOS 12 AÑOS

Y

ELIZABETH BRONTË, SU HERMANA,
QUE MURIÓ EL 15 DE JUNIO DE 1825,
A LOS 11 AÑOS

«En verdad os digo que si no cambiáis y os hacéis como niños pequeños no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo XVIII, 8).

AQUÍ YACEN TAMBIÉN
PATRICK BRANWELL BRONTË,
QUE MURIÓ EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1848 A LOS 30 AÑOS

Y

EMILY JANE BRONTË,
QUE MURIÓ EL 19 DE DICIEMBRE DE 1848 A LOS 29 AÑOS,
HIJO E HIJA DEL REV. P. BRONTË

ESTA PLACA ESTÁ DEDICADA TAMBIÉN A LA
MEMORIA DE ANNE BRONTË,
HIJA MENOR DEL REV. P. BRONTË.
MURIÓ A LOS 27 AÑOS EL 28 DE MAYO DE 1849,
ENTERRADA EN LA ANTIGUA IGLESIA, SCARBORO'

En la parte superior de la placa queda amplio espacio entre las líneas de la inscripción, pues quienes las escribieron con cariño no pensaron mucho en el margen que dejaban para los que aún seguían vivos. Pero como un miembro de la familia siguió al anterior rápidamente a la tumba, luego las líneas están más juntas y las letras son más pequeñas y apretadas. Después de la inscripción de Anne ya no queda espacio.

Pero todavía otro miembro de aquella generación (la última de los seis hermanos sin madre) los seguiría antes de que al fin descansara también en paz el único superviviente, el padre viudo y sin hijos. En otra placa, colocada debajo de la primera, se ha añadido lo siguiente a la triste lista:

AL LADO YACE
CHARLOTTE, ESPOSA
DEL
REV. ARTHUR BELL NICHOLLS
E HIJA DEL REV. P. BRONTË, TITULAR.
MURIÓ EL 31 DE MARZO DE 1855
A LOS 39 AÑOS.

CAPÍTULO II

Me parece que para un correcto entendimiento de la vida de mi querida amiga Charlotte Brontë es más necesario en su caso que en el de la mayoría que el lector se familiarice con las peculiaridades de la población y de la sociedad en que transcurrió su infancia, y de las que tanto ella como sus hermanas tuvieron que recibir las primeras impresiones sobre la vida humana. Así que antes de seguir adelante, procuraré dar cierta idea del carácter de la gente de Haworth y de la región circundante.

Hasta un habitante del vecino condado de Lancaster se sorprende de la peculiar fuerza del carácter que demuestran los yorqueños. Esto hace que sean interesantes como raza, en tanto que, como individuos, el notable grado de autosuficiencia que poseen les da un aire de independencia que suele ahuyentar al forastero. Empleo la palabra *autosuficiencia* en su sentido más amplio. Consciente de la extraordinaria agudeza y de la obstinada fuerza de voluntad que parecen casi el derecho de nacimiento de los naturales del West Riding, cada hombre se vale por sí mismo sin recurrir nunca al prójimo. Y como casi nunca precisa la ayuda de nadie, ha llegado a dudar de la eficacia de ofrecer la suya: el éxito general de sus esfuerzos le hace confiar en ellos y exagerar su energía y su poder. Pertenece a ese género entusiasta pero miope que considera señal de sabiduría recelar de todo aquel cuya honradez no se haya demostrado. Se respetan mucho las cualidades prácticas de un hombre. Pero la desconfianza de los forasteros y de las formas de conducta extrañas se extiende incluso a la manera de considerar las virtudes; y si éstas no producen resultados inmediatos y tangibles, se desechan como inútiles en su mundo de trabajo y esfuerzo; sobre todo si tienen un carácter más pasivo que activo. Los sentimientos son fuertes y están bien arraigados, pero no son (los afectos rara vez lo son) generales; ni se manifiestan abiertamente. En realidad, hay pocas muestras de las cosas agradables de la vida entre esta población ruda y violenta. Su acogida es seca; el tono y el acento de su habla, ásperos y bruscos. Podríamos atribuirlo en parte a la libertad del aire montano y a la solitaria vida en la ladera; y también a sus rudos antepasados nórdicos. Poseen un carácter perspicaz y un fino sentido del humor; quienes vivan entre ellos tendrán que contar con sus observaciones nada halagadoras, aunque seguramente sinceras, expresadas en tono sentencioso. No es fácil despertar sus sentimientos, pero son duraderos. De ahí que abunden la amistad estrecha y el servicio fiel; y como buen ejemplo de la forma en que lo segundo se manifiesta con frecuencia, me bastará remitir al lector de *Cumbres borrascosas* al personaje de José.

A la misma causa se deben también las eternas rencillas, que en algunos casos llegan al odio y que han pasado a veces de una generación a otra. Recuerdo que la señorita Brontë me contó en cierta ocasión este dicho de Haworth: «Lleva una piedra en el bolsillo siete años; dale la vuelta y llévala otros siete años, para tenerla siempre a mano cuando tu enemigo se acerque».

Los hombres del West Riding buscan el dinero como sabuesos. La señorita Brontë relató a mi esposo un curioso ejemplo que ilustra ese ávido deseo de riquezas. Un hombre que ella conocía y

que era dueño de una pequeña fábrica se había dedicado a muchas especulaciones locales que habían resultado siempre beneficiosas, proporcionándole una cuantiosa fortuna. Hacía bastante tiempo que había pasado de la madurez cuando se le ocurrió hacerse un seguro de vida; y no bien había sacado la póliza, cuando cayó enfermo de un mal fulminante, cuyo fatal desenlace llegaría en pocos días. El médico le explicó titubeante que su enfermedad era incurable. «¡Pardiez! —gritó el enfermo, recuperando de inmediato su energía característica—. La compañía de seguros tendrá que apoquinar. ¡Siempre he sido un tipo con suerte!»

Son hombres perspicaces y astutos; perseverantes y fieles para realizar un buen propósito, y feroces para rastrear uno malo. No son emotivos; no entregan fácilmente su amistad ni su enemistad; pero cuando lo hacen es difícil que cambien de parecer. Son una raza mental y físicamente vigorosa para el bien y para el mal.

La manufactura de la lana se introdujo en esta región en tiempos de Eduardo III. Según la tradición, una colonia de flamencos se instaló en el West Riding para enseñar a sus habitantes qué hacer con su lana. Siguió a eso y hasta época muy reciente un periodo de trabajo agrícola y manufacturero que parece bastante agradable visto desde aquí, en que sólo queda la impresión general y los detalles se han olvidado o sólo los sacan a la luz quienes exploran las pocas regiones remotas de Inglaterra en que la costumbre perdura aún. La imagen de la señora hilando con sus doncellas en las grandes rucas mientras el señor labraba sus campos o vigilaba sus rebaños en los páramos cubiertos de brezales de color purpúreo resulta muy poética ahora; pero cuando se menciona esa existencia en nuestros días y podemos oír los pormenores de labios de quienes aún viven, aparecen los detalles de la tosquedad, de la ordinariez del rústico mezclada con la brusquedad del comerciante, de la inseguridad y el desorden feroz, que estropean bastante la imagen de inocencia y sencillez bucólicas. Aun así, como son las características excepcionales y exageradas de cualquier periodo las que dejan siempre el recuerdo más vívido, sería erróneo y desleal, a mi entender, sacar la conclusión de que tal o cual forma de sociedad y modo de vida no fueron los mejores para el periodo en que predominaron, aunque los abusos a que hubieren conducido y el progreso gradual del mundo hicieran aconsejable que tales costumbres y usos desaparecieran para siempre; y tan absurdo sería intentar volver a ellos como que un hombre volviera a los hábitos de su infancia.

La patente concedida al regidor Cockayne¹¹ y las restricciones posteriores impuestas por Jacobo I a la exportación de tejidos de lana sin teñir (que topó con la prohibición por parte de Holanda de importar tejidos ingleses teñidos) perjudicaron considerablemente el comercio de los fabricantes del West Riding. Su carácter independiente, su aversión a la autoridad y sus grandes facultades mentales los llevaron a rebelarse contra los dictados religiosos de individuos como Laud¹² y el gobierno arbitrario de los Estuardo; y el daño causado por los reyes Jacobo y Carlos al comercio con el que se ganaban el pan hizo que la gran mayoría se inclinara por la Commonwealth.¹³ Tendré ocasión más adelante de dar algún ejemplo de los cálidos sentimientos y el amplio conocimiento de temas tanto nacionales como de política exterior que existen actualmente en los pueblos que se extienden al Oeste y al Este de la cordillera que separa Yorkshire y Lancashire, cuyos habitantes son de la misma raza y poseen el mismo carácter.

Los descendientes de muchos que lucharon a las órdenes de Cromwell en Dunbar¹⁴ viven en

las mismas tierras que ocupaban entonces sus antepasados; y quizá no exista ninguna otra región de Inglaterra donde los recuerdos tradicionales y cariñosos de la Commonwealth hayan durado tanto como en la habitada por la población manufacturera de la lana del West Riding, que vio eliminadas las restricciones de su sector por la admirable política comercial del Protector. Sé de buena tinta que hace menos de treinta años la frase «en tiempos de Oliver» era de uso común para indicar una época de extraordinaria prosperidad. Los nombres de pila frecuentes en una región son indicio de la dirección en que apunta su corriente de idolatría. Los entusiastas serios de la política o la religión no advierten el aspecto ridículo de los nombres que ponen a sus hijos; y algunos se encontrarán, todavía en su infancia, a menos de veinte kilómetros de Haworth, con que van a tener que pasarse la vida como Lamartine, Kossuth o Dembinski.¹⁵ Y así, vemos confirmado lo que digo sobre el sentimiento tradicional de la región en el hecho de que los nombres del Antiguo Testamento, comunes entre los puritanos, sigan siendo frecuentes en muchas familias yorqueñas de condición media o humilde, sean cuales sean sus creencias religiosas. Hay también numerosos informes que demuestran la cordialidad con que los pastores expulsados fueron acogidos por los señores rurales y por el sector más pobre de la población, en tiempos de la persecución de Carlos II. Todos esos hechos menores confirman el viejo espíritu hereditario de independencia, presto siempre a oponerse a la autoridad que se consideraba injustamente ejercida y que caracteriza todavía hoy a la población del West Riding.

La parroquia de Halifax linda con la de Bradford, en la que se incluye la capellanía de Haworth; y la geografía de ambas parroquias es igualmente agreste y montañosa. La abundancia de carbón y los numerosos arroyos de montaña que riegan la zona hacen el terreno especialmente apto para las manufacturas; y en consecuencia, como he dicho, los habitantes se han dedicado durante siglos al laboreo de la tierra y a la manufactura de tejidos. Pero el intercambio comercial tardó mucho tiempo en traer comodidad y civilización a estos caseríos remotos y haciendas aisladas. El señor Hunter cita en su *Vida de Oliver Heywood* una frase del diario de un tal James Rither, que vivió durante el reinado de Isabel, y que en parte sigue siendo válido hoy:

No tienen superior a quien cortejar, ni cumplidos que hacer, y el resultado es un humor agrio y tenaz, por lo que sorprende al forastero el tono desafiante de todas las voces y el aire de fiereza de todos los semblantes.

Todavía hoy, un forastero no puede hacer una pregunta sin recibir una respuesta malhumorada, suponiendo que la reciba. Su acritud resulta a veces claramente ofensiva. Pero si el forastero toma la grosería con buen talante o como algo normal y consigue tocar su fibra afable y su hospitalidad latente, comprobará que son leales y generosos y absolutamente fiables. Como ejemplo de la brusquedad que domina a todas las clases en esos pueblos aislados, relataré un incidente que nos ocurrió a mi esposo y a mí hace tres años en Addingham,

Desde Penigent hasta Pendle Hill,
desde Linton hasta Long-Addingham
Y toda la región de Craven contaban, etc.¹⁷

uno de los lugares que enviaron antiguamente a sus hombres a luchar a la célebre batalla de Flodden Field, y un pueblo que queda a muchos kilómetros de Haworth.

Pasábamos un día en coche por la calle, cuando uno de esos muchachos zascandiles que parecen tener un magnetismo especial para atraer las desgracias, y que se había zambullido en el riachuelo que pasa por el pueblo, justo donde tiran todas las botellas y cascos rotos, apareció tambaleante, desnudo y casi todo cubierto de sangre en una casita delante de nosotros. Además de haberse hecho otro mal corte en un brazo, se había abierto completamente la arteria y tenía todas las bazas para morir desangrado, lo cual, se consoló diciendo uno de sus parientes, «sería ahorrarse un montón de problemas».

Mi esposo contuvo la hemorragia con una correa que se quitó de la bota uno de los presentes y preguntó si habían avisado a un médico.

—Y tanto —fue la respuesta—; pero no creemos que venga.

—¿Por qué?

—Es viejo y asmático, ¿sabe?; y el camino es muy empinado.

Mi esposo pidió entonces a un muchacho que le acompañara a casa del médico, que quedaba a un kilómetro; guió todo lo deprisa posible y al llegar encontró a la tía del muchacho herido que salía de la casa.

—¿Va a venir? —le preguntó mi esposo.

—Bueno, no ha dicho que no —repuso ella.

—Pero dígame que el chico se está desangrando.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y qué le ha contestado?

—«¡Maldita sea, y a mí qué me importa!»; eso solo.

Pero al final envió a uno de sus hijos, que aunque no había aprendido el oficio se las arreglaba con vendajes y curas. La excusa del médico era que «tenía casi ochenta años, estaba empezando a chochar y había tenido cosa de veinte críos».

Entre los mirones más impasibles estaba el hermano del muchacho herido; y mientras él permanecía tirado en un charco de sangre en el suelo de piedra y gritaba lo mucho que le «mancaba» el brazo, su estoico pariente fumaba tranquilamente su pipa negra allí plantado, sin

pronunciar una sola palabra de compasión o pesar.

Las costumbres de la periferia del bosque cerrado que cubría la ladera de las colinas a ambos lados habían insensibilizado a la población hasta mediados del siglo XVII. Se ejecutaba a hombres y a mujeres de forma sumaria, decapitándolos por los delitos más leves; y así se generó una indiferencia terca, aunque sutil a veces, hacia la vida humana. Las carreteras eran tan malas hasta los últimos treinta años que había escasa comunicación entre un pueblo y otro; si conseguían transportar sus productos en fechas determinadas al mercado textil del distrito, era lo máximo que podía hacerse; y en las casas solitarias de la ladera lejana, o en los caseríos aislados, podían cometerse crímenes que pasaban inadvertidos y desde luego sin provocar la indignación popular deliberada para hacer caer el fuerte brazo de la ley; hay que recordar que en aquellos tiempos no había policía rural; y que los pocos jueces pedáneos tenían que componérselas solos y, como casi todos eran parientes, solían tolerar la excentricidad y hacer la vista gorda a las faltas de los demás como si fueran propias.

Algunos hombres que apenas pasan de la madurez hablan de los tiempos de su juventud en esta región del país, cuando en los meses de invierno cabalgaban con el barro hasta las cinchas; en que el trabajo era la única razón para salir de casa; y en que tenían que realizarlo en condiciones tan difíciles que hasta a ellos mismos, que viajan ahora al mercado de Bradford en un coche rápido de primera clase, les parece imposible. Un fabricante de lana, por ejemplo, dice que hace menos de veinticinco años tenía que levantarse temprano para salir una mañana de invierno a fin de llegar a Bradford con el cargamento de artículos fabricados por su padre: lo cargaban todo por la noche, pero por la mañana había una gran reunión en torno al carro, y examinaban bien los cascos de los caballos antes de iniciar la marcha; y entonces, alguien tenía que ir delante tanteando aquí y allá a gatas y sondeando con una vara el terreno empinado y resbaladizo para encontrar el sitio por el que los caballos pudieran pasar hasta la relativa seguridad de la carretera general, con sus profundas rodadas. La gente viajaba a caballo por los páramos altos, siguiendo las huellas de los mulos de carga que transportaban paquetes, equipaje y artículos entre los pueblos que no tenían carreteras.

Pero en invierno se interrumpían estas comunicaciones porque la nieve cubría durante mucho tiempo las tierras altas y agrestes. He conocido a personas que se quedaron aisladas por la nieve cuando viajaban en silla de posta por Blackstone Edge;¹⁸ se refugiaron durante siete o diez días en la pequeña posada que hay en la cima, donde pasaron Navidad y Año Nuevo, hasta que la reserva de provisiones para el consumo del posadero y su familia escasearon con la llegada de los visitantes inesperados, y tuvieron que recurrir a los pavos, patos y empanadas de Yorkshire con los que iba cargado el coche; e incluso esto se estaba acabando cuando un oportuno deshielo los liberó de su encierro.

El aislamiento de los pueblos de montaña no es nada comparado con la soledad de las grises casas solariegas que se ven aquí y allá en las hondonadas de los páramos. Las mansiones no son grandes, pero sí sólidas y lo bastante espaciosas para acomodar a quienes viven en ellas y que son los propietarios de las tierras circundantes. En muchos casos, la tierra pertenece a una sola familia desde los tiempos de los Tudor; los propietarios son en realidad los descendientes de los pequeños terratenientes: los pequeños hacendados que están desapareciendo rápidamente como clase debido

a una o dos causas. O bien el dueño cae en hábitos ociosos, se da a la bebida y acaba viéndose obligado a vender la hacienda, o, si es más inteligente y emprendedor, descubre que el arroyo que baja por la ladera de la montaña o los minerales que hay bajo sus pies pueden convertirse en una nueva fuente de riqueza, y deja la pesada vida anterior de hacendado con poco capital y se hace fabricante, o excava buscando carbón o abre una cantera para extraer piedra.

Todavía quedan gentes de esa clase, que siguen viviendo en las casas solitarias y aisladas de los distritos de las tierras altas, y que demuestran claramente la extraña excentricidad, la feroz fuerza de voluntad, más aún, el anormal impulso criminal alimentado por una forma de vida en que un hombre veía pocas veces a sus semejantes, y en que la opinión pública era el eco lejano y confuso de alguna voz más clara que sonaba tras el amplio horizonte.

La persona solitaria suele acariciar meras fantasías hasta que se convierten en manías. Y el fuerte carácter yorqueno, que apenas se había sometido a la sujeción por el contacto con la «ciudad concurrida o el mercado abarrotado», se manifiesta ahora en extraña tozudez en los distritos más remotos. Me contaron hace poco la singular historia de un hacendado (que aunque vive en el lado de Lancashire de las montañas, tiene la misma sangre y el mismo carácter que los habitantes del otro) que se suponía que contaba con una renta anual de setecientos u ochocientos, y cuya casa tenía aspecto de espléndida antigüedad, como si sus antepasados hubieran sido gente importante durante mucho tiempo. El aspecto del lugar impresionó tanto a mi informante, que decidió acercarse para inspeccionarlo mejor. Se lo dijo al campesino que le acompañaba. Su respuesta fue: «Mejor que no lo haga. Lo derribaría en el camino. Ya ha atacado a más de uno, les dispara a las piernas por acercarse demasiado a su casa». Y asegurándose mediante más preguntas que tal era realmente la poca hospitalaria costumbre de aquel señor de los páramos, el caballero renunció a sus propósitos. Creo que el salvaje terrateniente vive todavía.

Otro señor de familia más distinguida y mayor hacienda (por lo que uno tiende a suponer que más educado, aunque no siempre sea así) murió hace pocos años en su casa, que no quedaba a muchos kilómetros de Haworth. Su entretenimiento y ocupación preferidos habían sido siempre las peleas de gallos. Y al verse confinado en su aposento por la que sabía que iba a ser su última enfermedad, mandó que instalaran allí mismo a los gallos, y contemplaba la lucha encarnizada desde el lecho. Cuando el progreso de su enfermedad mortal le impedía ya volverse para seguir la pelea, mandó instalar espejos a los lados y arriba para poder seguir disfrutando del espectáculo. Y de esa forma murió.

Éstos son simples ejemplos de excentricidad comparados con las historias violentas y los crímenes que han ocurrido en estas moradas solitarias y que persisten en el recuerdo de los ancianos de la región, y algunas de las cuales seguramente conocían las autoras de *Cumbres borrascosas* y de *La inquilina de Wildfell Hall*.

No cabía esperar que las distracciones de las clases bajas fueran más humanas que las de los ricos y mejor educados. El amable caballero que me explicó algunos de los pormenores que he contado recuerda la fiesta de los toros que se celebraba en Rochdale hace menos de treinta años. Ataban al toro con una cadena o una soga a un poste en el río. Para aumentar el caudal de agua y para dar a sus obreros la oportunidad de divertirse ferozmente, los señores tenían la costumbre de parar los talleres aquel día. El toro a veces se daba la vuelta de repente, de forma que la cuerda

con que estaba atado arrastraba a quienes habían cometido la imprudencia de acercarse demasiado, y la buena gente de Rochdale disfrutaba con la emoción de ver ahogarse a algún que otro vecino, al toro acosado y a los perros sacudidos y desgarrados.

La gente de Haworth no tenía un carácter menos fuerte y peculiar que sus vecinos del otro lado de la montaña. El pueblo queda escondido en los páramos entre los dos condados, en la antigua carretera de Keighley a Colne. A mediados del siglo pasado se hizo famoso en el mundo religioso como escenario de las atenciones del reverendo William Grimshaw, que fue vicario de Haworth durante veinte años. Es probable que anteriormente los vicarios fueran de la misma condición que un tal señor Nicholls, un clérigo de Yorkshire de los primeros tiempos de la Reforma, «muy aficionado a la bebida y a las malas compañías» y que solía decir a sus compañeros: «Sólo tenéis que hacerme caso cuando estoy un metro por encima de la tierra», o sea, en el púlpito.

Newton, amigo de Cowper¹⁹ escribió la vida del señor Grimshaw en la que encontramos algunos detalles curiosos sobre la forma en que un hombre de convicciones profundas y propósitos fervientes y sinceros cambió y dominó a una población ruda. Parece ser que el señor Grimshaw no había destacado en modo alguno por su celo religioso, aunque había llevado una vida moral y cumplía fielmente sus deberes parroquiales, hasta que un domingo de septiembre de 1744, la sirvienta se levantó a las cinco y encontró a su amo entregado a la oración. Ella explicó después que había permanecido un rato en su aposento, luego había ido a cumplir sus deberes religiosos a casa de un feligrés y había vuelto a rezar; de allí, y todavía en ayunas, se había ido a la iglesia; y cuando estaba leyendo la segunda lección se desmayó; volvió en sí a medias y tuvieron que sacarlo de la iglesia. Mientras salía, habló a los feligreses, pidiéndoles que no se dispersaran, porque tenía algo que decirles y volvería enseguida. Le llevaron a casa del sacristán, donde volvió a perder el conocimiento. Su sirvienta le frotó para restaurar la circulación y cuando volvió en sí «parecía hallarse en éxtasis», y las primeras palabras que pronunció fueron: «He tenido una visión gloriosa del tercer cielo». No explicó lo que había visto, pero volvió a la iglesia; reanudó el oficio a las dos de la tarde y no acabó hasta las siete.

A partir de entonces se consagró a inculcar una vida religiosa a sus feligreses con el fervor de un Wesley y algo del fanatismo de un Whitfield.²⁰ En el pueblo existía la costumbre de jugar al fútbol los domingos, empleando para ello piedras; y retaban y recibían retos de otras parroquias. También se celebraban carreras de caballos en los páramos que quedaban sobre el pueblo y que eran una causa periódica de embriaguez y libertinaje. Casi ninguna boda se celebraba sin la ruda diversión de carreras a pie, en las que los corredores medio desnudos eran motivo de escándalo para todos los forasteros decentes. Y la antigua costumbre de los *arvills* o banquetes fúnebres acababa muchas veces en auténticas batallas campales entre los asistentes beodos. Estas costumbres eran los signos externos de la clase de gente con quien tenía que habérselas el señor Grimshaw. Pero por diversos medios, algunos del género más práctico, obró un gran cambio en su parroquia. A veces le ayudaban a predicar Wesley y Whitfield, y en tales ocasiones la iglesia resultaba demasiado pequeña para la multitud que acudía de otros pueblos y de los caseríos solitarios de los páramos; en ocasiones se veían obligados a congregarse al aire libre; en realidad, ni siquiera había espacio suficiente en la iglesia para los comulgantes. Una vez que el señor Whitfield estaba predicando en Haworth, comentó algo así como que creía innecesario decir

muchas cosas a aquella congregación que llevaba tantos años escuchando a un pastor tan piadoso y tan santo; y entonces, «el señor Grimshaw se levantó de su sitio y dijo en voz alta: “Por amor de Dios, señor, no habléis así. Os ruego que no los halaguéis. Me temo que casi todos irán al infierno con los ojos abiertos”». Pero si ése era su destino, no sería porque el señor Grimshaw no los previniera. Solía predicar veinte o treinta veces a la semana en casas particulares. Si veía que alguien no prestaba atención a sus plegarias, se interrumpía para reprender al culpable y no continuaba hasta que no veía a todos de rodillas. Era muy estricto en hacer cumplir la observancia dominical; y ni siquiera permitía a sus feligreses pasear por los prados entre un oficio y otro. A veces les mandaba cantar un salmo muy largo (según la tradición, el 119), y mientras lo hacían, él salía de la iglesia y se iba con un látigo a las tabernas y obligaba a los holgazanes a ir a la iglesia. Algunos conseguían librarse de su látigo escapando por la puerta de atrás. Gozaba de excelente salud y vigor físico, y recorría a caballo las colinas, «despertando» a quienes antes no tenían sentimiento religioso. Para ahorrar tiempo y para no ser una carga para las familias en cuya casa celebraba las reuniones, se llevaba sus viandas; en tales ocasiones su alimento diario consistía únicamente en un trozo de pan con mantequilla, o pan solo con una cebolla cruda.

El señor Grimshaw se oponía con razón a las carreras de caballos, que atraían a Haworth a muchos libertinos y acercaban el fósforo a los materiales combustibles del lugar, demasiado dispuestos a arder hasta consumirse en la perversidad. Cuentan que probó en vano todos los medios de persuasión e incluso de intimidación para que se suspendieran las carreras. Al final, desesperado, rezó con tanto fervor que llovió a cántaros y se inundó el campo, de forma que no podían correr ni hombres ni animales, aunque la multitud estaba dispuesta a esperar que el diluvio amainara. Y así cesaron las carreras de Haworth y hasta el día de hoy no se han reanudado. Todavía se venera la memoria de este santo varón, cuyos fieles cuidados y auténticas virtudes son el orgullo de la parroquia.

Pero me temo que después de él se produjo una vuelta a las toscas costumbres paganas de las que él los había arrancado, como si dijéramos, mediante la apasionada fuerza de su carácter personal. Él había construido una capilla para los metodistas wesleyanos y poco después los baptistas se establecieron en un lugar de culto. En realidad, como dice el doctor Whitaker, los habitantes de esta región son «fanáticos religiosos»; hace sólo cincuenta años, su religión no intervenía en sus vidas. Hace la mitad de tiempo, el código moral parecía basarse en el de sus antepasados nórdicos. La venganza pasaba de padres a hijos como una obligación hereditaria; y la capacidad para beber sin que afectara al juicio se consideraba una de las principales virtudes. Se reanudaron los partidos de fútbol los domingos contra las parroquias vecinas, que atraieron a muchos forasteros descontrolados que llenaban las tabernas y hacían que los habitantes más sensatos echaran de menos el brazo robusto y el rápido látigo del buen señor Grimshaw. La antigua costumbre de los *arvills* volvió a ser tan común como antes. El sacristán anunciaba al pie de la tumba abierta que el banquete fúnebre se celebraría en el Black Bull o en cualquier otro local que hubieran elegido los parientes del difunto; y allí se reunían los asistentes al entierro y sus conocidos. Esta costumbre tenía su origen en la necesidad de ofrecer un refrigerio a quienes acudían de lejos a presentar sus últimos respetos al amigo difunto. En la vida de Oliver Heywood hay dos citas que explican la clase de alimentos que se servían en los banquetes fúnebres de las

tranquilas familias protestantes no anglicanas en el siglo XVII; la primera (de Thoresby) dice que en el refrigerio que siguió al entierro de Oliver Heywood se sirvió «ponche frío, compota de ciruela, pastel y queso». La segunda se refiere a lo que se ofreció a los asistentes a un entierro, considerándolo bastante miserable para la época (1673), «sólo un poco de pastel, un trago de vino, un poco de romero y un par de guantes».

Pero los banquetes fúnebres de Haworth solían ser mucho más divertidos. Las familias pobres ofrecían sólo un bollo de especias a cada asistente; y los gastos de licores (ron, cerveza, o una mezcla de ambos llamada «hocico de perro») corrían a cargo de los asistentes, que dejaban un poco de dinero en una bandeja colocada en el centro de la mesa. La gente más rica encargaba una comida para sus amigos. En el funeral del señor Charnock (sucesor del sucesor del señor Grimshaw en la parroquia) invitaron al *arvill* a unas ochenta personas y el precio del banquete fue cuatro chelines y seis peniques por asistente, que costearon los amigos del difunto. Como pocos «rechazaban su licor», eran muy frecuentes las peleas violentas antes de que acabara el día; a veces llegaban incluso a «cocear», «saltarse los ojos» y dar mordiscos.

Aunque me he extendido en los peculiares rasgos de estos inquebrantables habitantes del West Riding, tal como eran en el primer cuarto de este siglo, si no unos años más tarde, no me cabe duda de que en la vida cotidiana de gente tan independiente, obstinada y hosca debe de haber aún mucho hoy en día que sorprendería a quienes están habituados a las costumbres del Sur; y supongo también que el yorquense vigoroso, inteligente y sagaz miraría a tales forasteros con no poco desdén.

Ya he dicho que donde está hoy la iglesia de Haworth seguramente hubo en tiempos una capilla o ermita. Correspondía a la tercera clase o nivel inferior de la estructura eclesiástica, según la ley sajona, y no tenía derecho de sepultura ni a administrar sacramentos. Se llamaba oratorio o ermita del campo porque se construía sin cercamiento y daba a los campos o páramos circundantes. El fundador, según las leyes de Edgardo,²¹ estaba obligado sin restarlo de sus diezmos a mantener al sacerdote que la atendía con las nueve partes restantes de sus ingresos. Después de la Reforma, el derecho a elegir al clérigo en alguna de aquellas iglesias sufragáneas que habían sido anteriormente ermitas se confirió a los propietarios y fideicomisarios, con el visto bueno del vicario de la parroquia. Pero debido a alguna negligencia, los propietarios y fideicomisarios de Haworth habían perdido ese derecho desde los tiempos del arzobispo Sharp²² y el poder de elegir un pastor había pasado a manos del vicario de Bradford. Ésa es la historia según una fuente. El señor Brontë dice: «Este beneficio está patrocinado por el vicario de Bradford y algunos fideicomisarios. Mi predecesor lo recibió con el visto bueno del vicario de Bradford, pero con la oposición de los fideicomisarios, por lo que tuvo tantos problemas que se vio obligado a dimitir a las tres semanas de tomar posesión».

Cuando hablé sobre el carácter de los habitantes del West Riding con el doctor Scoresby, que había sido vicario de Bradford, él se refirió a ciertos desórdenes que habían tenido lugar en Haworth a la entrega del beneficio al señor Redhead, el predecesor del señor Brontë; y me dijo que los pormenores de aquellos sucesos eran tan indicativos del carácter de la gente que me aconsejaba investigarlos. Así lo he hecho y he sabido de labios de algunos actores y espectadores supervivientes las medidas que tomaron para expulsar a la persona nombrada por el vicario.

El titular anterior, que había sucedido al sucesor del señor Grimshaw, fue el señor Charnock. Tuvo una larga enfermedad que le incapacitó para cumplir sus obligaciones solo y fue a ayudarle el señor Redhead. Mientras el señor Charnock vivió, su coadjutor complació plenamente a los feligreses y todos lo tenían en gran estima. Pero la situación cambió radicalmente cuando, al morir el señor Charnock en 1819, decidieron que el vicario de Bradford había privado de sus derechos injustamente a los fideicomisarios nombrando vicario perpetuo al señor Redhead.

El primer domingo que celebró él los oficios religiosos no cabía una alma en la iglesia, hasta los pasillos estaban abarrotados; y casi todos los feligreses calzaban los zuecos de madera típicos de la región. Cuando el señor Redhead estaba leyendo la segunda lección, los fieles empezaron a salir de la iglesia como arrastrados por el mismo impulso, haciendo todo el ruido posible con los zuecos al caminar, y al final tuvieron que acabar el oficio solos el señor Redhead y el sacristán. Fue muy desagradable, pero el domingo siguiente fue todavía peor. La gente llenó la iglesia como el domingo anterior, pero dejaron libres los pasillos, sin una sola persona ni ningún obstáculo en medio. La razón de esto se hizo evidente más o menos al mismo tiempo que había empezado el alboroto la semana anterior. Un hombre entró en la iglesia montado al revés en un burro, mirando hacia el rabo, y con tantos sombreros en la cabeza como podía aguantar. Empezó a espolear al animal por los pasillos, y los gritos, chillidos y risas de la congregación ahogaron completamente la voz del señor Redhead; creo que se vio obligado a desistir. Hasta entonces no habían recurrido en ningún momento a la violencia personal; pero el tercer domingo tuvieron que irritarse muchísimo al ver al señor Redhead, decidido a enfrentarse a ellos, subir por la calle del pueblo acompañado por varios caballeros de Bradford. Dejaron los caballos en el Black Bull (la pequeña posada próxima al cementerio, para comodidad de los banquetes fúnebres y otros propósitos), y entraron en la iglesia. La gente los siguió con un deshollinador que habían contratado para que limpiara las chimeneas de algunas dependencias pertenecientes a la iglesia aquella misma mañana, a quien le habían invitado a beber hasta que agarró una borrachera solemne. Le colocaron delante del atril; el hombre asentía estúpidamente con gesto beodo y la cara renegrida a cuanto decía el señor Redhead. Al final, ya fuera animado por algún travieso o por su propio impulso beodo, subió a trompicones la escalera del púlpito e intentó abrazar al señor Redhead. La farsa profana se precipitó entonces. Empujaron al deshollinador cubierto de hollín contra el señor Redhead, que intentó escapar. Los arrojaron a él y a su torturador sobre el montón de hollín del saco que habían vaciado en el camposanto, y, aunque al final el señor Redhead consiguió escapar al Black Bull, cuyas puertas trancaron inmediatamente, la gente montó en cólera afuera, amenazando con apedrearlos a él y a sus amigos. Uno de mis informantes es un anciano que en aquel entonces era el dueño del Black Bull, y afirma que la gente estaba tan furiosa que la vida del señor Redhead corrió verdadero peligro. Este hombre, sin embargo, planeó la huida de sus odiados clientes. El Black Bull queda al final de la larga y empinada calle de Haworth; y al fondo, junto al puente de la carretera de Keighley, hay una barrera de portazgo. Mi informante dio instrucciones a sus acorralados huéspedes para que salieran con sigilo por la puerta de atrás (por la que habrían escapado del látigo del buen señor Grimshaw muchos tarambanas) y el dueño y algunos mozos de cuadra montaron los caballos de los hombres de Bradford a ambos lados de la entrada principal entre la multitud enfurecida y expectante. Por alguna abertura entre las casas, los que estaban a

caballo vieron al señor Redhead y a sus amigos arrastrarse sigilosamente detrás de la calle; y entonces picaron espuelas y salieron disparados hacia la barrera. El odiado clérigo y sus amigos montaron allí rápidamente y ya se habían alejado bastante cuando la gente descubrió que su presa había escapado y llegaron corriendo al portillo cerrado de la barrera.

El señor Redhead no volvió a aparecer por Haworth en muchos años. Tiempo después fue a predicar y en su sermón a una numerosa y atenta congregación recordó jovialmente las circunstancias que acabo de relatar. Le dieron una calurosa acogida, pues no le guardaban ningún rencor; aunque entonces habían estado dispuestos a apedrearle para conservar los que consideraban sus derechos.

En febrero de 1820, el señor Brontë llevó a su esposa y a sus seis hijos pequeños a vivir a este pueblo de gente anárquica, aunque no carente de bondad. Algunos vecinos todavía recuerdan las siete carretas cargadas que subieron traqueteando lentamente la larga calle con los enseres del «nuevo párroco» hasta su futura morada.

Me pregunto qué impresión le causaría el lúgubre aspecto de su nuevo hogar (la rectoría de piedra, baja y rectangular en lo alto, pero con un fondo aún más alto de los extensos páramos) a la gentil y delicada esposa, cuya salud ya había empezado a declinar.

CAPÍTULO III

El reverendo Patrick Brontë es oriundo del condado irlandés de Down. Su padre, Hugh Brontë, se había quedado huérfano a edad muy temprana. Se trasladó del Sur al Norte de la isla y se instaló en la parroquia de Ahaderg, cerca de Loughbrickland. Existía cierta tradición familiar de que Hugh Brontë procedía de una familia muy antigua, a pesar de su humilde posición. Pero ni él ni sus descendientes se han molestado nunca en investigarlo. Se casó joven y crió y educó a diez hijos con el fruto de los pocos acres de tierra que cultivaba. Esta familia numerosa destacaba por un extraordinario vigor físico y una gran belleza. Todavía en su vejez, el señor Brontë es un hombre de aspecto atractivo, más alto de lo normal, de porte muy erguido y cabeza majestuosa. Tuvo que ser muy apuesto de joven.

Patrick Brontë nació el 17 de marzo (día de San Patricio) de 1777; dio muestras de una agudeza y una inteligencia excepcionales desde pequeño. También tenía bastante ambición; y de su buen juicio y previsión da fe el hecho de que, sabiendo que su padre no podía ayudarle económicamente y que tenía que valerse por sí mismo, empezó a enseñar en un colegio privado a los dieciséis años. Así se ganó la vida durante cinco o seis años. Fue luego tutor de los hijos del reverendo Tighe, rector de la parroquia de Drumgooland. De allí pasó al Saint John's College de Cambridge, donde se presentó en julio de 1802; contaba entonces veinticinco años. Tras una residencia de casi cuatro años en la universidad, obtuvo la licenciatura en filosofía y letras y fue destinado a una coadjutoría de Essex, de donde se trasladó a Yorkshire. Este esbozo de su vida hasta entonces demuestra un carácter fuerte y extraordinario, que se había marcado un objetivo y lo siguió con resolución e independencia. He aquí a un joven (un joven de dieciséis años) que se separa de su familia y decide mantenerse por su cuenta; y hacerlo mediante el trabajo intelectual y no cultivando la tierra como su padre.

Por lo que me han contado, supongo que el señor Tighe se interesó muchísimo por el tutor de sus hijos y que debió de ayudarle no sólo en la orientación de sus estudios sino también indicándole una educación universitaria inglesa y aconsejándole dónde tenía que conseguir que le admitieran. Hoy no se advierte el menor rastro de su origen irlandés en el acento del señor Brontë; nadie notaría su ascendencia celta en su cara de rectas líneas griegas y óvalo alargado; pero al presentarse a las puertas de Saint John's a los veinticinco años, recién salido de la única vida que había conocido hasta entonces, demostró no poca determinación, fuerza de voluntad y desprecio del ridículo.

Durante su estancia en Cambridge perteneció al cuerpo de voluntarios que se organizó en todo el país para resistir la temida invasión de los franceses. Le he oído referirse en los últimos años a lord Palmerston, a quien conoció y trató en los entrenamientos militares que tenían que practicar.²³

Le encontramos ahora instalado como coadjutor en Hartshead, Yorkshire, muy lejos de su tierra natal y de todos sus parientes irlandeses, con quienes en realidad se molestó poco en

mantener relaciones y a quienes creo que no volvió a visitar desde que inició sus estudios en Cambridge.

Hartshead es un pueblo pequeño situado al Este de Huddersfield y Halifax; su elevado emplazamiento (en un montículo, como si dijéramos, rodeado por una cuenca circular) domina un panorama espléndido. El señor Brontë residió allí cinco años; y mientras era titular del beneficio eclesiástico de Hartshead, cortejó a Maria Branwell y se casó con ella.

Maria Branwell era la tercera hija del señor Thomas Branwell, comerciante de Penzance. El apellido de soltera de su madre era Carne, y los Branwell descendían de familias lo bastante buenas por ambas ramas como para que los hijos se relacionaran con la mejor sociedad de Penzance en aquel entonces. El señor y la señora Branwell vivieron (con sus cuatro hijas y un hijo todavía niños) durante la existencia de aquella sociedad primitiva que tan bien ha descrito el doctor Davy en la vida de su hermano.

En el mismo pueblo, cuando la población era aproximadamente de 2.000 personas, sólo había una alfombra, los suelos de las habitaciones se espolvoreaban con arena de playa, y no había ni un solo cubierto de plata.

En aquel entonces, cuando nuestras posesiones coloniales eran muy limitadas, nuestro ejército y nuestra marina de muy pequeña escala, y existía relativamente muy poca demanda de intelectuales, se preparaba a veces forzosamente a los hijos menores de los caballeros para desempeñar algún oficio, a lo que no se asociaba ningún desprestigio o pérdida de casta, por así decirlo. El primogénito, cuando no se le permitía ser un hacendado ocioso, era enviado a Oxford o a Cambridge, donde estudiaba para dedicarse a una de las tres profesiones liberales: el sacerdocio, el derecho o la medicina; el segundón quizá se colocara de aprendiz con un cirujano, un boticario o un procurador; el tercero, con un peltrero o un relojero; el cuarto, con un empaquetador o un mercero; y así sucesivamente, según el número de hijos.

Una vez concluido su aprendizaje, los jóvenes solían trasladarse casi siempre a Londres para perfeccionar sus respectivos oficios o artes: y cuando regresaban al campo y se establecían, no eran excluidos de lo que hoy consideraríamos la sociedad elegante. Las visitas se regulaban entonces de forma diferente a como se hace ahora. Las invitaciones a comer eran prácticamente desconocidas, a excepción de las de las fiestas anuales. La Navidad también era entonces una temporada de indulgencia y esparcimiento y se celebraban reuniones a la hora de la merienda-cena. A excepción de estos dos periodos, las visitas se reducían casi por completo al té; los invitados se reunían a las tres en punto y se marchaban a las nueve, y el entretenimiento de la velada consistía en algún juego de naipes como «la papisa Juana» o el «comercio». La clase baja era entonces sumamente ignorante y todas las clases eran muy supersticiosas. La gente todavía creía en las brujas y existía una credulidad prácticamente ilimitada sobre lo sobrenatural y lo monstruoso. Apenas existía parroquia en Mount's Bay que no tuviera una casa encantada o un lugar al que no se asociara alguna historia de espanto sobrenatural. Incluso cuando yo era muchacho, recuerdo una casa que había en la calle mayor de Penzance que estaba deshabitada porque se creía que estaba embrujada, y los muchachos apretaban el paso con el corazón acelerado al pasar por allí de noche. En las clases medias y altas había poca afición a la

literatura y todavía menos a la ciencia, y sus actividades rara vez eran de género solemne o intelectual. Sus diversiones preferidas eran la caza, el tiro, la lucha y las peleas de gallos, que casi siempre acababan en borrachera. El contrabando era muy activo, y al mismo solían asociarse la ebriedad y un bajo nivel moral. En el contrabando hallaban los aventureros osados y temerarios el medio de hacer fortuna, y la ebriedad y la disipación llevaron a la ruina a muchas familias respetables.

Doy este extracto porque creo que guarda cierta relación con la vida de la señorita Brontë, cuya fortaleza mental y cuya vigorosa imaginación tuvieron que recibir sus primeras impresiones bien de las sirvientas (compañeras amables durante la mayor parte del día en aquel hogar sencillo) que repetían las leyendas y las noticias del pueblo de Haworth; o bien del señor Brontë, cuya relación con sus hijos parece haber sido bastante comedida y cuya vida, tanto en Irlanda como en Cambridge, había transcurrido en circunstancias peculiares; o bien de su tía, la señorita Branwell, que fue a vivir a la rectoría para hacerse cargo de la familia de su difunta hermana cuando Charlotte contaba seis o siete años. La señorita Branwell era mayor que la señora Brontë y había vivido más tiempo en la sociedad de Penzance que describe el doctor Davy. Pero en la familia Branwell no había violencia ni irregularidades. Eran metodistas, y, por lo que puedo deducir, la piedad delicada y sincera daba refinamiento y pureza a su carácter. El señor Branwell, según sus descendientes, poseía talento musical. Él y su esposa vivieron lo suficiente para ver crecer a todos sus hijos y murieron con un año de diferencia: él en 1808 y ella en 1809, cuando su hija Maria tenía veinticinco o veintiséis años. Se me ha permitido leer una serie de nueve cartas que escribió Maria al señor Brontë durante su breve noviazgo en 1812. Desbordan una tierna gracia y modestia femenina; y están impregnadas de la profunda piedad a que he aludido como característica familiar. Citaré algunos fragmentos para demostrar la clase de persona que era la madre de Charlotte Brontë; pero antes de hacerlo tengo que exponer las circunstancias en que esta dama de Cornualles conoció al erudito de Ahaderg, cerca de Loughbrickland. A principios del verano de 1812, cuando ella tendría unos veintinueve años, fue a visitar a su tío el reverendo John Fennel, que era entonces clérigo de la Iglesia de Inglaterra y vivía cerca de Leeds, aunque había sido anteriormente pastor metodista. El señor Brontë era el beneficiado de Hartshead, y tenía fama en la zona de ser un hombre muy apuesto, lleno de entusiasmo y enamoradizo como buen irlandés. La señorita Branwell era muy menuda; no era guapa, pero sí muy elegante y vestía siempre con una sencillez discreta y acorde con su carácter general, de la que algunos detalles recuerdan el estilo de vestir que eligió su hija para sus heroínas preferidas. El señor Brontë se sintió cautivado enseguida por aquella criaturita delicada, y declaró que aquella vez era para siempre. En la primera carta que ella le escribió, fechada el 26 de agosto, parece casi sorprendida de haberse comprometido y alude al poco tiempo que hace que se conocen. En las otras hay detalles que recuerdan la de Julieta:

Mas confía en mí, caballero, seré más fiel
que quienes tienen más astucia para ser extrañas.²⁵

Hay planes de alegres excursiones a la abadía de Kirkstall, en los luminosos días de septiembre, cuando «tío, tía y la prima Jane» —la última comprometida con un tal señor Morgan, también clérigo— formaban parte del grupo. Todos han muerto, menos el señor Brontë. No hubo oposición al noviazgo por parte de ninguno de los parientes de Maria. El señor y la señora Fennel lo aprobaron y parece que su hermano y sus hermanas en la lejana Penzance lo aceptaron también de muy buen grado. En una carta fechada el 18 de septiembre, dice:

Hace años que soy mi propia dueña, y no estoy sometida a ningún control de nadie; tanto es así, que mis hermanas, que me llevan muchos años, e incluso mi amada madre, solían consultarme todas las cosas importantes y rara vez dudaban de la sensatez de mis actos y opiniones: quizá te apresures a acusarme de vanidad por mencionarlo, pero has de considerar que no presumo de ello. Muchas veces me ha parecido un inconveniente y, sin embargo, gracias a Dios nunca me ha inducido a error, aunque en circunstancias de incertidumbre y duda he sentido profundamente la falta de un guía e instructor.

En la misma carta dice al señor Brontë que ha comunicado a sus hermanas su noviazgo y que no las vería de nuevo tan pronto como se había propuesto. El señor Fennel, su tío, les escribe también en el mismo correo, alabando al señor Brontë.

El viaje desde Penzance hasta Leeds en aquel entonces era muy largo y muy caro; los novios no disponían de mucho dinero para gastarlo en viajes innecesarios y como la señorita Branwell no tenía madre ni padre, les pareció una solución correcta y discreta celebrar la boda en casa de su tío. No había razón para prolongar el noviazgo. Ambos habían pasado ya la primera juventud; tenían medios suficientes para cubrir sus necesidades poco ambiciosas. El beneficio eclesiástico de Hartshead figura en la Lista del Clero con un estipendio anual de 202 libras, y Maria contaba con una pequeña renta (50 libras, me han dicho) que le había dejado su padre. Así que los novios empezaron a hablar de poner casa a finales de septiembre, pues supongo que hasta entonces el señor Brontë había vivido en una pensión; todos los preparativos para celebrar la boda en el próximo invierno fueron bien hasta noviembre, en que ocurrió un contratiempo que Maria describe así, con gracia y paciencia:

Supongo que no esperarías hacerte más rico gracias a mí, pues lamento comunicarte que soy todavía más pobre de lo que creía. Ya te mencioné que había pedido que me enviaran mis libros, ropa, etc. La noche del sábado, más o menos cuando tú escribías la descripción de tu imaginario naufragio, yo estaba leyendo y sintiendo los efectos de uno real, pues había recibido una carta de mi hermana dándome cuenta de que el barco en que me había enviado el baúl había encallado en la costa de Devon, y que mi baúl quedó hecho añicos con la violencia del mar, y desaparecieron en las profundidades casi todas mis escasas pertenencias. Si esto no resultara ser el prelude de algo peor no le daré importancia, ya que es el primer suceso desastroso que me ha ocurrido desde que me fui de casa.

La última carta está fechada el 5 de diciembre. La señorita Branwell y su prima se disponían a hacer el pastel de boda la semana siguiente, por lo que el acontecimiento no podía estar lejos. Ella había estado aprendiendo de memoria un «precioso himno breve» compuesto por el señor Brontë; y leyendo *Consejo a una dama* de lord Littelton,²⁶ sobre el que hace algunas observaciones justas y pertinentes que demuestran que pensaba tan bien como leía. Y así desaparece Maria Branwell; no tenemos más comunicación directa con ella; sabemos de ella como señora Brontë, pero ya como una enferma bastante próxima a la muerte; todavía paciente, animada y piadosa. La letra de sus cartas es elegante y pulcra; aunque hace alusiones a las tareas de la casa (como preparar el pastel de boda) también habla de los libros que ha leído o que está leyendo, indicando con ello que

poseía una mente bien cultivada. Supongo que, sin poseer ninguno de los raros talentos de sus hijas, la señora Brontë tuvo que ser ese carácter fuera de lo común, una mujer coherente y equilibrada. El estilo de sus cartas es ágil y correcto, como lo es también el artículo titulado «Ventajas de la pobreza en los asuntos religiosos», que escribió bastante más adelante, seguramente con la intención de publicarlo en alguna revista.

Se casó en casa de su tío en Yorkshire el 29 de diciembre de 1812; el mismo día se casó también su hermana pequeña, Charlotte Branwell, en el lejano Penzance. Creo que la señora Brontë no volvió a visitar nunca Cornualles, pero todos sus parientes que aún viven la recuerdan con cariño; dicen que era «su tía preferida, a quien ellos y toda la familia admiraban como persona de talento y carácter muy afable»; y, también, «sumisa y reservada, aunque poseía talentos fuera de lo común, que heredó de su padre, y su piedad era genuina y discreta».

El señor Brontë permaneció cinco años en Hartshead, en la parroquia de Dewsbury. Allí se casó y allí nacieron sus dos hijas Maria y Elizabeth. Transcurrido ese tiempo, ocupó el beneficio de Thornton, en la parroquia de Bradford. Algunas de esas grandes parroquias del West Riding son casi como diócesis, por la cantidad de habitantes y el número de iglesias. La de Thornton es una pequeña iglesia episcopaliana, con numerosos monumentos protestantes no anglicanos, como el de Lister y su amigo el doctor Hall.²⁷ La región es yerma y agreste: grandes extensiones de tierra inhóspita rodeadas de diques de piedra se extienden hasta los altos de Clayton. La misma iglesia parece antigua y solitaria, como si la hubieran dejado atrás los grandes talleres de piedra de una floreciente firma independiente, y la sólida capilla cuadrada construida por los fieles de esa confesión. En conjunto no es un lugar tan agradable como Hartshead, con su amplia vista sobre la llanura sombreada por las nubes y jaspeada de sol, y la interminable sucesión de colinas, que se elevan una tras otra hasta el horizonte lejano.

Charlotte Brontë nació en Thornton el 21 de abril de 1816. La siguieron en rápida sucesión Patrick Branwell, Emily Jane y Anne. La salud de la señora Brontë empezó a decaer a raíz del último parto. Es un trabajo duro atender las pequeñas y tiernas necesidades de muchos niños pequeños cuando los medios son limitados. Y es más fácil procurarles alimentos y ropa que atención, cuidados, serenidad, entretenimiento y comprensión, que necesitan también. Maria Brontë, la mayor de los seis, no tenía mucho más de seis años cuando el señor Brontë se trasladó a Haworth el 25 de febrero de 1820. Quienes la conocieron entonces dicen que era una niña demasiado seria, pensativa y tranquila para su edad. Su infancia no fue infancia. Son raros los casos en que los poseedores de grandes dotes han conocido la bendición de esa época feliz y libre de cuidados. Sus dotes poco comunes se agitan en su interior y en lugar de la vida natural de percepción (lo objetivo, como lo llaman los alemanes) inician la vida más profunda de reflexión: lo subjetivo.

La pequeña Maria Brontë era menuda y de aspecto delicado, lo que parecía subrayar aún más su extraordinaria precocidad intelectual. Debió de ser compañera y ayudante de su madre en el cuidado de la casa y los niños, porque el señor Brontë estaba muy ocupado en su estudio, por supuesto; y además no le gustaban mucho los niños y sentía su frecuente aparición en escena como una sangría para las fuerzas de su esposa y como una interrupción de la comodidad doméstica.

La rectoría de Haworth es un edificio de piedra rectangular (como ya he mencionado en el primer capítulo), y queda en lo alto del pueblo; la entrada principal da a la puerta occidental de la iglesia, que queda unos cien metros. Unos veinte metros de ese espacio están ocupados por el herboso jardín, que es poco más ancho que la casa. El cementerio rodea la casa y el jardín por todos los lados menos por uno. La vivienda tiene dos plantas y cuatro habitaciones en cada una. Cuando los Brontë se instalaron aquí, colocaron la sala de estar en la estancia más grande, que queda a la izquierda de la entrada; y en la habitación de la derecha instalaron el estudio del señor Brontë. Junto a éste estaba la cocina; y junto a la cocina había una especie de despensa enlosada. En la planta superior había cuatro dormitorios de tamaño similar, más un cuartito o pequeña dependencia o «antecámara», como lo llamamos en el Norte, al otro lado del pasillo. Éste daba a la fachada, y la escalera subía frente a la entrada a la derecha. Hay asientos junto a las ventanas en toda la casa, de un agradable estilo antiguo, y la sólida barandilla de la escalera, los paneles de las paredes y los gruesos marcos de las ventanas indican que la vivienda se construyó en una época en que abundaba la madera.

El cuartito de arriba se destinó a los niños. No lo llamaban cuarto de los niños, aunque era pequeño; en realidad no disponía siquiera de chimenea; las sirvientas (dos hermanas tiernas y afectuosas que todavía hoy no pueden hablar de la familia sin llorar) llamaban a la habitación «estudio de los niños». La estudiante mayor debía de tener entonces siete años.

Ningún vecino de Haworth era muy pobre. Muchos trabajaban en las fábricas de estambre de los alrededores; algunos eran dueños de fábricas o de pequeños talleres. También había tenderos que cubrían las necesidades más modestas; pero si necesitaban consejo médico o legal, o tenían que comprar artículos de escritorio, ropa, libros o exquisiteces, los habitantes de Haworth tenían que ir a Keighley. Había varias escuelas dominicales; los baptistas habían sido los primeros en establecerlas y los habían seguido los metodistas y en último lugar los anglicanos. El buen señor Grimshaw, amigo de Wesley, había construido una humilde iglesia metodista, que quedaba junto a la carretera que lleva a los páramos; los baptistas construyeron luego un lugar de culto, con la peculiaridad de que quedaba a pocos metros de la carretera general; y más tarde, los metodistas juzgaron oportuno construir otra iglesia más grande y más retirada de la carretera. El señor Brontë mantuvo siempre relaciones cordiales y amistosas con las otras confesiones religiosas como un todo. Pero la familia mantuvo las distancias con los vecinos del pueblo desde el principio, a menos que necesitaran algún servicio concreto. «Se mantenían muy unidos» es el comentario de quienes recuerdan la llegada del señor y de la señora Brontë. Creo que muchos yorqueños se oponían al sistema de visitas parroquiales; su carácter hosco e independiente no aceptaba por las buenas que alguien se arrogara el derecho por su cargo de hacerles preguntas, darles consejos o amonestarlos. Sigue alentando en ellos el antiguo espíritu montañés que acuñó la rima inscrita en la parte inferior de uno de los asientos del coro de la abadía de Whalley, que queda a pocos kilómetros de Haworth:

Quien se mete en lo que hacen los demás
más le valdría irse a su casa a enredar.

Pregunté a un habitante de un distrito próximo a Haworth cómo era el clérigo de su iglesia.

—Excelente —me contestó—. Se ocupa de sus asuntos y nunca se mete en los nuestros.

El señor Brontë visitaba fielmente a los enfermos y a quienes requerían su ayuda, y asistía con diligencia a las escuelas; y otro tanto hacía su hija Charlotte; pero como apreciaban y valoraban la intimidad, quizá pecaran un poco de discretos al no inmiscuirse en la vida privada de los demás.

Sus paseos en Haworth se dirigieron desde el principio hacia los páramos cubiertos de brezos que se alzan detrás de la rectoría y no hacia la larga y empinada calle del pueblo. Una buena anciana que asistió a la señora Brontë durante su enfermedad (cáncer interno), que se declaró y se agravó a los pocos meses de su llegada a Haworth, me ha explicado que en aquel entonces los seis pequeños solían salir a pasear, cogidos de la mano, por los espléndidos páramos que luego amarían de forma tan apasionada; las hermanas mayores cuidaban a los pequeñines que aún no caminaban bien.

Eran unos niños muy serios y callados para su edad; tal vez se contuvieran por la grave enfermedad de la madre; porque en la época de que me habla mi informante, la señora Brontë estaba confinada en el dormitorio, del que ya no salió con vida.

—Los pobrecitos eran tan buenos, tan tranquilos y silenciosos, que nadie hubiera dicho que había un niño en la casa. Maria se encerraba en el estudio de los niños con un periódico (¡Maria, que tenía entonces sólo siete años!) Y cuando salía podía contártelo todo, los debates del Parlamento y lo que fuera. Era como una madre para sus hermanas y su hermano. Yo no he visto nunca niños tan buenos. A mí me parecía que les faltaba brío; eran demasiado buenos. Lo achacaba en parte a la manía del señor Brontë de no dejarles tomar carne. No era por ahorrar, porque en la casa había abundancia y hasta se derrochaba, con las sirvientas jóvenes y sin señora que las vigilara; pero él creía que había que educar a los niños con sencillez y con mano dura: así que sólo comían patatas; pero nunca pedían otra cosa; eran buenísimos los pobres. La más guapa era Emily.

La señora Brontë seguía siendo la misma persona paciente y animosa que ya hemos visto antes; muy enferma y con dolores fuertes, casi nunca se quejaba, si es que lo hacía alguna vez; cuando se sentía mejor pedía a la enfermera que la ayudara a incorporarse en la cama para verla limpiar la chimenea, «porque ella lo hacía como se hace en Cornualles»; amaba fervientemente a su marido, que la correspondía con afecto y no soportaba que otro la cuidara de noche; pero, según mi informante, la madre no estaba deseosa de ver mucho a sus hijos, seguramente porque el verlos, sabiendo lo pronto que iban a quedarse sin madre, la habría agitado demasiado. Así que las criaturitas permanecían juntas sin hacer ruido porque su padre estaba ocupado en su estudio, en la parroquia o con su madre; y ellos comían solos; se sentaban a leer, o cuchicheaban en voz baja en el estudio de los niños o vagaban por la ladera cogidos de la mano.

Las ideas de Rousseau y del señor Day²⁸ sobre educación se habían extendido y se habían filtrado en muchas capas sociales. Supongo que el señor Brontë sacó sus propias conclusiones sobre la educación de los niños de estos dos teóricos. Claro que él nunca llegó a los extremos disparatados y asombrosos que tuvo que soportar una tía mía de un discípulo del señor Day. Este caballero y su esposa la acogieron para que viviera con ellos como hija adoptiva hará unos veinticinco años. Eran personas acomodadas y bondadosas, pero la vestían y la alimentaban de la forma más humilde y tosca, basada en principios espartanos. Ella era una niña alegre y sana y no

se preocupaba mucho por la ropa y la comida. Pero consideraba una auténtica crueldad lo siguiente: la familia tenía un carruaje, en el que sacaban a tomar el aire a la niña y a su perro favorito en días alternos. La criatura a la que le tocaba quedarse en casa era manteada (algo que a mi tía le daba pavor). Su miedo quizá fuera la razón de que siguieran haciéndolo. Disfrazarse de fantasmas era algo común y ella no les hacía caso, por lo que el manteo había sido el método siguiente para templarle los nervios. Es bien sabido que el señor Day rompió la promesa de casarse con Sabrina, la joven a quien había educado para tal fin, porque unas semanas antes del día fijado para la boda ella cometió la frivolidad de ponerse un vestido de mangas finas para ir de visita. El señor Day y los parientes de mi tía eran personas bondadosas, pero estaban convencidos de la estafalaria idea de que mediante un método de entrenamiento pueden involucrarse valor y sencillez del salvaje ideal, olvidando el terrible aislamiento de sentimientos y hábitos que experimentarían sus alumnos en la vida que tendrían que llevar entre las corrupciones y los refinamientos de la civilización.

El señor Brontë deseaba que sus hijos fueran fuertes e indiferentes a los placeres de la comida y el vestido. Consiguió lo segundo en lo que a sus hijas se refiere; pero acometió su objetivo con implacable fervor. La enfermera de la señora Brontë me ha contado que un día que los niños habían salido a los páramos y se había puesto a llover, ella pensó que volverían con los pies mojados y sacó unas botas de colores que les había regalado un amigo (cree que el señor Morgan, que se casó con «la prima Jane»). Colocó los pequeños pares de botas junto al fuego de la cocina para que se calentaran; pero cuando volvieron los niños, las botas no aparecían por ningún sitio; sólo se notaba un olor fuerte a cuero quemado. El señor Brontë había entrado en la cocina y las había visto. Eran demasiado alegres y lujosas para sus hijos y fomentarían el amor al vestido; así que las había echado al fuego. No permitía nada que ofendiera su antigua sencillez. Mucho antes de esto, alguien había regalado a la señora Brontë una bata de seda; ella no se la había puesto nunca, porque bien la hechura, el color o el género no correspondía a las ideas de estricto decoro del señor Brontë. Sin embargo, había guardado el regalo como un tesoro en su cómoda, que siempre cerraba con llave. Pero un día, estaba en la cocina y recordó que se había dejado la llave puesta en el cajón y, al oír al señor Brontë arriba, auguró algún percance para su vestido; así que subió de prisa y lo encontró hecho trizas.

El señor Brontë procuraba contener con estoicismo el fuerte y apasionado carácter irlandés que bullía en él a pesar de su serenidad filosófica y su comportamiento digno. Cuando estaba enojado o contrariado por algo no hablaba, sino que desahogaba su cólera volcánica descargando las pistolas en rápida sucesión en la puerta de atrás. Cuando la señora Brontë oía desde la cama las sucesivas explosiones, sabía que algo iba mal; pero procuraba ver siempre el aspecto positivo y solía decir: «¿No debería agradecer que nunca me haya dirigido una palabra destemplada?». La cólera de Patrick Brontë adoptaba a veces otra forma, silenciosa también. Una vez agarró la alfombrilla de delante del fuego y la embutió en la rejilla, dejando que se quemara, y sin salir de la habitación, a pesar del hedor, hasta que se abrasó y se apergaminó y quedó completamente inservible. Otra vez serró el respaldo a unas sillas, convirtiéndolas en simples taburetes.

Era un andarín infatigable y recorría por kilómetros y kilómetros los páramos, fijándose en todos los signos naturales del viento y el paisaje y observando a las criaturas salvajes que iban y

venían en las zonas más solitarias de las colinas. Había visto águilas bajando a buscar alimento para sus crías; ahora no se ve ni una águila en estas laderas. Adoptaba sin temor la postura de política local o nacional que le parecía correcta. En la época de los luditas²⁹ había defendido la intervención perentoria de la ley en un momento en que no se encontraba ningún magistrado que la ejecutara y todas las propiedades del West Riding corrían grave peligro. Se granjeó la antipatía de los obreros de las fábricas y creía que su vida peligraba si salía desarmado a dar sus paseos largos y solitarios; desde entonces lleva siempre una pistola cargada. En casa, la dejaba sobre el tocador con el reloj; y la recogía con el reloj por la mañana; y con el reloj volvía a dejar todas las noches. Muchos años después, cuando vivía en Haworth, hubo una huelga; los obreros de la zona se consideraban tratados injustamente por sus patronos y se negaron a trabajar; el señor Brontë les dio la razón y les prestó toda la ayuda que estaba en sus manos para que se mantuvieran a flote y evitaran la pesadilla de las deudas. Algunos vecinos influyentes de Haworth y de los alrededores eran dueños de fábricas y le reprocharon con crudeza su actitud, pero él estaba convencido de que era la correcta y no cedió. Sus opiniones podían ser a veces disparatadas y erróneas; sus principios de acción, excéntricos y extraños; sus ideas sobre la vida, parciales y casi misantrópicas; pero no había razón en el mundo que lo hiciera cambiar; se atenía siempre a sus principios; y aunque algo había de misantropía en su opinión sobre la humanidad en general, su comportamiento con los individuos a quienes trataba no coincidía con ese punto de vista. Es cierto que tenía prejuicios fuertes y vehementes, que se aferraba a ellos con obstinación y que no era lo bastante riguroso en sus percepciones para ver lo desgraciados que podían ser otros en una vida que a él le parecía perfecta. Pero no es mi intención armonizar rasgos de carácter, explicarlos e integrarlos en un todo inteligible y coherente. La familia que he de tratar ahora tiene raíces más hondas de lo que yo puedo penetrar. No puedo calibrarlas y mucho menos juzgarlas. He dado estos ejemplos de la excentricidad del padre porque sé que es necesario para la correcta comprensión de la vida de su hija.

La señora Brontë murió en septiembre de 1821 y, a partir de entonces, la vida de aquellos niños tranquilos tuvo que hacerse más silenciosa y solitaria todavía. Charlotte se esforzó en años posteriores por recuperar la memoria de su madre y consiguió recordar dos o tres imágenes suyas. Una era de cierta vez que había estado jugando con su pequeño Patrick Branwell a la luz de la tarde en el salón de la rectoría de Haworth. Pero los recuerdos de los cuatro o cinco años suelen ser muy fragmentarios.

Debido a alguna enfermedad del aparato digestivo, el señor Brontë estaba obligado a ser muy cuidadoso con su dieta; y, para evitar tentaciones, y seguramente para disfrutar de la tranquilidad necesaria para hacer la digestión, había empezado a comer solo ya antes de que muriera su esposa; y ha conservado siempre esta costumbre. No necesitaba compañía, así que no la buscaba, ni en sus paseos ni en la vida cotidiana. La silenciosa regularidad de su horario doméstico sólo se veía interrumpida por los coadjutores y visitantes que tenían que tratar con él asuntos de la parroquia; o a veces por algún clérigo vecino que bajaba las colinas del otro lado de los páramos y subía de nuevo hasta la rectoría de Haworth a pasar la tarde allí. Pero debido a la enfermedad de la señora Brontë poco después de que su esposo se trasladara al distrito, así como a las distancias y a la inhóspita región que había que atravesar, las esposas de los clérigos amigos nunca acompañaban a

sus esposos; por lo que las hermanas Brontë pasaron de la infancia a la adolescencia y a la juventud despojadas de un modo singular de la compañía que habría sido natural para su edad, sexo y condición. Una familia que residía cerca de Haworth había sido especialmente atenta y amable con la señora Brontë durante su enfermedad y había tenido la delicadeza de invitar a los niños a merendar de vez en cuando. Contaré aquí la historia de esta familia porque creo que puso fin a la relación con sus vecinos e impresionó profundamente a Charlotte en su primera infancia. Servirá de muestra de las historias extrañas que circulan en un pueblo aislado, aunque no puedo dar fe de la veracidad de los pormenores; no más que ella, ya que el suceso principal ocurrió cuando era demasiado pequeña para comprenderlo del todo, y seguramente oyera los rumores exagerados de los incultos. Era una familia de disidentes, que profesaba alguna forma de religión bastante rígida. El padre era un fabricante de tejidos de lana medianamente rico, pero su estilo de vida parecía «grandioso» a los hermanos Brontë, que sólo podían juzgar por los hábitos frugales de la rectoría. Esta familia tenía un invernadero, el único del vecindario; un edificio voluminoso con más madera y pared que cristal, situado en un huerto que quedaba separado de la casa por la carretera general de Haworth. Eran muchos hermanos, y una de las hijas mayores se había casado con un fabricante rico de «más allá de Keighley»; y cuando se acercaba el momento de dar a luz, pidió que su hermana más joven preferida fuera a hacerle una visita y se quedara con ella hasta que naciera el bebé. La petición fue atendida. La joven fue a ver a su hermana; tenía unos quince o dieciséis años. Pasó unas semanas en casa de su cuñado y regresó al hogar paterno enferma y alicaída. Los padres le hicieron preguntas y al final descubrieron que había sido seducida por el rico esposo de su hermana; y que las consecuencias de esa depravación pronto serían evidentes. El padre montó en cólera y la encerró en su habitación hasta que pudiera decidir qué medidas tomar; las hermanas mayores se burlaron de ella y la menospreciaron. Sólo se apiadó un poco de ella su madre, que según decían era una mujer muy severa. Cuentan que quienes pasaban de noche por la carretera veían a la madre y a su hija pequeña paseando por el huerto, llorando, mucho después de que todos en la casa se hubieran recogido. Más aún, se rumoreaba que ambas seguían paseando y llorando todavía cuando la señorita Brontë me contó la historia (aunque ambas llevaban mucho tiempo muertas y enterradas). Los murmuradores de esta historia añadieron que el cruel padre, tal vez enloquecido por la desgracia que había caído sobre una familia «religiosa», ofreció una buena suma de dinero a quien se casara con su pobre hija caída; que encontraron un marido que se la llevó de Haworth y que la hizo sufrir tanto que la pobre murió siendo aún una niña.

Tan profundo rencor no resultaba extraño en un hombre que se preocupaba tanto por la moral religiosa; pero el aspecto degradante de la historia en realidad era el siguiente: los demás miembros de la familia, incluidas las hermanas mayores, iban de visita a casa de su rico cuñado, como si el pecado de él no hubiera sido cien veces más abyecto que el de la pobre jovencita cuya maldad tanto los había ofendido y tan burdamente habían ocultado. La gente de la zona todavía considera condenados a los descendientes de esta familia. Les va mal en los negocios o tienen mala salud.

Creo que ésa era la única casa de Haworth que visitaban los pequeños Brontë; y sus visitas cesaron pronto.

Pero los niños no necesitaban compañía. No estaban acostumbrados a las pequeñas alegrías

infantiles. Estaban muy unidos. No creo que haya habido nunca unos hermanostan tiernamente unidos. Maria leía los periódicos y transmitía la información a sus hermanas más pequeñas que, por asombroso que parezca, se interesaban por ella. Pero supongo que no tenían «libros infantiles» y que sus mentes ávidas «pacían tranquilamente en los saludables pastos de la literatura inglesa», como dice Charles Lamb. Al parecer, las sirvientas de la casa estaban muy impresionadas con la extraordinaria inteligencia de los pequeños Brontë. Su padre me dice en una carta sobre este tema: «Las sirvientas comentaban a veces que no habían visto nunca una niña tan inteligente (como Charlotte) y que tenían que poner mucho cuidado en lo que decían y lo que hacían delante de ella. Pero siempre se llevaron muy bien».

Esas sirvientas todavía viven; son ancianas y residen en Bradford. Guardan un recuerdo afectuoso y fiel de Charlotte y cuentan lo bondadosa que fue siempre «¡desde muy pequeña!», cuando no descansó hasta conseguir que enviaran la antigua cuna de la rectoría que no se usaba a casa de los padres de una de ellas para una hermanita pequeña. Enumeran una larga serie de obras buenas y considerados de Charlotte, desde aquellos primeros tiempos hasta las últimas semanas de su vida; y una de ellas, que dejó la casa de los Brontë hace muchos años, había ido de Bradford a Haworth para dar el pésame al señor Brontë cuando murió su última hija. Quizá no hubiera muchas personas que estimaran a los Brontë, pero quienes los estimaron, lo hicieron de verdad y para siempre.

Vuelvo a la carta del padre. Dice:

Cuando aprendieron a leer y a escribir de pequeños, Charlotte y su hermano y hermanas solían inventar y representar breves obras, en las que siempre salía victorioso el duque de Wellington, que era el héroe de mi hija Charlotte; muchas veces discutían sobre los méritos comparativos de él, Bonaparte, Aníbal y César. Cuando la discusión se acaloraba y llegaba a su punto álgido, como su madre había muerto ya, a veces tenía que intervenir yo como árbitro y resolver la disputa conforme a mi parecer. En general, al tratar estos asuntos pensaba muchas veces que descubría en ellos señales de talento creciente, algo que pocas veces o nunca había advertido en niños de su edad [...] Me viene ahora a la cabeza algo que puedo mencionar también. Cuando mis hijos eran muy pequeños, cuando, si mal no recuerdo, la mayor tenía unos diez años y la más pequeña unos cuatro, creyendo que sabían más de lo que yo había descubierto y para conseguir que hablaran con menos timidez, se me ocurrió que si podían hacerlo de alguna forma secreta conseguiría mi objetivo; y como había una máscara en la casa, les dije a todos que se levantaran y hablaran francamente con la máscara puesta.

Empecé por la más pequeña (Anne, que sería después Acton Bell)

[30](#) y le pregunté qué era lo que más necesitaba un niño; me contestó: «Edad y experiencia». Pregunté a la segunda (Emily, después Ellis Bell) qué podía hacer yo con su hermano Branwell, que a veces era un niño malo; me contestó: «Habla con él, y si no atiende a razones, azótalo». Pregunté a Branwell cuál era la mejor forma de saber la diferencia entre los intelectos de hombres y mujeres; respondió: «Considerar la diferencia que existe entre ellos en cuanto a los cuerpos». Pregunté luego a Charlotte cuál era el mejor libro del mundo; me contestó: «La Biblia». ¿Y después de la Biblia? Me contestó: «El Libro de la Naturaleza». Pregunté a continuación cuál era la mejor forma de educar a una mujer; y respondió: «La que la enseñe a gobernar bien su casa». Finalmente, pregunté a la mayor cuál era la mejor forma de pasar el tiempo; me contestó: «Emplearlo en prepararse para una eternidad feliz». Quizá no sean ésas sus palabras exactas, pero tampoco muy distintas, porque recuerdo que me causaron una impresión profunda y perdurable. Pero la esencia era la que he expuesto.

La extraña y pintoresca sencillez del método empleado por el padre para determinar los talentos ocultos de sus hijos, así como el tono y el carácter de las preguntas y las respuestas demuestran la curiosa educación determinada por las circunstancias que rodeaban a los Brontë. No conocían a otros niños. No conocían más opiniones que las que les indicaban los fragmentos de conversaciones clericales que oían en el salón, o los asuntos de interés local y vecinal que oían comentar en la cocina. Cada una tenía un tono muy característico.

Se interesaban mucho por los personajes públicos y por la política nacional y extranjera analizada en los periódicos. Mucho tiempo antes de que muriera Maria Brontë a los once años, su padre solía decir que podía conversar con ella sobre cualquier tema de actualidad importante con la misma libertad y placer que con un adulto.

CAPÍTULO IV

La señorita Branwell llegó a Haworth de Penzance más o menos un año después de la muerte de su hermana, para encargarse del hogar de su cuñado y cuidar a los niños. Creo que era una mujer afable y concienzuda, con mucho carácter, aunque con ideas un tanto estrechas, propias de alguien que había vivido siempre en el mismo sitio. Tenía prejuicios arraigados y no le gustó nada Yorkshire. Fue un cambio enorme para una señora entrada ya en la cuarentena marcharse de Penzance —donde las plantas que nosotros en el Norte llamamos flores de invernadero crecen en gran profusión y sin protección alguna incluso en invierno, y donde el clima suave y templado permite a sus habitantes vivir casi siempre al aire libre, si así lo desean— para vivir en un lugar donde no se daban bien ni las flores ni las hortalizas y donde era difícil ver incluso un árbol de tamaño mediano en muchos kilómetros a la redonda; donde la nieve cubría buena parte del año los páramos que se extienden sombríos y desnudos casi desde la vivienda que sería su hogar a partir de entonces; y donde muchas veces, en las noches de otoño y de invierno, parecía que los cuatro vientos cardinales se unieran para aullar juntos y arañaban la casa como fieras salvajes que intentaran encontrar una entrada. La señorita Branwell echaba de menos las alegres reuniones sociales que se suceden a lo largo del año en una villa; añoraba las amistades que conocía desde la infancia, algunas de las cuales lo habían sido de sus padres antes que suyas; la molestaban muchas costumbres del lugar y aborrecía sobre todo la humedad helada que se alzaba de los suelos de piedra de los pasillos y de las salas en la rectoría de Haworth. Creo que también las escaleras eran de piedra; y no es extraño, habiendo cerca canteras y quedando tan lejos los árboles. Me han contado que la señorita Branwell llevaba siempre zuecos en la casa, por miedo a acatarrarse, y que sus pisadas repiqueteaban escalera arriba y abajo. Por la misma razón, en los últimos años de su vida apenas salía de su dormitorio, donde también tomaba sus comidas. Los niños la respetaban y le profesaban ese afecto que genera la estima; pero no creo que le manifestaran nunca su cariño libremente. Tuvo que ser una prueba durísima para una persona de su edad cambiar de hogar y de lugar como lo hizo ella; y precisamente por eso es mayor su mérito.

No sé si la señorita Branwell enseñaría a sus sobrinas algo más que costura y las labores domésticas en las que Charlotte fue luego tan experta. Su padre les tomaba las lecciones regulares; y siempre tuvieron la costumbre de recoger una inmensa cantidad de información diversa por sí mismas. Pero un año o así antes, se había abierto en el norte de Inglaterra un colegio para hijas de clérigos.³¹ El lugar era Cowan Bridge, un caserío pequeño que quedaba en la carretera de coches de Leeds a Kendal y por lo tanto de fácil acceso desde Haworth, ya que había coche diario y paraba en Keighley. Los gastos anuales por alumna (según las normas de ingreso que figuran en el Boletín de 1842 y que creo que no habían aumentado desde la creación de los colegios en 1823) eran los siguientes:

Norma II. La tarifa para ropa, alojamiento, manutención y enseñanza es de 14 libras al año;

la mitad se abonará por adelantado cuando se envíe a las alumnas; más una libra por el uso de los libros, etc. El programa de enseñanza comprende historia, geografía, el uso de globos terráqueos, gramática, escritura y aritmética, toda clase de labores de aguja y tareas más delicadas de la casa, como preparar lencería fina, plancha, etc. Si se requieren prácticas, la cuota adicional es de tres libras anuales por música y otras tantas por dibujo.

La tercera norma pide que los familiares indiquen la línea de enseñanza deseada en el caso de cada alumna, teniendo en cuenta sus perspectivas futuras.

La cuarta norma se refiere a la ropa y los artículos de aseo; y concluye así:

Todas las alumnas llevan el mismo atuendo, un sencillo gorro de paja en verano, bata blanca los domingos y de nanquín los días de diario; en invierno, vestidos morados de paño y capa de paño del mismo color. Por mor de la uniformidad, por tanto, han de traer tres libras en vez de vestidos, pelliza, sombrero, esclavina y adornos; lo que hace la suma total que cada alumna ha de traer al colegio:

7 libras, media anualidad, por adelantado.

1 libra, ingreso para libros.

1 libra, ingreso para ropa.

La octava norma especifica: «La directora del colegio inspeccionará las cartas y los paquetes». Pero ésta es una norma muy común en los colegios femeninos, y creo que se da por supuesto generalmente que la directora puede ejercer este privilegio, aunque sin duda sería imprudente por su parte aplicarlo a rajatabla.

No hay nada excepcional en las normas restantes, y sin duda el señor Brontë las consultó todas cuando decidió enviar a sus hijas al colegio de Cowan Bridge; llevó a Maria y a Elizabeth en julio de 1824.

Llego ahora a un punto delicado que me resulta muy difícil tratar, porque la evidencia relativa al mismo por ambas partes es tan compleja que parece casi imposible determinar la verdad. La señorita Brontë me dijo más de una vez que no habría escrito lo que escribió de Lowood en *Jane Eyre* si hubiera sabido que se asociaría tan fácilmente el lugar a Cowan Bridge, aunque no había ni una sola palabra en la novela sobre el colegio que no fuera verdad en la época en que ella lo conoció; también me dijo que no había juzgado necesario en una obra de ficción exponer cada detalle con la objetividad que cabría exigir en un tribunal de justicia, ni buscar razones y tener en cuenta los sentimientos humanos, como podría haber hecho si hubiera analizado objetivamente la conducta de quienes tenían a su cargo la dirección del colegio. Creo que le habría complacido tener la oportunidad de corregir la impresión excesivamente fuerte que su vívido cuadro causó en la opinión pública, aunque incluso ella, que sufrió toda la vida en cuerpo y alma las consecuencias de lo que ocurrió allí, podría haber confundido hasta el final su profunda fe en los hechos con los hechos propiamente dichos: su idea de la verdad con la verdad absoluta.

Un clérigo rico que vivía cerca de Kirby Lonsdale, el reverendo William Carus Wilson, fue el impulsor de que se fundara el colegio. Era un hombre enérgico que no escatimó esfuerzos para alcanzar sus objetivos y que estaba dispuesto a sacrificarlo todo menos el poder. Comprendió lo

difícil que resultaba a los clérigos de ingresos limitados procurar una buena educación a sus hijas y se le ocurrió un plan mediante el cual se recaudaba anualmente determinada cantidad en donativos para completar la suma necesaria para procurar una buena educación inglesa, que no podría haberse cubierto sólo con las catorce libras anuales que pagaban los padres. En realidad, lo que aportaban los padres se consideraba exclusivamente destinado a los gastos de alojamiento y manutención, y la enseñanza se cubría con los donativos. Nombraron doce administradores; el señor Wilson era tesorero y secretario, además de miembro de la junta directiva; en realidad, se encargó de todas las disposiciones administrativas del centro; él podía cumplir bien esta responsabilidad porque vivía más cerca del colegio que ningún otro interesado. Así que su carácter prudente y juicioso influiría en cierto grado en el éxito o el fracaso del colegio de Cowan Bridge; y el funcionamiento del mismo fue durante muchos años el gran objetivo e interés de su vida. Parece ser, sin embargo, que no estaba familiarizado con el principal elemento de una buena administración: encontrar personas bien capacitadas para cada puesto y responsabilizarlas, juzgándolas por los resultados, sin interferir continuamente e imprudentemente en los pormenores. Fue tanto el bien que hizo el señor Wilson con su gestión constante e infatigable que lamento que los errores que sin duda cometió salieran a relucir cuando era ya un anciano débil, y de una forma que recibió tan prodigiosa fuerza por el extraordinario toque del genio de la señorita Brontë. Mientras escribo esto tengo delante sus últimas palabras cuando renunció a la secretaría en 1850; habla de la renuncia «por mala salud, de alguien que, de cualquier modo, ha disfrutado supervisando los colegios con sincero y afanoso interés», y añade de nuevo que renuncia, «por tanto, con sincero agradecimiento a Dios por todo lo que ha tenido a bien llevar a cabo por su mediación (cuya flaqueza y falta de mérito siento y deplora profundamente)».

Cowan Bridge es un grupo de unas seis o siete casas situadas a ambos lados de un puente por el que la carretera de Leeds a Kendal cruza un pequeño arroyo llamado el Leck. Esta carretera está casi abandonada ahora; pero sin duda estaba muy transitada antiguamente, cuando los compradores de los distritos manufactureros del West Riding tenían que viajar con frecuencia al Norte para comprar la lana a los campesinos de Westmoreland y Cumberland; y quizá Cowan Bridge tuviera entonces un aspecto más próspero. El emplazamiento es precioso; justo donde el río cae en picado a la llanura; y a la orilla del río crecen alisos, sauces y avellanos. Trozos quebrados de roca gris interrumpen la corriente del arroyo; y sus aguas fluyen sobre un lecho de cantos rodados blancos y alargados que levantan y arrastran a cada lado de su impetuoso curso, formando un muro en algunos sitios. En las orillas del pequeño y vigoroso Leck, centelleante y poco profundo, se extienden grandes praderas de hierba corta finísima, común en la montaña. Pues aunque Cowan Bridge está situado en una llanura, es una llanura de la que hay muchas bajadas y una larga pendiente antes de que el viajero y el Leck lleguen al valle del Lune. No entiendo cómo podía ser tan insalubre el colegio, porque cuando yo visité el lugar el año pasado, el aire del entorno era purísimo y olía a tomillo. Pero hoy día todo el mundo sabe que el emplazamiento de un edificio destinado a albergar a muchas personas debe elegirse con mucho más cuidado que el de una casa particular, por la tendencia a contraer enfermedades infecciosas y de otro tipo que produce la congregación de gente en estrecha proximidad.

Todavía existe la casa que formó parte de la que ocupaba el colegio. Es un edificio bajo y

alargado, con miradores, dividido actualmente en dos viviendas. Da al Leck, y entre el río y ella hay un espacio de unos setenta metros que fue en tiempos el jardín del colegio. Desde este edificio y formando ángulo recto con lo que queda del colegio había antiguamente una fábrica de carretes de madera de aliso, que abunda en los terrenos como el del entorno de Cowan Bridge. El señor Wilson adaptó la fábrica a su propósito. Instalaron las aulas abajo y los dormitorios arriba. En el edificio que sigue hoy en pie estaban las habitaciones de las profesoras, el comedor, las cocinas y algunos dormitorios más pequeños. Cuando entré en este edificio vi que la parte del mismo que queda más cerca de la carretera era una lastimosa especie de taberna, entonces en alquiler, y con el mísero aspecto de lugar abandonado, por lo que resultaba muy difícil saber cómo podría ser en perfecto estado, con los paños rotos de las ventanas nuevos y el recubrimiento exterior (ahora cuarteado y descolorido) blanco y liso. La otra parte es una casita de techos bajos y suelos de piedra que tiene unos cien años; las ventanas no se abren bien ni del todo; y el pasillo de arriba que da a los dormitorios es estrecho y tortuoso. En general, los olores persistían en la casa y la humedad se aferraba a ella. Pero los asuntos sanitarios no se entendían bien hace treinta años; y era una suerte encontrar un edificio espacioso junto a la carretera y no demasiado lejos de la residencia del señor Wilson, autor del proyecto educativo. Hacía falta un centro así: muchísimos clérigos mal pagados acogieron el proyecto con alegría e inscribieron entusiasmados a sus hijas como alumnas cuando el centro estuvo preparado para recibirlas. Sin duda complacido por la impaciencia con que se esperaba que realizara su idea, el señor Wilson abrió el colegio con menos de doscientas libras y, según tengo entendido, con unas setenta y tantas alumnas.

El señor Wilson seguramente creía que toda la responsabilidad del proyecto recaía en él. El dinero aportado por los padres apenas cubría el alojamiento y la manutención; y los donativos para un proyecto que no se había probado no afluyeron copiosamente; así que se impuso una economía estricta en todos los asuntos domésticos. El señor Wilson decidió reforzarla con inspecciones frecuentes; y parece que su amor a la autoridad lo llevó a inmiscuirse de forma innecesaria e irritante en los detalles sin importancia. Se hacían economías en el aprovisionamiento del internado, pero no parece que hubiera escasez de nada. Se contrató el abastecimiento de carne, harina, leche, etc., de excelente calidad; y la dieta, que me han enseñado en manuscrito, no era mala ni poco sana; ni poco variada en conjunto. Gachas de avena de desayuno; una torta de avena para quienes necesitaban almuerzo; carne de vacuno y de ovino asada y guisada, pastel de patata y budines caseros de diferentes tipos para comer; a las cinco en punto, pan y leche para las más pequeñas; y un trozo de pan (ésta era la única ocasión en que la comida era escasa) para las alumnas mayores, que seguían levantadas y tomaban luego otra colación parecida. El señor Wilson encargaba la comida y se preocupaba de que fuera de buena calidad. Pero la cocinera, que era de toda su confianza y de quien durante mucho tiempo nadie se atrevió a quejarse, era una persona descuidada, sucia y derrochona. Algunos niños detestan las gachas de avena, y por muy bien hechas que estén siguen sin gustarles. En el colegio de Cowan Bridge las servían con excesiva frecuencia no sólo quemadas, sino con fragmentos repugnantes de otras sustancias visibles en ellas. La carne de vacuno, que debe salarse bien antes de prepararla, se echaba a perder muchas veces por negligencia; y las jóvenes que fueron compañeras de las hermanas Brontë durante el dominio de la cocinera a quien me refiero me han dicho que el

internado parecía impregnado mañana, tarde y noche del olor a grasa rancia que emanaba del fogón en que preparaban casi todas sus comidas. Los budines se hacían con el mismo descuido; uno de los que les servían era de arroz hervido, que tomaban con melaza y azúcar; pero muchas veces era incomedible porque lo hacían con agua de lluvia que estaba llena de polvo del tejado, de donde se deslizaba al viejo tonel de madera que a su vez añadía el propio aroma al del agua. También la leche estaba muchas veces «picada», como llaman en el campo a un tipo de descomposición que es mucho peor que la acidez y que al parecer se debe a falta de limpieza de los hervidores más que al calor. Los sábados les servían una especie de pastel o mezcla de patatas y carne, que hacían con todas las sobras de la semana. Los trozos de carne de una despensa sucia y desordenada nunca podían ser muy apetitosos; y tengo entendido que este plato era el más odiado en los primeros tiempos de Cowan Bridge. Es fácil imaginar lo repugnante que podía resultar esta comida a niñas con poco apetito y que además estaban acostumbradas a alimentos mucho más sencillos quizá, pero preparados con una pulcritud exquisita que los hacía apetitosos y sanos. Las pequeñas Brontë se quedaban sin comer muchas veces, aunque se morían de hambre. Cuando llegaron al colegio no estaban fuertes porque hacía poco que habían tenido sarampión y tos ferina; en realidad, supongo que no se habían recuperado del todo; pues hubo ciertas consultas por parte de la junta escolar sobre si debían admitir o no a Maria y a Elizabeth en julio de 1824. El señor Brontë volvió en septiembre del mismo año a matricular también en el internado a Charlotte y a Emily.

Resulta extraño que el profesorado no informara al señor Wilson de las condiciones en que se servían las comidas; pero hay que tener en cuenta que la familia Wilson conocía a la cocinera desde hacía tiempo, y que las profesoras habían sido contratadas para desempeñar un trabajo completamente distinto: el de enseñar. Y se les había indicado de forma expresa que ése era su cometido; la compra y la administración de las provisiones corrían a cargo del señor Wilson y de la cocinera. Las profesoras sin duda eran reacias a plantearle quejas sobre el tema; y cuando el señor Wilson se enteró al fin, su respuesta fue que había que enseñar a las niñas a pensar en cosas más elevadas que el mero remilgado del apetito y las aleccionó sobre el pecado de preocuparse demasiado por los asuntos carnales (al parecer, ignorando el hecho de que la aversión y el rechazo diarios de los alimentos acaba minando la salud).

Todas las alumnas tenían que pasar otra prueba para la salud. El camino desde Cowan Bridge hasta la iglesia de Tunstall, donde oficiaba el señor Wilson y a la que acudían las alumnas de Cowan Bridge los domingos, tiene más de tres kilómetros y discurre por una zona completamente desprotegida, por lo que resulta fresco y tonificante en verano pero muy frío en invierno, sobre todo para niñas cuya escasa energía fluía lánguidamente debido a su estado famélico. La iglesia también era muy fría, pues no había medios para calentarla. Se alza en medio de los campos, y las densas nieblas debían pegarse a las paredes y filtrarse por las ventanas. Las niñas se llevaban la comida fría y la tomaban entre un oficio religioso y otro en una cámara sobre la entrada que daba a las antiguas galerías. El programa de ese día era especialmente duro para las niñas delicadas, sobre todo para las que estaban desanimadas y añoraban su hogar, como debía de pasarle a la pobre Maria Brontë. Cada vez se encontraba peor; el catarro, secuela de la tos ferina, no acababa de desaparecer; era mucho más inteligente que todas sus compañeras de juegos y estaba sola entre

ellas precisamente por eso; y sin embargo cometía faltas tan irritantes que sus profesoras la castigaban continuamente y fue objeto de la antipatía despiadada de una de ellas, que aparece en *Jane Eyre* como «señorita Scatcherd» y cuyo verdadero nombre será lo bastante clemente para no revelar. Huelga decir que la Helen Burns de *Jane Eyre* está inspirada en Maria Brontë con toda la precisión que la prodigiosa fuerza creativa de Charlotte Brontë podía conseguir. Hasta el último día que nos vimos, su corazón todavía latía con impotente indignación por la inquietud y la crueldad a la que su hermana agonizante, paciente y amable, había sido sometida por aquella mujer. No hay una sola palabra en esa parte de *Jane Eyre* que no sea la repetición literal de las escenas que tuvieron lugar entre la alumna y la profesora. Quienes habían sido alumnas del colegio de Cowan Bridge en la misma época que Maria Brontë comprendieron quién tenía que haber escrito el libro, por la fuerza con que se describen los sufrimientos de Helen Burns. Reconocieron también la tierna dignidad y la benevolencia de la señorita Temple como justo tributo a sus méritos. Quienes la conocieron lo consideran un honor. Pero cuando la señorita Scatcherd quedó expuesta al oprobio también reconocieron en la autora de *Jane Eyre* a una hermana inconscientemente vengadora de la víctima.

Una compañera de Charlotte y de Maria Brontë me ha explicado entre otras cosas lo siguiente: el dormitorio en que dormía Maria era una habitación grande, con una hilera de camas estrechas a cada lado, en las que dormían las alumnas; y al final del dormitorio había una pequeña alcoba que daba al dormitorio destinado a la señorita Scatcherd. La cama de Maria quedaba junto a la puerta de esta alcoba. Una mañana, después de haberse sentido tan mal que habían tenido que aplicarle un vesicatorio al costado (cuya herida no se le había curado del todo), cuando la campana sonó por la mañana, la pobre Maria dijo quejosa que se encontraba tan mal, tan enferma realmente, que deseaba poder quedarse en la cama; y algunas compañeras insistieron en que lo hiciera, diciéndole que ya se lo explicarían ellas a la señorita Temple, la directora. Pero la señorita Scatcherd estaba al lado y tendrían que habérselas con su cólera antes de que la afable consideración de la señorita Temple pudiera intervenir; así que la niña enferma empezó a vestirse, temblando de frío, sin levantarse de la cama; se puso despacio los calcetines negros de estambre sobre las delgadas piernas blancas (mi informante me lo explicó como si lo estuviera viendo, y todo su rostro destellaba indignación imperecedera). La señorita Scatcherd salió de su cuarto, y, sin pedir explicaciones a la niña enferma y asustada, la agarró del brazo del lado en que le habían aplicado el vesicatorio y la plantó en el suelo con un movimiento brusco, sin dejar de insultarla, llamándola sucia y desaliñada. La dejó allí plantada. Mi informante dice que Maria no abrió la boca más que para rogar a algunas de las compañeras más indignadas que se calmaran; y con movimientos lentos y temblorosos, haciendo muchas pausas, bajó al fin las escaleras; y la castigaron por llegar tarde.

Cualquiera puede imaginar lo que tuvo que doler una cosa así a Charlotte. Me asombra que no se opusiera a la decisión de su padre de enviarlas a Emily y a ella de nuevo a Cowan Bridge después de la muerte de Maria y de Elizabeth. Claro que es frecuente que los niños no comprendan hasta qué punto sus sencillas revelaciones podrían hacer cambiar la opinión que tienen sus parientes de las personas que los rodean. Además, el vigoroso juicio de Charlotte le permitía comprender a una edad insólitamente temprana la enorme importancia de la educación para

conseguir los medios que tendría la fuerza y la voluntad de manejar, y se daba cuenta de que la formación de Cowan Bridge era en muchos sentidos la mejor que podía proporcionarle su padre.

El brote de fiebre que se describe en *Jane Eyre* se produjo en la primavera de 1825 y antes de que muriera Maria Brontë. El señor Wilson se asustó muchísimo cuando se enteró de los primeros síntomas; su seguridad se tambaleó; no comprendía qué enfermedad podía ser aquella que dejaba a las niñas demasiado apagadas y torpes para entender los reproches o enardecerse con los textos y las exhortaciones espirituales; y que las sumía en un estupor torpe y una apatía semiinconsciente. Acudió a una mujer maternal que había tenido alguna relación con el colegio (creo que como lavandera) y le pidió que fuera al internado y le explicara de qué podría tratarse. Ella se arregló y le acompañó en su calesa. Cuando entraron en el aula del colegio, la mujer vio a unas doce o quince alumnas echadas sin hacer nada; unas apoyaban la cabeza dolorida en la mesa y otras en el suelo, pero todas tenían los ojos cargados, las mejillas encendidas, expresión apática y fatigada y todos los miembros doloridos. Dice que notó un olor peculiar que le indicó que habían cogido «la fiebre»; se lo explicó al señor Wilson y le dijo que ella no podía quedarse allí porque podía contagiar la enfermedad a sus hijos; pero él medio le suplicó medio le ordenó que se quedara a cuidarlas; y, por último, subió a su calesa y se marchó, mientras ella insistía en que tenía que regresar a su casa y a sus quehaceres domésticos, pues no había buscado a nadie que la sustituyera. Pero cuando vio que la dejaba allí plantada sin más contemplaciones, decidió hacer cuanto estuviera en su mano; y resultó ser una enfermera eficazísima, aunque dice que todo fue muy deprimente. El señor Wilson consiguió lo que ordenaron los médicos más dotados, y de la forma más liberal; acudió incluso a pedir consejo a su cuñado, un médico muy inteligente de Kirby con quien no mantenía relaciones amistosas desde hacía tiempo; y precisamente fue ese doctor quien probó la comida diaria de las alumnas y la rechazó mediante la expresiva acción de escupir la porción que se había llevado a la boca. Unas cuarenta alumnas cayeron enfermas, pero no murió ninguna en el colegio, aunque una murió en su hogar, consumida por las secuelas de la fiebre. Ninguna de las hermanas Brontë contrajo la fiebre. Pero las mismas causas que quebrantaron la salud de las otras internas mediante el tifus, afectaron sus constituciones de forma más lenta pero no menos segura. La principal de esas causas fue la alimentación.

Se achacó todo, en primer lugar, a la pésima organización de la cocinera; la despidieron, y la mujer que se había visto obligada contra su voluntad a servir de enfermera ocupó el puesto de gobernanta; y a partir de entonces, las comidas se prepararon tan bien que nadie tuvo motivos para quejarse. Es evidente que no cabía esperar que un centro nuevo que tenía que atender las necesidades educativas y domésticas de casi cien personas funcionara a la perfección desde el principio; y todo eso ocurrió en los primeros dos años del colegio. Pero parece que el señor Wilson tenía el desafortunado don de irritar a quienes se proponía hacer el bien y por quienes sacrificaba tiempo y dinero, no mostrando nunca el menor respeto por su derecho a obrar y a pensar libremente. Por otro lado, desconocía hasta tal punto la naturaleza humana que suponía que podía inculcar modestia y humildad a las alumnas recordándoles continuamente su situación de dependencia y el hecho de que recibían su educación gracias a la caridad de otros. Algunas de las más sensibles lamentaban amargamente este trato y en lugar de sentirse tan agradecidas como debían por los auténticos beneficios que recibían, su orgullo herido se alzaba de la humillación

cien veces más fuerte. Las impresiones dolorosas se graban profundamente en el corazón de los niños delicados o enfermos. Lo que para un niño sano es sólo una pena pasajera que olvida enseguida, tortura durante mucho tiempo a uno enfermo (que lo recordará quizá sin rencor, sólo como un dolor que marcará su vida). Las imágenes, ideas y nociones características asimiladas por la mente de una niña de ocho años estaban destinadas a ser recreadas con palabras fogosas un cuarto de siglo más tarde. Ella sólo vio un aspecto del señor Wilson, su lado negativo; pero muchas personas que lo conocieron me confirman la extraordinaria fidelidad con que están descritos sus rasgos desagradables, su orgullo espiritual, su afán de poder, su ignorancia de la naturaleza humana y la consiguiente falta de ternura; mientras que, al mismo tiempo, lamentan que la descripción de todo eso haya borrado, por así decirlo, casi todo lo que de noble y concienzudo tenía.

Los recuerdos que dejaron las cuatro hermanas Brontë en la mente de quienes las conocieron en esa etapa de sus vidas no son muy nítidos. Ocultaban su valor, su entereza y su inteligencia con una actitud y una expresión correctas, tal como había ocultado sus rostros su padre bajo su máscara rígida e inmutable. Maria era delicada, insólitamente inteligente y reflexiva para su edad, dócil y desordenada. Ya he mencionado los frecuentes castigos que le imponían en el colegio por ese último defecto (y sus sufrimientos, que soportaba con paciencia). La única imagen que tenemos de Elizabeth durante los pocos años de su breve existencia figura en una carta que me ha enviado la señorita «Temple»:³²

La segunda, Elizabeth, es la única de la familia de quien guardo un recuerdo vívido, debido a un accidente un tanto alarmante y por cuya causa la tuve varios días y noches en mi dormitorio, no sólo para procurarle mayor tranquilidad, sino para poder cuidarla personalmente. Se hizo un corte grave en la cabeza, pero sobrellevó el dolor con paciencia ejemplar y por ello ganó mucho en mi estima. De las dos más pequeñas (si es que eran dos) sólo tengo vagos recuerdos, salvo que la pequeña, una niña preciosa que no tenía entonces ni cinco años, era la mimada del colegio.

La pequeña era Emily. A Charlotte la consideraban la más habladora de las hermanas («una niña inteligente y alegre»). Su gran amiga era una tal «Melany Hane» (así deletrea el nombre el señor Brontë), que era antillana y por quien pagaba el colegio su hermano, y que no tenía ningún talento especial salvo para la música, que los medios de su hermano le impedían cultivar. Era «una niña normal, bondadosa y solícita». Era mayor que Charlotte y siempre estaba dispuesta a protegerla de cualquier abuso o pequeña tiranía de las niñas mayores. Charlotte la recordó siempre con cariño y gratitud.

He citado la palabra *alegre* en la descripción de Charlotte. Supongo que 1825 fue el último año en que pudo aplicársele. Maria empeoró tan rápidamente en la primavera que avisaron al señor Brontë. Él no había sabido nada de su enfermedad hasta entonces y fue un golpe terrible ver en qué estado se encontraba. La llevó a casa en la diligencia de Leeds; las alumnas se congregaron en la carretera para seguirla con la mirada cruzar el puente, pasar las casas y perderse luego de vista para siempre. Murió a los pocos días de llegar a Haworth. Tal vez la noticia de su muerte, que cayó súbitamente en la vida de la que su paciente existencia había formado parte sólo una semana antes o así, hiciera a quienes seguían en Cowan Bridge observar con más preocupación los

síntomas de Elizabeth, que también resultaron ser de tisis. La enviaron a casa con una sirvienta de confianza del centro. Y también ella murió a principios de aquel verano. Así que de repente recayeron en Charlotte las responsabilidades de hermana mayor de una familia sin madre. Recordaba la inquietud con que se había esforzado su querida hermana Maria con su seriedad y fervor habituales por ayudarlos y aconsejarlos tiernamente a todos; y las obligaciones que tuvo que asumir entonces fueron casi un legado de la dulce enferma que había muerto hacía poco.

Charlotte y Emily regresaron al colegio después de las vacaciones estivales de aquel año fatídico. Pero antes del invierno siguiente se juzgó aconsejable recomendar que dejaran el colegio, porque era evidente que la humedad del internado no les sentaba bien.

CAPÍTULO V

Charlotte tenía poco más de nueve años cuando las enviaron a ella y a su hermana a Haworth, por la razón que acabo de explicar.

Una señora mayor del pueblo fue a vivir a la casa parroquial como sirvienta. Se quedó allí como un miembro más de la familia durante treinta años; y es digna de mención por su largo y fiel servicio y por el cariño y el respeto que se ganó. Tabby era el modelo perfecto de la mujer yorqueña de su clase por su dialecto, apariencia física y carácter. Rebosaba sentido práctico y sagacidad. No era en absoluto adúladora; pero no escatimaba esfuerzos por quienes estimaba. Era muy estricta con los niños; y sin embargo nunca le importaba tomarse pequeñas molestias para proporcionarles los pequeños gustos si podía hacerlo. Sólo pedía a cambio que la consideraran una fiel amiga. Y muchos años después, la señorita Brontë me contó que le había resultado bastante difícil, porque Tabby esperaba que la informaran de todos los asuntos de la familia pero estaba tan sorda que cuando le explicaban algo se enteraban todos los que estuvieran en la casa y en los alrededores. Y para no pregonar de aquel modo lo que fuera conveniente guardar en secreto, la señorita Brontë solía llevarla a dar un paseo por los páramos solitarios; allí se sentaban ambas en algún lugar aislado sobre los brezos y ponía a la anciana al corriente de cuanto quisiera saber.

Tabby había vivido en Haworth en los días en que los caballos de carga pasaban una vez a la semana con sus cascabeles y su alegre adorno de estambre y transportaban el producto de la región desde Keighley por las colinas hasta Colne y Burnley. Y lo que es más, había conocido el «fondo» o valle en los lejanos tiempos en que las hadas frecuentaban las orillas del arroyo las noches de luna, y había conocido a gente que las había visto. Pero en aquel entonces no había fábricas en los valles; y todo el hilado se hacía a mano en las granjas. «Echáronlas las fábricas, seguro», decía ella. Sin duda sabía muchas historias de los días de antaño; de las antiguas formas de vida, de los antiguos habitantes, los señores venidos a menos que habían desaparecido y a los que ya no conocía nadie en sus tierras; tragedias familiares y oscuros fatalismos supersticiosos; y como contaba estas cosas sin la menor idea de que pudiera haber algo que requiriera matizarse, daba toda suerte de detalles puros y simples.

La señorita Branwell convirtió su dormitorio en aula y allí instruía a los niños a horas regulares en todo lo que ella podía enseñarles. El padre tenía la costumbre de relatarles cualquier noticia pública que le pareciera interesante; y las opiniones de su mente vigorosa e independiente proporcionaba a los niños mucha materia de reflexión; pero no sé si les daba clases directamente. El carácter profundamente reflexivo de Charlotte parece haber sentido casi dolorosamente la tierna responsabilidad que recayó en ella para con sus hermanas pequeñas. Sólo llevaba dieciocho meses a Emily; Emily y Anne eran amigas y compañeras de juegos, mientras que Charlotte era la protectora y amiga maternal de ambas; y el hecho de asumir con cariño obligaciones que no correspondían a su edad hizo que se sintiera mucho mayor de lo que era.

Patrick Branwell, su único hermano, era un niño muy prometedor y de talento

extraordinariamente precoz en algunos aspectos. Los amigos del señor Brontë le aconsejaron que enviara a su hijo al colegio. Pero pensó en la fuerza de voluntad de su propia juventud y en su forma de emplearla, y decidió que Patrick estaría mejor en casa, donde podía enseñarle él mismo, como lo había hecho con otros antes. Así que Patrick, o Branwell, como lo llamaban en casa, se quedó en Haworth, y trabajaba de firme unas horas al día con su padre; pero mientras el señor Brontë desempeñaba sus obligaciones parroquiales, el muchacho frecuentaba la compañía de los chavales del pueblo, pues ya se sabe que los jóvenes buscan a los jóvenes y los chicos a los chicos.

De todos modos, participaba en muchos juegos y entretenimientos de sus hermanas, que solían ser de carácter sedentario e intelectual. Me han confiado un curioso paquete que contiene una enorme cantidad de material manuscrito en un espacio inconcebiblemente pequeño; cuentos, obras de teatro, poemas, novelas, escritos principalmente por Charlotte con una letra que resulta casi imposible descifrar sin la ayuda de una lupa. Ninguna descripción dará mejor idea de lo diminuta que era la escritura que el facsímil de la página siguiente.

Entre estos papeles hay una lista de las obras de Charlotte que copio a continuación como prueba de lo pronto que se entregó a la pasión por la composición literaria:

*CATÁLOGO Y FECHA DE TERMINACIÓN DE MIS LIBROS
HASTA EL 3 DE AGOSTO DE 1830*

Dos cuentos románticos en un volumen; a saber, Los doce aventureros y Las aventuras en Irlanda, 2 de abril de 1829.

La búsqueda de la felicidad, cuento, 1 de agosto de 1829.

Horas de ocio, cuento, y dos fragmentos, 6 de julio de 1829.

Las aventuras de Edward de Crack, cuento, 2 de febrero de 1830.

Las aventuras de Ernest Alembert, cuento, 26 de mayo de 1830.

Un suceso interesante en la vida de algunos de los personajes más eminentes del siglo, cuento, 10 de junio de 1830.

Cuentos de los isleños, en cuatro volúmenes. Índice del primer volumen: 1. Relato de su origen; 2. Descripción de Isla Visión; 3. Tentativa de Ratten; 4. Lord Charles Wellesley y la aventura del marqués de Douro; acabado el 30 de junio de 1829. 2.º vol.: 1. La rebelión escolar; 2. Extraño suceso en la vida del duque de Wellington; 3. Cuento a sus hijos; 4. El marqués de Douro y el relato de lord Charles Wellesley a su pequeño rey y reinas; acabado el 2 de diciembre de 1829. 3.º vol.: 1. La aventura del duque de Wellington en la Caverna; 2. El duque de Wellington y la visita del pequeño rey y reinas a la Guardia real; acabado el 8 de mayo de 1830. 4.º vol.: 1. Las tres viejas lavanderas de Strathfieldsaye; 2. Cuento de lord C. Wellesley a su hermano; acabado el 30 de julio de 1830.

Grandes personajes de nuestro tiempo, 17 de diciembre de 1829.

Las revistas de los jóvenes, en seis números, de agosto a diciembre, el número doble de los últimos meses, acabado el 12 de diciembre de 1829.

Índice general: 1. Una historia verídica; 2. Causas de la guerra; 3. Una canción; 4. Conversaciones; 5. Una historia verídica, continuación; 6. El espíritu de Cawdor; 7. Interior de una alfarería, poema; 8. La ciudad de cristal, canción; 9. La copa de plata, cuento; 10. La mesa y

- el jarrón en el desierto, canción; 11. Conversaciones; 12. Panorama sobre el gran puente; 13. Canto de los antiguos britanos; 14. Escena en mi pueblo, cuento; 15. Un cuento americano; 16. Versos escritos al ver el huerto de un genio; 17. Balada de la ciudad de cristal; 18. El artista suizo; 19. Líneas sobre la impresión de esta revista; 20. Sobre lo mismo, por otro autor; 21. Genios principales reunidos; 22. Cosecha en España; 23. El artista suizo, continuación; 24. Conversaciones.



Facsímil de una página manuscrita.

El poetastro, drama, en 2 volúmenes, 12 de julio de 1830.

Libro de rimas, acabado el 17 de diciembre de 1829. Índice: 1. La hermosura de la Naturaleza; 2. Poema breve; 3. Meditaciones en un bosque canadiense; 4. Canto de un exiliado; 5. Contemplación de las ruinas de la Tierra de Babel; 6. Catorce versos; 7. Versos escritos a la

orilla de un río una hermosa tarde estival; 8. Primavera, canto; 9. Otoño, canto.

Poemas diversos, acabados el 30 de mayo de 1830. Índice: 1. El camposanto; 2. Descripciones del palacio del duque de Wellington en las bellas riberas del Lusiva; este artículo es un episodio breve en prosa; 3. Placer; 4. Versos escritos en la cima de una alta montaña del norte de Inglaterra; 5. Invierno; 6. Dos fragmentos, a saber: 1, La visión; 2, Poema breve sin título; El paseo vespertino, poema, 23 de junio de 1830. Que hacen en total veintidós volúmenes.

CHARLOTTE BRONTË

3 de agosto de 1830

Como cada volumen contiene de sesenta a cien páginas y el tamaño de la página litografiada es inferior a la media, la cantidad total parece muy grande si tenemos en cuenta que lo escribió todo en unos quince meses. Eso en cuanto a la cantidad; la calidad me sorprende por su mérito singular en una niña de trece o catorce años. Como ejemplo del estilo de su prosa en esta época y también porque desvela en parte la tranquila vida doméstica que llevaban los niños, tomo un extracto de la introducción a *Cuentos de los isleños*, título de una de sus «Pequeñas Revistas»:

La obra Los isleños se compuso en diciembre de 1827 de la forma siguiente: una noche, a la hora en que la fría aguanieve y las brumas tormentosas de noviembre dan paso a las ventiscas y a los cortantes vientos nocturnos del verdadero invierno, estábamos todos sentados junto al fuego resplandeciente y cálido de la cocina, y acabábamos de poner fin a una discusión con Tabby sobre si era o no correcto encender una vela, de la que ella salió victoriosa: nos quedamos sin vela. Siguió una larga pausa, que al fin rompió Branwell diciendo en tono desganado: «No sé qué hacer». Anne y Emily repitieron lo mismo.

TABBY: Lo que podéis hacer es acostaros.

BRANWELL: Prefiero hacer otra cosa.

CHARLOTTE: ¿Por qué estás hoy tan tristonza, Tabby? ¡Vamos! Supongamos que cada uno tiene una isla propia.

BRANWELL: Si la tuviéramos yo elegiría la isla de Man.

CHARLOTTE: Y yo elegiría la isla de Wight.

EMILY: Para mí sería la isla de Arran.

ANNE: Y la mía sería la de Guernsey.

Entonces elegimos quiénes serían los hombres principales de nuestras islas. Branwell eligió a John Bull, Astley Cooper y Leigh Hunt; Emily, a Walter Scott, el señor Lockhart y Johnny Lockhart; Anne, a Michael Saddler, lord Bentinck y sir Henry Halford. Yo elegí al duque de Wellington y dos hijos, Christopher North y compañía, y el señor Abernethy. En esto interrumpió nuestra conversación el sonido funesto (para nosotros) del reloj, que dio las siete, recordándonos que teníamos que irnos a la cama. Al día siguiente añadimos muchos otros nombres a nuestra lista, hasta que tuvimos a casi todos los hombres principales del reino. Después de eso y durante mucho tiempo no ocurrió nada digno de mención. En junio de 1828, erigimos un colegio en una isla imaginaria, que albergaría a unos mil alumnos. La forma del edificio era la siguiente: la isla tenía un perímetro de ochenta kilómetros y más parecía obra de encantamiento que algo real, etc.

Me sorprenden mucho algunas cosas del fragmento; por un lado, la intensidad gráfica con que la época del año, la hora de la tarde, la sensación de frío y oscuridad exterior, el sonido de los vientos nocturnos que azotan los desolados páramos cubiertos de nieve, y que se acercan cada vez más hasta agitar finalmente la puerta de la estancia en que se encuentran ellos (que daba directamente a los extensos páramos) contrasta con el resplandor y el bullicio de la acogedora cocina en que se agrupan esos niños excepcionales. Tabby anda por allí con su pintoresco atuendo típico, frugal, autoritaria, dispuesta a censurar con dureza, pero sin permitir que nadie reproche nada a sus niños, de eso podemos estar seguros. Por otro lado, llama la atención la inteligente parcialidad con que eligen a sus grandes hombres, que eran casi todos *tories* incondicionales de la época. Además, no se limitan a los héroes locales; su campo de posibilidades se ha ampliado prestando atención a lo que normalmente se cree que no interesa a los niños. La pequeña Anne, que tenía entonces apenas ocho años, elige a políticos de la época como hombres principales.

Hay otra hoja de papel con la misma letra casi indescifrable y escrita por la misma época que nos da cierta idea del origen de sus opiniones.

Una vez papá dio un libro a mi hermana Maria. Era un libro antiguo de geografía. Ella escribió en su hoja en blanco: «Papá me ha dado este libro». Es un libro de hace ciento veinte años. Lo tengo delante en este momento. Estoy escribiendo en la cocina de la rectoría de Haworth; Tabby, la sirvienta, está lavando las cosas del desayuno y Anne, mi hermana más pequeña (Maria era la mayor), está arrodillada en una silla mirando unas galletas que nos ha hecho Tabby. Emily está en la sala, cepillando la alfombra. Papá y Branwell se han ido a Keighley. Nuestra tía está arriba en su habitación y yo estoy sentada a la mesa escribiendo esto en la cocina. Keighley es una ciudad pequeña que queda a seis kilómetros de aquí. Papá y Branwell han ido a buscar el periódico, el Leeds Intelligencer, un periódico tory excelente que dirige el señor Wood y cuyo propietario es el señor Henneman. Compramos dos periódicos a la semana y leemos tres. Compramos el Leeds Intelligencer, tory, y el Leeds Mercury, whig, que dirigen el señor Baines y su hermano, su yerno y sus dos hijos, Edward y Talbot. Y el señor Driver nos deja el John Bull, que es tory radical, muy violento y también Blackwood's Magazine, que es la mejor publicación periódica que hay. El director es el señor Christopher North, un anciano de setenta y cuatro años; el 1 de abril es su cumpleaños. Sus compañeros son Timothy Tickler, Morgan O'Doherty, Macrabin Mordecai, Mullion, Warnell y James Hogg, un hombre de extraordinario genio, un pastor escocés. Nuestras obras se terminaron; Hombres jóvenes, junio de 1826; Nuestros compañeros, julio de 1827; Los isleños, diciembre de 1827. Éstas son nuestras tres grandes obras que no se guardan en secreto. Las mejores obras de Emily y mías se acabaron el 1 de diciembre de 1827; las otras en marzo de 1828. Mejores obras significa obras secretas; son muy buenas. Todas nuestras obras son muy extrañas. No necesito escribirlas, porque creo que siempre las recordaré. La obra Hombres jóvenes surgió de unos soldados de madera que tenía Branwell; Nuestros compañeros, de las fábulas de Esopo; y Los isleños, de varios sucesos que ocurrieron. Esbozaré el origen de nuestras obras más explícitamente si puedo. Primero, Los jóvenes. Papá compró a Branwell unos soldados de madera en Leeds; cuando papá llegó a casa era de noche y estábamos en la cama, así que al día siguiente por la mañana Branwell vino a nuestra puerta con una caja de soldados. Emily y yo saltamos de la cama y yo agarré uno y exclamé: «¡Éste es el duque de Wellington! ¡Éste será el duque!». Cuando yo dije eso, Emily cogió otro y dijo que sería suyo; cuando se acercó Anne dijo que ella también quería uno. El mío era el mejor, el más alto y el más perfecto en todos los aspectos. El de Emily era un individuo de aspecto grave, por lo que lo llamamos Severo. El de Anne era una criaturilla extraña, muy parecido a ella, y lo llamamos Mozo. Branwell eligió el suyo y lo llamó Bonaparte.

El fragmento demuestra las lecturas que interesaban a los pequeños Brontë, aunque su deseo de conocimiento debió de despertarse en muchas direcciones porque he encontrado una «lista de pintores cuya obra quiero ver», escrita por Charlotte Brontë cuando apenas contaba trece años:

Guido Reni, Julio Romano, Tiziano, Rafael, Miguel Ángel, Correggio, Annibale Carracci, Leonardo da Vinci, Fra Bartolomeo, Carlo Cignani, Vandyke, Rubens, Bartolomeo Ramerghi.

¡He aquí una niña pequeña, en una remota rectoría del condado de York, que quizá no ha visto en su vida nada digno del nombre de pintura, estudiando los nombres y características de los grandes maestros italianos y flamencos, cuya obra anhela ver algún día del oscuro futuro que se abre ante ella! Hay otro escrito que contiene minuciosos estudios y críticas sobre los grabados de *Friendship's Offering for 1829*,³⁴ que demuestra cómo adquirió los hábitos de observación minuciosa y paciente análisis de causa y efecto que tan útiles le serían.

La forma en que el señor Brontë hizo a sus hijos coincidir con él en su gran interés por la política tuvo que ayudarlos mucho a superar las limitaciones mentales y a evitar la contaminación de las vanas habladurías locales. He tomado el único otro fragmento personal de *Cuentos de los isleños*; es una suerte de apología, que figura en la introducción al segundo volumen, por no haberlo continuado antes; los escritores habían estado demasiado ocupados durante mucho tiempo y últimamente muy absortos en la política.

El Parlamento se abrió y se planteó el gran problema católico,

35 *y las medidas del duque se revelaron y todo fue injuria, violencia, partidismo y confusión. ¡Ay, esos seis meses, desde la época del discurso del rey hasta el final! Nadie podía escribir, pensar ni hablar sobre tema alguno que no fuera el problema católico, y el duque de Wellington y el señor Peel. ¡Recuerdo el día en que llegó el extraordinario del Intelligence con el discurso del señor Peel, que contenía las condiciones en que iba a admitirse a los católicos! La impaciencia con que papá arrancó la funda y cómo le rodeamos todos y la ansiedad jadeante con que escuchamos mientras se revelaban una a una y se explicaban y se analizaban tan hábilmente y tan bien; y recuerdo que cuando todo acabó tía dijo que a ella le parecía excelente, y que los católicos no podían hacer daño con tan buena defensa. También recuerdo las dudas sobre si la aprobaría la Cámara de los Lores y las profecías de que no; y cuando llegó el periódico que decidiría la cuestión era casi espantosa la ansiedad con que escuchamos todo el asunto: la apertura de las puertas; el silencio; los duques reales con sus ropajes y el gran duque con fajín y chaleco verdes; la puesta en pie de todos los pares cuando él se levantó; la lectura de su discurso (papá dijo que sus palabras eran como oro precioso); y por último la mayoría de uno a cuatro (sic) a favor del proyecto de ley. Pero esto es una digresión. Etc. Etc.*

Charlotte debía de tener entre trece y catorce años cuando escribió esto.

Estoy segura de que muchos lectores querrán saber cuáles eran las características de sus escritos puramente imaginativos en este periodo. Mientras que, como ya hemos visto, su descripción de cualquier suceso real es sencilla, gráfica y vigorosa, cuando da rienda suelta a sus dotes creativas, su fantasía y su lenguaje se desbordan, a veces hasta los mismos límites del delirio aparente. De esa extraña escritura desbordante bastará un solo ejemplo. Es una carta al director de una de las «Pequeñas Revistas».

Sr. Director: Es bien sabido que los Genios han declarado que a menos que desempeñen ciertos deberes arduos todos los años, de carácter misterioso, todos los mundos del firmamento se desintegrarán y se integrarán en un solo globo poderoso que dará vueltas en solitario esplendor por el inmenso desierto espacial, habitado únicamente por los cuatro grandes príncipes de los Genios hasta que la eternidad suceda al tiempo; y semejante insolencia sólo es equiparable a otra de sus afirmaciones, a saber, la de que mediante su poder mágico pueden reducir el mundo a un desierto; las aguas más puras, a corrientes de pálido veneno, y los lagos más claros, a charcas estancadas cuyos vapores mortíferos acabarán con todas las criaturas vivas menos con las fieras sanguinarias del bosque y las aves voraces de la roca. Pero que en medio de esta desolación se alzarán el genio principal centelleando en el páramo y el horrendo aullido de su grito de guerra resonará sobre la tierra mañana, tarde y noche; pero que celebrarán su festín anual sobre los huesos de los muertos y se regocijarán anualmente con la alegría de los vencedores. Creo que la horrenda perversidad de todo esto no precisa comentario y por consiguiente me apresuro a firmar, etc.

14 de julio de 1829

No sería inverosímil que la carta anterior fuera una alusión alegórica o política que nosotros no entendemos, pero que era clarísima para las lúcidas mentes infantiles a quienes estaba

destinada. Es evidente que les interesaba muchísimo la política; consideraban un semidiós al duque de Wellington. Todo lo relacionado con él pertenecía a la época heroica. Si Charlotte necesitaba un caballero andante o un amante fiel, echaba mano del marqués de Douro o de lord Charles Wellesley.³⁶ Casi no hay un solo escrito en prosa suyo de esta época en que ellos no sean los protagonistas y en el que «su augusto padre» no aparezca como una suerte de Júpiter tonante o un *deus ex machina*.

Doy a continuación algunos títulos de sus escritos en los diversos cuadernillos que demuestran hasta qué punto cautivaba su imaginación Wellesley.

Castillo Liffey, cuento por lord C. Wellesley.

Versos al río Aragua, por el marqués de Douro.

Un sueño extraordinario, por lord C. Wellesley.

El enano verde, un cuento del tiempo perfecto, por lord Charles Albert Florian Wellesley.

Sucesos extraños, por lord C. A. F. Wellesley.

La vida en un pueblo aislado o en una casa de campo solitaria ofrece muchos pequeños sucesos que se graban en la mente de los niños, que los recuerdan una y otra vez. Quizá no ocurra ni es probable que ocurra nada más durante días que les haga olvidarlo, hasta que asume una importancia vaga y misteriosa. Y así, los niños que llevan una vida solitaria suelen ser reflexivos y soñadores y a veces exageran las impresiones que reciben del mundo exterior (la visión insólita del cielo y la tierra, el encuentro accidental con rostros y figuras extraños, sucesos raros en esos lugares apartados) hasta convertirlas en hechos tan significativos que adquieren dimensiones casi sobrenaturales. He advertido esta peculiaridad con mucha fuerza en los escritos de Charlotte de esa época. En realidad, dadas las circunstancias, no es ninguna peculiaridad. Ha sido tan común a todos, desde los pastores caldeos, el «pastor tendido solo en el prado durante medio día de verano» y el monje solitario, hasta aquellos cuyas impresiones exteriores han tenido tiempo de crecer y cobran vida en la imaginación haciéndoles percibir las como representaciones reales o visiones sobrenaturales, que dudar lo sería blasfemia.

Charlotte contrarrestaba esa tendencia con el fuerte sentido común innato, que tenía que ejercer a diario por exigencias de la vida real. Sus obligaciones no eran solamente aprender las lecciones, dedicar determinado tiempo a la lectura, asimilar determinadas ideas; además de todo eso, tenía que limpiar las habitaciones, hacer recados, ayudar en las formas más simples de cocinar, ser por turnos compañera de juegos e instructora de sus hermanas más pequeñas y de su hermano, arreglárselas sola y estudiar economía bajo la atenta supervisión de su tía. Y así, vemos que si bien su imaginación recibía impresiones fuertes, su agudo entendimiento tenía pleno poder para rectificar sus fantasías antes de que se hicieran realidad. Escribió este relato en una hoja de papel:

*22 de junio de 1830, 6 de la tarde
Haworth, cerca de Bradford*

El 22 de junio de 1830 ocurrió este extraño suceso: Papá estaba entonces muy enfermo,

postrado en la cama y tan débil que no podía levantarse sin ayuda. Tabby y yo estábamos solas en la cocina. Eran más o menos las nueve y media de la mañana. De pronto oímos una llamada en la puerta: Tabby se levantó a abrir. Era un anciano que se dirigió a ella así:

ANCIANO: ¿Vive aquí el párroco?

TABBY: Sí.

ANCIANO: Deseo verle.

TABBY: Está en cama muy enfermo.

ANCIANO: Tengo que darle un mensaje.

TABBY: ¿De parte de quién?

ANCIANO: Del Señor.

TABBY: ¿Quién?

ANCIANO: El Señor. Desea que le diga que el novio va a llegar y que tenemos que prepararnos para recibirle; que están a punto de soltarse las cuerdas y de romperse el cuenco dorado; el cántaro se ha roto en la fuente.

Acabó aquí su discurso y siguió bruscamente su camino. Cuando Tabby cerró la puerta, le pregunté si le conocía. Me respondió que nunca lo había visto, ni a nadie parecido a él. Pero estoy plenamente convencida de que era algún entusiasta fanático, tal vez bienintencionado, pero que desconoce por completo la verdadera piedad. Sin embargo, no pude evitar llorar por sus palabras, pronunciadas de forma tan imprevista en aquel momento particular.

La fecha del siguiente poema es un tanto incierta, pero quizá sea muy oportuno incluirlo aquí. Debió de escribirlo antes de 1833, aunque no hay forma de determinar la fecha exacta. Lo doy como ejemplo del excepcional talento poético que indican los diversos escritos de esta época; al menos, todos los que yo he podido leer.

EL CIERVO HERIDO

*Cuando pasaba por lo más recóndito
del corazón del bosque umbrío
vi anoche a un ciervo herido
tendido solitario en el suelo frío.
La luz que el tupido follaje traspasaba
(una luz tenue, dispersa y escasa)
caía sobre las frondas que su lecho formaba
y lo cubría como una capa.
Temblaban de dolor sus miembros ateridos,
hinchía el dolor su paciente mirada,
entre oscuros helechos de dolor abatido
su astada cabeza reposaba.
¿Dónde estaban su hembra y sus amigos?
¡Lo habían abandonado todos a su suerte!
Y él allí, desolado y vencido,*

*sufría y sangraba, esperando la muerte.
¿Le dolería acaso como duele al humano
la ausencia de los suyos en tan grande aflicción?
¿Torturarían su pecho destrozado
el aguijón punzante de la pena y el dardo del dolor?
¿Aguzaría la ausencia de compañía ansiada
el dolor provocado por el dardo asesino?
¿Torturarían su corazón la fe traicionada
y el profundo amor no correspondido?
¡Dejad al hombre su personal destino!
¡Esos dolores sólo sobrevienen
en el lecho silencioso y sombrío
en que los hijos de Adán mueren
!*

CAPÍTULO VI

Quizá sea éste el momento adecuado para hacer una descripción personal de la señorita Brontë. En 1831 era una joven serena y reflexiva de casi quince años, de figura muy menuda («raqúitica», según ella); pero su cabeza y sus miembros guardaban proporciones correctas con relación a su cuerpo delgado y frágil, por lo que no sería justo aplicarle ningún apelativo que indicara la menor deformidad; tenía el cabello de color castaño, suave y tupido, y unos ojos peculiares; me resulta difícil describir ahora lo que me parecieron cuando la conocí años más tarde. Eran grandes, bien formados y de color castaño rojizo; pero si se examinaba atentamente el iris parecía compuesto de una gran variedad de tonos. Su expresión habitual era de inteligencia atenta y serena; pero de vez en cuando, en alguna ocasión precisa de vívido interés o justa indignación, brillaba en ellos una luz como si se hubiera encendido una lámpara espiritual que ardía tras su mirada expresiva. Nunca he visto algo así en ningún otro ser humano. En cuanto a los demás rasgos, eran corrientes, grandes e irregulares; pero eso apenas se advertía a menos que decidieras catalogarlos, porque tanto sus ojos como la fuerza expresiva de su rostro borraban cualquier defecto físico; la boca irregular y la nariz grande pasaban desapercibidas, y todo el rostro captaba la atención y atraía enseguida a quienes ella quisiera atraer. Tenía las manos y los pies más pequeños que he visto en mi vida; cuando posó una mano en la mía fue como el leve roce de un pajarillo en el centro de la palma. Los dedos largos y delicados producían una sensación de peculiar delicadeza, razón por la que todo su trabajo, fuera cual fuera (escritura, costura o punto), era tan claro en su minuciosidad. Era sumamente pulcra en todo su atuendo; pero era afectada en cuanto a los guantes y el calzado.

Comprendo perfectamente que aquella seria y grave compostura, que daba a su rostro la dignidad de un retrato veneciano antiguo cuando la conocí, no era algo nuevo sino que procedía de la temprana edad en que se encontró en la situación de hermana mayor de niños huérfanos de madre. Pero en una niña que apenas había iniciado la adolescencia semejante expresión se consideraba «de vieja» (usando una frase rural); y en 1831, periodo sobre el que escribo ahora, hemos de pensar en ella como una niña mayor y decidida, de actitud sosegada y atuendo extraño. Pues además de la influencia que ejercieron las ideas paternas sobre la sencillez del atuendo propio de la esposa y las hijas de un clérigo rural (como demuestra la destrucción de las botas de colores y el vestido de seda), su tía, en quien recayó principalmente el deber de vestir a sus sobrinas, no había frecuentado la sociedad desde que dejó Penzance ocho o nueve años antes, y la moda de aquel tiempo de Penzance seguía siendo cara a su corazón.

Charlotte volvió al colegio en enero de 1831. Esta vez fue como alumna de las señoritas Wooler, que vivían en Roe Head, una casa solariega acogedora y espaciosa que se alza un poco aislada en el campo a la derecha de la carretera de Leeds a Huddersfield. Dos hileras de antiguos miradores semicirculares dan a los amplios prados de la ladera que llegan hasta los bellos bosques de Kirklees, el parque de sir George Armitage. Aunque Roe Head y Haworth distan poco más de treinta kilómetros, el campo es completamente distinto, como si los climas fueran diferentes. El

paisaje que rodea Roe Head se eleva suave y ondulado y da al forastero la idea de aire y espacio en los altos y de soleada calidez en los anchos y verdes valles. Es precisamente el entorno que amaban los monjes, y en todas partes se encuentran rastros de los tiempos de los Plantagenet cerca de los negocios manufactureros del West Riding actual. Aquí, el parque de Kirklees, lleno de claros soleados y salpicado de las sombras oscuras que proyectan los tejos centenarios; la gran mole del edificio, que fue en tiempos «Casa de dueñas profesas»; la piedra desmoronada de lo más recóndito del bosque, bajo la que dicen que yace Robin Hood; junto al parque una vieja casa de piedra con tejado a dos aguas que es hoy una posada, pero que se llama Las Tres Monjas y tiene un emblema en consonancia con el nombre. Esta extraña posada antigua es frecuentada por los obreros vestidos de fustán de los talleres de estambre próximos que salpican la carretera de Leeds a Huddersfield y constituyen los centros en torno a los que se agrupan los futuros pueblos. Tales son los contrastes de las formas de vida y de tiempos y estaciones que surgen ante el viajero en las grandes carreteras que cruzan el West Riding. Me parece que en ninguna otra región de Inglaterra se hallan los siglos en tan estrecho y extraño contacto como en la región en que está situada Roe Head. A un paso de la casa de la señorita Wooler (a la izquierda del camino, llegando desde Leeds) se encuentran los restos de Howley Hall, hoy propiedad de lord Cardigan pero que perteneció antiguamente a la rama de los Savile. Cerca está el manantial de lady Ana; según la leyenda, lady Ana fue acosada y devorada por los lobos cuando estaba sentada junto al manantial, al que acude todavía la gente de la fábrica de añil de Birstall y de las fábricas de tejidos de lana de Batley el Domingo de Ramos, cuando las aguas poseen propiedades curativas extraordinarias; y aún se cree que ese día adoptan una extraña variedad de colores a las seis en punto de la mañana.

Alrededor de las tierras del campesino que vive en los restos de Howley Hall hay casas de piedra modernas cuyos moradores se ganan la vida y hacen fortunas con las fábricas que invaden y echan a los propietarios de las antiguas casas solariegas. Pueden verse éstas en todas direcciones, pintorescas, con muchos hastiales y escudos de armas de piedra gruesa labrada como ornamento heráldico; pertenecen a las familias en decadencia de cuyas tierras ancestrales se han ido desgajando uno a uno los campos por la urgencia de los fabricantes ricos.

Una atmósfera humosa rodea estas mansiones de los antiguos señores de Yorkshire y nubla y oscurece los viejos árboles que las rodean; hay pistas de ceniza que llevan hasta ellas. Los terrenos de alrededor se venden para construir en ellos. Y aunque los vecinos se ganan ahora la vida de otra forma, recuerdan que sus antepasados dependían del trabajo agrícola en los campos de los dueños de esas mansiones; y atesoran las tradiciones seculares relacionadas con las casas solariegas. Tomemos la mansión de Oakwell, por ejemplo. Se alza en un prado de aspecto agreste a unos cuatrocientos metros de la carretera. Queda más o menos a la misma distancia del zumbido de las máquinas de vapor de las fábricas de Birstall. Y si vas caminando desde la estación de Birstall a la hora de comer encontrarás hileras de obreros, azules del tinte de la lana, que se apresuran hambrientos con pisadas crujientes por las pistas de ceniza que rodean la carretera. Torciendo a la derecha subes por un antiguo pastizal y entras en un corto camino vecinal llamado Bloody Lane, un camino embrujado por el fantasma de un tal capitán Batt, que fue el depravado propietario de una mansión próxima en tiempo de los Estuardo. Siguiendo Bloody Lane a la sombra de los árboles, se llega al prado de aspecto agreste en que se alza la mansión Oakwell. Es conocida en la

zona porque es el lugar descrito como Field Head, la residencia de Shirley. El recinto de la entrada, mitad patio mitad jardín, el vestíbulo con paneles de madera y la galería que da a los dormitorios alrededor; el primitivo salón de color albaricoque; el espléndido panorama que se domina por la puerta del jardín sobre los prados y las terrazas, donde todavía se arrullan y se pavonean los pichones de color pálido, se describen en *Shirley*. El escenario de la novela está cerca; los sucesos reales a que alude ocurrieron en las inmediaciones.

En un dormitorio de Oakwell Hall puede verse aún la huella ensangrentada de una pisada, y cuentan la historia relacionada con ella y con el camino que lleva a la casa. Una noche de invierno, cuando la familia del capitán Batt estaba en Oakwell y todos creían que él estaba muy lejos, había llegado en la oscuridad, acechante; recorrió el camino, cruzó el vestíbulo, subió las escaleras, entró en su dormitorio y desapareció. Lo habían matado en un duelo en Londres aquella misma tarde del 9 de diciembre de 1684.

Las piedras de la mansión formaban parte de una vicaría más antigua que había confiscado un antepasado del capitán Batt en los días turbulentos que siguieron a la Reforma. Aquel Henry Batt se apropió de casas y dinero sin escrúpulos; y al final había robado la gran campana de la iglesia de Birstall, acto sacrílego por el que habían impuesto una multa a la tierra que tiene que pagar el propietario de la casa solariega todavía hoy.

Pero a principios del siglo pasado la propiedad de Oakwell pasó de manos de los Batt a sus sucesores colaterales y dejaron esa huella pintoresca de su estancia. En el gran vestíbulo cuelga una enorme cornamenta de ciervo, de la que pende una tarjeta impresa que cuenta el hecho de que el 1 de septiembre de 1763 hubo una gran cacería en la que mataron a este ciervo; y que participaron en la caza catorce caballeros que cenaron el botín en el salón con Fairfax Fearnley, el señor del lugar. Se dan los catorce nombres, sin duda «hombres poderosos de antaño». Pero de todos ellos sólo obtuve algún dato en 1855 de sir Fletcher Norton, procurador general, y del teniente general Birch. Dejando Oakwell atrás, a la derecha y a la izquierda hay casas que conoció bien la señorita Brontë cuando vivió en Roe Head, como los hogares acogedores de algunas de sus discípulas. Los senderos se bifurcan y suben hacia los brezales y ejidos, que constituían paseos muy agradables los días de fiesta; y luego se llega a la verja blanca del sendero que lleva a Roe Head.

Una de las galerías de la planta baja, con el agradable mirador que he descrito, era el salón; la otra era el aula. El comedor estaba a un lado de la entrada y daba a la carretera.

El número de alumnas varió de siete a diez durante los dos años que estuvo allí la señorita Brontë; y como no necesitaban toda la casa para su alojamiento, la tercera planta estaba deshabitada, a no ser por la idea fantasmal de una dama cuyo vestido de seda susurrante oían a veces escuchando al pie del segundo tramo de escaleras.

El afable carácter maternal de la señorita Wooler y el reducido número de alumnas crearon en el centro un ambiente familiar más que de internado. La directora era natural de la región que lindaba con Roe Head, como la mayoría de sus alumnas. Es muy probable que Charlotte, que iba desde Haworth, fuera la que tenía que recorrer la mayor distancia. La casa de E. quedaba a ocho kilómetros; otras dos buenas amigas de Charlotte (la Rose y la Jessie Yorke de *Shirley*) vivían todavía más cerca; algunas eran de Huddersfield y otras, de Leeds.

Citaré ahora una interesante carta que he recibido de Mary, una de esas primeras amigas; de lenguaje claro y gráfico, como corresponde a una apreciada compañera de Charlotte Brontë. Se refiere a su llegada a Roe Head el 19 de enero de 1831.

Primero la vi bajar de una tartana, con ropa muy pasada de moda, y me dio la impresión de encontrarse helada y abatida. Iba al colegio de la señorita Wooler. Cuando apareció en el aula llevaba otro vestido pero igual de viejo. Parecía una viejecita, y era tan miope que movía siempre la cabeza de un lado a otro como si estuviera buscando algo. Era muy tímida y muy nerviosa y hablaba con un acento irlandés muy marcado. Le dieron un libro y bajó la cabeza sobre el mismo casi hasta tocarlo con la nariz, y cuando le dijeron que alzara la cabeza alzó el libro también casi pegado a la nariz, por lo que nos fue imposible contener la risa.

Ésa fue la primera impresión que causó a una de las alumnas que sería después su querida y apreciada amiga. Otra estudiante recuerda la primera vez que vio a Charlotte el día que llegó al colegio, de pie junto a la ventana del aula, contemplando el paisaje nevado y llorando mientras todas las demás jugaban. E.³⁷ era más joven que ella y su corazón tierno se conmovió al ver lo desolada que estaba la niña de extraño atuendo y aspecto raro aquella mañana de invierno, «que lloraba de nostalgia» en un lugar extraño, entre gente desconocida. Cualquier atención demasiado afectuosa habría asustado a la extraña jovencita de Haworth; pero E. (que sería la Caroline Helstone de *Shirley*) logró ganarse su confianza y que le permitiera ofrecerle su comprensión.

Cito de nuevo la carta de Mary:

Nos pareció muy ignorante porque nunca había estudiado gramática, y muy poca geografía.

Esta idea de su ignorancia parcial ha sido confirmada por las otras compañeras de Charlotte. Pero la señorita Wooler era una persona de inteligencia excepcional y de sensibilidad extraordinaria. Su forma de tratar a Charlotte lo demuestra. La joven era culta, pero carecía de una base sólida. La señorita Wooler habló con ella a solas y le dijo que lo lamentaba pero que debía ponerla en otra clase durante un tiempo, hasta que alcanzara a las alumnas de su edad en los conocimientos de gramática, etc.; pero la pobre Charlotte reaccionó llorando de tal forma que el tierno corazón de la señorita Wooler se ablandó, y advirtió juiciosamente que sería mejor dejarla en aquella clase y esperar que se pusiera al día por su cuenta en las disciplinas en que estaba floja.

Nos confundía porque sabía cosas que quedaban fuera de nuestro ámbito de conocimientos en general. Se sabía casi todos los poemas que teníamos que aprender de memoria; nos decía los títulos, los autores, las obras a que pertenecían y a veces repetía una o dos páginas y nos explicaba el argumento. Tenía la costumbre de escribir en letra bastardilla (de molde) y decía que había aprendido a hacerlo escribiendo su revista. Hacían una revista mensual y querían que fuera lo más parecida a las impresas. Nos contó la historia. No la escribía nadie ni la leía nadie más que su hermano, sus dos hermanas y ella. Me prometió enseñarme alguna vez una de aquellas revistas, pero luego se retractó y no hubo forma de que lo hiciera nunca. En las horas de recreo se sentaba o se quedaba quieta con un libro, si era posible. Algunas le pedimos una vez que jugara

con nosotras a la pelota, pero nos dijo que no había jugado nunca y que no sabía. Intentamos enseñarle, pero enseguida nos dimos cuenta de que no veía la pelota, así que desistimos. Aceptaba con dócil indiferencia todo lo que hacíamos y parecía que necesitara siempre una resolución previa para decir que no a algo. Solía quedarse bajo los árboles del patio y decía que era más agradable. Procuró explicarlo señalando las sombras, los resquicios de cielo, etc. Casi no entendíamos nada. Nos contó que en Cowan Bridge se sentaba en una roca del arroyo a ver pasar el agua. Le dije que debería haber ido a pescar. Contestó que nunca quiso. Demostraba debilidad física en todo. En el colegio no tomaba alimentos animales. Fue por entonces cuando le dije que era fea. Años después le comenté que me parecía que había sido muy impertinente. «Me hiciste mucho bien, Polly, así que no lo lamente», repuso ella. Nunca habíamos visto a nadie dibujar tan bien y tan rápido como ella, y sabía mucho de cuadros y de pintores famosos. Siempre que se presentaba la ocasión de examinar un cuadro o un grabado de cualquier clase lo hacía poco a poco, pegando los ojos al papel, y se quedaba mirándolo tanto rato que le preguntábamos «qué veía». Veía siempre mucho y lo explicaba muy bien. Hacía poesía y dibujo, que a mí por lo menos me interesaban muchísimo; y luego me acostumbré a remitirme mentalmente a su opinión en todos los asuntos de ese género, y en muchos otros; todavía lo hago, decido describirle tal y tal cosa, hasta que me sobresalta el recuerdo de que ya nunca lo haré.

Para comprender toda la fuerza de esta última frase (que demuestra lo permanente y vívida que fue la impresión que causó la señorita Brontë en los más aptos para apreciarla) he de mencionar que la autora de esa carta, fechada el 18 de enero de 1856 y en la que así habla de remitirse siempre a la opinión de Charlotte, no volvió a verla en los once años en que ha vivido casi siempre en lugares extraños en un nuevo continente, en los antípodas.

Éramos políticas feroces, algo difícil de evitar en 1832. Ella sabía los nombres de los dos ministros; el que dimitió y el que le sucedió y aprobó la ley de la reforma.

38 *Idolatraba al duque de Wellington pero decía que sir Robert Peel no erade fiar; que no actuaba por principios como los demás, sino por conveniencia. Como yo era del partido ultraradical, le dije que «cómo podían fiarse unos de otros si eran todos unos granujas». Entonces se puso a cantar las alabanzas del duque de Wellington, remitiéndose a sus obras, que yo no podía rebatir porque no sabía nada de él; dijo que se interesaba por la política desde los cinco años. Que no había sacado sus opiniones de su padre (o sea, directamente), sino de los periódicos, etc., que él prefería.*

Para ilustrar la veracidad de esto transcribiré el extracto de una carta que Charlotte escribió a su hermano en Roe Head el 17 de mayo de 1832:

Últimamente había empezado a creer que había perdido todo el interés que me tomaba antes por la política; pero el sumo placer que me proporcionó la noticia del rechazo de la ley de reforma por la Cámara de los Lores y la expulsión o dimisión del conde Grey, etc., me han convencido de que no he perdido toda mi afición a la política. Me alegra muchísimo que tía haya accedido a recibir Fraser's Magazine

³⁹ porque, aunque sé por tu descripción del contenido general que será poco interesante comparada con *Blackwood*, siempre será mejor que pasarse todo el año sin poder echar una ojeada a ninguna otra revista, que es lo que nos pasaría, ya que en el pequeño pueblo del páramo en que residimos no habría ninguna posibilidad de conseguir nada así en préstamo en una biblioteca. Deseo tanto como tú que el buen tiempo contribuya a la plena recuperación de la salud de nuestro querido padre; y que traiga a tía recuerdos agradables del clima sano de su tierra natal, etc.

Volvamos a la carta de Mary:

Solía hablar de sus dos hermanas mayores, Maria y Elizabeth, que habían muerto en Cowan Bridge. Yo creía que habían sido prodigios de talento y bondad. Una mañana temprano me dijo que había tenido un sueño, en el que le decían que la necesitaban en el salón, y que se trataba de Maria y de Elizabeth. Yo estaba deseando que siguiera y cuando me dijo que ya estaba, que no había más, le dije: «Pues sigue, ¡invéntalo! Sé que puedes hacerlo». Me dijo que no, que preferiría no haber soñado porque no seguía bien; ellas habían cambiado; habían olvidado todo lo que les gustaba. Vestían muy a la moda y empezaron criticando la habitación, etc.

La costumbre de «inventar» intereses que adquieren casi todos los niños que no tienen ninguno en la vida real era muy fuerte en ella. Todos los hermanos «inventaban» historias, personajes y sucesos. Yo le dije que era como cultivar patatas en una bodega. Y ella comentó con tristeza: «¡Sí! Ya lo sé».

Lo que sé de sus días escolares por otras fuentes confirma la exactitud de los detalles de esta carta excepcional. Era una estudiante infatigable, que leía y aprendía constantemente; estaba plenamente convencida de que la educación era necesaria y valiosa, algo insólito en una niña de quince años. No perdía un momento, y casi parecía escatimar el ocio necesario para juegos y relajamiento, lo cual podría explicarse en parte por su torpeza en todos los juegos a causa de la miopía. Pero a pesar de estos hábitos poco sociables era una de las favoritas de sus compañeras. Siempre estaba dispuesta a hacer lo que ellas quisieran, y no le importaba que la llamaran torpe y la excluyeran de sus deportes. Luego, por la noche, era una narradora incomparable y las aterrizzaba con sus historias cuando estaban en la cama. Una vez se dejó llevar y gritó en voz alta y la señorita Wooler subió las escaleras y encontró a una de las alumnas presa de palpitaciones violentas por la excitación que le había causado una historia de Charlotte.

Su infatigable anhelo de conocimiento indujo a la señorita Wooler a asignarle tareas cada vez más largas para examen; y hacia el final de los dos años de su estancia como alumna en Roe Head recibió la primera mala calificación en un ejercicio incompleto. Había tenido que leer gran cantidad de *Lectures on Belles Lettres*, de Blair;⁴⁰ y no supo contestar algunas preguntas. Le pusieron mala nota. La señorita Wooler lo lamentó y se arrepintió de haber asignado demasiado trabajo a una alumna tan bien dispuesta. Charlotte lloró amargamente. Pero sus compañeras no sólo lo lamentaron, sino que se indignaron. Manifestaron que la imposición de un castigo incluso tan ligero a Charlotte Brontë era injusta (¿pues quién había intentado cumplir con su obligación como ella?). Y testimoniaron su opinión de diversos modos, hasta que la señorita Wooler, que en

realidad se sentía bastante inclinada a pasar por alto el primer fallo de tan excelente alumna, le quitó la mala nota y las jóvenes volvieron a ser tan obedientes como siempre, todas excepto «Mary», que tomó su propio camino los ocho o quince días que quedaban del semestre, decidiendo considerar la injusticia de la señorita Wooler al asignar a Charlotte una tarea mayor de la que podía preparar como motivo para dejar de obedecer el reglamento del colegio.

El número de alumnas era tan reducido que no se imponía rígidamente la asistencia a determinadas clases a horas concretas, común en los colegios mayores. Las alumnas preparaban las lecciones y luego iban a dárselas a la señorita Wooler. Ella tenía una habilidad especial para despertar su interés por lo que tenían que aprender. No se planteaban los estudios como tareas u obligaciones que tenían que cumplir, sino con el saludable deseo y el afán de conocimiento, cuyo delicioso sabor ella les había enseñado a apreciar. No dejaron de leer y de aprender en cuanto cesó la presión forzosa del colegio. Les habían enseñado a pensar, a analizar, a rechazar y a apreciar. Charlotte estaba contenta con la elección del segundo colegio al que la enviaron. Había una vigorosa libertad en la vida al aire libre de sus compañeras. Se divertían jugando en los campos que rodeaban la casa. La tarde libre de los sábados daban largos paseos y hacían escaladas por los misteriosos senderos sombreados, subían luego a las colinas y contemplaban las extensas vistas de la región sobre la que había tanto que contar, lo mismo de su historia pasada que de la contemporánea.

La señorita Wooler debía dominar a la perfección el arte francés de *conter*, a juzgar por los recuerdos de sus alumnas de las historias que les contaba durante aquellos largos paseos, de esta casa antigua o aquella fábrica nueva, y de las condiciones sociales resultantes de los cambios que indicaban las fechas de ambos edificios. Ella recordaba los tiempos en que quienes vigilaban o permanecían en vela por la noche oían la orden de mando a lo lejos, y la marcha acompasada de miles de hombres desesperados que recibían entrenamiento militar secreto como preparación para el día que imaginaban; el día en que la razón lucharía con el poder y saldría victoriosa: en que el pueblo de Inglaterra, representado por los obreros de Yorkshire, Lancashire y Nottinghamshire, haría oír su voz con una terrible consigna, ya que sus reclamaciones sinceras y lastimosas no podían hallar eco en el Parlamento. Hoy olvidamos lo rápidos que han sido los cambios, las mejoras, lo cruel que era la situación de gran número de trabajadores al terminar la guerra peninsular.⁴¹ El carácter casi absurdo de sus agravios sigue vivo en la tradición; la verdadera intensidad de sus sufrimientos ya se ha olvidado; estaban enloquecidos y desesperados; y en opinión de muchos, el país parecía hallarse al borde del precipicio, y sólo se salvó gracias a la rápida y firme decisión de unos pocos que tenían autoridad. La señorita Wooler hablaba a sus alumnas de aquellos tiempos; de los misteriosos entrenamientos nocturnos; de los miles de hombres en los páramos solitarios; de las amenazas masculadas de individuos demasiado acuciados por la necesidad para ser prudentes; de los atentados, entre los que el incendio de la fábrica de Cartwright ocupaba un lugar destacado. Y estas cosas se grabaron profundamente en la mente de una de sus oyentes por lo menos.⁴²

El señor Cartwright era el dueño de la fábrica llamada Rawfolds de Liversedge, que quedaba a poca distancia de Roe Head. Se había atrevido a emplear maquinaria para los tejidos de lana, que fue una medida muy mal vista en 1812, momento en que muchas otras circunstancias conspiraron

también para hacer insoportable la situación de los obreros, acuciados por el hambre y la miseria. El señor Cartwright era un hombre muy notable, que, según me han dicho, tenía algo de sangre extranjera, cuyas huellas eran muy evidentes en su figura alta, sus ojos oscuros y su constitución, así como en su conducta singular aunque caballerosa. Sea como fuere, había pasado mucho tiempo en el extranjero y hablaba bien francés, lo cual resultaba en sí mismo sospechoso para el intolerante nacionalismo de aquel entonces. Ya era un hombre antipático antes de que diera el último paso de emplear tundidoras de paños en vez de contratar obreros. Y él lo sabía, y comprendía las consecuencias que podía tener su decisión. Preparó la fábrica para resistir un ataque. Se instaló en ella; y protegieron bien las puertas con barricadas por la noche. Había colocado un rodillo en cada peldaño de las escaleras con pinchos alrededor para impedir que subieran los alborotadores en caso de que consiguieran forzar las puertas. El asalto se llevó a cabo el sábado 11 de abril de 1812 por la noche. Unos centenares de obreros hambrientos se congregaron en el prado muy próximo a Kirklees que desciende desde la casa que ocuparía luego la señorita Wooler; allí, los dirigentes los armaron con pistolas, hachuelas y cachiporras, muchas de las cuales las habían conseguido los grupos que merodeaban por el campo de noche, mediante extorsión a los habitantes de casas solitarias que se habían armado con estos medios de defensa. La multitud hosca y silenciosa avanzó en plena noche hacia Rawfolds y dieron un gran grito que despertó al señor Cartwright y le hizo comprender que el ataque tanto tiempo esperado había llegado. Él estaba bien atrincherado, es cierto; pero sólo contaba con la ayuda de cuatro obreros y cinco soldados contra la furia de centenares de obreros. Los diez hombres, sin embargo, consiguieron mantener fuego de mosquetes tan vigoroso y tan bien dirigido que frustraron todos los intentos desesperados de la multitud de derribar las puertas y entrar en la fábrica; y después de una lucha en la que resultaron dos asaltantes muertos y varios heridos, se retiraron en desorden, dejando el terreno al señor Cartwright, que se encontraba tan mareado y agotado una vez pasado el peligro que se olvidó de sus propias medidas de seguridad y se hirió gravemente una pierna con uno de los rodillos de púas cuando intentó subir por la escalera. Su vivienda quedaba cerca de la fábrica. Algunos de los alborotadores habían jurado que si no cedía irían a su casa y matarían a su mujer y a sus hijos. Era una amenaza terrible, pues se había visto obligado a dejar a su familia con pocos soldados para defender la casa. La señora Cartwright conocía la amenaza; y cuando aquella terrible noche creyó oír pasos que se acercaban, cogió a sus dos hijos pequeños y los metió en un cesto en la gran chimenea que tienen las casas antiguas en Yorkshire. Uno de aquellos pequeños era una niña, que luego, de mayor, solía señalar con orgullo las marcas de los tiros de mosquete y los rastros de pólvora de las paredes de la fábrica de su padre. Él había sido el primero en ofrecer resistencia al avance de los luditas, que por entonces ya eran tantos que casi habían asumido el carácter de un ejército rebelde. El comportamiento del señor Cartwright causó gran admiración entre los otros fabricantes de la zona, que crearon un fondo de ayuda que llegó a 3.000 libras.

Poco más de quince días después de este ataque a Rawfolds, otro fabricante que utilizaba la detestable maquinaria fue abatido a tiros a plena luz del día cuando cruzaba Crossland Moor, que lindaba con una pequeña plantación en que se habían ocultado los asesinos. Los lectores de *Shirley* reconocerán estos sucesos, que le contaron a la señorita Brontë años más tarde de que ocurrieran, pero en los mismos sitios en que habían tenido lugar, personas que recordaban perfectamente

aquellos tiempos terribles de inseguridad para la vida y la propiedad, por un lado, y de hambre espantosa y ciega desesperación ignorante, por otro.

El señor Brontë había vivido entre esta misma gente en 1812, ya que entonces era clérigo de Hartshead, que queda a menos de cinco kilómetros de Rawfolds; como ya he mencionado, fue en esta época peligrosa cuando cogió la costumbre de llevar siempre encima una pistola cargada. Porque no sólo sus ideas políticas *tories*, sino también su amor y respeto a la autoridad legal, le hicieron despreciar la cobardía de los magistrados vecinos que se negaron a intervenir y a impedir la destrucción de la propiedad por miedo a los luditas. Los clérigos de la región fueron con mucho los hombres más valientes. Hubo un tal señor Roberson de Heald's Hall,⁴³ amigo del señor Brontë, que dejó una profunda impresión en la opinión pública. Vivía cerca de Heckmondwike, un pueblo grande y sucio que había crecido de forma desordenada, a unos tres kilómetros de Roe Head. Estaba habitado principalmente por tejedores que trabajaban en casa; y Heald's Hall es la casa más grande del pueblo, cuyo vicario era el señor Roberson. Construyó con dinero propio una preciosa iglesia en Liversedge, en una colina frente a la que se alzaba su propia casa, el primer intento de atender las necesidades de una población demasiado numerosa que se llevó a cabo en la región, e hizo muchos sacrificios personales por sus opiniones, tanto religiosas como políticas, de auténtico y anticuado cuño *tory*. Odiaba todo aquello que en su opinión tuviera una tendencia a la anarquía. Era absolutamente leal a la Iglesia y al rey; y habría dado con orgullo y sin vacilar su vida por lo que creía que era justo y correcto. Pero era un hombre de voluntad soberana, con la que aplastaba a sus adversarios; hasta la tradición lo representa como un individuo con algo oscuramente diabólico. Era amigo de Cartwright y sabía que existía la posibilidad de que atacaran su fábrica; así que, según cuentan, se armó y armó a la gente de la casa y se dispuso a acudir en su ayuda en caso de que dieran una señal de que la necesitaban. Hasta aquí, todo es bastante probable. El señor Roberson tenía un espíritu muy guerrero a pesar de ser un hombre pacífico. Pero como tomó el partido impopular, las exageraciones sobre su carácter persisten como verdad en la memoria de la gente. Y cuentan la historia fabulosa de que prohibió que dieran agua a los luditas heridos que habían quedado en el patio de la fábrica cuando llegó a la mañana siguiente a felicitar a su amigo Cartwright por el éxito de su defensa. Además, el intrépido y estricto clérigo también alojaba en su casa a los soldados que habían enviado a defender la zona; y eso indignó mucho a los obreros, que no estaban dispuestos a dejarse intimidar por los casacas rojas. Él no era magistrado, pero no escatimó esfuerzos para localizar a los luditas involucrados en el asesinato que he mencionado; y tuvo tanto éxito con su energía inquebrantable que se creyó que había recibido ayuda sobrenatural. Y la gente del pueblo que entraba a escondidas en el campo que rodea Heald's Hall las noches oscuras de invierno, años después de todos estos sucesos, afirmaba que había visto por la ventana al párroco Roberson bailar en una extraña luz roja con demonios negros que giraban a su alrededor. Dirigía un colegio de muchachos; y se hizo respetar y temer por sus alumnos. Sumaba a su fuerza de voluntad un humor macabro que le sugería extrañas formas de castigo para los alumnos obstinados: por ejemplo, los obligaba a permanecer de pie apoyados en una sola pierna con un pesado libro en cada mano; y una vez siguió a caballo a un alumno que se había escapado a su casa, se lo reclamó a sus padres, lo ató con una soga al estribo y le hizo ir así corriendo junto al caballo los muchos kilómetros que había hasta Heald's Hall. Hay muchos otros

ejemplos de su temperamento. Una vez descubrió que su sirvienta Betty tenía «un admirador» y montó guardia hasta que sorprendió a Richard en la cocina; le ordenó entonces que fuera al comedor, donde estaban reunidos los alumnos. Le preguntó delante de todos si había seguido a Betty; y cuando confesó la verdad, el señor Roberson dio la orden: «¡Lleváoslo, chicos, a la bomba!» Arrastraron al pobre enamorado al patio hasta el equipo de bombeo y empezaron a echarle agua. A cada mojadura le preguntaba: «¿Prometes dejar en paz a Betty?». Richard se negó valerosamente a ceder durante un buen rato; entonces el señor Roberson gritaba de nuevo la orden: «¡Bombead de nuevo, chicos!». Pero al final el pobre «admirador» empapado tuvo que darse por vencido y renunciar a su Betty. El carácter yorqueño del señor Roberson sería incompleto si no mencionara su amor a los caballos. Vivió hasta edad muy avanzada y murió más cerca de 1840 que de 1830; y cuando tenía más de ochenta años todavía disfrutaba muchísimo domando a los corceles obstinados; si era necesario se sentaba inmóvil a lomos de uno durante media hora o más para conseguirlo. Cuentan que una vez, en un arrebato, mató de un tiro al caballo preferido de su esposa y lo enterró cerca de una cantera; y que unos años después, el terreno se abrió milagrosamente y apareció el esqueleto del animal. Pero lo cierto es que fue un acto de humanidad poner fin al sufrimiento de la pobre bestia; y que para hacerlo disparó personalmente; luego lo enterró en un sitio en el que tiempo después el terreno se hundió por las obras del pozo de una mina, dejando los restos del animal al descubierto. El sesgo tradicional indica la animosidad con que lo recuerdan algunos. Otros veneran su memoria; por ejemplo, los clérigos de la zona, que le recuerdan bajando ya anciano la colina en la que se alzaba su casa, montado en su vigoroso caballo blanco (con su porte orgulloso y digno, el sombrero de teja inclinado sobre sus ojos de lince) camino de sus obligaciones dominicales como el soldado fiel que muere al pie del cañón, y que valoran su lealtad, sus sacrificios en aras del deber y la defensa de su religión. Cuando era ya muy anciano se celebró una reunión en la que sus hermanos clérigos acordaron rendirle homenaje de su profundo respeto y estima.

Éste es un ejemplo del fuerte carácter que no es raro que manifieste el clero yorqueño de la Iglesia oficial. El señor Roberson era amigo del padre de Charlotte Brontë; vivía a unos tres kilómetros de Roe Head cuando ella estudiaba allí; y estaba muy comprometido en operaciones cuyo recuerdo seguía vivo cuando le explicaron el papel que había desempeñado el clérigo en ellas. Diré ahora algo sobre el carácter de los religiosos de las inmediaciones de Roe Head; pues la joven «*tory* e hija de clérigo», que se «interesaba por la política desde los cinco años» y que mantenía frecuentes discusiones con algunas de las jóvenes que eran disidentes y radicales, procuró conocer lo mejor posible la situación de quienes tenían opiniones distintas.

La mayor parte de la población eran disidentes religiosos, sobre todo congregacionalistas. En el pueblo de Heckmondwike, en un extremo del cual se encuentra Roe Head, había dos capillas grandes que pertenecían a esa confesión y otra metodista, y las tres se llenaban dos o tres veces cada domingo, además de celebrar reuniones para rezar a las que asistían todos los fieles durante la semana. Los habitantes eran protestantes no anglicanos, muy críticos con la doctrina de sus sermones, tiránicos con sus ministros y radicales violentos en política. Un amigo que conoce bien el lugar en que Charlotte Brontë asistió al colegio me ha explicado algunos sucesos que ocurrieron entonces:

Una escena que tuvo lugar en la capilla metodista de Heckmondwike da una idea de cómo era la gente entonces. Cuando una pareja de recién casados llegaba a la capilla era costumbre cantar el himno nupcial al terminar la última oración mientras la congregación salía de la capilla. Los cantores que representaban esta ceremonia esperaban que les dieran dinero y a veces se pasaban aquella noche bebiendo; al menos, eso decía el ministro del lugar, que decidió acabar con la costumbre. Contaba con el respaldo de muchos clérigos y de la congregación; pero el factor democrático era tan fuerte que topó con la más violenta oposición y a veces le insultaban cuando salía a la calle. Se esperaba que hiciera su primera aparición en la iglesia una recién casada y el ministro dijo a los cantores que no interpretaran el himno nupcial. Ellos manifestaron que lo harían y él mandó cerrar el banco largo que solían ocupar. Lo forzaron: el ministro dijo a la congregación desde el púlpito que, en vez de que cantaran ellos un himno, leería él un capítulo. Pero no bien había pronunciado la primera palabra cuando se levantaron los cantores, encabezados por un tejedor alto de aspecto feroz, que dio la entrada del himno, y todos lo entonaron a voz en cuello, con la ayuda de los amigos que estaban en la capilla. Los que no aprobaban la conducta de los cantores y estaban de parte del ministro siguieron sentados hasta que terminó el himno. Entonces él anunció de nuevo el capítulo, lo leyó y luego pronunció el sermón. Estaba a punto de terminar con una oración cuando los cantores se pusieron en pie y cantaron a voces otro himno. Las escenas vergonzosas se sucedieron durante muchas semanas y la tensión era tanta que los diferentes grupos apenas podían contener los golpes cuando cruzaban el patio. El ministro al fin se marchó de allí y con él se fueron muchos miembros de la congregación, los más moderados y respetables, y los cantores se salieron con la suya.

Creo que hubo una lucha tan violenta sobre la elección de un pastor por entonces en la iglesia de Heckmondwike que hubo que llamar al orden a la gente en una asamblea.

Los supuestos cristianos que habían obligado a marcharse de Haworth al señor Redhead diez o doce años antes sin duda mantenían una fraternidad muy pagana con los supuestos cristianos de Heckmondwike; aunque unos se consideraran miembros de la Iglesia de Inglaterra y los otros disidentes.

La carta de la que he tomado el extracto anterior se refiere del principio al fin a las intermediaciones del lugar en que Charlotte Brontë pasó los días escolares y describe las cosas tal como eran entonces. El autor dice:

Como estaba acostumbrado al comportamiento respetuoso de las clases bajas de los distritos agrícolas, al principio me sentí muy disgustado y algo alarmado por la gran libertad que demostraban las clases trabajadoras de Heckmondwike y Gomersall ante quienes ostentaban una posición social superior a la de ellos. El término «muchacha» se aplicaba libremente a cualquier señorita, lo mismo que «moza» en Lancashire. El aspecto sumamente desaliñado de los aldeanos me impresionó no poco, aunque he de hacer justicia a las amas de casa diciendo que las viviendas no estaban sucias y tenían un aire de tosca abundancia (excepto cuando la industria iba mal) que yo no estaba acostumbrado a ver en los distritos agrícolas. El montón de carbón a un lado de la puerta de las casas y las tinajas al otro, y el aroma a malta y a lúpulo al pasar, demostraban que encontrarías fuego y «cerveza casera» en casi todos los hogares. Y no faltaba la hospitalidad, una

de las mayores virtudes de Yorkshire. Siempre ofrecían de buen grado al visitante tortas de avena, queso y cerveza.

Solían celebrar una fiesta anual, mitad religiosa mitad social, en Heckmondwike, llamada «El Sermón». Supongo que venía de los tiempos de los puritanos inconformistas. Un forastero hacía un sermón en una capilla un día de semana por la tarde y al día siguiente se daban dos sermones seguidos en la otra capilla. El oficio religioso era larguísimo, claro, y como esto era en junio y solía hacer calor, ni a mí ni a mis compañeros nos parecía una forma agradable de pasar la mañana. El resto del día se dedicaba a los entretenimientos sociales. Acudía al lugar gran número de forasteros. Montaban casetas para la venta de juguetes y pan de jengibre (una especie de «feria sacra»), y las casas, que habían recibido un poco de pintura y encalado extras, tenían un aspecto festivo.

En el pueblo de Gomersall [donde vivía con su familia «Mary», la amiga de Charlotte Brontë], que era un lugar mucho más agradable que Heckmondwike, había una casa de piedra bastante extraña y muchas de las piedras sobresalían y tenían cabezas toscas de rostros burlones tallados. Y en una piedra sobre la puerta habían grabado con grandes letras «SPITE HALL»

[44](#). *La había construido un hombre frente a la casa nueva de su enemigo, que tenía una vista espléndida del valle antes de que la bloqueara completamente ese horrendo edificio.*

Las ocho o nueve delicadas alumnas de la señorita Wooler vivían y paseaban entre aquella población sin miedo (porque la gente las conocía bien). La señorita Wooler había nacido y se había criado entre aquella gente ruda, fuerte y belicosa, y conocía la bondad y la lealtad profundas que se ocultaban tras sus modales salvajes y sus actitudes insubordinadas. Las alumnas hablaban del pequeño mundo que las rodeaba como si no hubiera otro; y tenían sus opiniones y sus grupos y sus discusiones feroces como los mayores (probablemente mejores). Y entre ellas, amada y respetada por todas, ridiculizada por algunas, pero siempre a la cara, vivió durante dos años la jovencita estudiosa, fea, corta de vista y de extraño atuendo llamada Charlotte Brontë.

CAPÍTULO VII

La señorita Brontë se marchó de Roe Head en 1832, tras haberse ganado el cariño y el respeto de su profesora y de sus compañeras y haber hecho dos buenas amistades que durarían toda su vida; una con «Mary», que no ha conservado sus cartas; la otra con «E.», que me ha confiado amablemente toda la correspondencia que guarda. Al examinar las primeras cartas me ha impresionado de nuevo la falta de esperanza que constituía una característica tan fuerte en Charlotte. A una edad en que las jóvenes en general esperan que los sentimientos que abrigan ellas o sus amigas duren siempre y que, por lo tanto, no ven ningún obstáculo para el cumplimiento de cualquier compromiso que dependa del futuro estado de los mismos, Charlotte se sorprende de que E. cumpla la promesa de escribirle. Más adelante, me impresionó dolorosamente el hecho de que la señorita Brontë nunca se atreviera a permitirse mirar el futuro con esperanza; que no tuviera confianza en el mismo; y cuando supe los años que había vivido, pensé que había sido esa pesadumbre lo que había acabado con su optimismo. Pero las cartas parecen indicar que se trataba de algo constitucional, por así decirlo. O quizá el intenso dolor de perder a sus dos hermanas mayores se combinara con un estado de debilidad física permanente para producir su desesperanza. Si su confianza en Dios no hubiera sido tan fuerte se habría rendido a la ilimitada angustia en muchos momentos de su vida. Veremos que hizo un esfuerzo extraordinario y fructífero para dejar «su vida en Sus manos».

Regresó a casa y se dedicó a enseñar a sus hermanas, respecto a quienes se hallaba en situación de superioridad. El 21 de junio de 1832 escribe así sobre el transcurso de su vida en la rectoría:

La descripción de un día es la descripción de todos los días. Por la mañana, de nueve en punto a doce y media, doy clase a mis hermanas y dibujo; luego paseamos hasta la hora de comer. Después de comer, como hasta la hora de cenar, y después escribo y leo o hago alguna labor o dibujo, según me apetezca. Así transcurre mi vida, de forma agradable aunque un tanto monótona. Sólo he salido dos veces a tomar el té desde que regresé. Esta tarde esperamos visitas y el próximo martes vendrán a tomar el té todas las profesoras de la escuela dominical.

El señor Brontë contrató por esa época a un profesor de dibujo para que diera clase a sus hijos; resultó ser un hombre de talento notable pero de escasos principios. Los hermanos Brontë nunca llegaron a dominar a la perfección la técnica, pero se interesaron mucho por conseguirlo; sin duda alguna, por el deseo instintivo de expresar sus poderosas imaginaciones de forma visible. Charlotte me contó que en esa etapa de su vida el dibujo y los paseos con sus hermanas habían constituido los dos grandes placeres y distracciones del día.

Las tres hermanas solían subir hacia los páramos de color «negro y púrpura», quebrados aquí y allá por una pedrera; y si tenían fuerzas y tiempo para ir más lejos, llegaban hasta la cascada, donde el arroyo caía sobre unas rocas hasta el «fondo». Casi nunca bajaban al pueblo. Les cohibía encontrar incluso a conocidos, y les daba reparo entrar en las casas de los muy pobres sin que las

invitaran. Asistían regularmente a la escuela dominical para enseñar a los niños, una costumbre que Charlotte conservó fielmente incluso cuando se quedó sola; pero nunca se relacionaban con sus semejantes por iniciativa propia y siempre preferían la soledad y la libertad de los páramos.

En septiembre del mismo año, Charlotte fue a visitar por primera vez a su amiga E. Regresó así a los alrededores de Roe Head y volvió a ver a muchas ex condiscípulas. Parece ser que ella y su amiga acordaron escribirse en francés para perfeccionar sus conocimientos. Claro que ese perfeccionamiento no podría ser grande porque sólo podían familiarizarse con las palabras del diccionario y porque no había nadie que les explicara que la traducción literal de los modismos ingleses no tenía sentido en francés; pero sin duda su empeño era loable y demuestra la buena disposición de ambas para continuar la educación que habían iniciado con la señorita Wooler. Daré un extracto que, al margen de lo que se opine sobre el lenguaje en sí, es bastante gráfico y nos presenta un cuadro familiar feliz; la hermana mayor regresa al hogar con las dos hermanas más pequeñas, tras quince días de ausencia:

J'arrivait à Haworth en parfaite sauté sans le moindre accident ou malheur. Mes petites soeurs couraient hors de la maison pour me rencontrer aussitôt que la voiture se fit voir, et elles m'embrassaient avec autant d'empressement, et de plaisir, comme si j'avais été absente pour plus d'an. Mon Papa, ma Tante, et le monsieur dont mon frère avoit parlé, furent tous assemblés dans le Salon, et en peu de temps je m'y rendis aussi. C'est souvent l'ordre du Ciel que quand on a perdu un plaisir il y en a un autre prêt à prendre sa place. Ainsi je venoit de partir de très chers amis, mais tout à l'heure je revins à des parens aussi chers et bons dans le moment. Même que vous me perdiez (ose-je croire que mon depart vous était un chagrin?) vous attendites l'arrivée de votre frère, et de votre soeur. J'ai donné a mes soeurs les pommes que vous leur envoyiez avec tant de bonté; elles disent qu'elles sont sur que Mademoiselle E. est très aimable et bonne; l'une et l'autre sont extrêmement impatientes de vous voir; j'espère qu'en peu de mois elles auront ce plaisir.

Las dos amigas tardarían en volver a verse, y decidieron escribirse una vez al mes hasta entonces. En Haworth no ocurría nada que mereciera la pena contar en las cartas. Los días se sucedían tranquilos, dedicados a la enseñanza y a las ocupaciones femeninas de la casa; y Charlotte se vio impulsada de forma natural a hacer críticas de libros.

Había muchos libros en la rectoría, que se guardaban en diferentes lugares, según su estado. Los que estaban bien encuadernados se alineaban en el santuario del estudio del señor Brontë; pero la adquisición de libros era un lujo necesario para él, y como a veces se trataba de elegir entre encuadernar un libro viejo o comprar uno nuevo, el volumen familiar que había sido vorazmente leído por todos los miembros de la familia se hallaba a veces en tal estado que el estante del dormitorio se consideraba su lugar apropiado. Arriba y abajo podían encontrarse muchas obras clásicas de género serio. Los escritos de sir Walter Scott, los poemas de Wordsworth y de Southey estaban con la literatura más ligera; mientras que, por tener un carácter propio (ferviente, apasionado y a veces fanático), podrían nombrarse algunos libros procedentes de la parte Branwell de la familia (de los seguidores de Cornualles del santo John Wesley) y que se mencionan en la descripción de las obras que leía Caroline Helstone en *Shirley*:

Algunas revistas venerables para señoras que una vez habían realizado un viaje con su propietaria, y que habían sobrevivido a una tempestad [seguramente parte de las reliquias de las propiedades de la señora Brontë que iban en el barco que naufragó en la costa de Cornualles] y cuyas hojas estaban manchadas de agua salada; algunas revistas metodistas disparatadas, llenas de milagros y apariciones, avisos sobrenaturales, sueños premonitorios y fanatismo loco; y las cartas igualmente disparatadas de la señora Elizabeth Rowe de los difuntos a los vivos.

El señor Brontë inculcó a sus hijas el amor a la lectura; y aunque la señorita Branwell lo mantenía en sus justos límites mediante las diversas ocupaciones domésticas, en las que no esperaba sólo que sus sobrinas participaran, sino que las dominaran a la perfección, dedicándoles por tanto buena parte del tiempo diario, les permitían sacar libros de la biblioteca de Keighley. Y debieron de dar muchas alegres caminatas de seis kilómetros largos cargadas con algunos libros nuevos que hojeaban al regresar apresuradamente a casa. No es que los libros fueran lo que se dice nuevos; parece ser que a principios de 1833 las dos amigas encontraron casi simultáneamente *Kenilworth*, y Charlotte escribe lo siguiente sobre la obra:

Me alegra que te guste Kenilworth. En realidad, más parece un romance que una novela: en mi opinión, es una de las obras más interesantes que hayan surgido de la pluma del gran sir Walter. Varney es sin duda la personificación de la vileza consumada; y en la descripción de su mente oscura y absolutamente artera, Scott demuestra un prodigioso conocimiento de la naturaleza humana, además de una sorprendente habilidad para plasmar sus ideas haciendo así a otros partícipes de ese conocimiento.

Por muy superficial que pueda parecernos el comentario, es notable en algunos aspectos: en primer lugar, en vez de analizar el argumento, analiza el carácter de Varney; y a continuación, ella, que no sabe nada del mundo, tanto por su juventud como por su situación de aislamiento, ya está tan acostumbrada a oír «naturaleza humana» con recelo como para percibir la idea de intensa y artera villanía sin sorpresa.

El aspecto ceremonioso y formulario de sus cartas a E. fue desapareciendo a medida que se conocían mejor, y cuando visitaron sus respectivos hogares, con lo que los pequeños detalles sobre personas y lugares adquirieron interés y sentido. En el verano de 1833, Charlotte escribió a su amiga invitándola a visitar Haworth. «Mi tía cree que sería mejor aplazar tu visita hasta mediados de verano —le dice—, porque el invierno, e incluso la primavera, son estaciones excepcionalmente frías y desoladas en nuestras montañas.»

La primera impresión que causaron las hermanas de su compañera de colegio a la visitante fue que Emily era una niña alta, de brazos largos, más desarrollada que su hermana mayor; de actitud sumamente reservada. Diferencio reserva de timidez porque supongo que la persona tímida complacería si supiera cómo hacerlo; mientras que la reservada es indiferente a complacer o no. Anne era tímida como su hermana mayor; Emily era reservada.

Branwell era un chico bastante apuesto, de cabello «leonado», empleando una denominación de la señorita Brontë para un color más detestable. Todos eran muy inteligentes, originales y absolutamente distintos a todas las personas o familias que conocía E. Pero en conjunto fue una visita agradable para todos. Charlotte dice en una carta que escribió a E. después de su visita:

Si te dijera la impresión que has causado a todos aquí me acusarías de adulación. Papá y mi tía no dejan de ponerte de ejemplo y decirme que debo imitar tus obras y tu conducta. Emily y Anne dicen que nunca han conocido a nadie que les cayera tan bien como tú. Y Tabby, a quien has

fascinado totalmente, no deja de decir muchas más tonterías acerca de tu distinción que no me atrevo a repetir. Es tan de noche ahora que no puedo seguir escribiendo, a pesar de la singular capacidad de ver en la oscuridad que me atribuían las señoritas de Roe Head.

Era excepcional que un visitante de la rectoría contara con el beneplácito de Tabby, que tenía una agudeza perceptiva yorquera especial y a quien no todo el mundo le gustaba.

Haworth se construyó sin tener en cuenta ninguna condición de salubridad: el antiguo cementerio queda más arriba de las viviendas y es terrible pensar lo contaminados que tenían que estar los manantiales del agua que se empleaba en el pueblo. Pero el invierno de 1833-1834 fue especialmente húmedo y lluvioso y hubo un número extraordinario de defunciones en Haworth. Fue una estación lúgubre también para la familia de la rectoría. La esponjosidad del suelo les impedía dar sus paseos habituales por los páramos, las campanas tocaban con frecuencia a muerto y a funeral y llenaban el aire con su sonido lastimero, y cuando guardaban silencio se oía el golpeteo del cantero que cortaba las lápidas en un cobertizo cercano. La misma familiaridad habría engendrado indiferencia en otros que vivieran, como si dijéramos, en un camposanto (pues la rectoría está rodeada de uno por tres lados) y con todas las vistas y todos los sonidos relacionados con los oficios de difuntos como algo cotidiano. Pero no era así en el caso de Charlotte Brontë. Una de sus amigas dice: «La he visto palidecer y marearse cuando alguien comentó casualmente en la iglesia de Hartshead que caminábamos sobre tumbas».

E. fue a Londres por primera vez a principios de 1834. Parece que la idea de esta visita de su amiga agitó extrañamente a Charlotte. Da la impresión de que se formó una idea de las probables consecuencias de la misma por algunos artículos de *British Essayists*, *The Rambler*, *The Mirror* o *The Lounger*, que debían de figurar entre los clásicos ingleses de la biblioteca de la rectoría; porque es evidente que imagina que el efecto habitual de una visita a «la gran metrópoli» influye negativamente en el carácter de una persona y se alegra al comprobar que su amiga sigue siendo la misma. Y cuando se convence de que su amiga no ha cambiado, su imaginación se ve profundamente conmovida por las ideas de los grandes prodigios que pueden verse en esa famosa e inmensa ciudad.

Haworth, 20 de febrero de 1834

Tu carta me ha proporcionado verdadero y sincero placer, mezclado con no poco asombro. Mary me había informado previamente de tu viaje a Londres, y yo no me había atrevido a esperar ninguna noticia tuya mientras estabas rodeada de los esplendores y novedades de la gran ciudad, que ha sido llamada la metrópoli mercantil de Europa. A juzgar por la naturaleza humana, creía que una jovencita de pueblo, que se viera por primera vez en una situación tan bien calculada para excitar la curiosidad y para distraer la atención, olvidaría, al menos temporalmente, los objetos lejanos y familiares y se entregaría por entero a la fascinación de las escenas que se ofrecieran entonces a su vista. Tu amable, interesante y gratísima epístola me ha demostrado, sin embargo, que mis suposiciones eran erróneas y que había sido poco caritativa. Me hace mucha gracia el tono despreocupado que adoptas al tratar de Londres y de sus maravillas. ¿No te sentiste sobrecogida al contemplar San Pablo y la abadía de Westminster? ¿No sentiste un interés

intenso y ardiente cuando viste en Saint James el palacio donde tantos reyes de Inglaterra recibían a la corte, y cuando contemplaste las representaciones de sus personajes en las paredes? No tengas demasiado miedo a parecer de pueblo; la magnificencia de Londres ha arrancado exclamaciones de asombro a viajeros con experiencia del mundo y de sus maravillas y bellezas. ¿Has visto ya a alguno de los grandes personajes a quienes las sesiones del Parlamento retienen en Londres ahora, el duque de Wellington, sir Robert Peel, el duque de Grey, el señor Stanley, el señor O'Connell? Yo en tu lugar no me preocuparía mucho por la lectura mientras estuviera en la ciudad. Emplea ahora tus propios ojos para los propósitos de la observación y, durante un tiempo al menos, deja a un lado los espectáculos que nos brindan los escritores.

Añade en una posdata:

¿Serías tan amable de informarme del número de músicos de la banda militar del rey?

Y escribe de nuevo, en un tono bastante parecido:

19 de junio

Mi querida E.:

Ahora puedo llamarte así con razón y propiedad. Ya habrás regresado o estarás regresando de Londres, la gran ciudad que para mí es tan fabulosa como Babilonia, Nínive o la antigua Roma. Te retiras del mundo (como lo llaman) llevándote contigo (si he juzgado correctamente por tus cartas) un corazón tan sencillo, natural y sincero como antes. Me cuesta mucho, muchísimo, creer las declaraciones de otros; conozco mis propios sentimientos, sé interpretar mi propia mente, pero las mentes de los demás humanos son libros cerrados, rollos jeroglíficos que no puedo abrir ni descifrar fácilmente. Pero el tiempo, el estudio minucioso y el trato prolongado superan casi todas las dificultades; y creo que en tu caso han sacado a la luz e interpretado ese lenguaje oculto cuyos recovecos, incoherencias y puntos oscuros con tanta frecuencia desconciertan al honesto observador de la naturaleza humana [...] Agradezco sinceramente tu atenta consideración a mi insignificante persona y deseo que el placer no sea totalmente egoísta. Espero que se deba en parte al conocimiento de que el carácter de mi amiga es de un orden más elevado y firme de lo que yo creía. Pocas jóvenes habrían hecho lo que tú y habrían contemplado el brillo, resplandor y deslumbrante despliegue de Londres con talante tan inmutable y corazón tan puro. No veo afectación en tus cartas, ni el menor rastro de desprecio frívolo por lo feo y admiración vacilante por las personas y las cosas llamativas.

En estos tiempos de viajes fáciles en tren, quizá nos haga sonreír la idea de que una breve visita a Londres pueda afectar mucho al carácter de una persona, sea cual sea su efecto en el intelecto. Pero el Londres de Charlotte (su gran ciudad fabulosa) era la «población» de un siglo antes, adonde las hijas atolondradas arrastraban a los papás reacios o iban con amigos insensatos, en detrimento de sus mejores cualidades y a veces para ruina de sus fortunas. Charlotte la consideraba la Feria de las Vanidades de *El caminar del peregrino*.

Pero veamos ahora el juicio admirable y justo con que trata un tema que domina a la perfección.

Haworth, 4 de julio de 1834

Me pides en tu última carta que te explique tus defectos. Pero bueno, ¿cómo puedes ser tan tonta? No puedo explicarte tus defectos porque no los conozco. ¿Qué criatura sería quien después de recibir una carta afectuosa y amable de una querida amiga se sentara a escribir un catálogo de defectos a modo de respuesta? Supón que lo hiciera y considera qué epítetos me dedicarías. Yo diría que engréida, dogmática, hipócrita y pequeña farsante serían los más suaves. ¡Vamos, hija! Nunca he tenido tiempo ni me he sentido inclinada a considerar tus faltas cuando estás tan lejos de mí y cuando tus cartas, regalos y demás me demuestran tu bondad continuamente y con la mayor claridad. Por otro lado, siempre tienes cerca familiares juiciosos que pueden desempeñar tan desagradable función mucho mejor que yo. Estoy segura de que su consejo está a tu entera disposición. ¿Por qué iba a inmiscuirme yo con el mío? Si no quieres oírlos, de nada serviría aunque alguien se levantara de entre los muertos para instruirte. Dejémonos de bobadas, si me aprecias. El señor — va a casarse, ¿no? Me parece que la esposa que ha elegido es una dama inteligente y amable, a juzgar por lo poco que la conozco y por lo que tú me cuentas. ¿He de añadir a esa frase halagadora una lista de sus defectos? Me hablas del proyecto de dejar — Lo siento.—. un lugar agradable, una de las antiguas mansiones inglesas rodeada de prados y bosques, que nos hablan de tiempos pasados y que inspiran (al menos a mí) sentimientos felices. M. pensó que has crecido menos, ¿no? Yo no he crecido nada, sigo tan baja y regordeta como siempre. Me pides que te recomiende algunos libros para leerlos atentamente. Lo haré lo más brevemente que pueda. Si quieres poesía, que sea la mejor; Milton, Shakespeare, Thomson, Goldsmith, Pope (si te apetece, aunque a mí no me entusiasma), Scott, Byron, Campbell, Wordsworth y Southey. Que no te asusten los nombres de Shakespeare y Byron. Los dos son grandes hombres, y sus obras son como ellos. Sabrás elegir lo bueno y evitar lo malo; los mejores pasajes son siempre los más puros; y los malos son siempre repugnantes; nunca te apetecerá leerlos dos veces. Omite las comedias de Shakespeare y el Don Juan y tal vez el Caín, de Byron, aunque el último es un poema espléndido; y lee todo lo demás sin miedo. Hace falta una mente realmente depravada para encontrar mal en Enrique VIII, en Macbeth y en Hamlet y Julio César. La poesía romántica, salvaje y tierna de Scott no puede hacerte ningún mal. Ni la de Wordsworth, ni la de Campbell ni la de Southey (al menos la mayor parte); una pequeña parte es ciertamente censurable. De historia, lee a Hume, Rollin y la Historia Universal, si puedes. Yo nunca he podido. De ficción, lee sólo a Scott; después de las suyas, todas las novelas carecen de valor. De biografía, lee la vida de los poetas de Johnson, la Vida de Johnson de Boswell, la vida de Nelson de Southey, la vida de Burns de Lockhart, la vida de Sheridan de Moore, la vida de Byron de Moore, las demás de Wolfe. De historia natural, lee a Bewick y Audubon, a Goldsmith y la Historia de Selborne de White. En cuanto a teología, en eso te aconsejará tu hermano. Lo único que puedo decirte es que te atengas a los autores clásicos y evites lo novedoso.

Esta lista demuestra que Charlotte tenía que disponer de una amplia variedad de libros para elegir sus lecturas. Es evidente que la conciencia femenina de estas dos corresponsales estaba muy atenta a los problemas analizados por los religiosos más estrictos. La moralidad de Shakespeare requirió la confirmación de Charlotte para la sensible E., que tiempo después le preguntaba si el baile era censurable, cuando se entregaban a él unas horas en fiestas de chicos y chicas. Charlotte contesta:

Dudaría en manifestar diferente opinión de la del señor —o de la de tu excelente hermana, si no creyera que el tema lo merece. En todas partes se admite que el pecado de bailar no consiste en el mero acto de «mover el esqueleto» como dicen los escoceses, sino en las consecuencias que suelen acompañarlo; es decir, frivolidad y pérdida de tiempo; pero es evidente que no será así cuando, como en el caso que expones, se hace sólo por ejercicio y diversión durante una hora entre gente joven (que sin duda puede permitirse un poco de alegría sin quebrantar los mandamientos divinos). Ergo (a mi modo de ver), la diversión es totalmente inocente en tales ocasiones.

Aunque la distancia entre Haworth y B — era sólo de veintisiete kilómetros, era difícil salvarla directamente sin alquilar una calesa o algún otro vehículo para el viaje. De ahí que una visita de Charlotte a su amiga requiriera una compleja serie de preparativos. La calesa de Haworth no siempre estaba disponible. Y el señor Brontë solía ser reacio a hacer planes para reunirse en Bradford u otros lugares que ocasionaran molestias a alguien. Todos los Brontë poseían una buena dosis de susceptibilidad que los inducía a no contraer compromisos o «quedarse más de lo debido» cuando visitaban a alguien. No estoy segura de que el señor Brontë no incluyera la desconfianza en los demás en el conocimiento de la naturaleza humana del que tanto se ufanaba. Sus normas al respecto, junto con la falta de esperanza de Charlotte, la hicieron temer siempre amar demasiado, agotar a los objetos de su afecto; y por eso procuraba muchas veces contener su afectuosidad y evitaba siempre esa presencia invariablemente bien acogida a sus verdaderos amigos. Según esta forma de actuar, cuando la invitaban por un mes se quedaba sólo quince días con la familia de E., cuyo cariño por ella aumentaba con cada visita. Siempre la recibían con la misma alegría serena con que habrían acogido a una hermana.

Todavía conservaba su interés infantil por la política. En marzo de 1835 escribe:

¿Qué piensas del curso que está tomando la política? Lo pregunto porque creo que ahora te interesas saludablemente por el tema; antes no te preocupaba demasiado. Ya ves que B. ha salido victorioso. ¡Desgraciado! Soy una enemiga sincera y si hay alguien a quien aborrezca absolutamente, es ese hombre. Pero la oposición está dividida entre fanáticos y moderados; y el duque (el duque por excelencia) y sir Robert Peel no dan muestras de inseguridad, aunque los han vencido dos veces; así que courage, mon amie, como decían los antiguos caballeros antes de entrar en combate.

A mediados del verano de 1835 se planteó en la rectoría un importante plan familiar. La pregunta era: ¿para qué oficio o profesión debía prepararse Branwell? Ya tenía casi dieciocho años; había llegado el momento de decidirlo. Era un joven muy inteligente, sin duda; quizá, para empezar, el mayor genio de esta familia única. Las hermanas no reconocían las propias dotes ni las de las otras, pero conocían las de él. El padre, que desconocía muchos defectos de la conducta moral de su hijo, rendía orgulloso homenaje a sus grandes talentos; pues los talentos de Branwell se exhibían de muy buen grado para entretenimiento de otros. La admiración popular le encantaba. Y esto hizo que solicitaran su presencia en los banquetes fúnebres y en las reuniones importantes del pueblo, porque los hombres de Yorkshire disfrutaban mucho de la inteligencia; y eso le procuró así mismo el dudoso honor de que el dueño del Black Bull recomendara su compañía al viajero ocasional que se sintiera solitario o aburrido mientras bebía. «¿Quiere que alguien le ayude con su botella, señor? Si es así, mandaré a buscar a Patrick» (que es como lo llamaron en el pueblo hasta el día de su muerte). Y mientras el mensajero cumplía su cometido, el dueño entretenía a su cliente con historias de los prodigiosos talentos del muchacho, cuya precoz inteligencia y grandes dotes de conversador eran el orgullo del pueblo. Las repetidas dolencias que habían aquejado al señor Brontë los últimos años no hicieron únicamente necesario que comiera solo para evitar la tentación de una dieta poco sana, sino también aconsejable que reposara las comidas con absoluta calma. Y esta necesidad, combinada con la debida atención a sus deberes parroquiales, le impidió saber exactamente qué hacía su hijo en sus ratos libres. Él mismo había pasado su juventud entre gente del mismo nivel prosaico que aquellos con quienes compartía ahora su tiempo Branwell; pero él tenía una voluntad fuerte, una ambición seria y tenaz y una resolución de las que carecía su hijo, que era más débil.

Todos los hermanos Brontë sentían un interés singular por el dibujo y la pintura. El señor Brontë había procurado solícitamente proporcionarles buena instrucción; a las hermanas les gustaba todo lo relacionado con el arte, todas las estampas y grabados de los grandes cuadros; y, a falta de los buenos, analizaban cualquier grabado o dibujo que cayera en sus manos y dilucidaban todo el pensamiento plasmado en su composición, las ideas que intentaba transmitir y las que *transmitía*. Y procuraban plasmar las ideas propias con el mismo ánimo. Les faltaba capacidad para ejecutarlas, no para concebirlas. A Charlotte se le ocurrió una vez que podría ganarse la vida como artista y se cansó la vista dibujando con minuciosidad prerrafaelista, aunque no con precisión prerrafaelista, pues dibujaba de la fantasía más que del natural.

Pero todos ellos creían firmemente en el talento artístico de Branwell. Yo he visto una pintura al óleo suya sin fecha, pero que seguramente realizó por esta época. Es un retrato de sus hermanas, a tamaño natural y tres cuartos de largo; no es mucho mejor que un letrado en cuanto a la técnica; pero yo diría que los parecidos son admirables. Sólo pude juzgar la fidelidad con que había pintado a las otras dos por el asombroso parecido de Charlotte, que sujetaba el bastidor del lienzo y que por lo tanto estaba detrás del mismo, pese a que debían de haber transcurrido más de diez años desde que lo había realizado. La pintura estaba dividida casi en el centro por un pilar grande. A un lado de la columna, que estaba iluminada por el sol, se veía a Charlotte de pie, ataviada con el traje femenino de la época, mangas de jamón y cuellos grandes. En el lado sombreado estaba

Emily, con el afable rostro de Anne apoyado en su hombro. El semblante de Emily me pareció lleno de fuerza; el de Charlotte, de solicitud; el de Anne, de ternura. Las dos más pequeñas parecían todavía niñas, aunque Emily era más alta que Charlotte; llevaban el cabello muy corto y un vestido más juvenil. Recuerdo que mientras observaba aquellos rostros tristes, serios y sombríos me pregunté si podía detectar la misteriosa expresión que dicen que presagia la muerte prematura. Tenía cierta esperanza supersticiosa de que la columna separara sus sinos del de ella, que se mantenía a un lado en el cuadro como había sobrevivido en la realidad. Me agradó ver que estaba del lado iluminado de la columna, que la luz del cuadro caía sobre ella: podría haber buscado mejor en su premonición, mejor dicho, en su rostro vivo, la señal de la muerte en la flor de la vida. Eran buenos retratos, pese a estar mal ejecutados. De ahí que supusiera que su familia había augurado acertadamente que si Branwell tenía la menor oportunidad, y, ay, las mínimas cualidades morales, podría convertirse en un gran pintor.⁴⁸

El mejor modo de prepararle para conseguirlo parecía ser enviarle a estudiar a la Real Academia. Supongo que él anhelaba con todas sus fuerzas seguir ese camino, sobre todo porque le llevaría a aquel misterioso Londres (aquella Babilonia la grande que parece haber llenado la imaginación y encantado la mente de los miembros más jóvenes de esta familia de reclusos). Para Branwell era una realidad impresa más que una fantasía vívida. A fuerza de estudiar planos, se había familiarizado con la ciudad, incluso con sus vericuetos, como si hubiera vivido allí. ¡Pobre infeliz!, nunca vería cumplidos sus deseos de conocer Londres ni el anhelo más fuerte de ser famoso. Moriría tras una vida malograda. Pero entonces, en 1835, la familia estudió la mejor forma de promover sus ideas y ayudarle a llegar a la cima que tanto ambicionaba alcanzar. Dejemos que Charlotte explique los planes que hicieron. No son ellas las primeras hermanas que se han sacrificado por el deseo idolatrado de su hermano. ¡Quiera Dios que sean las últimas que reciben tan mísera recompensa!

Haworth, 6 de julio de 1835

Había esperado que tendría el sumo placer de verte este verano en Haworth, pero los asuntos humanos son mudables y las resoluciones humanas han de doblegarse al curso de los acontecimientos. Nos encontramos todos a punto de dividirnos, dispersarnos, separarnos. Emily se va al colegio; Branwell, a Londres; y yo voy a trabajar como maestra. Yo misma he tomado esa última decisión, pues sé que tengo que dar el paso alguna vez y que cuanto antes, mejor; y porque sé muy bien que papá tendrá suficientes gastos para sus limitados ingresos si Branwell asiste a la Real Academia y Emily a Roe Head. Te preguntarás dónde voy a residir. A siete kilómetros de tu casa, en un sitio que a ninguna de las dos nos es desconocido, pues se trata del mismísimo Roe Head antes mencionado. ¡Sí! Voy a dar clases en el mismo colegio en que estudié. Me lo propuso la señorita Wooler, y me pareció preferible aceptar ésta que otras ofertas para trabajar como institutriz que había recibido antes. Me entristece mucho, muchísimo, la idea de marcharme de casa, pero la obligación y la necesidad son dueñas severas a quienes no podemos desobedecer. ¿No te dije una vez que tenías que sentirte agradecida por tu independencia? Lo creía cuando lo dije entonces y lo repito ahora con doble fervor; si hay algo que me anime es la idea de estar cerca de ti. Seguro que Polly y tú iréis a verme; sería injusto por mi parte dudarle. No has sido

nunca mala todavía. Emily y yo saldremos de casa el 27 de este mes; la idea de que estaremos juntas nos consuela bastante a las dos, y la verdad es que ya que tengo que aceptar un empleo, «Las cuerdas me cayeron en parajes amenos».

[49](#) *Estimo y respeto a la señorita Wooler.*

CAPÍTULO VIII

El 29 de julio de 1835, Charlotte se fue a trabajar como profesora al colegio de la señorita Wooler. Tenía poco más de diecinueve años. Emily la acompañó como alumna, pero enfermó realmente de nostalgia y no podía concentrarse en nada, por lo que regresó a la rectoría y a sus amados páramos a los tres meses.

La señorita Brontë explica las razones que impedían a Emily seguir y que hicieron que su querida hermana dejara su puesto en el colegio de la señorita Wooler:

Mi hermana Emily amaba los páramos. Flores más brillantes que la rosa florecían en lo más negro del brezal para ella; su mente podía convertir en paraíso una hondonada sombría de una ladera lívida. Hallaba en el inhóspito paisaje muchos y amados placeres; y no era el menor ni el menos grato de ellos la libertad. La libertad era el aliento vital de Emily. Sin ella se moría. No consiguió soportar el cambio del hogar al colegio y el de su modo de vida muy silencioso y muy solitario pero sin restricciones ni artificios a uno de disciplinada rutina (aunque bajo los mejores auspicios). Su carácter resultó ser demasiado fuerte para su fortaleza. La imagen del hogar y de los páramos la asaltaba todas las mañanas al despertarse y ensombrecía y entristecía el día que se abría ante ella. Nadie más que yo sabía lo que la aquejaba. Yo lo sabía perfectamente. Su salud se quebrantó rápidamente en su lucha: su rostro pálido, su debilitamiento físico y anímico amenazaban con un deterioro rápido. Sentí en mi corazón que si no volvía a casa se moriría y con este convencimiento conseguí su regreso. Sólo había permanecido tres meses en el colegio y pasaron años hasta que el experimento de enviarla fuera de casa se probara de nuevo.

El sufrimiento físico de Emily cuando estaba lejos de Haworth, tras repetirse varias veces en circunstancias parecidas, se convirtió finalmente en un hecho tan evidente que las hermanas decidieron que Emily debía permanecer en casa porque era el único sitio donde podía disfrutar de cierta buena salud. Durante su vida, se fue de casa otras dos veces; una para ser maestra en un colegio de Halifax durante seis meses; y después acompañó a Charlotte a Bruselas y permaneció allí diez meses. Cuando estaba en el hogar se encargaba casi ella sola de cocinar y hacía todo el planchado de la casa; y cuando Tabby ya era anciana y estaba enferma, era Emily quien hacía el pan para la familia; y cualquiera que pasara por la puerta de la cocina podría haberla visto estudiando alemán con un libro abierto mientras amasaba; pero ningún estudio, por interesante que fuera, afectaba a la calidad del pan, que era siempre excelente. Los libros eran en realidad un objeto común en aquella cocina; su padre les daba clases teóricas y su tía clases prácticas y, en su posición, era un simple deber femenino participar activamente en todas las labores domésticas; pero en su cuidadoso empleo del tiempo encontraban muchas veces cinco minutos para leer mientras vigilaban los pasteles, y lograban combinar dos ocupaciones distintas mejor que el rey Alfredo.⁵⁰

Charlotte llevó una vida muy feliz en el colegio de la señorita Wooler hasta que su salud

flaqueó. Estimaba y respetaba sinceramente a su ex profesora, que ahora era compañera y amiga. Tampoco sus alumnas eran extrañas para ella, y algunas eran las hermanas pequeñas de las que habían sido sus compañeras. Aunque las obligaciones diarias podían ser tediosas y monótonas, siempre disponía de dos o tres horas felices por la tarde, en que ella y la señorita Wooler se sentaban juntas (a veces hasta altas horas de la noche) y mantenían conversaciones tranquilas o pausas de silencio igualmente agradables, porque ambas sabían que en cuanto se les ocurriera una idea o un comentario que desearan expresar, tenían al lado a una compañera inteligente dispuesta a comprender, y no se sentían obligadas a «hablar por hablar».

Precisamente entonces ocurrió un suceso en los alrededores de Leeds que provocó mucho interés. Una joven que trabajaba como institutriz en una familia muy respetable había sido cortejada y se había casado con un caballero que ocupaba un cargo subordinado en la empresa comercial del patrón de la joven. Cuando llevaba un año casada y había dado a luz a un niño, se descubrió que el hombre a quien llamaba marido tenía otra esposa. Ahora se cuenta que esa primera esposa estaba loca, hecho que él había dado como excusa para su segundo matrimonio. Sea como fuere, la situación de la esposa que no era esposa (de la inocente madre del niño ilegítimo) provocaba la más profunda conmiseración. Y el caso se comentó en todas partes, entre otras en Roe Head.

La señorita Wooler estaba siempre dispuesta a ofrecer a la señorita Brontë cualquier oportunidad de esparcimiento que estuviera en su mano; pero el problema muchas veces era convencerla de que aceptara las invitaciones que le hacían, instándola a pasar el sábado y el domingo con E. y con Mary en sus respectivas casas, que quedaban a poca distancia a pie. Pero la señorita Brontë solía considerar que permitirse unas vacaciones era una negligencia en el cumplimiento del deber y se negaba el cambio tan necesario por una especie de espíritu exageradamente ascético que denotaba una pérdida del sano equilibrio físico o mental. En realidad, vemos claramente que era así en un fragmento de una carta de Mary, que he citado antes, en el que alude a esa época.

Tres años después (del periodo en que ambas estudiaban en Roe Head) supe que era maestra en el colegio de la señorita Wooler. Fui a verla y le pregunté por qué daba tanto por tan poco dinero pudiendo vivir sin hacerlo. Ella reconoció que había creído que podría ahorrar algo, pero que después de vestir a Anne y vestirse ella no le quedaba nada. Me confesó que no era maravilloso, pero que qué podía hacer. No supe qué decir. Parecía que no hubiera nada aparte del sentido del deber que le proporcionara interés o satisfacción y cuando podía solía sentarse sola a «inventar». Después me dijo que una tarde se había quedado sentada en el salón hasta que se hizo totalmente de noche y que al observarlo todo «se había asustado de repente». Es indudable que recordó bien esto cuando describió un terror similar que se apoderaba de Jane Eyre. Dice en la novela: «[...] allí sentada contemplando la cama blanca y las paredes ensombrecidas, con alguna obsesiva mirada de reojo al tenue fulgor del espejo, me puse a recordar cosas que había oído contar acerca de los muertos inquietos en su sepultura [...] intenté mantener la cabeza firme; me eché para atrás el pelo que me cubría los ojos, erguí la cabeza y me atreví a mirar toda la habitación; en ese momento, un rayo de luna se coló por una ranura de la persiana. Pero no; la

luz de la luna no se mueve y ésta se movía [...] predispuesta al horror como estaba mi mente y con los nervios a flor de piel, consideré que aquel resplandor súbito y veloz era heraldo de una visión del más allá. Mi corazón latía furiosamente, la cabeza me ardía y un zumbido que interpreté como batir de alas aturdió mis oídos. Sentí algo cerca».

Desde entonces —añade Mary— su imaginación era lúgubre y aterradora; no podía evitarlo ni dejar de pensar. No podía olvidar la oscuridad, no podía dormir de noche ni estar atenta de día.

El estado de salud así descrito fue algo gradual y no hay que tomarlo como la descripción de su estado en 1836. Pero ya entonces, algunas de sus expresiones indican un abatimiento que recuerda demasiado algunas cartas de Cowper.⁵² Y es notable la profunda impresión que le causaron sus poemas. Creo que sus palabras, sus versos, acudían a la mente de Charlotte con más frecuencia que los de ningún otro poeta.

10 de mayo de 1836

Me sorprendió la nota que me enviaste con el paraguas; demostraba un grado de interés por mis asuntos que no tengo derecho a esperar de ninguna criatura mortal; no me haré la hipócrita; no contestaré a tus amables, bondadosas y amistosas preguntas como quieres que lo haga. No te engañes imaginando que tengo una pizca de auténtica bondad. Si fuera como tú, cariño, miraría hacia el cielo, aunque el prejuicio y el error empañaran de vez en cuando la gloriosa visión delante de mí; pero yo no soy como tú. Si conocieras mis pensamientos, los sueños que me absorben, la fiera imaginación que me devora a veces y me hace ver la compañía tal como es desoladoramente insípida, me compadecerías e incluso creo que me despreciarías. Pero conozco los tesoros de la Biblia, los amo y los venero. Veo la fuente de la vida con toda su claridad y luminosidad; pero cuando me inclino a beber, las aguas cristalinas se alejan de mis labios como si fuera Tántalo.

Eres demasiado amable y asidua en tus invitaciones. Me confundes. No sé cómo rehusar y me resulta aún más embarazoso aceptar. De todos modos, no puedo ir esta semana, porque estamos en plena melée de las repeticiones. Estaba escuchando la terrible sección quinta cuando llegó tu carta. Pero la señorita Wooler dice que tengo que ir a casa de Mary el próximo viernes, pues prometió que lo haría el domingo de Pentecostés; y el domingo por la mañana te veré en la iglesia, si te parece bien, y me quedaré hasta el lunes. ¡Es una propuesta franca y fácil! La señorita Wooler me ha impulsado a hacerla. Dice que está en juego su buen nombre.

¡Bien por la amable señorita Wooler! A pesar de lo monótonas y agotadoras que fueran las obligaciones de Charlotte en el colegio, siempre había una amiga cordial y considerada que velaba por ella y la instaba a aceptar cualquier pequeño entretenimiento inocente que se le ofreciera. Y en las vacaciones del verano de 1836, su amiga E. fue a visitarla a Haworth, por lo que hubo un tiempo feliz garantizado. Transcribo a continuación una serie de cartas, sin fecha, pero que corresponden a la última parte del mismo año; y de nuevo nos recuerdan al afable y melancólico Cowper.

Mi queridísima E.:

Acabo de leer tu carta y estoy temblando de pies a cabeza por la emoción. Nunca había recibido algo así: la revelación de un corazón generoso, cálido y tierno [...] te lo agradezco con

toda el alma. Ya no eludiré tus preguntas. ¡Ojalá fuera mejor de lo que soy! Rezo fervorosamente para conseguirlo. Tengo remordimientos, visitas de arrepentimiento, vislumbres de santa, de cosas inexpresables, a lo que antes solía ser ajena; podría desaparecer todo y podría hallarme en plena medianoche, pero suplico al misericordioso Redentor que, si éste es el albor del evangelio, pueda brillar aún hasta el día más perfecto. No me malinterpretes, no pienses que soy buena; solamente deseo serlo. Solamente aborrezco mi ligereza y mi atrevimiento anteriores. ¡Ay!, no soy mejor de lo que he sido siempre. Me encuentro en ese estado de lúgubre y gran incertidumbre y, en este preciso momento, me conformaría con ser vieja y canosa, con haber pasado todos los gozosos días de la juventud y hallarme con un pie en la sepultura, si con ello pudiera asegurar la posibilidad de reconciliación con Dios y de redención por los méritos de Su Hijo. No he sido nunca lo que se dice negligente con esos asuntos, pero siempre he tenido una idea nebulosa y repulsiva de ellos; y ahora las nubes son más oscuras y un abatimiento más opresivo pesa en mi ánimo. Tú me has animado; por un instante, por una minúscula partícula de tiempo, pensé que podría llamarte hermana espiritual; pero el entusiasmo ha pasado y ahora me siento tan desgraciada y desesperada como siempre. Esta misma noche rezaré como me pides. ¡Que el Todopoderoso me escuche y se apiade de mí!, espero con humildad que lo haga, pues tú fortalecerás mis súplicas corruptas con tus puras peticiones. Todo a mi alrededor es bullicio y confusión, las damas insistentes con sus sumas y sus lecciones [...] si me estimas demuéstralo y ven a verme el viernes: estaré atenta y te esperaré, y lloraré si me defraudas. No sabes la alegría que sentí cuando estaba junto a la ventana del salón y vi, cuando él dio la vuelta, tirar tu paquetito por encima del muro.

El día de mercado en Huddersfield aún era todo un acontecimiento en Roe Head. Las alumnas doblaban la esquina de la casa corriendo y atisbaban entre los troncos de los árboles y por el camino sombreado arriba y podían vislumbrar a un padre y a un hermano pasar hacia el mercado en su calesa; a veces intercambiaban un saludo con la mano; o veían, como Charlotte desde la ventana prohibida a las alumnas, un paquete blanco arrojado sobre el muro, con un movimiento rápido y vigoroso de un brazo, sin ver el resto del cuerpo del viajero.

Cansada del duro trabajo del día [...] me he sentado a escribir unas líneas a mi querida E. Disculpa si no digo más que bobadas, pues estoy agotada mentalmente y desanimada. Es una tarde tormentosa y el viento gime sin cesar y me produce una profunda melancolía. En tales momentos, cuando me siento así, busco instintivamente el reposo en alguna idea tranquila, y ahora he conjurado tu imagen para tranquilizarme. Te veo sentada, erguida y quieta, con tu vestido negro y el pañuelo blanco, y la cara blanca como el mármol, absolutamente real. Ojalá pudieras hablarme. Si tuviéramos que separarnos, si nuestro destino fuera vivir a gran distancia y no volver a vernos nunca [...] en la vejez, evocaría mis días de juventud y sentiría un gran placer melancólico recordando a mi antigua amiga [...] Tengo algunas cualidades que me hacen muy desgraciada, algunos sentimientos en los que no puedes participar, que muy pocas, poquísimas personas en el mundo comprenderían. No me enorgullezco de esas peculiaridades. Intento ocultarlas y reprimirlas todo lo posible; pero a veces brotan incontenibles y quienes ven la explosión me desprecian y yo me odio a mí misma durante días [...] Acabo de recibir tu epístola y

lo que la acompañaba. No entiendo qué os impulsa a ti y a tus hermanas a malgastar vuestra bondad en alguien como yo. Se lo agradezco muchísimo a ellas y espero que se lo digas. También te lo agradezco a ti, más la carta que el regalo. La primera me ha proporcionado un gran placer; el segundo, algo así como pena.

La alteración nerviosa que la aquejó durante su estancia en el colegio de la señorita Wooler parece haber empezado a afligirla más o menos por esta época; al menos ella misma habla de su estado irritable, que sin duda sólo fue un problema temporal.

Has sido muy amable conmigo últimamente y me has perdonado todas esas salidas ridículas que, debido a la miserable y espantosa susceptibilidad de mi carácter, me hacían crisparme como si me hubieran tocado con un hierro al rojo; cosas por las que nadie se preocupa se me meten en la cabeza y se emponzoñan allí. Sé que esos sentimientos son absurdos y por eso procuro ocultarlos, pero son más torturantes por ocultarlos.

Comparemos ese estado de ánimo con la tierna resignación con que había aceptado que la dejaran de lado por inútil o le hablaran de su fealdad sus compañeras tres años antes.

Mi vida transcurre de la misma forma monótona y regular que siempre desde que te vi; sólo enseñar, enseñar, enseñar de la mañana a la noche. La mayor variedad que tengo a veces la constituye una carta tuya o el encuentro con un libro nuevo agradable. La Vida de Oberlin y Retrato doméstico de Legh Richmond son los últimos de la segunda categoría. La última obra atrajo poderosamente mi atención y me fascinó extrañamente. Pídelo, consíguelo prestado o róballo sin demora; y lee la Memoria de Wilberforce, un relato corto de una vida breve sin acontecimientos especiales; nunca la olvidaré; es hermosa, no por el lenguaje en que está escrita, ni por los incidentes que expone, sino por el relato sencillo de un joven cristiano inteligente y sincero

La señorita Wooler trasladó por entonces el colegio de su excelente emplazamiento abierto y aireado de Roe Head a Dewsbury Moor, que quedaba a unos cuatro o cinco kilómetros. Estaba en una zona bastante más baja y el aire era mucho menos puro y tonificante para alguien que se había criado en el pueblo montañoso y agreste de Haworth. El cambio afectó mucho a Charlotte, que lo lamentó no sólo por sí misma, sino también por su hermana Anne. Además, Emily había ido como maestra a un colegio de Halifax, donde había casi cuarenta alumnas.

He recibido una carta de ella desde que se marchó —escribe Charlotte el 2 de octubre de 1836—: me hace una descripción espantosa de sus deberes; trabajo duro de seis de la mañana a once de la noche, con una sola hora de ejercicio. Eso se llama esclavitud. Me temo que no podrá soportarlo.

Las hermanas se reunieron en casa durante las vacaciones de Navidad y hablaron de sus vidas y de sus posibilidades de trabajo y remuneración. Consideraban una obligación liberar a su padre de la carga de mantenerlas; si no las tres, al menos una o dos; y lógicamente recayó en las mayores la suerte de buscar alguna ocupación bien remunerada. Sabían que nunca heredarían mucho dinero. El señor Brontë sólo disponía de un pequeño estipendio y era caritativo y liberal. Su tía disponía de una renta anual de 50 libras que pasarían a otros cuando falleciera y sus sobrinas no tenían ningún derecho y no se les ocurría siquiera contar con sus ahorros. ¿Qué podían hacer? Charlotte y Emily intentaban enseñar y, por lo que parecía, sin demasiado éxito. Bien es cierto que la primera tenía la suerte de que su patrona fuera también su amiga, y de estar rodeada de personas que la conocían y la estimaban; pero el salario era demasiado exiguo para permitirle ahorrar algo; y su formación no le permitía aspirar a un mejor salario. El carácter sedentario y monótono de la vida también estaba afectando su salud y su ánimo, aunque, con la necesidad «por dueña», no le gustara confesárselo ni siquiera a sí misma. Pero Emily, aquel espíritu libre, salvaje e indomable, que sólo era feliz y se sentía bien en los extensos páramos que rodeaban su hogar, ella, que no soportaba a los extraños, condenada a vivir entre ellos, y no solo eso, sino a servirles como una esclava... Charlotte podía haberlo aguantado ella misma, pero no podía soportar que lo hiciera su hermana. ¿Cómo evitarlo? Una vez había pensado que podría ser artista y ganarse así el sustento. Pero le había fallado la vista en el trabajo minucioso e inútil que se había impuesto con miras a tal fin.

Las hermanas tenían la costumbre de coser hasta las nueve de la noche. A esa hora solía acostarse la señorita Branwell y se daban por terminados los deberes diarios de sus sobrinas. Entonces dejaban la labor y recorrían la estancia a un lado y a otro (casi siempre con las velas apagadas para economizar); sus figuras brillaban a la luz del fuego y desaparecían en las sombras continuamente. A veces conversaban sobre las preocupaciones y problemas pasados; hacían planes para el futuro y consultaban unas con otras sus proyectos. Años después, ésa era la hora en que analizaban juntas los argumentos de sus novelas. Y también, más tarde aún, ésa sería la hora en que la única hermana superviviente caminaba por la habitación sola, por costumbre, dando vueltas y vueltas por la estancia vacía, pensando tristemente en los «días que no volverán». Pero la

Navidad de 1836 estuvo llena de esperanzas y audaces aspiraciones. Habían probado a escribir relatos en su minúscula revista hacía mucho tiempo; también habían intentado escribir poesía; y tenían cierta confianza en que habían conseguido un éxito moderado. Pero sabían que podían engañarse y que el juicio de unas sobre los escritos de las otras podía ser parcial. Así que como Charlotte era la mayor, decidió escribir ella a Southey. Yo creo (por un comentario de una carta que veremos más adelante) que también consultó a Coleridge; pero no dispongo de parte alguna de esa correspondencia.

El 29 de diciembre echó al correo su carta a Southey; y debido a la excitación bastante natural en una joven que ha llegado al extremo de escribir a un poeta laureado pidiéndole su opinión sobre sus poemas, empleaba algunas expresiones rimbombantes que probablemente le indujeron a creer que se trataba de una señorita romántica que desconocía la cruda realidad de la vida.

Es muy probable que ésa fuera la primera de las cartas audaces que pasaron por la pequeña oficina de correos de Haworth. Las vacaciones fueron transcurriendo una mañana tras otra rápidamente sin que llegara la respuesta; las hermanas tuvieron que marcharse de casa, y Emily tuvo que regresar a sus desagradables obligaciones, sin saber siquiera si la carta de Charlotte había llegado a su destino.

Branwell no se desanimó por la demora y decidió probar una aventura similar; envió esta carta sorprendente a Wordsworth. El poeta se la dio al señor Quillinan en 1850, cuando el apellido Brontë se hizo famoso. No tengo medio de averiguar cuál fue la respuesta del señor Wordsworth; pero creo que podría deducirse que la carta le pareció excepcional por el hecho de que la conservara y la recordara cuando se hizo público el verdadero nombre de Currer Bell.

*Haworth, cerca de Bradford,
Yorkshire, 19 de enero de 1837*

Señor: Le ruego encarecidamente que lea y emita su juicio sobre lo que le envío, porque desde el día de mi nacimiento hasta este decimonoveno año de mi existencia mi vida ha transcurrido entre montañas aisladas, donde no podía saber ni qué era ni qué podía hacer. Leía por la misma razón por la que comía y bebía, porque era un apetito natural. Y escribía partiendo de la misma base que para hablar: por el impulso y los sentimientos de la mente; no podía evitarlo, pues lo que llegaba salía y ése era el final. En cuanto al amor propio, no podía alimentarse de halagos, pues hasta este momento ni siquiera media docena de personas saben que yo haya escrito jamás una línea.

Pero ahora se ha producido un cambio, señor, y he llegado a una edad en la que he de hacer algo por mí mismo: tengo que ejercitar los talentos que poseo con un propósito concreto, y, puesto que yo mismo los desconozco, tengo que preguntar a otros por su mérito. Y aquí no hay nadie que me lo diga; y si no valieran nada, el tiempo en adelante será demasiado valioso para desperdiciarlo.

Disculpe mi atrevimiento, señor, por presentarme a alguien cuyas obras estimo más de nuestra literatura y quien más me ha acompañado como divinidad del pensamiento, enviándole uno de mis escritos y pidiéndole una opinión sobre su contenido. He de buscar el juicio de alguien cuya sentencia no admita apelación; y alguien así es quien ha desarrollado la teoría poética tanto

como su práctica y ambas de forma que merece un lugar en la memoria de mil años futuros.

Es mi propósito, señor, abrirme paso en el ancho mundo, y para ello no confío solamente en la poesía, que podría echar la barca al agua pero no mantenerla a flote; la prosa razonable y científica, obras vigorosas y audaces en mi andar por la vida darían más derecho a la atención del mundo; y entonces podría la poesía de nuevo iluminar y coronar ese nombre con gloria; pero nada de todo eso puede iniciarse nunca sin medios y, como yo no los poseo, he de esforzarme por conseguirlos de todas formas. Sin duda en estos tiempos, en que no hay un poeta en activo que valga la pena, ha de estar el campo abierto, si un hombre mejor da un paso adelante.

Lo que le envío es la escena introductoria de un tema mucho más extenso, en el que me he esforzado por desarrollar pasiones vigorosas y principios débiles que luchan con una elevada imaginación y sentimientos profundos hasta que, cuando el joven se endurece con la edad, las malas obras y los placeres breves acaban en sufrimiento anímico y ruina física. Pero enviárselo todo a usted sería abusar de su paciencia; lo que ve, ni siquiera pretende ser más que la descripción de un niño muy imaginativo. Pero léalo, señor; y como iluminaría usted a alguien que se halla en la absoluta oscuridad, ya que valora su propia bondad, envíeme una respuesta, aunque sea una sola palabra, diciéndome si debo seguir escribiendo o no escribir más. Perdone el excesivo entusiasmo, pues mis sentimientos en esta materia no pueden ser fríos; y considéreme, señor, con profundo respeto.

Su más humilde servidor,

P. B. BRONTË

La poesía que adjuntaba no me parece en modo alguno equiparable a la carta; pero como a todos nos gusta juzgar por nosotros mismos, copio las primeras seis estrofas, aproximadamente un tercio del total y desde luego no lo peor.

Así que donde él reina con gloria y esplendor
sobre el cielo nocturno de estrellas tachonado,
en su paraíso de luz,

¿por qué no puedo ir yo?

A veces, despierto en Navidad,
y permanezco insomne en la penumbra,
pensando con tristeza
cómo murió Él por mí.

Y a veces veo en sueños
a mi Salvador crucificado
en el leño maldito
y despierto llorando.

Y mi madre me ha dicho muchas veces,
mientras yo apoyaba la cabeza en su regazo,
que no haya nacido para el tiempo se temía
sino para la eternidad.

Así que «Puedo leer el título glorioso

*que me otorga mansiones celestiales,
y secarme de lágrimas los ojos
y olvidarme del miedo».*

*Me tenderé en la marmórea losa
a contemplar en su trono de ébano
la Luna esplendorosa
y olvidaré el mundo por lo eterno.*

Poco después de regresar a Dewsbury Moor, Charlotte recibió consternada la noticia de que su amiga E. seguramente se ausentaría de la región por mucho tiempo.

20 de febrero

¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Cuánto tiempo vamos a estar separadas? ¿Por qué tenemos que negarnos la mutua compañía? Es una fatalidad inescrutable. Anhele estar contigo, porque me parece que unos días o semanas pasados en tu compañía intensificarían inmensamente el placer de los sentimientos que he empezado a abrigar hace tan poco. Tú me indicaste primero la forma en que me esfuerzo sin energía en viajar y ahora no puedo retenerte a mi lado, he de seguir tristemente sola. ¿Por qué tenemos que separarnos? Sin duda porque corremos peligro de amarnos demasiado o de perder de vista al Creador idolatrando a la criatura. Al principio no podía decir «¡Hágase Tu voluntad!». Me sentía rebelde, aunque sabía que estaba mal. Esta mañana me quedé un momento sola y recé con fervor para resignarme a todos los decretos de la voluntad de Dios, aunque sean impuestos por una mano mucho más severa que esta decepción. Desde entonces me siento más tranquila y más humilde, y por lo tanto más feliz. El domingo pasado me sentía muy pesimista y abrí la Biblia y empecé a leer; y me invadió un sentimiento que hace muchos años que no sentía, una sensación plácida y dulce, como las que recuerdo que me embargaban de pequeña los domingos de verano por la tarde cuando me sentaba junto a la ventana abierta a leer la vida de cierto noble francés que alcanzó el grado de santidad más elevado y puro que se haya conocido desde los tiempos de los primeros mártires.

La residencia de E. quedaba a la misma distancia a pie de Dewsbury Moor que de Roe Head; y los sábados por la tarde Mary y ella solían visitar a Charlotte y a veces intentaban convencerla de que las acompañara y se quedara en casa de una de las dos hasta el lunes por la mañana. Pero casi nunca aceptaba. Mary dice:

Nos visitó dos o tres veces cuando estaba en el colegio de la señorita Wooler. Hablábamos de política y de religión. Ella, que era tory e hija de clérigo, siempre estaba en minoría absoluta en nuestra casa de disidencia y radicalismo violentos. Solía escuchar una y otra vez, expuestas con autoridad, todas las pláticas que yo le había dado en el colegio sobre la aristocracia despótica, el sacerdocio mercenario, etc. No tenía energía para defenderse; a veces reconocía que había cierta verdad en ello, pero en general no decía nada. Su débil salud le daba aquella actitud complaciente suya, pues no podía oponerse nunca a nadie sin hacer acopio de toda su fuerza para

la lucha. Así que me permitía aconsejarla y ser condescendiente de forma imperiosa, escogiendo a veces el menor gramo de sentido que pudiera haber en lo que le decía, pero sin permitir nunca que nadie se inmiscuyera materialmente en su forma de obrar y de pensar independiente. Aunque su silencio podía inducirte a creer a veces que estaba de acuerdo cuando no era así, nunca daba una opinión aduladora, por lo que sus palabras eran valiosísimas, ya fueran de elogio o de crítica.

El padre de Mary era un hombre de inteligencia notable, pero también de prejuicios firmes, por no decir violentos, todos a favor de la república y la disensión. Ningún condado más que el de York podía haber dado un hombre así. Su hermano había sido *détenu* en Francia y después había fijado su residencia allí voluntariamente. El propio señor T. había pasado mucho tiempo en el extranjero, por negocios y para ver las grandes galerías de arte del continente. Hablaba francés a la perfección, según me han dicho, cuando era necesario; pero normalmente le encantaba hablar el inglés más cerrado de York. Compraba espléndidos grabados de las pinturas que más admiraba y tenía la casa llena de obras de arte y de libros; pero le gustaba mostrar su aspecto más tosco a cualquier forastero o recién llegado; hablaba con marcado acento, manifestando con franqueza sus opiniones sobre la iglesia y el estado en sus formas más sorprendentes, y si encontraba un oyente que aguantara el impacto demostraba involuntariamente su delicadeza, su verdadero gusto y su auténtico refinamiento. Había educado a sus cuatro hijos y a sus dos hijas en los principios republicanos; había fomentado en ellos la independencia de pensamiento y de obra; no soportaban los fingimientos. Se han dispersado; Martha, la hija menor, descansa en el cementerio protestante de Bruselas. Mary está en Nueva Zelanda; el señor T. ha muerto. Y así la vida y la muerte han dispersado el círculo de «radicales y disidentes violentos» en que hace veinte años recibieron a la pequeña, tranquila y resuelta hija del clérigo y la estimaron y la respetaron sinceramente.

Enero y febrero de 1837 pasaron sin que llegara la respuesta de Southey. Es probable que Charlotte hubiera perdido el interés y casi la esperanza de que llegara cuando finalmente a principios de marzo recibió la carta que figura en la vida de su padre del señor C. C. Southey, vol. VI, p. 327.⁵⁴

Tras explicar la demora en responderle a causa de una larga ausencia de casa durante la que su correspondencia se había acumulado, de ahí que «fuera la última de una larga lista sin contestar, no por falta de consideración o indiferencia a su contenido, sino porque en realidad no es tarea fácil contestarla ni agradable sofocar el entusiasmo y los generosos deseos de los jóvenes», añade: «Lo que es sólo puedo deducirlo de su carta, que parece escrita con sinceridad, aunque sospecho que ha empleado una firma falsa. Sea como fuere, la carta y los versos llevan el mismo sello y entiendo perfectamente el estado de ánimo que expresan».

No es consejo lo que me pide en cuanto a la orientación de sus talentos, sino mi opinión sobre los mismos, y, sin embargo, la opinión puede valer muy poco y el consejo mucho. Es evidente que posee, y en grado nada despreciable, lo que Wordsworth llama «facilidad del verso». Y no la menosprecio si digo que no es rara en estos tiempos. Se publican ahora muchos libros de poemas al año que no atraen la atención del público, cualquiera de los cuales habría proporcionado a su autor gran fama si hubiera aparecido hace medio siglo. Por lo cual, quien aspire a conseguir honores en ese camino deberá prepararse para la decepción.

Pero no debe cultivar este talento esperando distinción si estima la propia felicidad. Yo, que he hecho de la literatura mi profesión, que he dedicado a ella mi vida y que no me he arrepentido de esta decisión deliberada ni un solo momento, considero mi obligación, no obstante, advertir a todos los jóvenes que acuden a mí en busca de consejo y aliento que no tomen un camino tan peligroso. Me dirá que una mujer no necesita esa advertencia; no puede haber en ello peligro para ella: y es verdad en cierto sentido; pero existe un peligro del que quiero advertirla con toda amabilidad y sinceridad. Las ensoñaciones en que se complace habitualmente pueden provocar un estado de ánimo destemplado. Y a medida que las ocupaciones corrientes del mundo le parezcan vanas e infructuosas, se verá incapacitada para ellas sin estar capacitada para nada más. Una mujer no puede ni debe hacer de la literatura la razón de su vida. Cuanto más se consagra a sus propios deberes, menos tiempo tendrá para ella, sea como objetivo o esparcimiento. A esos deberes aún no ha sido llamada, y cuando lo sea tendrá menos ansia de celebridad. No buscará la emoción en la imaginación, pues ya traerán demasiada las vicisitudes de esta vida y las angustias de las que no ha de esperar quedar exenta, sea cual fuere su estado.

Pero no crea que menosprecio el don que posee, ni que intento convencerla de que no lo ejercite. Solamente la exhorto a que piense en él y lo emplee para su propio bien permanente. Escriba poesía por el placer de hacerlo; sin ánimo de emulación y sin pensar en hacerse famosa; cuanto menos lo busque más probable es que lo merezca y que finalmente lo consiga. Cuando se escribe poesía así, es saludable para el corazón y para el alma; después de la religión, puede ser el medio más seguro de serenar la mente y elevarla. Podrá plasmar en ella sus pensamientos más sublimes y sus sentimientos más profundos, y disciplinarlos y fortalecerlos haciéndolo así.

Adiós, señora. No le escribo en este tono porque haya olvidado que también fui joven una vez; sino porque lo recuerdo. No dude de mi sinceridad ni de mi buena intención; y por muy en desacuerdo que cuanto he dicho pueda estar con sus ideas y su talante actual, cuanto más tiempo viva más razonable le parecerá. Aunque no sea más que un consejero descortés, permítame considerarme su verdadero amigo con mis mejores deseos de dicha ahora y en adelante.

ROBERT SOUTHEY

Yo estaba con la señorita Brontë cuando recibió una carta del señor Cuthbert Southey, en la que le pedía permiso para incluir la carta anterior en la vida de su padre. Ella me dijo: «La carta del señor Southey era cordial y admirable; un poco estricta, pero me hizo bien».

Me he tomado la libertad de incluir los anteriores extractos de la misma precisamente porque creo que es admirable, y también porque sirve para poner de manifiesto su carácter, como se ve en la siguiente respuesta.

16 de marzo

Señor:

No descansaré hasta que haya contestado a su carta, aunque dirigiéndome a usted por segunda vez parezca un poco impertinente; pero tengo que agradecerle el amable y sabio consejo que ha tenido a bien darme. No me había atrevido a esperar semejante respuesta, tan considerada en el tono y de tan noble espíritu. Tengo que reprimir lo que siento o me creará tontamente

entusiasmada.

A la primera lectura de su carta sentí sólo vergüenza y lamenté haberle molestado con mi burda rapsodia. Sentí un gran bochorno al pensar en las manos de papel que había llenado con lo que tanto gozo me había producido y que ahora sólo era causa de confusión; pero después de pensarlo un poco y leer de nuevo la carta, la perspectiva pareció aclararse. No me prohíbe usted que escriba; no me dice que lo que escribo carece de valor por completo. Sólo me advierte que es insensato descuidar los verdaderos deberes por placeres fantásticos; que lo es escribir por amor a la fama; por la emoción egoísta de la emulación. Me permite amablemente escribir poesía por el puro placer de hacerlo siempre que no deje sin hacer algo que tenga que hacer para entregarme a ese único placer absorbente e infinito. Me temo que crea que soy estúpida, señor. Sé que la primera carta que le escribí era absurda y sin sentido del principio al fin; pero no soy en absoluto la criatura ociosa y soñadora que pudiera parecer. Mi padre es clérigo y dispone de ingresos limitados aunque suficientes; y yo soy la mayor de sus hijos. Él ha gastado en mi educación cuanto podía permitirse sin dejar de ser justo con los demás. Por ello consideré un deber ser profesora al salir del colegio. Y como tal, tengo en qué ocupar mis pensamientos durante todo el día, y también la cabeza y las manos, sin disponer de un momento para un sueño de la imaginación. Por las noches, lo confieso, pienso, pero nunca molesto a nadie con mis pensamientos. Evito con cuidado cualquier apariencia de preocupación y excentricidad que pudiera hacer sospechar la naturaleza de mis indagaciones a aquellos con quienes vivo. Siguiendo el consejo de mi padre, que me ha guiado desde pequeña con el mismo tono afable y sabio de su carta, no sólo he procurado cumplir todos los deberes que ha de realizar una mujer, sino sentirme profundamente interesada por ellos. No siempre lo consigo, porque a veces cuando estoy enseñando o cosiendo preferiría estar leyendo o escribiendo; pero intento sacrificarme; y la aprobación de mi padre me compensa por la privación. Permítame expresarle una vez más mi sincero agradecimiento. Confío en no volver a aspirar a ver mi nombre impreso; si sintiera ese deseo, pensaré en la carta de Southey y lo reprimiré. Ya es honor suficiente que le haya escrito y me haya contestado. Esa carta es sagrada; no la verá nunca nadie más que papá y mi hermano y mis hermanas. Gracias de nuevo. Creo que este incidente no se repetirá. Cuando sea vieja, si es que vivo hasta entonces, lo recordaré dentro de treinta años como un sueño luminoso. La firma que creyó usted falsa es mi verdadero nombre. Así que una vez más he de firmar.

C. BRONTË

P.D.: Le ruego, señor, me excuse por escribirle otra vez; no he podido evitarlo, en parte para expresarle todo mi agradecimiento por su amabilidad, y en parte para hacerle saber que su consejo no será inútil; por muy afligida y reacia que lo siga al principio.

C. B.

No puedo privarme de la satisfacción de incluir la respuesta de Southey:

Keswick, 22 de marzo de 1837

Estimada señora:

Su carta me ha proporcionado un gran placer y no me perdonaría si no se lo dijera. Ha recibido la amonestación con la misma consideración y bondad con que se la hice. Permítame pedirle ahora que me visite si viene alguna vez por los lagos cuando yo esté aquí. Me considerará entonces con la mejor voluntad porque advertirá que no existe severidad ni retraimiento en el estado de ánimo a que me han llevado los años y la observación.

La clemencia divina nos permite alcanzar un grado de autonomía esencial para la propia felicidad y que contribuye en buena medida a la de quienes nos rodean. Cuídese de la excitación excesiva y procure mantener la serenidad (incluso para la salud es el mejor consejo que puede darse): su perfeccionamiento moral y espiritual correrá así parejo con el cultivo de sus dotes intelectuales.

Bien, señora, ¡que Dios la bendiga!

Adiós, y considéreme su sincero amigo,

ROBERT SOUTHEY

Charlotte me habló también de esta segunda carta y me dijo que el poeta la invitaba en ella a ir a verle si alguna vez visitaba la región de los lagos. «Pero no había dinero para ello —me comentó—, ni posibilidad alguna de ganar alguna vez lo suficiente para permitirme tan gran placer, así que renuncié a pensar en ello.» Cuando ambas conversamos sobre el tema estábamos en los lagos. Pero Southey ya había muerto.

La «estricta» carta de Southey hizo que Charlotte abandonara por un tiempo toda idea de aventura literaria. Concentró todas sus energías en el cumplimiento de sus obligaciones inmediatas; pero su trabajo no era alimento suficiente para su gran vigor intelectual, que clamaba continuamente, mientras el ambiente monótono y relativamente estancado de Dewsbury Moor influía cada vez más en su salud y en su estado de ánimo. El 27 de agosto de 1837 escribe:

Estoy otra vez en Dewsbury, dedicada al trabajo de siempre: enseñar, enseñar, enseñar. ¿Cuándo volverás a casa? ¡Hazlo pronto! Llevas en Bath tiempo de sobra a todos los efectos; a estas alturas ya has adquirido lustre suficiente, estoy segura; si la capa de barniz es demasiado gruesa me temo que la buena madera de debajo quedará oculta del todo y tus amigos de Yorkshire no lo soportarán. Ven, ven. Me estoy hartando realmente de tu ausencia. Los sábados se suceden uno a otro y no puedo tener esperanza de oír tu llamada a la puerta y que me avisen luego «Ha llegado la señorita E.». ¡Ay, cariño! En esta monótona vida mía, eso era un acontecimiento muy grato. Ojalá ocurriera de nuevo. Pero harán falta dos o tres entrevistas para que desaparezca la frialdad (el distanciamiento de esta larga separación).

Por la misma época olvidó devolver un costurero que había tomado prestado, por un mensajero, y al subsanar el error dice: «Estas aberraciones de la memoria son avisos claros de que he pasado la flor de la vida». ¡A los veintiún años! Y el mismo tono de desaliento respira su carta siguiente:

Ojalá pudiera ir a verte antes de Navidad, pero es imposible; tendrán que pasar otras tres

semanas antes de que pueda tener de nuevo mi consuelo junto a mí, bajo el techo de mi amado y tranquilo hogar. Si pudiera vivir siempre contigo y leer la Biblia contigo a diario, si tus labios y los míos pudieran beber al mismo tiempo la misma pócima del mismo manantial puro de misericordia, supongo, creo, que algún día podría estar mejor, mucho mejor de lo que me permiten estar ahora mis pensamientos malos y divagatorios, mi corazón corrupto, indiferente al espíritu y afecto a la carne. A veces imagino la placentera vida que podríamos llevar juntas, fortaleciéndonos la una a la otra en la fuerza de la abnegación, esa devoción sagrada y encomiable que los primeros santos de Dios alcanzaban a veces. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando comparo el gozo de ese estado iluminado por las esperanzas del futuro, con el estado melancólico en que vivo ahora, sin saber si he sentido alguna vez verdadera contrición, vagando y divagando de pensamiento y de obra, anhelando la santidad que nunca jamás alcanzaré, atormentada a veces por la convicción de que las horribles doctrinas calvinistas son ciertas, ensombrecida, en suma, por las mismas sombras de la muerte espiritual. Si la perfección cristiana es necesaria para salvarse, yo nunca me salvaré; mi corazón es un semillero de pensamientos pecaminosos, y, cuando decido actuar, pocas veces recuerdo acudir a mi Redentor como guía. No sé cómo rezar; no puedo consagrar mi vida al grandioso objetivo de hacer el bien; sigo buscando siempre el propio placer, la satisfacción de mis deseos. He olvidado a Dios ¿y no me olvidará Dios a mí? Y mientras tanto conozco la grandeza de Jehová; reconozco la perfección de su palabra; venero la pureza de la fe cristiana; mi teoría es correcta, mi práctica pésima.

Llegaron las vacaciones de Navidad y Charlotte y Anne regresaron a la rectoría y al feliz círculo familiar en que se expandía su naturaleza; con la gente en general se retraían más o menos. En realidad, sólo había una o dos personas que podían tratar a las hermanas sin que se produjera el mismo resultado. Emily y Anne estaban tan unidas como gemelas en su vida y en sus intereses. Evitaban las amistades y las relaciones íntimas; la primera por reserva y la segunda por timidez. Emily era inmune a la influencia de los demás; nunca tenía contacto con la opinión pública y su decisión personal sobre lo que era correcto y adecuado era ley para su conducta y apariencia y no permitía que nadie se inmiscuyera. Dedicaba todo su afecto a Anne, como Charlotte a ella. Pero el afecto entre las tres era más fuerte que la vida y la muerte.

Charlotte daba la bienvenida con entusiasmo a su amiga E. siempre que podía visitarlas. Emily la aceptaba de buen grado y Anne la recibía con amabilidad; les había prometido ir a Haworth aquellas Navidades; pero tuvo que demorar la visita por un pequeño accidente doméstico que se detalla en la carta siguiente:

29 de diciembre de 1837

Estoy segura de que pensarás que soy muy negligente por no haberte enviado la carta prometida mucho antes. Pero tengo una excusa muy triste, que es un accidente que le ocurrió a nuestra fiel Tabby a los pocos días de mi regreso. Fue al pueblo a hacer un recado y cuando bajaba la calle empinada resbaló en el hielo y se cayó; era de noche y nadie advirtió su infortunio hasta que pasó alguien y oyó sus gemidos. La levantaron y la llevaron a la botica próxima; la

examinaron y descubrieron que tenía completamente astillada y dislocada una pierna. Por desgracia, no pudieron enyesarle la fractura hasta el día siguiente por la mañana, porque hasta entonces no llegó el médico, y ahora está echada en casa en estado muy incierto y grave. Como comprenderás, estamos todos consternados por la situación, porque es como de la familia. Llevamos prácticamente sin ayuda desde el incidente, ha venido una persona alguna que otra vez a hacer las labores más pesadas, pero todavía no hemos encontrado una sirvienta fija; así que todo el trabajo de la casa más la tarea de cuidar a Tabby recae en nosotras. En estas circunstancias no me atrevo a insistir en que vengas, por lo menos no hasta que Tabby esté fuera de peligro; sería demasiado egoísta por mi parte. Mi tía quería que te lo comunicara antes, pero papá y los demás insistieron en que debía esperar hasta que viéramos si las cosas se aclaraban un poco, y yo lo he ido dejando de un día para otro, resistiéndome amargamente a renunciar a todo el placer que había esperado tanto tiempo. Pero recordando lo que me dijiste, es decir, que tú habías encomendado el asunto a una voluntad superior a la nuestra y que estabas dispuesta a aceptarla sin vacilar fuera la que fuera, consideré mi deber hacerlo también y guardar silencio; quizá sea lo mejor. Me temo que si hubieras estado aquí durante este tiempo tan inclemente tu visita no te habría servido de nada, porque los páramos están cubiertos de nieve y no habrías podido salir nunca. Después de esta decepción, no me atreveré nunca a contar con certeza en el gozo de un placer de nuevo. Parece que alguna fatalidad se alzara entre ambas. No soy bastante buena para ti y tú tienes que evitar la contaminación de la compañía demasiado íntima. A pesar de todo, te pediría que vinieras, rogaría e insistiría, pero pienso que si Tabby muriera estando tú en la casa nunca me lo perdonaría. ¡No!, no puede ser. Y el saberlo me mortifica y me decepciona profundamente de mil formas distintas. Y no soy yo la única decepcionada. Todos en la casa esperaban tu visita con impaciencia. Papá dice que le parece muy bien mi amistad contigo y que desea que la conserve toda la vida.

Una buena vecina de los Brontë (una mujer lista e inteligente de Yorkshire que regenta una botica en Haworth, y que por su trabajo, experiencia y juicio excelente ostenta la posición de doctora y enfermera del pueblo y, como tal, ha sido amiga en muchos momentos de prueba y enfermedad y muerte de las familias, me ha contado un pequeño incidente característico relacionado con la pierna fracturada de Tabby. El señor Brontë es muy generoso y considerado con todas las peticiones que lo merecen. Tabby llevaba viviendo con ellos diez o doce años y era como de la familia según decía Charlotte. Pero, por otro lado, era muy mayor para desempeñar cualquier servicio muy activo, porque cuando sufrió el accidente estaba ya más cerca de los setenta años que de los sesenta. Tenía una hermana que vivía en Haworth; y disponía de lo suficiente para vivir con los ahorros que había acumulado durante muchos años de trabajo. Y si en esta época de enfermedad le hubieran faltado algunas de las comodidades que exigía su estado, la rectoría podría proporcionárselas. Esto pensaba la señorita Branwell, la tía prudente, por no decir preocupada, considerando los limitados fondos del señor Brontë y la falta de medios para asegurar el futuro de sus sobrinas; que estaban, además, perdiendo el esparcimiento de las vacaciones para cuidar a Tabby.

La señorita Branwell expuso su opinión al señor Brontë en cuanto pasó el peligro de muerte de

la anciana sirvienta. Al principio, él se negó a escuchar su sensato consejo; repugnaba a su carácter liberal. Pero la señorita Branwell no cejó; alegó los motivos económicos; insistió en su amor por sus hijas. Él cedió al fin. Decidieron que Tabby se trasladara a casa de su hermana, donde la cuidarían, y que el señor Brontë acudiría en su ayuda cuando sus propios recursos no llegaran. Comunicaron la decisión a las jóvenes. Hubo indicios de una rebelión silenciosa pero inquebrantable aquella tarde de invierno en el pequeño recinto de la vicaría de Haworth. Manifestaron su protesta de forma unánime y firme. Tabby las había cuidado durante su infancia; y eran ellas y sólo ellas quienes tenían que cuidarla a ella ahora que estaba enferma y era vieja. A la hora de la cena estaban tristes y calladas y ninguna de las tres probó bocado. Lo mismo pasó en el desayuno; no gastaron saliva intentando convencer a su padre y a su tía; cada palabra que pronunciaron fue contundente. «Hicieron huelga» de hambre hasta que se revocó la resolución y se permitió que Tabby se quedara en la rectoría a su cuidado. Esto demuestra el firme convencimiento de que primero es la obligación que la devoción, esencial en el carácter de Charlotte; pues ya hemos visto lo mucho que deseaba la compañía de su amiga; pero para verla entonces habría tenido que rehuir lo que consideraba su deber, y eso no lo hizo nunca, fuera cual fuere el sacrificio.

Charlotte tenía otra preocupación aquellas Navidades. Ya he dicho que Dewsbury Moor quedaba en una zona baja y húmeda y que el aire no le sentaba bien, aunque ella misma no se daba cuenta de lo mucho que estaba afectando a su salud el vivir allí. Pero Anne había empezado a resentirse poco antes de las vacaciones, y Charlotte velaba por sus hermanas más pequeñas con la celosa vigilancia de una criatura salvaje, que cambia su propio carácter si algún peligro amenaza a su prole. Anne había tenido un catarro ligero, con dolor de costado y dificultad para respirar. La señorita Wooler no le dio más importancia que a un resfriado corriente; pero Charlotte sentía cada síntoma de consunción incipiente como una puñalada en el corazón, recordando a Maria y a Elizabeth, que habían estado entre ellos y no volverían.

Preocupada por su hermana pequeña, Charlotte reconvino a la señorita Wooler su supuesta indiferencia por el estado de salud de Anne. La señorita Wooler sintió profundamente estos reproches y escribió al señor Brontë, que envió inmediatamente a buscar a sus hijas, que salieron de Dewsbury al día siguiente. Mientras tanto, Charlotte había decidido que Anne no debía volver a ningún internado ni ella a dar clases. Pero poco antes de irse, la señorita Wooler buscó la oportunidad de una explicación entre ellas y el incidente demostró que las riñas entre buenos amigos renuevan el amor. Y así acabó la primera, última y única diferencia que tuvo Charlotte en toda la vida con la bondadosa y amable señorita Wooler.

De todos modos, se había asustado mucho al advertir la fragilidad de Anne y veló por ella todo el invierno con anhelo y tierna inquietud, tan llena de súbitas punzadas de miedo.

La señorita Wooler le había rogado que volviera después de las vacaciones y ella había aceptado. Pero independientemente de esto, Emily había dejado su puesto en Halifax al terminar los seis meses de dura prueba, debido a su salud, que sólo podían restablecer el aire tonificante y la vida libre del hogar. La enfermedad de Tabby había mermado los recursos familiares. No creo que Branwell se ganara la vida en esa época. Por alguna razón desconocida había renunciado a la idea de estudiar pintura en la Real Academia y sus perspectivas vitales eran inciertas y estaban por

determinar. Así que Charlotte tuvo que aceptar de nuevo discretamente la carga de enseñar y volver a la misma vida monótona de antes.

¡Valerosa y dispuesta a morir al pie del cañón! Volvió al trabajo, sin quejarse, con la esperanza de dominar la debilidad que la consumía. Por esta época, se ponía pálida y temblaba al menor ruido súbito y a duras penas podía contener los gritos cuando se sobresaltaba. Esto demostraba un preocupante grado de debilidad física en una persona por lo demás bastante serena. Y el médico a quien consultó finalmente a instancias de la señorita Wooler insistió en que regresara a casa. Le dijo que había llevado una vida demasiado sedentaria; y que para salvar la razón y la vida necesitaba el saludable aire del verano que se respiraba en su hogar, la tierna compañía de los seres queridos, la tranquilidad y la libertad de la vida en su propia familia. Así que como Alguien superior a ella había decidido que podía relajar la tensión durante un tiempo, regresó a Haworth; y después de una temporada de tranquilidad absoluta, su padre le proporcionó la alegre compañía de sus dos amigas Mary y Martha T. Creo que al final de la siguiente carta podemos ver claramente la escena de un grupo de jóvenes alegres; y como todas las descripciones epistolares de acción, a diferencia de las de pensamientos o sentimientos, nos entristece en relación con la viveza de la imagen de lo que existió y ha desaparecido para siempre.

Haworth, 9 de junio de 1838

Recibí tu paquete el miércoles; me lo trajeron Mary y Martha, que han pasado unos días en Haworth; se marchan hoy. Te sorprenderá la fecha de esta carta. Tenía que estar en Dewsbury Moor, claro, pero me quedé todo el tiempo que pude y al final ni podía ni me atrevía a seguir allí. La salud y los ánimos me fallaron totalmente y el médico a quien consulté me aconsejó que si apreciaba mi vida me fuera a casa. Así que lo hice y el cambio me ha reanimado y tranquilizado en seguida; creo que ahora estoy realmente en vías de ser yo misma otra vez.

Una mente serena y equilibrada como la tuya no puede concebir los sentimientos de la infeliz destrozada que te está escribiendo ahora, cuando empieza a alborear de nuevo algo así como la paz, tras semanas de angustia física y mental indescriptible. Mary no está nada bien. Respira con dificultad, tiene dolor de pecho y frecuentes accesos de fiebre. No sabes cuánto me hacen sufrir esos síntomas; me recuerdan demasiado a mis dos hermanas, a quienes no pudo salvar ningún remedio. Martha está muy bien ahora. Su buen humor no ha cesado durante toda su estancia, por lo que ha sido encantadora [...] Están armando tal alboroto a mi alrededor que no puedo seguir escribiendo. Mary está tocando el piano; Martha parlotea todo lo rápidamente que su lengüecilla le permite; y Branwell está sentado delante de ella riéndose de su animación.

Charlotte mejoró mucho durante esta temporada feliz y tranquila en casa. Hizo algunas visitas a sus dos mejores amigas y ellas a su vez fueron a Haworth. Creo que en casa de una de ellas conoció a la persona a quien alude en la siguiente carta; alguien que guarda cierto parecido con el personaje de Saint John de la segunda parte de *Jane Eyre*, y que también era clérigo.

12 de marzo de 1839

[...] Sentía cierta simpatía por él, porque es un hombre amable y bienintencionado. Pero no sentía ni podía sentir ese cariño que me haría estar dispuesta a morir por él; y si alguna vez me casara tendría que ver a mi marido con esa luz de la adoración. Diez a uno a que no tendré otra oportunidad; pero n'importe. Además, estaba segura de que me conoce tan poco que no podía saber a quién escribía. ¡Bueno! Le sorprendería ver mi carácter doméstico natural; me consideraría realmente extravagante y romántica. Yo no podría pasarme todo el día sentada delante de mi marido poniendo cara seria. Me reiría, satirizaría y diría lo primero que me pasara por la cabeza. Y si él fuera un hombre inteligente y me amara, el mundo entero colocado en la balanza sería ligero como el aire comparado con su menor deseo.

Así que rechazó la primera propuesta de matrimonio y la olvidó. El matrimonio no entraba en sus esquemas vitales, pero sí el trabajo concienzudo, responsable y bien hecho; quedaba aún por decidir en qué emplearía sus energías. La habían disuadido de dedicarse a la literatura; la vista le fallaba en el dibujo minucioso que practicaba cuando quería plasmar una idea; la enseñanza le parecía entonces, como en casi todos los tiempos a casi todas las mujeres, el único medio de ganarse la vida y ser independiente. Pero ni a ella ni a sus hermanas les gustaban los niños. Los jeroglíficos de la infancia eran un lenguaje desconocido para ellas, porque nunca habían tratado mucho a gente más joven que ellas mismas. Me siento inclinada a pensar también que carecían de la afortunada habilidad de impartir información, que parece ser un don distinto de la facultad de adquirirla; una suerte de cordialidad que percibe instintivamente las dificultades que impiden la comprensión en la mente de un niño y que sin embargo son aún demasiado vagas e informes, con su capacidad de expresión a medio desarrollar, para formularlas con palabras. Por consiguiente, enseñar a niños muy pequeños era todo menos un «trabajo muy agradable» para las hermanas Brontë. Con las niñas mayores, ya casi adultas, podrían hacerlo mejor, sobre todo si las mismas tenían algún deseo de mejorar. Pero la educación que habían recibido las hijas del clérigo rural no las capacitaba para responsabilizarse de la enseñanza de alumnas avanzadas. Apenas sabían francés y no dominaban la música; dudo que Charlotte supiera tocar. Pero las tres estaban fuertes de nuevo y por lo menos Charlotte y Anne tenían que arrimar el hombro. Una de ellas debía de quedarse en casa con el señor Brontë y la señorita Branwell; hacía falta una persona joven y activa en una familia de cuatro de los que tres (el padre, la tía y la fiel Tabby) pasaban de la madurez. Y Emily, que sufría y flaqueaba más que sus hermanas cuando estaba lejos de Haworth, fue la elegida para quedarse. La primera que encontró empleo fue Anne.

15 de abril de 1839

No pude escribirte la semana que querías porque estábamos ocupadísimas preparando la marcha de Anne. ¡Pobrecita!, se marchó el domingo; no la acompañó nadie; fue su deseo expreso que le permitieran ir sola, porque creía que podría arreglárselas mejor y aunar más valor si contaba únicamente con sus propios recursos. Hemos recibido una carta de ella. Nos explica que está muy contenta y dice que la señora — es amabilísima; sólo están a su cargo los dos niños mayores, los demás permanecen en el cuarto de los niños, con el cual y con sus ocupantes ella no

tiene nada que ver [...] Espero que le vaya bien. Te asombraría lo sensata e ingeniosa que es la carta que nos escribe; sólo me preocupa el aspecto del habla. Aunque creo realmente que la señora — se dará cuenta alguna vez de que tiene un defecto natural. Yo por mi parte estoy todavía «sin colocación», como una criada fuera de lugar. Por cierto que últimamente he descubierto que tengo bastante talento para limpiar, barrer chimeneas, quitar el polvo a las habitaciones, hacer las camas, etc.; así que si todo lo demás falla, puedo dedicarme a eso si alguien me da un buen salario por poco trabajo. No sería cocinera; detesto cocinar. No sería niñera ni doncella y mucho menos señora de compañía, modista, sombrerera o costurera. No seré nada más que criada [...] En cuanto a mi visita a G., todavía no he recibido ninguna invitación; pero si me invitaran, aunque me parecería un gran acto de abnegación rechazar, ya casi he decidido hacerlo, pese a que la compañía de los T. es uno de los mayores placeres que conozco. Adiós, querida E., etc.

P.D. Tacha la palabra «querida»; es una bobada. ¿Qué sentido tienen las declaraciones? Nos conocemos, y nos queremos hace bastante; es suficiente.

Charlotte empezó a trabajar también como institutriz pocas semanas después de escribir esa carta. He procurado por todos los medios no incluir los nombres de personas que aún viven sobre quienes me viera obligada a contar verdades desagradables, ni citar comentarios duros de las cartas de la señorita Brontë; pero es necesario explicar sin ambages los problemas que tuvo que afrontar en las diversas etapas de su vida para poder entender la fuerza «de lo que se aguantó». Una vez hablé con ella de *Agnes Grey* —la novela en que su hermana Anne describe muy literalmente su experiencia como institutriz—, y aludí más concretamente al relato del apedreo de los polluelos delante de los padres. Ella comentó que sólo quien hubiera trabajado de institutriz podría comprender el lado oscuro de la naturaleza humana «respetable»; que, sin soportar ninguna gran tentación para cometer crímenes, sólo se dejan llevar a diario por el egoísmo y el mal humor hasta que su conducta con los subordinados llega a veces a una tiranía de la que uno preferiría ser víctima que verdugo. En semejantes casos sólo cabe confiar en que los señores pequen más de falta de percepción y de comprensión que de una predisposición natural a la crueldad. Entre otras cosas parecidas que recuerdo muy bien, me contó lo que le había ocurrido a ella una vez. Le confiaron el cuidado de un niño pequeño de tres o cuatro años durante la ausencia de sus padres un día de excursión, y le pidieron encarecidamente que no le dejara acercarse a las caballerizas. El hermano mayor del niño, que tenía unos ocho o nueve años, y que no estaba al cargo de la señorita Brontë, convenció al pequeño para que fuera al lugar prohibido. Ella lo siguió e intentó hacerle salir de allí, pero, instigado por su hermano, empezó a tirarle piedras a ella, una de las cuales le dio en la sien tan fuerte que los chicos se asustaron y decidieron obedecer. Al día siguiente, en un cónclave familiar, la madre preguntó a la señorita Brontë qué le había pasado en la frente. Charlotte se limitó a contestar: «Un accidente, señora». No se hicieron más indagaciones. Pero los niños que lo habían presenciado (tanto los hermanos como las hermanas) la respetaron por no «chivarse». A partir de entonces ella empezó a conseguir cierta influencia sobre ellos, según el carácter de cada uno; y a medida que fue ganándose su afecto, aumentó también de forma imperceptible su interés por ellos. Pero un día, mientras los niños comían, el pequeño granuja de las caballerizas dijo efusivamente poniendo su mano en las de ella: «Te quiero, señorita Brontë».

A lo que la madre exclamó delante de todos los niños: «¡Pero qué ocurrencia, cariño, querer a la institutriz!».

Creo que la primera familia con quien trabajó Charlotte era la de un fabricante rico de Yorkshire. Los siguientes extractos de su correspondencia en esa época demostrarán lo penosa y agobiante que le resultaba su nueva forma de vida. El primero es de una carta a Emily, que comienza con una de las tiernas expresiones que se permitía, a pesar de la «bobada». «Cariño mío», «Tesoro mío» son las expresiones con que se dirige a sus amadas hermanas.

8 de junio de 1839

Me he esforzado mucho para estar contenta con mi nuevo empleo. Como ya os dije, el campo, la casa y los jardines son divinos; pero ¡ay de mí!, ¿existe algo como ver tanta belleza a tu alrededor (bosques agradables, senderos blancos, prados verdes) y no tener un momento libre para disfrutarla? Los niños están siempre conmigo. En cuanto a corregirlos, enseguida he comprendido que es totalmente imposible; harán lo que les dé la gana. Una queja a la madre sólo provoca miradas de odio y excusas injustas y parciales para protegerlos. Ya lo he probado una vez y el resultado fue tan notable que no volveré a intentarlo. Os decía en mi última carta que la señora — no me conoce. Ahora empiezo a darme cuenta de que no se propone conocerme; que no le importa nada de mí, aparte de idear cómo puede conseguir que haga la mayor cantidad de trabajo posible; y para conseguirlo me aplasta con montones de costura; metros de batista para hacerle dobladillos, muselina para hacer gorros de dormir y, sobre todo, vestidos de muñecas. Creo que no le agrado en absoluto, porque no puedo evitar ser tímida en un medio tan absolutamente nuevo, rodeada como he estado hasta ahora por caras extrañas que cambian continuamente [...] Creía que me gustaría el bullicio de la compañía de una gran familia; pero ya estoy harta, es un trabajo aburrido mirar y escuchar. Nunca había comprendido tan claramente que una institutriz carece de existencia propia, no se la considera una criatura racional más que en relación con los tediosos deberes que debe cumplir [...] Una de las tardes más agradables que he pasado aquí (en realidad, la única algo agradable) fue cuando el señor — salió a pasear con los niños y me mandó que los siguiera a cierta distancia. Mientras paseaba por sus campos, con su espléndido terranova al lado, realmente parecía lo que debería ser un caballero conservador franco y saludable. Hablaba francamente y sin afectación con la gente que encontraba y aunque consentía a sus hijos y les permitía tomarle el pelo demasiado, no toleraba que injuriaran a otros groseramente.

(ESCRITA EN LÁPIZ A UNA AMIGA)

Julio de 1839

Para conseguir tinta tengo que ir al salón y no quiero hacerlo [...] Te habría escrito hace mucho explicándote los detalles del escenario completamente nuevo al que me he visto arrojada

últimamente si no hubiera estado esperando a diario una carta tuya y extrañándome y lamentando que no me escribieras; porque recordarás que me debes carta. No te molestaré demasiado con mis pesares, de los que me temo que hayas oído una versión exagerada. Si estuvieras cerca, quizá me dejara llevar por el egoísmo y te lo contara todo, desahogara la larga historia de las pruebas y cruces de una institutriz en su primer trabajo. Pero tal como están las cosas, te pediré sólo que imagines las desdichas de una infeliz reservada como yo que se ve de pronto en medio de una familia numerosa (orgullosos como pavos reales y ricos como judíos) en un momento de especial animación, con la casa llena de invitados, todos desconocidos, gente que no había visto en mi vida. En esta situación me encomendaron a una serie de niños turbulentos, malcriados y consentidos a quienes esperaban que entretuviera continuamente además de instruirlos. Pronto descubrí que el desgaste continuo de mi reserva de energía física la había reducido a un estado de absoluto agotamiento; a veces me sentía (y supongo que lo parecía) deprimida. Para mi sorpresa, la señora — me llamó la atención al respecto, de modo tan severo y con un lenguaje tan duro que casi no podía creerlo; me eché a llorar amargamente como una tonta. No pude evitarlo; los ánimos me fallaron completamente al principio. Creía haber hecho todo lo posible, había tensado todos los nervios para complacerla; y para que luego me tratara de ese modo sólo porque era tímida y me sentía triste a veces. Al principio pensé dejarlo todo y marcharme a casa. Pero después de pensarlo un poco decidí hacer acopio de toda mi energía y capear la tormenta. Me dije a mí misma: «Nunca he abandonado un sitio sin haber ganado un amigo, la adversidad es una buena escuela; los pobres nacen para trabajar y los subordinados para aguantar». Decidí ser paciente, dominar mis sentimientos y aceptar lo que fuera; la ordalía, reflexioné, no duraría muchas semanas y confiaba en que me beneficiara. Recordé la fábula del sauce y el roble; me incliné tranquilamente y creo que la tormenta está pasando. La señora — es considerada en general una mujer agradable; y no dudo que lo sea en sociedad. Goza de excelente salud y tiene mucha vitalidad, por lo que se muestra siempre jovial en compañía de otros; pero, ¡ay!, ¿compensa eso la falta absoluta de buenos sentimientos, de delicadeza y de sensibilidad? Ahora es un poco más amable conmigo que al principio, y los niños son un poco más dóciles; pero ella no conoce mi carácter ni desea conocerlo. No he tenido una conversación de cinco minutos con ella desde que llegué, aparte de cuando me estuvo riñendo. No tengo el menor deseo de que me compadezca nadie más que tú. Si estuviera hablando contigo te contaría mucho más.

(A EMILY, LA MISMA FECHA APROXIMADAMENTE)

Tesoro mío: Tu carta me alegró lo indecible; es un verdadero placer recibir noticias de casa; algo que guardo hasta la hora de acostarme, en que tengo un momento de calma y reposo para disfrutarlo plenamente. Escíbeme siempre que puedas. Me gustaría estar ahí. Me gustaría trabajar en una fábrica. Me gustaría sentir un poco de libertad mental. Me gustaría que desapareciera este confinamiento opresivo. Pero llegarán las vacaciones. Coraggio.

Su compromiso temporal con aquella familia antipática terminó en julio del mismo año; pero no sin que antes su salud se resintiera por la constante tensión anímica y física; y cuando su fragilidad se manifestó con palpitaciones y dificultad para respirar, se tomó por afectación, una

fase de una indisposición imaginaria que desaparecería con una buena reprimenda. Ella no se había educado en una escuela de egoísmo sensiblero, sino más bien en una de resistencia espartana y podía soportar mucho sufrimiento y renunciar a muchas esperanzas en silencio.

Llevaba una semana en casa cuando su amiga le propuso que la acompañara a una breve excursión, cuyo único objetivo era el placer. Acogió la idea con entusiasmo al principio; pero luego su ilusión se paralizó, decayó y ya casi había desaparecido cuando se hizo realidad tras muchas demoras. Y en su cumplimiento al fin fue una buena muestra de tantos proyectos de su breve carrera que la entusiasmaron hasta que se imponía la cruda realidad.

26 de julio de 1839

Tu propuesta me tiene casi completamente chiflada (si no conoces esa expresión elegante, pregúntame lo que significa cuando nos veamos). El caso es que me encantaría hacer un viaje contigo a donde fuera (a Cleathorpe o a Canadá). Sería un placer; pero no puedo disponer de más de una semana, y me temo que eso no te vaya bien; ¿tengo que renunciar definitivamente? Creo que no podría; nunca había tenido una oportunidad de disfrutar como ésta; estoy deseando verte y hablar contigo, y estar contigo. ¿Cuándo quieres ir? ¿Podríamos encontrarnos en Leeds? Tomar una calesa de Haworth a B. supondría muchísimos más gastos y la verdad es que tengo poquísimos dinero. ¡Ay, parece que los ricos pueden permitirse muchos placeres que a nosotros nos están vedados! Pero no hay que lamentarse.

Dime cuándo irás y entonces te contestaré definitivamente si puedo acompañarte o no. He de hacerlo, lo haré, estoy decidida, seré obstinada y eliminaré toda oposición.

P.D. Después de escribir lo anterior he sabido que mi tía y mi padre piensan ir quince días a Liverpool y llevarnos a todos con ellos. Se ha estipulado, sin embargo, que yo debo renunciar al plan de Cleathorpe. He cedido muy a mi pesar.

Supongo que el señor Brontë consideró necesario entonces, ya fuera por su delicada salud o por el aumento de la población de la parroquia, solicitar la ayuda de un coadjutor. Al menos, en una carta escrita ese verano se menciona al primero de una serie de coadjutores que frecuentaron la casa parroquial de Haworth y dejaron una impresión en la mente de una de sus habitantes que ella ha transmitido claramente. El coadjutor de Haworth llevaba a sus vecinos y amigos clérigos al lugar y sus incursiones a la rectoría hacia la hora de la cena constituían acontecimientos que alteraban la tranquilidad de la vida en la misma, unas veces de forma agradable y otras de forma desagradable. La pequeña aventura que se relata al final de la carta siguiente es rara en el historial de la mayoría de las mujeres y en este caso constituye un testimonio del insólito poder de atracción (pese a sus rasgos poco agraciados) que poseía Charlotte cuando se dejaba llevar en la alegría y la libertad del hogar.

4 de agosto de 1839

El viaje a Liverpool sigue siendo tema de conversación, algo así como un castillo en el aire;

pero, entre tú y yo, creo que es muy improbable que acabe asumiendo una forma más sólida. A mi tía le gusta hablar de esas cosas, como a muchas otras personas mayores; pero cuando llega el momento de llevarlas a cabo se desanima bastante. Así que, en vista de las circunstancias, yo creo que será mejor que tú y yo sigamos con nuestro plan inicial de ir juntas a algún sitio por nuestra cuenta. He conseguido permiso para acompañarte una semana, como mucho dos, pero ni un día más. ¿Adónde te gustaría ir? Por lo que cuenta M., yo diría que Burlington

55 es un lugar tan bueno como cualquier otro. ¿Cuándo saldrías? Disponlo todo como te vaya bien; yo no pondré objeciones. No dejo de pensar con alegría en la idea de ver el mar, de estar cerca, de contemplar sus cambios al amanecer, al crepúsculo, a la luz de la luna y al mediodía, en calma, o quizá embravecido. Todo me encantará. Y además no tendré que aguantar a una serie de personas con quienes no tengo nada en común, que sería una pesadez; estaré contigo, a quien conozco y estimo, y que me conoces. Tengo que contarte un hecho extraño: ¡prepárate para reírte con ganas! El otro día, vino a pasar la velada con nosotros el señor—, un vicario, y le acompañaba su coadjutor. Ese segundo caballero, que se llama señor B—, es un joven clérigo irlandés recién salido de la Universidad de Dublín. Ninguno de nosotros lo había visto nunca, pese a lo cual, y muy al estilo de sus compatriotas, enseguida estaba como en su casa. Su conversación reveló en pocos minutos su carácter: ingenioso, alegre, apasionado, y también inteligente; pero carente de la dignidad y discreción de un inglés. Ya sabes que yo en casa hablo con facilidad, sin el agobio ni la opresión de esa mauvaise honte que me atormenta y me cohíbe en otros sitios. Así que conversé con ese irlandés y reí sus bromas; y aunque advertía sus defectos, los excusé por la diversión que su originalidad proporcionaba. En realidad, me calmé y me distancié un poco al final de la velada, porque empezó a aderezar la conversación con ciertos halagos hiberneses que no me hicieron ninguna gracia. A los pocos días recibí una carta que me extrañó, porque no conocía la letra del sobre. Desde luego no era tuya ni de Mary, que sois mis únicas corresponsales. La abrí y la leí; ¡y era una declaración de amor y una propuesta de matrimonio, expresadas en el fogoso lenguaje del sapiente joven irlandés! Supongo que estarás riéndote con ganas. No parece una de mis aventuras, ¿verdad? Más parece propia de Martha. Sin duda estoy condenada a ser una solterona. No me importa. Es un destino que acepté a los doce años. ¡Caramba!, me dije, había oído hablar de amor a primera vista, pero esto se lleva la palma. Dejo que adivines cuál fue mi respuesta, pues estoy segura de que me harás justicia y acertarás.

El 14 de agosto todavía escribe desde Haworth:

He hecho la maleta y lo he preparado todo para nuestro viaje en vano. Ahora resulta que no puedo encontrar medio de transporte esta semana ni la que viene. La única calesa de alquiler de Haworth está en Harrogate y, que yo sepa, es probable que siga allí. Papá se opone terminantemente a que vaya en diligencia y andando hasta B., aunque estoy segura de que podría arreglármelas. Mi tía no deja de clamar contra el tiempo y las carreteras y los cuatro vientos, así que estoy en un aprieto, y lo que es peor, tú también. Leyendo por segunda o tercera vez tu última carta (que, por cierto, está escrita con tales jeroglíficos que en la primera lectura detenida apenas conseguí descifrar dos palabras seguidas), veo que das a entender que si espero hasta el jueves será demasiado tarde. Lamento causarte tantas molestias, pero ya no tiene sentido hablar del viernes o el sábado, porque supongo que hay muy pocas posibilidades de que vaya. Los mayores de la casa nunca han aceptado el plan de buen grado; y ahora que parecen surgir obstáculos a cada paso, su oposición es más franca. En realidad, si insistiera, papá me daría permiso de buen grado, pero es precisamente esa bondad suya lo que me hace dudar si debo hacerlo; o sea que, aunque podría vencer el disgusto de mi tía, me rindo a la indulgencia de papá. Él no lo dice, pero yo sé que prefiere que me quede en casa; y mi tía tenía buena intención

también, pero me fastidia que haya esperado a manifestar claramente su desaprobación cuando tú y yo ya lo habíamos acordado todo. Así que no cuentes más conmigo; déjame al margen de tus planes; quizá debiera haber sido lo bastante prudente al principio para cerrar los ojos a semejante posibilidad de pasarlo bien, y no haberme hecho ilusiones. Enfádate conmigo cuanto quieras por decepcionarte. No era mi intención, y sólo añadiré otra cosa: si no te vas inmediatamente al mar, ¿vendrás a vernos a Haworth? No te invito sólo yo, sino también mi padre y mi tía.

Pero después de un poco más de paciencia y un poco más de espera, Charlotte al fin pudo disfrutar de lo que tanto había ansiado. Ella y su amiga fueron a pasar la segunda quincena de septiembre a Easton.⁵⁶ Charlotte vio el mar por primera vez allí.

24 de octubre

¿Has olvidado ya el mar, E.? ¿Lo recuerdas vagamente? ¿O aún puedes verlo, oscuro, azul y verde, y blanco de espuma, y oírlo bramar cuando el viento sopla con fuerza, o mecerse suavemente cuando está en calma? [...] Estoy muy bien y muy gorda. Pienso muy a menudo en Easton y en el honorable señor H., y en su bondadosa esposa y en nuestros agradables paseos al bosque de H— y a Boynton, nuestras alegres veladas, nuestros juegos con el pequeño Hancheon, etc. etc. Ese periodo de nuestras vidas será un grato recuerdo durante mucho tiempo, si ambas vivimos. ¿Te acordaste por casualidad de mencionar mis gafas en tu carta al señor H.? Lamentablemente me causa muchas molestias no tenerlas. No puedo leer ni escribir ni dibujar cómodamente sin ellas. Espero que la señora no se negará a entregarlas [...] Disculpa la brevedad de esta carta, pero es que he estado dibujando todo el día y tengo los ojos tan cansados que es realmente un esfuerzo escribir.

Pero cuando el vívido recuerdo de aquellos días se fue apagando, ocurrió algo que hizo las verdaderas obligaciones de la vida algo más pesadas durante un tiempo.

21 de diciembre de 1839

Estamos ahora y hemos estado durante el último mes bastante ocupadas, pues llevamos todo ese tiempo sin sirvienta, aparte de una niña que nos hace los recados. La pobre Tabby estaba tan mal que al final se vio obligada a dejarnos. Ahora vive con su hermana en una casita de su propiedad que compró con sus ahorros hace unos años. Está muy a gusto y no le falta de nada; como vive cerca, la vemos muy a menudo. Mientras tanto, Emily y yo estamos bastante ocupadas, como puedes imaginar: yo me encargo de la plancha y de limpiar las habitaciones; Emily hace el pan y se encarga de la cocina. Somos unos animales tan raros que preferimos esta especie de apaño a tener una cara nueva entre nosotros. Además, no perdemos la esperanza de que Tabby regrese y no va a suplantarla una extraña en su ausencia. La primera vez que intenté planchar quemé la ropa y provoqué la ira de mi tía; pero ya lo hago mejor. Los sentimientos humanos son muy extraños; soy mucho más feliz limpiando los fogones, haciendo las camas y barriendo los

suelos en casa que viviendo como una dama elegante en cualquier otro sitio. No tengo más remedio que dejar de pagar la cuota para los judíos, porque no tengo dinero. Tendría que habértelo dicho antes, pero olvidé completamente que estaba suscrita. Me propongo aceptar el primer trabajo que encuentre, aunque odio y aborrezco la sola idea de trabajar de institutriz. Pero tengo que hacerlo; así que me gustaría muchísimo saber de alguna familia que necesite algo así como una institutriz.

CAPÍTULO IX

En 1840 vivían en casa todos los Brontë menos Anne. Desconozco por qué razón habían renunciado al plan de enviar a Branwell a estudiar en la Real Academia; es probable que pidieran información y comprendieran que los exiguos recursos económicos de su padre no podían permitirselo ni siquiera con la ayuda que suponía el trabajo de Charlotte en el colegio de la señorita Wooler, que cubría la pensión y la enseñanza de Anne. Por lo que me han contado, creo que Branwell se llevó una gran decepción cuando el plan fracasó. Era realmente un joven de excelentes dotes y él lo sabía muy bien; y deseaba emplearlas dedicándose a escribir o a pintar para hacerse famoso. También es probable que viera que su gran amor al placer y sus costumbres irregulares serían un obstáculo en su camino hacia la fama; pero esos defectos sólo eran razones adicionales de que anhelara vivir en Londres, donde imaginaba que encontraría todos los estímulos para su ya vigorosa inteligencia, y donde, al mismo tiempo, tendría la libertad de movimientos que sólo era posible en las ciudades populosas. Así que se sentía atraído por la metrópoli en todos los sentidos; y debió de pasar muchas horas enfrascado en el mapa de Londres, a juzgar por una anécdota que me han contado. Un viajante de una casa comercial de Londres pasó una noche en Haworth; y, siguiendo la lamentable costumbre del pueblo, fueron a buscar al ingenioso «Patrick» (que así lo llamaban siempre en el pueblo, aunque en casa era Branwell) para que animara la velada en la taberna con su conversación inteligente y sus ocurrencias ingeniosas. Empezaron a hablar de Londres; de la forma de vida y de las costumbres de la ciudad; de los lugares de diversión; y Branwell informó al londinense con toda suerte de detalles de algunos atajos, por calles estrechas y callejuelas. Y hasta el final de la velada el viajante no descubrió por confesión voluntaria del propio Branwell que su compañero no había estado nunca en Londres.

El joven parecía tener su destino en las manos entonces. Era todo nobles impulsos y talentos extraordinarios; bien es cierto que no estaba acostumbrado a resistir la tentación por ningún motivo más elevado que el profundo afecto familiar, pero demostrando tanto cariño a cuantos lo rodeaban, que ellos disfrutaban creyendo que pasado un tiempo «se corregiría», y que entonces los llenaría de orgullo y de alegría el empleo que hiciera de sus talentos extraordinarios. Era el preferido de su tía. Un hijo solo en una familia de niñas tiene que soportar siempre pruebas especiales en la vida. Todos esperan que desempeñe un papel en la vida; que actúe, mientras que las hermanas sólo tienen que ser; y la necesidad de que ellas cedan en algunas cosas se exagera a veces hasta el punto de que ceden en todo, haciéndole absolutamente egoísta. En la familia acerca de la que estoy escribiendo, mientras todos los demás tenían costumbres casi ascéticas, se permitió a Branwell crecer con excesiva indulgencia; pero en la temprana juventud, su capacidad de atraer y ganarse a la gente era tan grande que casi todos los que le trataban quedaban deslumbrados por él y deseaban satisfacer cuantos deseos manifestara. Sin duda puso sumo cuidado en no revelar delante de su padre y de sus hermanas ninguno de los placeres a que se entregaba; pero el tono de sus ideas y de su conversación era cada vez más grosero; sus hermanas

intentaron convencerse durante un tiempo de que aquella brusquedad formaba parte de la virilidad, y el cariño les impedía ver que Branwell era peor que los demás jóvenes. En la época de que hablamos, si bien él había incurrido en algunos errores cuya naturaleza exacta su familia prefería ignorar, seguía siendo su esperanza y su niño mimado; y su orgullo, que con el tiempo llevaría la alegría al nombre de los Brontë.

Branwell y su hermana Charlotte eran los dos bajos y de constitución ligera, mientras que las otras dos hermanas eran más altas y de constitución más fuerte. He visto el perfil de Branwell y es lo que se consideraría en general muy apuesto; tiene la frente grande, los ojos de expresión delicada e inteligente; también la nariz es perfecta; pero tiene arrugas marcadas en torno a la boca, y los labios, aunque bien formados, son gruesos y plenos, lo que indica indulgencia consigo mismo, mientras que el mentón, ligeramente hundido, parece indicar falta de voluntad. Tenía el cabello rubio rojizo y la tez clara. Y su sangre irlandesa daba a sus modales francos y simpáticos una especie de cortesía natural. La precisión y el acierto del fragmento de uno de sus manuscritos que he leído son sorprendentes. Es el principio de un cuento cuyos personajes están perfilados con gracia propia de retratista, y el lenguaje claro y simple que caracteriza muchos artículos de Addison en el *Spectator*. El fragmento es demasiado breve para juzgar si poseía talento dramático, porque no hace hablar a los personajes. Pero en general, nadie esperaría tanta gracia y elegancia estilística en este joven vehemente y desventurado. El deseo de alcanzar la fama literaria que ardía en su corazón era más fuerte incluso que el que destellaba a veces en el de sus hermanas. Probó diversos medios de canalizar sus talentos. Escribió y envió poemas a Wordsworth y a Coleridge, que expresaron opiniones amables y elogiosas, y publicó con frecuencia versos en el *Leeds Mercury*. En 1840 todavía vivía en la casa paterna, dedicándose esporádicamente a diversos géneros de composición literaria y a esperar que apareciera algún empleo que pudiera desempeñar sin ningún curso costoso de formación preliminar; esperaba, pero sin impaciencia; pues buscaba ciertas compañías (probablemente lo que él llamaba «vida») en el Black Bull; y en casa seguía siendo el niño mimado.

La señorita Branwell no se daba cuenta de la agitación de talento ocioso que tenía lugar a su alrededor. Ella no era la confidente de sus sobrinas, quizá nadie de su edad pudiera haberlo sido; pero su padre, a quien debían no poco de su espíritu emprendedor, estaba al corriente de muchas cosas que la señorita Branwell no advertía. La dócil y reflexiva Anne era su preferida después de su sobrino. Se había hecho cargo de ella en la temprana infancia; había sido siempre una niña paciente y sumisa y aceptaba tranquilamente la opresión ocasional aunque le doliera profundamente. No así sus hermanas mayores; ellas manifestaban sus opiniones cuando las irritaba la injusticia. En esas ocasiones, Emily se expresaba con la misma firmeza que Charlotte, aunque quizá no lo hiciera con tanta frecuencia. Pero en general y a pesar de que la señorita Branwell fuera alguna que otra vez poco razonable, ella y sus sobrinas se llevaban bastante bien; y aunque a veces se enojaban por pequeñas tiranías, ella seguía inspirándoles un respeto sincero y no poco afecto. Además le agradecían muchos hábitos que les había inculcado y que con el tiempo se habían convertido en algo natural en ellas: orden, método, pulcritud en todo; un perfecto conocimiento de todas las labores domésticas; puntualidad, obediencia a las normas de la época y el lugar, cuyo valor en la vida nadie podía saber mejor que ellas; con su carácter impulsivo era una

tranquilidad haber aprendido la obediencia implícita a las normas externas. La gente de Haworth me ha asegurado que siempre podían saber lo que estaban haciendo los habitantes de la rectoría por la hora del día, mejor dicho, el minuto. A determinada hora, las hermanas estaban cosiendo en la habitación de su tía (la estancia que en otros tiempos, antes de que la aventajaran en sus conocimientos, les había servido de aula); a determinadas horas (temprano) tomaban sus comidas; de seis a ocho, la señorita Branwell leía en voz alta al señor Brontë; a las ocho en punto se reunían todos en el estudio de él para las oraciones de la tarde; y a las nueve, él, la señorita Branwell y Tabby ya estaban en la cama, y las hermanas recorrían el salón a un lado y otro (como animales salvajes inquietos) y hablaban de planes, proyectos e ideas sobre su vida futura.

En la época que describo ahora, la idea preferida era abrir un colegio. Creían que con un poco de ingenio y un edificio adicional muy pequeño podrían acomodar en la misma rectoría a un reducido número de alumnas, cuatro o seis. Como la enseñanza parecía ser la única profesión a que podían dedicarse, y como por lo menos Emily no podía vivir lejos de casa, y las otras también padecían mucho por la misma razón, el plan de abrir un colegio les parecía el más conveniente. Claro que supondría cierto desembolso; y su tía era reacia a esto. Pero no había nadie a quien pudieran pedir que les prestara los fondos necesarios, aparte de la señorita Branwell, que había hecho una pequeña reserva con sus ahorros, que pensaba dejarle a su sobrino y a sus sobrinas con el tiempo, pero que no le hacía gracia arriesgar. De todos modos, el plan del colegio seguía siendo fundamental; y en las veladas del invierno de 1839-1840, los cambios que serían necesarios en la casa y la mejor forma de convencer a su tía de lo acertado del proyecto constituían el tema principal de sus conversaciones.

Ese proyecto las preocupó bastante durante los meses de tiempo oscuro y deprimente. Y los sucesos externos del círculo de sus amistades no fueron alentadores. En enero de 1840, Charlotte recibió la noticia de la muerte de una joven que había sido alumna suya y condiscípula de Anne durante su estancia en Roe Head; la joven había tomado entonces mucho cariño a Anne, que a su vez la había hecho depositaria de su afecto silencioso. Fue un día triste cuando llegó la noticia de la muerte de esa joven. Charlotte escribió así el 12 de enero de 1840:

Hemos recibido tu carta esta mañana y estamos muy tristes. Parece que Anne C. ha muerto; la última vez que la vi era una joven hermosa y alegre; y ahora la «fiebre intermitente de la vida» ha terminado para ella y «reposa en paz». No volveré a verla. Es una idea triste; porque era una criatura tierna y cariñosa y le tenía afecto. La busque donde la busque ahora en este mundo no podré encontrarla, no más que a una hoja o a una flor que se marchitara hace veinte años. Una pérdida así nos da un atisbo de lo que han de sentir quienes han visto desaparecer a todos a su alrededor, amigo tras amigo, y deben seguir su peregrinaje solos. Pero las lágrimas son inútiles y procuro no afligirme.

Charlotte dedicó sus horas de ocio a escribir un relato durante ese invierno. Se conservan algunos fragmentos del manuscrito, pero la letra es demasiado pequeña para leerla sin fatigarse la vista; y una se interesa menos por leerlo cuanto que ella misma lo rechazó en el prefacio de *El profesor*, diciendo que ese relato había superado todo lo que pudiera haberle gustado de la «escritura ornamental y redundante». Como ella misma reconoce, además, el principio alcanzaba

proporciones comparables a una de las novelas de Richardson en siete u ocho volúmenes. He tomado algunos de estos detalles de la copia de una carta que al parecer es la respuesta a una de Wordsworth, a quien Charlotte envió el principio de la historia en el verano de 1840.

Los autores suelen aferrarse en general a sus obras, pero yo no tengo tanto apego a ésta, sino que puedo renunciar a ella sin mucho pesar. Si hubiera seguido, sin duda habría hecho una obra richardsoniana [...] tenía material en la cabeza para media docena de volúmenes [...] Claro que lamento bastante renunciar a un esquema tan precioso como el que he esbozado. Es muy edificante y provechoso crear un mundo y poblarlo de habitantes que son otros tantos Melquisedec

⁵⁷ y que no tienen padre ni madre más que tu propia imaginación [...] Lamento no haber vivido hace cincuenta o sesenta años, cuando el Ladies' Magazine florecía como un laurel verde. De haber sido así, estoy segura de que mis aspiraciones a la fama literaria habrían hallado el debido aliento y habría tenido la satisfacción de introducir a los señores Percy y West en la mejor sociedad y de haber recogido todos sus dichos y obras en páginas de doble columna y letra apretada [...] Recuerdo que en la infancia conseguí algunos libros antiguos y los leía furtivamente con placer infinito. Hace usted una correcta descripción de la mujer sumisa, de las pacientes Griseldas de aquellos tiempos. Mi tía fue una de ellas; y todavía hoy considera los cuentos del Ladies' Magazine superiores a toda la basura de la literatura moderna. Y yo también; pues los leí en la niñez y los niños poseen una extraordinaria capacidad de admiración y un juicio crítico muy débil [...] Me alegra saber que aún no puede decidir usted si soy un pasante o un modisto que lee novelas. No le ayudaré a descubrirlo; y en cuanto a mi letra, o los elementos refinados de mi estilo e imágenes, no ha de sacar ninguna conclusión de eso, porque quizá emplee a un amanuense. En serio, señor, le agradezco muchísimo su sincera y amable carta. Casi me asombra que se tomara la molestia de leer y comentar la novelita sentimental de un escritorzuelo anónimo que ni siquiera tuvo la delicadeza de decirle si era hombre o mujer o si su «C. T.» significaba Charles Timms o Charlotte Tomkins.

Hay dos o tres detalles dignos de atención en la carta de la que he tomado estos fragmentos. El primero son las iniciales con que evidentemente había firmado la carta anterior a que alude. Charlotte solía firmar entonces las cartas a sus corresponsales más conocidos «Charles Thunder», a modo de seudónimo, con su nombre de pila y el significado de su apellido en griego. En segundo lugar, se advierte un tono de fingida agudeza completamente distinto al tono de la carta sencilla, digna y femenina que había escrito a Southey tres años antes y en circunstancias bastante parecidas. Supongo que la razón de esa diferencia es doble. Southey apelaba en la respuesta a su primera carta a los aspectos más elevados de su naturaleza, pidiéndole que considerara si la literatura era o no era la mejor profesión para una dama. Pero la persona a quien ella dirigía esta última carta evidentemente se había limitado a las críticas puramente literarias; además de lo cual, su sentido del humor se vio agujoneado por la perplejidad de su corresponsal en cuanto a si se dirigía a un hombre o a una mujer; ella prefería que creyera lo primero; y quizá por ello adoptara ese tono ligero que debía corresponder al estilo de conversación de su hermano, de quien tuvo que sacar su idea de los hombres jóvenes y que, en lo que a refinamiento se refiere, no es probable que la mejoraran los otros ejemplares que conocía, como los coadjutores que más adelante describiría en *Shirley*.

Los coadjutores desbordaban entusiasmo cristiano. Beligerantes por naturaleza, era conveniente para su carácter profesional que tuvieran, en cuanto que clérigos, motivo suficiente para el ejercicio de sus tendencias belicosas. El señor Brontë, pese a su consideración por la Iglesia y el Estado, sentía un profundo respeto por la libertad de pensamiento; y si bien era el último hombre del mundo que ocultaría sus opiniones, vivía en armonía perfecta con el considerable número de quienes diferían de él. Pero no así los coadjutores. La disidencia era cisma y la Biblia condenaba el cisma. A falta de sarracenos con turbante, iniciaron una cruzada

contra los metodistas ataviados con traje de velarte; y el resultado fue que metodistas y baptistas se negaron a pagar la contribución eclesial. La señorita Brontë describe así la situación en esta época:

Ha habido un gran revuelo en el pequeño Haworth por las cuotas de la iglesia desde que estuve aquí. Tuvimos una reunión muy agitada en el aula. Papá la presidió y el señor C. y el señor W. actuaron como partidarios suyos, uno a cada lado. Había una oposición violenta, lo que encendió la sangre irlandesa del señor C., y si papá no lo hubiera calmado, en parte mediante la persuasión y en parte mediante coacción, habría zurrado la badana a los disidentes, un dicho escocés que ya te explicaré en otro momento. Él y el señor W. consiguieron contener la cólera esa vez, pero sólo para explotar con renovado ímpetu en un periodo futuro. Hubo dos sermones sobre la disidencia y sus consecuencias el último domingo, uno del señor W. a media tarde y otro al atardecer del señor C. Invitaron a todos los disidentes, que cerraron sus iglesias y acudieron en bloque; la iglesia estaba atestada, claro. El señor W. pronunció un discurso elocuente y magnífico, de la alta iglesia y la sucesión apostólica, en el que vapuleó a los disidentes de forma osada e implacable. Yo pensé que tendrían bastante por un tiempo, pero aquello no fue nada comparado con lo que tuvieron que aguantar por la noche. Sin embargo, en mi vida había oído una arenga más ingeniosa, enérgica y conmovedora que la que hizo el domingo por la noche el señor C. en el púlpito de Haworth. No despotricó, no peroró, no se quejó, no se burló; sólo se incorporó y habló con la fuerza de un hombre imbuido de la verdad de lo que dice, que no teme a sus enemigos ni las consecuencias. El sermón duró una hora, pero cuando acabó lo lamenté. No quiero decir con esto que esté de acuerdo con sus opiniones ni con las del señor W., ni total ni parcialmente. Me parecen fanáticas, intolerantes, absolutamente injustificadas y carentes de sentido común. Mi conciencia no me permitiría seguir a Pusey ni a Hook;

58 mais, si fuera disidente hubiera aprovechado la primera oportunidad de patear y fustigar a ambos caballeros por su ataque implacable a mi religión y a sus maestros. Mas, a pesar de todo esto, me admiró la noble integridad que podía dictar tan intrépido ataque contra un antagonista tan poderoso.

P.D. El señor W. ha pronunciado otro discurso en la Mechanics' Institution de Keighley, y papá también ha dado una conferencia; los periódicos han hablado muy bien de ambos y se comenta como algo asombroso que semejantes demostraciones de inteligencia emanen del pueblo de Haworth, «situado entre las ciénagas y las montañas y que, hasta hace muy poco, se suponía que se hallaba en un estado de semibarbarie». Éstos son los comentarios de los periódicos.

Para completar la descripción de este año aparentemente sin acontecimientos añadiré algunos otros fragmentos de las cartas que se me han confiado.

15 de mayo de 1840

No permitas que te convenzan para casarte con un hombre a quien nunca has podido respetar (no digo amar); porque yo creo que si respetas a una persona antes de casarte, el amor moderado al menos llegará después; en cuanto a la pasión intensa, estoy convencida de que no es un sentimiento deseable. En primer lugar, nunca o casi nunca se ve recompensada; y en segundo lugar, si lo fuere, sería sólo un sentimiento pasajero: duraría lo que la luna de miel y luego daría paso al disgusto, o a una indiferencia que tal vez sea peor que el disgusto. Sin duda así sería por parte del hombre; y por la de la mujer, que Dios la ampare si se abandona al amor apasionado y sola.

Estoy casi segura de que no me casaré nunca. La razón me lo indica, y no soy tan esclava de los sentimientos como para no oír de vez en cuando su voz.

2 de junio de 1840

M. todavía no ha llegado a Haworth; pero vendrá con la condición de que antes vaya yo a pasar unos días allí. Si todo va bien, iré el miércoles próximo. Me quedaré en G— hasta el viernes o el sábado y pasaré la primera parte de la semana siguiente contigo, si me aceptas —la última frase es absurda realmente, porque sé que te alegrarás tanto de verme como yo de verte a ti—. Este plan no me permitirá disponer de mucho tiempo, pero es el único que puedo llevar a cabo teniendo en cuenta todas las circunstancias. No me pidas que me quede más de dos o tres días porque me veré obligada a decirte que no. Me propongo ir caminando a Keighley y tomar allí un coche hasta B—, donde buscaré a alguien que me lleve la maleta y caminaré el resto del viaje hasta G—. Si lo consigo, creo que me las arreglaré bastante bien. Llegaré a B—. hacia las cinco, y así tendré el fresco de la tarde para la caminata. He comunicado todo el plan a M. Tengo muchísimas ganas de veros a las dos. Adiós.

C. B.

C. B.

Si se te ocurre algún plan mejor, estoy dispuesta a aceptarlo siempre que sea factible.

20 de agosto de 1840

¿Has visto a la señorita H. últimamente? Me gustaría que ella o alguien me proporcionara un empleo. He contestado anuncios sin cuento, pero mis solicitudes no han tenido ningún éxito.

He recibido otro paquete de G. con más de cuarenta libros franceses. He leído más o menos la mitad. Son como los demás, ingeniosos, infames, sofísticos e inmorales. Lo mejor es que dan una idea general de Francia y de París, y constituyen el mejor sustituto de la conversación en francés que he encontrado.

En realidad, no tengo más que decirte, pues estoy de un humor estúpido. Disculpa que la carta no sea tan larga como la tuya. Te he escrito enseguida para que no esperes en vano al cartero. Conserva esta nota como curiosidad caligráfica (me parece exquisita), toda llena de borrones negros brillantes y letra absolutamente ilegible.

CALIBAN

Soplaba el viento en algún sitio. Se oía el sonido, pero no sabías de dónde venía ni adónde iba. Creo que eso es de las Escrituras, aunque no sé de qué libro ni si está citado correctamente. Pero me incumbe escribir una carta a una joven llamada E., a quien conocí «en la mañana de la vida, cuando mi espíritu era joven». Esa joven deseaba que yo le escribiera alguna vez, aunque no tengo nada que contar; y lo he ido dejando de un día para otro, hasta que al fin, temiendo que «pida a sus dioses que me maldigan», me he sentido obligada a sentarme e hilvanar unas cuantas líneas que ella podrá llamar carta o no, como le plazca. Claro que si la joven espera encontrar sentido en esta obra, se verá míseramente decepcionada. Le prepararé un plato de salpicón, haré soufflé, un picadillo, guisaré un estofado, prepararé una omelette à la Française y se la enviaré con mis saludos. El viento, que es muy fuerte en nuestras montañas de Judea, aunque supongo que en las llanuras filisteas de la parroquia de B. ni se nota, ha producido en el contenido de mi sesera el mismo efecto que produce una copa de whisky en casi todos los demás bípedos. Lo veo todo couleur de rose y me apetece tanto bailar una giga, que lo haría si supiera. Creo que debo de compartir la naturaleza de los cerdos o los burros (pues ambos animales se ven muy afectados por el viento fuerte). No sé en qué dirección sopla el viento y nunca lo he sabido; pero me gustaría muchísimo saber cómo funciona la gran cuba de la bahía de Bridlington y qué tipo de espuma se alza ahora mismo en el oleaje.

Parece ser que una tal señora B. necesita una profesora. Me gustaría que me contratara; y he escrito a la señorita W. para decírselo. La verdad, es estupendo vivir aquí en casa, con absoluta libertad para hacer lo que una quiere. Pero recuerdo cierta mísera fábula antigua sobre cigarras y hormigas de un mísero truhán llamado Esopo; las cigarras se pasan el verano cantando y mueren de hambre en el invierno.

Un tal Patrick Branwell, pariente mío lejano, se ha ido a buscar fortuna en la alocada,

vagabunda, aventurera, romántica y de caballero andante calidad de empleado del ferrocarril de Leeds y Manchester. Leeds y Manchester, ¿dónde quedan? ¿No son ciudades del desierto como Tadmor, por otro nombre Palmira?

Hay un pequeño detalle relacionado con el señor W. que ha llegado hace poco a mi conocimiento y que da idea de lo mejor de su carácter. El último sábado por la noche pasó una hora sentado con papá en el salón, y, cuando ya se iba, oí a papá decirle: «¿Qué es lo que le pasa? Parece muy alicaído esta noche». «Ay, no lo sé. He visto esta noche a una pobre muchacha que me temo que se está muriendo.» «Vaya, ¿cómo se llama?» «Susan Bland, la hija de John Bland, el comisario de policía.» Resulta que Susan Bland es mi mejor y más antigua alumna de la escuela dominical; y cuando oí eso pensé que iría a verla lo antes posible. Fui el lunes por la tarde y la encontré en su camino a «ese viaje del que ningún viajero regresa». Me senté un rato con ella y luego se me ocurrió preguntar a su madre si no le haría bien un poquito de oporto. Me contestó que el médico se lo había recomendado y que cuando el señor W. había estado allí les había llevado una botella de vino y un tarro de conservas. Añadió que él era siempre muy bondadoso con los pobres y parecía tener una gran sensibilidad y buen corazón. Sin duda tiene muchos defectos, pero también buenas cualidades [...] ¡Que Dios lo bendiga! No sé cuántas personas con sus virtudes carecerían de sus defectos. Conozco muchas de sus malas obras, muchas de sus flaquezas; sin embargo, encontrará siempre en mí una defensora más que una acusadora. Claro que mi opinión no irá muy lejos para determinar su carácter; ¿y qué? La gente debe obrar bien hasta donde llega su capacidad. No creas por todo esto que el señor W. y yo nos llevamos de maravilla; nada de eso. Nuestras relaciones son distantes, frías y reservadas. Casi nunca hablamos; y cuando lo hacemos, nos limitamos a intercambiar comentarios triviales.

La señora B. mencionada en la carta mantuvo correspondencia con la señorita Brontë y manifestó que estaba muy complacida con las cartas que le había escrito; con el «estilo y la franqueza de la solicitud», en la que Charlotte se había encargado de decirle que si buscaba una persona imponente, elegante o distinguida ella no reunía las condiciones necesarias para el puesto. Pero la señora B. necesitaba una profesora de música y canto, y Charlotte no estaba capacitada para ello; así que las negociaciones no llegaron a nada. Pero la señorita Brontë no era de las que se quedan sentadas después de una decepción. Pese a lo mucho que le desagradaba la vida de institutriz tenía el deber de aliviar a su padre de la carga de mantenerla y ésa era su única alternativa. Así que puso anuncios e hizo indagaciones con renovado vigor.

Mientras tanto, ocurrió un pequeño incidente que describe en la carta que incluyo aquí porque demuestra su aversión instintiva a determinados hombres, cuyos vicios algunos han supuesto que miraba con indulgencia. El extracto expone claramente cuanto hay que saber, para lo que me propongo, sobre la desdichada pareja.

¿Recuerdas al señor y a la señora —? La señora — vino a casa el otro día con una historia tristísima sobre los hábitos de despilfarro, bebida y libertinaje de su horrendo marido. Pidió consejo a papá; dijo que no veía más perspectiva que la ruina. Han contraído deudas que no podrán pagar nunca. Espera que destituyan de su coadjutoría al señor M— de un momento a otro. Sabe por amarga experiencia que los vicios de su esposo no tienen remedio. Los trata a ella y a su

hijo brutalmente; y mucho más del mismo tenor. Papá la aconsejó que lo dejara para siempre y volviera con su familia, si la tenía. Ella dijo que era lo que había decidido hace mucho tiempo. Y que lo haría en cuanto el señor B. le despidiera. Manifestó gran desprecio y disgusto por él, sin fingir el menor respeto. No es que me extrañe esto, lo que sí me asombra es que se casara con un hombre por quien ha tenido que sentir siempre lo mismo que ahora. Estoy moralmente convencida de que ninguna mujer decente podría sentir nada más que aversión hacia un individuo como el señor—. Antes de que yo supiera, o sospechara, cuál era su carácter y cuando me asombraba la versatilidad de sus talentos, lo sentía a un nivel incontrolable. Detestaba hablar con él, detestaba mirarle; aunque como no estaba segura de que existiera razón sólida para esa aversión y me parecía absurdo confiar en el mero instinto, procuraba disimularlo y reprimirlo cuanto podía; y siempre le trataba con toda la cortesía de la que era capaz. Me sorprendió que Mary me confesara que había sentido lo mismo nada más verle; me dijo cuando lo dejamos: «¡Ese hombre es horrible, Charlotte!». «Ya lo creo», pensé yo.

CAPÍTULO X

La señorita Brontë consiguió su segundo y último empleo como institutriz a primeros de marzo de 1841. En esa ocasión, se consideró afortunada de ser miembro de una familia bondadosa y amable. Consideró al señor de la casa un amigo valioso, cuyo consejo la ayudó a guiarse en un paso muy importante de su vida. Pero como sus conocimientos específicos eran pocos, tenía que complementarlos dedicando el tiempo libre a la costura; y en general su puesto era el de *bonne* o aya, sujeta a repetidas e interminables demandas de su tiempo. Esta descripción de trabajo indefinido pero continuo, sometido a la voluntad de otra persona durante todas las horas del día, resultaba especialmente desquiciante para alguien que había dispuesto de muchas horas de ocio en su casa. Ociosa no estaba nunca en ningún sitio, pero en su vida familiar no existía la multitud de pequeñas tareas, planes, deberes, placeres, etc., que ocupaban a diario a casi toda la gente. Y eso le permitió ejecutar largas y profundas historias de sentimiento e imaginación, para lo que otros, por extraño que parezca, casi nunca tienen tiempo. Esto hizo inevitable que (después, en su carrera demasiado breve) la intensidad de su sentimiento minara su salud física. El hábito de inventar, que había crecido al mismo tiempo que ella y se había fortalecido con su fuerza, formaba parte de su naturaleza. Sin embargo, el ejercicio de sus facultades más fuertes y características era imposible ahora. En medio de las ocupaciones diarias no podía sentir (como cuando estaba en el colegio de la señorita Wooler) que al atardecer podría dedicarse a cosas más agradables. Es indudable que una institutriz tiene que renunciar a muchas cosas; y que la suya ha sido siempre una vida de sacrificio; para Charlotte suponía una tensión constante forzar todas sus facultades a algo para lo que el conjunto de su vida anterior las había incapacitado. Además, los pequeños Brontë se habían criado sin madre; y como no sabían nada de las alegrías y los juegos infantiles, como no habían conocido nunca las caricias y las tiernas atenciones, no sabían nada del verdadero carácter de la infancia ni cómo evocar sus encantos. Consideraban a los niños molestias humanas inevitables. Nunca se habían relacionado con ellos de otra forma. Cuando la señorita Brontë pasó unos días en nuestra casa años después, observaba continuamente a nuestras hijas pequeñas; y no conseguí convencerla de que eran como todos los demás niños normales y corrientes bien educados. Se sorprendía y se conmovía por cualquier muestra de consideración hacia los demás, de bondad con los animales o de generosidad por su parte; y sostenía constantemente que ella tenía razón y yo estaba equivocaba cuando discrepábamos sobre el tema de su extraordinaria excelencia. Hay que tener todo esto presente al leer las cartas siguientes. Y hay que recordar también (aquellos que la han sobrevivido y que contemplan ahora su vida desde su elevada cumbre de observación) que nunca dejó de cumplir lo que consideraba su deber, por muy desagradable o doloroso que le resultara.

3 de marzo de 1841

Te dije hace ya tiempo que me proponía conseguir un empleo y mi decisión era inquebrantable cuando lo dije. Sabía que a pesar de las frecuentes decepciones no tenía intención de cejar en mis esfuerzos. Después de dos o tres intentos fallidos, después de un lío enorme de cartas y entrevistas, al fin lo conseguí y ya estoy perfectamente instalada en mi nuevo puesto.

** * **

La casa es muy agradable y ordenada, aunque no muy grande; los jardines son bonitos y amplios. He hecho un gran sacrificio en cuanto al salario aceptando el puesto con la esperanza de conseguir comodidad, con lo que no quiero decir buena comida y bebida, o fuego agradable o un lecho blando, sino la compañía de caras alegres y mentes y corazones que no hayan sido sacados de una mina de plomo ni de una cantera de mármol. En realidad, mi sueldo es sólo de 16 libras anuales, aunque nominalmente son 20 libras, pero de ahí se deducirán los gastos de lavandería. Tengo dos alumnos, una niña de ocho años y un niño de seis. En cuanto a los señores, no esperarás que te explique mucho de su carácter cuando te diga que llegué ayer. No tengo la facultad de conocer el temperamento de una persona a primera vista. Para atreverme a pronunciarme sobre un carácter, primero tengo que verlo bajo diversas luces y desde distintos ángulos. Por consiguiente, sólo puedo decirte que tanto el señor como la señora — me parecen buenas personas. Todavía no tengo motivos para quejarme de falta de consideración o de cortesía. Mis alumnos son salvajes e indómitos, pero parecen dispuestos a colaborar. Ojalá pueda decir lo mismo la próxima vez que te escriba. Mi ferviente deseo y mi empeño serán complacerlos. Si lo consigo y no enfermo en el intento, creo que podría ser medianamente feliz. Pero nadie más que yo sabe lo duro que me resulta el trabajo de institutriz, porque nadie más que yo comprende cómo se resiste todo mi ser a este trabajo. No creas que no me culpo por ello o que no pongo todo mi empeño en vencer este sentimiento. Algunos de mis mayores problemas radican en cosas que a ti te parecerían relativamente triviales. Me cuesta muchísimo rechazar la tosca familiaridad de los niños. Me resulta difícilísimo pedir a las sirvientas o a la señora cualquier cosa que necesito, por mucha falta que me haga. Me cuesta menos aguantar la mayor molestia que ir a la cocina a pedir que se solucione lo que sea. Soy tonta. ¡Y bien sabe Dios que no puedo evitarlo!

Ya me dirás si se considera impropio que las institutrices pidan a sus amigas que vayan a verlas. No me refiero a una estancia en la casa, claro, sólo una visita de una o dos horas. Si no es una traición absoluta, te ruego encarecidamente que te las ingenies como sea para que pueda ver tu rostro. Sin embargo, tengo la sensación de estar pidiendo algo estúpido e imposible; ¡pero esto sólo queda a seis kilómetros de B—!

21 de marzo

Tienes que excusar mi brevísima respuesta a tu gratísima carta; porque no tengo un momento libre: la señora — esperaba que hiciera un montón de costura. No puedo coser mucho durante el día debido a los niños, que requieren la máxima atención. Así que me veo obligada a dedicar a este asunto las tardes. Escríbeme a menudo; cartas muy largas. Nos vendrá bien a las dos. Esta casa es mucho mejor que—, aunque bien sabe Dios que tengo demasiado que hacer para

alegrarme por ello. Lo que me cuentas me ha animado un poco. Ojalá pudiera seguir siempre tu consejo. La añoranza me afecta profundamente. Me agrada muchísimo el señor—. Los niños están demasiado consentidos, por lo que a veces es difícil manejarlos. Ven, ven, ven a verme. No me importa que sea una falta de etiqueta. Si sólo puedes estar una hora, ven. No vuelvas a hablar de que te he abandonado; cariño, no podría hacerlo. Creo que no soy de las que avanzan en este triste mundo sin comprensión o afecto en algún sitio; y pocas veces lo encontramos realmente. Es algo demasiado precioso para tirarlo por las buenas una vez conseguido.

La señorita Brontë llevaba pocas semanas en su nuevo trabajo cuando recibió una muestra de la bondadosa hospitalidad de sus patronos. El señor — escribió a su padre invitándole a que fuera a conocer el nuevo hogar de su hija y a pasar una semana con ella; y la señora — lamentó profundamente que una de las amigas de la señorita Brontë fuera a entregar un paquete y no entrara. Así supo ella que podían visitarla libremente todas sus amistades y que les complacería mucho recibir a su padre. Respondió agradecida a este favor escribiendo para pedir de nuevo a su amiga que fuera a verla; y su amiga lo hizo.

Junio de 1841

Supongo que te parecerá imposible que no pueda disponer de un cuarto de hora para escribir rápidamente una nota; pero así es; y una vez escrita la nota, hay que llevarla a correos, que queda a más de kilómetro y medio y que supone casi una hora, que es una parte importante del día. El señor y la señora — llevan una semana fuera. Esta mañana recibí noticias de ellos. No han decidido cuándo volverán, pero espero que no se demoren mucho o perderé la oportunidad de ver a Anne estas vacaciones. Tengo entendido que llegó a casa el miércoles pasado y sólo podrá quedarse tres semanas, porque la familia con la que está va a ir a Scarborough. Me gustaría verla, juzgar por mí misma su estado de salud. No me atrevo a confiar en el informe de ninguna otra persona, nadie me parece lo bastante minucioso en sus observaciones. Me habría gustado mucho que la vieras. Me llevo muy bien con los sirvientes y con los niños hasta ahora; pero el trabajo es monótono y solitario. Tú conoces igual que yo el sentimiento de soledad de vivir sin compañía.

El señor y la señora — regresaron poco después de que Charlotte escribiera esa carta, a tiempo para que ella fuera a vigilar la salud de Anne, y comprobó con profunda inquietud que distaba mucho de ser buena. ¿Qué podía hacer para cuidar y atender a su hermana pequeña? La preocupación por ella le hizo plantearse de nuevo la idea de abrir un colegio. Si eso les permitiera vivir juntas y ganarse la vida sería perfecto. Además, dispondrían de algo de tiempo para intentar una y otra vez la carrera literaria que, a pesar de tantas dificultades, nunca habían abandonado del todo como último objetivo; pero la razón más convincente para Charlotte fue la certidumbre de que la salud de Anne era muy delicada y requería cuidados que sólo ella podía proporcionarle. Escribió así durante aquellas vacaciones estivales.

Te esperamos mucho rato con angustia el jueves que prometiste venir. Yo me cansé completamente la vista mirando por la ventana, con monóculo en la mano y a veces las gafas sobre la nariz. Claro que tú no tienes la culpa; [...] y, en cuanto a la decepción, bueno, todos tienen que sufrir desilusiones en un momento u otro de la vida. Pero ahora se me olvidarán las mil cosas que tenía que contarte y ya nunca lo haré. Se está incubando un proyecto en esta casa que tanto Emily como yo queríamos comentar contigo. Todavía no ha madurado, no ha roto el cascarón; si lo hará alguna vez y será un polluelo capaz de volar o quedará güero y no llegará a piar es una de esas consideraciones que sólo revelarán vagamente los oráculos del futuro. Bueno, no te desconciertes por todo este misterio metafórico. Hablo de algo normal y corriente aunque haya envuelto en estilo délfico la información en figuras retóricas sobre huevos, polluelos, etcétera, etceterórum. Vayamos al grano: papá y mi tía hablan de vez en cuando de que abramos un colegio nosotras (es decir, Emily, Anne y yo). Tú sabes que he comentado muchas veces lo mucho que me gustaría algo así; pero nunca se me ocurría de dónde podía salir el capital para realizarlo. Sabía perfectamente que mi tía tenía dinero, en realidad, pero siempre consideré que ella era la última persona del mundo que ofrecería un préstamo para el objetivo en cuestión. Sin embargo, ahora nos lo ha ofrecido, o, mejor dicho, ha insinuado que podría hacerlo siempre y cuando consiguiéramos alumnas, un emplazamiento idóneo, etc. Esto parece muy razonable, pero aún hay asuntos a considerar que enfrían bastante todo el proyecto. No cuento con que mi tía entierre más de 150 libras en la empresa; ¿y sería posible establecer un colegio respetable (en modo alguno ostentoso) y empezar a funcionar con un capital así? Plántele la pregunta a tu hermana si crees que puede contestarla; si no, no le digas nada sobre el tema. En cuanto a endeudarnos, es algo que ninguna de nosotras podemos concebir de momento. No nos importa lo modesto y humilde que sea el comienzo siempre que se haga con una base firme y segura. Considerando todos los lugares posibles e imposibles en que podríamos establecer el colegio he pensado en Burlington. ¿Recuerdas si había allí algún otro centro además del de la señorita —? Se trata de una idea muy vaga e incierta, claro. Hay mil razones que la hacen absolutamente irrealizable. No tenemos contactos ni conocidos allí; queda lejos de casa, etc. De todos modos, yo creo que hay mucho más campo libre en la región oriental que aquí. Pero habrá que indagarlo y sopesarlo muy bien antes de decidirse por algún sitio; y me temo que llevará mucho tiempo realizar cualquier plan [...] Escríbeme en cuanto puedas. Yo no dejaré mi trabajo actual hasta que mis proyectos para el futuro adquieran una forma más sólida y definitiva.

Quince días después, vemos que la semilla se había sembrado y que brotaría de ella un plan que iba a influir materialmente en su vida futura.

7 de agosto de 1841

Es sábado por la noche; ya he acostado a los niños. Ahora puedo sentarme a contestar tu carta. Estoy sola otra vez, ama de llaves e institutriz, porque el señor y la señora — se han ido a —. A decir verdad, aunque me siento sola mientras están fuera, es con mucho cuando lo paso

mejor. Los niños están bastante controlados, las criadas son muy consideradas y atentas conmigo y la ausencia del señor y la señora me libera de la obligación de tener que esforzarme siempre para mostrarme alegre y sociable. Por lo que parece, Martha — está disfrutando de grandes privilegios; y lo mismo Mary, pues te sorprenderá saber que vuelve inmediatamente al continente con su hermano; pero no para quedarse allí, sino para pasar un mes de viaje y esparcimiento. He recibido una carta larga de Mary, y un paquete con un regalo, un pañuelo de seda negra precioso y unos guantes de cabritilla muy bonitos, comprados en Bruselas. El regalo me complació mucho en cierto modo; por supuesto, me complació que se acordaran de mí estando tan lejos, entre el bullicio de una de las capitales más espléndidas de Europa; y, sin embargo, me molestó aceptarlo. Supongo que no les sobra el dinero para sus gastos personales. Preferiría que me hubieran demostrado su cariño con un regalo menos caro. Mary me hablaba en sus cartas de los cuadros y las catedrales que ha visto, los cuadros más espléndidos, las catedrales más venerables. No sé lo que se apoderó de mí: una impaciencia tan impetuosa por la reclusión y el trabajo constante; un deseo tan fuerte de alas, alas como las que la riqueza puede proporcionar; una ansia tan imperiosa de ver, de saber, de aprender; fue como si algo interior se expandiera físicamente un instante. La conciencia de facultades no ejercitadas me torturó, luego todo se derrumbó y perdí la esperanza. No le confesaría eso a nadie más que a ti, cariño; y a ti, mejor en una carta que de viva voce. Esas emociones absurdas y rebeldes sólo fueron momentáneas; las sofoqué en cinco minutos. Espero que no vuelvan, porque fueron muy dolorosas. El proyecto de que te hablé sigue estancado y creo que seguirá así de momento; pero Emily, Anne y yo lo tenemos presente. Es nuestra estrella polar y acudimos a él en todos los momentos de abatimiento. Empiezo a creer que el tono de la carta te hará creer que me siento desgraciada. No es así en absoluto; todo lo contrario, sé que mi situación es privilegiada para una institutriz. Lo que me desanima y me agobia a veces es el convencimiento de que no estoy dotada para ello. Si sólo tuviera que enseñar resultaría cómodo y fácil; pero lo penoso es el hecho de vivir en casas ajenas, sin poder manifestar tu propio carácter y adoptando una apariencia fría, rígida e impasible. No menciones a nadie de momento nuestro proyecto del colegio. Un proyecto que no se ha iniciado realmente siempre es incierto. Escríbeme a menudo, querida Nell; sabes muy bien cuánto aprecio tus cartas. Tu «afectuosa hija» (ya que has decidido llamarme así).

C. B.

P.D. Estoy bien de salud, no creas que no; pero siento una pena muy grande (tengo que decírtelo aunque me proponía no hacerlo). Se trata de Anne; tiene que soportar tanto, muchísimo más de lo que haya soportado yo nunca. Cuando pienso en ella, la imagino siempre como a una desconocida paciente y acosada. Conozco la susceptibilidad oculta de su carácter cuando hieren sus sentimientos. Me gustaría poder estar con ella, consolarla un poco. Es más solitaria y tiene menos capacidad para hacer amistades incluso que yo. En fin, dejémoslo.

Charlotte podía soportar mucho; pero no podía aguantar con paciencia los pesares de otros, sobre todo los de sus hermanas; y una vez más, de las dos hermanas, le resultaba insoportable la

idea de que la pequeña, tan bondadosa y tan joven, sufriera sola y paciente. Había que hacer algo. No importaba lo lejos que quedara el fin deseado. Todo lo que no fuera hacer algo por conseguirlo sería tiempo perdido. Un colegio supondría disponer de algo de tiempo libre al día, que no controlaría nadie más que su propio sentido del deber; supondría que las tres hermanas, que se amaban con tan profundo afecto, podrían vivir juntas bajo el mismo techo y, aun así, ganarse el propio sustento; y supondría sobre todo que ella podría velar por las dos, cuya vida y felicidad eran más importantes que las propias. Pero la temblorosa impaciencia no debía llevarla a dar un paso precipitado e imprudente. Indagó en todas las direcciones posibles las posibilidades de éxito que podría tener un colegio nuevo. Pero en todas partes parecía haber más centros de los que podían sobrevivir como el que querían abrir ellas. ¿Qué podían hacer? Tendrían que ofrecer otras ventajas. ¿Pero cómo? Ellas tenían ideas, fuerza e información. Pero éstas no son calificaciones que puedan incluirse en un boletín de información. Sabían un poco de francés; suficiente para leer con fluidez, pero no para competir en su enseñanza con profesores nativos o profesionales. Emily y Anne sabían un poco de música; pero tampoco era seguro que sin más instrucción pudieran dar clases.

Precisamente entonces, la señorita Wooler estaba pensando en dejar su colegio de Dewsbury Moor; y ofreció cedérselo a sus antiguas alumnas, las hermanas Brontë. Una hermana suya se había encargado de la dirección desde la época en que Charlotte había sido profesora allí; pero el número de alumnas había disminuido; y si se hacían cargo las hermanas Brontë tendrían que conseguir que recuperara su anterior prosperidad. También eso les exigiría una preparación de la que carecían de momento, pero que Charlotte creía que podían conseguir. Decidió seguir por ese camino y no descansar hasta que encontrara la solución. Con la forzada serenidad del entusiasmo contenido que marca con el brillo del deseo cada palabra, escribió esta carta a su tía:

29 de septiembre de 1841

Querida tía:

No sé nada de la señorita Wooler desde que le escribí dándole a entender que aceptaría su oferta. No puedo imaginar cuál puede ser la razón de tan prolongado silencio, a menos que haya surgido algún obstáculo imprevisto para cerrar el trato. Entretanto, el señor y la señora — (los padres de sus alumnos) y otros han planteado y aprobado un plan que quiero explicarte. Mis amigos me aconsejan que si quiero asegurar el éxito permanente, demore lo del colegio otros seis meses y consiga como sea pasar ese tiempo estudiando en el continente. Dicen que en Inglaterra hay tantos colegios y la competencia es tan grande que sin hacer algo así para conseguir una ventaja la lucha será muy ardua y al final podría fracasar. También dicen que el préstamo de 100 libras que tú tan bondadosamente nos has ofrecido quizá no sea necesario ahora, porque la señorita Wooler nos cedería el mobiliario; y que si el propósito es que el negocio sea bueno y tenga éxito, habría que invertir la mitad de esa suma de la forma que he mencionado, asegurando así una amortización más rápida tanto del interés como del capital principal.

Yo no iría a Francia ni a París. Iría a Bruselas, en Bélgica. El viaje no subiría más de cinco libras, y vivir allí cuesta poco más de la mitad que en Inglaterra, y los centros de enseñanza son iguales o mejores que las de cualquier otro país de Europa. En medio año podría dominar el

francés. Podría perfeccionar mucho el italiano e incluso aprender algo de alemán; es decir, siempre que mi salud siga siendo tan buena. Mary está ahora en Bruselas, en un colegio de primera. Yo no pienso ir al Château de Kokleberg en que está ella, porque los precios allí son demasiado altos; pero si le escribiera, ella podría con la ayuda de la señora Jenkins, esposa del capellán británico, conseguirme una residencia decente y barata y protección respetable. Tendría ocasión de verla con frecuencia; ella me enseñaría la ciudad; y con la ayuda de sus primos, seguramente me presentarían conocidos mucho más edificantes, refinados y cultos que nadie que conozca.

Esas ventajas resultarían muy beneficiosas cuando abriéramos el colegio; y si Emily las compartiera conmigo podríamos conseguir luego una situación que ahora no está a nuestro alcance. Digo Emily en lugar de Anne; porque Anne podría hacerlo posteriormente si el colegio funcionara. Mientras te escribo, estoy segura de que comprenderás la conveniencia de lo que digo. Siempre te ha gustado invertir tu dinero de la forma más ventajosa. No te gusta hacer malas adquisiciones; y cuando concedes un favor sueles hacerlo a lo grande; y según eso, cincuenta o cien libras así invertidas estarían bien empleadas. Por supuesto, no conozco a ningún otro amigo en el mundo a quien pueda recurrir para esto más que a ti. Estoy absolutamente convencida de que si tuviéramos esa oportunidad, sería la solución definitiva para nosotras. Quizá a papá le parezca un plan disparatado y ambicioso. ¿Pero quién ha mejorado sin ambición? Cuando él dejó Irlanda para estudiar en la Universidad de Cambridge, tenía tanta ambición como yo ahora. Quiero que triunfemos todos. Sé que tenemos talento y quiero que lo empleemos bien. Cuento contigo para que nos ayudes, tía. Creo que no te negarás a hacerlo. Y sé que si accedes, nunca te arrepentirás de tu bondad por culpa mía.

Charlotte escribió esta carta en la casa en que residía como institutriz. La respuesta tardó un poco en llegar. El padre y la tía tenían mucho que discutir detenidamente en la rectoría de Haworth. Al fin dieron su consentimiento. Sólo entonces y no antes confió Charlotte el plan a su amiga íntima. No era de las que hablan demasiado de los proyectos mientras no son seguros, ni de sus empeños en el campo que sea mientras su resultado es incierto.

2 de noviembre de 1841

Empecemos a pelear. En primer lugar, tengo que considerar si iniciaré las operaciones a la defensiva o a la ofensiva. Creo que a la defensiva. Dices, y lo entiendo perfectamente, que te sientes dolida por una aparente falta de confianza por mi parte. Te has enterado por terceros y no por mí de la propuesta de la señorita Wooler. Eso es cierto. He estado meditando planes importantes para mis futuras posibilidades. Nunca he intercambiado contigo una carta sobre el tema. También es cierto. Parece una conducta extraña en una buena y querida amiga de hace tanto tiempo que nunca te había decepcionado. Muy cierto. No puedo pedirte perdón por ese comportamiento; la palabra perdón entraña la confesión de una falta y yo no creo haberla cometido. La pura verdad es que ni estaba ni estoy aún segura de mi destino. Muy al contrario, he estado muy insegura, perpleja con las propuestas y los planes contradictorios. Como te he dicho muchas veces, no tengo un momento libre; pero he tenido que escribir muchas cartas que era

absolutamente necesario que escribiera. Y sabía que no tenía sentido escribirte entonces explicándote que me hallaba sumida en la duda y la incertidumbre, esperando una cosa, temiendo la otra, preocupada, impaciente por hacer lo que parecía imposible. Y cuando pensaba en ti durante todo ese tiempo, lo hacía con la resolución de que te lo contaría todo en cuanto se despejara el camino y hubiera alcanzado mi grandioso objetivo. Si pudiera, trabajaría siempre en silencio y a oscuras y dejaría que mis obras se conocieran por los resultados. La señorita W. me propuso amablemente que fuera a Dewsbury Moor e intentara reactivar el colegio que ha dejado su hermana. Se ofreció a dejar el mobiliario como compensación por su manutención. Acogí la propuesta cordialmente al principio y me dispuse a hacer todo lo posible para tener éxito; pero ya se había encendido en el fondo de mi corazón un fuego que no podía sofocar. Anhelaba aumentar mis conocimientos, ser un poco mejor de lo que soy; te di un atisbo de lo que sentía en una de mis cartas anteriores, sólo un atisbo; Mary echó más leña al fuego; me alentó y me animó a seguir adelante con su lenguaje fuerte y vigoroso. Deseaba ir a Bruselas, ¿pero cómo conseguirlo? Deseaba que al menos una de mis hermanas compartiera conmigo ese privilegio. Decidí que fuera Emily. Se lo merecía, lo sabía. ¿Cómo podría conseguirlo? En el colmo del nerviosismo escribí a casa una carta. En ella pedía ayuda a mi tía, que me contestó accediendo. Las cosas aún están por decidir; pero basta saber que tenemos una posibilidad de estudiar en Bruselas durante medio año. Dewsbury Moor ha quedado descartado. Y quizá sea una suerte, porque es un lugar lóbrego y oscuro, inadecuado para un colegio. En mi fuero interno, creo que no hay motivo para lamentarlo. Mis planes para el futuro se reducen a este propósito: si llego alguna vez a Bruselas y la salud me acompaña, haré cuanto esté en mi mano para aprovechar al máximo todas las ventajas a mi alcance. Cuando transcurra el medio año, haré lo que pueda.

* * *

Te aseguro que no soy voluble aunque naciera en abril, el mes de lluvias y de sol. Mi ánimo es irregular, a veces hablo con vehemencia y a veces no suelto prenda; pero mi estima por ti es constante y si dejas que pasen el nublado y el aguacero, ten por seguro que el sol está siempre detrás, oculto, pero real.

Charlotte dejó el trabajo de institutriz en Navidad, tras una despedida de sus patronos que al parecer la afectó y la conmovió. «Me trataron muy bien —fue su comentario tras dejar a la familia—. No me lo merecía.»

Los cuatro hermanos esperaban reunirse en la casa paterna en diciembre de ese año. Branwell contaba con un breve permiso en su trabajo de empleado del Ferrocarril de Leeds y Manchester, en el que llevaba trabajando cinco meses. Anne llegó antes del día de Navidad. Había desempeñado tan bien su difícil trabajo que los señores le habían pedido encarecidamente que volviera, aunque ella les había comunicado su decisión de dejarlos; debido en parte al riguroso trato que había recibido y, en parte, porque juzgaron conveniente que ella se quedara en casa mientras sus hermanas estaban en Bélgica, por la edad de las otras tres personas que quedaban en la rectoría.

Escribieron algunas cartas, sopesaron bien todos los planes en casa y al final, teniendo en

cuenta los informes que recibieron sobre las desalentadoras condiciones de los colegios de Bruselas, decidieron que sería mejor que Charlotte y Emily fueran a un centro de Lille, en el norte de Francia, que les recomendaron Baptist Noel⁵⁹ y otros clérigos. En realidad, a finales de enero habían decidido que saldrían hacia allí al cabo de tres semanas, acompañadas por una dama francesa que estaba entonces de visita en Londres. Las condiciones eran 50 libras por alumna, sólo la pensión y el francés, aunque esta suma daba derecho a una habitación independiente; sin este lujo, era menos. Charlotte escribe:

20 de enero de 1842

Mi tía ha sido muy amable accediendo a darnos una suma extra para que dispongamos de una habitación independiente. Será un gran privilegio en muchos sentidos. Lamento el cambio de Bruselas por Lille por muchas razones, sobre todo porque no veré a Martha. Mary ha sido infatigablemente bondadosa proporcionándome información. No ha escatimado molestias ni mucho menos gastos para hacerlo. Vale un potosí. En realidad, tengo dos amigas excelentes (tú y ella), en cuya fidelidad y sinceridad confío tanto como en la Biblia. Os he molestado a ambas, sobre todo a ti; pero siempre me avergonzáis devolviéndome bien por mal. Últimamente he tenido que escribir cartas a Bruselas, a Lille y a Londres. He tenido que hacer montones de camisas, camisones, pañuelos de bolsillo y bolsos, además de arreglar vestidos. Llevo todas las semanas desde que llegué a casa esperando ver a Branwell y todavía no ha podido venir. Pero vendrá sin falta el próximo sábado. ¿Cómo voy a poder ir a verte en esta situación? Me torturas mortalmente hablándome de conversaciones junto al fuego. Cuenta con que será imposible durante los largos meses venideros. Tengo una curiosa impresión de vejez en la cara; seguro que cuando volvamos a vernos llevaré gafas y toca.

CAPÍTULO XI

Desconozco las razones por las que descartaron el plan de Lille. Bruselas había interesado a Charlotte desde el principio; y habían abandonado la idea de ir allí antes que a ningún otro lugar porque los informes que les dieron de los colegios indicaban que eran de segunda categoría. Charlotte alude en sus cartas a la señora Jenkins, esposa del capellán de la embajada británica. A petición del hermano del mismo (un clérigo que vivía a pocos kilómetros de Haworth y que conocía el señor Brontë), ella había hecho indagaciones y finalmente, tras cierto desánimo en la búsqueda, le hablaron de un colegio que parecía recomendable en todos los aspectos. Había cierta señora inglesa que había vivido con la familia Orléans durante sus diversos cambios de fortuna y que, cuando la princesa Luisa se casó con el rey Leopoldo I de Bélgica, la acompañó a Bruselas en calidad de lectora. Esa dama tenía una nieta que estudiaba en el internado de *madame* Heger; y tan contenta estaba la abuela con la enseñanza que recibía que hizo grandes elogios del colegio a la señora Jenkins; y, en consecuencia, se decidió que si las cuotas eran asequibles, podrían ir allí Charlotte y Emily. El señor Heger me comunica que cuando recibieron una carta de Charlotte pidiéndoles datos muy concretos sobre la suma que supondría lo que suele denominarse «extras», él y su esposa quedaron tan impresionados por el tono serio y sencillo de la carta, que se dijeron el uno al otro: «Se trata de las hijas de un pastor inglés, de ingresos módicos, deseosas de aprender con la idea de instruir después a otros, y para quienes el riesgo de gastos adicionales tiene suma importancia. Indiquémosles una cantidad concreta que incluya todos los gastos».

Así lo hicieron; llegaron a un acuerdo y las hermanas Brontë se dispusieron a dejar su condado natal por primera vez en su vida, si exceptuamos la estancia de triste memoria en Cowan Bridge. El señor Brontë decidió acompañar a sus hijas. Mary y su hermano, que eran expertos en los viajes al extranjero, también fueron con ellos. Charlotte vio por primera vez Londres el poco tiempo que pararon allí; y por un comentario que hace en una de sus cartas posteriores creo que todos se alojaron en la Chapter Coffee House de Paternoster Row, una fonda extraña y anticuada de la que volveré a hablar.

El señor Brontë acompañó a sus hijas a la Rue d'Isabelle en Bruselas; pasó la noche en casa del señor Jenkins y regresó inmediatamente a su agreste pueblo de Yorkshire.

¡Qué diferente del mismo tuvo que parecer la capital belga a las dos jóvenes que quedaron allí! Ellas, que sufrían tanto con cualquier trato extraño e inusual, alejadas de su amado hogar y de sus queridos páramos, se apoyaron en su indomable voluntad. Éstas son las palabras de Charlotte con relación a Emily:

Estudió sola con diligencia y perseverancia hasta los veinte años, y entonces me acompañó a un colegio del continente. Siguieron el mismo sufrimiento y el mismo problema, acentuados por el fuerte rechazo de su recto espíritu herético e inglés al blando jesuitismo del sistema católico y extraño. Pareció decaer una vez más, pero esta vez se recuperó gracias a su firme resolución:

consideró con remordimiento y vergüenza su fracaso anterior y decidió superarlo, pero pagó cara su victoria. No se sintió feliz hasta que transportó los conocimientos adquiridos con tanto esfuerzo al remoto pueblo inglés, a la vieja rectoría y a las desoladas montañas del condado de York.

Necesitaban y querían aprender. Habían ido a aprender. Y aprendieron. Cuando tenían un objetivo claro que conseguir conjuntamente con las otras alumnas, se desinhibían completamente; en todos los demás momentos eran muy tímidas. La señora Jenkins me ha contado que las invitó a pasar los domingos y los días de fiesta con ella hasta que se dio cuenta de que aquellas visitas les causaban más pesar que gozo. Emily casi nunca pronunciaba más que un monosílabo. Charlotte a veces se emocionaba hasta el punto de hablar bien y con elocuencia sobre determinados temas; pero antes de empezar, tenía la costumbre de darse la vuelta en la silla hasta que la persona con quien estuviera hablando casi no podía verle la cara.

Y sin embargo había muchas cosas en Bruselas que hacían vibrar su poderosa imaginación. Al fin estaba viendo algo del grandioso mundo antiguo con que había soñado. Las multitudes alegres pasaban a su lado lo mismo que habían recorrido aquellas calles durante siglos con sus distintos atuendos. Cada lugar tenía una historia que se remontaba a los tiempos fabulosos en que San y Jannika, el gigante y la giganta aborígenes, se asomaban por la muralla de doce metros de lo que es hoy la Rue Villa Hermosa, y miraban a los nuevos colonos que los expulsarían del país en que habían vivido desde el diluvio. La grandiosa y solemne catedral de Santa Gúdula, las pinturas religiosas, las sorprendentes imágenes y ceremonias de la iglesia católica, todo ello impresionó mucho a las hermanas, acostumbradas a los muros desnudos y al culto sencillo de la iglesia de Haworth. Y luego se indignaban consigo mismas por haber sido sensibles a esa impresión y sus tenaces corazones protestantes se rebelaron contra la falsa Diosa que las había engañado así.

Hasta el edificio que ocupaban como alumnas en el internado de *madame* Heger tenía su propio séquito fantasmal de espléndidas asociaciones que desfilaba siempre en misteriosa procesión por las habitaciones antiguas y por los sombreados senderos de los jardines. Desde el actual esplendor de la Rue Royale, torciendo junto a la estatua del general Beliard, se ven los cuatro tramos de la escalinata de piedra sobre la Rue d'Isabelle. Las chimeneas de las viviendas de la misma quedan debajo. Frente al primer tramo de escaleras se alza una gran mansión antigua, con un espacioso jardín amurallado detrás y a la derecha. Frente a este jardín y al mismo lado que la mansión y con las grandes ramas de los árboles sobre sus humildes tejados hay una hilera de casitas antiguas y pintorescas, parecidas en nivel y uniformidad a los asilos que suelen verse en las poblaciones rurales inglesas. Parece que las innovaciones de la construcción no han llegado a la Rue d'Isabelle durante los últimos tres siglos. Y, sin embargo, queda a tiro de piedra de las ventanas de la parte de atrás de los grandiosos hoteles de la Rue Royale, construidos y amueblados al más moderno estilo parisino. La Rue d'Isabelle se llamaba el Fossé-aux-Chiens en el siglo XIII. Y las perreras de las jaurías ducales ocupaban el lugar en que se alza hoy día el colegio de la señora Heger. Un hospital (en el amplio sentido antiguo de la palabra) había sucedido a las perreras. Los hermanos de una orden religiosa acogían a los vagabundos y a los pobres, y tal vez también a leprosos, en un edificio de este lugar protegido. Y lo que había sido un foso defensivo se llenó de huertos y huertas durante más de cien años. Luego llegó la hermandad aristocrática de los ballesteros (que exigía a sus miembros demostrar su noble origen intachable durante muchas generaciones para admitirlos en su seno); y una vez admitidos, se les exigía hacer juramento solemne de no dedicar ni un solo minuto de su tiempo libre a ningún otro pasatiempo o ejercicio,

pues tenían que consagrarse por entero a la práctica del noble arte de tiro con ballesta. Se celebraba una vez al año una gran justa bajo el patrocinio de algún santo, al campanario de cuya iglesia se fijaba el ave o imagen del ave que tenía que derribar el vencedor,⁶¹ que era entonces el Roi des Arbalétriers durante el año siguiente, y recibía una condecoración preciosa que llevaba durante doce meses; transcurrido ese tiempo, la devolvía a la hermandad para la próxima justa. Si un ballestero moría siendo «rey», su familia venía obligada a ofrecer la condecoración al santo patrón de la hermandad y a proporcionar otra similar para que compitieran por ella. Esos nobles ballesteros de la Edad Media formaban una especie de guardia armada de las autoridades existentes, y casi siempre tomaban el partido aristocrático antes que el democrático en los numerosos conflictos civiles de las poblaciones flamencas. De ahí que gozaran de la protección de las autoridades y consiguieran fácilmente lugares adecuados y protegidos para sus campos de práctica. Y de ese modo, llegaron a ocupar el antiguo foso y tomaron posesión del gran huerto del hospital que se extendía acogedor y soleado en la hondonada al pie de la muralla.

Pero en el siglo XVI fue necesario construir una calle a través del campo de tiro de los «Arbalétriers du Grand Serment» y, tras muchas demoras, su amada infanta Isabella les convenció de que cedieran la parte de terreno necesaria. Como recompensa por ello, Isabella (que también pertenecía a la hermandad y que había abatido a una ave y había sido reina por ello en 1615) hizo muchos regalos a los *arbalétriers*; y la ciudad, agradecida, cuyo deseo de un camino que llegara más cerca de Santa Gúdula se había visto frustrado durante mucho tiempo por los nobles arqueros, puso a la calle el nombre de la infanta. Y ella, a modo de compensación a los *arbalétriers*, mandó construir una «gran mansión» para ellos en la nueva Rue d'Isabelle. La mansión se construyó frente a su campo de tiro y tenía forma cuadrada. Todavía puede leerse en un rincón de los muros:

PHILLIPPO IIII. HISPAN. REGE. ISABELLA-CLARA-EUGENIA
HISPAN. INFANS.

MAGNAE GULDAE REGINA GULDAE FRATRIBUS POSUIT.

En dicha mansión se celebraban todos los espléndidos banquetes del Grand Serment des Arbalétriers. El ballestero mayor vivía allí para poder ofrecer en todo momento sus servicios a la hermandad. También se celebraban en el gran salón los bailes y fiestas de la corte, a los que no se admitía a los arqueros. La infanta mandó construir otras casas más pequeñas en su nueva calle para que sirvieran de residencia a su *garde noble*; y para su *garde bourgeoise*, una pequeña morada para cada uno, algunas de las cuales aún existen y nos recuerdan los asilos ingleses. La «gran mansión», de forma rectangular; el espacioso salón (donde se celebraron en tiempos los bailes archiduciales, en los que los españoles morenos y serios se mezclaban con la nobleza rubia de Brabante y Flandes) era ahora el aula de un colegio de niñas belgas; el patio de tiro de los ballesteros es hoy el internado de *madame Heger*.

Esta señora contaba para la enseñanza con la ayuda de su esposo, un hombre religioso, bueno y sabio, que me alegro de haber conocido y que me ha facilitado algunos detalles interesantes de los recuerdos de su esposa y de él mismo sobre las hermanas Brontë durante su estancia en Bruselas. Él tuvo más oportunidades de observarlas porque les dio clase de lengua y literatura francesa. Un

breve fragmento de una carta que me ha escrito una dama francesa que reside en Bruselas, muy capacitada para juzgar, demostrará la estima y consideración de que goza el señor Heger.

Je ne connais pas personnellement M. Heger, mais je sais qu'il est peu de caractères aussi nobles, aussi admirables que le sien. Il est un des membres les plus zélés de cette Société de S. Vincent de Paul dont je t'ai déjà parlé, et ne se contente pas de servir les pauvres et les malades, mais leur consacre encore les soirées. Après des journées absorbées tout entières par les devoirs que sa place lui impose, il réunit les pauvres, les ouvriers, leur donne des cours gratuits, et trouve encore le moyen de les amuser en les instruisant. Ce dévouement te dira assez que M. Heger est profondément et ouvertement religieux. Il a des manières franches et avenantes; il se fait aimer de tous ceux qui l'approchent, et surtout des enfants. Il a le parole facile, et possède à un haut degré l'éloquence du bon sens et du coeur. Il n'est point auteur. Homme de zèle et de conscience, il vient de se démettre des fonctions élevées et lucratives qu'il exerçait à l'Athenée, celles de Préfet des Études, parcequ'il ne peut y réaliser le bien qu'il avait espéré, introduire l'enseignement religieux dans le programme des études. J'ai vu une fois Madame Heger, qui a quelque chose de froid et de compassé dans son maintien, et qui prévient peu en sa faveur. Je la crois pourtant aimée et appréciée par ses élèves.

Cuando Charlotte y Emily llegaron al internado en febrero de 1842 había en el mismo de ochenta a cien alumnas.

Según el señor Heger, no sabían nada de francés. Yo supongo que, a efectos de conversación, sabían tanto o tan poco como cualquier joven inglesa que no haya estado nunca en el extranjero y que haya aprendido sintaxis y pronunciación con una profesora inglesa. Las dos hermanas Brontë se aferraban una a la otra y se mantenían apartadas del tropel feliz y bullicioso de alumnas belgas, que ya eran amigas, y a quienes las nuevas estudiantes inglesas les parecieron estrafalarias y asustadas, con sus extrañas ideas insulares sobre el atuendo; porque a Emily le encantaban las mangas jamón, que ya eran feas y ridículas incluso cuando se llevaban, y seguía luciéndolas mucho después de que hubieran pasado de moda. Sus vestidos no tenían curvas ni formas y caían rectos y largos y se le pegaban a la figura desgarbada. Las hermanas no hablaban con nadie si no era imprescindible. Estaban demasiado llenas de ideas serias y de nostalgia para prestarse a conversaciones despreocupadas y a juegos alegres. El señor Heger, que apenas hizo más que observarlas durante las primeras semanas de su estancia en la Rue d'Isabelle, comprendió que su carácter fuera de lo común y su talento extraordinario requerían un método distinto al que empleaba generalmente para la enseñanza del francés a las alumnas inglesas. Parece que consideró a Emily más inteligente incluso que Charlotte, que pensaba lo mismo. Emily tenía una facilidad especial para la lógica y una capacidad de razonamiento insólitas en un hombre y verdaderamente raras en una mujer, según el señor Heger. Mermaba la fuerza de este don su tozudez, que le impedía razonar cuando se trataba de los propios deseos o de su sentido de la justicia. «Tendría que haber sido un hombre, un gran navegador —me dijo el señor Heger—. Su extraordinario raciocinio hubiera deducido nuevas esferas de descubrimiento de las antiguas; y su voluntad fuerte e imperiosa no se habría arredrado ante los obstáculos o las dificultades; jamás habría cedido, a no ser con la vida.» Y sin embargo, por otra parte, su facultad imaginativa era tal que si hubiera

escrito una historia, su descripción de las escenas y de los personajes habría sido tan vívida y convincente y apoyada por tal despliegue argumentativo que habría dominado al lector fueran cuales fuesen sus opiniones previas o sus ideas más tibias sobre la veracidad de la misma. Pero ella parecía egoísta y exigente comparada con Charlotte, que siempre era generosa (éste es el testimonio del señor Heger); y en su afán por complacer a su hermana más pequeña, la mayor le permitía ejercer cierta tiranía inconsciente sobre ella.

El señor Heger lo consultó con su esposa y luego explicó a las nuevas alumnas que se proponía prescindir del método basado en la gramática, el vocabulario, etc., y emplear uno nuevo, similar al que había adoptado algunas veces con sus alumnas belgas y francesas mayores. Se proponía leerles algunas de las obras maestras de los escritores franceses más célebres, como el poema de Casimir Delavigne sobre la *Muerte de Juana de Arco*, fragmentos de Bossuet, la admirable traducción de la noble carta de san Ignacio a los cristianos romanos de la *Bibliothèque Choisie des Pères de l'Église*, etc. Y después de haberles inculcado así el efecto completo del conjunto, analizar con ellas las partes, indicándoles en qué descollaba este o aquel autor y también sus defectos. Creía que tenía que habérselas con alumnas que, por su afinidad con lo intelectual, lo refinado, lo elegante o lo noble, eran capaces de captar el matiz de un estilo y también de describir sus propios pensamientos de forma parecida.

Les expuso su plan y esperó su respuesta. Emily habló primero; y dijo que no veía que pudiera beneficiarlas en absoluto; y que, adoptándolo, perderían toda la originalidad de pensamiento y de expresión. Habría iniciado una discusión sobre el tema, pero el señor Heger no tenía tiempo para ello. Luego habló Charlotte; ella también dudaba del éxito del plan, pero dijo que seguiría el consejo del señor Heger porque estaba obligada a obedecerle mientras fuera su alumna. Antes de hablar de los resultados, sería aconsejable dar un fragmento de una carta que expone algunas de sus primeras impresiones sobre su nueva vida.

Bruselas, 1842 (¿mayo?)

Hace una o dos semanas que cumplí veintiséis años; y en esta época madura de la vida soy una colegiala y en general me siento muy feliz de serlo. Me resultó muy extraño al principio someterme a la autoridad en vez de ejercerla, obedecer las órdenes en lugar de darlas; pero me agrada la situación. He vuelto a ella con la misma avidez que una vaca vuelve al prado después de pasar una temporada alimentándose de heno. No te rías de mi sonrisa. La sumisión es natural en mí, y el mando muy forzado.

Este colegio es grande, tiene unas cuarenta alumnas externas y unas doce internas. La señora Heger, la directora, posee exactamente el mismo temperamento, nivel cultural e inteligencia que la señorita—. Creo que la severidad está un poco atenuada porque no está insatisfecha, y, en consecuencia, tampoco amargada. En resumen, es una señora casada en vez de una señora soltera. Hay tres profesoras en el colegio: mademoiselle Blanche, mademoiselle Sophie y mademoiselle Marie. Las dos primeras no tienen un carácter peculiar. Una es solterona y la otra lo será. Mademoiselle Marie es inteligente y original, aunque de modales repulsivos y arbitrarios, por lo que la detestan todas las alumnas, menos Emily y yo. Hay por lo menos siete maestros que

imparten diferentes asignaturas: francés, dibujo, música, canto, escritura, aritmética y alemán. Todos en el colegio son católicos menos nosotras, otra alumna y la tutora de los hijos de madame, que es inglesa y ocupa un puesto intermedio entre doncella y niñera. La diferencia de patria y religión establece una ancha línea divisoria entre nosotras y las demás. Estamos completamente aisladas a pesar de convivir con tanta gente. Pero creo que nunca me siento desgraciada; mi vida actual es muy agradable y muy acorde con mi carácter, comparada con la de institutriz. Estamos siempre ocupadas y el tiempo pasa demasiado de prisa. Tanto Emily como yo gozamos de buena salud y hemos podido trabajar bien hasta ahora. Hay un individuo de quien todavía no he hablado: el señor Heger, el marido de madame. Es profesor de retórica, y posee una gran capacidad mental pero un temperamento colérico e irritable. Ahora está muy enfadado conmigo porque escribí una traducción que ha decidido calificar de «peu correcte». Eso no me lo ha dicho a mí, sino que lo escribió al margen de mi cuaderno, preguntando con una frase escueta y seca por qué mis redacciones eran siempre mejores que mis traducciones, y añadiendo que le parecía inexplicable. El hecho es que hace unas semanas me prohibió en tono altisonante que consultara diccionarios y gramáticas para traducir los textos más difíciles del inglés al francés. Eso hace bastante ardua la tarea y me obliga a incluir algún que otro término inglés, y casi se le saltan los ojos de la cara cuando lo ve. Emily y él no se llevan nada bien. Emily trabaja como una mula y le ha costado mucho adaptarse, más que a mí. En realidad, quienes asisten a un colegio francés tendrían que haber adquirido previamente un buen conocimiento de la lengua francesa, de lo contrario perderán mucho tiempo, porque el método de enseñanza está adaptado a los nativos y no a los extranjeros; y en estos colegios grandes no van a cambiar su programa normal por una o dos extranjeras. Las pocas clases particulares que el señor Heger se ha dignado darnos supongo que se consideran un gran favor; y ya he advertido que han provocado bastante rencor y envidia en el colegio.

Sé que esta carta te parecerá corta y aburrida; tengo mil cosas que contarte, pero no dispongo de tiempo. Bruselas es una ciudad preciosa. Los belgas odian a los ingleses. Su moral externa es más rígida que la nuestra. Se considera una falta de delicadeza tremenda atarse el corsé sin un pañuelo en el cuello.

El pasaje de esta carta que describe al señor Heger prohibiéndole usar el diccionario o la gramática supongo que se refiere al tiempo que he mencionado en que decidió adoptar un método nuevo de enseñanza del francés, para que captaran el espíritu y el ritmo oyendo y memorizando sus acentos más nobles, en vez de hacerlo mediante el meticuloso y agobiante estudio de las normas gramaticales. Me parece un experimento muy audaz por parte del profesor; pero sin duda él sabía bien lo que hacía; y es evidente que fue un éxito por la redacción de algunos de los *devoirs* que escribió Charlotte por esa época. Para ilustrar esta temporada de cultivo de la mente cedo a la tentación de recurrir a una conversación que mantuve con el señor Heger sobre el método que empleó para formar el estilo de sus alumnas, y dar una prueba de su éxito copiando un *devoir* de Charlotte con las correcciones del profesor.

Él me explicó que aquel verano (cuando las hermanas Brontë llevaban unos cuatro meses dando clases con él), un día les leyó el célebre retrato de Mirabeau, «*mais, dans ma leçon je me*

bornais à ce qui concerne Mirabeau Orateur. C'est après l'analyse de ce morceau, considéré surtout du point de vue du fond, de la disposition, de ce qu'on pourrait appeller la charpente qu'ont été faits les deux portraits que je vous donne». Me explicó también que les había indicado que el defecto del estilo de Victor Hugo era una exageración conceptual, haciéndoles observar al mismo tiempo la extraordinaria belleza de sus «matices» expresivos. Luego tenían que elegir el tema para un retrato similar. El señor Heger les dejaba siempre a ellas esta elección; «pues antes de sentarse a escribir sobre un tema concreto es necesario tener ideas y opiniones sobre el mismo —puntualizó—. Yo no sé qué tema ha conmovido vuestra mente y vuestro corazón. Eso habéis de hacerlo vosotras». Huelga decir que los comentarios al margen son del señor Heger; las redondas de la redacción son de Charlotte, que él sustituye por una expresión más correcta, que aparece entre corchetes.

*IMITATION
Le 31 Juillet, 1842*

PORTRAIT DE PIERRE L'HERMITE

De temps en temps, il paraît sur la terre des hommes destinés à être les instruments [pré-destinés] de grands changements, moreaux ou politiques. Quelquefois c'est un conquérant, un Alexandre ou un Attila, qui passe comme un ouragan, et purifie l'atmosphère moral, comme l'orage purifie l'atmosphère physique; quelquefois, c'est un révolutionnaire, un Cromwell, ou un Robespierre, qui fait expier par un roi ♦ les vices de toute une dynastie; quelquefois c'est un enthousiaste religieux comme Mahométe, ou Pierre l'Ermitte, qui, avec le seul levier de la pensée soulève des nations entières, les déracine et les transplante dans des climats nouveaux, peuplant l'Asie avec les habitants de l'Europe. Pierre l'Ermitte était gentilhomme de Picardie, en France, pourquoi donc n'a-t-il passé sa vie comme les autres gentilhommes ses contemporains ont passé la leur, à table, à la chasse, dans son lit, sans s'inquiéter de Saladin, ou de ses Sarrasins? N'est-ce pas, parcequ'il y a dans certaines natures, une ardeur [un foyer d'activité] indomptable qui ne leur permet pas de rester inactives, qui les force à se remuer afin d'exercer les facultés puissantes, qui même en dormant sont prêtes comme Sampson à briser les noeuds qui les retiennent? Pierre prit la profession des armes; si son ardeur avait été de cette espèce [si il n'avait eu que cette ardeur vulgaire] qui provient d'une robuste santé il aurait [c'eut] été un brave militaire, et rien de plus; mais son ardeur était celle de l'âme, sa flamme était pure et elle s'élevait vers le ciel. Sans doute [Il est vrai que] la jeunesse de Pierre, était [fut] troublée par passions orageuses; les natures puissantes sont extrêmes en tout, elles ne connaissent la tiédeur ni dans le bien, ni dans le mal; Pierre donc chercha d'abord avidément la gloire qu'il se flétrit, et les plaisirs qui trompent, mais il fit bientôt la découverte [bientôt il s'aperçut] que ce qu'il poursuivait n'était qu' une illusion à laquelle il ne pourrait jamais atteindre; il retourna donc sur ses pas, il recommença le voyage de la vie, mais cette fois il évita le chemin spacieux qui mène à la perdition et il prit le chemin étroit qui mène à la vie; puisque [comme] le trajet était long et difficile il jeta la casque et les armes du soldat, et se vêtit de l'habit simple du moine. À la vie militaire succéda la vie monastique, car, les extrêmes se touchent et chez l'homme sincère la sincérité du repentir amène [nécessairement à la suite] avec lui la rigueur de la penitence. [Voilà donc Pierre devena moine!] Mais Pierre [il] avait en lui un principe qui l'empêchait de rester long-temps inactif, ses idées, sur quel sujet qu'il soit [que ce fut] pouvaient pas être bornées; il ne lui suffisait pas que lui-même fût religieux, que lui-même fût convaincue de la réalité de Christianisme (sic) il fallait que toute l'Europe, que toute l'Asie partagea sa conviction et professât la croyance de la Croix. La Piété [fervente] élevée par le Génie, nourrie par la Solitude fit naître une espèce d'inspiration [exalta son âme jusqu'à l'inspiration] dans son ame, et lorsqu'il quitta sa cellule et reparut dans le monde, il portait

Pourquoi cette suppression? les fautes et Ce détail ne convient qu'à Pierre. Inutile, quand vous écrivez en Français. Vous avez commencé à parler de Pierre: vous êtes entrée dans le

comme Moïse l'empreinte de la Divinité sur son front, et tout [tous] reconnurent en lui la véritable apôtre de la Croix. Mahomet n'avait jamais rémué les molles nations de l'Orient comme alors Pierre remua les peuples austères de l'Occident; il fallait que cette éloquence fût d'une force presque miraculeuse qui pouvait [presqu'elle] persuader [ait] aux rois de vendre leurs royaumes afin de procurer [pour avoir] des armes et des soldats pour aider [à offrir] à Pierre dans la guerre sainte qu'il voulait livrer aux infidèles. La puissance de Pierre [l'Ermité] n'était nullement une puissance physique, car la nature, ou pour mieux dire, Dieu est impartial dans la distribution de ses dons; il accorde à l'un de ses enfants la grâce, la beauté, les perfections corporelles, à l'autre l'esprit, la grandeur morale. Pierre donc était un homme, petit d'une physionomie peu agréable; mais il avait ce courage, cette constance, cet enthousiasme, cette énergie de sentiment qui écrase toute opposition, et qui fait que la volonté d'un seul homme devient la loi de toute une nation. Pour se former une juste idée de l'influence qu'exerça cet homme sur les caractères [choses] et les idées de son temps il faut se le représenter au milieu de l'armée des croisés, dans son double rôle de prophète et de guerrier; le pauvre hermite vêtu du pauvre [de l'humble] habit gris est la plus puissant qu'un roi; il est entouré d'une [de la] multitude [abide] une multitude qui ne voit que lui, tandis que lui, il ne voit que le ciel; ses yeux levés semblent dire «Je vois Dieu et les anges, et j'ai perdu de vue la terre! Dans ce moment le [mais ce] pauvre habit [froc] gris est pour lui comme le manteau d'Elijah; il l'enveloppe d'inspiration; il [Pierre] lit dans l'avenir; il voit Jerusalem délivrée; [il voit] le saint sepulchre libre; il voit le croissant argent est arraché du Temple, et l'Oriflamme et la Croix rouge sont établis à sa place; non seulement Pierre voit ces merveilles, mais il les fait voir à tous ceux qui l'entourent, il ravive l'espérance, et le courage dans [tous ces corps épuisés de fatigues et de privations] La bataille ne sera livrée que demain, mais la victoire est décidée ce soir. Pierre a promis; et les Croisés se fient à sa parole, comme les Israélites se fiaient à celle de Moïse et de Josué.

Como retrato similar a éste, Emily eligió la descripción de Harold la víspera de la batalla de Hastings. Me parece que su *devoir* es superior al de Charlotte en fuerza y en imaginación e igual en cuanto al lenguaje; y, si tenemos en cuenta el escaso conocimiento práctico de francés que tenían ambas cuando llegaron a Bruselas en febrero y que escribían sin ayuda de diccionario ni gramática, es verdaderamente excepcional. Comprobaremos los progresos que había hecho Charlotte, en soltura y gracia estilística, un año más tarde.

En la elección de los temas que quedaban a su decisión, ella solía optar por personajes y escenas del Antiguo Testamento, que, según todos sus escritos, conocía muy bien. El pintoresquismo y el colorido (si puedo expresarlo así), la grandeza y amplitud de los relatos bíblicos la impresionaban profundamente. En palabras del señor Heger: «*Elle était nourrie de la Bible*». Cuando el señor Heger les leyó el poema sobre Juana de Arco de Delavigne, Charlotte decidió escribir sobre la «Visión y muerte de Moisés en el monte Nebo». Me sorprendieron mucho

algunas notas del señor Heger cuando analicé este *devoir*. Tras describir con sencillez y calma las circunstancias en que Moisés se despide de los israelitas, su imaginación se anima y se lanza a describir en un tono noble el glorioso futuro del Pueblo Elegido como si contemplando la Tierra Prometida viera su prosperidad con visión profética. Pero antes de llegar al centro de tan brillante descripción se interrumpe para analizar un momento las dudas que se han planteado sobre los relatos milagrosos del Antiguo Testamento. El señor Heger comenta: «Cuando escriba, exponga su razonamiento primero en lenguaje simple y claro; pero cuando suelte las riendas de la imaginación, no las sujete para razonar». Luego, en la visión de Moisés, ve a las doncellas que guían sus rebaños a los pozos al anochecer y las describe portando guirnaldas de flores. Aquí se recuerda a la escritora que es necesario mantener cierta verosimilitud: Moisés podría ver desde lo alto las montañas y las llanuras, los grupos de doncellas y los rebaños de ganado, pero es imposible que distinguiera los detalles del atuendo y los adornos de la cabeza.

El señor Heger pasó a un método más avanzado cuando progresaron: el de la enseñanza sintética. Les leía diversos textos sobre la misma persona o suceso, pidiéndoles que se fijaran en las coincidencias o divergencias. En el segundo caso, les pedía que determinaran el origen de esa diferencia, obligándolas a examinar bien el carácter y posición de cada escritor y cómo podrían haber influido en su punto de vista. Tomemos por ejemplo a Cromwell. El profesor les leyó la descripción que hace del mismo Bossuet en la *Oraison Funèbre de la Reine d'Angleterre*, y les indicó que en la misma se le consideraba, desde un punto de vista religioso, como un instrumento de Dios, destinado a llevar a cabo Su obra. Luego les hizo leer a Guizot, pidiéndoles que observaran que, en opinión del mismo, Cromwell estaba dotado del sumo poder del libre albedrío, pero no se guiaba por motivo más elevado que el de la conveniencia; en cambio, Carlyle consideraba que era un hombre dominado por el intenso y consciente deseo de cumplir la voluntad del Señor. Les pidió luego que tuvieran en cuenta los diferentes puntos de vista sobre el gran Protector del hombre monárquico y del republicano. Y les dijo que tamizaran y recogieran los elementos verdaderos de ambas descripciones contradictorias e intentaran unirlos en un todo perfecto.⁶³

Este ejercicio entusiasma a Charlotte. Le exigía poner en juego sus facultades analíticas, que eran extraordinarias, y enseguida lo dominó.

Las hermanas Brontë eran patrióticas en lo que podían serlo, con el mismo apego tenaz que las hacía sufrir tanto siempre que dejaban Haworth. Eran protestantes hasta la médula en otras cosas además de en su religión, pero sobre todo en eso. Conmovida como se sentía Charlotte por la carta de san Ignacio antes citada, reivindicaba la misma devoción y por el mismo elevado motivo para algunos misioneros de la Iglesia de Inglaterra enviados a trabajar duramente y a morir a la ponzoñosa costa africana, y escribió como «imitación» *Lettre d'un Missionnaire, Sierra Leone, Afrique*.

Se advierte el mismo sentimiento en la carta siguiente:

Bruselas, 1842

No sé si iré a casa en septiembre o no. Madame Heger nos ha hecho una propuesta para que Emily yo sigamos aquí otros seis meses, ofreciéndose a despedir a su profesora de inglés y

contratarme a mí en su lugar; y también emplear a Emily una parte del día en enseñar música a determinado número de alumnas. Por esos servicios nos permitirían continuar nuestros estudios de francés y de alemán, más la pensión, etc., sin pagar por ello; pero no nos ha ofrecido ningún salario. La propuesta está muy bien y en una gran ciudad egoísta como Bruselas, y en un gran colegio egoísta que cuenta casi con noventa alumnas (entre internas y externas) supone un grado de interés que requiere gratitud a cambio. Me siento inclinada a aceptar. ¿Qué te parece? No negaré que a veces deseo estar en Inglaterra, ni que tengo breves ataques de nostalgia. Pero en conjunto lo he sobrellevado muy animosamente hasta ahora. Y he sido feliz en Bruselas porque he estado siempre ocupada en cosas que me gustan. Emily está progresando mucho en francés, alemán, música y dibujo. Monsieur y madame Heger empiezan a reconocer los aspectos valiosos de su carácter bajo sus peculiaridades. Si hubiera que determinar el carácter nacional belga por el de la mayoría de las alumnas de este colegio, yo diría que es excepcionalmente frío, egoísta, animal e inferior. Son muy rebeldes y díscolas con los profesores; y sus principios están absolutamente corrompidos. Nosotras las eludimos, lo cual no es complicado porque llevamos encima el estigma del protestantismo y del anglicismo. La gente habla del peligro a que se exponen los protestantes cuando van a vivir a países católicos, donde corren el riesgo de cambiar de fe. Mi consejo a todos los protestantes que sientan la tentación de cometer la torpeza de hacerse católicos es que crucen el mar hasta el continente; que asistan a misa con diligencia durante un tiempo; que se fijen bien en las mascaradas; también en el aspecto estúpido y materialista de los sacerdotes; y luego, si todavía están dispuestos a considerar el papismo a una luz que no sea la de la más burda e infantil patraña, que se hagan papistas de inmediato; eso es todo. Considero el metodismo, el cuaquerismo y los extremismos de la baja y la alta iglesia estúpidos, pero el catolicismo se lleva la palma. Te diré, sin embargo, que también hay algunos católicos tan buenos como cualquier cristiano para quien la Biblia sea un libro sellado, e incluso mejores que muchos protestantes.

Las hermanas Brontë habían ido a Bruselas con la intención de permanecer allí seis meses o hasta las *grandes vacances* de septiembre. Las actividades del colegio se interrumpían entonces seis semanas o dos meses y parecía el momento adecuado para su regreso. Pero la propuesta mencionada en la carta anterior alteró sus planes. Además, las satisfacía la sensación de que estaban avanzando en todos los conocimientos que siempre habían anhelado adquirir. También les alegraba tener amigos cuya compañía había sido tan agradable durante años; y en sus esporádicos encuentros podían disfrutar del inefable solaz para quienes residen en un país extranjero (muy especialmente para las Brontë) de comentar las noticias recibidas de sus respectivos hogares, recordar el pasado y hacer planes para el futuro. Mary y su hermana, la vivaracha, bailadora y risueña Martha, estaban internas en un colegio que quedaba fuera de las murallas de Bruselas. Además, los primos de estas amigas vivían en la ciudad; y Emily y Charlotte siempre eran bien recibidas en su casa, aunque su abrumadora timidez impedía que se conocieran sus cualidades más valiosas, y en general las hacían guardar silencio. Pasaron los fines de semana con esta familia durante meses; pero Emily seguía siendo tan cerrada a las manifestaciones amistosas al final como al principio; y Charlotte estaba demasiado débil físicamente para (según expresión de Mary)

«aunar fuerzas suficientes» para manifestar cualquier diferencia de opinión u oposición, y adoptaba una actitud aquiescente y deferente extrañamente desacorde con la Charlotte inteligente y resuelta que conocían. Las hermanas T. y las hermanas Brontë podían encontrarse con mucha frecuencia en esta casa. Había otra familia inglesa que pronto invitó y acogió muy bien a Charlotte, y creo que ella se sentía más cómoda en su casa que en la de la señora Jenkins o con los amigos que ya he mencionado.

Un médico inglés que tenía muchas hijas había fijado su residencia en Bruselas a fin de que las jóvenes estudiaran allí. Se inscribieron en el colegio de *madame* Heger en julio de 1842, menos de un mes antes de que empezaran las *grandes vacances* el 15 de agosto. Para aprovechar mejor el tiempo y habituarse al idioma, estas hermanas inglesas asistieron durante las vacaciones a diario al colegio de la Rue d'Isabelle. Se habían quedado otras seis u ocho alumnas además de las hermanas Brontë. Pasaron allí todo el tiempo sin visitar nunca a una amiga para romper la monotonía; se dedicaron con infatigable diligencia a sus estudios. Su posición en el elogio pareció a las nuevas estudiantes análoga a la que suele denominarse residente. Preparaban su francés, dibujo, alemán y literatura para sus diversos maestros; y a estas ocupaciones Emily añadía la de música, en la que era muy competente; tanto como para dar clases a las tres hermanas menores de mi informante.

En el colegio había tres cursos. En primero había de quince a veinte alumnas; en segundo, la media era de sesenta, todas externas menos las hermanas Brontë y otra. En tercero había veintitantas o treinta alumnas. El primero y el segundo curso ocupaban una aula muy grande dividida por un tabique de madera: en cada lado había cuatro hileras grandes de pupitres; y al fondo estaba la *estrade* o plataforma del profesor. En la última fila, la más tranquila, se sentaban Charlotte y Emily, una al lado de la otra, tan concentradas en sus estudios que no advertían ningún ruido o movimiento a su alrededor. El horario de clase era de nueve a doce (hora del almuerzo), en que las internas y las mediopensionistas, unas treinta y dos alumnas, quizá, iban al refectorio (donde había dos mesas alargadas con una lámpara de aceite sobre cada una) a tomar pan y fruta; las externas se llevaban el almuerzo de casa y lo tomaban en el jardín. De una a dos hacían labor y una alumna leía en voz alta literatura ligera en cada aula; de dos a cuatro volvían a dar clase. A las cuatro, las externas se marchaban a casa; y las internas cenaban en el refectorio. El señor y la señora Heger presidían la mesa. De cinco a seis había recreo; de seis a siete, estudio, preparaban las clases; y después de eso, la *lecture pieuse*, la pesadilla de Charlotte. Algunas veces acudía el señor Heger y sustituía el libro por uno más interesante. A las ocho tomaban un refrigerio ligero a base de agua y *pistolets* (los deliciosos panecillos de Bruselas), a lo que seguían inmediatamente las oraciones; y luego se acostaban.

El dormitorio principal quedaba sobre el aula grande. Había seis o siete camas estrechas a cada lado, cada una rodeada de su cortina blanca; y debajo de cada una, un cajón que servía de armario ropero; y entre una y otra, un palanganero, con aguamanil, palangana y espejo. Las dos camas de las hermanas Brontë quedaban al fondo del dormitorio, casi tan privadas y retiradas como si estuvieran en otra habitación.

Las alumnas pasaban las horas de recreo en el jardín, y Charlotte y Emily paseaban siempre juntas y generalmente guardaban un profundo silencio; Emily era mucho más alta, pero se

apoyaba en su hermana. Charlotte siempre contestaba cuando le hablaban y siempre tomaba la iniciativa, replicando cuando se dirigían a ambas. Emily casi nunca hablaba con nadie. La actitud afable y tranquila de Charlotte nunca cambiaba. Nadie la vio perder la calma ni un momento; y alguna que otra vez, cuando ocupó el puesto de profesora de inglés y la impertinencia o la falta de atención de sus alumnas era más irritante, un ligero rubor, un momentáneo centelleo de los ojos y una actitud claramente más enérgica eran los únicos signos externos de que se daba cuenta de la provocación. Pero esta digna entereza suya contenía a las alumnas mucho más que las largas diatribas de otras profesoras. Mi informante añade: «El efecto de esta actitud era singular. Yo hablo por mi experiencia personal. Yo era entonces muy vehemente e impetuosa y no respetaba a mis profesoras de francés; pero, para mi gran asombro, una sola palabra suya y me volví absolutamente dócil; tanto que al final el señor y la señora Heger preferían comunicarme lo que fuera siempre por mediación de ella; quizá las otras alumnas no la quisieran tanto como yo, era muy tranquila y callada, pero todas la respetaban».

A excepción de la parte sobre su actitud como profesora de inglés (cargo que no desempeñaría hasta algunos meses más adelante) toda esta descripción de la vida de las dos hermanas Brontë se refiere al inicio del nuevo curso escolar en octubre de 1842; y los fragmentos que he citado expresan la primera impresión de la vida en un colegio extranjero y la posición de las hermanas Brontë en el mismo de una joven inglesa de dieciséis años inteligente.

La primera interrupción de esta vida de obligaciones y trabajos regulares fue triste y dolorosa. Martha (la encantadora, guapa, pícara y traviesa Martha) cayó enferma en Château de Kokleberg. Su hermana la cuidó con ternura; pero todo fue en vano; murió a los pocos días. Charlotte explica brevemente este suceso:

No supe nada de la enfermedad de Martha T. hasta el día antes de su muerte. Me apresuré a ir a Kokleberg a la mañana siguiente (sin saber lo grave que estaba) y me dijeron que todo había terminado. Había muerto durante la noche. Trasladaron a Mary a Bruselas. La he visto con frecuencia desde entonces. No está en absoluto abatida por el suceso; pero mientras Martha estuvo enferma fue más que una madre para ella, más que una hermana: la atendió y la cuidó con ternura y devoción inquebrantables. Ahora está tranquila y seria; sin arrebatos de emoción intensa; sin exageración de sufrimiento. He visto la tumba de Martha, el lugar en que reposan sus cenizas en un país extranjero.

¿Quién no recuerda, si ha leído *Shirley*, las líneas (quizá media página) de triste memoria?

Él no piensa en absoluto que la pequeña Jessy vaya a morir joven, ella que es tan alegre y parlanchina; perspicaz, original incluso ahora; vehemente cuando la provocan, pero muy afectuosa cuando la miman; a ratos amable y a ratos desconcertante; no teme a nadie [...] sin embargo, confía en cualquiera que la ayude. Jessy, con su menudo rostro de diablillo, su cháchara envolvente y su simpatía, está destinada a ser la niña de los ojos de papá.

¿Conoce este sitio? No, nunca lo había visto; pero reconoce estos árboles, este follaje: el ciprés, el sauce, el tejo. Las cruces de piedra como éstas no le son desconocidas, tampoco estas sombrías guirnaldas de siemprevivas. Aquí está el lugar —cubierto de césped y con una lápida de mármol gris— bajo el que yace Jessy. Murió un día de abril; amó mucho y fue muy amada. A menudo, en su corta vida, derramó lágrimas, tuvo frecuentes pesares; sonrió entre uno y otro, alegrando cuanto tocaba. Su muerte fue tranquila y feliz en los protectores brazos de su hermana, pues Rose había sido su sostén y su defensa frente a muchas y duras pruebas; las dos jóvenes inglesas, una moribunda, otra que velaba, se vieron en aquella hora solas en un país extranjero, y en el suelo de aquel país halló Jessy su sepultura.

** * **

Sin embargo, no escribiré más sobre ti, Jessy. Es otoño y la noche es húmeda y desapacible. Sólo hay una nube en el cielo; pero lo cubre de extremo a extremo. El viento no descansa: pasa veloz y sollozante sobre las colinas de lúgubre perfil, descoloridas bajo el crepúsculo y la niebla. La lluvia ha caído todo el día sobre la torre de la iglesia [Haworth], que se eleva negra en medio del pétreo recinto de su cementerio; las ortigas, la hierba alta y las tumbas chorrean agua. Esta noche me recuerda demasiado vívidamente otra noche de hace algunos años: era también una noche de otoño envuelta en una furiosa tormenta, en la que cierta persona, que aquel día había peregrinado hasta una tumba recién excavada en un cementerio herético, estaba sentada ante el fuego de leña de la chimenea de una morada extranjera. Todos estaban alegres y disfrutaban de la compañía, pero sabían que se había creado un vacío en su círculo que nunca volvería a llenarse. Sabían que habían perdido algo cuya ausencia no llegaría a compensarse por mucho que vivieran, sabían que una densa cortina de lluvia empapaba la tierra ya mojada que cubría a su amor perdido, y que la tempestad triste y ululante se lamentaba sobre su cabeza enterrada. El fuego los calentaba, aún tenían el don de la vida y la amistad, pero Jessy yacía helada y solitaria; sólo la tierra la protegía de la tormenta.

Ésa fue la primera muerte que ocurría en el pequeño círculo de amigos íntimos de Charlotte desde la pérdida de sus dos hermanas, hacía ya mucho tiempo. Se sentía sumida en su profunda condolencia por Mary cuando llegaron noticias de Haworth: su tía, la señorita Branwell estaba enferma, muy grave. Emily y Charlotte decidieron ir a casa sin demora y prepararon rápidamente el equipaje; no sabían si volverían alguna vez a Bruselas ni si sus relaciones con el señor y la señora Heger y el colegio tendrían continuidad. Cuando estaban a punto de salir a la mañana siguiente de haber recibido la noticia de la enfermedad de su tía llegó otra carta en la que les comunicaban que había muerto. Lo habían dispuesto todo para hacer el viaje lo más rápidamente posible, y la segunda carta no podía apresurar sus movimientos. Embarcaron en Amberes. Viajaron noche y día y llegaron a casa un martes por la mañana. Ya había pasado el entierro y todo y encontraron al señor Brontë y a Anne sentados juntos en silencio, afligidos por la pérdida de quien había cumplido su función en su hogar durante casi veinte años y se había ganado el cariño y el respeto de muchos, que nunca supieron cuánto la echarían de menos hasta que se murió. Legó el pequeño capital que había acumulado a fuerza de frugalidad y sacrificio a sus sobrinas. Branwell, su preferido, tenía que haber recibido su parte; pero la buena anciana se disgustó tanto por su despilfarro que había suprimido su nombre del testamento.

Cuando pasó el primer golpe, las tres hermanas empezaron a disfrutar plenamente del consuelo de estar juntas de nuevo después de la separación más larga de toda su vida. Tenían muchas cosas que contarse del pasado y muchas que organizar para el futuro. Anne había estado trabajando una breve temporada y tenía que volver a su puesto al terminar las vacaciones de Navidad. Tendrían que pasar por lo menos otro año separadas las tres; y después de eso se cumpliría su ilusión de reunirse y abrir un colegio. Ya no pensaban instalarlo en Burlington ni en ningún otro lugar que las llevara lejos de su padre, claro. La pequeña suma que poseía cada una les permitiría hacer las reformas necesarias en la rectoría para acoger a las alumnas. Los planes de Anne hasta entonces ya estaban decididos. Emily resolvió ser ella quien se quedara en casa. En cuanto a lo que haría Charlotte, hablaron bastante de ello y hubo largas deliberaciones.

A pesar del apresuramiento de su súbita partida de Bruselas, el señor Heger había tenido tiempo para escribir una carta de pésame al señor Brontë por la pérdida que acababa de sufrir; una carta que contenía tan elegante reconocimiento del carácter de sus hijas en forma de respetuoso homenaje al padre, que me habría sentido tentada a copiarla aunque no se hiciera en ella una propuesta respecto a Charlotte que merece un lugar en la historia de su vida.

*Au Révérend Monsieur Brontë, Pasteur Évangélique, Etc., etc.
Samedi, 5 9bre.*

MONSIEUR,

Un événement bien triste décide mesdemoiselles vos filles à retourner brusquement en Angleterre, ce départ qui nous afflige beaucoup a cependant ma complète approbation; il est bien naturel qu'elles cherchent à vous consoler de ce que le ciel vient de vous ôter, en se servant autour de vous, pour mieux vous faire apprécier ce que le ciel vous a donné et ce qu'il vous laisse

encore. J'espère que vous me pardonnerez, Monsieur, de profiter de cette circonstance pour vous faire parvenir l'expression de mon respect; je n'ai pas l'honneur de vous connaître personnellement, et cependant j'éprouve pour votre personne un sentiment de sincère vénération, car en jugeant un père de famille par ses enfants on ne risque pas de se tromper, et sous ce rapport l'éducation et les sentiments que nous avons trouvés dans mademoiselles vos filles, n'ont pu que nous donner une très haute idée de votre mérite et de votre caractère. Vous apprendrez sans doute avec plaisir que vos enfants ont fait du progrès très remarquable dans toutes les branches de l'enseignement, et que ces progrès sont entièrement dus à leur amour pour le travail et à leur persévérance; nous n'avons eu que bien peu à faire avec de pareilles élèves; leur avancement est votre oeuvre bien plus que la nôtre; nous n'avons pas eu à leur apprendre le prix du temps et de l'instruction, elles avaient appris tout cela dans la maison paternelle, et nous n'avons eu, pour notre part, que le faible mérite de diriger leurs efforts et de fournir un aliment convenable à la louable activité que vos filles ont puisé dans votre exemple et dans vos leçons. Puissent les éloges mérités que nous donnons à vos enfants vous être de quelque consolation dans le malheur qui vous afflige; c'est là notre espoir en vous écrivant, et ce sera, pour Mesdemoiselles Charlotte et Emily, une douce et belle récompense de leurs travaux. En perdant nos deux chères élèves nous ne devons pas vous cacher que nous éprouvons à la fois et du chagrin et de l'inquiétude; nous sommes affligés parce que cette brusque séparation vient briser l'affection presque paternelle que nous leur avons vouée, et notre peine s'augmente à la vue de tant de travaux interrompus, de tant des choses bien commencées, et qui ne demandent que quelque temps encore pour être menées à bonne fin. Dans un an, chacune de vos demoiselles eût été entièrement prémunie contre les éventualités de l'avenir; chacune d'elles acquerrait à la fois et l'instruction et la science d'enseignement; Mlle. Emily allait apprendre le piano; recevoir les leçons du meilleur professeur que nous ayons en Belgique, et déjà elle avait elle-même de petites élèves; elle perdait donc à la fois un reste d'ignorance, et un reste plus gênant encore de timidité; Mlle. Charlotte commençait à donner des leçons en français, et d'acquérir cette assurance, cet aplomb si nécessaire dans l'enseignement; encore un an tout au plus, et l'oeuvre était achevée et bien achevée. Alors nous aurions pu, si cela vous eût convenu, offrir à mesdemoiselles vos filles ou du moins à l'une des deux une position qui eût été dans ses goûts, et qui lui eût donné cette douce indépendance si difficile à trouver pour une jeune personne. Ce n'est pas, croyez-le bien monsieur, ce n'est pas ici pour nous une question d'intérêt personnel, c'est une question d'affection; vous me pardonnerez si nous vous parlons de vos enfants, si nous nous occupons de leur avenir, comme si elles faisaient partie de notre famille; leurs qualités personnelles, leur bon vouloir, leur zèle extrême sont les seules causes qui nous poussent à nous hasarder de la sorte. Nous savons, Monsieur, que vous peserez plus mûrement et plus sagement que nous la conséquence qu'aurait pour l'avenir une interruption complète dans les études de vos deux filles; vous déciderez ce qu'il faut faire, et vous nous pardonnerez notre franchise, si vous daignez considérer que le motif qui nous fait agir est une affection bien désintéressée et qui s'affligerait beaucoup de devoir déjà se résigner à n'être plus utile à vos chers enfants. Agréez, je vous prie, Monsieur, l'expression respectueuse de mes sentiments de haute considération.

C. HEGER

Había tanta sinceridad y tanta amabilidad en esta carta, y era tan evidente que un segundo año de estudio sería mucho más valioso que el primero, que no vacilaron mucho en tomar la decisión: Charlotte debía volver a Bruselas.

Mientras tanto, disfrutaron indeciblemente de las Navidades todos juntos. Branwell estaba con ellos; eso siempre era un placer entonces; fueran cuales fueren sus defectos, e incluso sus vicios, sus hermanas seguían considerándolo la esperanza de la familia y confiaban en que algún día fuera su orgullo. Se negaban a ver la magnitud de los defectos de los que les hablaban de vez en cuando, convenciéndose de que esos defectos eran comunes a todos los hombres, por mucha fortaleza de carácter que tuvieran; porque, hasta que la triste experiencia les abrió los ojos, cayeron en el error tan frecuente de confundir las pasiones fuertes con el carácter fuerte.

La amiga de Charlotte fue a verla, y luego ella le devolvió la visita. Había vuelto a casa y a las costumbres anteriores en tan poco tiempo que debía parecerle un sueño su vida en Bruselas; y ahora tenía más independencia de la que podía haber tenido nunca en vida de su tía. Era invierno, pero las hermanas dieron sus acostumbrados paseos por los páramos cubiertos de nieve; y fueron con frecuencia por la larga carretera hasta Keighley, cuya biblioteca había adquirido muchos libros nuevos durante su ausencia.

CAPÍTULO XII

Charlotte regresó a Bruselas hacia finales de enero. El viaje fue bastante desastroso. Tuvo que hacerlo sola; y el tren de Leeds a Londres, que debería haber llegado a la plaza Euston a primera hora de la tarde, se retrasó tanto que no llegó hasta las diez de la noche. Había pensado ir a la Chapter Coffee-House, donde se había alojado anteriormente y que quedaba cerca de donde estaban los barcos; pero al parecer la asustó la idea de presentarse a una hora tan avanzada e impropia para los criterios de Yorkshire. Así que tomó un coche en la estación y fue directamente al embarcadero del puente de Londres, donde pidió a un barquero que la llevara hasta el paquebote *Ostende*, que saldría a la mañana siguiente. Ella misma me describió, más o menos como haría después en *Villette*, su sensación de soledad y, al mismo tiempo, sin embargo, el extraño placer que le producía la situación cuando cruzaba rápidamente el río oscuro en plena noche hasta el costado del negro casco del buque, donde al principio le prohibieron subir a cubierta. «Los pasajeros no pueden dormir a bordo», le dijeron, en tono muy poco respetuoso. Se volvió entonces hacia las luces y los ruidos apagados de Londres (aquel «corazón potente» en el que no había lugar para ella), se irguió en el bote balanceante y dijo que quería hablar con el oficial superior que estuviera a bordo. Acudió el mismo, y la serena y simple exposición de su deseo y la razón del mismo disipó el recelo despectivo de aquellos con quienes había hablado primero; el oficial accedió amablemente a sus deseos y le permitió subir a bordo y ocupar un camarote. El barco zarpó a la mañana siguiente. Charlotte llegó a la Rue d'Isabelle el domingo a las siete de la tarde, tras haber salido de Haworth el viernes por la mañana a primera hora.

Su sueldo era de 16 libras anuales, de las que tenía que pagar las clases de alemán, por las que le cobraban tanto (quizá se calculara por tiempo) como cuando Emily estudiaba con ella y dividían los gastos; a saber, diez francos al mes. Por expreso deseo explícito de la señorita Brontë, daba las clases de inglés en la *classe* o aula, sin la supervisión de *madame* ni de *monsieur* Heger. Ellos le propusieron asistir a las mismas para imponer orden a las indisciplinadas alumnas belgas; pero ella declinó el ofrecimiento diciendo que prefería imponer la disciplina ella misma a su modo y no depender de la presencia de un *gendarme* para que la obedecieran. Ocupó una nueva aula que habían construido en el espacio del patio de recreo contiguo a la casa. Era *surveillante* del primer curso a todas las horas. Y en adelante la llamaron *mademoiselle* Charlotte, por orden del señor Heger. Prosiguió sus estudios de alemán y de literatura; y todos los sábados iba sola a las iglesias alemana e inglesa. También paseaba sola, y casi siempre por la *allée défendue*, donde estaba a salvo de intrusiones. Esta soledad era un lujo peligroso para alguien de su temperamento; para una persona tan propensa como ella a la pesadumbre morbosa y aguda.

El 6 de marzo de 1843 escribe lo siguiente:

Ya me he instalado, por supuesto. El trabajo no me agobia demasiado; y las clases de inglés me dejan tiempo para perfeccionar el alemán. Debería considerarme afortunada y agradecer mi

suerte. Espero hacerlo. Y si pudiera animarme siempre y no sentirme nunca sola ni desear compañía o amistad o como lo llamen, me iría muy bien. Como ya os dije, monsieur y madame Heger son las dos únicas personas de la casa por quienes siento verdadera consideración y estima, y, lógicamente, no puedo estar con ellos siempre, ni siquiera muy a menudo. Cuando llegué me dijeron que considerara su sala de estar como propia y que fuera allí cuando no estuviera ocupada en el aula. Pero eso es algo que no puedo hacer. Durante el día es una sala pública, ya que los profesores y profesoras de música entran y salen continuamente; y por la noche no quiero ni debo molestar a monsieur y madame Heger y a sus hijos. Así que estoy bastante sola fuera del horario escolar; pero eso carece de importancia. Ahora doy clase de inglés regularmente al señor Heger y a su cuñado. Avanzan con rapidez prodigiosa; sobre todo el primero. Ya ha empezado a hablar inglés bastante bien. Si vierais y oyerais los esfuerzos que hago para enseñarles a pronunciar como ingleses y sus infructuosos intentos de imitar os moriríais de risa.

Ya ha pasado el carnaval y hemos entrado en la oscuridad y la abstinencia cuaresmal. El primer día de Cuaresma tomamos café sin leche de desayuno; hortalizas en vinagre y un poquito de pescado salado para comer; y pan de cena. El carnaval fue sólo máscaras y disfraces. Monsieur Heger nos llevó a mí y a una de las alumnas a la ciudad a ver las máscaras. Fue divertido contemplar las multitudes y el regocijo general, pero las máscaras no eran nada. He estado dos veces en casa de los D. [los primos de Mary que ya he mencionado]. Cuando ella se vaya de Bruselas no tendré adónde ir. He recibido dos cartas de Mary. No me dice que ha estado enferma ni se queja; pero sus cartas no son las cartas de una persona muy feliz. Ella no tiene a nadie que se porte tan bien con ella como el señor Heger conmigo; que le deje libros; que converse de vez en cuando con ella; etcétera.

Adiós. Cuando digo eso me parece que no me oiréis. El rugido del oleaje del canal encrespándose tiene que amortiguar el sonido.

Se advierte claramente en el tono de esta carta que la Bruselas de 1843 no era la misma ciudad que la de 1842. Entonces había tenido la compañía y el consuelo constantes de Emily. Y la variedad semanal de una visita a la familia D.; más la alegría frecuente de ver a Mary y a Martha. Pero ahora Emily estaba lejos, en Haworth (donde ella o cualquier otro ser querido podría morir antes de que llegara Charlotte, por más rápidamente que viajara, como había demostrado la experiencia en el caso de su tía). Los D. iban a marcharse de Bruselas; así que en adelante tendría que pasar la fiesta semanal también en la Rue d'Isabelle, al menos así lo creía. También Mary se había marchado de la ciudad, siguiendo su propio camino independiente; sólo quedaba Martha, quieta y silenciosa para siempre en el cementerio, detrás de la Porte de Louvain. Además, el tiempo había sido especialmente frío y crudo las primeras semanas desde que había llegado Charlotte; y su frágil constitución era muy sensible a la estación inclemente. Ella siempre podía dejar a un lado el simple dolor físico, por muy intenso que fuera; pero las dolencias la asaltaban a menudo en una parte mucho más temible. Su abatimiento era de una gran intensidad cuando no se encontraba bien. Se daba cuenta de que era somático y podía razonarlo; pero ningún razonamiento le impedía sentir una gran pesadumbre mientras persistía la causa física.

Los Heger han descubierto con la publicación de *Villette* que cuando Charlotte empezó a dar clases de inglés en su colegio la conducta de sus alumnas había sido a veces muy impertinente y rebelde en grado sumo. Pero entonces no se enteraron, porque ella había rehusado su presencia en las clases y nunca se había quejado. Tuvo que ser muy deprimente para ella en ese periodo ver que sus alumnas felices, saludables y obtusas no respondían a las fuerzas que podía concentrar en ellas; y sin embargo, según su propio testimonio, su paciencia, firmeza y resolución se vieron recompensadas al final, aunque para alguien de salud y ánimo tan frágiles la reacción después de tantas luchas con sus alumnas tuvo que ser muy triste y dolorosa.

Escribe así a su amiga E.:

Abril de 1843

¿Qué me dices de venir a Bruselas? Ha hecho tanto frío en febrero y buena parte de marzo, que no lamenté que no me hubieras acompañado. Si te hubiera visto temblar como temblaba yo misma, si te hubiera visto las manos y los pies tan rojos e hinchados como estaban los míos, mi malestar se habría duplicado. Me las arreglo bien en esta situación; no me inquieta; sólo me entumece y me silencia; pero si tú pasaras el invierno en Bélgica te pondrías enferma. Sin embargo, ahora llega un tiempo más agradable y me gustaría que estuvieras aquí. Aunque nunca te he presionado y nunca insistiré demasiado en que vengas. Hay que aceptar privaciones y humillaciones; la monotonía y el aburrimiento de la vida; y, sobre todo, el permanente sentimiento de soledad entre tantas personas. El protestante, el extranjero, es una criatura solitaria, tanto si es alumno como si es profesor. No es que me queje de mi suerte. Pues aunque reconozco que hay ciertos inconvenientes en mi trabajo actual, ¿qué puesto existe en el mundo que no los tenga? Y cada vez que me paro a comparar lo que soy con lo que era (mi posición aquí con mi posición en casa de la señora—, por ejemplo) me siento agradecida. Había un comentario en tu última carta que me irritó momentáneamente. Al principio me pareció estúpido responder y lo dejé pasar. Después decidí dar una respuesta de una vez por todas. Parece que «tres o cuatro personas tienen la idea de que el futuro épouse de la señorita Brontë está en el Continente». Esas personas saben más que yo. No les cabe en la cabeza que haya cruzado el mar sólo para volver en calidad de profesora al colegio de madame Heger. He de tener algún motivo más poderoso que el respeto a mi director y directora, la gratitud por su amabilidad, etc., para rechazar un salario de 50 libras en Inglaterra y aceptar uno de 16 libras en Bélgica. He de tener, en verdad, alguna remota esperanza de atrapar un marido como sea y donde sea. Si esas personas tan caritativas vieran la vida de reclusión absoluta que llevo, si supieran que no cruzo nunca una palabra con ningún hombre más que con monsieur Heger, y en realidad incluso con él muy pocas veces, entonces quizá dejaran de suponer que tan quimérica e infundada idea había influido en mi decisión. ¿He dicho suficiente para librarme de tan estúpida acusación? No es que casarse sea un crimen, ni que lo sea el desear casarse. Pero es una majadería que sólo me merece desprecio que las mujeres sin fortuna ni belleza hagan del matrimonio el principal objeto de sus deseos y esperanzas, y el fin de todos sus actos; que no sean capaces de convencerse de que son poco atractivas y que les valdría más tranquilizarse y pensar en otras cosas.

Lo que sigue es un fragmento de una de las pocas cartas que se conservan de la correspondencia con su hermana Emily.

29 de mayo de 1843

Aquí sigo, día tras día, a lo Robinson Crusoe, muy solitaria, pero eso no importa. En otros aspectos no tengo ninguna queja importante, ni es ése un motivo de queja. Espero que estés bien. Pasea a menudo por los páramos. Un abrazo a Tabby. Espero que siga bien.

Escribió a su padre por entonces.

2 de junio de 1843

Me ha alegrado mucho recibir noticias de casa. Empezaba a preocuparme por no saber nada de vosotros y a abrigar vagos temores de que pasara algo. No me dices nada de tu salud, pero espero que estés bien, y también Emily. Me da miedo que tenga demasiado trabajo ahora que se ha ido Hannah [una muchacha que ayudaba a Tabby]. Me alegra muchísimo saber que aún conserváis a Tabby [tenía ya setenta y bastantes años]. Es una gran obra de caridad y no creo que quede sin recompensa, pues es muy leal y os cuidará siempre mientras pueda y lo mejor que pueda; además hará compañía a Emily, que se sentiría muy sola sin ella.

Ya hemos visto un *devoir* que escribió Charlotte cuando llevaba cuatro meses dando clases con *monsieur* Heger. Transcribo ahora otro que escribió casi un año después, tiempo durante el cual sus progresos me parecen muy grandes:

31 Mai, 1843

SUR LA NOM DE NAPOLEÓN

Napoléon naquit en Corse et mourut à Ste. Hélène. Entre ces deux îles rien qu'un vaste et brûlant désert et l'océan immense. Il naquit fils d'un simple gentilhomme, et mourut empereur, mais sans couronne et dans les fers. Entre son berceau et sa tombe qu'y a-t-il? La carrière d'un soldat parvenue, des champs de bataille, une mer de sang, un trône, puis du sang encore, et des fers. Sa vie, c'est l'arc en ciel; les deux points extrêmes touchent la terre; la comble lumineuse mesure les cieux. Sur Napoléon au berceau une mère brillait; dans la maison paternelle il avait des frères et des soeurs; plus tard dans son palais il eut une femme qui l'aimait. Mais sur son lit de mort Napoléon est seul; plus de mère, ni de frère, ni de soeur, ni de femme, ni d'enfant!! D'autres ont dit et rediront ses exploits, moi, je m'arrête à contempler l'abandonnement de sa dernière heure!

Il est là, exilé et captif, enchaîné sur un écueil. Nouveau Prométhée il subit le châtement de son orgueil! Prométhée avait voulu être Dieu et Créateur; il déroba le feu du Ciel pour animer le corps qu'il avait formé. Et lui, Buonaparte, il a voulu créer, non pas un homme, mais un empire, et pour donner une existence, une âme, à son oeuvre gigantesque, il n'a pas hésité à arracher la vie à des nations entières. Jupiter indigné de l'impiété de Prométhée le riva vivant à la cime du

Caucase. Ainsi, pour punir l'ambition rapace de Buonaparte, la Providence l'a enchaîné jusqu'à ce que mort s'en suivit, sur un roc isolé de l'Atlantique. Peut-être là aussi a-t-il senti lui fouillant le flanc cet insatiable vautours dont parle la fable, peut-être a-t-il souffert aussi cette soif du coeur, cette faim de l'âme, qui torturent l'exilé, loin de sa famille, et de sa patrie. Mais parler ainsi n'est-ce pas attribuer gratuitement à Napoléon une humaine faiblesse qu'il n'éprouva jamais? Quand donc s'est-il laissé enchaîner par un lien d'affection? Sans doute d'autres conquérants ont hésité dans leur carrière de gloire, arrêtés par un obstacle d'amour ou d'amitié, retenus par la main d'une femme, rappelés par la voix d'un ami — lui, jamais! Il n'eut pas besoin comme Ulysse, de se lier au mât du navire, ni de se boucher les oreilles avec la cire; il ne redoutait pas le chant des Sirènes —il le dédaignait; il se fit marbre et fer pour exécuter ses grands projets. Napoléon ne se regardait pas comme un homme, mais comme l'incarnation d'un peuple. Il n'aimait pas; il ne considérait ses amis et ses proches que comme des instruments auxquels il tint, tant qu'ils furent utiles, et qu'il jeta de côté quand ils cessèrent de l'être. Q'on ne se permette donc pas d'approcher du Sepulchre du Corse, avec sentiments de pitié, ou de souiller de larmes la pierre que couvre ses restes, son âme répudierait tout cela. On a dit, je le sais, qu'elle fut cruelle la main qui le sépara de sa femme, et de son enfant. Non, c'était une main qui, comme la sienne, ne tremblait ni de passion ni de crainte, c'était la main d'un homme froid, convaincu, qui avait su deviner Buonaparte; et voici ce que disait cet homme que la défaite n'a pu humilier, ni la victoire enorgueillir. «Marie-Louise n'est pas la femme de Napoléon; c'est la France que Napoléon a épousée; c'est la France qu'il aime, leur union enfante la perte de l'Europe; voilà la divorce que je veux; voilà l'union qu'il faut briser.»

La voix des timides et des traitres protesta contre cette sentence. «C'est abuser dudroits de la victoire! C'est fouler aux pieds le vaincu! Que l'Angleterre se montre clémente, qu'elle ouvre ses bras pour recevoir comme hôte son ennemi désarmé.» L'Angleterre aurait peut-être écouté ce conseil, car partout et toujours il y a des âmes faibles et timorées bientôt séduites par la flatterie ou effrayées par le reproche. Mais la Providence permit qu'un homme se trouvât qui n'a jamais su ce que c'est que la crainte; qui aima sa patrie mieux que sa renommée; impénétrable devant les menaces, inaccessible aux louanges, il se présenta devant le conseil de la nation, et levant son front tranquille et haut, il osa dire: «Que la trahison se taise! Car s'est trahir que de conseiller de temporiser avec Buonaparte. Moi je sais que sont ces guerres dont l'Europe saigne encore, comme une victime sous le couteau du boucher. Il faut en finir avec Napoléon Buonaparte. Vous vous effrayez de tort d'un mot si dur! Je n'ai pas de magnanimité, dit-on? Soit! Que m'importe ce qu'on dit de moi. Je n'ai pas ici à me fraire une réputation de héros magnanime, mais à guérir si la cure est possible, l'Europe qui se meurt, épuisée de ressources et de sang, l'Europe dont vous négligez les vrais intérêts, préoccupés que vous êtes d'une vaine renommée de clémence. Vous êtes faibles. Eh bien! je viens vous aider. Envoyez Buonaparte à Ste. Hélène! N'hésitez pas, ne cherchez pas un autre endroit; c'est le seul convenable. Je vous le dis, j'ai réfléchi pour vous; c'est là qu'il doit être et non pas ailleurs. Quant à Napoléon, homme, soldat, je n'ai rien contre lui; c'est un Lion Royal, auprès de qui vous n'êtes que des Chacals. Mais Napoléon Empereur, c'est autre chose, je l'extirperai du sol de l'Europe.» Et celui qui parla ainsi toujours su garder sa promesse, celle-là, comme toutes les autres. Je l'ai dit, et je le répète, cet homme est l'égal de Napoléon par la génie;

comme trempe de caractère, comme droiture, comme élévation de pensée et de but, il est d'une tout autre espèce. Napoléon Buonaparte était avide de renommée et de gloire; Arthur Wellesley ne se soucie ni de l'une, ni de l'autre; l'opinion publique, la popularité, étaient choses de grand valeur aux yeux de Napoléon; pour Wellington l'opinion publique est une rumeur, un rien que le souffle de son inflexible volonté fait disparaître comme une bulle de Savoy. Napoléon flattait le peuple; Wellington le brusque; l'un cherchait les applaudissements, l'autre ne se soucie que du témoignage de sa conscience; quand elle approuve, c'est assez; toute autre louange l'obsède. Aussi ce peuple, qui adorait Buonaparte, s'irritait, s'insurgeait contre la morgue de Wellington; parfois il lui témoigna sa colère et sa haine par des grognements, par des hurlements de bêtes fauves; et alors avec une impassibilité de sénateur Romaine, le moderne Coriolan, torsait du regard l'émeute furieuse; il croisait ses bras nerveux sur sa large poitrine, et seul, debout sur son senil, il attendait, il bravait, cette tempête populaire dont les flots venaient mourir à quelques pas de lui: et quand la foule honteuse de sa rébellion, venait lécher les pieds du maître, le hautain patricien méprisait l'hommage d'aujourd'hui comme la haine d'hier, et dans les rues de Londres, et devant son palais ducal d'Apsley, il repoussait d'un genre plein de froid dédain l'incommode empressement du peuple enthousiaste. Cette fierté néanmoins n'excluait pas en lui une rare modestie; partout il se soustrait à l'éloge; se dérobe au panégyrique; jamais il ne parle de ses exploits, et jamais il ne souffre qu'un autre que lui en parle en sa présence. Son caractère égale en grandeur et surpasse en vérité celui de tout autre héros ancien ou moderne. La gloire de Napoléon crût en une nuit, comme la vigne de Jonah, et il suffit d'un jour pour la flétrir; la gloire de Wellington est comme les vieux chênes qui ombragent le château de ses pères sur les rives du Shannon; le chêne croît lentement; il lui faut du temps pour pousser vers le ciel ses branches nouesses, et pour enfoncer dans le sol, ces racines profondes qui s'enchevêtrent dans les fondements solides de la terre; mais alors, l'arbre séculaire, inébranlable comme le roc où il a sa base, brave et la faux du temps et l'effort des vents et des tempêtes. Il faudra peut-être un siècle à l'Angleterre pour qu'elle connaisse la valeur de son héros. Dans un siècle, l'Europe entière saura combien Wellington a de droit à sa reconnaissance.»

¡Cuántas veces al escribir esta redacción «en una tierra extraña» debió de pensar la señorita Brontë en las antiguas discusiones infantiles en la cocina de la rectoría de Haworth, sobre los respectivos méritos de Wellington y Bonaparte! Aunque tituló su *devoir* «Sobre el nombre de Napoleón», parece que consideraba aún una cuestión de honor cantar las alabanzas de un héroe inglés en vez de detenerse en el carácter de un extranjero, hallándose como se hallaba entre personas que se interesaban poco por Inglaterra y por Wellington. Creía que había hecho grandes progresos en el dominio del francés, que había sido el principal objetivo de su ida a Bruselas. Pero para quien aprende con celo siempre hay cumbres más altas que coronar. En cuanto se ha salvado un obstáculo, surge algún otro objetivo deseable y hay que seguir luchando para alcanzarlo. Charlotte se marcó entonces la meta de aprender bien el alemán; y decidió quedarse en Bruselas hasta que lo consiguiera. Se apoderó de ella un intenso deseo de volver a casa; pero su abnegación era más fuerte y se lo impedía. Libró una encarnizada lucha interior; cada fibra de su corazón se estremeció en la tensión por controlar su voluntad; y cuando se dominó, no era una vencedora

serena y suprema en el trono, sino una víctima doliente y jadeante. Sus nervios y su ánimo cedieron. Su salud se resintió mucho.

Bruselas, 1 de agosto de 1843

Tened piedad y no me culpéis si me quejo en esta carta, os lo advierto, estoy abatida y cielo y tierra me parecen vacíos y lóbregos en este momento. Dentro de pocos días empezarán las vacaciones; todo el mundo está feliz y contento con la idea, porque todos se irán a casa. Yo sé que tengo que quedarme aquí las cinco semanas que duran las vacaciones, y que estaré muy sola durante ese tiempo, y alicaída por ello, y los días y las noches me parecerán eternos y tediosos. Es la primera vez en mi vida que temo realmente las vacaciones. ¡Ay!, estoy tan apesadumbrada que casi no puedo escribir; y deseo tanto ir a casa. ¿No es infantil? Perdonadme, porque no puedo evitarlo. Pero aunque no soy lo bastante fuerte para sobrellevarlo con ánimo, puedo sobrellevarlo; y aguantaré unos meses más (Dios mediante), hasta que aprenda alemán; y entonces podré volver a veros a todos. ¡Ojalá hubieran pasado ya las vacaciones! Pasarán tan despacio [...] Tened la caridad cristiana de escribirme una carta muy larga; llenadla con los detalles más nimios; todo será interesante. No creáis que quiero dejar Bélgica porque la gente me trata mal. Todos son amabilísimos, pero la nostalgia se apodera de mí. No puedo quitármela de encima. Sinceramente, vuestra alegre, vivaz y animosa

C. B.

Las grandes vacances empezaron poco después de la fecha de esta carta, y Charlotte quedó en el colegio desierto, sola con otra profesora por única compañía. Esta profesora era francesa y nunca había sido amable con ella; pero cuando se quedaron solas, Charlotte descubrió que su compañera era más libertina de lo que ella imaginaba que pudiera ser una persona, y rezumaba una suerte de sensualidad fría y sistemática; y todo su ser rechazó con repugnancia la compañía de aquella mujer. Un nerviosismo febril dominó a la señorita Brontë. Nunca había dormido muy bien, pero ahora no podía dormir nada. Todo lo que le resultaba desagradable o detestable durante el día, volvía al final del mismo con exagerada intensidad a su imaginación enfermiza. Había motivos de angustia e inquietud en las noticias de casa, sobre todo por Branwell. Permanecía despierta al fondo del gran dormitorio de la inmensa y silenciosa casa a altas horas de la noche, todos los miedos relativos a aquellos a quienes amaba y que estaban tan lejos en otro país cobraban una espantosa realidad, agobiándola y angustiándola mortalmente. Pasaba las noches en vela sumida en un dolor angustioso y deprimente. Aquellas noches fueron precursoras de muchas iguales que soportaría en años venideros.

La aversión a su compañera y la inquietud de la fiebre la impulsaban a salir durante el día; caminaba con el propósito de llegar a un estado de fatiga física que le provocara sueño. Recorría los bulevares y las calles con paso cansino, a veces durante cuatro horas seguidas; otras veces se tambaleaba y descansaba en uno de los muchos bancos dispuestos para el reposo de grupos alegres y para los vagabundos solitarios como ella. Luego reanudaba la marcha (hacia donde fuera, menos al colegio): al cementerio en que descansaba Martha, y más lejos aún, hasta las colinas donde no hay nada que ver más que campos que se pierden en el horizonte. Las sombras del atardecer le

hacían volver sobre sus pasos (un poco mareada porque no había comido, pero sin sentir hambre); fatigada por el prolongado y continuo ejercicio, pero aún inquieta y condenada a otra noche de vigilia agotadora y angustiada. Volvía por las calles de los alrededores de la Rue d'Isabelle y seguía caminando, eludiendo aquella calle concreta y a sus habitantes, hasta que ya no se atrevía a seguir fuera. Al final se vio obligada a guardar cama unos días, y el descanso forzoso le sentó bien. Cuando empezaron de nuevo las clases seguía débil, pero ya no estaba tan desanimada, y reanudó sus obligaciones prácticas.

Escribe lo siguiente:

13 de octubre de 1843

A Mary le va muy bien ahora, como se merece. Me escribe con frecuencia. Sus cartas y las vuestras constituyen uno de mis pocos placeres. Insiste mucho en que deje Bruselas y me vaya con ella. Pero, de momento, por más que me tienta dar un paso así, no me parecería justificado hacerlo. Dejar algo seguro por algo completamente incierto sería imprudente en sumo grado. A pesar de eso, Bruselas me parece absolutamente desolada ahora. Desde que se fueron los D. no tengo amigos. En realidad, tenía unas amistades muy agradables de la familia de un doctor, pero también se han marchado. Se fueron en la última quincena de agosto y estoy completamente sola. No puedo contar a los belgas. Es una situación bien extraña, verse tan absolutamente solo entre tantas personas. A veces la soledad me agobia de forma insostenible. Un día, hace poco, sentí que no podía aguantar más y fui a ver a madame Heger y se lo dije. Si dependiera de ella, habría quedado en libertad rápidamente; pero cuando monsieur Heger se enteró de lo que pasaba me llamó al día siguiente y me comunicó con vehemencia su decisión: que no debía marcharme; en aquel momento no podía insistir en mi propósito sin provocar su enojo; así que le prometí quedarme un poco más. Cuánto, no lo sé. No me gustaría regresar a Inglaterra a no hacer nada. Ya soy demasiado mayor para eso; pero si supiera que hay una buena oportunidad de abrir un colegio, creo que la aceptaría. Aquí todavía no encienden el fuego, y paso mucho frío; por lo demás, estoy bien de salud. El señor — llevará esta carta a Inglaterra. Es un joven de aspecto muy agradable y excelente conducta, que parece carente de vigor; no me refiero a su vigor físico, que no le pasa nada, sino a su carácter.

Aquí me desenvuelvo a mi manera; pero ahora que Mary D. se ha marchado de Bruselas no tengo con quien hablar, pues no cuento a los belgas. A veces me pregunto cuánto tiempo seguiré aquí; pero hasta ahora sólo he hecho la pregunta; no la he contestado. Creo que cuando haya aprendido todo el alemán que estime adecuado haré las maletas y me iré. Las punzadas de añoranza son muy dolorosas de vez en cuando. Hoy hace un día luminoso y deslumbrante y yo estoy aturdida con dolor de cabeza y catarro. No tengo nada que contarte. Aquí todos los días son iguales. Sé que como vives en el campo no crees posible que la vida sea monótona en el centro de una capital radiante como Bruselas; pero así es. Lo noto de forma especial los días de fiesta, en que todas las alumnas y profesores van de visita y a veces me quedo completamente sola durante horas con cuatro grandes aulas vacías a mi disposición. Intento leer, intento escribir; pero en vano. Entonces voy de una habitación a otra, pero el silencio y la soledad de toda la casa pesan como plomo en el ánimo. No te lo creerás, pero madame Heger (tan bondadosa y amable como la

he descrito) nunca se me acerca en esas ocasiones. Confieso que yo misma me asombré la primera vez que me quedé sola así; todos los demás disfrutaban de los placeres de un día de fête con sus amigos y ella sabía que yo estaba completamente sola y no me prestó la menor atención. Sin embargo, tengo entendido que hace grandes elogios de mí a todo el mundo y dice que soy una profesora excelente. Claro que no es más fría conmigo que con los demás profesores; aunque ellos dependen menos de ella que yo. Tienen parientes y conocidos en Bruselas. ¿Recuerdas la carta que me escribió cuando estaba en Inglaterra? ¿Lo amable y afectuosa que era? ¿No es extraño? En fin, mis quejas son una especie de desahogo que me permito. En todos los demás aspectos estoy contenta con mi situación y puedes decírselo así a quienes pregunten por mí (si es que alguien lo hace). Escríbeme siempre que puedas, cariño. Cada carta es una buena obra que haces, porque consuelas a un alma desconsolada.

Una de las razones del distanciamiento silencioso entre *madame* Heger y la señorita Brontë en su segundo año de residencia en Bruselas podría ser que la aversión al catolicismo de la protestante inglesa aumentó con su conocimiento del mismo y sus efectos en quienes lo profesaban. Y Charlotte Brontë era de una sinceridad inflexible cuando tenía que expresar su opinión. *Madame* Heger, por el contrario, no era sólo católica, sino también *dévote*. No era afectuosa e impulsiva por temperamento y se regía de forma natural por su conciencia más que por las emociones. Y su conciencia estaba en manos de sus consejeros religiosos. Consideraba cualquier desaire a su Iglesia una blasfemia contra la Verdad Sagrada; y, aunque no era propensa a expresar libremente sus opiniones y sentimientos, su actitud cada vez más distante demostraba lo mucho que habían herido sus ideas más preciadas. Así que, aunque nunca hubo ninguna explicación del cambio de actitud de *madame* Heger, podríamos considerar ésta una buena razón, ya que por esas fechas Charlotte advirtió con pesar un silencioso distanciamiento entre ambas; un distanciamiento del que quizá la primera no fuera muy consciente. Ya he aludido antes a las noticias de casa que inquietaban sobremanera a Charlotte con recelos respecto a Branwell y que explicaré con más detalle cuando sus peores aprensiones se hicieron realidad y afectaron a su vida cotidiana y a la de sus hermanas. Lo menciono aquí de nuevo para que el lector recuerde las preocupaciones lacerantes que tenía que guardar en su corazón, y cuyo dolor sólo se calmaba durante un tiempo entregándose con diligencia al cumplimiento de sus obligaciones del momento. Otra preocupación remota se advierte vagamente en esta época. Su padre había empezado a tener problemas de vista y existía la posibilidad de que se quedara ciego en poco tiempo; se había visto obligado a delegar más funciones en un coadjutor y el señor Brontë, que siempre había sido generoso, tendría que pagar más de lo que había pagado hasta entonces por esta ayuda.

Charlotte escribió lo siguiente a Emily:

1 de diciembre de 1843

Hoy es domingo, por la mañana. Los demás están en su idólatra messe y yo estoy aquí, en el refectoire. Me encantaría estar en el comedor de casa, o en la cocina, o en la trascocina; me gustaría incluso estar preparando el picadillo, con el secretario y algunos del registro en la otra mesa, y tú al lado, comprobando si echaba harina suficiente, no demasiada pimienta, y sobre todo

que reservaba los mejores trozos de la pata de cordero para Tiger y Keeper, con el primero de estos personajes brincando alrededor del plato y el cuchillo de trinchar, y el segundo de pie como una llama devoradora en el suelo de la cocina. ¡Y para completar el cuadro, Tabby avivando el fuego para hervir las patatas hasta que se convirtieran en una especie de cola vegetal! ¡Qué maravillosos son esos recuerdos ahora! ¡Aunque no pienso volver a casa ahora mismo! No tengo ningún pretexto real para hacerlo; es cierto que este lugar me deprime, pero no puedo volver a casa sin tener una perspectiva concreta cuando llegue; y esa perspectiva no puede ser un empleo; eso sería salir del túnel para meterse en el pozo. Me dices que eres perezosa. ¡No seas ridícula! [...] ¿Está bien papá? ¿Estás bien tú? ¿Y Tabby? Me preguntas por la visita de la reina Victoria a Bruselas. La vi un instante pasar como un rayo por la Rue Royale en una carroza tirada por seis caballos, rodeada de soldados. Sonreía y hablaba animosamente. Parecía una jovencita vivaz y robusta, vestida con sencillez, sin demasiada solemnidad ni boato. A los belgas en general les gustó mucho. Decían que había alegrado la sombría corte del rey Leopoldo, que suele ser tan lúgubre como un conventículo. Vuelve a escribirme pronto. Dime si papá desea realmente mucho que yo vuelva a casa y si tú también. Tengo la idea de que no sería de ninguna utilidad ahí: algo así como una anciana en la parroquia. Ruego fervorosamente que estéis todos bien en Haworth, especialmente en nuestra casa gris medio vacía. ¡Dios bendiga sus muros! Seguridad, salud, felicidad y prosperidad para ti, papá y Tabby. Amén.

C. B.

Diversas razones conspiraron a finales de ese año (1843) con las causas de ansiedad que ya he mencionado para hacer creer a Charlotte que su presencia era absoluta e imperiosamente necesaria en casa, mientras que ella ya había conseguido todo lo que se había propuesto cuando volvió por segunda vez a Bruselas; y además, *madame* Heger ya no la trataba con la bondadosa cordialidad de antes. Debido a todas estas circunstancias que torturaban con punzante insistencia su mente sensible, comunicó repentinamente a dicha señora su irrevocable decisión de regresar a Inglaterra. Tanto el señor como la señora Heger convinieron con ella que sería para bien cuando supieron sólo la parte que podía revelarles, es decir, la creciente ceguera del señor Brontë. Pero al aproximarse el ineludible momento en que tendría que separarse de las personas y los lugares con quienes y donde había pasado tantas horas felices, le falló el ánimo. Tenía el presentimiento de que no volvería a verlos, y sólo recibió el vago consuelo de que sus amigos le recordaran que Bruselas y Haworth no quedaban tan lejos; que el viaje de un lugar a otro no era tan difícil ni imposible como parecían afirmar sus lágrimas; incluso dijeron algo de que las hijas de *madame* Heger irían a estudiar a su colegio si cumplía su propósito de abrirlo. Y para facilitarle el éxito en el proyecto si alguna vez lo realizaba, *monsieur* Heger le entregó un diploma con el sello del Athénée Royale de Bruxelles, que demostraba su perfecta competencia para enseñar francés, por haber estudiado allí gramática y redacción, además de haberse preparado para la enseñanza estudiando y practicando los mejores métodos. El certificado lleva fecha del 29 de diciembre de 1843, y Charlotte llegó a Haworth el 2 de enero de 1844.

El 23 de ese mes escribe lo siguiente:

Todos me preguntan qué voy a hacer ahora que he vuelto a casa; y me parece que todos

esperan que abra inmediatamente un colegio. En realidad, es lo que me gustaría hacer. Lo deseo más que ninguna otra cosa. Dispongo de dinero suficiente para ello y creo que ahora también de la preparación necesaria para tener bastantes posibilidades de éxito; sin embargo, no puedo permitirme ponerlo en marcha, emprender el objetivo que parece ahora a mi alcance y que durante tanto tiempo me he esforzado por conseguir. Me preguntarás por qué. Se debe a papá. Como bien sabes, se está haciendo viejo y lamento decirte que está perdiendo la vista. Hace meses que siento que no debo estar lejos de él y ahora creo que sería demasiado egoísta dejarle (al menos mientras Branwell y Anne estén fuera) para dedicarme a mis propios asuntos. Procuraré sacrificarme y esperar, con la ayuda de Dios.

Sufrí mucho antes de marcharme de Bruselas. Creo que por muchos años que viva nunca olvidaré lo que me costó separarme de monsieur Heger. Me apenó mucho entristecerle a él, que ha sido un verdadero amigo, amable y desinteresado. Al despedirnos me entregó una especie de diploma que certifica mis aptitudes docentes, con el sello del Athénée Royal, del que es profesor. Me sorprendió también el pesar que demostraron mis alumnas belgas cuando supieron que iba a marcharme. No me parecía propio de su carácter flemático [...] No sé si te pasará lo mismo, pero yo ahora tengo a veces la sensación de que todas mis ideas y sentimientos, exceptuando algunas amistades y afectos, ya no son lo que eran. Se ha quebrado y se ha apagado algo en mi interior que era entusiasmo. Tengo menos ilusiones; lo único que pido ahora es el ejercicio activo: participar en la vida. Haworth me parece un lugar solitario y silencioso, un rincón remoto y olvidado del mundo. Ya no me considero joven, en realidad pronto cumpliré veintiocho años; y me parece que tendría que estar trabajando y afrontando la cruda realidad, como hacen las demás personas. Claro que en este momento tengo la obligación de reprimir ese sentimiento, y procuraré hacerlo por todos los medios.

Anne y Branwell consiguieron un permiso para ir a casa a celebrar el regreso de su hermana. A las pocas semanas, Charlotte fue a B. a visitar a su amiga. Pero no se encontraba muy bien ni muy fuerte, y parece que se fatigó mucho con el corto viaje de veintidós kilómetros.

En una carta que escribió poco después de volver a Haworth a alguien de la casa en que había estado encontramos este párrafo: «Nuestro pobre gatito llevaba dos días enfermo y acaba de morir. Es doloroso ver incluso a un animal sin vida. Emily está triste». Estas palabras revelan rasgos del carácter de las dos hermanas en los que he de insistir un poco. Charlotte trataba con más ternura de la habitual a los animales, que a su vez se sentían invariablemente atraídos por ella, con ese fino instinto que demuestran tantas veces. La aguda y exagerada conciencia de sus defectos personales —su falta innata de esperanza, que le impedía confiar fácilmente en el afecto humano y responder a cualquier manifestación de cariño— era también la causa de su actitud tímida y comedida con hombres y mujeres, e incluso con los niños. Ya hemos visto esa desconfianza vacilante en su capacidad de inspirar afecto en la grata sorpresa que manifiesta ante el pesar de sus alumnas belgas por su partida. Pero no sólo sus actos eran amables con los animales, sino que sus palabras y su actitud eran siempre afables y afectuosas con ellos; y advertía rápidamente la más mínima falta de interés y ternura por parte de otros hacia cualquier pobre animal. Los lectores de *Shirley* quizá recuerden que es una de las pruebas que la protagonista

aplica a su amado.

—¿Sabe a qué adivinos consultaría? [...]

—[...] Al pequeño mendigo irlandés que llega descalzo hasta mi puerta; al ratón que sale por la grieta del zócalo; al pájaro que picotea en mi ventana buscando migajas en medio de la nieve; al perro que me lame la mano y se sienta a mis pies [...]

—[...] Al gato negro le encanta encaramarse a las rodillas de cierta persona, y ronronear contra su hombro y su mejilla. El viejo perro siempre sale de su caseta moviendo la cola y gimotea afectuosamente cuando pasa.

—[...] [Él] acaricia tranquilamente al gato y deja que se siente mientras él está sentado; y cuando ha de incomodarlo para levantarse, lo deja suavemente en el suelo, y nunca lo aparta con brusquedad; en cuanto al perro, siempre le silba y lo caricia. [Léase Charlotte y ella, donde pone cierta persona y él.]

El sentimiento, que en Charlotte tenía cierto carácter de afecto, en Emily era más una pasión. Alguien me dijo una vez, hablando de ella con despreocupación muy expresiva: «Nunca demostró consideración a ningún ser humano; reservaba todo su amor para los animales». El desvalimiento de un animal le garantizaba el afecto de Charlotte. Y su carácter terco, salvaje y furioso era lo que lo encomendaba a Emily. Hablando de la muerte de su hermana, Charlotte me dijo que había tomado de ella muchos rasgos del carácter de Shirley; su forma de sentarse a leer en la alfombra, rodeando con un brazo el pescuezo de su bulldog; su llamada a un perro extraño que pasaba corriendo con la cabeza caída y la lengua colgando, para darle un trago de agua, la furiosa amenaza del animal, la presencia de ánimo de ella, que se dirige majestuosamente a la cocina y agarra una de las tenacillas al rojo de Tabby para cauterizar el lugar en que la había mordido, sin decírselo a nadie luego hasta que el peligro casi había pasado, por miedo a los terrores que podrían acosar sus mentes más débiles. Todo eso, que se considera pura ficción inventada en *Shirley*, lo escribió Charlotte llorando a lágrima viva⁶⁶. Era el relato verdadero y literal de lo que había hecho Emily. El mismo bulldog pardo rojizo (con su «silbido estrangulado») que en *Shirley* se llama *Tartar*, era *Keeper* en la rectoría de Haworth; un regalo que habían hecho a Emily. Y con el regalo iba esta advertencia: *Keeper* era el perro más fiel del mundo mientras estaba con amigos; pero si alguien le pegaba con un palo o con un látigo, provocaría el aspecto implacable del animal, que se arrojaría a su garganta inmediatamente y no lo soltaría hasta que uno de los dos estuviera al borde de la muerte. El defecto doméstico de *Keeper* era el siguiente: le encantaba escabullirse al piso de arriba y estirar sus gruesas patas pardas en las cómodas camas, cubiertas con delicadas colchas blancas. Pero la limpieza de las habitaciones de la rectoría era perfecta. Y esa costumbre de *Keeper* era tan inaceptable que ante las protestas de Tabby, Emily declaró que si volvía a encontrarle en una cama, olvidaría la advertencia sobre su ferocidad y ella misma le daría tal paliza que se le quitarían para siempre las ganas de repetirlo.

Una tarde de otoño hacia el anochecer, apareció Tabby temblorosa y triunfal, pero colérica, a decirle a Emily que *Keeper* estaba tumbado en la cama grande con soñolienta voluptuosidad. Charlotte vio que Emily palidecía y fruncía los labios, pero no se atrevió a intervenir. Nadie se atrevía a hacerlo cuando Emily apretaba los labios con aquel rictus pétreo y le brillaban de aquel modo los ojos en la palidez de su cara. Subió al piso de arriba, mientras Charlotte y Tabby esperaban abajo en el pasillo, en la penumbra llena de sombras oscuras de la noche inminente. Emily bajó las escaleras arrastrando al reacio *Keeper* agarrado por el cogote; el animal se resistía a mover las patas traseras y no dejaba de gruñir en tono bajo y feroz. Las observadoras habrían hablado de buen grado, pero no se atrevieron por miedo a que Emily se distrajera y apartara la cabeza un momento del furioso animal. Lo dejó plantado en un rincón oscuro al pie de las escaleras; y como no había tiempo de buscar palo o vara, por miedo a su atenazamiento estrangulador, apretó el puño y lo descargó contra los ojos furiosos y enrojecidos sin darle tiempo a saltar, y, en lenguaje hípico, «lo castigó» hasta que se le hincharon los ojos, y luego lo llevó, aturdido y medio ciego, a su guarida habitual, donde la misma Emily le aplicó fomentos en la cabeza hinchada y lo cuidó. El noble animal no le guardó nunca rencor; la amó de verdad siempre. Caminó en el cortejo fúnebre de su entierro; durmió gimiendo durante noches a la puerta de su

habitación vacía y, a su modo perruno, por así decirlo, nunca se alegró después de su muerte. Esperemos que, según las creencias indias, siga ahora a Emily; y que cuando descanse, duerma en algún lecho de sueños blanco sin que lo castiguen cuando despierte a la vida del mundo de los espíritus.

Ahora podemos comprender la fuerza de las palabras: «Nuestro pobre gatito acaba de morir. Emily está triste».

CAPÍTULO XIII

Los páramos fueron un gran recurso aquella primavera; Emily y Charlotte los recorrieron continuamente, «para gran perjuicio de nuestros zapatos, pero espero que para gran beneficio de nuestra salud». Y durante sus caminatas hablaron mucho del viejo proyecto de abrir un colegio; en casa, sin embargo, se dedicaban con ahínco a hacer camisas para el ausente Branwell y reflexionaban en silencio sobre su vida pasada y futura. Al fin tomaron una decisión.

He empezado a trabajar en serio en la empresa de abrir un colegio; o mejor dicho, aceptar un limitado número de alumnas en casa. Es decir, que he empezado a buscar alumnas de verdad. Escribí a la señora — [la dama para quien había trabajado como institutriz antes de irse a Bruselas], sin pedirle que envíe a su hija, eso no puedo hacerlo, sino comunicándole mi decisión. He recibido una respuesta del señor—, expresando, a mi entender, sincero pesar por el hecho de que no se lo hubiera comunicado un mes antes, en cuyo caso me dice que habrían enviado complacidos a su hija, y también a la del coronel S., pero que ya están comprometidas con la señorita C. La respuesta me decepciona en parte y en parte me complace; en realidad, ha sido una inyección de ánimo la cálida afirmación de que si lo hubieran sabido un poco antes me habrían confiado a su hija. Te confieso que tenía mis dudas de que alguien estuviera dispuesto a enviar a su hija a estudiar a Haworth. Y esas dudas se han disipado en parte. También he escrito a la señora B., adjuntando el diploma que me dio monsieur Heger antes de marcharme de Bruselas. Todavía no he recibido su respuesta y la espero con cierta ansiedad. No creo que me envíe a ninguna de sus hijas, pero me atrevo a decir que, si lo hiciera, me recomendaría a otras alumnas. Lamentablemente, nos conoce muy poco. En cuanto tenga una sola alumna segura haré imprimir tarjetas con las condiciones e iniciaré los arreglos necesarios en la casa. Tendrá que estar todo listo antes del invierno. Pienso fijar la pensión y la enseñanza en inglés en 25 libras por año.

Más adelante, el 24 de julio del mismo año, escribe de nuevo:

Sigo adelante con mi asuntillo lo mejor que puedo. He escrito a todas las amigas sobre las que tengo el más mínimo ascendiente y a algunas sobre las que no tengo ninguno; por ejemplo, la señora B. En realidad, me he permitido incluso visitarla. Fue correctísima. Lamentó que sus hijas estuvieran ya en el colegio en Liverpool. Me dijo que la empresa le parecía encomiable, pero que temía que me costara sacarla adelante por el emplazamiento. Es la misma respuesta que recibo de casi todos. Les digo que el lugar retirado en algunos sentidos es una ventaja; que si estuviera en una gran ciudad no podría permitirme aceptar estudiantes en condiciones tan módicas (la señora B. comentó que las condiciones le parecían muy módicas), pero que aquí no tenemos que pagar alquiler y podemos ofrecer el mismo nivel de enseñanza que en los colegios caros a poco más de la mitad de precio; y que como el número de alumnas ha de ser limitado, podremos dedicar bastante más tiempo y trabajo a cada una. Muchas gracias por el precioso bolsillo que me

enviaste. Te hago un curioso regalo a cambio enviándote media docena de tarjetas del colegio. Empléalas como te dicte tu juicio. Verás que he fijado la suma en 35 libras, que me parece una media justa, teniendo en cuenta las ventajas y los inconvenientes.

Escribió esa carta en julio; pasaron agosto, septiembre y octubre sin noticias de ninguna alumna. Un día tras otro, las hermanas sentían cierta esperanza hasta que llegaba el correo. Pero Haworth era un pueblo agreste y solitario; y las hermanas Brontë tenían muy pocas relaciones y eran poco conocidas. Charlotte escribe sobre el tema en los primeros meses de invierno:

Emily, Anne y yo te agradecemos sinceramente todo lo que has hecho por nosotras. Y si tus esfuerzos no han dado resultado, tampoco los nuestros. Todos desean que nos vaya bien; pero no hay alumnas. No tenemos la menor intención de desanimarnos por ello y mucho menos de avergonzarnos por el fracaso. El esfuerzo ha de ser beneficioso, sea cual sea el resultado, porque es experiencia, y nos proporciona un mayor conocimiento de este mundo. Te envío más circulares.

Y un mes después dice:

Todavía no hemos hecho ningún cambio en casa. Sería absurdo habiendo tan pocas probabilidades de conseguir alumnas. Me temo que te estés tomando demasiadas molestias por nosotras. Ten por seguro que si convencieras ahora a alguna madre de que trajera a su hija a Haworth, el aspecto del lugar la asustaría y se llevaría a su querida hija de vuelta al instante. Nos alegra haberlo intentado y no vamos a desanimarnos por no haberlo conseguido.

Es probable que las hermanas sintieran un alivio creciente y secreto por el fracaso del proyecto. ¡Sí!, una sorda sensación de alivio por el hecho de haber intentado llevar a la práctica su preciado proyecto y no haberlo conseguido. Porque aquella casa, que era también el hogar de su hermano de vez en cuando, no parecía una residencia adecuada para las hijas de extraños. Lo más probable es que se dieran cuenta sin confesárselo de que los hábitos de Branwell desaconsejaban totalmente su compañía a veces. También debían de conocer ya los rumores inquietantes sobre la razón de los remordimientos y la angustia que le hacían mostrarse alegre de forma nerviosa y forzada unas veces, y otras malhumorado e irritable.

En enero de 1845, Charlotte dice: «Branwell ha estado más tranquilo y menos irritable en conjunto ahora que en el verano. Anne, como de costumbre, se muestra siempre bondadosa, afable y paciente». El profundo dolor que Branwell ocasionaría a su familia había adoptado ya una forma clara e influyó mucho en la salud y en el ánimo de Charlotte. A primeros de año fue a H. a despedirse de su querida amiga Mary, que se disponía a marcharse a Australia.⁶⁷ Pero la angustiaba el dolor previo al pleno conocimiento del pecado del que su hermano era cómplice; que lo estaba arrastrando a hábitos de bebedor empedernido; pero que lo tenía tan embrujado que ningún reproche de otros, por duro que fuera, ni ningún remordimiento momentáneo, por intenso que fuera, podían hacerle dejar el capricho que lo esclavizaba.

He de explicar la historia. Lo evitaría si pudiera; pero no sólo la conocen tantas personas como para que podamos considerarla de dominio público, en cierta forma, sino que además es posible

que la revelación del sufrimiento, el suplicio de toda la vida, los hábitos degradantes y la muerte temprana de su compañero de culpa, así como el prolongado y profundo dolor de su familia, a la mujer malvada que no sólo sigue con vida sino que frecuenta los alegres círculos de la sociedad londinense como una viuda pletórica, elegante y próspera, quizá provoque su arrepentimiento.⁶⁸

Ya he mencionado que Branwell había obtenido un puesto de tutor particular. Muy inteligente, conversador brillante, buen escritor, experto dibujante, acostumbrado al reconocimiento y de físico bastante agraciado, se encaprichó de una mujer casada casi veinte años mayor que él. No lo excusa decir que ella se insinuó primero y que le «hizo la corte». Ella era tan descarada e insensible, que lo hacía delante de sus hijos adolescentes casi adultos, que la amenazaban con contar «lo que hacía con el señor Brontë» a su padre, que estaba postrado en la cama, si no les permitía este o aquel capricho. Branwell estaba tan cautivado por aquella mujer madura y malvada que fue de mala gana a pasar las vacaciones a casa y se quedó el menor tiempo posible, asombrando y disgustando a todos con su insólito comportamiento (tan pronto animadísimo como profundamente deprimido), acusándose de la peor culpa y de la traición más grave pero sin especificar cuáles eran éstas; y manifestando, en general, una crispación rayana en la locura.

El misterioso comportamiento de su hermano causó un profundo pesar a Charlotte y a Emily. Él se manifestaba muy satisfecho con su empleo y llevaba en él más tiempo que en ninguno otro anterior, así que ellas no podían imaginar qué era lo que le causaba tanta inquietud y obstinación, y aquellos cambios de humor. Pero la sensación de que se había metido en algo turbio las deprimía y las agobiaba. Empezaron a perder toda esperanza en la carrera futura de su hermano. Dejó de ser el orgullo de la familia; empezó a dominarlas el vago temor de que podía causar su gran desgracia. Pero yo creo que no se atrevían a analizar sus temores y que hablaban de él lo menos posible entre ellas. No podían evitar pensar, llorar y darle vueltas.

20 de febrero de 1845

He pasado una semana en H.; no ha sido muy agradable; el dolor de cabeza, el malestar y el abatimiento me convirtieron en una compañía lastimosa, una carga para la animada y locuaz alegría de todos los demás habitantes de la casa. No tuve la suerte de sentirme mejor ni siquiera durante una hora mientras estuve allí. Estoy segura de que todos se alegraron cuando me marché, tal vez con la única excepción de Mary. Empiezo a darme cuenta de que tengo demasiado poco ánimo ahora para ser la compañía adecuada para nadie más que para las personas muy tranquilas. ¿Será la edad o qué otra cosa lo que me cambia así?

Quizá no necesitara hacer esa pregunta. ¿Cómo no iba a sentirse «abatida», una «pésima compañía» y una «carga» para quienes se sentían alegres y felices? Su plan para ganarse la vida se había ido a pique, había quedado reducido a cenizas; después de tantos preparativos no habían conseguido ni una sola alumna; y en lugar de lamentar que este deseo abrigado durante tantos años no se materializada, tenía razones para alegrarse de ello. Su pobre padre, casi ciego, dependía de ella en su desvalimiento; y ésa era una responsabilidad sagrada que no podía eludir. Y un negro pesimismo se cernía sobre Branwell, que había sido la mayor esperanza de la familia, sobre el

misterio que envolvía su caprichosa conducta. De algún modo y en algún momento tendría que regresar a su hogar para ocultar su vergüenza; ésa era la triste premonición de las hermanas. Y ¿cómo podía sentirse alegre Charlotte, además, si su querida y noble amiga Mary iba a marcharse tan lejos y para tanto tiempo que su corazón le decía que la perdería «para siempre»? Mucho antes había escrito que Mary T. estaba «llena de sentimientos nobles, cálidos, generosos, leales y profundos. ¡Dios la bendiga! No hay en el mundo persona más noble. Daría con gusto la vida por aquellos a quienes ama. Su inteligencia y sus logros son los más elevados». ¡Y ésta era la amiga que tenía que perder! Veamos la descripción que hizo esa amiga de su último encuentro:

Cuando vi a Charlotte (enero de 1845) me dijo que había decidido quedarse en casa. Reconoció que no le agradaba. Su salud era débil. Me dijo que le gustaría cualquier cambio al principio, como le había gustado Bruselas al principio y creía que algunas personas tenían posibilidades de llevar una vida distinta y tener mayor comunión con el género humano, pero que no veía ninguna para sí misma. Le pedí encarecidamente que no se quedara en casa. Le dije que cinco años más en casa, sola y mal de salud, la destrozarían; que no lo superaría nunca. «¡Piensa en lo que te habrás convertido dentro de cinco años!», le dije, y puso una cara tan lúgubre que me callé y le supliqué: «¡No llores, Charlotte!». No lloró, pero siguió caminando a un lado y a otro de la habitación, y al poco rato me dijo: «Pero me propongo quedarme, Polly».

Pocas semanas después de despedirse de Mary describe así sus días en Haworth:

24 de marzo de 1845

No te imaginas cómo transcurre el tiempo en Haworth. Nunca pasa nada especial que marque su paso. Cada día es igual al siguiente; y todos tienen fisonomías tristes e inertes. El domingo, el día de horneo, y el sábado son los únicos que tienen algo característico. Mientras tanto, la vida pasa. Pronto cumpliré treinta años; y todavía no he hecho nada. A veces me entristecen el panorama futuro y el pasado. Pero es un error y una estupidez lamentarse. El deber me exige quedarme en casa de momento. Hubo un tiempo en que Haworth me parecía un lugar muy grato; ahora ya no es así. Tengo la impresión de que estamos todos aquí enterrados. Deseo viajar; trabajar; llevar una vida activa. Perdona que te moleste con mis vanos deseos, cariño. Dejaré el resto y no te preocuparé con ellos. Debes escribirme. Si supieras cuánto me alegran tus cartas me escribirías muy a menudo. Tus cartas y los periódicos franceses son los únicos mensajeros que llegan del mundo que queda más allá de estos páramos; y son mensajeros muy bien recibidos.

Una de sus tareas diarias era leer en voz alta a su padre, y hacerlo le exigía bastante tacto y delicadeza. Porque el hecho de que otra persona se ofreciera a hacer por él lo que estaba acostumbrado a hacer solo, le recordaba demasiado dolorosamente la pérdida que lo aquejaba. También ella temía en secreto una pérdida semejante. La continuada falta de salud, una afección hepática, su dedicación al dibujo, la pintura y la escritura con trazos minúsculos cuando era más joven, el insomnio, que se había convertido en algo habitual, las amargas lágrimas silenciosas que

había derramado por el comportamiento misterioso e inquietante de Branwell, todo ello influyó en su vista. Y por la misma época escribe así al señor Heger:

Il n'y a rien que je crains comme le désœuvr — ment, l'inertie la léthargie des facultés. Quand le corps est paresseux l'esprit souffre cruellement; je ne connaîtrais pas cette léthargie, si je pouvais écrire. Autrefois je passais des journées des semaines, des mois entiers à écrire, et pas tout à fait sans fruit, puisque Southey et Coleridge, deux de nos meilleurs auteurs à qui j'ai envoyé certain manuscrits, en ont bien voulu témoigner leur approbation; mais à présent, j'ai la vue trop faible; si j'écrivais beaucoup je deviendrai aveugle. Cette faiblesse de vue est pour moi une terrible privation; sans cela, savez-vous ce que je ferais, Monsieur? J'écrirais un livre et je le dédierais à mon maître de littérature, au seul maître que j'aie jamais eu — à vous, Monsieur! Je vous ai dit souvent en français combien je vous respecte, combien je suis redevable à votre bonté, à vos conseils. Je voudrai le dire une fois en Anglais. Cela ne se peut pas; il ne faut pas y penser. La carrière des lettrres m'est fermée [...] N'oubliez pas de me dire comment vous vous portez, comment madame et les enfants se portent. Je compte bientôt avoir de vos nouvelles; cette idée me souris, car le souvenir de vos bontés ne s'effacera jamais de ma mémoire, et tant que ce souvenir durera le respect que vous m'avez inspiré durera aussi. Agréez, Monsieur, etc.

Es probable que ni siquiera sus hermanas y sus más íntimas amigas conocieran los temores a la ceguera que acosaban a Charlotte en esta época. Reservaba la vista para atender a su padre. Cosía poco; sólo escribía lo imprescindible; y se dedicaba sobre todo a tejer.

2 de abril de 1845

Veo claramente que está demostrado que casi nunca se consigue la felicidad pura en este mundo. La enfermedad de — llega con el matrimonio de—. Mary T. está libre y en el camino a la aventura y la actividad que tanto tiempo ha deseado iniciar. Enfermedad, penuria y peligro son sus compañeros de viaje, sus compañeros inseparables. Quizá estuviera a salvo de los fuertes vientos del suroeste y del noroeste antes de que empezaran a soplar, o quizá hayan gastado su furia en tierra y no agiten mucho el mar. De lo contrario, habrá sido arrojada dolorosamente mientras nosotros dormíamos en nuestras camas o permanecíamos despiertos pensando en ella. Pero esos peligros reales, materiales, una vez pasados, dejan en la mente la satisfacción de haber luchado con la dificultad y haberla superado. Fuerza, coraje y experiencia son sus resultados invariables; mientras que dudo que el sufrimiento puramente mental dé ningún buen resultado, a no ser el de hacernos menos sensibles al sufrimiento físico [...] Hace diez años me habría reído de tu metedura de pata al tomar al doctor soltero por un hombre casado. Sin duda te hubiera juzgado escrupulosa en demasía y me habría extrañado que lamentaras haber sido cortés con un individuo amable, por el simple hecho de que fuera soltero en vez de tener pareja. Ahora, sin embargo, comprendo que tus escrúpulos se basan en el sentido común. Sé que si las mujeres desean escapar al estigma de buscar marido tienen que obrar y mostrarse como mármol o arcilla: frías, inexpresivas, inertes; porque cualquier indicio de sentimiento, de alegría, tristeza, simpatía,

antipatía, admiración o aversión se interpretan como un intento de pescar marido. ¡No importa! Las mujeres bienintencionadas cuentan con su propia conciencia para consolarse. Así que no tengas miedo de mostrarte tal como eres, afectuosa y amable; no reprimas con excesiva dureza opiniones y sentimientos excelentes en sí mismos, por temor a que algún estúpido crea que los manifiestas para fascinarlo; no te condenes a vivir a medias porque si demostraras demasiada animación alguna criatura pragmática con pantalones podría meterse en la mollera la idea de que te propones dedicar tu vida a su inanidad. De todos modos, el talante sereno, decoroso y ecuánime es un tesoro esencial para una mujer, y tú lo posees. Vuelve a escribirme enseguida, porque me siento bastante furiosa y necesito calmarme.

13 de junio de 1845

En cuanto a la señora—, que dices que es como yo, la verdad es que no sé por qué, pero no me inspira ninguna simpatía. Nunca me la han inspirado quienes dicen que son como yo, porque siempre tengo la idea de que sólo son como yo en lo desagradable, en el aspecto exterior y superficial de mi carácter; en todo lo que es obvio para el común de la gente y que yo sé que no es agradable. Dices que es «inteligente», «una persona inteligente». ¡Cómo me repugna ese término! Significa más bien astuta, muy fea, entrometida y habladora [...] Me resisto a dejar solo a papá aunque sea un día. Cada semana ve menos; ¿y es extraño que al ver su facultad más preciada abandonarlo se sienta a veces abatido? Es muy duro ver que esos pocos placeres frugales desaparecerán pronto. Ahora tiene muchos problemas para leer y para escribir; y además le aterra la situación de dependencia a que lo reducirá inevitablemente la ceguera. Teme no ser nada en su parroquia. Yo procuro animarlo y a veces lo consigo temporalmente, pero ningún consuelo puede devolverle la vista ni compensar su falta. Sin embargo, nunca se muestra desagradable ni impaciente; sólo está preocupado y abatido.

Charlotte decidió no ir a ver a la única de la familia que la invitaba siempre, por la razón que indica en la carta anterior. En respuesta a la contestación a esta carta dice:

Te pareció que te rechazaba con frialdad, ¿no? Fue una frialdad un tanto rara, porque habría dado lo que fuera por decir que sí y me veía obligada a decir que no. Pero las cosas han cambiado un poco. Ha llegado Anne y su presencia me hace sentir mucho más libre. Así que si todo va bien iré a verte. Dime cuándo quieres que lo haga. Indícame la semana y el día. Ten la amabilidad de contestar también a las siguientes preguntas: ¿Qué distancia hay de Leeds a Sheffield? ¿Puedes darme una idea del precio? Por supuesto, cuando vaya me dejarás disfrutar de tu compañía en paz, sin arrastrarme a una visita tras otra. No tengo el menor deseo de ver a tu coadjutor. Supongo que tiene que ser como todos los demás coadjutores que conozco. Y me parecen una raza de egoístas vanidosos y vacíos. En este dichoso momento hay como mínimo tres en la parroquia de Haworth y no hay uno que supere a los otros. El otro día pasaron, o mejor dicho irrumpieron sin previo aviso a la hora de cenar, los tres acompañados por el señor S. Era lunes (día de hornear) y yo estaba acalorada y cansada; claro que si se hubieran comportado con discreción y amabilidad les habría servido su té en paz; pero empezaron a alabarse y a insultar a los disidentes de tal

forma que perdí la calma y solté unas frases que los dejaron mudos. Papá se horrorizó también, pero no lo lamento.

Charlotte volvió de visitar a su amiga en tren, con un caballero cuyos rasgos y porte delataban que era francés. Ella se atrevió a preguntarle si era así; y cuando él lo admitió, le preguntó si no había pasado bastante tiempo en Alemania, a lo que también le contestó que sí. Charlotte había detectado con fino oído un cierto tono gutural en su pronunciación, que, según los franceses, ellos pueden detectar incluso en los nietos de sus compatriotas que han vivido un tiempo al otro lado del Rin. Charlotte conservaba sus conocimientos lingüísticos mediante la costumbre que explica del siguiente modo a *monsieur* Heger:

Je crains beaucoup d'oublier le français — j'apprends tous les jours une demie page de français par coeur, et j'ai grand plaisir à apprendre cette leçon. Veuillez présenter à Madame l'assurance de mon estime; je crains que Marie Louise et Claire ne m'aient déjà oubliée; mais je vous reverrai un jour; aussitot que j'aurais gagné assez d'argent pour aller à Bruxelles, j'y irai.

Y así, su viaje de vuelta a Haworth, tras el raro placer de esta visita a su amiga, transcurrió de forma agradable, conversando con el caballero francés; y llegó a casa contenta y relajada. ¿Qué se encontró allí?

Eran las diez en punto cuando entró en la rectoría. Branwell había regresado sin previo aviso y estaba muy enfermo. Había llegado hacía un par de días, al parecer de vacaciones. Yo supongo que en realidad porque se había descubierto algo que hizo su ausencia imperiosamente aconsejable. El mismo día que llegó Charlotte había recibido una carta del señor—, en la que le despedía del trabajo con dureza, dando a entender que su juego había sido descubierto, calificándolo de deleznable, ordenándole que rompiera de inmediato y para siempre toda comunicación con los miembros de la familia y amenazando con divulgar todo el asunto si no lo hacía.

Los vergonzosos pormenores de todo el asunto salieron a la luz. Branwell no estaba en condiciones de ocultar el doloroso remordimiento, o, por extraño que parezca, el dolor del amor culpable por miedo a la vergüenza. Dio rienda suelta a sus sentimientos con vehemencia; escandalizó y consternó indescriptiblemente a sus amorosas hermanas; el padre ciego se quedó aturdido, conteniendo la fuerte tentación de maldecir a la mujer libertina que había arrastrado a su hijo, a su único hijo varón, a la gran vergüenza del pecado mortal.

Todos los cambios de humor (la alegría insensata, el abatimiento) de los últimos meses se explicaban ahora. Había una razón más honda que la mera indulgencia del apetito que explicaba su intemperancia; había iniciado su carrera de bebedor empedernido para ahogar los remordimientos.

Lo lamentable en lo que a él se refiere era el amor ardiente que sentía aún por la mujer que lo dominaba con tanta fuerza; es cierto que ella le profesaba el mismo amor; veremos cómo siguieron en pie sus promesas. Hubo un extraño atisbo de conciencia cuando al verla clandestinamente en una cita en Harrogate unos meses después, él se negó a aceptar la fuga que ella le propuso; quedaba algún rastro de bondad en aquel joven débil y corrupto que conservó hasta el final de sus desdichados días. El caso demuestra una situación distinta de la habitual: el hombre es la víctima; la vida del hombre se arruinó y le fue arrebatada por el sufrimiento y el

sentimiento de culpabilidad asociado a la culpa; el aguijón de la vergüenza se hundió en la familia de él. La mujer —pensemos en el piadoso nombre de su padre, en la sangre de familias honorables que corría por sus venas, en su hogar primero, bajo cuyo techo se sentaron aquellos cuyos nombres se consideran sagrados por sus buenas obras— sigue exhibiéndose todavía hoy en la sociedad respetable; una mujer llamativa para su edad; se ha mantenido a flote por su conocida riqueza. Veo su nombre en los periódicos del condado entre quienes patrocinan los bailes de Navidad; y lo oigo en los salones londinenses. Pero no veamos sólo el sufrimiento de su cómplice culpable, sino también el dolor que causó a las víctimas inocentes de cuyas muertes prematuras quizá fuera responsable en parte.

Hemos pasado un suplicio con Branwell. Sólo pensaba en apagar o ahogar su angustia. Nadie en la casa podía tener descanso; y al final nos hemos visto obligados a enviarle fuera de casa una semana con alguien que lo cuide: he recibido carta suya esta mañana, en la que manifiesta cierta contrición [...] pero mientras esté en casa no me atrevo a esperar que haya paz. Me temo que tendremos que prepararnos todos para una temporada de angustia e inquietud. Cuando me despedí de ti tuve el presentimiento de que regresaba al dolor.

Agosto, 1845

Las cosas en casa siguen como de costumbre; no muy alentadoras en lo que a Branwell se refiere, aunque su salud y, en consecuencia, también su talante han mejorado un poco hace unos días, porque ahora está obligado a la abstinencia.

18 de agosto de 1845

He retrasado la carta porque no hay buenas noticias que darte. Abrigo muy pocas esperanzas acerca de Branwell. A veces temo que nunca será capaz de gran cosa. Se ha vuelto absolutamente irresponsable con el último golpe a sus sentimientos y a sus proyectos. Su único freno es la falta de medios. Ya sé que hay que mantener la esperanza hasta el final; y lo intento, pero en este caso la esperanza resulta a veces muy engañosa.

4 de noviembre de 1845

Creía que podría invitarte a Haworth. Parecía que Branwell tenía una oportunidad de conseguir empleo y esperaba el resultado de sus esfuerzos para pedirte que vinieras a vernos. Pero le han dado a otro el puesto (secretario de una junta ferroviaria). Branwell sigue en casa; y mientras él esté aquí, tú no vendrás. Cuanto más le veo más convencida estoy de esa resolución. Ojalá pudiera decir algo en su favor, pero me es imposible. Me callaré. Todos te agradecemos la amable sugerencia acerca de Leeds; pero creo que nuestros planes para el colegio están en suspenso, de momento.

31 de diciembre de 1845

Dices bien cuando hablas de — que ningún sufrimiento es tan terrible como el causado por la disipación; ¡ay!, veo confirmada la verdad de esa observación a diario. — y — tienen que llevar una vida de sufrimiento pesado y oneroso atendiendo a su desdichado hermano. Resulta verdaderamente doloroso que quienes no han pecado tengan que sufrir tanto.

Así acabó el año 1845.

Debo concluir también aquí el relato de los acontecimientos externos de la vida de Branwell Brontë. Unos meses después (sé la fecha exacta pero no la revelaré, por motivos evidentes) murió el marido enfermo de la mujer con quien había tenido relaciones. Branwell había esperado que aquello sucediera con ilusión culpable. Tras la muerte del marido, su amada sería libre; por extraño que parezca, el joven seguía amándola apasionadamente, y entonces creyó que había llegado el momento en que podrían pensar en casarse y vivir juntos sin oprobio ni vergüenza. Ella le había propuesto fugarse con él; le había escrito continuamente; le había enviado dinero: una vez veinte libras; él recordaba las propuestas ilícitas que le había hecho; y que había afrontado la vergüenza, y las amenazas de sus hijos de revelarlo; él estaba convencido de su amor; no sabía lo mala que puede ser una mujer depravada. Su esposo había hecho un testamento en el que todo lo que le dejaba se le legaría solamente a condición de que no volviera a ver a Branwell Brontë. Y cuando se leyó el testamento, ella sólo pensó en que él podría estar en camino tras haberse enterado de la muerte de su esposo. Despachó a un criado a Haworth. Se paró en el Black Bull y envió a un mensajero a buscar a Branwell a la rectoría. Él bajó a la pequeña taberna y estuvo encerrado un rato con el hombre. Luego salió el mozo, pagó la cuenta, montó en su caballo y se marchó. Branwell se quedó solo en la habitación. Transcurrió una hora sin que apareciera ni se oyera el menor ruido; y luego, los que estaban fuera oyeron lo que parecía el mugido de un ternero; abrieron la puerta y lo encontraron en una especie de ataque que había seguido al estupor doloroso en que se había sumido al saber que su amada le prohibía volver a verla, porque, si lo hacía, ella perdería su fortuna. ¡Dejémosla que viva y prospere! Él murió con las cartas de ella que llevaba siempre en el bolsillo para poder leerlas cuando quería. Ahora sólo la misericordia de Dios conoce su destino. Cuando pienso en él cambio mi súplica al cielo: ¡que ella viva y se arrepienta! La misericordia divina es infinita.

Branwell tomó opio de forma habitual los tres últimos años de su vida para aturdir la conciencia; además, bebía siempre que tenía oportunidad de hacerlo. El lector dirá que he mencionado su tendencia a la intemperancia mucho antes. Es cierto; pero no fue algo habitual, que yo sepa, hasta que inició sus relaciones ilícitas con la mujer de quien he hablado. Si me equivoco en este punto, ella debía de tener un gusto tan depravado como sus principios. Branwell tomaba opio porque le hacía olvidar por un tiempo de forma más eficaz que la bebida; y además era más manejable. Para conseguirlo demostró toda la astucia del comedor de opio. Salía sigilosamente cuando la familia estaba en la iglesia (tras excusarse de ir él porque se encontraba demasiado mal) y engatusaba al boticario del pueblo para que le diera un trozo; o quizá el transportista se lo llevara sin saberlo en un paquete de otro lugar. Durante bastante tiempo antes de morir tuvo ataques de delírium tremens terribles; dormía en la habitación de su padre y a veces declaraba que él o su padre morirían antes de amanecer. Las hermanas suplicaban aterradas y temblorosas a su

padre que no se expusiera a aquel peligro; pero el señor Brontë no es un hombre timorato y tal vez creyera que podía inculcar a su hijo cierto dominio de sí mismo demostrando que confiaba en él y que no le temía. Las hermanas permanecían atentas por si oían la detonación de una pistola en plena noche, hasta que el ojo vigilante y el oído aguzado cedían a la tensión nerviosa. Por las mañanas, el joven Brontë salía tan tranquilo, y decía con la típica verborrea de borracho: «El viejo y yo hemos pasado una noche espantosa. ¡El pobre hace lo que puede!, pero yo estoy acabado; [gimiendo] es culpa de ella, es culpa de ella».

Todo lo que hay que añadir sobre Branwell Brontë lo dirá Charlotte, no yo.

CAPÍTULO XIV

En el transcurso del triste otoño de 1845 surgió un interés nuevo; vago, en verdad, y que a veces se perdía entre el intenso dolor y la angustia constante por su hermano. En la reseña biográfica de sus hermanas que Charlotte incluyó en la edición de *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*, publicadas en 1850 (un texto único, a mi entender, por su fuerza y su patetismo), dice:

Un día del otoño de 1845 encontré casualmente un volumen manuscrito de poesía con la letra de mi hermana Emily. Desde luego no me sorprendió saber que podía escribir poesía y que lo había hecho. Lo leí detenidamente y se apoderó de mí algo más que sorpresa: el absoluto convencimiento de que no se trataba de efusiones corrientes ni se parecía en nada a los poemas que suelen escribir las mujeres. Me parecieron concentrados y escuetos, vigorosos y genuinos. Percibí también en ellos una música peculiar, salvaje, melancólica y edificante. Mi hermana Emily no era una persona de carácter efusivo, ni alguien en los recovecos de cuya mente y sentimientos pudiera inmiscuirse impunemente nadie sin permiso, ni siquiera las personas más próximas y queridas; tardé horas en conseguir que aceptara el descubrimiento que había hecho, y días en convencerla de que los poemas eran dignos de publicarse [...] Mientras tanto, mi hermana más pequeña sacó tranquilamente algunos de sus propios escritos, dándome a entender que puesto que los de Emily me habían complacido, tal vez quisiera mirar los suyos. Yo no podía ser un juez imparcial, pero pensé que también los poemas de Anne poseían un sincero y tierno patetismo peculiar. Habíamos abrigado desde pequeñas el sueño de que un día seríamos escritoras [...] Acordamos hacer una breve selección de nuestros poemas e intentar publicarlos. Reacias a la publicidad personal, ocultamos nuestros verdaderos nombres bajo los de Currer, Ellis y Acton Bell; esta ambigua elección vino dictada por ciertos escrúpulos que nos impedían adoptar nombres de pila claramente masculinos, al mismo tiempo que no queríamos manifestar que éramos mujeres, porque —sin sospechar entonces que nuestra forma de escribir y de pensar no fuera lo que se llama «femenina»— teníamos la vaga impresión de que las autoras se exponen a que las miren con prejuicios; habíamos observado que los críticos a veces emplean para su reprimenda el arma de la personalidad; y para su recompensa, la adulación que no es auténtico elogio. La publicación de nuestro librito fue difícil. Como cabía esperar, nadie nos quería a nosotras ni nuestros poemas. Pero para eso ya nos habíamos preparado desde el principio; no teníamos experiencia, pero conocíamos la de otros. El gran enigma consistía en la dificultad de conseguir cualquier tipo de respuesta de los editores a quienes nos dirigiéramos. Abrumada por este obstáculo, me aventuré a dirigirme a los señores Chambers de Edimburgo, pidiéndoles consejo; ellos quizá hayan olvidado las circunstancias, pero desde luego yo no, pues recibí una respuesta breve y formal, pero amable y sensata; seguimos sus consejos y dio resultado.

Yo se lo pregunté al señor Robert Chambers y descubrí que, tal como había supuesto la señorita Brontë, no recordaba que le hubieran pedido consejo a su hermano y a él; no guardaban

ninguna copia ni memorándum de la correspondencia.

En Haworth vive un hombre inteligente que me ha explicado algunos detalles curiosos de las hermanas Brontë en esa época. Dice:

Conocí a la señorita Brontë como señorita Brontë mucho tiempo; en realidad, desde que la familia llegó a Haworth en 1819. Pero no tuve mucho trato con ellos hasta más o menos 1843, en que empecé a traer algunos artículos de escritorio. Hasta entonces había que ir a comprar esas cosas a Keighley. Ellas compraban mucho papel de escribir y recuerdo que me preguntaba qué harían con tanto. A veces pensé que debían de escribir para las revistas. Cuando se me acababa siempre tenía miedo de que aparecieran; parecían consternadas si no tenía papel. Muchas veces iba a pie a Halifax (que queda a dieciséis kilómetros) a buscar media resma de papel, por miedo a que llegaran ellas y no tuviera nada. No podía comprar más que eso cada vez por falta de capital. Siempre andaba escaso. No me gustaba que llegaran cuando no tenía nada para ellas; eran completamente distintas de la demás gente; tan delicadas y tan amables, y muy tranquilas. Nunca hablaban mucho. ¡Charlotte a veces se sentaba y preguntaba cómo nos iba con tanta delicadeza y amabilidad! [...] Aunque soy un trabajador pobre (algo que nunca me ha parecido degradante), podía hablar con ella con absoluta libertad. Siempre me sentí a gusto con ella. No tengo estudios, pero nunca los eché de menos en su compañía.

Los editores a quienes se dirigió Charlotte finalmente con éxito para que publicaran los poemas de «Currer, Ellis y Acton Bell» eran los señores Aylott y Jones, de Paternoster-row. El señor Aylott ha puesto amablemente a mi disposición las cartas que le escribió Charlotte. La primera está fechada el 28 de enero de 1846, y en ella pregunta si publicarían un volumen de poemas en octavos; si no por su cuenta y riesgo, a cargo del autor. Firma «C. Brontë». Tuvieron que contestarle a vuelta de correo, porque el 31 de enero vuelve a escribir:

Señores:

Ya que han aceptado ustedes encargarse de la publicación de la obra de la que les hablaba en mi carta anterior, querría saber lo antes posible el costo del papel y de la impresión. Les enviaré entonces el dinero necesario con el manuscrito. Me gustaría que se imprimiera en un volumen de tamaño octavo y la misma calidad de papel y el mismo tamaño de letra que la última edición de Moxon de Wordsworth. Creo que los poemas ocuparían 200 o 250 páginas. No son obra de un clérigo ni de tema exclusivamente religioso;

⁶⁹ *pero supongo que esos detalles carecen de importancia. Quizá tengan que ver ustedes el manuscrito para calcular con exactitud los gastos de publicación; en tal caso, se lo enviaré inmediatamente. Pero me gustaría tener antes una idea aproximada de lo que puede costar; si con lo que les digo pueden hacer un cálculo aproximado, les agradecería mucho que me lo comunicaran.*

La carta siguiente es del 6 de febrero; dice:

Verán que los poemas son obra de tres personas, parientes; cada obra lleva la firma de su autor.

Vuelve a escribir el 15 de febrero; y el 16, dice:

Es evidente que el manuscrito será menos extenso de lo que había supuesto. No se me ocurre ningún otro modelo al que me gustara que se pareciera exactamente, pero creo que sería preferible un formato de duodécimo y una letra algo reducida, pero clara. Sólo estipulo letra clara, no demasiado pequeña; y buen papel.

El 21 de febrero elige «la letra inicial grande» para los poemas, y remite 31 libras y 10 chelines a los pocos días.

Los pequeños detalles que figuran en estas cartas no son en absoluto triviales, porque nos dan claros indicios de su carácter. Si el libro iba a publicarse por su cuenta y riesgo, era necesario que la hermana que llevaba las negociaciones se familiarizara con los diferentes tipos de imprenta y los diversos formatos de libro. Así que se compró un manual y aprendió todo lo que pudo sobre la preparación de los manuscritos para la imprenta. Nada de vagos conocimientos, ni de confiar a otras personas las decisiones que podía tomar ella; pero sí una generosa y plena confianza, merecida, en la absoluta probidad de los señores Aylott y Jones. La cautela de determinar el riesgo antes de embarcarse en la empresa, y el puntual envío del dinero requerido, antes incluso de que pudiera decirse que había adquirido la forma de deuda, indican un carácter independiente y peculiar. También fue reservada. Durante todo el proceso de preparación y publicación del libro de poemas no escribió una sola palabra explicando a nadie, fuera del círculo familiar, lo que estaban haciendo.

Me han confiado algunas de las cartas que escribió a su antigua directora, la señorita Wooler. Ambas habían empezado a escribirse poco antes de esa fecha. Ateniéndome a la convicción, que he abrigado siempre, de que cuando puedan emplearse las palabras de Charlotte no debían ocupar su lugar otras, tomaré extractos de esa correspondencia, por orden cronológico.

30 de enero de 1846

Mi querida señorita Wooler:

Todavía no he ido a ver a —; en realidad, hace más de un año que estuve allí, pero recibo con frecuencia noticias de ella y no olvidó decirme que estaba usted en Worcestershire. Pero no sabía la dirección exacta. De haberla sabido, habría escrito mucho antes. Pensé que se preguntaría

cómo nos había ido cuando se enterara del pánico del ferrocarril

70 y le aseguro que me complace responder asus amables preguntas afirmando que nuestro pequeño capital sigue intacto. Como bien dice, la línea de York y Midland es muy buena. Pero le confieso que me gustaría ser prudente a tiempo. No creo que ni siquiera las mejores líneas mantengan muchos años los bonos actuales y he intentado vender nuestras acciones antes de que fuera demasiado tarde, e invertir los fondos en algo más seguro aunque sea menos rentable de momento. Pero no puedo convencer a mis hermanas de que lo vean desde mi punto de vista; y creo que preferiría arriesgarme a una pérdida que herir los sentimientos de Emily actuando contra su opinión. Ella lo administró por mí de forma excelente y hábil cuando yo estaba en Bruselas y no podía velar por mis intereses; así que dejaré que siga haciéndolo y aceptaré las consecuencias. Desinteresada y enérgica lo es, desde luego; y si no es todo lo manejable y fácil de convencer que yo quisiera, tengo que recordar que la perfección no es precisamente el sino de la humanidad; y mientras consideremos a quienes amamos y con quienes estamos estrechamente unidos, con estima profunda y firme, poco importa que nos irriten de vez en cuando por lo que nos parecen ideas irracionales y obstinadas.

Usted, mi querida señorita Wooler, sabe tan bien como yo el valor del cariño entre hermanas; yo creo que no hay nada igual en este mundo cuando son casi de la misma edad y tienen opiniones, gustos y educación similares. Me pregunta usted por Branwell: nunca piensa en buscar empleo y empiezo a temer que sea incapaz de ocupar un puesto respetable en la vida; además, si dispusiera de dinero, lo emplearía sólo para hacerse daño; me temo que ha perdido completamente la fuerza de voluntad para dominarse. Me pregunta si no creo que los hombres son criaturas extrañas. Sí lo creo. Lo he pensado muchas veces; y también creo que la forma de educarlos es extraña: no están bien protegidos contra la tentación. Se protege a las chicas como si fueran muy frágiles, o estúpidas incluso, mientras que a los chicos se les deja en el mundo como si fueran los seres más sabios de la creación y no pudieran descarriarse. Me alegra que le guste Bromsgrove, aunque yo diría que hay pocos lugares que no le gusten teniendo la compañía de la señorita M. Siempre siento una alegría especial cuando tengo noticias de que lo pasa usted bien, porque eso demuestra que existe la justicia retributiva incluso en este mundo. Ha trabajado usted mucho; renunció a todos los placeres, casi a todo esparcimiento en su juventud y en la flor de la vida. Ahora es libre, y espero que tenga todavía muchos años de vigor y salud para disfrutar de la libertad. Además, tengo otro motivo egoísta para alegrarme: parece que incluso una «mujer solitaria» puede ser feliz, tanto como las amadas esposas y las madres orgullosas. Y eso me complace. Pienso mucho en la existencia de las mujeres solteras y solteronas hoy día; y ya he llegado al punto de considerar que no hay persona más respetable en la tierra que una mujer soltera, que se abre paso en la vida en silencio, con perseverancia, sin la ayuda del marido o el hermano; y que, al llegar a la edad de cuarenta y cinco años o más, conserva el dominio de una mente ordenada, una predisposición a disfrutar de los placeres sencillos y entereza para aguantar las penas inevitables, compasión por el sufrimiento de los demás y la voluntad de aliviar la necesidad en la medida de sus posibilidades.

Durante el tiempo que duró la negociación con los señores Aylott y Co., Charlotte hizo una visita a su antigua amiga del colegio, a quien acostumbraba a hacer confidencias íntimas; pero ni

entonces ni después le habló nunca de la publicación de los poemas; no obstante, esta joven sospechaba que las hermanas escribían para revistas; y vio confirmada esta idea cuando en una de sus visitas a Haworth vio a Anne leer un número de *Chamber's Journal* con una dulce sonrisa de placer en su plácida cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó su amiga—. ¿Por qué sonrías?—Sólo porque veo que han incluido uno de mis poemas —contestó ella con calma; y no se dijo una palabra más sobre el tema.

Charlotte escribió a esta amiga la siguiente carta:

3 de marzo de 1846

Llegué a casa sana y salva ayer poco después de las dos. Encontré a papá muy bien; su vista prácticamente igual. Emily y Anne habían ido a Keighley a esperarme; pero yo vine por la carretera vieja y ellas habían ido por la nueva, así que no nos encontramos. No llegaron a casa hasta las cuatro y media. Lamento decir que Anne se acatarró un poco con el paseo, aunque espero que esté bien pronto. Papá se animó mucho cuando le expliqué la opinión del señor C. y la experiencia de la anciana señora E., aunque noté que se aferraba complacido a la idea de demorar la operación unos meses. Más o menos una hora después de llegar a casa fui a la habitación de Branwell para hablar con él; fue un trabajo muy forzado dirigirse a él. Podría haberme ahorrado la molestia, porque no me hizo caso ni me contestó; estaba sumido en el estupor. Mis temores no eran infundados. Sabía que había conseguido un soberano mientras yo estaba fuera, con el pretexto de que tenía que pagar urgentemente una deuda. Salió inmediatamente y lo cambió en una taberna y lo empleó como cabía esperar. — concluyó su relato diciendo que era «un ser desesperado»; es bastante cierto. En su estado actual es prácticamente imposible estar en la misma habitación que él. No sé lo que nos deparará el futuro.

31 de marzo de 1846

*Nuestra pobre y anciana sirvienta Tabby sufrió una especie de ataque hace quince días, pero ahora ya está casi bien. Martha [la muchacha que ayudaba a la pobre Tabby y que sigue siendo la fiel sirvienta de la rectoría] está enferma, con inflamación en las rodillas, y ha tenido que irse a casa. Me temo que tardará en poder volver a trabajar. Recibí el número de *Record* que enviaste [...] He leído la carta de D'Aubigné.*

⁷¹ *Es inteligente, y está muy bien lo que dice del catolicismo. La parte de la Alianza Evangélica no es muy factible, aunque sin duda es más propio del espíritu del Evangelio predicar la unión entre cristianos que fomentar el odio y la intolerancia recíproca. Me alegra mucho haber ido a — cuando lo hice, porque mis fuerzas y mi salud se han resentido un poco con el cambio de tiempo desde entonces. ¿Cómo te va? Añoro los suaves vientos del Sur y del Oeste. Gracias a Dios, papá sigue muy bien, aunque a veces se siente muy desgraciado por el abominable comportamiento de Branwell. En eso no hay ningún cambio, si no es para peor.*

La edición del libro de poemas prosiguió silenciosamente. Después de algunas consultas y deliberaciones, las hermanas habían decidido corregir ellas mismas las pruebas. Hasta el 28 de marzo, los editores habían dirigido su correspondencia al señor C. Brontë, pero entonces «se produjo algún pequeño error», porque rogó a los editores que en adelante le enviaran la correspondencia a su verdadera dirección, «Señorita Brontë», etc., aunque es evidente que les había dado a entender claramente que no actuaba por cuenta propia sino como agente de los verdaderos autores, porque en una carta fechada el 6 de abril hace una propuesta en nombre de «C., E. y A. Bell», comunicándoles que estaban preparando una obra narrativa para publicarla, que consistía en tres relatos distintos e independientes⁷² que podrían publicarse juntos, como una obra de tres volúmenes, del tamaño corriente de novela, o por separado, como libros de un solo volumen, lo que juzgaran más aconsejable. Añade que los autores no tenían intención de publicar esos relatos por su cuenta; pero que le habían pedido que les preguntara si estarían dispuestos a hacerlo ellos, en caso de que la lectura de los manuscritos garantizara la posibilidad de éxito. Los editores respondieron a esta carta enseguida y el tono de su respuesta puede deducirse de la que les escribió Charlotte el 11 de abril.

Permítanme agradecerles en nombre de C., E. y A. Bell su amable oferta de asesoramiento. Aprovecho la misma para pedirles información sobre algunos puntos. Es evidente que los autores desconocidos han de afrontar muchas dificultades para conseguir que sus obras lleguen al público. ¿Podrían darme una idea de cómo se salvan mejor esos escollos? Por ejemplo, en este caso concreto en que tratamos de una obra de ficción, ¿en qué forma sería más probable que aceptara el editor el manuscrito? ¿Si se le ofreciera como una obra de tres volúmenes, como relatos que podrían publicarse sueltos o como colaboraciones en una publicación periódica?

¿Qué editoriales recibirían más favorablemente una propuesta de ese género?

¿Bastaría escribir a un editor sobre el tema, o sería necesario recurrir a una entrevista personal?

Consideraremos un favor su opinión y consejo sobre estos tres puntos, y sobre cualquier otro que su experiencia considere importante.

El tono general de la correspondencia demuestra lo mucho que impresionaron a Charlotte la sinceridad y la honradez de los editores con quienes trató en esta primera aventura literaria; y en consecuencia, depositó toda su confianza en sus sugerencias. Y el proceso de publicación de los poemas no fue excesivamente lento ni larguísimo. El 20 de abril escribe pidiéndoles que le envíen tres ejemplares y que le indiquen a qué críticos era aconsejable enviar ejemplares.

Incluyo la siguiente carta para ilustrar las ideas de estas jóvenes sobre las críticas y reseñas literarias que orientaban la opinión pública.

Los poemas quedan muy bien encuadernados en tela. Tengan la bondad de enviar ejemplares y anuncios lo antes posible a cada una de las publicaciones mencionadas a continuación.

Colburn's New Monthly Magazine.

Bentley's Magazine.

Hood's Magazine.

Jerrold's Shilling Magazine.

Blackwood's Magazine.

The Edinburgh Review.

Tait's Edinburgh Magazine.

The Dublin University Magazine.

También a los periódicos Daily News y Britannia. Si hay algunas otras publicaciones a las que envíen ustedes habitualmente ejemplares de las obras, háganlo también. Creo que las que he mencionado bastarán para publicidad.

Conforme a esta última petición, los señores Aylott propusieron que se enviaran ejemplares y anuncios de la obra a *Athenaeum*, *Literary Gazette*, *Critic* y *Times*; pero la señorita Brontë dice en su respuesta que cree que las publicaciones que había mencionado bastarían para publicidad de momento, porque los autores no deseaban desembolsar una suma superior a dos libras, por considerar que el éxito de una obra depende más de la crítica que recibe en las publicaciones que de la cantidad de anuncios. En caso de que apareciera alguna reseña de los poemas, fuera o no favorable, se pide a la editorial que le envíen el nombre y número de las mismas, pues de lo contrario, como ella no tenía ocasión de ver las publicaciones regularmente, no podría leer la crítica. «Si los poemas recibieran buenas críticas, tengo intención de asignar otra suma para anuncios. Pero si pasaran desapercibidos o los condenaran, creo que los anuncios serían inútiles, ya que no existe nada en el título de la obra ni en el nombre de los autores que llame la atención de un solo individuo.»

Supongo que el librito de poemas se publicó hacia finales de mayo de 1846. Entró sigilosamente en la vida; transcurrieron algunas semanas sin que el fuerte murmullo público descubriera que otras tres voces estaban pronunciando su discurso. Y, mientras tanto, la existencia de las hermanas Brontë siguió su monótono curso día tras día; estaban tan preocupadas que debieron de olvidar su sentido de autoría debido a la angustia vital que corroía sus corazones. Charlotte escribe el 17 de junio:

Branwell afirma que ni puede ni quiere hacer nada por sí mismo. Le han ofrecido buenos empleos para los que podría haberse cualificado trabajando quince días; pero no hará nada más que beber y amargarnos a todos.

En el *Athenaeum* del 4 de julio, bajo el titular de poesía para todos, apareció una breve reseña crítica de los poemas de C., E. y A. Bell. El crítico asigna a Ellis el mayor nivel de los tres

«hermanos», pues supone que lo son; dice que Ellis es «un espíritu delicado y curioso»; y habla de la «evidente capacidad de vuelo que puede alcanzar alturas no intentadas aquí». Y luego, con cierto grado de agudeza, el crítico añade que los poemas de Ellis «demuestran una originalidad superior a la que se plasma en este libro». Sitúa a Curren Bell entre Ellis y Acton. Pero la crítica contiene poco más digno de reseñarse a estas alturas. Podemos imaginar el interés con que la leyeron en la rectoría de Haworth y cómo intentarían las hermanas encontrar razones de las opiniones o consejos para la futura orientación de sus talentos.

Pido mucha atención para la siguiente carta de Charlotte, fechada el 10 de julio de 1846. No importa quién fuera el destinatario. Creo que merece especial consideración en estos tiempos el saludable sentido del deber que expresa, la idea de la supremacía de ese deber que Dios nos había asignado colocándonos en familias.

Veo que te encuentras en un dilema, y además uno de naturaleza muy peculiar y compleja. Dos caminos se extienden ante ti; desearías elegir escrupulosamente el correcto, aunque sea el más empinado, abrupto y accidentado; pero no sabes cuál de los dos es; no puedes decidir si el deber y la religión te ordenan salir al mundo frío e inhóspito a ganarte en él el sustento mediante el trabajo monótono de institutriz, o te imponen que sigas con tu anciana madre y abandones de momento todo proyecto de independencia y que soportes las molestias diarias, e incluso a veces las privaciones. Comprendo perfectamente que te resulte casi imposible decidir sola en este asunto, así que decidiré yo por ti. O por lo menos te diré mi sincera opinión sobre el tema; te indicaré con franqueza lo que pienso. El camino correcto es el que requiere el mayor sacrificio del interés personal, el que entraña lo mejor para otros; y ese camino, si se sigue con constancia, creo que llevará al fin a la prosperidad y a la felicidad; aunque al principio pueda parecer que va en la dirección contraria. Tu madre es anciana y está enferma; los ancianos y los enfermos tienen pocas fuentes de dicha en esta vida, menos incluso de las que pueden concebir comparativamente las personas jóvenes y sanas; es una crueldad privarlos de una de ellas. Si tu madre está más tranquila cuando tú la acompañas, quédate con ella. Si la hiciera desgraciada que tú te vayas, quédate con ella. No te aprovechará quedarte en—, en apariencia, por lo que la humanidad miope alcanza a ver, no te alabarán y admirarán por quedarte en casa a confortar a tu madre; pero seguramente tu conciencia lo aprobará; y si es así, quédate con ella. Te recomiendo que hagas lo que intento hacer yo.

El resto de la carta sólo interesa al lector porque expresa una rotunda negativa al rumor de que la escritora se había prometido en matrimonio con el coadjutor de su padre, el mismo caballero con quien se uniría ocho años después; y que, probablemente incluso ya entonces, aunque no se diera cuenta, había empezado a ocuparse de ella con el mismo ánimo tierno y fiel con que Jacob atendió a Raquel. Quizá otros se hubieran fijado, pero ella no.

Quedan algunas otras cartas de su correspondencia «en nombre de los señores Bell» con el señor Aylott. El 15 de julio dice: «Como no me han escrito, supongo que no han aparecido más reseñas ni ha aumentado la demanda de la obra. ¿Me honrarían con unas letras indicándome si han vendido algún ejemplar, y cuántos?».

Supongo que pocos, porque tres días más tarde escribió lo siguiente:

Los señores Bell me piden que les agradezca su sugerencia acerca de los anuncios. Están de acuerdo con ustedes en que, como la temporada es poco propicia, sería preferible aplazarlos. Les agradecen mucho su información sobre el número de ejemplares vendidos.

El 23 de julio les escribe de nuevo:

Los señores Bell les quedarían sumamente agradecidos si enviaran la carta adjunta en Londres. Es la respuesta a la carta que enviaron ustedes y que era de un lector que elogia sus poemas y les pide un autógrafo. Creo haberles indicado anteriormente que los señores Bell desean no darse a conocer de momento, razón por la cual prefieren que la nota se eche al correo en Londres en vez de hacerlo directamente, para no dar claves de la residencia o identidad con el matasellos, etc.

Escribe otra vez en septiembre: «Como no ha aparecido ninguna nueva reseña de la obra, supongo que la demanda de la misma no ha aumentado mucho».

En la reseña biográfica de sus hermanas, Charlotte comenta lo siguiente sobre el fracaso de las esperanzas que habían depositado en el libro de poemas: «El libro se publicó; pasó casi inadvertido. Y los únicos poemas que merecen ser conocidos son los de Ellis Bell. El firme convencimiento del mérito de esos poemas, que mantuve y mantengo, no ha recibido en realidad la confirmación de muchas críticas favorables; pero mi opinión sigue siendo la misma a pesar de todo».

FIN DEL VOL. I

THE LIFE
OF
CHARLOTTE BRONTË,

AUTHOR OF
"JANE EYRE," "SHIRLEY," "VILLETTE," &c.

BY
E. C. GASKELL,
AUTHOR OF "MARY BARTON," "RUTH," &c.

"Oh my God,
Thou hast knowledge, only Thou,
How dreary 'tis for women to sit still
On winter nights by solitary fires
And hear the nations praising them far off."
AURORA LEIGH.

IN TWO VOLUMES.
VOL. II.

LONDON:
SMITH, ELDER & CO., 65, CORNHILL.
1857.

VOLUMEN II

CAPÍTULO I

Una preocupación de otro género ocupaba los pensamientos de las hermanas Brontë en el verano de 1846, mientras sus esperanzas literarias se desvanecían. Su padre tenía cataratas y estaba perdiendo vista. Casi no veía. Podía caminar a tientas e identificaba a las personas que conocía bien si se colocaban delante de una luz fuerte. Pero ya no podía leer; y eso le impedía saciar su avidez de conocimiento e información de todo género. Seguía predicando. Me han contado que le acompañaban hasta el púlpito, y que nunca habían sido sus sermones tan impresionantes como entonces: aquel anciano erguido, canoso y ciego, que miraba sin ver al frente mientras las palabras brotaban de sus labios con la misma fuerza y el mismo vigor que en sus mejores tiempos. También me han explicado un hecho curioso porque demuestra que conservaba una noción del tiempo muy precisa. Sus sermones habían durado siempre media hora. Esto no había constituido nunca un problema cuando veía bien: tenía el reloj delante y facilidad de palabra. Pero nada cambió en esto cuando se quedó casi ciego; terminaba el sermón en el momento exacto en que la aguja del minuterero indicaba que habían transcurrido los treinta minutos.

Era paciente, a pesar de su gran pena. Soportaba la tragedia con la misma entereza silenciosa que en tiempos de mayor aflicción. Pero la ceguera le impedía hacer tantas cosas que se encerraba en sí mismo y debió de pensar mucho en todo lo que era doloroso y preocupante respecto a su único hijo varón. No es extraño que se desanimara y se deprimiera. Sus hijas habían recogido antes del otoño toda la información posible sobre las probabilidades de éxito de las operaciones de cataratas en una persona de la edad de su padre. Emily y Charlotte habían viajado a Manchester a finales de julio con el propósito de buscar un buen cirujano; y allí les hablaron del señor Wilson, un oculista famoso. Fueron a consultarle. Sin embargo, por la descripción que le hicieron, él no podía determinar si era aconsejable practicar la operación o no. Tenía que ver al paciente. Charlotte acompañó a su padre a la consulta del doctor Wilson a finales de agosto. El cirujano decidió practicar la operación sin demora y les recomendó una pensión confortable que regentaba una antigua sirvienta suya. Quedaba en un barrio de las afueras de la ciudad, en una calle como tantas otras, de casitas de aspecto uniforme. La siguiente carta de Charlotte está fechada allí el 21 de agosto de 1846:

Te pongo sólo unas letras para que sepas dónde estoy y puedas escribirme, pues creo que una carta tuya aliviaría mi sensación de extrañeza en esta gran ciudad. Papá y yo llegamos aquí el miércoles; el mismo día vimos al señor Wilson, el oculista. Dictaminó que papá tiene los ojos a punto para la operación y ha fijado el lunes próximo para realizarla. ¡Piensa en nosotros ese día! Nos instalamos aquí ayer. Creo que estaremos cómodos. El alojamiento es excelente, pero no hay nadie (la señora de la casa está muy enferma y se ha ido al campo) y me desconcierta bastante ocuparme de las provisiones. Tenemos que arreglárnoslas solos. Me he dado cuenta de que soy muy ignorante. No sé qué carne pedir, por ejemplo. Para nosotros solos no tendría ningún

problema, porque la dieta de papá es muy sencilla; pero dentro de unos días vendrá una enfermera y me preocupa que no haya cosas bastante buenas para ella. Papá sólo necesita ternera y cordero, té y pan con mantequilla. Pero seguro que una enfermera esperará vivir mucho mejor; dame algunas ideas, si puedes. El señor Wilson dice que tendremos que quedarnos aquí por lo menos un mes. No sé cómo les irá a Emily y a Anne en casa con Branwell. También ellas tendrán sus problemas. ¡Cuánto daría porque estuvieras aquí conmigo! ¡Nos vemos obligados a adquirir experiencia paso a paso! Pero el aprendizaje es muy desagradable. Un aspecto alentador de todo el asunto es que el señor Wilson cree que el caso es muy favorable.

26 de agosto de 1846

Ya ha pasado la operación; fue ayer. La realizó el señor Wilson, con la ayuda de otros dos médicos. Él dice que ha sido un éxito; pero papá todavía no ve nada. Todo duró exactamente un cuarto de hora; no fue la sencilla operación de reclinación que nos describió el señor C., sino una más compleja de extracción de la catarata. El señor Wilson no es partidario de la reclinación. Papá demostró una paciencia y una firmeza extraordinarias; los médicos parecían sorprendidos. Yo estuve en la sala todo el tiempo, porque papá quiso que así fuera; por supuesto, no abrí la boca ni me moví hasta que terminó todo, y entonces pensé que cuanto menos hablara mejor, tanto para papá como para los médicos. Papá ahora está en la cama, con la habitación a oscuras, y no debe moverse en cuatro días. Debe hablar y hay que hablarle lo menos posible. Te agradezco mucho la carta y tus amables consejos, que me produjeron gran satisfacción porque descubrí que había organizado muchas cosas tal como tú me indicas y, como tu teoría coincide con mi práctica, estoy segura de que la segunda es correcta. Espero que el señor Wilson me permita prescindir de la enfermera pronto; es bastante buena, sin duda, aunque tal vez un poco más obsequiosa de la cuenta; y no muy de fiar, supongo yo; pero no me ha quedado más remedio que confiar en ella en algunas cosas [...] Me divirtió mucho tu versión de los coqueteos de —; pero también me entristeció un poco. Creo que la Naturaleza lo había destinado a algo mejor que perder el tiempo haciendo desgraciadas a algunas pobres solteras ociosas. Lamentablemente, las chicas se sienten obligadas a quererle a él y a otros como él, porque aunque sus mentes permanecen bastante ociosas, sus sensaciones son completamente nuevas y en consecuencia frescas y lozanas; y en cambio él sacia su placer y puede divertirse impunemente con el tormento de otros. Es injusto; la lucha es desigual. Ojalá tuviera yo el poder de inculcar en el alma de las perseguidas un poco de amor propio sereno —de conciencia de superioridad sustentadora (pues son superiores a él porque son más puras)—, un poco de resolución alentadora para soportar el presente y esperar el final. Si todas las solteras abrigaran y conservaran esos sentimientos, él no alzaría la cresta delante de ellas. Quizá por suerte sus sentimientos no sean tan fuertes como parece y, en consecuencia, las saetas del caballero no hieran tan hondamente como a él le gustaría. Espero que así sea.

Pocos días después escribe:

Papá sigue en la cama, a oscuras, con los ojos vendados. No tiene inflamación, pero al

parecer aún son necesarios el máximo cuidado, quietud absoluta y oscuridad para asegurar el buen resultado de la operación. Tiene mucha paciencia, aunque lógicamente está deprimido y cansado. Ayer le permitieron probar la vista por primera vez. Veía vagamente. El señor Wilson se mostró muy satisfecho y dijo que todo iba bien. Yo tengo dolor de muelas desde que llegué a Manchester y paso muy malas noches.

Durante todo ese tiempo, y a pesar de las preocupaciones domésticas que las agobiaban —a pesar del fracaso de sus poemas—, las hermanas habían emprendido la otra aventura literaria a que aludía Charlotte en una de sus cartas a los señores Aylott. Cada una había escrito un relato en prosa, con la esperanza de conseguir publicarlos juntos. *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey* ya se han publicado. El tercero, el de Charlotte, todavía es un manuscrito, pero se publicará poco después de que aparezca esta biografía.⁷³ El argumento no es muy interesante en sí mismo; aunque pobre interés es el que depende de episodios asombrosos más que del desarrollo dramático de los personajes; y Charlotte Brontë nunca superó uno o dos bocetos de los retratos que hizo en *El profesor*, ni superó nunca en gracia femenina uno de los personajes femeninos que creó en ese libro. En la época en que lo escribió, su gusto y sus opiniones se habían rebelado contra el exagerado idealismo de la infancia y pasó al extremo de la realidad: describió minuciosamente los personajes tal como los había visto en la vida real; si eran fuertes, incluso hasta la tosquedad —como algunos que había conocido en la vida real—, «los describía como jumentos»; si el escenario de la vida tal como la veía era en su mayor parte salvaje y grotesco, y no pintoresco ni agradable, lo describía con absoluta fidelidad. La gracia de algunas escenas y algunos personajes que son fruto de su imaginación más que de la realidad absoluta, destacan exquisitamente de las oscuras sombras y caprichosos trazos de los otros, y nos recuerdan algunos retratos de Rembrandt.

Los tres relatos probaron suerte juntos en vano; al final los enviaron a distintas editoriales por separado y también sin éxito durante muchos meses. Lo menciono ahora porque Charlotte me contó que entre las desalentadoras circunstancias relacionadas con su angustiada estancia en Manchester, el manuscrito había vuelto a sus manos, rechazado lacónicamente por algún editor, el mismo día que su padre tenía que someterse a la operación. Pero tenía el corazón de Roberto Bruce consigo, y los sucesivos fracasos no la arredrarían más que él.⁷⁴ No sólo volvió de nuevo *El profesor* a probar suerte entre los editores de Londres, sino que en aquellos días de preocupación e inquietud deprimente —en aquellas calles grises, tediosas y uniformes, en que todos los rostros salvo el de su amable doctor le parecían extraños y apagados—, precisamente allí y entonces, empezó el valeroso genio a escribir *Jane Eyre*. Leed lo que dice ella: «Todas las editoriales rechazaron el libro de Currer Bell, y nadie reconoció en él mérito alguno, así que el frío de la desesperanza empezó a helarle el corazón».⁷⁵ Recordad que no era el corazón de una persona que si pierde una esperanza puede volverse con renovado entusiasmo a los muchos dones seguros que le quedan. Pensad en su hogar, en la negra sombra de remordimiento que aplastó a uno de sus habitantes, hasta obnubilarle el cerebro mismo y hacerle perder el talento y la vida; pensad en la vista de su padre, que pendía de un hilo; en la delicada salud de sus hermanas, que dependían de sus cuidados; y admirad luego como merece su valor inquebrantable, que le permitió trabajar continuamente en *Jane Eyre*, mientras el otro libro seguía «su lento y cansino recorrido en

Londres».

Me parece que ya he mencionado que algunas amigas de Charlotte creen que un suceso que le contaron cuando estaba en el colegio de la señorita Wooler fue el germen de la historia de *Jane Eyre*. Pero son sólo conjeturas; no podemos verificarlo. Las personas a quienes explicó el tema de sus escritos han muerto y no pueden hablar; y el lector probablemente haya advertido que en la correspondencia de la que he tomado fragmentos no se hace alusión alguna a la publicación de sus poemas ni la menor alusión al propósito de sus hermanas de publicar ningún relato. Recuerdo, no obstante, muchos detalles que me explicó la señorita Brontë en respuesta a mis preguntas sobre su forma de escribir y demás. Me dijo que no podía escribir todos los días. Que a veces transcurrían semanas e incluso meses sin que se le ocurriera nada que añadir a lo que ya había escrito de la historia. Luego, se despertaba una mañana y veía con absoluta nitidez el desarrollo de la historia. Cuando pasaba eso, su única preocupación era cumplir con sus deberes domésticos y filiales lo antes posible para tener luego tiempo de sentarse a escribir los nuevos incidentes e ideas que, en realidad, estaban más presentes en su mente en tales momentos que su verdadera vida. Pero no obstante esa «posesión», por así decirlo, los compañeros de la casa que sobreviven afirman que nunca ni por un instante dejó de cumplir con sus deberes ni se negó a prestar ayuda cuando se la pedían. Habían tenido que contratar a una muchacha para que ayudara a Tabby (que ya tenía casi ochenta años). Tabby se resistía con celosa renuencia a delegar cualquiera de sus tareas y se impacientaba cuando le recordaban (siempre con delicadeza) que estaba perdiendo agudeza sensitiva por la edad. La otra criada no podía inmiscuirse en lo que ella consideraba trabajo exclusivamente suyo. Entre otras labores, se había reservado el derecho de pelar las patatas de la comida; pero como estaba perdiendo vista, a veces dejaba las manchas negras que nosotros en el Norte llamamos «ojos» de la patata. La señorita Brontë era una ama de casa demasiado escrupulosa para pasarlo por alto; pero se resistía a pedir a la otra muchacha que repasara las patatas, porque no quería ofender a Tabby demostrándole que su trabajo ya no era tan eficaz como antes. Así que entraba a hurtadillas en la cocina y se llevaba en silencio el cuenco de las hortalizas sin que la viera Tabby, e, interrumpiendo el flujo de interés e inspiración de su escritura, cortaba cuidadosamente los ojos de las patatas y luego las llevaba sin hacer ruido a su sitio. Esta simple maniobra demuestra lo metódica y concienzuda que era en el cumplimiento de sus deberes, incluso cuando la dominaba el impulso creador.

Quienes hayan estudiado los escritos de Charlotte Brontë (ya sean las obras publicadas o las cartas), quienes hayan disfrutado del raro privilegio de oírla hablar, sin duda habrán observado su singular acierto en la elección de las palabras. Ponía sumo cuidado en este punto al escribir sus libros. Una frase era la imagen exacta de su pensamiento; y no lo eran en cambio otras, aunque su significado pareciera idéntico. Sentía verdadero respeto práctico por la simple y sagrada fidelidad expresiva que el señor Trench⁷⁶ ha impuesto, como un deber que se olvida con facilidad. Ella buscaba el término preciso y esperaba con paciencia hasta que se le ocurría. Podía ser regional o derivarse del latín. No le importaba su origen, siempre que correspondiera exactamente a la idea que quería expresar. Pero ese cuidado da a su estilo el acabado de un mosaico. Cada elemento, por pequeño que sea, está en el lugar correcto. Charlotte no escribía nunca una frase hasta que entendía claramente lo que quería decir y había elegido parsimoniosamente las palabras y las

había ordenado de la forma correcta. De ahí que en los borradores a lápiz que he visto haya alguna que otra frase tachada, pero rara vez, si es que alguna, una palabra o una expresión. Escribía en hojas de papel pequeñas con letra minúscula; sujetaba la hoja en una tabla a modo de escritorio, como se hace para encuadernar libros. Era un sistema necesario para alguien tan miope como ella; y además le permitía escribir a lápiz sentada junto al fuego al atardecer, y cuando pasaba horas en vela por la noche (algo bastante frecuente). Luego copiaba los borradores de los manuscritos terminados, con letra clara y legible, de delicados trazos, casi tan clara como la letra de imprenta.

Las hermanas Brontë conservaban la vieja costumbre que habían iniciado en vida de su tía: dejaban a un lado la labor a las nueve en punto y se dedicaban entonces a su estudio, paseando a uno y otro lado de la sala de estar. Hablaban de las historias que tenían entre manos y describían los argumentos. Una o dos veces por semana, cada una leía a las otras lo que había escrito y escuchaba los comentarios que le hacían. Charlotte me contó que las observaciones que le hicieron casi nunca la indujeron a cambiar lo escrito, tal era su convencimiento de que había descrito la realidad; pero las lecturas tenían un interés enorme y estimulante para las tres, porque las sacaban de la persistente presión de las monótonas y lacerantes preocupaciones cotidianas y las transportaban a un lugar libre. En una de aquellas veladas, Charlotte decidió desafiar el canon establecido y hacer a su heroína feúcha, menuda y poco atractiva.

La autora de la hermosa nota necrológica sobre «la muerte de Currer Bell»⁷⁷ seguramente supo por ella lo que explica en la misma sobre Jane Eyre, por lo que me tomaré la libertad de citarlo:

Una vez les dijo a sus hermanas que se equivocaban (incluso moralmente) al hacer a sus heroínas bellas como algo normal. Ellas contestaron que era imposible que una heroína resultara interesante de otro modo. Su respuesta fue: «Os demostraré que estáis equivocadas; os demostraré que una heroína tan fea y tan baja como yo puede ser tan interesante como cualquiera de las vuestras». De ahí Jane Eyre, dijo ella al contar la anécdota: «Aunque sólo se parece a mí en eso». A medida que el relato avanzaba, el interés de la escritora aumentaba. Cuando llegó a Thornfield

78 *no podía parar. Como era tan corta de vista, escribía acercándose mucho al papel, y (el primer borrador) a lápiz. Escribió de forma incesante durante tres semanas; al final de este tiempo había sacado a su heroína de Thornfield y estaba sumida en una fiebre que la obligó a hacer una pausa.*

Creo que eso es todo lo que se puede decir ahora sobre la gestación y la escritura de ese libro prodigioso, que estaba sólo al principio cuando la señorita Brontë regresó con su padre a Haworth tras su viaje lleno de preocupaciones a Manchester.

Llegaron a casa a finales de septiembre. El señor Brontë se recuperaba rápidamente, pero el doctor le había prohibido usar mucho la vista. En casa, las cosas habían ido mejor de lo que Charlotte se había atrevido a esperar durante su ausencia, y dio gracias a Dios por los bienes concedidos y los males evitados en aquel periodo.

Al poco tiempo estudiaron de nuevo una propuesta para que la señorita Brontë abriera un colegio, esta vez en algún lugar lejos de Haworth. No he podido conseguir datos claros sobre la misma. Charlotte trata del tema a su modo característico en el fragmento siguiente.

¡Irme de casa! Tal vez no encontrara alojamiento ni empleo, además de que ya no estoy precisamente en la flor de la vida, ni mucho menos, y mis facultades se habrán oxidado y habré olvidado en buena medida mis escasos conocimientos. Esas ideas me torturan a veces; pero cuando consulto con mi conciencia, me dice que hago bien quedándome en casa, y sus recriminaciones son amargas cuando cedo al vivo deseo de liberación. No esperaré triunfar si desoyera esas advertencias. Me gustaría recibir noticias tuyas pronto. Plantea el asunto a — y oblígale a decirte de forma clara y concreta, sin vaguedades, cuántas alumnas podría conseguir realmente. La gente a veces cree que puede hacer grandes cosas en ese terreno hasta que lo intenta; y conseguir alumnas no es lo mismo que conseguir artículos de otro género.

Fuera cual fuere el carácter y amplitud de las negociaciones, el resultado final fue que Charlotte siguió la voz de su conciencia, que le ordenaba permanecer en casa mientras su presencia allí pudiera animar o consolar a los enfermos, o ejerciera la menor influencia en quien era la causa de su aflicción. El fragmento siguiente nos permite ver las preocupaciones de aquel hogar. Es de una carta fechada el 15 de diciembre:

Espero que no te hayas congelado; aquí hace un frío espantoso. No recuerdo días tan polares como éstos. Inglaterra podría haberse deslizado realmente en la zona ártica. El cielo parece hielo; la tierra está congelada; el viento es tan cortante como una cuchilla de doble filo. Tenemos todos catarro y mucha tos por culpa del frío. La pobre Anne lo ha pasado muy mal con el asma, aunque me alegra poder decir que ya está bastante mejor. La semana pasada hubo dos noches en que resultaba verdaderamente penoso oírle y verla toser y respirar con tanta dificultad; tuvo que ser muy angustiante para ella. Lo soportó sin una sola queja, como aguanta siempre la aflicción, suspirando sólo alguna que otra vez cuando estaba ya casi agotada. Posee una fortaleza heroica. La admiro pero desde luego no podría imitarla. [...] Dices que tengo «mucho que contarte». ¿Qué quieres que te cuente? En Haworth no pasa nada; al menos, nada agradable. Hace más o menos

una semana ocurrió un pequeño incidente que nos hirió en lo más vivo; pero si a ti no te causa más placer oírlo del que nos produjo a nosotros presenciarlo, no me agradecerás que lo mencione. Fue simplemente la llegada de un agente judicial a ver a B. para pedirle que pagara las deudas o lo acompañara a York. Tuvimos que pagar sus deudas, claro. No resulta agradable perder dinero una y otra vez de esa forma. ¿Pero qué sentido tiene hablar de esas cosas? A él no le hará ningún bien.

28 de diciembre

Tengo la sensación de que es una farsa sentarme a escribirte ahora sin tener nada que contar que merezca la pena; en realidad, si no fuera por dos razones, lo dejaría para dentro de quince días como mínimo. La primera razón es que necesito otra carta tuya, porque tus cartas son interesantes, siempre contienen algo; algunos resultados de la experiencia y la observación; una las recibe con placer y las lee con deleite; y no puedo contar con recibir esas cartas si no las contesto. Me gustaría que la correspondencia pudiera organizarse para que fuera unilateral. La segunda razón es un comentario de la última tuya; dice que te sentías sola, como yo en Bruselas, y que por ello sentías un peculiar deseo de saber de una antigua conocida. Lo entiendo perfectamente. Recuerdo que cuando estaba en el mencionado lugar, la nota más breve me parecía todo un placer; así que te escribo. También tengo una tercera razón para hacerlo: es el inquietante terror de que vayas a suponer que te he olvidado, que mi afecto se enfría con la ausencia. No es propio de mí olvidarte; aunque creo que si viviéramos juntas siempre, montaría en cólera y explotaría a veces; y tú también lo harías; y luego nos reconciliaríamos y seguiríamos tranquilamente como antes. ¿Te has sentido alguna vez disgustada con tu carácter cuando pasas mucho tiempo en el mismo sitio, en el mismo escenario, sometida a una especie de fastidio exasperante? Yo sí: ahora mismo me encuentro en ese estado de ánimo nada envidiable. Creo que pierdo el humor demasiado pronto, que soy demasiado suspicaz, demasiado irritable y vehemente. Creo que me gustaría ser tan impasible y serena como dices que es la señora —; o, al menos, me gustaría tener su capacidad de autocontrol y disimulo; claro que no aceptaría sus ideas y sus costumbres artificiales con su compostura. En realidad creo que prefiero ser como soy [...] Haces bien en no irritarte por las máximas convencionales que encuentras. Mira todas las costumbres nuevas como experiencias nuevas: si ves miel, recógela [...] En realidad, creo que no hay que despreciar todo lo que vemos en el mundo simplemente porque no es a lo que estamos habituados. Supongo, en cambio, que en no pocas ocasiones hay importantes razones para las costumbres que nos parecen absurdas; y si alguna vez volviera a vivir en el extranjero intentaría analizar las cosas antes de condenarlas. La ironía y la crítica indiscriminadas son pura y simple majadería, eso es todo. Anne se encuentra mucho mejor, pero papá lleva casi quince días con gripe; a veces le dan ataques de tos angustiosos y está muy desanimado.

CAPÍTULO II

El año siguiente empezó con frío y mal tiempo que afectaron mucho a la señorita Brontë, bastante debilitada ya por la angustia y las preocupaciones. Ella misma explica que había perdido completamente el apetito y que parecía «gris, vieja, extenuada y deprimida» por sus padecimientos durante aquella estación inclemente. El frío le provocó un fuerte dolor de muelas; y el dolor de muelas fue la causa de una sucesión de noches espantosas; y la prolongada vigilia le afectó a los nervios haciéndole sentir con redoblada sensibilidad toda la tensión de su vida opresiva. Pero no se permitió achacar su mala salud al desasosiego; «porque en realidad —dijo en esa época— tengo muchas, muchísimas cosas que agradecer». La verdadera situación tal vez pueda deducirse de los siguientes extractos de sus cartas.

1 de marzo

Aun a riesgo de parecer muy exigente, tengo que decirte que me gustaría recibir una carta tan larga como la última cada vez que me escribas. Las notas breves son como un bocadito de un manjar exquisito, aguzan el apetito sin saciarlo. Las largas te dejan más satisfecha; y sin embargo, en realidad, me alegra mucho recibir notas; no vayas a pensar, cuando andes escasa de tiempo o de materiales, que es inútil ponerme unas líneas; te aseguro que unas líneas están muy bien dentro de lo que cabe; y aunque me gustan las cartas largas, por nada del mundo desearía que fueran un trabajo para ti [...] Me gustaría que vinieras a Haworth antes de volver yo a B—. Y es lógico y correcto que lo desee. Para mantener la amistad como es debido hay que conservar el equilibrio de buenos oficios, porque de lo contrario se introduce en la relación un sentimiento inquietante que destruye el mutuo solaz. Podríamos organizar tu visita a Haworth durante el verano y el buen tiempo mucho mejor que en invierno. Entonces saldríamos y estaríamos más independientes de la casa y de nuestra habitación. Branwell se comporta muy mal últimamente. Por su conducta extraña y por los comentarios enigmáticos que deja caer (pues nunca habla claramente) sospecho que pronto tendremos noticias de las nuevas deudas que haya contraído. Yo estoy mejor de salud; creo que la precariedad de la misma se debe más al frío que a las preocupaciones.

24 de marzo de 1847

Es en Haworth donde tenemos que vernos la próxima vez, si todo va bien. No te perdono que dieras a la señorita W— un informe exageradísimo acerca de que no me encuentro bien, animándola a pedirme que me vaya de casa como una verdadera obligación. Ya pondré buen cuidado en no decirte nada cuando vuelva a sentirme especialmente vieja y fea. ¡A ver si las personas no van a tener ese privilegio sin que los demás piensen que están en las últimas! En mi próximo aniversario cumpliré treinta y uno. Mi juventud ha pasado como un sueño; y nunca la he

aprovechado. ¿Qué he hecho en estos treinta años? Bien poco.

El año transcurrió con sigilo, triste y silencioso. Las hermanas Brontë contemplaron directamente y durante mucho tiempo los espantosos efectos del mal empleo de los talentos y el uso y el abuso de las facultades en la persona de aquel hermano que había sido su amor y su orgullo más preciados. Tenían que cuidar al pobre padre anciano, a quien todos los padecimientos acongojaban más por el callado estoicismo de su entereza. Tenían que velar por su salud, porque fuera cual fuere el estado de la misma él nunca se quejaba. Tenían que salvar como fuera los preciosos restos de su vista. Y tenían que administrar el hogar austero cada vez con más cuidado para cubrir necesidades y gastos completamente ajenos a su carácter abnegado. Aunque rehuían el contacto excesivo con sus semejantes, siempre tenían una palabra amable para aquellos a quienes encontraban. Y cuando se necesitaban buenas obras, si estaba en su mano hacerlas, las hermanas de la rectoría nunca las escatimaban. Visitaban las escuelas parroquiales regularmente; y muchas veces Charlotte acortaba las raras y breves vacaciones de una visita por juzgar prioritario estar en su puesto en la escuela dominical.

Jane Eyre iba avanzando en los ratos libres de una vida como ésta. Y *El profesor* seguía pasando lenta y laboriosamente de un editor a otro. *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey* habían sido aceptadas por otro editor, «en condiciones bastante leoninas para las dos autoras»; un acuerdo al que volveremos con más detalle. Lo retuvo los primeros meses de verano esperando su visto bueno para la publicación.

La alegría exterior que esperaban estos mismos meses de verano las hermanas era la esperanza de que la amiga a quien tantas cartas dirigía Charlotte y que era su compañera preferida siempre que las circunstancias les permitían estar juntas, así como favorita de Emily y de Anne, pudiera pasar unos días con ellas en Haworth. Charlotte escribe que el buen tiempo había llegado en mayo y que esperaban que su visitante se sintiera a gusto. Su hermano había dado fin a una considerable suma de dinero que había conseguido en la primavera, y estaba sometido a las saludables restricciones de la pobreza, por lo que se encontraba pasablemente bien. Pero Charlotte advierte a su amiga que se prepare para el cambio de aspecto de Branwell, y que está destrozado mentalmente; termina así la nota pidiéndole encarecidamente que vaya a Haworth: «Rezo para que haga buen tiempo y podamos salir mientras estés aquí».

Al final fijaron la fecha:

El viernes nos va muy bien. Confío en que ahora no surja nada que te impida venir. Me preocupa el tiempo que hará ese día; si llueve, me echaré a llorar. No cuentes con que vaya a esperarte; ¿de qué serviría? No me gusta ir a esperar a la gente ni que me esperen a mí. A no ser, claro, que traigas una maleta o una bolsa, para ayudarte; entonces ya tendría algún sentido. Ven de negro, azul, rosa, blanco o escarlata, como quieras. Ven desharrapada o elegante; ni el color ni el estado de la ropa importa, y siempre que dentro esté E—, todo estará bien.

Pero llegó entonces la primera de una serie de decepciones. Se advierte lo profunda que tuvo que ser para provocar las siguientes palabras.

Tu carta de ayer me produjo un cruel escalofrío de decepción. No te culpo a ti porque sé que no es tuya la culpa. No excuso del todo a —[...] Es amargo y estoy disgustada. En cuanto a lo de ir yo, no pienso poner los pies en B— hasta que tú vengas a Haworth. Recuerdos a todos sin excepción, con una buena dosis de resentimiento y amargura, de la que sólo tú y tu madre quedáis excluidas.

C. B.

Eres muy libre de explicar lo que pienso, si lo juzgas oportuno. Aunque en realidad quizá sea un poco injusta porque estoy muy disgustada. Creía que había organizado todo para que la visita te resultara razonablemente agradable esta vez. Quizá sea más complicado en otra ocasión.

Tengo que citar ahora una carta que escribió aproximadamente por la misma fecha, porque demuestra claramente el buen juicio de la escritora.

Me hace gracia lo que dices respecto al deseo de ella de que cuando se case su marido tenga al menos voluntad propia, aunque sea un tirano. Cuando vuelva a expresar semejante aspiración, dile que incluya una condición: si su marido tiene mucha voluntad, habrá de tener también mucho sentido común, muy buen corazón, y una perfecta noción de la justicia; porque un hombre con poco juicio y voluntad fuerte no es más que un animal obstinado; no harás nada bueno de él; no conseguirás que entre en razón. Y en esas circunstancias, un tirano es una maldición.

Mientras tanto, *El profesor* había sido rechazado por muchos editores. Tengo razones para creer que algunos no habían sido muy amables al escribir a un autor desconocido, y ninguno alegó razones claras del rechazo. La cortesía es buena siempre. Claro que no se puede contar con que una editorial grande, con la presión del trabajo, tenga tiempo de explicar las razones por las que rechaza cada obra. Pero aunque no haya que extrañarse por una forma de actuar concreta, la contraria puede caer sobre una persona apenada y decepcionada con la misma delicadeza que el rocío. Y entiendo muy bien el comentario de Currer Bell sobre lo que sintió al leer la carta de los señores Smith y Elder comunicándole que no publicarían *El profesor*.

Lo intentamos en otra editorial como una vana esperanza. Al poco tiempo, mucho menos del que la experiencia le había enseñado a calcular, llegó una carta que abrió aburrido esperando encontrar dos líneas escuetas comunicándole que a los señores Smith y Elder «no les interesaba publicar el manuscrito»; y, en su lugar, sacó del sobre una carta de dos hojas. La leyó temblando. En realidad, declinaba la publicación del relato por motivos económicos, pero analizaba sus méritos y deméritos de forma tan amable y considerada, en un tono tan juicioso, con un criterio tan inteligente, que este rechazo animó al autor más de lo que podría haberlo hecho una nota de aceptación escueta. Añadía que una obra en tres volúmenes recibiría cuidadosa atención.

El señor Smith me ha explicado un pequeño detalle relacionado con la recepción de este manuscrito, que me parece indicativo de un carácter nada común. Llegó al número 65 de la calle Cornhill (acompañado de la nota que se da abajo) en un paquete de papel de estraza. Además de la dirección de los señores Smith y Co., figuraban en el mismo las de otras editoriales a las que lo habían enviado, tachadas, pero sin borrar, de forma que los señores Smith vieron inmediatamente los nombres de algunas de las otras empresas del ramo a las que el desafortunado paquete había llegado sin éxito.

SEÑORES SMITH Y ELDER

15 de julio de 1847

Muy señores míos: Me permito someter a su consideración el manuscrito adjunto. Me gustaría saber lo antes posible si cuenta con su aprobación y si emprenderían su publicación. Diríjase a la Srta. Brontë (para el Sr. Currer Bell), Haworth, Bradford, Yorkshire.

Transcurrió un tiempo antes de que le contestaran.

He de mencionar aquí una circunstancia, que si bien es algo anterior, demuestra la inexperiencia de la señorita Brontë en las cosas mundanas y su amable deferencia a la opinión de los demás. Había escrito a un editor sobre uno de los manuscritos que le había enviado y, como no recibió respuesta, consultó a su hermano cuál podría ser la razón de tan prolongado silencio. Él lo atribuyó sin vacilación a que no había adjuntado un sello a la carta. Así que ella escribió de nuevo, para subsanar la omisión y disculparse por ella.

SRES. SMITH Y ELDER

2 de agosto de 1847

Muy señores míos: Hace unas tres semanas les envié un manuscrito titulado El profesor, un relato de Currer Bell. Me gustaría saber a la mayor brevedad posible si lo han recibido y si están dispuestos a publicarlo.

Atentamente

CURRER BELL

Les adjunto un sobre con la dirección para su respuesta.

Esta vez le contestaron a vuelta de correo; porque cuatro días después escribe (en contestación a la carta que describió en el prólogo a la segunda edición de *Cumbres borrascosas*, y que contenía una negativa tan delicada, razonable y cortés que resultó más alentadora que una aceptación):

Sé muy bien que su objeción a la falta de interés variado del relato no carece de fundamento; pero a mí me parece que podría publicarse sin grave riesgo si su aparición fuera seguida al poco

tiempo de otra obra del mismo autor y de un carácter más ameno y emocionante. La primera obra podría servir de introducción y acostumar al público al nombre del autor: el éxito de la segunda resultaría así más probable. Estoy acabando otra obra en tres volúmenes, a la que he procurado dar mayor interés que el que tiene El profesor. Creo que tardaré un mes en acabarla, por lo que si El profesor encontrara editor, la segunda obra podría salir tan pronto como se juzgase aconsejable; y así, el interés del público (si despertara interés) no se habría enfriado. ¿Serían tan amables de comunicarme su opinión sobre este plan?

Mientras las tres hermanas permanecían en vilo, la amiga que esperaban hacía tanto tiempo les hizo al fin la visita prometida. Fue a principios del cálido mes de agosto de aquel año. Pasaban casi todo el día al aire libre en los páramos, disfrutando del sol, que produjo una cosecha insólitamente abundante, por lo que, más tarde, Charlotte expresó su sincero deseo de que se celebrara un oficio religioso de acción de gracias en todas las iglesias. Agosto era la estación más espléndida para los vecinos de Haworth. Hasta el humo que cubría el valle entre el pueblo y Keighley tomaba la belleza de los colores radiantes de los altos páramos, el morado encendido de los brezos en flor creaba un contraste armonioso en la luz dorada pardo rojiza que atraviesa la atmósfera de las hondonadas y llega a todos los rincones en las calurosas tardes estivales. Y arriba, en los páramos, sus dominios se extendían en largas ondulaciones de colinas color amatista que se perdían en los tonos etéreos; y el aroma fresco y fragante del brezo y el «murmullo de innumerables abejas» prestaban intensidad al entusiasmo con que recibieron a su amiga en su verdadero hogar, en los agrestes descampados de las colinas.

Allí también podían escapar de la sombra de la casa.

En todo aquel tiempo y en todas sus confidencias, las hermanas Brontë no dijeron a su amiga una palabra de los tres manuscritos que habían enviado a Londres; dos ya aceptados y en la imprenta; otro temblando en la balanza del juicio de un editor; nada supo tampoco del manuscrito de aquel otro relato «casi acabado» que estaba en la vieja rectoría gris. Podría abrigar sus sospechas de que todas escribían con intención de publicar alguna vez; pero conocía los límites que se imponían en sus comunicaciones; ni podía ella ni puede nadie extrañarse de su reticencia, recordando cómo había fracasado un plan tras otro precisamente cuando parecía a punto de cumplirse.

El señor Brontë también sospechaba que sus hijas tramaban algo; pero como ellas nunca le decían nada, él no mencionó el tema, y sus ideas al respecto eran vagas e imprecisas y sólo lo bastante proféticas para no desmayarse cuando más adelante se enteró del éxito de *Jane Eyre*, a cuyo estado tenemos que volver ahora.

SRES. SMITH Y ELDER

24 de agosto

Les envío por ferrocarril un manuscrito titulado Jane Eyre, una novela en tres partes, de Currer Bell. No he podido pagar el porte del paquete porque no aceptan el dinero en el apeadero desde el que lo envío. Si cuando acusen recibo del manuscrito tienen la bondad de indicarme la cantidad abonada a la entrega del mismo, se la enviaré inmediatamente en sellos postales. En

adelante es mejor que se dirijan a Currer Bell a nombre de la Srta. Brontë, Haworth, Bradford, Yorkshire, porque si no, existe el riesgo de que no reciba las cartas. Para evitar problemas, les adjunto un sobre.

El editor aceptó el manuscrito y publicó *Jane Eyre* el 16 de octubre.

Mientras estaba en prensa, la señorita Brontë fue a B— a hacer una visita breve a su amiga. Los editores le remitieron allí las pruebas de imprenta y de vez en cuando se sentaba a corregirlas a la misma mesa que su amiga; pero nunca intercambiaron ni una palabra sobre el tema.

En cuanto regresó a la rectoría, escribió:

Septiembre

Cuando llegué a Keighley llovía y hacía viento. Volví a casa caminando; pero mi fatiga se evaporó al entrar en la rectoría y encontrar a todos bien.

Mis paquetes han llegado sin novedad esta mañana. He repartido los regalos. Papá dice que te envíe cariñosos recuerdos de su parte. La pantalla será muy útil y te da las gracias por ella. Tabby está encantada con su cofia. Dijo: «Ella nunca pensó en nada semejante como que la señorita le mandara algo y ella está segura de que nunca podrá agradecerse bastante». Me puse furiosa cuando encontré una vasija en mi baúl. Al principio pensé que estaría vacía, pero cuando vi que pesaba y estaba llena, me dieron ganas de enviarlo todo de vuelta a B—. Sin embargo, la inscripción A. B. me ablandó mucho. Ha sido amable e infame a la vez que lo enviaras. Habría que besarte primero tiernamente y luego azotarte tiernamente. Ahora mismo Emily está en el suelo del dormitorio en que te escribo contemplando su tesoro. Cuando le di tu regalo, sonrió con expresión complacida y un poco sorprendida a la vez. Todos te envían su cariño. Tuya, con una mezcla de amor y cólera.

Cuando los futuros editores de *Jane Eyre* recibieron esa excelente novela, le correspondió leerla primero a un caballero relacionado con la empresa. La historia le impresionó tanto que informó de forma entusiasta al señor Smith, a quien al parecer le hizo gracia la admiración que le había causado. «Parece tan encantado que no sé hasta qué punto creerle», le dijo, riéndose. Pero cuando un segundo lector, un escocés muy lúcido y nada proclive al entusiasmo, que se había llevado el manuscrito a casa, se sintió tan interesado que no pudo dejar de leer y se pasó media noche hasta terminarlo, despertó curiosidad suficiente en el señor Smith como para que decidiera leerlo él. Y, a pesar de los grandes elogios que le habían hecho del manuscrito, le pareció que se habían quedado cortos.

Cuando publicaron la novela, enviaron ejemplares a algunos amigos personales del mundo literario. Su criterio se tenía en gran estima, y con razón. Gozaban de un gran prestigio en el mundo de las letras; y todos correspondieron con elogios y agradecimiento por el libro. Entre ellos se contaba el gran narrador⁸⁰ a quien tanto admiraba la señorita Brontë; él advirtió inmediatamente los extraordinarios méritos del libro y los reconoció en una nota característica a los editores.

Las críticas tardaron más en llegar o fueron más cautelosas. El *Athenaeum* y el *Spectator*

publicaron reseñas breves, que reconocían la fuerza del autor. La *Literary Gazette* no sabía muy bien si era prudente alabar a un autor desconocido. El *Daily News* devolvió el ejemplar que les habían enviado, alegando su norma de «no reseñar novelas»; pero poco después el mismo periódico publicó una crítica del *Bachelor of the Albany*; y los editores de *Jane Eyre* enviaron de nuevo un ejemplar al director, pidiendo una reseña. Esta vez aceptaron la obra, pero no sé cómo fue el artículo sobre la misma.

El *Examiner* acudió al rescate en lo concerniente a las opiniones de los críticos profesionales. Los artículos literarios del periódico siempre eran excelentes por el cordial y generoso reconocimiento de los méritos; la reseña de *Jane Eyre* no fue una excepción. Estaba llena de elogios entusiastas, pero delicados y sagaces. Por lo demás, la prensa en general hizo poco por promocionar la venta de la novela. Los pedidos de los librereros habían empezado antes de que apareciera la crítica del *Examiner*; la fuerza y la fascinación de la historia se abrió paso entre el público sin la orientación de la crítica profesional. Y a primeros de diciembre empezó la avalancha de pedidos de ejemplares.

Incluiré aquí dos o tres cartas de la señorita Brontë a los editores para demostrar la timidez con que recibió la idea del éxito una persona tan poco acostumbrada a adoptar un punto de vista optimista sobre cualquier asunto que la incumbiera personalmente.

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

19 de octubre de 1847

Muy señores míos: Esta mañana han llegado los seis ejemplares de Jane Eyre. Han dado a la obra todos los privilegios que pueden proporcionar un buen papel, tipografía clara y una cubierta apropiada. Si fracasa, toda la culpa será del autor, ustedes quedan exentos.

Ahora espero el juicio de la prensa y del público. Atentamente,

C. BELL

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

26 de octubre de 1847

Muy señores míos: He recibido los periódicos. Hablan tan bien de Jane Eyre como yo esperaba. La reseña de Literary Gazette parece realmente dictada en un talante bastante soso y Athenaeum tiene un estilo propio, que respeto, aunque no es que me entusiasme precisamente; pero supongo que hay muchas razones para sentirse satisfecho, teniendo en cuenta que revistas de esa categoría han de mantener un prestigio que se vería perjudicado si elogiaran con demasiado entusiasmo a un autor desconocido.

Mientras tanto, una venta rápida sería un apoyo ante la altivez de los críticos altaneros. Muy atentamente,

C. BELL

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

13 de noviembre de 1847

Sres.: Acuso recibo de la suya del 11 de los corrientes, y les agradezco la información. También llegó la reseña crítica de *People's Journal*, y esta mañana he recibido el *Spectator*. La crítica del *Spectator* da esa opinión del libro que adoptará lógicamente determinado tipo de mentalidades. Espero que salgan otras reseñas de índole similar. Una vez señalado el camino de la detracción, seguramente lo seguirán. Es muy probable que casi todas las críticas futuras tengan en cuenta la del *Spectator*. Me temo que ese cambio de opinión no favorecerá la demanda del libro; pero el tiempo dirá. Si *Jane Eyre* tiene un valor sólido, creo que capeará una ráfaga de viento contrario. Saludos. Atentamente,

C. BELL

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

30 de noviembre de 1847

Muy señores míos: He recibido *The Economist*, pero no el *Examiner*; por alguna razón se ha extraviado, como el *Spectator* en otra ocasión anterior; me complace, no obstante, saber por su carta que la reseña de *Jane Eyre* es favorable, y también que las perspectivas de la obra parecen mejorar.

Les agradezco la información sobre *Cumbres borrascosas*. Muy atentamente,

C. BELL

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

1 de diciembre de 1847

Muy señores míos: Hoy ha llegado el *Examiner*. Hubo un error por la dirección, que era para Curren Bell, a la atención de la señorita Brontë. Permítanme decirles que sería mejor en adelante no poner el nombre de Curren Bell en la dirección; es más probable que llegue sin problema a su destino si ponen sólo Srta. Brontë. Curren Bell no es conocido en la zona y no tengo ningún deseo de que lo sea. La reseña del *Examiner* me complació mucho. Parece de un escritor competente que entiende lo que se compromete a criticar; la aprobación de esa procedencia sin duda es alentadora para un autor y confío en que sea beneficiosa para la obra. Atentamente,

C. BELL

También he recibido las otras siete críticas de periódicos provinciales adjuntas en un sobre. Muchísimas gracias por enviarme tan puntualmente todas las críticas.

SRES. SMITH, ELDER Y CO.

10 de diciembre de 1847

Muy señores míos: Acuso recibo de su carta con talón bancario postal, por el que les doy las gracias. Habiéndoles manifestado ya mi opinión sobre su amabilidad y rectitud, sólo me queda añadir que confío en que tengan siempre motivos para estar tan satisfechos conmigo como lo estoy yo con ustedes. Me complacería sumamente que la publicación de cualquier obra futura resultara grata y beneficiosa para ustedes; y me causaría un profundo pesar que alguna vez creyeran tener motivos para arrepentirse de ser mis editores.

No necesitan disculparse por haberme escrito tan pocas veces. Siempre me complace recibir noticias tuyas, por supuesto; pero también me complace recibirlas del señor Williams;

81 *él fue mi primer crítico favorable; quien primero me animó a seguir escribiendo, por lo que cuenta con todo mi respeto y agradecimiento.*

Disculpen la informalidad de esta carta, y reciban mis respetuosos saludos,

CURRER BELL

Disponemos de escasa información en cuanto a la llegada de las primeras noticias de su extraordinario éxito y cómo afectaron al corazón único de las tres hermanas. Una vez pregunté a Charlotte Brontë si la popularidad de la novela la había sorprendido (hablábamos de la descripción del colegio de Lowood y me estaba explicando que no sabía si la habría escrito de haber sabido que se identificaría al instante con Cowan Bridge). Vaciló un momento, y luego me contestó: «Yo creía que lo que me había impresionado con tanta fuerza a mí cuando la escribí tenía que causar una fuerte impresión a todos los que la leyeran. No me sorprendió que los lectores de *Jane Eyre* sintieran un profundo interés; lo que no esperaba es que un libro de un autor desconocido encontrara lectores».

Las hermanas Brontë habían ocultado sus aventuras literarias a su padre, por temor a aumentar las propias preocupaciones y decepciones al presenciar las de él; porque él se interesaba muchísimo por todo lo que les sucedía a sus hijos y también él había tenido inclinaciones literarias cuando era joven y optimista. Es cierto que no era muy dado a expresar sus sentimientos con palabras; se diría que pensaba que estaba preparado para la decepción como destino del hombre y que podía afrontarla con estoicismo; pero las palabras son torpes y lentos intérpretes de los sentimientos para quienes se aman, y sus hijas sabían que soportaría peor el fracaso de ellas que el propio. Así que no le dijeron nada de lo que estaban haciendo. Él ahora dice que lo sospechó siempre, aunque sus sospechas no podían adoptar una forma concreta, porque lo único que sabía era que sus hijas siempre estaban escribiendo, y que no escribían cartas. Ya hemos visto que toda la correspondencia con los editores llegaba a nombre de la señorita Brontë para Currer Bell. Charlotte me contó que una vez habían oído al cartero hablar con su padre, que salía en aquel momento de casa; el cartero le preguntó dónde vivía Currer Bell, a lo que el señor Brontë repuso que en la parroquia no había nadie con aquel nombre. Ése debió de ser el percance a que alude la señorita Brontë al principio de su correspondencia con el señor Aylott.

Pero cuando la demanda de la obra había asegurado el éxito de *Jane Eyre*, sus hermanas instaron a Charlotte a que se lo explicara a su padre. Así que ella fue a su estudio una tarde cuando él, que comía pronto, ya había acabado, con un ejemplar del libro y algunas críticas, entre las que incluyó también una desfavorable.

Ella me explicó que sostuvieron la siguiente conversación. (Escribí lo que me había dicho al día siguiente y estoy segura de que corresponde exactamente a sus palabras.)

—Papá, he escrito un libro.

—¿De veras, cariño?

—Sí, y quiero que lo leas.

—Lo siento, pero me temo que sería un esfuerzo excesivo para mi vista.

—Pero no es un manuscrito. Se ha publicado.

—¡Pero, cariño!, no se te ha ocurrido pensar en el gasto que supondrá. Casi seguro que será un

desastre, porque ¿cómo vas a vender un libro? No te conoce nadie ni conocen tu nombre.

—Pero, papá, creo que no será un desastre, y tú también lo creerás si me dejas leerte algunas críticas y explicarte algo más.

Charlotte se sentó y leyó algunas críticas a su padre; luego le dio el ejemplar de *Jane Eyre* que quería regalarle, y le dejó para que lo leyera. Cuando él fue a cenar, les dijo:

—Hijas, ¿sabéis que Charlotte ha escrito un libro y que es mucho mejor de lo que cabría esperar?

Pero mientras la existencia de Currer Bell, el autor, era como un sueño para las silenciosas habitantes de la rectoría de Haworth, que siguieron con su monótona vida doméstica —cuya única variación era la preocupación por su hermano—, los lectores de Inglaterra estaban agitados intentando averiguar quién era aquel autor desconocido. Ni siquiera los editores de *Jane Eyre* sabían si Currer Bell era un nombre real o un seudónimo, si pertenecía a un hombre o a una mujer. En todas partes, la gente repasaba en vano la lista de amigos y conocidos. No conocían a nadie tan ingenioso como para ser el autor de *Jane Eyre*. Cada pequeño detalle mencionado en el libro se analizaba minuciosamente para aclarar la polémica cuestión del sexo. Todo en vano. Los lectores se conformaron con dejar de esforzarse por satisfacer su curiosidad y relajarse sin más y disfrutar.

No voy a hacer ahora un análisis de un libro que seguramente conocen bien todos los lectores de esta biografía; y mucho menos una crítica de una obra que la gran corriente de la opinión pública ha alzado de la oscuridad en que se publicó y ha colocado para siempre en las cumbres de la fama.

Tengo delante un paquete de recortes de periódicos y de revistas que me ha enviado el señor Brontë. Resulta conmovedor inspeccionarlos y comprobar que no hay una sola reseña, por breve y torpe que sea, de cualquier periódico de provincias, que no haya sido recortada y fechada cuidadosamente por el pobre padre afligido, tan orgulloso cuando las leyó y tan desolado ahora. Porque todas están llenas de elogios a ese gran genio desconocido que surgió súbitamente entre nosotros. Las conjeturas sobre la autoría corrieron como reguero de pólvora. Los londinenses, tan refinados y tan afables como los antiguos atenienses, y que como ellos «emplean el tiempo sólo en contar o escuchar novedades», se sentían entusiasmados y asombrados al descubrir que la aparición de un autor les reservaba una nueva sensación, un placer nuevo; un autor capaz de describir con fuerza titánica y precisa personajes independientes, briosos, y peculiares, que después de todo no eran especies extinguidas, sino que aún vivían en el Norte. Creían que había alguna exageración mezclada con la peculiar fuerza descriptiva. Quienes vivían más cerca de donde parecía que se desarrollaba la historia estaban convencidos de que el autor no era del Sur, por la veracidad y precisión de la obra; porque aunque el Norte es «oscuro, frío y abrupto», perdura en él el vigor de las antiguas razas escandinavas que destellaba en todos los personajes de *Jane Eyre*. Además de esto, había una curiosidad culpable, tanto honesta como deshonestas.

Cuando apareció la segunda edición en enero del año siguiente, con la dedicatoria a Thackeray, todos se miraron asombrados de nuevo. Pero lo cierto es que Currer Bell no sabía más de William Makepeace Thackeray como individuo (de su vida, edad, vicisitudes y circunstancias) de lo que sabía del señor Michael Angelo Titmarsh. Uno figuraba como autor de *La feria de las vanidades*; el otro no. Charlotte Brontë aprovechó agradecida la oportunidad de expresar su gran admiración a

un escritor a quien, según sus palabras, consideraba «el regenerador social de esta época: el maestro de esa cuadrilla de trabajadores capaz de devolver a la rectitud el torcido estado de cosas [...] Su ingenio es brillante, su humor llamativo, pero ambas cualidades tienen con la seriedad de su genio la misma relación que tiene el débil y puro relámpago que juguetea bajo el contorno de una nube de verano con la mortal chispa eléctrica que se esconde en su seno».⁸²

Anne Brontë pasó todo el verano más delicada de lo habitual, y su espíritu sensible se había visto profundamente afectado por la enorme ansiedad que dominaba su hogar. Pero ahora que *Jane Eyre* daba tales indicios de éxito, Charlotte empezó a hacer planes para que su querida hermana menor, la «pequeña» de la casa, disfrutara (relajara la tensión quizá sea la expresión más correcta). Anne se animó durante un tiempo con el éxito de Charlotte, pero lo cierto es que ni sus ánimos ni su vigor físico eran tantos como para inclinarla a mucho ejercicio activo, y llevaba una vida demasiado sedentaria, siempre inclinada sobre su libro, su labor o su escritorio. «Es difícil convencerla de que dé un paseo —dice su hermana— o hacerla conversar. Espero el próximo verano con la confianza de que pueda pasar al menos una breve temporada en la costa, si es posible.» En la misma carta hay una frase que expresa su profundo cariño al hogar, incluso con la terrible situación que vivían entonces; pero contiene demasiadas referencias a asuntos ajenos para transcribirla.

Cualquier autor de una novela de éxito se expone a la invasión de cartas de lectores desconocidos, llenas de elogios (de índole tan exagerada y absurda a veces como para recordar al destinatario el célebre comentario del doctor Johnson⁸³ a quien hacía elogios impertinentes y absurdos), diciendo otras veces sólo unas cuantas palabras que tienen el poder de agitar el corazón «como el sonido de una trompeta» y, por la gran humildad que suscitan, de inspirar la firme resolución de hacer todas las obras futuras dignas de tal alabanza; y en ocasiones contienen la justa valoración de méritos y deméritos, así como el origen de los mismos, lo que constituye la verdadera crítica y ayuda y que es lo que un escritor sin experiencia ansía. Curren Bell recibió su parte correspondiente de todas esas misivas. Y su cordialidad, sentido estricto y elevado nivel de lo que se proponía dieron a cada una su verdadero valor. Entre otras cartas suyas, han puesto amablemente a mi disposición algunas dirigidas al señor G. H. Lewes.⁸⁴ Y como sé que la señorita Brontë apreciaba mucho sus cartas de aliento y consejo, daré algunos fragmentos de sus respuestas, por orden cronológico, porque demuestran el género de crítica que ella apreciaba, y también porque desvelan su carácter general, que, enojada o serena, nunca se dejaba cegar por la vanidad, aceptando con una lúcida modestia sus aciertos y sus errores, agradecida por el afable interés y solamente molesta e indignada cuando creía que la cuestión del género de los autores se trataba de forma burda e injusta. Por lo demás, las cartas hablarán por sí mismas a quienes sepan entender, mucho mejor de lo que podría interpretar yo su significado con mis palabras más pobres y más débiles. El señor Lewes ha tenido a bien enviarme la siguiente explicación de esa carta suya a la que la señorita Brontë contestó con la siguiente.

Cuando se publicó Jane Eyre, los editores me enviaron amablemente un ejemplar. El entusiasmo con que lo leí me indujo a proponer al señor Parker una reseña crítica de la novela para Fraser's Magazine. Él no aceptó que se diera tanta importancia a una novela desconocida

(sobre la que aún no se habían manifestado los periódicos), pero pensó que podía hacer una en *Recent Novels: English and French* [Novelas recientes: Inglesas y francesas], que apareció en *Fraser*, December, 1847. Mientras tanto, escribí a la señorita Brontë explicándole el placer que me había proporcionado su libro; y creo que la sermoneaba, a juzgar por su respuesta.

SR. G. H. LEWES

6 de noviembre de 1847

Muy señor mío: Recibí su carta ayer; permítame decirle que aprecio y comprendo plenamente la intención con que la escribió y le agradezco con toda sinceridad tanto sus alentadores elogios como sus valiosos consejos.

Me advierte usted que me cuide del melodrama y me exhorta a que me atenga a lo real. Cuando empecé a escribir creía tan firmemente en los principios que usted defiende que decidí tomar como mis únicos guías la Naturaleza y la Verdad, y seguir sus huellas; contuve la imaginación, evité lo romántico, reprimí el entusiasmo; evité también el colorido demasiado brillante y procuré crear algo que fuera suave, serio y real.

Concluida mi obra (un relato en un volumen), se la ofrecí a un editor. Él me dijo que era original, fiel a la naturaleza, pero que eso no le parecía suficiente garantía para aceptarla; que una obra así no se vendería. Se la envié a otros seis editores sucesivamente; todos me dijeron que le faltaban «episodios asombrosos» y «emoción escalofriante», por lo que nunca funcionaría en las bibliotecas de préstamo, que las obras de ficción dependían principalmente de esas bibliotecas, y que no podían publicar un libro que las mismas no aceptaran.

También pusieron bastantes reparos a *Jane Eyre* al principio por las mismas razones, pero finalmente la aceptaron.

No le explico todo esto con la idea de alegar exención de censura, sino para llamar su atención hacia la raíz de algunos males literarios. Si en su próximo artículo de *Fraser* dedicara unas palabras de explicación al público que apoya a las bibliotecas de préstamo haría bastante bien con su influencia.

Me aconseja también que no me aleje mucho del terreno de la experiencia, porque al adentrarme en el ámbito de la ficción pierdo fuerza; y me dice: «La experiencia real es siempre interesante y para todos los hombres». Creo que también eso es cierto; pero, estimado señor, ¿no es la experiencia real de cada individuo muy limitada? Y si un escritor se atiene a ella total o parcialmente, ¿no correrá el peligro de repetirse, y también de volverse un ególatra? Por otro lado, además, la imaginación es una facultad poderosa e inquieta, que reclama atención y ejercicio: ¿acaso hemos de hacer oídos sordos a sus gritos e ignorar sus forcejeos? Y cuando nos muestra panoramas brillantes ¿no debemos contemplarlos ni intentar describirlos? Y cuando es elocuente y nos habla rápida e insistentemente al oído, ¿no hemos de escribir a su dictado?

Miraré con ansiedad en el próximo número de *Fraser* sus opiniones sobre estos puntos.

Con todo mi agradecimiento, atentamente,

C. BELL

Pero si bien la satisfacía el reconocimiento como autora, era cautelosa respecto a la persona de

quien lo recibía; pues buena parte del valor del elogio dependía de la sinceridad y de la capacidad de quien lo hiciera. Por consiguiente, pidió al señor Williams (un caballero relacionado con su empresa editorial) información sobre qué y quién era el señor Lewes. No puede omitirse su respuesta cuando ya supo algo del carácter de su futuro crítico, mientras esperaba la reseña. Además de las referencias a la misma, contiene algunas alusiones curiosas a la perplejidad que empezaba a suscitarse respecto a la «identidad de los hermanos Bell», y algunos comentarios sobre la conducta de otro editor con su hermana que me abstengo de explicar porque entiendo que hablar de tales personas se considera libelo.

SR. W. S. WILLIAMS

10 de noviembre de 1847

Muy señor mío: He recibido el Britannia y el Sun, pero no el Spectator; y lo lamento bastante, porque la censura, aunque ingrata, suele ser bastante saludable.

Gracias por su información sobre el señor Lewes. Me complace saber que es un hombre inteligente y sincero, en cuyo caso puedo esperar su sentencia crítica con fortaleza; aunque sea contra mí, no me quejaré; el talento y la sinceridad tienen derecho a condenar cuando lo consideran merecido. Por lo que usted me dice, sin embargo, confío bastante en obtener al menos una aprobación moderada.

Me ha hecho mucha gracia lo que me cuenta de las diversas conjeturas acerca de la identidad de los hermanos Bell. Si se desvelara el misterio, seguramente se descubriría que no merecía la pena. Pero lo dejaré así; nos conviene guardar silencio y en realidad no perjudica a nadie.

El crítico que reseñó el librito de poemas en Dublin Magazine aventuraba la conjetura de que los tres supuestos personajes en realidad eran uno solo que, dotado de un órgano de amor propio demasiado prominente, y convencido de la extraordinaria importancia de sus méritos, los consideraba demasiado vastos para concentrarlos en un solo individuo; y, en consecuencia, se había dividido en tres, ¡supongo que para no dejar atónito al público, por consideración a sus nervios! Es una idea ingeniosa del crítico, muy original y sorprendente, pero inexacta. Somos tres.

Pronto aparecerá una obra en prosa de Ellis y Acton; tendría que haberse publicado hace tiempo, en realidad; porque las primeras pruebas ya estaban en imprenta a primeros del mes de agosto pasado, antes de que Currer Bell pusiera en sus manos el manuscrito de Jane Eyre. Pero el señor — no trabaja como los señores Smith y Elder; un espíritu distinto parece dominar la calle — al que lleva las riendas en el 65 de Cornhill [...] Mis parientes han sufrido demoras y aplazamientos agotadores, mientras que yo he de admitir las ventajas de una gestión a la vez profesional y caballerosa, enérgica y considerada.

Me gustaría saber si el señor — actúa a menudo como lo ha hecho con mis parientes o si se trata de un caso excepcional de su método. ¿Sabe usted algo de él? ¿Podría decírmelo? Debe excusarme por ir directamente al grano cuando necesito saber algo; no tiene por qué contestarme si mis preguntas son inoportunas. Le saluda respetuosamente,

C. BELL

SR. G. H. LEWES

22 de noviembre de 1847

Muy señor mío: He leído Ranthorpe.

85 *No pude conseguirlo hasta hace unos días; pero lo hice y lo he leído al fin; y al leerlo he leído un libro nuevo, no una reimpresión ni un reflejo de algún otro libro, sino un libro nuevo.*

No sabía que se escribieran libros así ahora. No se parece a ninguna de las obras de ficción populares: llena la mente de nuevos conocimientos. Su experiencia y sus convicciones se hacen las del lector; y para un autor tienen al menos un valor y un interés únicos. Ahora espero su crítica de Jane Eyre con sentimientos completamente distintos de los que abrigaba antes de la lectura detenida de Ranthorpe. Entonces era usted un extraño. No me inspiraba ningún respeto especial. No creía que sus reproches o alabanzas tuvieran ningún peso especial. Sabía poco de su derecho a condenar o aprobar. Ahora estoy informado sobre esos puntos.

Será usted severo. Su última carta me lo demostró. ¡Bien!, procuraré sacar provecho de su severidad; y además, aunque ahora estoy convencido de que es usted justo y exigente, puesto que es mortal, también será falible; y si alguna parte de su censura me hiere demasiado en lo vivo y me causa profundo dolor, no la creeré por el momento y la reservaré para cuando pueda aceptarla sin tortura.

*Le saluda respetuosamente,
C. BELL*

Cumbres borrascosas y Agnes Grey se publicaron en 1847. La primera ha escandalizado a muchos lectores por la fuerza descriptiva de personajes malvados y fuera de lo común. Otros, en cambio, han sentido la atracción del genio extraordinario incluso cuando se despliega en criminales adustos y terribles. La propia señorita Brontë dice acerca de esta historia:

En lo que concierne a la descripción del carácter humano, el caso es diferente. He de confesar que Emily no conocía realmente a los campesinos entre quienes vivió más de lo que puede conocer una monja a quienes pasan por las puertas del convento. Mi hermana no era sociable por naturaleza: las circunstancias favorecieron y fomentaron su tendencia a la reclusión. Casi nunca cruzaba el umbral de casa más que para ir a la iglesia o a pasear por las colinas. Aunque albergaba buenos sentimientos por quienes la rodeaban, nunca buscó relacionarse con ellos y, aparte de algunas excepciones contadas, no lo hizo nunca; y, sin embargo, los conocía, conocía sus costumbres, su forma de hablar y sus historias familiares. Escuchaba con interés cosas sobre ellos y hablaba de ellos con minucioso detalle, gráfico y preciso; pero rara vez intercambiaba una palabra con ellos. A esto se debe que lo que su mente captó de la realidad acerca de ellos se limite casi exclusivamente a esos rasgos trágicos y terribles que suelen grabarse en la memoria al escuchar las crónicas secretas de cualquier pueblo. Su imaginación, que era un espíritu más sombrío que alegre, más fuerte que ligero, halló en tales rasgos el material del que creó personajes como Heathcliff, como Earnshaw, como Catherine. No sabía lo que había hecho formando a esas criaturas. Si el auditor de su obra cuando se leyó en manuscrito se estremecía por el terrible efecto de naturalezas tan inquietas e implacables, de espíritus tan descarriados y perdidos; si se alegaba que sólo escuchar algunas escenas vívidas y espantosas quitaba el sueño de noche y alteraba la serenidad mental durante el día, Ellis Bell preguntaba qué significaba y sospechaba que la queja era afectación. Si viviera aún, su mente se habría desarrollado como un árbol fuerte: más alto, más recto, más frondoso; y sus frutos habrían alcanzado una madurez y

una lozanía más plenas y radiantes; pero sólo el tiempo y la experiencia podían actuar en aquella mente. Ella no era susceptible a la influencia de otros intelectos.

Fuera justo o injusto, las obras de las dos hermanas Brontë más jóvenes no recibieron muy buena acogida cuando se publicaron.

Los críticos no les hicieron justicia. Apenas reconocieron las facultades reveladas en Cumbres borrascosas, muy reales aunque aún inmaduras; interpretaron mal su trascendencia y su carácter; se falseó la identidad de su autora: se dijo que era una primera obra más torpe de la misma pluma que Jane Eyre [...] ¡Un error grave e injusto! Nos reímos de él entonces, pero ahora lo lamento profundamente.

La existencia de Charlotte se divide a partir de entonces en dos corrientes paralelas: su vida como Currer Bell, el autor, y su vida como Charlotte Brontë, la mujer. Cada personaje tenía obligaciones distintas que no se oponían entre sí; era difícil reconciliarlas, pero no imposible. Cuando un hombre se hace escritor puede planteárselo como un simple cambio de empleo. Toma una parte del tiempo que hasta entonces ha dedicado a algún otro estudio o actividad; deja algo de la profesión legal o médica en la que se ha esforzado hasta entonces por ayudar a otros, o renuncia a una parte del negocio u oficio en el que ha trabajado para ganarse la vida; y otro comerciante, abogado o médico ocupa su puesto vacante, y es probable que desempeñe el trabajo tan bien como él. Pero nadie puede hacerse cargo de los deberes silenciosos y regulares de la hija, la esposa o la madre tan bien como ella, a quien Dios ha destinado para ocupar ese lugar particular: la principal función de una mujer en la vida no queda a su propia elección; ni puede abandonar las cargas domésticas que recaigan en ella como persona para dedicarse al ejercicio de los talentos más espléndidos que se hayan otorgado jamás. Pero tampoco puede rehuir la responsabilidad añadida que supone el hecho mismo de poseer tales talentos. No ha de ocultar su don en un paño. Se le ha concedido para el beneficio de otros. Ha de trabajar con ánimo fiel y humilde para hacer lo que no es imposible, o Dios no la habría elegido para hacerlo.

Expreso con palabras lo que Charlotte expresó con obras.

El año 1848 empezó con triste inquietud doméstica. Es necesario, aunque doloroso, recordar al lector constantemente lo que estaba siempre presente en el corazón del padre y las hermanas en este tiempo. Bien está que los críticos desconsiderados, que han hablado de la triste y lúgubre visión de la vida que presentan las hermanas Brontë en sus novelas, sepan cómo les fueron arrancadas esas palabras por el recuerdo vivo de la larga tortura que sufrieron. Bien está también que quienes han puesto objeciones a la imagen de vulgaridad y retroceden ante ella con repugnancia, como si tales ideas hubieran surgido de las escritoras, sepan que lo que escribieron no era fruto de su imaginación —ni elucubración interna—, sino de la cruda realidad de la vida externa que se grabó en todos sus sentidos durante largos meses y años, que escribieron lo que habían visto, siguiendo los estrictos dictados de su conciencia. Podrían haberse equivocado. Podrían haber errado al escribir, ya que sus aflicciones eran tan grandes que no pudieron escribir sobre la vida más que como lo hicieron. Tal vez hubiese sido preferible que hubieran descrito sólo a personas buenas y agradables que hacen sólo cosas buenas y agradables (en cuyo caso podrían no haber escrito nunca). Sólo diré que jamás, en mi opinión, mujeres tan asombrosamente dotadas ejercitaron sus talentos con más pleno sentido de la responsabilidad. En cuanto a los errores, se hallan ahora (como autoras y como mujeres) ante el trono de Dios.

11 de enero de 1848

No estamos muy bien aquí en casa últimamente. Branwell se las ingenió de algún modo para conseguir más dinero del antiguo sitio y nos ha amargado la vida [...] Papá está agobiado día y noche; tenemos poca paz; él siempre está enfermo; le han dado ataques dos o tres veces; sólo Dios sabe cuál será el final. ¿Pero quién no tiene dificultades, problemas, desgracias, vergüenzas

ocultas? Lo único que podemos hacer es esforzarnos al máximo y aguardar con paciencia lo que Dios nos envíe.

Supongo que Charlotte leyó el artículo del señor Lewes sobre novelas recientes cuando apareció en diciembre del año anterior. No he encontrado ninguna alusión al mismo hasta que le escribe el 12 de enero de 1848.

Muy señor mío:

Agradezco sinceramente su generosa crítica; le manifiesto mi gratitud con doble satisfacción, porque ahora sé que el tributo no es superfluo ni molesto. No ha sido usted severo con Jane Eyre. Ha sido muy indulgente. Me alegra que me indicara los defectos francamente en privado, porque en su reseña pública los menciona tan de pasada que podría no haberme fijado por falta de reflexión.

Haré caso de su advertencia y pondré sumo cuidado al emprender nuevas obras; mi reserva de temas no es abundante sino más bien muy escasa; y además, ni mi experiencia ni mis conocimientos y facultades son tan variados como para permitirme ser un escritor prolífico. Se lo digo porque su artículo de Fraser me produjo la inquietante impresión de que se sentía usted inclinado a tener mejor concepto del autor de Jane Eyre de lo que el individuo se merece; y preferiría que tuviera usted una opinión acertada de mí, aunque no nos conociéramos nunca.

Si llegara a escribir otro libro alguna vez, creo que el mismo no tendría nada de lo que usted llama «melodrama»; al menos eso pienso, aunque no estoy seguro. También creo que procuraría seguir el consejo que brilla en la «afable mirada» de la señorita Austen: «Pulir más y ser más contenido»; aunque tampoco de eso estoy seguro. Cuando los autores escriben mejor, o al menos cuando lo hacen con más fluidez, parece surgir en ellos un influjo que se convierte en su maestro, que tendrá su propio estilo, borrando todos los dictados menos el propio, imponiendo determinadas palabras e insistiendo en que se empleen, ya sea su carácter vehemente o comedido; moldear caracteres nuevos dando giros inconcebibles a los incidentes, rechazando las viejas ideas cuidadosamente elaboradas y creando súbitamente y adoptando las nuevas.

¿No es así? ¿Y debemos intentar oponernos a esa influencia? ¿Podemos hacerlo realmente?

Me alegra que se publique pronto otra obra suya. Tengo muchísima curiosidad por ver si se atiene usted a sus propios principios y desarrolla sus propias teorías en ella. No lo hacía del todo en Ranthorpe, por lo menos no en la última parte; aunque creo que la primera era casi impecable; además, tenía esencia, veracidad y relevancia, que daban al libro un valor extraordinario; pero para escribir así, uno tiene que haber visto y conocido muchísimo y yo he visto y conocido muy poco.

¿Por qué le gusta tantísimo la señorita Austen? Eso me desconcierta. ¿Y qué es lo que le induce a afirmar que preferiría haber escrito Orgullo y prejuicio o Tom Jones antes que cualquiera de las novelas de Waverley?

No había leído Orgullo y prejuicio hasta que leí esa frase suya; entonces lo hice. ¿Y qué encontré? El daguerrotipo preciso de un rostro corriente; un jardín bien cercado y bien cuidado, con lindes definidas y flores delicadas; pero ninguna mirada de una fisonomía brillante y vívida, ni campo abierto ni aire fresco, ni colina azul ni hermoso arroyo. No me gustaría vivir con sus

damas y sus caballeros en sus casas elegantes pero cerradas. Estos comentarios seguramente le irritarán, pero correré el riesgo.

Ahora puedo entender la admiración a George Sand; pues aunque ninguna de sus obras me parece absolutamente admirable (creo que incluso Consuelo, que es la mejor, o por lo menos la mejor de las que yo he leído, mezcla la extravagancia extraña con la excelencia maravillosa), reconozco que posee un «dominio mental» que no comprendo del todo pero que respeto muchísimo; es sagaz y profunda: la señorita Austen es sagaz y observadora. ¿Me equivoco o se ha precipitado usted en su juicio? Si dispone de tiempo, me gustaría saber algo más sobre este tema; si no, o si mis preguntas le parecen frívolas, no se moleste en contestar.

Reciba mis respetuosos saludos,

C. BELL

SR. G. H. LEWES

18 de enero de 1848

Muy señor mío: No era mi intención molestarle tan pronto, pero he de escribirle de nuevo. Tengo que manifestarle mi acuerdo y mi desacuerdo.

Corrige usted mis burdas observaciones sobre el tema de la «influencia»; bien, acepto su definición de cuáles debieran ser los efectos de la misma; reconozco la sabiduría de sus normas para regularla [...]

¡Qué extraño sermón sigue luego en su carta! Dice que tengo que familiarizarme con el hecho de que la señorita Austen «no es poetisa, no posee “sentimiento” (entrecomilla usted despectivamente la palabra), ni elocuencia, ni nada del cautivador entusiasmo poético», y luego añade que tengo que «aprender a reconocerla como una de los mayores artistas, de los mayores pintores del carácter humano y como uno de los escritores con mayor dominio de los medios para llegar a un fin que haya existido».

Solamente reconoceré el último punto.

¿Puede haber un gran artista sin poesía?

Lo que yo llamo, y lo que aceptaré por tanto como gran artista, no puede carecer del don divino. Pero estoy seguro de que por poesía usted entiende algo diferente a lo que entiendo yo, como lo que entiende usted por «sentimiento». A mi entender, poesía es lo que eleva a ese masculino George Sand y transforma lo vulgar en divino. Es el sentimiento, a mi modo de interpretar el término, el sentimiento celosamente oculto, pero genuino, lo que extrae el veneno de ese formidable Thackeray y convierte lo que podría ser corrosivo en elixir purificador.

Si Thackeray no albergara en su gran corazón un sentimiento profundo por sus semejantes, disfrutaría exterminando; en cambio, creo que sólo desea reformar. Y si, tal como dice usted, la señorita Austen carece de «sentimiento», de poesía, quizá sea sensata, realista (más realista que verídica), pero no puede ser grande.

Acepto su ira, que he provocado ahora (¿pues no he puesto en duda la perfección de su amada?); la tormenta me pasará por encima. No obstante, cuando pueda (no sé cuándo será porque no tengo acceso a una biblioteca de préstamo) leeré detenidamente todas las obras de la

señorita Austen, tal como me recomienda usted [...] Tiene que perdonar que no piense siempre como usted; a pesar de ello, reciba mis saludos y mi gratitud.

C. BELL

He vacilado un poco antes de incluir el siguiente fragmento de una carta al señor Williams; pero es tan peculiar, y la crítica que contiene es, por esa misma razón, tan interesante (estemos o no de acuerdo), que he decidido hacerlo, aunque rompe el orden cronológico de las otras cartas, para completar esta serie de correspondencia tan valiosa que nos muestra el aspecto puramente intelectual del carácter de Charlotte.

SR. W. S. WILLIAMS

26 de abril de 1848

Muy señor mío: Acabo de leer Rosa, Blanca y Violeta

88 y le diré lo que me parece como mejor pueda. No sé si es superior que Ranthorpe porque Ranthorpe me gustó mucho. Pero en todo caso tiene más de una virtud. Creo que posee la misma fuerza pero más plenamente desarrollada.

El carácter del autor se ve en todas las páginas, y eso da interés al libro, mucho más que cualquier historia. Pero es lo que dice el escritor lo que atrae, mucho más que lo que pone en labios de sus personajes. A mi juicio, G. H. Lewes es el personaje más interesante del libro sin la menor duda [...] Los pasajes didácticos me parecen con mucho los mejores de la obra; exponen algunas opiniones muy agudas y profundas con absoluta claridad. El autor es un buen pensador; es un observador sagaz; su teoría es inteligente y sin duda enérgica su práctica. Pero entonces, ¿por qué se siente el lector irritado con él mientras lee? ¿Cómo consigue el autor, mientras instruye, hacer que quien escucha tenga la impresión de que no ha de aceptar sin más las doctrinas expuestas sino oponerse a ellas? Si se acepta que ofrece gemas auténticas, ¿por qué examinarlas continuamente buscando defectos?

Supongo yo que el señor Lewes, con todos sus talentos y rectitud, ha de tener algún defecto de actitud; ha de haber un toque excesivo de dogmatismo; una pizca extra de confianza en sí mismo, a veces. El lector piensa todo eso mientras lee el libro; pero cuando lo cierra y lo deja y dedica unos minutos a ordenar los pensamientos y a aclarar las impresiones, descubre que la idea u opinión predominante es el placer de haber conocido mejor una mente brillante y un corazón sincero, con grandes aptitudes y valerosos principios. Espero que no tarde en publicar otro libro. Sus escenas emotivas son siempre un poco más vehementes de la cuenta; ¿no habría logrado un tratamiento estilístico más contenido un efecto más genial? El señor Lewes toma de vez en cuando una pluma francesa, en eso difiere del señor Thackeray, que emplea siempre una pluma inglesa. Sin embargo, la pluma francesa no lo induce a engaño; la empuña con vigor británico. ¡Merece todos los honores por la tendencia general de su libro!

No pinta un cuadro encantador de la sociedad literaria de Londres, especialmente de la parte femenina de la misma; pero, a mi entender, todos los círculos, ya sean literarios, científicos, políticos o religiosos, tienen una tendencia a convertir la veracidad en afectación. Supongo que cuando la gente pertenece a una camarilla, escribe, habla, piensa y vive para esa camarilla, en cierta medida; una necesidad agobiante y restrictiva. Confío en que la prensa y el público se muestren dispuestos a brindar al libro la acogida que merece; y que sea una muy cordial, mucho más que la debida a una obra de Bulwer o de Disraeli.

Dejemos ahora a Currer Bell y volvamos a Charlotte Brontë. El invierno había sido una estación malsana en Haworth. Había predominado la gripe entre los vecinos, y las hijas del clérigo nunca habían dejado de acudir a donde las necesitaban, aunque las cohibían las visitas sociales a los feligreses. También ellas habían enfermado; Anne gravemente, y, en su caso, la gripe había ido acompañada de tos y fiebre; sus hermanas mayores se preocuparon mucho por ella.

Es indudable que la proximidad del cementerio atestado hacía insalubre la rectoría y causaba muchas enfermedades a quienes vivían en ella. El señor Brontë expuso de forma convincente la situación insalubre de Haworth a la Junta de Sanidad; y, tras las visitas necesarias de sus funcionarios, obtuvo una recomendación de que se prohibieran nuevos entierros en el cementerio,

que se hiciera un nuevo camposanto en la ladera y se iniciaran los trámites para el abastecimiento de agua a las viviendas, ahorrando así a las mujeres la agotadora tarea de tener que transportarla en cubos cientos de metros por la calle empinada. Pero el proyecto fue bloqueado por los contribuyentes; como en tantos otros casos similares, la cantidad se impuso a la calidad, los números a la inteligencia. Y así vemos que la enfermedad asumía a menudo la forma tifoidea leve en Haworth y las fiebres de diferentes géneros afectaban a sus habitantes con lamentable frecuencia.

En febrero de 1848 fue depuesto Luis Felipe de Orléans⁸⁹. La rápida sucesión de acontecimientos de la época provocó los siguientes comentarios de la señorita Brontë sobre el tema en una carta a la señorita Wooler, fechada el 31 de marzo.

Recuerdo bien que deseaba que me hubiera tocado en suerte vivir en los conflictivos tiempos de la última guerra y que veía en sus emocionantes sucesos cierto atractivo estimulante que me aceleraba el pulso al pensar en ello; creo recordar incluso que me impacientaba un poco que usted no compartiera plenamente mis opiniones sobre esos temas; que escuchara mis aspiraciones y especulaciones muy serena, sin demostrar el menor convencimiento de que las llameantes espadas pudieran hacer más agradable el paraíso. Ahora he pasado la juventud y, aunque no creo que haya perdido todas las ilusiones ni que lo romántico haya desaparecido de la vida, que haya caído el velo que cubría la verdad y que las vea ambas con descarnada crudeza, lo cierto es que muchas cosas no son lo que eran hace diez años; y, por lo demás, para mí «la pompa y la solemnidad de la guerra» han perdido todo su falso oropel. No tengo la menor duda de que el impacto de los seísmos morales provoca un intenso sentido vital tanto en las naciones como en los individuos; que el miedo a los peligros de escala nacional hace que los hombres olviden momentáneamente sus preocupaciones por los pequeños problemas personales y les proporciona de momento algo así como amplitud de miras; pero tampoco dudo de que las convulsiones revolucionarias provocan un retroceso mundial de todo lo bueno, frenan la civilización, sacan a la superficie la escoria de la sociedad; en resumen, creo que las insurrecciones y las batallas son las enfermedades graves de las naciones y que tienden a consumir la energía vital de los países en que se producen. Pido de todo corazón que no aflijan a Inglaterra los espasmos, los dolores y los arrebatos frenéticos que crispan ahora el Continente y amenazan a Irlanda. No siento la menor simpatía por los franceses y los irlandeses. Pero creo que el caso de los alemanes y de los italianos es diferente; tanto como lo es el amor a la libertad del ansia de libertinaje.

Pasó su cumpleaños. Escribió a la amiga cuyo aniversario era una semana después; le escribió la carta habitual; pero si la leemos sabiendo lo que había hecho advertimos diferencia entre sus pensamientos actuales y los de un año antes, cuando dijo «no he hecho nada». Tenía que tener presente la modesta idea de haber «hecho algo» cuando escribió este año:

Ya tengo treinta y dos años. La juventud se va, se va, y nunca volverá, es inevitable [...] Yo creo que el dolor les llega a todos alguna vez y que quienes apenas lo prueban en la juventud tienen que apurar luego muchas veces la copa más amarga y colmada; mientras que quienes lo apuran pronto, quienes beben los posos antes que el vino, pueden esperar razonablemente tragos

más agradables.

La familia Brontë seguía guardando el más absoluto secreto sobre el autor de *Jane Eyre*; ni siquiera esa amiga, que era casi una hermana, sabía más al respecto que el resto del mundo. Es cierto que podría haber sospechado que se tramaba algún proyecto literario, tanto porque conocía los hábitos anteriores como por el sospechoso hecho de que Charlotte hubiera corregido las pruebas de imprenta en B—; pero no sabía nada y guardó un prudente silencio hasta que se enteró por otros de que Charlotte Brontë era escritora y ¡había publicado una novela! Entonces le escribió; y recibió las dos cartas siguientes; a mí ahora me parece que la vehemencia y la agitación con que niegan deliberadamente la noticia tiene bastante de afirmación.

28 de abril de 1848

Escribeme otra carta y explícame claramente la última. Si, tal como supongo, tus alusiones se refieren a mí, escúchame bien: no he dado a nadie derecho a murmurar sobre mí y nadie va a juzgarme por conjeturas frívolas, procedan de donde procedan. Dime qué te han contado y quién te lo ha contado.

3 de mayo de 1848

*Lo único que puedo decirte de cierto asunto es esto: el rumor, si lo hubo, y si la señora, que parece haberse desconcertado tanto, no soñó lo que creyó que le habían contado, debe de ser producto de algún malentendido absurdo. No he dado derecho a nadie para afirmar ni para insinuar, ni por lo más remoto, que estaba «publicando» (¡patrañas!). Quien lo haya dicho (si es que alguien lo ha hecho, aunque lo dudo) no es amiga mía. Aunque me atribuyeran veinte libros, ninguno sería mío. Me parece una idea completamente absurda. Y quien después de que yo haya rechazado rotundamente la acusación insiste en ello, simplemente demuestra su grosería y falta de educación. La más absoluta oscuridad es infinitamente preferible a la notoriedad vulgar; y esa notoriedad ni la busco ni la tendré nunca. Así que si alguien de B— o de G— se atreve a darte la lata con el tema, a preguntarte qué «novela» ha «publicado» la señorita Brontë, puedes responder, con la firme resolución que sabes adoptar cuando quieres, que la señorita Brontë te ha autorizado para que digas que ella niega y rechaza cualquier acusación de ese tipo. Y si te apetece, puedes añadir que si alguien cuenta con su confianza, crees que eres tú, y que no te ha hecho ninguna confesión estúpida sobre el tema. No sé de dónde puede haber salido semejante rumor, y me temo que su origen dista mucho de ser amistoso. Pero no estoy segura, y me gustaría saberlo con certeza. Si te enteras de algo más, dímelo, por favor. Gracias por tu amable ofrecimiento de *La vida de Simeon*.*

90 *Creo que a papá le gustaría muchísimo ver la obra, porque conoció al señor Simeon. Reprende y ridiculiza a A— por la idea de la publicación; y considérame siempre, entre todos los azares y cambios, tanto si me calumnian como si me dejan en paz, tu amiga sincera.*

C. BRONTË

La razón de que la señorita Brontë se preocupara tanto por guardar el secreto, según me explicó, era que había dado a sus hermanas palabra de que no se lo diría a nadie. Los dilemas que comportó la publicación de las novelas de sus hermanas con nombres supuestos las agobiaban. Muchos críticos insistían en creer que todas las obras publicadas por los tres Bell eran obra del mismo autor, escritas en diferentes periodos de su desarrollo y madurez. Esta suposición sin duda influyó en la acogida de los libros. Anne trabajaba en una segunda novela (*La inquilina de Wildfeld Hall*) desde que había terminado *Agnes Grey*. No es muy conocida; el tema (el deterioro de un personaje cuya degeneración y ruina se basaban en hábitos de intemperancia tan ligeros como para considerarse solo «pura cordialidad») era totalmente contrario a alguien que se había protegido de buen grado de todo menos de sus ideas pacíficas y religiosas.

En el transcurso de su vida —dice su hermana de aquella dulce «pequeña»— se vio obligada a contemplar de cerca y durante mucho tiempo los terribles efectos del mal empleo de los talentos y el uso y el abuso de las facultades. Era por naturaleza sensible, reservada y pesimista; lo que vio se grabó profundamente en su mente; y le hizo daño. Y lo rumió hasta que creyó que era un deber reproducir hasta el más mínimo detalle (por supuesto, con personajes, episodios y lugares imaginarios) para que sirviera de advertencia a los demás. Aborrecía su trabajo pero tenía que hacerlo. Cuando se razonaba con ella sobre el tema consideraba tales razonamientos una tentación de indulgencia. Tenía que ser sincera; no podía barnizar, suavizar ni ocultar. Esta resolución bienintencionada ha provocado malentendidos y algún insulto que soportó con la misma paciencia inalterable y dulce con que había soportado siempre todo lo desagradable. Era una cristiana muy sincera y práctica, pero el matiz de la melancolía religiosa dio a su breve vida intachable un tono apagado.

En junio de ese año, *La inquilina de Wildfell Hall* estaba casi acabada, tanto como para presentarla a la persona que había publicado antes la obra de Ellis y Acton Bell.

Los editores causaron muchos problemas, tanto a la señorita Brontë como a sus hermanas, por su forma de hacer negocios. Las circunstancias, tal como se las explica Charlotte en una carta a una amiga suya que vivía en Nueva Zelanda, fueron las siguientes: una mañana de primeros de julio llegó a la rectoría una nota de los señores Smith y Elder que perturbó no poco a sus tranquilos habitantes, pues, si bien lo que les comunicaban sólo se relacionaba con su fama literaria, ellas suponían que tenía que ver también con su carácter. *Jane Eyre* había tenido mucho éxito en América y un editor de allí había hecho una oferta considerable por la primera opción de la siguiente obra de «Curren Bell». La editorial de los señores Smith y Elder le había prometido que la tendría. Así que fue una sorpresa y desagradable saber que había un acuerdo similar con otra editorial americana y que la nueva obra se iba a publicar pronto. Al solicitar información se averiguó que el error se debía a que el editor de Acton y Ellis Bell había asegurado a la editorial americana que, en su opinión, *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *La inquilina de Wildfell Hall* (de la que afirmó que era superior a las otras dos) habían sido escritas por el mismo autor.

Los señores Smith y Elder exponían claramente en su carta que ellos no compartían tal «opinión», pero las hermanas estuvieron impacientes hasta que demostraron que era completamente infundada y se lo aclararon. Actuaron rápidamente, y decidieron que Charlotte y Anne debían salir hacia Londres aquel mismo día para demostrar que eran dos personas distintas a los señores Smith y Elder y pedir explicaciones al crédulo editor por creer algo tan contrario a lo que le habían asegurado repetidas veces. En cuanto tomaron esta decisión hicieron los preparativos con resuelta prontitud. Tenían muchas tareas domésticas aquel día, pero las acabaron todas. Las dos hermanas metieron una muda cada una en un maletín que enviaron a Keighley en un carro oportuno; merendaron pronto y salieron hacia allí a pie, sin duda bastante nerviosas; porque, aparte del motivo de su viaje a Londres, era la primera visita de Anne. Una gran tormenta las sorprendió en el camino a la estación aquella tarde de verano; pero no tenían tiempo para resguardarse. Tomaron el tren en Keighley, llegaron a Leeds y el tren nocturno las llevó rápidamente a Londres.

El sábado a las ocho en punto de la mañana llegaron a la Chapter Coffee-House, Paternoster Row (un lugar extraño, pero no sabían a qué otro sitio ir). Se asearon y desayunaron algo. Luego permanecieron unos minutos sentadas considerando qué hacer a continuación.

Habían discutido su proyecto el día ante en la rectoría de Haworth y habían planeado la forma de enfocar el asunto que las llevaba a Londres. Y habían decidido que tomarían un coche desde la posada hasta Cornhill si les parecía aconsejable; pero con todo el ajetreo y el «extraño estado de agitación interior» en que se encontraban, cuando se sentaron a considerar su situación el sábado por la mañana olvidaron completamente hasta la posibilidad de alquilar un vehículo; y cuando salieron se sintieron tan abatidas en las calles llenas de gente y los cruces obstruidos, que se detuvieron repetidas veces, convencidas con desesperación de que no podrían seguir; tardaron casi una hora en recorrer los ochocientos metros hasta la editorial. Ni el señor Smith ni el señor Williams estaban enterados de su llegada; los editores de *Jane Eyre* no las conocían, y en realidad

no sabían si los «Bell» eran hombres o mujeres, aunque en la correspondencia siempre se habían dirigido a ellas como hombres.

Cuando salió el señor Smith, Charlotte le puso en la mano su propia carta, la misma que había causado tanta inquietud en la rectoría de Haworth sólo veinticuatro horas antes.

—¿De dónde la ha sacado? —preguntó él, como si no pudiera creer que dos jóvenes vestidas de negro de figura ligera y estatura minúscula, que parecían contentas, aunque nerviosas, pudieran ser Curren y Acton Bell, a quienes la curiosidad había estado buscando afanosamente en vano. Siguió a esto una explicación, y el señor Smith empezó inmediatamente a hacer planes para que su estancia en Londres fuera agradable. Las instó a reunirse en su casa con algunos amigos literatos; esto fue una gran tentación para Charlotte, pues entre ellos figuraban algunos escritores a quienes deseaba especialmente conocer; pero su decisión de seguir en el anonimato la indujo a no aceptar.

El señor Smith las invitó también a instalarse en su casa, pero declinaron su oferta con la misma firmeza. Se negaron a dejar su alojamiento, diciendo que no estaban preparadas para una estancia prolongada.

Cuando volvieron a la posada, la pobre Charlotte pagó el nerviosismo de la entrevista que había puesto fin a la agitación y el apuro de las últimas veinticuatro horas con una jaqueca atroz y un malestar abrumador. Al atardecer, como esperaba que apareciera alguna de las damas de la familia del señor Smith, se preparó para la ocasión tomando una dosis de sal de amonio fuerte, que la animó un poco, aunque, como dice ella, se hallaba «en un lastimoso estado físico» cuando anunciaron a sus visitantes, que aparecieron con traje de noche completo. Las hermanas no habían entendido que se había decidido que irían a la ópera y por lo tanto no estaban preparadas. Además tampoco tenían vestidos elegantes ni allí ni en ninguna parte. Pero la señorita Brontë decidió aceptar la atención sin poner objeciones. Así que, a pesar del dolor de cabeza y del cansancio, se apresuraron a ponerse sus sencillas prendas pueblerinas.

Charlotte dice en la descripción que hace a su amiga de esta visita a Londres que cuando llegaron al teatro de la ópera

las damas y los caballeros elegantes nos miraban mientras esperábamos que abrieran la puerta del palco con leve y digna altanería, totalmente justificada por las circunstancias. Yo aún me sentía gozosamente excitada, a pesar del dolor de cabeza, el mareo y la sensación de ridículo; comprobé que Anne estaba tranquila y afable como siempre. Representaban El barbero de Sevilla de Rossini, muy brillante, aunque supongo que hay cosas que me habrían gustado más. Regresamos a la una pasada. La noche anterior no nos habíamos acostado; llevábamos veinticuatro horas de excitación constante; ya puedes imaginarte lo agotadas que estábamos. Al día siguiente, el domingo, fue a buscarnos el señor Williams a primera hora para acompañarnos a la iglesia; y por la tarde el señor Smith y su madre pasaron a recogernos en coche y nos llevaron a cenar a su casa.

El lunes fuimos a la exposición de la Real Academia, a la Galería National, cenamos otra vez en casa del señor Smith y luego fuimos a tomar el té con el señor Williams a su casa.

El martes por la mañana nos marchamos de Londres cargadas de libros que nos había regalado el señor Smith y llegamos sanas y salvas a casa. Sería imposible imaginar a una infeliz

más agotada que yo. Cuando me fui estaba delgada, pero cuando regresé estaba realmente escuálida. Estaba macilenta y demacrada, con la cara surcada por extrañas arrugas profundas, y ojos de mirada anormal. Me sentía débil y todavía nerviosa. Pero enseguida desaparecieron esas secuelas de la excitación y recuperé mi estado normal.

Quienes conocieron a la señorita Brontë durante su estancia en Londres vieron en ella a una persona de juicio claro y excelente sentido; retraída, pero dotada de la virtud innata de hacer hablar a los demás. Nunca daba una opinión sin indicar una razón para ella; nunca hacía una pregunta sin un propósito concreto; y, sin embargo, todos se sentían cómodos hablando con ella. Las conversaciones con ella eran sinceras y estimulantes; y cuando se lanzaba a alabar o criticar libros y obras de arte, su elocuencia resultaba apasionante. Era rigurosa en cuanto hacía y decía; pero también tan franca e imparcial al abordar un tema o contradecir a alguien que, en lugar de provocar su animosidad, sencillamente convencía a quienes la escuchaban de su celo ferviente por la verdad y la justicia.

Y no era el aspecto menos singular de sus debates el lugar en que habían decidido alojarse las hermanas.

Paternoster Row estuvo durante muchos años consagrada a los editores. Es una calle estrecha y empedrada, que se extiende a la sombra de San Pablo; hay postes colocados a ambos extremos, que impiden el paso de carruajes y mantienen un solemne silencio para las deliberaciones de los «Padres del Row». Los almacenes sombríos que hay a ambos lados están principalmente ocupados en la actualidad por papelerías al por mayor. Si son editoriales, no muestran escaparates atractivos a la calle oscura y estrecha. A medio camino calle arriba, a mano izquierda, está la Chapter Coffee-House. Yo la visité el pasado mes de junio. Estaba vacía entonces; parecía una residencia de unos doscientos años de antigüedad, como las que todavía se ven en las capitales rurales; los techos de las pequeñas habitaciones eran bajos, con gruesas vigas; las paredes eran de artesanado de madera hasta la altura del pecho; la escalera era de peldaños bajos, ancha y oscura, y ocupaba un gran espacio en el centro de la casa. Así que ésta era la Chapter Coffee-House, que hace un siglo frecuentaban libreros y editores; y donde solían ir a buscar ideas o trabajo los escritorzuelos, los críticos e incluso los ingenios. Éste era el lugar que describió Chatterton en las cartas ilusorias a su madre a Bristol mientras se moría de hambre en Londres: «Soy bastante conocido en Chapter Coffee-House, y conozco a todos los genios que van allí». Aquí oyó hablar de posibilidades de empleo. Aquí quedarían sus cartas.

Años después se convirtió en un hostel frecuentado por universitarios y clérigos de pueblo que iban a pasar a Londres unos días y que, como no tenían amigos ni acceso a la sociedad, disfrutaban enterándose de lo que pasaba en el mundo de las letras por las conversaciones que estaban seguros de oír en la cafetería. Allí se había alojado el señor Brontë en las pocas y breves visitas que hizo a Londres durante su estancia en Cambridge y la temporada de su coadjutoría en Essex; y allí había llevado a sus hijas cuando las acompañó a Bruselas; y allí habían vuelto ellas ahora, porque no sabían a qué otro sitio ir. Era un lugar frecuentado exclusivamente por hombres; creo que sólo había una sirvienta en la casa. Dormía allí poca gente; se celebraban algunas reuniones del gremio como se había hecho durante más de un siglo; y, de vez en cuando, iban allí libreros de pueblo y

algún que otro clérigo; pero era un lugar extraño y desolado para que se alojaran en él las hermanas Brontë, por el ambiente puramente comercial y masculino. Parece que el antiguo «anciano de cabello gris» que ejercía las funciones de camarero se sintió conmovido desde el principio por la tranquila sencillez de las dos damas y procuró que se sintieran cómodas y a gusto en la habitación lúgubre, grande y de techo bajo del piso de arriba, donde se celebraban las reuniones del gremio. Las ventanas altas y estrechas daban a la calleja sombría; las hermanas, que estaban juntas en el asiento de la ventana más alejado (según me explica el señor Smith que las encontró cuando fue aquel sábado por la tarde a recogerlas para ir a la ópera), no podían ver movimiento ni actividad en las deprimentes y oscuras casas de enfrente, tan próximas y pegadas, aunque las separaba toda la anchura de la calle. El estruendo de Londres las envolvía como el rumor de un océano invisible, pero se oían claramente las pisadas sobre el pavimento de la calle poco frecuentada. De todos modos, prefirieron quedarse allí y no aceptaron la insistente invitación del señor Smith y de su madre para que se instalaran en su casa; y, años después, Charlotte dice:

Desde aquel entonces he visto el West End, los parques, las preciosas plazas; pero me gusta mucho más el centro, la City parece mucho más seria; sus negocios, sus prisas, su estruendo son cosas tan formales, y las vistas, los sonidos. La City se gana su vida; el West End sólo disfruta de sus placeres. En el West End puedes divertirte; pero en la City te sientes profundamente excitado. (Villette, vol. I, p. 89.)

Habían expresado su deseo de oír al doctor Croly⁹² el domingo por la mañana y el señor Williams las acompañó a la iglesia de San Esteban en Walbrook; pero el doctor Croly no predicó aquel día y se sintieron decepcionadas. El señor Williams las acompañó también a tomar el té a su casa (tal como ha mencionado Charlotte). En el camino pasaron por los jardines de Kensington y la señorita Brontë quedó impresionada «por la belleza del lugar, el verdor de la hierba y las frondosas y delicadas masas de follaje». De los comentarios sobre las diferencias del paisaje del Sur y del Norte pasó a hablar de la suavidad y la variada entonación de las voces de las personas con quienes había hablado en Londres, que al parecer impresionaron mucho a ambas hermanas. Quienes tuvieron contacto durante todo ese tiempo con las «señoritas Brown» (otro seudónimo, que también empieza por B) parece que sólo recuerdan que eran «mujeres de pueblo menudas, tímidas y reservadas, no muy habladoras». El señor Williams me ha contado que la noche que acompañó al grupo a la ópera, cuando Charlotte subía la escalinata de la gran entrada al vestíbulo de la primera hilera de palcos, estaba tan impresionada por el efecto arquitectónico del vestíbulo y la sala espléndidamente decorados que le apretó involuntariamente el brazo y le susurró: «¿Sabe? No estoy acostumbrada a estas cosas». En realidad, todo tenía que ser muy distinto de lo que hacían y veían una hora o dos antes la noche anterior, cuando se apresuraban con el corazón palpitante y valeroso nerviosismo por la carretera de Haworth a Keighley sin prestar atención a la tormenta que retumbaba sobre sus cabezas, porque estaban concentradas en llegar lo antes posible a Londres y demostrar que en realidad eran dos personas y no un solo impostor. No es extraño que regresaran a Haworth totalmente exhaustas después de una visita tan agitada.

La noticia siguiente que encuentro de la vida de Charlotte en esta época es de índole completamente distinta y no tiene a nada que ver con el entretenimiento.

Branwell se comporta como siempre. Su constitución parece destrozada. Papá, y a veces todas nosotras, pasa noches penosas con él. Duerme casi todo el día y luego se pasa la noche despierto. ¿Pero no tienen todas las familias su cruz?

Mientras sus amigas más íntimas seguían sin saber nada de que era la autora de *Jane Eyre*, recibió carta de una de ellas pidiéndole información sobre el colegio de Casterton. Me parece muy oportuno dar ahora su respuesta, escrita el 28 de agosto de 1848.

Escribo sin más demora, ya que quieres que llegue la carta mientras estás fuera. A veces ocurre que cuando no contestamos enseguida la carta de un amigo surgen obstáculos que nos retrasan un tiempo inexcusablemente largo. En la última carta olvidé contestar a una pregunta que me habías hecho y luego me disgusté por la omisión. Así que empezaré por contestarla, aunque me temo que la información llegue un poco tarde. Me decías que la señora — estaba pensando enviar a — al colegio y querías saber si el Colegio para Hijas de Clérigos de Casterton reúne los requisitos adecuados. Mi conocimiento personal del centro es muy anticuado, pues data de mi experiencia de hace veinte años. En aquel entonces estaba empezando, y fue un comienzo triste y vacilante. El tifus diezmó periódicamente el colegio; y las desventuradas alumnas fueron víctimas de tisis y escrofulismo en todas las variantes que pueden generar el aire y el agua insalubres y una dieta pobre e insuficiente. Así que entonces no habría sido un lugar adecuado para ninguna hija de la señora —; pero tengo entendido que el colegio ha mejorado muchísimo desde aquellos días. El colegio se trasladó de Cowan Bridge (un lugar tan insalubre como pintoresco) a Casterton. Creo que todo es mucho mejor ahora, las habitaciones, la dieta, la disciplina y el sistema de enseñanza. Me han explicado que a las alumnas que se portan bien y completan su formación les proporcionan puestos de institutriz si desean seguir esa vocación y que se pone sumo cuidado en la selección; y también que las equipan con un excelente guardarropa cuando salen de Casterton [...] La familia más antigua de Haworth ha quebrado últimamente y se ha marchado del lugar en que residieron sus antepasados durante trece generaciones, según dicen [...] Me alegra muchísimo poder decir que papá sigue muy bien de salud, teniendo en cuenta su edad; y creo que también su vista va mejorando en vez de deteriorarse. Mis hermanas también están perfectamente.

Pero la tormenta se cernía sobre aquella desdichada familia con nubarrones cada vez más amenazantes.

Charlotte escribe así el 19 de octubre:

Las tres últimas semanas han sido muy lúgubres en nuestro humilde hogar. Branwell empeoró progresivamente durante todo el verano; pero aun así, ni los médicos ni él creían que su final estuviera tan cerca. Pasó todo el tiempo postrado en la cama menos un solo día, y estuvo en el pueblo dos días antes de morir. Murió, tras una lucha de veinte minutos, el domingo 24 de septiembre por la mañana. Permaneció plenamente consciente hasta la agonía final. Su mente

experimentó el cambio peculiar que muchas veces precede a la muerte dos días antes; le embargó entonces la calma de los mejores sentimientos; sus últimos momentos estuvieron marcados por la recuperación del afecto natural. Ahora está en manos de Dios; y el Todopoderoso es también Misericordioso. Me consuela saber que al fin descansa en paz, que ha encontrado el reposo después de su vida breve, descarriada, dolorosa y febril. La separación final y el espectáculo de su cuerpo pálido me produjeron un dolor más profundo y amargo de lo que podría haber imaginado. No sabemos cuánto podemos perdonar, compadecer y llorar a un ser querido hasta que llega la última hora. Ahora todos sus vicios no son ni fueron nada. Sólo recordamos sus penas. Papá se sintió profundamente afligido al principio, pero lo ha soportado todo bastante bien en general. Emily y Anne se encuentran muy bien, aunque Anne está tan delicada como siempre y Emily tiene catarro y tos estos días. A mí me ha tocado hundirme en la crisis precisamente cuando tendría que haber aunado todas mis fuerzas. Primero fueron dolor de cabeza y malestar el domingo; no podía recuperar el apetito. Luego empezó el dolor interno. Me quedé muy débil. No podía probar bocado. Al final se declaró fiebre biliar. Estuve una semana en la cama, una semana deprimente. Pero ahora parece que me estoy recuperando, gracias a Dios. Puedo pasar todo el día levantada y comer algo. El médico dijo primero que me recuperaría muy despacio, pero parece que la recuperación es mucho más rápida de lo que él creía. Me encuentro realmente mucho mejor.

Alguien que atendió a Branwell en su última enfermedad me ha contado que decidió levantarse para morir. Había repetido muchas veces que mientras había vida, había fuerza de voluntad para hacer lo que fuera; y cuando llegó la agonía final insistió en adoptar la postura mencionada. Ya he explicado que cuando llegó su ataque final le encontraron los bolsillos llenos de cartas antiguas de la mujer a quien amaba. ¡Él murió!, ella aún vive: en May Fair. Supongo que las Euménides desaparecieron en el momento en que se oyó el lamento: ¡El gran Pan ha muerto! Creo que preferiríamos perdonarle a él antes que a esas atroces Hermanas que incitan la conciencia mortal en la vida.

La dejaré para siempre. Volvamos de nuevo a la rectoría de Haworth.

29 de octubre de 1848

Creo que ya casi he superado del todo las secuelas de mi última enfermedad y prácticamente he recuperado mi estado de salud normal. A veces me gustaría que fuera un poco mejor, aunque deberíamos conformarnos con lo que tenemos y no suspirar por lo que no está a nuestro alcance. Precisamente ahora me preocupa mucho más la salud de Emily que la mía. Sigue con catarro y con tos muy pertinaces. Me temo que le duela el pecho y a veces noto que le falta el aliento cuando se mueve deprisa. Está muy delgada y muy pálida. Su retraimiento me causa una gran desazón. Es inútil preguntarle nada porque no contesta. Y todavía es más inútil recomendarle remedios porque nunca los aprueba. Tampoco puedo cerrar los ojos a la debilidad física de Anne. Creo que estoy más aprensiva de lo normal por el último suceso triste. A veces me siento muy deprimida, no puedo evitarlo. Intento dejarlo todo en manos de Dios; confiar en Su bondad; pero es difícil practicar la fe y la resignación en estas circunstancias. Últimamente, el tiempo ha sido

menos propicio para los enfermos; los bruscos cambios de temperatura y los vientos fuertes han sido frecuentes. Si el tiempo fuera más estable quizá se produjera un efecto beneficioso en la salud general y desaparecieran los catarros y las toses agobiantes. Papá no se ha librado del todo, pero hasta ahora lo aguanta mejor que nosotras. Olvídate de que vaya a — este invierno. No podría ni querría marcharme de casa por nada del mundo. La señorita — lleva años mal de salud. Estas cosas nos hacen pensar y darnos cuenta de que este mundo es un lugar de paso. No debemos estrechar demasiado los vínculos humanos ni aferrarnos demasiado a los afectos humanos. Nos dejarán o los dejaremos un día. ¡Que Dios devuelva la salud y el vigor a quienes los necesitan!

Sigo ahora con las conmovedoras palabras de Charlotte en la reseña biográfica de sus hermanas:

Pero se avecinaba un gran cambio. La aflicción llegó en esa forma que esperamos con terror; y que recordamos con dolor. En el mismo calor y agobio del día, las trabajadoras fallaban en su trabajo. Mi hermana Emily declinó primero [...] Nunca en toda la vida se había entretenido con un trabajo que tuviera que hacer y tampoco lo hizo entonces. Se hundió rápidamente. Se apresuró a dejarnos [...] Cuando la veía afrontar el sufrimiento día tras día, la contemplaba con angustia asombrada y tierna. No he visto nada igual; claro que, en realidad, nunca he conocido a nadie que la igualara en nada. Era única, más fuerte que un hombre, más ingenua que un niño. Lo malo es que, aunque llena de compasión por los demás, no tenía piedad consigo misma; el espíritu era implacable con la carne; exigía a las manos temblorosas, a las piernas débiles y a los ojos fatigados el mismo trabajo que habían hecho con salud. Era tan doloroso estar a su lado y verlo sin atreverse a protestar que no puede expresarse con palabras.

En realidad, Emily no volvió a salir de casa desde el domingo que siguió a la muerte de Branwell. Nunca se quejó; no soportaba las preguntas; rechazaba la compasión y la ayuda. Charlotte y Anne dejaron muchas veces la costura, o interrumpieron la escritura para escuchar acongojadas el paso vacilante, los jadeos, las pausas frecuentes con que subía su hermana la corta escalera; pero no se atrevían a decir lo que veían, sufriendo más dolorosamente incluso que ella. No se atrevían a expresarlo con palabras y mucho menos a prestarle ayuda aguantándola y tendiéndole una mano. Permanecían sentadas quietas y en silencio.

23 de noviembre de 1848

Te decía en mi última carta que Emily estaba enferma. Aún no se ha recuperado. Está muy mal. Creo que si la vieras pensarías que no hay esperanza. Nunca he visto aspecto más demacrado, agotado, pálido. Persiste la tos cavernosa; la respiración al menor esfuerzo es un jadeo rápido; y esos síntomas van acompañados de dolor de pecho y de costado. La única vez que me permitió tomarle el pulso era de 115 por minuto. Y en tal estado, se niega rotundamente a que la vea un médico; no da ninguna explicación de su actitud, ni permite que se aluda a ella. Llevamos semanas en esta penosísima situación. Sólo Dios sabe cómo acabará todo esto. Más de

una vez me he visto obligada a considerar valerosamente la espantosa idea de perderla como posible e incluso probable. Pero la naturaleza rechaza esos pensamientos. Creo que Emily es la criatura que más quiero en el mundo.

Avisaron a un médico y cuando llegó a la casa Emily se negó a verlo. Sus hermanas sólo pudieron explicarle los síntomas que habían observado; ella se negó a reconocer que estaba enferma y no tomó las medicinas que le recetó.

10 de diciembre de 1848

No sé qué decirte sobre lo que más me preocupa del mundo en este momento porque, en realidad, ni siquiera sé qué pensar. El miedo y la esperanza fluctúan a diario. Los dolores de pecho y de costado han remitido un poco; la tos, los ahogos y la escualidez siguen igual. Pero he soportado tales torturas por la incertidumbre que al final ya no podía aguantar más; y como todavía se niega a que la vea un médico (dice que ningún «doctor nefasto» se acercará a ella) he escrito sin que ella lo sepa a un eminente doctor de Londres explicándole lo más detalladamente posible el caso y los síntomas y pidiéndole su opinión. Espero que me conteste en un par de días. Me alegra decir que hasta ahora yo me encuentro bastante bien de salud. Y menos mal, dadas las circunstancias; porque Anne en realidad está demasiado delicada para hacer o aguantar mucho, a pesar de su buena disposición para ayudar en todo. También ella tiene ahora dolores frecuentes en el costado. Papá se encuentra bastante bien, aunque la enfermedad de Emily le preocupa mucho.

Las — [antiguas alumnas de Anne Brontë] estuvieron aquí hace una semana. Son unas jóvenes muy agradables y elegantes. Parecían encantadas de ver a Anne: cuando entré en la habitación la rodeaban como dos niñas pequeñas; y ella parecía completamente tranquila y pasiva [...] A I. y a H. se les metió en la cabeza venir aquí. Me parece probable que se ofendieran; no sé la razón; pero la verdad es que rara vez pienso en el tema, porque el resentimiento, si es que existe, sólo puede tener motivos imaginarios, y además tengo otras preocupaciones. Si Emily se pusiera bien, creo que no me importaría quién me olvidara, malinterpretara o insultara. Claro que preferiría que tú no pertenecieras al grupo. El queso llegó bien. Emily acaba de recordarme que te dé las gracias; tiene una pinta estupenda. Ojalá se encontrara bien para probarlo.

Pero Emily empeoró rápidamente. Recuerdo el estremecimiento de la señorita Brontë al recordar la pena que había sentido cuando tras haber buscado en las pequeñas hondonadas y grietas resguardadas de los páramos una rama de brezo (sólo una, por muy seca que estuviera) para llevársela a su hermana, vio en su mirada apagada y apática que no reconocía la flor. Emily se aferró hasta el final a sus hábitos independientes. No aceptaba que la ayudaran. Cualquier intento de hacerlo provocaba su obstinación de siempre. Un martes de diciembre por la mañana se levantó y se vistió como siempre, haciendo muchas pausas, pero sin ayuda, y se empeñó incluso en reanudar su trabajo de costura: las sirvientas lo vieron y comprendieron lo que presagiaban su respiración jadeante y ronca y su mirada vidriosa; pero ella siguió trabajando. Charlotte y Anne, aunque presas de indescriptible pavor, conservaban aún una chispa de esperanza. Aquella mañana,

Charlotte escribió lo siguiente, quizá en presencia de su hermana agonizante:

Martes

Te habría escrito antes si hubiera tenido algo esperanzador que contarte; pero no es así. Cada día está más débil. La opinión del médico era demasiado vaga para ser de alguna utilidad. Nos envió unos medicamentos que ella no ha tomado. Nunca he pasado momentos tan lúgubres como éstos. Pido a Dios que nos ayude a todos. Hasta ahora lo ha hecho.

Transcurrió lentamente la mañana; al mediodía, Emily estaba peor: sólo podía susurrar de forma entrecortada. Y entonces, cuando ya era demasiado tarde, le dijo a Charlotte: «Si avisas a un médico, ahora lo veré». Murió a las dos.

21 de diciembre de 1848

Emily ya no sufre dolor ni debilidad. Ya no sufrirá más en este mundo. Nos dejó, tras una lucha breve y dura. Murió el martes, el mismo día que te escribí. Entonces me parecía posible que siguiera con nosotros durante semanas; y pocas horas después estaba en la eternidad. Sí; ya no existe Emily en el tiempo ni en la tierra. Ayer depositamos su pobre cuerpo mortal consumido bajo el pavimento de la iglesia. Estamos muy serenos en este momento. ¿Deberíamos estar de otro modo? La angustia de verla sufrir ha cesado; el espectáculo de los dolores agónicos ha terminado; el día del entierro ya pasó. Creemos que está en paz. No hay que temblar por la escarcha dura y el viento cortante. Emily no los siente. Murió en un momento prometedor. Nos la han arrebatado en la flor de la vida. Pero es la voluntad de Dios y el lugar al que ha ido es mejor que el que ha dejado.

Dios me ha sostenido de una forma que me maravilla en una desesperación que nunca imaginé que fuera posible. Ahora miro a Anne y quisiera que estuviera sana y fuerte; pero no es así; y tampoco papá. ¿Podrías venir a vernos unos días? No te pido que te quedes mucho tiempo. Escríbeme y dime si podrías venir la semana próxima y en qué tren. Enviaría un calesín a buscarte a Keighley. Confío en que nos encontrarás tranquilos. Procura venir. Nunca he necesitado tanto la presencia de una amiga que me consuele. Para ti no será una visita de placer, por supuesto, excepto el que tu bondadoso corazón te enseñe a encontrar en hacer el bien a otros.

Cuando el padre anciano y afligido y sus dos hijas supervivientes seguían el ataúd hasta la tumba se unió a ellos *Keeper*, el fiero y fiel dogo de Emily. Caminó junto al cortejo fúnebre y entró en la iglesia y permaneció allí en silencio mientras se leyeron las oraciones. Cuando volvió a casa se echó a la puerta de la habitación de Emily y gimió lastimosamente durante muchos días. Anne Brontë decayó y enfermó más rápidamente a partir de entonces; y así acabó el año 1848.

CAPÍTULO III

Quarterly Review publicó un artículo sobre *La feria de las vanidades* y *Jane Eyre* en diciembre de 1848.⁹³ La señorita Brontë escribió a sus editores unas semanas más tarde preguntándoles por qué no se lo habían enviado; y, suponiendo que la crítica no era favorable, repetía su petición anterior de que, hicieran lo que hicieran con las críticas elogiosas, le enviaran siempre todas las adversas. Así que le enviaron la revista. No sé si la señorita Brontë prestó mucha más atención al artículo que la de poner unas cuantas frases en labios de una mujer vulgar y dura de *Shirley*, donde encajan tan bien que muy pocos las han reconocido como una cita. Charlotte leyó el artículo en un buen momento; la gran severidad de la Muerte la había hecho insensible a los pequeños enojos. De lo contrario, le habrían dolido más de lo que merecían las críticas que, si bien se esforzaban por ser severas, carecían de lógica, debido a la incorrección de los enunciados; y habría sufrido por las conjeturas sobre la autoría de *Jane Eyre*, que pretendían ser agudas y eran frívolas. Pero la frivolidad adopta un nombre más serio cuando un escritor anónimo la emplea contra un autor. Lo llamamos insolencia cobarde.

Cada cual tiene derecho a sacar sus propias conclusiones sobre los méritos y deméritos de un libro. No protesto por la opinión que el crítico expone sobre *Jane Eyre*. Las opiniones en cuanto a su valor variaron entonces y varían ahora. Mientras escribo, recibo una carta de un clérigo de América en la que dice: «Tenemos en nuestro sanctasanctorum un estante especial, muy adornado, como lugar que nos complace honrar, con las novelas que en nuestra opinión han ejercido una buena influencia en el carácter, en *nuestro* carácter. En primer lugar está *Jane Eyre*».

Tampoco niego la existencia de una opinión diametralmente opuesta. Y así (lo mismo que no me preocupo por el estilo de redacción del crítico), dejo a un lado sus críticas respecto a los méritos de la obra. Pero cuando (olvidando el espíritu caballeroso del noble y buen Southey, que ha dicho: «Al reseñar obras anónimas nunca menciono a los autores si los conozco, dando por sentado que tendrán buenas razones para evitar la publicidad») el crítico del *Quarterly* pasa a exponer conjeturas chismosas sobre la verdadera identidad de Currer Bell, pretendiendo determinar por el libro lo que puede ser el escritor, protesto enérgicamente contra semejante falta de caridad cristiana. Ni siquiera el deseo de escribir un «artículo ingenioso» que se comente en Londres cuando la ligera máscara del anonimato se deje caer con gusto si la agudeza de la crítica tiene éxito, ni siquiera esta tentación puede excusar la lacerante crueldad del juicio. ¿Quién es él para decir de una mujer desconocida, que tiene que ser «alguien que, por alguna buena razón, ha perdido hace mucho el derecho a la compañía de su propio sexo»? ¿Acaso ha llevado él una vida desesperada, solitaria y esforzada, sin ver casi a nadie más que a los sencillos y francos nortños, inexpertos en los eufemismos que permiten al mundo elegante tratar superficialmente la mención del vicio? ¿Ha luchado él durante años de llanto por encontrar excusas por la caída de un hermano único? ¿Se ha visto obligado, mediante el contacto diario con un pobre libertino, a una cierta familiaridad con los vicios que su alma aborrece? ¿Ha tenido que debatirse entre las tribulaciones

que asolaron a su familia en rápida y pavorosa sucesión, llevándose la vida y el amor del hogar, por conseguir fuerzas para decir «¡El Señor así lo ha querido. Hágase Su voluntad!», y ha luchado en vano a veces hasta que volvía la clemente Luz? Aunque el despectivo crítico hubiera cruzado esas aguas turbias refinado y sin mancha —con una alma que jamás en sus tormentos clamó *lema sabactani*?⁹⁴—, aun así, más le valdría rezar con los publicanos en vez de juzgar con los fariseos.

10 de enero de 1849

Anne pasó ayer un día tolerable y una noche bastante tranquila, aunque no ha dormido mucho. El señor Wheelhouse ordenó aplicarle de nuevo el vesicatorio. Lo soporta sin molestias. Acabo de vendárselo y se ha levantado y ha bajado las escaleras. Está pálida y macilenta. Ha tomado una dosis de aceite de hígado de bacalao, que huele y sabe a grasa de ballena. Procuro tener esperanza, pero hace un día ventoso, tormentoso y nublado. A ratos, me siento muy abatida; luego miro donde me aconsejas que lo haga, más allá de las tempestades y penas terrenales. Parece que me da fuerza, si no consuelo. De nada servirá anticiparse. Lo siento a cada momento. Me despierto por la noche y deseo que llegue la mañana; entonces se me cae el alma a los pies. Papá sigue prácticamente igual; estaba muy débil cuando bajó a desayunar [...] Tu amistad es un gran consuelo, querida E—. Estoy muy agradecida. Veo pocas luces en la oscuridad del momento presente; pero entre ellas la constancia de un alma bondadosa que me estima es una de las más alentadoras y serenas.

15 de enero de 1849

No puedo decir que Anne esté peor, ni puedo decir que esté mejor. Varía muchas veces en el transcurso de un día, pero cada día transcurre casi igual. La mañana suele ser lo mejor; y la tarde y el atardecer los más febriles. La tos es muy persistente por las noches, pero casi nunca es muy fuerte. Todavía le molesta el dolor de brazo. Toma aceite de hígado de bacalao y carbonato de hierro regularmente; los dos le parecen nauseabundos, pero sobre todo el aceite. La verdad es que tiene muy poco apetito. No temas que mis cuidados disminuyan. La quiero demasiado para no cuidarla con todas mis fuerzas. Me alegra decir que papá está mucho mejor desde hace unos días.

En cuanto a lo que me preguntas sobre mí, sólo te diré que saldré adelante si sigo como hasta ahora. Aún no me he liberado de los dolores de pecho y de espalda. Vuelven de forma extraña con los cambios de tiempo; y todavía lo hacen acompañados de ligera irritación y ronquera, que combato continuamente con emplastos de brea e infusión de salvado. Me parecería estúpido y erróneo no atender mi propia salud; no es que sea mala ahora.

Evito mirar hacia delante y hacia atrás y procuro mirar sólo hacia arriba. No es tiempo de lamentos, temores y llanto. Está perfectamente claro lo que tengo que hacer y lo que debo hacer; lo que necesito y lo que pido es fuerza para realizarlo. Los días transcurren lentos y sombríos; las noches son un suplicio; los súbitos despertares del sueño inquieto, la conciencia renovada de que una descansa en su tumba y la otra no está a mi lado sino en otra cama, en un lecho de enferma. Pero Dios vela por todos.

22 de enero de 1849

La semana pasada hizo unos días menos fríos y Anne parecía un poco mejor, pero hoy vuelve a estar muy pálida y muy lánguida. Sigue tomando el aceite de hígado de bacalao, que todavía le parece repugnante.

Te agradece muchísimo las plantillas para los zapatos y las encuentra comodísimas. Tengo que pedirte que le consigas el mismo tipo de respirador que el que tenía la señora—. No le importaría pagar más si tú crees que es mejor. Si no es demasiada molestia, podrías conseguirme a mí también unas plantillas. Puedes enviarlas en el mismo paquete que el respirador. Dinos el precio de todo y te remitiremos el dinero por giro postal. Cumbres borrascosas era un regalo para ti. No he enviado a — carta ni paquete. Sólo tenía malas noticias, así que preferí que se lo contaran otros. Tampoco he escrito a—. No puedo escribir si no es absolutamente imprescindible.

11 de febrero de 1849

Hemos recibido la caja hoy, y todo ha llegado bien. Los limpiaplumas son preciosos; muchísimas gracias. Espero que el respirador le vaya bien a Anne en caso de que mejore lo suficiente para poder salir. Sigue prácticamente igual, confío en que no mucho peor, pero se está quedando delgadísima. Creo que sería engañarme pensar que está mejor. No sé qué efecto le producirá la próxima estación. Quizá la vuelta de la estación cálida sea estimulante. Tiemblo sólo de pensar que hiele o haga viento. ¡Ojalá hubiera pasado ya marzo! Está tranquila casi siempre y sus dolores hasta ahora no son en absoluto como los de Emily. La idea de lo que pueda pasar me viene a la mente cada vez con más frecuencia; pero me parece triste y lúgubre.

16 de marzo de 1849

La semana pasada ha sido bastante dura; no ha hecho frío, pero aun así se han producido cambios de temperatura que Anne ha acusado bastante. No es que esté mucho peor, o al menos eso espero, aunque a veces le da una tos muy fuerte y dolorosa y está más débil. Ojalá hubiera pasado ya marzo. Tienes razón al suponer que estoy un poco deprimida; a veces lo estoy realmente. Casi era más soportable cuando la prueba estaba en su punto crítico que ahora. El dolor por la pérdida de Emily no disminuye con el tiempo; a veces se hace sentir con toda su fuerza. Me produce una tristeza indescriptible; y entonces el futuro es oscuro. Sé muy bien que no sirve de nada lamentarse y abatirse, y procuro no hacer ni lo uno ni lo otro. Espero y confío que se me conceda fortaleza proporcional a la carga; pero no es probable que el dolor disminuya con la costumbre. La soledad y el aislamiento son circunstancias opresivas. Sin embargo, no pediría a ninguna amiga que me acompañara. No podría soportar que nadie (ni siquiera tú) compartiera conmigo la tristeza de la casa. Mientras tanto, el castigo aún se mezcla con clemencia. Los padecimientos de Anne siguen siendo leves. Es propio de mí seguir luchando cuando me dejan sola con cierta perseverancia y creo que Dios me ayudará.

Anne había estado delicada toda la vida, hecho que quizá les impidiera comprender mejor de

lo que lo hubieran hecho en caso contrario el verdadero carácter de los primeros síntomas. Aunque parece que tardaron poco tiempo en pedir consejo médico. La examinaron con el estetoscopio y les comunicaron el espantoso hecho de que tenía los pulmones afectados y que la tuberculosis pulmonar estaba bastante avanzada. Le prescribieron un tratamiento que ratificó más tarde el doctor Forbes.⁹⁵

Esperaron un tiempo con la esperanza de haber atajado la enfermedad. Charlotte (ella misma enferma de una dolencia que le quebrantaba muchísimo el ánimo) fue la enfermera atenta y vigilante de su hermana pequeña, la última que le quedaba. Era un alivio que Anne fuera la enferma más paciente y dulce del mundo. Aun así, hubo horas, días y semanas de indecible angustia; Charlotte sólo podía rezar; y rezó, con verdadero fervor. El 24 de marzo escribe así:

El empeoramiento de Anne es gradual y fluctuante, pero su carácter es claro [...] Ella está resignada espiritualmente. Creo que en el fondo es una buena cristiana [...] ¡Que Dios la ayude a ella y a todos nosotros en la prueba de la larga enfermedad y la ayude a ella en la última hora cuando tenga que librar la lucha que separa el alma del cuerpo! Emily nos fue arrebatada cuando nuestros corazones se aferraban a ella con profundo cariño [...] Apenas la habían enterrado cuando la salud de Anne falló [...] Estas cosas serían demasiado si la razón se viera condenada a soportarlas sola, sin la ayuda de la religión. He de estar más agradecida por la fuerza que hasta ahora se nos ha concedido tanto a mi padre como a mí. Creo que Dios es especialmente misericordioso con los ancianos; por mi parte, creo que he sobrellevado sin abatimiento todas las pruebas que me parecían absolutamente insoportables cuando pensaba en ellas. Sin embargo, he de confesar que en el tiempo transcurrido desde la muerte de Emily he vivido momentos de aflicción inerte, profunda y solitaria mucho más difíciles de soportar que los que siguieron inmediatamente a nuestra pérdida. La crisis que produce la muerte de un ser querido tiene un tormento que impulsa a actuar. El dolor posterior a veces te paraliza. He aprendido que no podemos buscar solaz en nuestra propia fuerza; hemos de buscarlo en la omnipotencia de Dios. La fortaleza es buena; ¡pero la propia fortaleza ha de fallar para enseñarnos lo débiles que somos!

Charlotte tuvo el consuelo de poder hablar con Anne de su estado durante la enfermedad. Un consuelo indecible por el contraste que suponía con el recuerdo de Emily, que había rechazado todos los cuidados. Si se proponía algo por el bien de Anne, Charlotte podía hablar con ella de lo que fuera y enferma y enfermera podían analizar juntas su conveniencia. He visto sólo una carta de Anne. Creo que es la única vez que establecemos contacto directo con esta joven dulce y paciente. Como explicación preliminar necesaria diré que la familia de E— había propuesto que Anne fuera a su casa para ver lo que un cambio de aires y de dieta y la compañía de personas comprensivas podían hacer por devolverle la salud. Charlotte contestó lo siguiente:

24 de marzo

He leído tu amable carta a Anne y ella me ha pedido que te agradezca sinceramente vuestra cordial propuesta. Por supuesto, cree que no estaría bien aprovecharse de ella alojando a una

enferma con los habitantes de —; pero propone otra forma en que podrías ayudarla, quizá con algún beneficio para ti tanto como para ella. Me pregunta si podrías acompañarla tú, si dentro de un mes o dos se considerara aconsejable que fuera a la costa o a algún balneario del interior, en caso de que papá no quisiera moverse y en consecuencia yo me viera obligada a quedarme con él en casa. Creo que no tengo que añadir que en el caso de que lo organizáramos, no supondría ningún gasto para ti. Ésa es la propuesta de Anne, querida E—; la hago para cumplir su deseo; pero añadiré por mi cuenta que veo grandes inconvenientes en que la aceptes, inconvenientes que no le he expuesto a ella. Sigue en un estado variable. A veces mejor, y a veces peor, cuando cambia el tiempo. Pero me temo que en conjunto pierde fuerzas. Papá dice que su estado es muy precario; que quizá siga así durante un tiempo pero que un cambio súbito podría llevársela antes de que nos diéramos cuenta. Y sería espantoso que ese cambio se produjera estando lejos de casa y estando tú sola con ella. Sólo pensar en ello me angustia de forma indescriptible, y tiemblo cada vez que alude al proyecto de un viaje. En resumen, quiero ganar tiempo y ver cómo evoluciona. Si saliera de casa, desde luego no sería en el inestable mes de mayo, cuya crudeza para los débiles es proverbial. Junio sería un mes más seguro. Tengo bastantes esperanzas de que aguante todo el verano si conseguimos llegar a junio. Escribe una respuesta que pueda enseñarle a Anne. Puedes escribirme algunos comentarios adicionales en una hoja aparte. No te sientas obligada a comentar sólo nuestra triste situación. Me interesa todo lo que te interese a ti.

DE ANNE BRONTË

5 de abril de 1849

Querida señorita—: Le agradezco muchísimo su amable carta y su pronta conformidad con mi propuesta, al menos en lo que a la voluntad se refiere. Veo, sin embargo, que sus amigos creen que no debe asumir la responsabilidad de acompañarme en las actuales circunstancias. Pero yo no creo que haya ninguna gran responsabilidad en el asunto. Yo sé, y todos lo saben, que sería usted más amable y servicial que nadie y creo que yo no sería muy problemática y deseaba que fuera como compañera y no como enfermera; de otra forma no se lo habría pedido. En cuanto a su amable y reiterada invitación a—, transmita mi sincero agradecimiento a su madre y a sus hermanas, pero dígales que nunca se me ocurriría imponerles mi presencia tal como estoy ahora. Son muy amables al quitar importancia al problema, pero aun así tendría que procurarles algún placer, y desde luego no habría ninguno en la compañía de una desconocida enferma y silenciosa. De todos modos, espero que Charlotte consiga de alguna forma acompañarme. Está realmente muy delicada y le hace muchísima falta un cambio de aires y de ambiente para recuperar fuerzas. Y además es completamente imposible que me acompañara usted antes de finales de mayo, a menos que la defraudaran sus visitas; pero me resisto a esperar hasta entonces si el tiempo permite hacerlo antes. Dice usted que mayo es un mes inestable y lo mismo dicen los demás. Reconozco que la primera parte suele ser bastante fría, aunque, según mi experiencia, también es cierto que casi siempre hace unos días cálidos en la segunda mitad, cuando florecen los laburnos y los lilos; mientras que junio a veces es frío y julio generalmente lluvioso. Pero tengo una razón más importante que ésta para no querer demorarlo. Los médicos dicen que cambiar de aire o trasladarse a un clima mejor casi siempre da resultados en los casos de consunción, si se pone el

remedio a tiempo; pero la razón de que haya tantos fracasos es que suele demorarse hasta que es demasiado tarde. Yo no querría cometer ese error; y he de reconocer que aunque tengo mucho menos dolor y menos fiebre que cuando estuvo usted aquí, es evidente que estoy más débil y mucho más delgada. La tos todavía me molesta mucho, sobre todo de noche, y, lo que parece peor de todo, me falta el aliento al subir las escaleras y cuando hago el menor esfuerzo. Creo que en estas circunstancias no hay tiempo que perder. No me aterra la muerte: si la creyera inevitable, creo que me resignaría tranquilamente a la idea, con la esperanza de que usted, querida señorita—, acompañara cuanto pudiera a Charlotte y fuera una hermana para ella en mi lugar. Pero desearía que Dios me permitiera curarme, no sólo por papá y por Charlotte, sino también porque deseo hacer algún bien en este mundo antes de abandonarlo. Tengo muchos planes en la cabeza para realizarlos en el futuro (humildes y limitados realmente), pero aun así no me gustaría que todos quedaran en nada y haber vivido para tan poco. Que sea lo que Dios quiera. Recuerdos respetuosos a su madre y a sus hermanas y usted reciba todo mi cariño,

ANNE BRONTË

Anne debió de escribir por entonces sus últimos versos «antes de dejar la pluma y cerrar el escritorio para siempre».

I

*Yo esperaba que mi tarea estuviera
con los fuertes y los valerosos;
trabajar con energía noble y sincera
junto al mundo laborioso.*

II

*Pero Dios de otro modo lo ha dispuesto
y justa es su decisión,
me dije, cuando llegó la angustia presto
,y lo acaté con aflicción.*

III

*Señor, nos has arrebatado nuestro gozo,
nuestra esperanza amada,
dejándonos llorar de noche en este pozo,
penar desde la alborada.*

IV

*Estas horas tediosas no se perderán,
estos días de sufrimiento,
estas noches de angustia y oscuridad
sólo a Ti me encomiendo.*

V

*Me esforzaré en secreto por aceptar, Señor,
los golpes con paciente humildad,
para intentar sacar fortaleza del dolor;*

y de mi pena, fe y santidad.

VI

*Permíteme servirte de todo corazón,
sea cual fuere mi destino;
lo mismo si me ordenas partir sin dilación,
que si prolongas mi camino.*

VII

*Si me devolvieras a la vida sería
más humilde y prudente,
con más fuerza y entereza lucharía,
acudiría a Ti siempre.*

VIII

*Mas si la Muerte ya en la puerta espera,
mi voto cumpliré;
pero, Señor, aunque otro mi destino fuera,
¡ahora y siempre te serviré!⁹⁶*

Recojo las palabras de la propia Charlotte como el mejor relato de sus pensamientos y sentimientos durante aquella horrible temporada.

12 de abril

Leí la carta que te escribió Anne; era bastante conmovedora, tal como dices. Si no hubiera ninguna esperanza más allá de este mundo —ni eternidad, ni vida futura— el sino de Emily y el que amenaza a Anne serían desgarradores. No puedo olvidar el día de la muerte de Emily. Es una idea más fija, más oscura y más recurrente que nunca. Fue espantoso. Fue arrancada de una vida feliz consciente, jadeante, reacia, pero resuelta. Pero de nada servirá dar demasiadas vueltas a estas cosas.

Me alegra que tus amigos se opusieran a que fueras con Anne.

No se hubiera hecho. Si te digo la verdad, aunque tu madre y tus hermanas hubieran accedido, yo no lo habría permitido. No es que haya que prestarle muchísima atención. Necesita muy pocos cuidados y no acepta más. Pero hubiera supuesto un riesgo y una inquietud a los que no debes exponerte. Si dentro de un mes o mes y medio sigue deseando un cambio tanto como ahora, la acompañaré yo misma (Dios mediante). Será mi obligación ineludible. Todo lo demás tendrá que supeditarse a eso. He consultado al señor T— y no pone ninguna objeción, recomienda Scarborough, que es el lugar elegido por Anne. Confío en que puedan arreglarse las cosas para que pases con nosotras al menos parte del tiempo [...] Me gustaría comer en algún sitio, que podría ser el mismo en que nos alojemos o en otro. Me parece un engorro insoportable tener que preparar las comidas. No me gusta guardar las provisiones en una alacena, cerrar con llave, que me roben, y todo lo demás. Es un fastidio pesado y mezquino.

La enfermedad de Anne evolucionó más despacio que la de Emily; y ella era demasiado

generosa para negarse a probar remedios que, si bien tenía poca esperanza de que la aliviaran, podrían ser luego motivo de triste satisfacción para los suyos.

Empezaba a creer que estaba recuperando fuerzas. Pero el frío la ha afectado mucho. Está peor últimamente. De todos modos, no tiene ninguno de los terribles síntomas rápidos que espantaban en el caso de Emily. Si pudiera superar la primavera creo que el verano la beneficiaría mucho, y entonces el traslado a un lugar más templado para pasar el invierno al menos le prolongaría la vida. Si pudiéramos contar con otro año, estaría agradecida; ¿pero podemos hacer esto para que mejore? Hace unos días escribí al doctor Forbes pidiéndole su opinión [...] Nos aconsejó que no abriguemos esperanzas de recuperación. Él cree que el aceite de hígado de bacalao es una medicina muy eficaz. Además, desaprueba un cambio de residencia de momento. No sirve de mucho consuelo saber que estamos haciendo todo lo que podemos. Ahora no se siente el suplicio del abandono total y forzoso como durante la enfermedad de Emily. Que nunca nos veamos condenados a una tortura igual de nuevo. Fue espantoso. Últimamente me molestan mucho menos los dolores de pecho, y también la irritación de garganta y la ronquera. Probé una aplicación de vinagre caliente que parece eficaz.

1 de mayo

Me alegra mucho saber que cuando vayamos a Scarborough estarás libre para acompañarnos, pero el viaje y sus consecuencias siguen preocupándome mucho. Tengo que intentar demorarlo otras dos o tres semanas si puedo; quizá para entonces la temporada más templada haya dado a Anne más fuerzas; o quizá todo lo contrario; no lo sé. Hasta ahora, la mejoría del tiempo no le ha sentado bien. A veces ha estado tan débil y le ha dolido tanto el costado en los últimos días que yo no sabía qué pensar [...] Quizá se recupere de nuevo y se sienta mucho mejor, pero tiene que producirse alguna mejoría para que crea que hay motivos para llevarla lejos de casa. Claro que la demora es penosa; porque como pasa casi siempre en estas circunstancias, ella parece semiconsciente de la necesidad de esa demora. Creo que se pregunta por qué no hablo más del viaje; me duele pensar que pueda hacerle daño incluso mi aparente lentitud. Está muy delgada, mucho más que cuando estuviste con nosotras; tiene los brazos como los de un niño pequeño. El menor esfuerzo le provoca ahogos. Sale un poco todos los días; pero más que caminar, se arrastra [...] Papá sigue bastante bien; yo espero que pueda sobrellevarlo. Hasta ahora tengo razones para dar gracias a Dios.

Llegó el mes de mayo y con él el tiempo más templado. Pero Anne empeoró con el cambio. Un poco más adelante refrescó el tiempo de nuevo y Anne se recuperó, y la pobre Charlotte volvió a abrigar esperanzas de que si transcurría mayo y no empeoraba, viviría mucho tiempo. La señorita Brontë escribió para reservar alojamiento en Scarborough, lugar que Anne había visitado con la familia con la que trabajó como institutriz. Tomaron un salón bastante amplio y un dormitorio doble (ambos con vista al mar) en uno de los mejores lugares del pueblo. El dinero no importaba comparado con la vida; además, Anne disponía de un pequeño legado que le había dejado su madrina y pensaron que no podría emplearse mejor que para conseguir que pudiera prolongar la

vida, si es que no recuperar la salud. Charlotte escribe el 16 de mayo:

Me preparo con pesadumbre; y deseo de todo corazón que hubiera pasado ya la fatiga del viaje. Quizá sea más leve de lo que supongo; porque el estímulo momentáneo a veces siento muy bien; pero cuando veo cada día la debilidad creciente no sé qué pensar. Temo que te impresiones cuando veas a Anne. Pero procura que ella no se dé cuenta, querida E. En realidad, confío en tu dominio de ti misma y en tu amabilidad. Ojalá estuviera plenamente convencida de que ir a Scarborough es lo más juicioso. Me preguntas cómo he arreglado las cosas para que atiendan a papá mientras está solo. En realidad no he hecho ningún arreglo especial. Desea que acompañe a Anne y no quiere saber nada de que venga el señor N— o algo por el estilo; así que hago lo que me parece lo mejor y dejo el resultado a la Providencia.

Pensaban descansar y pasar la noche en York; y, por expreso deseo de Anne, decidieron hacer allí algunas compras. Charlotte termina así la carta a su amiga en que le cuenta todo esto:

23 de mayo

Ojalá no me pareciera una farsa lúgubre hablar de comprar sombreros, etc. Anne estuvo muy mal ayer. Tuvo problemas para respirar todo el día, incluso cuando estaba completamente inmóvil. Hoy parece otra vez mejor. Estoy deseando ver los efectos del aire del mar. ¿Le sentará bien? No lo sé. Ojalá. ¡Ay!, qué felices podríamos ser juntas si Dios quisiera fortalecer y reanimar a Anne. Pero que se haga Su voluntad.

Las dos hermanas salieron de Haworth el jueves 24 de mayo. Tenían que haberlo hecho el día anterior y habían quedado con su amiga en que las esperaba en la estación de Leeds para seguir el viaje las tres juntas desde allí. Pero el miércoles por la mañana Anne se encontraba tan mal que tuvieron que posponerlo; y no tenían medio de avisar a su amiga, que llegó a la estación de Leeds a la hora convenida. Estuvo horas esperándolas. Le pareció extraño entonces —y al recordarlo ahora casi le parece un mal presagio— que dos veces y de dos trenes distintos, que llegaron en la misma línea por la que tenían que llegar sus amigas, bajaran ataúdes que subieron a coches fúnebres que estaban esperando a los difuntos, lo mismo que ella estaba esperando a alguien que lo sería dentro de cuatro días.

Al día siguiente no pudo aguantar más la incertidumbre y decidió ir a Haworth, donde llegó justo a tiempo de llevar a la débil y mareada enferma a la calesa que esperaba a la puerta para llevarlas a Keighley. El criado que estaba a la puerta de la rectoría vio la Muerte escrita en su cara y lo dijo. Charlotte lo vio y no dijo nada: hubiera sido formular demasiado claramente el miedo; y si su pobre y querida hermana deseaba tanto ir a Scarborough, iría, aunque el peligro inminente la acongojara. La dama que las acompañó, querida amiga de Charlotte durante más de veinte años, ha escrito amablemente para mí la siguiente descripción del viaje, y del final.

Salió de casa el 24 de mayo de 1849; murió el 28 de mayo. Su vida fue tranquila, silenciosa, espiritual: así fue su final. Durante las pruebas y tribulaciones del viaje demostró el piadoso

valor y la entereza de un mártir. El desvalimiento y la impotencia fueron siempre para ella un padecimiento mucho mayor que el dolor fuerte y torturante.

La primera parada del viaje fue York; y allí, la querida enferma se mostró tan animada, alegre y feliz que fue un consuelo para nosotras y confiamos en que al menos conseguiría una mejoría pasajera con el cambio que ella tanto había deseado y sus amigas tanto habíamos temido por ella.

A petición suya, fuimos a la catedral, que le proporcionó un placer extraordinario; no sólo por su esplendor impresionante, sino porque con su carácter susceptible le produjo una sensación vital y abrumadora de omnipotencia. Mientras la contemplaba comentó: «Si el poder finito puede hacer esto, ¿cual será...?» Y la emoción la impidió seguir, y se apresuró a un lugar menos emocionante.

Su debilidad física era muy grande, pero su gratitud por todas las bendiciones recibidas era todavía mayor. Después de un esfuerzo como caminar hasta su dormitorio, unía las manos y alzaba los ojos en mudo agradecimiento, y no lo hacía excluyendo las oraciones habituales, que rezaba también de rodillas antes de aceptar el reposo de la cama.

Llegamos a Scarborough el día 25; nuestra querida enferma había llamado nuestra atención hacia todas las vistas interesantes.

El día 26 paseó en burro por la playa durante una hora; y para que el dueño no azuzara al pobre animal para que fuera más deprisa de lo que su tierno corazón juzgaba apropiado, tomó las riendas y lo guió ella misma. Cuando su amiga se reunió con ella, estaba recomendando al dueño del burro que tratara bien al pobre animal. Siempre fue cariñosa con los animales y renunciaba a la propia comodidad por ellos.

El domingo 27 quiso ir a la iglesia y se le iluminaron los ojos con la idea de venerar una vez más a su Dios entre sus semejantes. Consideramos prudente disuadirla, aunque era evidente que anhelaba participar en el acto público de devoción y alabanza.

Por la tarde paseó un poco y cuando encontró un asiento cómodo y resguardado cerca de la playa nos rogó que la dejáramos y disfrutáramos de las diversas vistas que podían contemplarse cerca y que ella conocía bien, pero eran nuevas para nosotras. Le gustaba mucho el lugar y deseaba que compartiéramos sus preferencias.

Llegó el atardecer con la puesta de sol más espléndida que se haya visto jamás. El castillo del acantilado se alzaba en impresionante esplendor, dorado por el sol poniente. Los barcos destellaban como oro bruñido a lo lejos; y los botes se balanceaban junto a la playa con el reflujó de la marea, pidiendo ocupantes. La vista era indescriptible. Anne se acercó en su butaca a la ventana para disfrutar de la escena con nosotras. Su cara resplandecía casi tanto como el glorioso panorama que contemplaba. Apenas hablamos, pues era evidente que la impresionante vista que tenía ante sí arrastró sus pensamientos a las regiones de gloria imperecedera. Volvió a pensar en los oficios religiosos y nos pidió que la dejáramos y fuéramos a reunirnos con los fieles que estaban en la Casa de Dios. Rehusamos, insistiendo amablemente en el deber y el placer de quedarnos con ella, que estaba tan débil y era tan adorable. Al volver a su lugar junto al fuego, conversó con su hermana sobre la oportunidad de regresar a casa. Dijo que no deseaba hacerlo por ella misma, temía que los otros sufrieran más si el fallecimiento ocurría allí. Seguramente pensaba que la tarea de acompañar sus restos mortales en un viaje largo sería más de lo que su

hermana podría soportar, que su afligido padre no podría soportar que le llevara a casa a otro, el tercer ocupante del panteón familiar en el breve espacio de nueve meses.

La noche transcurrió sin ninguna manifestación evidente de la enfermedad. Se levantó a las siete en punto y llevó a cabo ella sola casi todo su aseo por voluntad propia. Su hermana cedía siempre en esas cosas porque creía que la verdadera bondad consistía en no insistir en la incapacidad cuando no se reconocía. No ocurrió nada alarmante hasta las once de la mañana. Ella dijo entonces que notaba un cambio. Creía que no le quedaba mucho tiempo de vida. ¿Podría llegar a casa viva si nos preparáramos inmediatamente para salir? Avisamos a un médico. Se dirigió a él con absoluta serenidad. Le pidió que le dijera cuánto tiempo creía que podría vivir; que le dijera la verdad sin miedo porque ella no tenía miedo a morir. El doctor admitió de mala gana que el ángel de la muerte ya había llegado y que la vida se consumía rápidamente. Ella le dio las gracias por su sinceridad; él se marchó entonces y regresó al poco rato. Ella seguía en su butaca, con expresión serena y confiada: no había habido espacio para la aflicción hasta entonces, aunque sabíamos que el final era inminente. Unió las manos y pidió al cielo una bendición; primero para su hermana, luego para su amiga, a quien dijo: «Sé una hermana en mi lugar; haz compañía a Charlotte siempre que puedas». Luego agradeció a cada una la amabilidad y los cuidados.

Al poco rato apareció la inquietud de la muerte inminente y la llevamos al sofá; a la pregunta de si estaba más cómoda, miró agradecida a quien se lo había preguntado y dijo: «No eres tú quien puede darme reposo, pero enseguida estará bien todo, gracias a los méritos de nuestro Redentor». Poco después, y al ver que su hermana no podía contener casi la aflicción, le dijo: «Ten valor, Charlotte; ten valor». Su fe no flaqueó ni se empañó su mirada hasta que, hacia las dos, sin un suspiro, pasó serenamente de lo temporal a lo eterno. Así de tranquilos y de piadosos fueron sus últimos momentos. No hubo terror, ni súplicas de ayuda. El médico entró y salió dos o tres veces. La anfitriona sabía que la muerte estaba cerca, pero la presencia de la agonizante y la pena de los afligidos perturbaron tan poco la casa que en el momento en que la hermana viva estaba cerrando los ojos a la difunta, nos avisaron de que la comida estaba lista por la puerta entreabierta. Ya no podía aguantar la aflicción contenida de su hermana con su enfático y agónico «Ten valor», y estalló con fuerza, breve pero angustiosa. Los sentimientos de Charlotte, no obstante, tomaron otro cauce y allí se convirtieron en consideración, cuidados y ternura. Había dolor, pero no soledad; la condolencia estaba a su alcance y la aceptó. Consideró con serenidad el traslado de los restos de su querida hermana al lugar de reposo del hogar. Esta triste labor, no obstante, nunca se llevó a cabo; pues la afligida hermana decidió dejar la flor en el lugar en que había caído. Creía que así cumplía los deseos de la difunta. No tenía preferencia por ningún lugar. No le importaba la tumba que es sólo el destino del cuerpo, sino todo lo que hay más allá.

Sus restos reposan

Donde el sol del Sur calienta la tierra amada ahora,

Donde el oleaje baña y golpea las rocas abruptas cubiertas de hierba.

Anne murió el lunes. Charlotte escribió a su padre el martes; pero, como sabía que tenía que

asistir a una ceremonia anual solemne en Haworth, le comunicó que había hecho ya todos los arreglos necesarios para el entierro y que el funeral tendría lugar tan pronto que él no podría llegar a tiempo para el mismo. El médico que había visitado a Anne el día de su muerte ofreció su asistencia, que fue rechazada respetuosamente.

El señor Brontë contestó a Charlotte instándola a que prolongara su estancia en la costa. Su ánimo y su salud estaban muy debilitados; y pese a lo mucho que deseaba ver a la única hija que le quedaba, creyó que debía convencerla de que se tomara unas semanas más de cambio de escenario con su amiga, aunque ni siquiera eso le hiciera cambiar de idea. Las amigas regresaron a casa a finales de junio, y se separaron bastante bruscamente (al parecer) cuando sus caminos tomaron rumbos diferentes.

Julio de 1849

Pensaba escribirte unas líneas hoy aunque no hubiera recibido tu carta. En realidad nos despedimos bruscamente; me dolió que nos separáramos sin haber tenido tiempo de intercambiar una palabra; aunque quizá fuera mejor así. Llegué a casa poco antes de las ocho. Todo estaba limpio y brillante esperando mi llegada. Papá y las sirvientas estaban bien; y todos me recibieron con un cariño que debería haberme consolado. Los perros parecían extrañamente extasiados. Estoy casi segura de que me creyeron el heraldo de las otras. Las pobres criaturas creyeron que, como yo había vuelto, no tardarían en llegar las que llevan tanto tiempo ausentes.

Dejé a papá enseguida y fui al comedor. Cerré la puerta, procuré alegrarme de haber vuelto a casa. Siempre me había alegrado volver, excepto una vez, e incluso entonces me reconfortó. Pero ahora la sensación no ha sido de alegría. Pensé en la casa absolutamente silenciosa, en las habitaciones vacías. Recordé dónde yacían los tres en sus moradas oscuras y estrechas, en que no volverían nunca a la tierra. Y un sentimiento de desolación y amargura se apoderó de mí. El dolor que hay que sufrir y que no puede evitarse llegó. Lo sufrí y pasé una tarde y una noche espantosas; y todo el día siguiente, sumida en una profunda congoja. Hoy me encuentro mejor.

No sé cómo transcurrirá la vida, aunque por supuesto confío en Él, que me ha protegido hasta ahora. Tal vez la soledad se mitigue y resulte más soportable de lo que puedo imaginar. El mayor tormento es cuando acaba la tarde y llega la noche. A esa hora solíamos reunirnos en el comedor, solíamos hablar. Ahora me siento aquí sola: y guardo un silencio forzoso. No puedo dejar de pensar en sus últimos días, recuerdo sus sufrimientos, y lo que hicieron y dijeron y la expresión de aflicción mortal. Quizá el dolor se vaya mitigando con el tiempo.

Gracias por todo una vez más, querida E., gracias por tu bondad, que nunca olvidaré. ¿Qué impresión te causaron todos en tu casa? Papá cree que estoy más fuerte. Me dijo que no tengo los ojos tan hundidos.

14 de julio de 1849

No me gusta mucho hablar de mí misma. Prefiero olvidarme de mí y hablar de algo más alegre. Todavía no se me ha ido el catarro que cogí en Easton o donde fuera. Empezó por la cabeza, luego me pasó a la garganta y luego al pecho, con tos, aunque sólo una tos muy leve, que

todavía me molesta a veces. El dolor entre los hombros también me asustó mucho. No lo comentes, pues te confieso que soy demasiado aprensiva. La aprensión es un fantasma espantoso. No me atrevo a hablar de ninguna dolencia a papá; su preocupación me abrumba de forma indescriptible.

Mi vida es lo que esperaba que fuera. Me despierto por la mañana y me doy cuenta de que Soledad, Recuerdo y Añoranza van a ser casi mis únicos compañeros durante todo el día, que por la noche me acostaré con ellos y que me tendrán en vela mucho tiempo, que a la mañana siguiente despertaré con ellos de nuevo; siento una gran pesadumbre a veces, Nell. Pero no estoy vencida, todavía no; ni despojada de vigor y de esperanza, ni totalmente de entereza. Aún me queda fuerza suficiente para librar la batalla de la vida. Comprendo y reconozco que tengo muchos consuelos y muchas bendiciones. Todavía puedo seguir adelante. Pero espero que ni tú ni nadie a quien yo estimo se vea nunca como yo, y rezo por ello. Es un suplicio sentarse en una habitación vacía, con el reloj tictaqueando en toda la casa silenciosa, y ver con los ojos de la mente todos los sucesos del último año, con sus sobresaltos, sufrimientos, pérdidas.

Te escribo con franqueza porque creo que me escucharás con serenidad, que no te asustarás ni pensarás que estoy en modo alguno peor de lo que estoy.

CAPÍTULO IV

Charlotte había empezado a escribir la historia de *Shirley* antes de que se publicara *Jane Eyre*. Si el lector se remite a la descripción que hice de los días escolares de la señorita Brontë en Roe Head, comprobará que todos los lugares que rodeaban la casa estaban relacionados con las revueltas luditas y sabrá cuántas historias y anécdotas de aquel entonces se propagaron entre los habitantes de los pueblos circundantes; y la misma señorita Wooler y los parientes mayores de casi todas sus compañeras tenían que haber conocido a los protagonistas de aquellos nefastos disturbios. Lo que Charlotte había oído allí de jovencita volvió a su mente cuando, siendo ya una mujer, buscaba un tema para su obra siguiente y pidió a Leeds un dossier de los *Mercuries* de 1812, 1813 y 1814, para comprender el espíritu de aquella época crucial. Estaba deseando escribir sobre las cosas que había visto y conocido; y entre ellas estaba el carácter de Yorkshire occidental, del que ninguna historia situada entre los luditas ofrecía un panorama completo. Casi todos los personajes de *Shirley* están inspirados en la realidad, aunque los incidentes y situaciones eran imaginarios. Creía que si los últimos eran puramente imaginarios podría copiar de la realidad sin que se detectara. Pero en eso se equivocaba; sus descripciones eran demasiado precisas. Y eso le creó más de un problema. Las personas se reconocieron o fueron reconocidas por otros en las descripciones gráficas de su apariencia personal, la forma de actuar y las ideas, aunque los colocó en situaciones distintas y en escenarios muy diferentes a aquellos en que había transcurrido su vida real. La fuerza y peculiaridad del carácter de alguien a quien había conocido impresionó a la señorita Brontë; lo estudió y lo analizó con sutileza; y, tras rastrearlo hasta su origen, lo tomó como el núcleo de un personaje imaginario y lo desarrolló, invirtiendo así el proceso de análisis y reproduciendo inconscientemente el mismo desarrollo externo. Los «tres coadjutores» eran hombres que vivían y que frecuentaban Haworth y la región circundante; y de tan obtusa agudeza que cuando les pasó el primer ataque de cólera por el hecho de que hubieran descrito su forma de ser y sus hábitos, se divertían llamándose con los nombres que ella les había puesto en el libro. La señora Pryor era bien conocida por muchos que estimaban de veras al personaje real. Los Yorke, según me han asegurado, eran casi daguerrotipos. En realidad, la señorita Brontë me contó que antes de publicarse el libro había enviado las partes de la novela en que aparecen estos personajes notables a uno de los hijos; y que el único comentario que hizo después de leerlo fue que no los había descrito «con suficiente fuerza». Sospecho que de aquellos hermanos polifacéticos sacó todo lo que había de real en los personajes de los héroes de sus dos primeras obras. En realidad, eran casi los únicos jóvenes a quienes conocía bien, aparte de su hermano. Tenían mucha amistad y aún más confianza con la familia Brontë, aunque la relación era irregular y se rompía a veces. Nunca hubo un sentimiento más cordial por ambas partes.

El personaje de *Shirley* es el retrato que hace Charlotte de Emily. Lo menciono porque todo lo que yo, como extraña, he podido saber de ella no nos da a mí y a mis lectores una imagen

agradable. Pero hay que tener presente lo poco que la conocemos en comparación con la hermana, que con su más profundo conocimiento dice que era «genuinamente buena y verdaderamente grande» y que intentó describir su carácter en Shirley Keeldar como lo que habría hecho Emily Brontë si hubiera gozado de salud y de prosperidad.

La señorita Brontë puso muchísimo esmero en *Shirley*. Creía que la fama que había conseguido le imponía doble responsabilidad. Procuró hacer la novela como una parte de la vida real, con el convencimiento de que si presentaba el fruto de la experiencia y la observación personales sinceramente, el resultado final sería bueno. Estudió detenidamente las diferentes reseñas críticas sobre *Jane Eyre*, con la esperanza de sacar criterios y consejos que pudieran serle útiles.

Los relámpagos de la muerte llegaron en plena escritura. Casi había terminado el segundo volumen de la historia cuando murió Branwell; y después de él, Emily; y después, Anne; la pluma, posada cuando había tres hermanas vivas y afectuosas, volvió a alzarse cuando sólo quedaba una. Con razón tituló el capítulo que escribió a continuación «El valle de la sombra de la muerte».

Yo he conocido en parte lo que la autora desconocida de *Shirley* debió de sufrir, cuando leí esas patéticas palabras al final de este capítulo y principio del siguiente:

Hasta el amanecer luchó con Dios en ardiente plegaria.

Quienes se atreven a entablar semejante batalla divina no siempre vencen. Puede que noche tras noche el oscuro sudor de la agonía empape su frente; puede que el suplicante pida clemencia con esa voz muda con que habla el alma cuando su súplica se dirige a lo Invisible. «Salva a la persona a la que amo», tal vez implore. «Sana a la vida de mi vida. No me despojes de lo que el prolongado afecto entrelaza con mi naturaleza toda. ¡Dios de los cielos, atiéndeme, escúchame, ten piedad!» Y tras ese grito y esa lucha puede que el sol salga para ver su derrota. Puede que en ese amanecer, que solía saludarlo con susurro de céfiros y canto de alondras, las primeras palabras que salgan de los amados labios, cuyo calor y color se han desvanecido, sean:

«¡Ay! He pasado una noche espantosa. Me encuentro peor. He intentado levantarme. No puedo. He tenido sueños perturbadores a los que no estoy acostumbrado.»

Entonces el que vela se acerca a la cabecera del enfermo y ve un nuevo y extraño moldeado de los rasgos familiares, comprende de inmediato que se acerca el momento insufrible, sabe que es la voluntad de Dios que se derribe su ídolo e inclina la cabeza y somete su alma a la sentencia que no puede evitar y a duras penas resistir [...]

Ningún gemido lastimero e inconsciente —un sonido que merma nuestras fuerzas hasta el punto de que, aun habiéndonos jurado ser firmes, un torrente de lágrimas incontenibles se lleva el juramento— precedió su despertar. No le siguió ningún intervalo de sorda apatía. Las primeras palabras pronunciadas no eran las de alguien que va alejándose ya del mundo y a quien se le permite perderse de vez en cuando en reinos desconocidos para los vivos.

Charlotte siguió escribiendo de forma regular. Pero era deprimente escribir sin nadie a quien poder explicar el desarrollo de la historia, le pareciera bien o mal, caminando a uno y otro lado del salón por las noches, como en tiempos pasados que ya no volverían. Así lo habían hecho tres hermanas; luego dos, cuando la otra hermana dejó el camino; y ahora se había quedado una sola y desconsolada, que a veces prestaba atención para ver si oía los pasos resonantes que no llegaban nunca, y oía el lamento del viento en las ventanas, un sonido casi humano.

Siguió escribiendo a pesar de todo, debatiéndose con sus propias sensaciones de enfermedad; «continuas sensaciones recurrentes de leve catarro; ligero dolor de garganta y de pecho, de los que no puedo librarme haga lo que haga», escribe.

En agosto surgió otro motivo de preocupación, por suerte pasajero.

23 de agosto de 1849

Papá no se encuentra nada bien últimamente. Ha tenido bronquitis otra vez. He estado muy preocupada por él unos días, más abatida en realidad de lo que me gustaría admitir. Después de todo lo que ha ocurrido, tiemblo al menor síntoma de enfermedad; y cuando algo aqueja a papá siento vivamente que es el último, el único pariente próximo y querido que tengo en el mundo. Gracias a Dios, ayer y hoy está mucho mejor [...]

Por lo que me cuentas del señor—, creo que me caería muy bien. — necesita una sacudida por molestarse por la apariencia de él. ¿Qué importa que su marido coma con frac o con blusón, siempre que haya dignidad y franqueza, y lleve una camisa limpia debajo?

10 de septiembre de 1849

Por fin acabé la novela y la envié a su destino. Ahora tienes que decirme cuándo habrá una oportunidad de que puedas venir. Temo que sea difícil de organizar ahora con la fecha de la boda tan cerca. Ten en cuenta que no me gustaría nada que la venida a Haworth causara molestias a ti ni a nadie. Pero cuando sea conveniente me encantará verte [...] Me alegra poder decir que papá está mejor, aunque no fuerte. A veces le molesta una sensación de náusea. Mi catarro va mucho mejor, a veces apenas lo noto. Hace unos días tuve un cólico hepático por concentrarme demasiado en el trabajo; pero ya me ha pasado. Es el primero que he tenido desde que volví de la costa. Antes los tenía todos los meses.

13 de septiembre de 1849

Si el deber y el bienestar de los demás exige que te quedes en casa no puedo permitirme protestar; pero aun así, lamento mucho, muchísimo, que las circunstancias nos impidan vernos ahora. Yo iría sin vacilar a—, si papá estuviera mejor; pero su salud y su ánimo son tan variables que no me iría tranquila si lo dejara solo ahora. Esperemos que cuando volvamos a vernos sea más agradable por haber tenido que demorarlo. Es evidente que has de llevar una pesada carga, querida E.; esas cargas, si se sobrellevan bien, son buenas para el carácter; pero hay que vigilar

y procurar por todos los medios no enorgullecernos de nuestra fuerza, no vaya a ser que no podamos soportar la prueba. Ese amor propio sería claro indicio de flaqueza absoluta. La fortaleza, si la tenemos, es algo que no radica en nosotros mismos; es un don.

SR. W. S. WILLIAMS

21 de septiembre de 1849

Muy señor mío: Le agradezco mucho que haya guardado mi secreto, pues deseo guardar silencio tanto como siempre (más no podría). Me preguntaba en una de sus últimas cartas si creo que podré evitar que me identifiquen en Yorkshire. Me conocen tan poco que supongo que sí. Además, el libro se basa mucho menos en la realidad de lo que pueda parecer. Sería difícil explicarle la poca experiencia real de la vida que he tenido, las pocas personas que he conocido y las pocas que me conocen a mí.

Tomemos al señor Helstone como ejemplo de la forma en que se crearon los personajes. Si ese personaje estuviera inspirado en alguien real, sería en un clérigo que murió hace mucho tiempo, a la avanzada edad de ochenta años. Sólo lo vi una vez de pequeña, cuando tenía diez años —en la inauguración de una iglesia—. Me impresionó entonces su apariencia, su porte marcial y severo. En época posterior oí hablar de él en la zona en que había residido: unos lo mencionaban con entusiasmo, otros con odio. Presté atención a diversas anécdotas, cotejé las pruebas y saqué una conclusión. Al original del señor Hall lo conozco de vista; él me conoce a mí vagamente; pero es tan probable que se le ocurra pensar que yo le había observado atentamente o que me había inspirado en él para un personaje —en realidad que sospechara siquiera que yo estaba escribiendo un libro, una novela— como que se le ocurra pensarlo de su perro Prince. Margaret Hall calificó Jane Eyre de «libro infame», basándose en la autoridad del Quarterly; algo que confesaré que me impresionó bastante. Me hizo ver el daño que había causado el Quarterly. Margaret no lo habría considerado «infame» si no se lo hubieran dicho.

Pero conocida o desconocida, mal juzgada o lo contrario, no pienso escribir de otro modo. Me someteré al dictado de mis facultades. Los dos seres humanos que me comprendían y a quienes yo comprendía ya no están conmigo: todavía hay algunos que me estiman y a quienes yo estimo, sin esperar ni tener derecho a esperar que me comprendan perfectamente. Me doy por satisfecha; pero tengo que tener mi propio estilo en cuanto a escribir. La pérdida de lo que nos es más próximo y más caro en este mundo influye en el carácter: buscamos lo que todavía nos queda que pueda ayudarnos y, cuando lo encontramos, nos aferramos a ello con tenacidad renovada. La facultad de la imaginación me salvó cuando me estaba hundiendo hace tres meses; ejercitarla me ha ayudado a mantenerme a flote desde entonces; sus resultados me reconfortan ahora porque creo que me han permitido proporcionar placer a otros. Doy gracias a Dios por haberme concedido esa facultad; y considero parte de mi religión defender este don y sacar provecho de él. Atentamente,

CHARLOTTE BRONTË

Tabby y la otra muchacha joven que la ayudaba estaban en la cama enfermas cuando Charlotte

escribió esa carta; y, a excepción de las pocas ocasiones en que contaba con alguien que le echara una mano, tenía que hacer ella todo el trabajo de la casa, además de cuidar a las dos enfermas.

La grave enfermedad de la sirvienta más joven estaba en su punto crítico cuando un grito de Tabby hizo a Charlotte acudir corriendo a la cocina, donde encontró a la pobre octogenaria tirada en el suelo con la cabeza debajo de la parrilla; se había caído de la silla al intentar levantarse. Cuando yo la conocí dos años después, me explicó los tiernos cuidados que le había prodigado Charlotte; y concluyó su relato diciendo que su propia madre no se habría preocupado más por ella de lo que lo había hecho la señorita Brontë. «¡Ay! ¡Es tan buena!»

Pero un día perdió el control y, como dice ella,

me derrumbé durante diez minutos. Me senté y grité como una loca. Tabby no podía tenerse en pie ni caminar. Papá acababa de declarar que Martha se hallaba en inminente peligro. Yo misma estaba deprimida, con dolor de cabeza, malestar y náuseas. No sabía qué hacer ni a quién recurrir. Gracias a Dios, Martha ya está convaleciente y confío en que Tabby mejorará pronto. Papá está bastante bien. Y me complace saber que mis editores están encantados con lo que les envié. Eso me ayuda. Pero la vida es una batalla. ¡Ojalá consigamos librarla bien!

La buena amiga a quien Charlotte escribió así comprendió que su agotado organismo necesitaba tonificarse y le envió una ducha, algo que deseaba hacía tiempo. Charlotte acusó recibo del envío así:

28 de septiembre de 1849

[...] Martha ya está casi bien y Tabby mucho mejor. Ayer llegó un paquete monstruoso de «Nelson, Leeds». Necesitas una buena reprimenda. Así te agradezco toda la molestia [...] Siempre que vengas a Haworth podrás empaparte completamente en tu propia ducha. Todavía no he desempaquetado el monstruo.

Te saluda como mereces,

C. B.

Una desgracia de otro género se cernía entonces sobre Charlotte. Había unas acciones del ferrocarril que, ya en 1846, le había dicho a la señorita Wooler que quería vender, pero no lo había hecho porque no había conseguido convencer a sus hermanas de que vieran el asunto como ella y había preferido correr el riesgo de pérdida antes que herir los sentimientos de Emily actuando contra su opinión. La devaluación de dichas acciones ratificó ahora el buen juicio de Charlotte. Eran acciones de la Compañía de York y North-Midland, una de las líneas preferidas del señor Hudson, y contaba con todas las ventajas de su peculiar sistema de administración. Charlotte pidió a su amigo y editor el señor Smith información sobre el tema. La siguiente carta es su respuesta a la contestación de él:

4 de octubre de 1849

Muy señor mío: Acuso recibo de su carta, aunque no diré que me haya complacido. El asunto

es realmente grave: más de lo que yo creía y mucho más de lo que mi padre imagina. En realidad, las pocas acciones del ferrocarril que poseía, según los valores originales, suponían ya una renta suficiente para mí, conforme a mis perspectivas y hábitos. Ahora no puede contarse con nada. Tengo que explicarle la situación a mi padre poco a poco; y esperar mientras tanto con paciencia hasta que vea el rumbo que toman las cosas [...] Acabe como acabe el asunto, quizá debiera estar más agradecida que disgustada. Si pienso en mi propia situación y la comparo con la de tantos miles, creo que no tengo razón para quejarme. Muchos, muchísimos, se verán privados casi del sustento diario por el extraño sistema del ferrocarril. Los que sólo han perdido las provisiones reservadas para el futuro debieran mirar mucho cómo se quejan. La idea de que Shirley ha gustado en Cornhill es un gran consuelo para mí. Pero seguramente estará usted preparado para la severidad de los críticos, como lo estoy yo; aunque abrigo bastantes esperanzas de que la estructura del barco sea lo bastante sólida para capear algún que otro temporal y llegar a buen puerto.

Charlotte hizo una visita a su amiga a finales de octubre de ese año; pero el placer de las vacaciones que se había prometido hacía mucho para cuando acabara la novela se vio atenuado por una sensación de malestar continua; el cambio de aires o el tiempo brumoso le provocaron dolor de pecho constante. Además, estaba preocupada por la impresión que pudiera causar su segunda novela en la opinión pública. Por motivos evidentes, un autor es más sensible a las opiniones emitidas sobre su segundo libro cuando el primero ha sido un éxito. Sea cual sea el valor de la fama, una vez conseguida no está dispuesto a que disminuya ni a perderla.

Shirley se publicó el 26 de octubre.

Cuando salió, pero antes de leerla, el señor Lewes escribió a Charlotte comunicándole su intención de reseñarla en el *Edinburgh*. Hacía tiempo que Charlotte no le escribía; y en ese periodo habían ocurrido muchas cosas.

SR. G. H. LEWES

1 de noviembre de 1849

*Muy señor mío: Hace aproximadamente un año que me escribió usted; pero me parece mucho más tiempo porque desde entonces me ha tocado pasar momentos negros en el viaje de la vida. Muchas veces he dejado de preocuparme de la literatura, la crítica y la fama; he perdido de vista lo que dominaba mis pensamientos cuando se publicó *Jane Eyre*; pero ahora necesito recuperar estas cosas con intensidad, si es posible. Por consiguiente, ha sido un placer recibir su nota. Me gustaría que no me considerara una mujer. Desearía que todos los críticos crean que «Carrer Bell» es un hombre; serán más justos con él. Sé que seguirá usted midiéndome por algún patrón de lo que considera apropiado para mi sexo; cuando no sea lo que juzga usted elegante, me condenará. Todos clamarán contra ese primer capítulo; y ese primer capítulo es tan verdadero como la Biblia y no es censurable. Sea como fuere, cuando escribo no puedo pensar siempre en mí y en lo que es refinado y encantador en las mujeres. Nunca tomo la pluma de esa forma ni con esas ideas: y si sólo van a tolerar lo que escribo con esas condiciones, prescindiré del público y no lo molestaré más. Salí de la oscuridad y puedo volver a ella sin problema. Me mantengo a*

distancia y espero a ver lo que será de Shirley. Mis expectativas no son muchas y mis previsiones bastante tristes y amargas; no obstante, le ruego encarecidamente que diga con sinceridad lo que piensa; la adulación sería peor que inútil; no hay consuelo en la adulación. En cuanto a la condena, pensándolo bien, no veo por qué habría de temerla mucho; nadie más que yo sufriría por ella, y tanto la felicidad como el sufrimiento pasan pronto en esta vida. Le deseo todo el éxito del mundo en su expedición a Escocia. Le saluda atentamente,

C. BELL

Vemos que la señorita Brontë seguía tan preocupada como siempre por mantener su anonimato en *Shirley*. Creía incluso que tenía menos indicios que *Jane Eyre* de que fuera obra de una escritora; así que se disgustó mucho cuando aparecieron las primeras críticas y afirmaban que el misterioso autor tenía que ser una mujer. Le parecía especialmente ofensivo que se rebajara el patrón con que se juzgaba una obra narrativa si estaba escrita por una mujer; y la alabanza mezclada con alusiones pseudogalantes al sexo la mortificaba mucho más que la auténtica censura.

Pero el secreto tan celosamente guardado se descubrió al fin. Parece que *Shirley* llevó al convencimiento de que el autor tenía que ser un habitante de la zona en que se desarrollaba la obra. Leyó la novela un individuo listo de Haworth, que había conseguido cierto éxito y que se había instalado en Liverpool; le sorprendieron los nombres de algunos lugares mencionados y reconoció el dialecto en que estaban escritas algunas partes. Decidió que tenía que haberla escrito alguien de Haworth. Pero no podía imaginar quién podía haberlo hecho aparte de la señorita Brontë. Orgulloso de su conjetura, divulgó su suposición (que era casi certeza) en las columnas de un periódico de Liverpool; y así empezó a desvelarse el núcleo del misterio; y una visita a Londres que hizo la señorita Brontë hacia finales de 1849 lo confirmó claramente. Ella siempre se había llevado muy bien con sus editores; y su amabilidad había aliviado algunas de las horas solitarias y tediosas que se sucedían a menudo últimamente, enviándole libros más adecuados para sus gustos que ninguno que pudiera conseguir ella en la biblioteca de Keighley. En sus cartas a la editorial vemos muchas frases como las siguientes:

Los libros que me han enviado son realmente muy interesantes. Me han gustado especialmente Conversaciones con Goethe, de Eckermann, Conjeturas sobre la verdad, Amigos reunidos y el librito sobre la vida social inglesa; y desde luego no menos el último.

98 *A veces nos atrae un libro por los personajes, no por ninguna inteligencia brillante o peculiaridad asombrosa que ensalcen, sino por el amor a algo bueno, delicado y genuino. El pequeño me parece obra de una dama, y de una mujer amable y sensible, y me gustó. De momento, no piensen en seleccionar más obras para mí; mi provisión no está agotada, ni mucho menos.*

Acepto su oferta respecto a Athenaeum; me gustaría mucho echarle una ojeada, siempre y cuando puedan enviármelo sin problema. Lo devolveré puntualmente.

En una carta a su amiga se queja de sensaciones de malestar de las que pocas veces o nunca estaba libre.

16 de noviembre de 1849

No has de suponer que ninguno de los personajes de Shirley son retratos literales. No corresponde a las normas del arte ni a mis opiniones escribir de esa forma. Sólo soportamos la realidad que se sugiere, no la que se impone. Las heroínas son abstracciones, y los héroes también. Las cualidades que he visto, amado y admirado se engastan aquí y allá como gemas decorativas para que se conserven en ese engarce. Ya que dices que podías reconocer a los originales de todos excepto de las protagonistas, ¿se puede saber a quién crees que representan los dos Moore? Te envió dos críticas; una es del Examiner y está escrita por Albany Fonblanque, que está considerado el escritor político más brillante del momento, un hombre cuyo dictamen es muy considerado en Londres. La otra es del Standard of Freedom y la ha escrito William Howitt, ¿un cuáquero! [...] Me encontraría perfectamente si no fuera por los dolores de cabeza y la indigestión. Últimamente estoy mejor del pecho.

Debido a este prolongado estado de languidez, dolor de cabeza y malestar de estómago, al que la menor exposición al frío añadía anginas, ronquera y dolor de pecho, decidió atajar el mal a tiempo, tanto por su padre como por ella misma, y fue a Londres para consultar a un médico. No era su intención en principio visitar allí a nadie; pero la amable insistencia de sus editores se impuso y se decidió que se alojaría en casa del señor Smith. Antes del viaje escribió dos cartas peculiares sobre Shirley, de las que he tomado algunos extractos.

Shirley va abriéndose paso. Hay un chaparrón de críticas [...] La mejor que ha aparecido hasta ahora es la de Revue des deux Mondes, una especie de revista cosmopolita europea, con sede central en París. Relativamente pocos críticos, incluso en sus elogios, dan prueba de entender con justeza el sentido del autor. Eugene Forsarde, el crítico en cuestión, sigue a Currer Bell por todos los meandros, distingue todos los puntos, advierte cada sombra, demuestra ser maestro del tema y señor del objetivo. A un hombre así le estrecharía la mano. Le diría: «Usted me conoce, monsieur; es un honor conocerle». No diría otro tanto de la masa de críticos londinenses. Quizá no dijera lo mismo de quinientos mil hombres y mujeres de todos los millones de Gran Bretaña. Eso importa poco. Primero satisfago mi propia conciencia; y, habiéndolo hecho, si además satisfago y complazco a un Forsarde, a un Fonblanque y a un Thackeray, mi ambición

ya ha recibido bastante; está saciada; de momento está satisfecha; mis facultades han hecho el trabajo de un día, y se han ganado el jornal del día. No soy profesora; considerarme eso es confundirme. La enseñanza no es mi vocación. Es inútil decir lo que soy. A quienes les importa se molestan en averiguarlo. Para todos los demás me gustaría ser sólo una persona oscura y equilibrada. Para ti, querida E., me gustaría ser una amiga sincera. Concédeme tu fiel estima; prescindo de buen grado de la admiración.

26 de noviembre

Es propio de ti declarar que las críticas no son lo bastante buenas, y corresponde a esa parte de tu carácter que no te permitirá otorgar tu aprobación incondicional a ningún vestido, decoración, etc., que te pertenezca. Has de saber que las críticas son magníficas; y si estuviera descontenta con ellas sería un simio engraido. Nada más elevado se ha dicho nunca, por motivos absolutamente desinteresados, de ningún autor vivo. Si va todo bien, iré a Londres esta semana; el miércoles, creo. La modista ha hecho muy bien mis cosillas, aunque me habría gustado que lo hubieras supervisado y emitido tu dictamen. He insistido en que los vestidos se hicieran con mucha sencillez.

A finales de noviembre fue a la «gran Babilonia», donde se zambulló inmediatamente en lo que le parecía una vorágine. Porque los cambios, panoramas y estímulos que para otras personas habrían sido una nimiedad, eran excesivos para ella. Como le pasaba siempre con los extraños, al principio la asustaba un poco la familia que la recibió entonces, e imaginaba que las damas la miraban con una mezcla de respeto y alarma; pero a los pocos días, si es que esa sensación existió realmente, su modales sencillos, tímidos y callados, sus primorosos hábitos personales y domésticos, la eliminaron, y nos dice que cree que empezó a agradarles y que a ella le agradaban ellos mucho, pues «la amabilidad sabe ganarse las voluntades». Había determinado que no esperaran que viera a mucha gente. La vida retirada que había llevado era la causa de que rehuyera nerviosa ver caras nuevas durante toda la vida. No obstante, deseaba hacerse una idea personal de la apariencia y modales de aquellos cuyos escritos o cartas le habían interesado. Así que invitaron a conocerla al señor Thackeray; pero ella pasó toda la mañana fuera y no estaba en casa de sus amigos a la hora del almuerzo. Esto causó un fuerte y deprimente dolor de cabeza a alguien acostumbrado como ella a las horas tempranas y regulares de una rectoría de Yorkshire; además, la emoción de conocer, oír y sentarse junto a un hombre por quien sentía tanta admiración como el autor de *La feria de las vanidades* era en sí misma excesiva para sus frágiles nervios. Escribe lo que sigue sobre la cena:

10 de diciembre de 1849

En cuanto a estar contenta, me encuentro en situaciones y circunstancias emocionantes; pero sufro fuertes dolores a veces, dolor mental, quiero decir. En el momento en que se presentó el señor Thackeray me hallaba desfallecida de inanición, pues no había probado bocado desde un desayuno ligerísimo y ya eran las siete de la tarde. La emoción y el agotamiento me destrozaron

aquella tarde. No tengo ni idea de lo que pensaría él de mí.

Ella me explicó que cuando conoció al señor Thackeray le había resultado muy difícil saber si hablaba en broma o en serio y que había (creía) malinterpretado una pregunta suya al entrar los caballeros en el salón. Le preguntó «si había percibido el misterio de sus cigarros», a lo que ella contestó literalmente, descubriendo acto seguido, por la sonrisa de algunas caras, que la pregunta de él aludía a un pasaje de *Jane Eyre*. Sus anfitriones disfrutaron enseñándole Londres. Un día que se había distinguido por una de aquellas agradables excursiones, el *Times* publicó una crítica muy dura de *Shirley*. Ella estaba enterada de que el periódico iba a reseñar el libro, y supuso que había alguna razón concreta para que sus anfitriones lo ocultaran aquella mañana. Les dijo que sabía por qué no podía ver el periódico. La señora Smith admitió enseguida que tenía razón y que preferían que cumpliera con los compromisos del día antes de leerlo. Pero ella insistió tranquilamente en que le permitieran verlo. La señora Smith tomó su labor y procuró no observar el semblante que la otra intentaba ocultar tras las grandes hojas; pero no pudo evitar darse cuenta de las lágrimas que rodaban por la cara y caían al regazo. El primer comentario que hizo la señorita Brontë fue que temía que una crítica tan severa influyera en la venta del libro y perjudicara a los editores. Pese a sentirse dolida, su primer pensamiento fue para los demás. Después (creo que aquella misma tarde), fue a la casa el señor Thackeray; Charlotte sospechaba (y así lo dijo) que había ido a ver cómo sobrellevaba ella el ataque a *Shirley*; pero ya había recuperado la compostura y conversó tranquilamente con él: sólo supo que había leído el artículo del *Times* por la respuesta a una pregunta directa de él. Entonces consintió en reconocer su autoría de *Jane Eyre*, porque intuyó que tendría ventajas prescindir del seudónimo. Un resultado fue que conoció a la señorita Martineau.⁹⁹ Le había enviado la novela en cuanto se publicó, con una nota curiosa, en la que Currer Bell dedicaba el ejemplar de *Shirley* a la señorita Martineau, en reconocimiento de la gratificación que le habían proporcionado sus obras. Leer *Deerbrook* le había proporcionado un intenso placer nuevo y había experimentado un auténtico beneficio. Recordaba *Deerbrook*, etc. En opinión de él, *Deerbrook*, etc.

La señorita Martineau le escribió agradeciendo la nota y el ejemplar de *Shirley*. Su carta estaba fechada en casa de una amiga del mismo barrio en que residía el señor Smith; y cuando la señorita Brontë descubrió una o dos semanas después lo cerca que estaba de su corresponsal, escribió, en nombre de Currer Bell, proponiéndole hacerle una visita. La amiga de la señorita Martineau invitó al desconocido Currer Bell a tomar el té, el domingo 10 de diciembre a las seis. No sabían si era hombre o mujer y habían hecho diversas conjeturas en cuanto a su sexo, edad y apariencia. En realidad, la señorita Martineau había expresado sin lugar a dudas su opinión personal encabezando su respuesta a la nota manifiestamente masculina a que he aludido antes con un «Estimada señora»; pero había dirigido la carta al señor Currer Bell. Todos los reunidos se volvían a mirar hacia la puerta cada vez que llamaba alguien. Llegó primero un desconocido (creo que un caballero); por un instante, supusieron que era Currer Bell, un caballero realmente; se quedó un rato; se fue. Otra llamada; anunciaron a la señorita Brontë; y apareció una dama de aspecto juvenil, casi infantil por su estatura, vestida de «luto riguroso, con un traje tan sencillo como el de una cuáquera, hermoso cabello liso de color castaño, espléndidos ojos luminosos y

muy expresivos y un rostro serio que reflejaba el hábito de dominarse». Entró, vaciló un momento al ver a cuatro o cinco personas reunidas, luego se dirigió a la señorita Martineau, reconociéndola intuitivamente; y, demostrando la cordialidad propia de las personas sensibles y bien educadas, enseguida se sintió como una más de la familia, y se sentó a la mesa con todos; y, antes de marcharse, les habló con sencillez conmovedora de su dolor y su aislamiento, sentando así la base para su amistad con la señorita Martineau.

Después de discutir el tema e imponer la condición de que no le presentaran expresamente a nadie, el señor Smith invitó a algunos caballeros a cenar aquella noche para que la conocieran antes de que se marchara de la ciudad. Su sitio adecuado en la mesa habría sido junto a su anfitrión; y con esta idea se dispusieron los lugares de quienes iban a acompañarla; pero cuando entró en el comedor se dirigió rápidamente al asiento de al lado de la señora de la casa, deseando la protección de alguien de su propio sexo. Ese detalle insignificante correspondía a la misma búsqueda de protección femenina en todas las ocasiones en que no había ningún deber moral implicado en la afirmación de su independencia, que la hizo escribir por entonces lo siguiente: «La señorita — me observa atentamente cuando estoy rodeada de extraños. No me quita los ojos de encima. Me gusta la vigilancia. Parece que monte guardia para protegerme».

En cuanto a aquella cena concreta, escribió a la antigua compañera de colegio de Bruselas, con quien había renovado su amistad durante aquella visita a Londres:

La noche después de despedirnos lo pasé mejor de lo que esperaba. Gracias a mi sustancioso almuerzo y a una tonificante taza de café, pude esperar hasta las ocho, la hora de la cena, con absoluta resignación, y soportar luego la velada valerosamente sin sentirme demasiado agotada para conversar; de lo cual me alegré, pues sabía que en caso contrario mi amable anfitrión y mi amable anfitriona se habrían sentido muy decepcionados. Sólo asistieron a la cena siete caballeros, además del señor Smith, de los cuales cinco eran críticos, individuos más temidos en el mundo de las letras de lo que puedes imaginar. No supe hasta qué punto me habían excitado su presencia y su conversación hasta que se marcharon y empecé a sentir los efectos. Cuando me retiré a mi habitación deseaba dormir, pero todo fue en vano. No pude conciliar el sueño. Llegó la mañana y me levanté sin haber pegado ojo en toda la noche. Estaba tan agotada cuando llegué a Derby, que me vi obligada a pasar la noche allí otra vez.

17 de diciembre

Ya estoy de nuevo en Haworth. Tengo la sensación de haber salido de un remolino emocionante. No es que el apresuramiento y el estímulo hubieran parecido gran cosa a alguien acostumbrado a las relaciones sociales y a los cambios, pero para mí fueron demasiado. Muchas veces me faltaron el ánimo y las fuerzas. Aguantaba todo lo que podía, porque cuando ya no podía más, veía que el señor Smith se inquietaba; creía que habían dicho o hecho algo que me había molestado, cosa que nunca ocurrió, pues me trataron con la más absoluta cortesía, incluso mis antagonistas, individuos que me habían atacado por escrito lo mejor o lo peor que sabían. Le expliqué repetidamente que mis esporádicos silencios se debían a falta de fuerza para hablar, nunca a falta de voluntad [...]

Thackeray es un titán de inteligencia. Su presencia y sus facultades son impresionantes en un sentido intelectual. Todos los demás son subordinados. Algunos cuentan con mi estima y confío en que todos con mi cortesía. No sé lo que ellos piensan de mí, por supuesto. Pero creo que casi todos esperaban ver a alguien más llamativo, excéntrico, asombroso. Creo que deseaban ver a alguien más admirable y más censurable. Me sentí bastante cómoda con todos menos con Thackeray; con él me sentía muy estúpida.

Regresó a su tranquilo hogar y a sus silenciosas tareas cotidianas. Su padre sentía la suficiente veneración por los héroes como para disfrutar oyéndola contar lo que había oído y a quién había visto. Con motivo de una de sus visitas a Londres, le había pedido que fuera a ver el arsenal del príncipe Alberto si podía. No sé si lo hizo; pero fue a alguno de los grandes arsenales nacionales para poder describir después los cascos de acero y las espadas brillantes a su padre, que se entusiasmaba imaginando aquellas cosas; y muchas veces, después, cuando el ánimo del anciano flaqueaba y la languidez de los años dominaba su carácter indomable, ella procuraba animarle y le hablaba de la multitud de armas extrañas que había visto en Londres hasta despertar su interés y conseguir que volviera a ser la persona belicosa, inteligente y aguda de siempre.

CAPÍTULO V

La vida de Charlotte Brontë en Haworth era tan monótona que la llamada del cartero constituía el acontecimiento del día. Pero ella no quería concentrar todos sus pensamientos en ese único momento y perder el interés por las esperanzas y pasatiempos menores de las horas restantes. Así que se negaba conscientemente el placer de escribir cartas demasiado a menudo porque las respuestas (cuando las recibía) quitaban interés al resto de su vida; y la decepción, cuando las respuestas no llegaban, mermaba su energía para sus obligaciones domésticas.

El invierno en el Norte fue crudo y frío aquel año; afectó a su salud menos de lo habitual, sin embargo, quizá porque el cambio y el consejo del médico que había consultado en Londres la habían beneficiado; y probablemente también porque su amiga había ido a verla y había insistido en que prestara atención a los síntomas físicos que ella olvidaba con demasiada frecuencia, por miedo a ponerse nerviosa por su propio estado y contagiar el nerviosismo a su padre. Pero no pudo evitar el desánimo profundo al acercarse el aniversario de la muerte de su hermana Emily. Todos los recuerdos relacionados con ella eran dolorosos y no había ningún acontecimiento exterior que la distrajera e impidiera que la angustiara. Veo que en sus cartas de esa época, como en muchas otras, mencionaba el solaz que encontraba en los libros que le enviaban de Cornhill.

*A veces me pregunto qué haría sin ellos; acudo a ellos como si fueran amigos; acortan y alegran muchas horas que de lo contrario serían demasiado largas y demasiado lúgubres; incluso cuando ya no puedo seguir leyendo porque se me cansa la vista, me complace verlos en el estante o sobre la mesa. Todavía soy muy rica, pues mi provisión no está en absoluto agotada. Algunos otros amigos me han enviado libros últimamente. La lectura de *La vida en Oriente*, de Harriet Martineau, me ha proporcionado gran placer; y he descubierto un interesantísimo tema de estudio en la obra de Newman sobre el Alma. ¿La has leído? Es audaz —puede estar equivocada—, pero es pura y elevada. *Nemesis of faith*, de Froude, no me gustó; me pareció morbosa, aunque también en sus páginas se encuentran gotas de verdad.*

Por aquel entonces, «Airdale, Wharfedale, Calderdale y Ribblesdale» conocían el lugar de residencia de Currer Bell. Charlotte se comparaba con el avestruz que esconde la cabeza en la arena; y dice que todavía esconde la suya en el brezal de los páramos de Haworth; pero «la ocultación es engaño».

Lo era, ciertamente. La noticia de que Currer Bell era la hija de un clérigo venerable de Haworth se había extendido por todo el West Riding; también al pueblo llegó el revuelo.

El señor—, que ha acabado Jane Eyre, está pidiendo a gritos el otro libro; lo tendrá la próxima semana [...] El señor — ha terminado Shirley; le ha encantado. La esposa de John — está convencida de que se ha vuelto loco, porque le ha oído reírse a carcajadas mientras estaba sentado solo, dando palmadas y patadas en el suelo. Leyó todas las escenas sobre los coadjutores en voz alta a papá [...] Martha llegó ayer jadeando y bufando excitadísima. «¡No vea lo que me han dicho!», empezó a decir. «¿De qué?» «Por favor, señora, ha escrito usted dos libros, los libros más grandiosos que nunca se vieran. Mi padre lo oyó en Halifax, y el señor G— T— y el señor G— y el señor M—, en Bradford; y van a hacer una reunión en la biblioteca para pedirlos.» «No sigas, Martha. Y márchate, anda.» Empecé a sudar en frío. Iban a leer Jane Eyre J— B—, la señora T— y B—. ¡Que Dios me ampare y me proteja y me salve! [...] La gente de Haworth ha estado haciendo el ridículo por Shirley; se lo han tomado con entusiasmo. Cuando llegaron los ejemplares, todos los querían. Lo echaron a suertes y quien lo saca sólo puede quedárselo dos días y se le pondrá una multa de un chelín por día de demora; sería puro sinsentido y vanidad contarte lo que dicen.

El tono de estos extractos coincide exactamente con el espíritu de la gente de Yorkshire y de Lancashire, que procuran ocultar sus emociones de placer bajo una apariencia irónica mientras pueden, casi como si se burlaran de sí mismos. La señorita Brontë se sintió profundamente conmovida en lo más recóndito de su tierno corazón por el orgullo y la alegría que demostraban por su éxito las personas que la conocían desde la infancia. La noticia se había extendido por toda la región; llegaban forasteros «de más allá de Bromley» para verla cuando iba tranquilamente y sin saberlo a la iglesia; y el sacristán «se ganó muchas medias coronas» por indicarles quién era.

Pero este reconocimiento amable y entusiasta que era mucho más valioso que la fama tenía sus inconvenientes. El número de enero de *Edinburgh Review* había publicado un artículo sobre *Shirley*, cuyo autor era su corresponsal el señor Lewes. Ya he dicho que la señorita Brontë deseaba especialmente que hicieran una crítica sobre ella como escritora, sin referencias al hecho de que era mujer. Correcta o no, su opinión en ese aspecto era muy firme. En el artículo de Lewes sobre *Shirley* el encabezamiento de las dos primeras páginas decía: «¿Igualdad intelectual entre los sexos?», «Literatura femenina», y todo el artículo tiene siempre presente el tema del sexo de la autora.

El señor Lewes recibió la siguiente nota pocos días después de que apareciera la crítica; al estilo de Anne, condesa de Pembroke, Dorset y Montgomery.¹⁰¹

SR. G. H. LEWES

¡Que Dios me proteja de mis amigos, que de mis enemigos ya me guardo yo!

CURRER BELL

El señor Lewes ha tenido a bien enviarme unas notas explicativas sobre las cartas que le escribió Charlotte; me dice:

Al ver que la indignación le impedía razonar, le escribí para reprocharle que discrepara de la dureza o franqueza de una crítica que verdaderamente estaba dictada por auténtica admiración y verdadera amistad; la voz del amigo se oía incluso por detrás de las objeciones.

La carta siguiente es la respuesta de Charlotte:

SR. G. H. LEWES

19 de enero de 1850

Muy señor mío: Le diré por qué me ofendió tanto ese artículo del Edinburgh; no porque su crítica sea aguda y sus reproches a veces severos; no porque los elogios brillen por su ausencia (porque en realidad creo que me hace los que me merezco), sino porque después de haberle dicho con toda franqueza que deseaba que los críticos me juzgaran como autor y no como mujer, tratara usted tan toscamente (creo incluso que tan cruelmente) el asunto del sexo. Supongo que no se proponía usted hacerme daño, y quizá ahora no entienda que lamente tanto lo que usted probablemente considere una nimiedad; pero me ofendió, y me indignó también.

Algunos pasajes son absolutamente injustos.

Sin embargo, no voy a guardarle rencor por eso; conozco su carácter: no es malo ni desagradable, aunque a veces pueda herir algunos sentimientos cuyo temblor y vacilación no comprende. Creo que es usted tan entusiasta como implacable, lo mismo que es al mismo tiempo sagaz y despreocupado; sabe mucho y se da cuenta de mucho, pero tiene tanta prisa por decirlo todo que no se permite pararse a pensar cómo puede afectar a otros su elocuencia temeraria; y lo que es peor, si lo supiera, no le importaría demasiado.

No obstante, le doy la mano: tiene usted aspectos excelentes; puede ser generoso. Todavía estoy enfadada, y creo que con razón; pero es la cólera que nos causa el juego duro más que el juego sucio. Quedo suyo, con cierto respeto y bastante más indignación,

CURRER BELL

Como dice el señor Lewes, el tono de esta carta es displicente. Pero le agradezco que me haya permitido publicarla porque muestra un aspecto muy característico de la mentalidad de la señorita Brontë. También su salud estaba sufriendo en esta época.

No sé qué pesadumbre me abruma últimamente —escribe, expresando su profunda tristeza con patetismo— que me nubla las facultades, y convierte el descanso en fatiga y el trabajo en una carga. De vez en cuando, el silencio de la casa y la soledad del aposento me agobian tanto que casi no puedo soportarlo, y la memoria no deja de estar tan alerta, punzante y aguda como

lánguidos los otros sentimientos. Atribuyo ese estado al tiempo que hace. El azogamiento disminuye con las tormentas y los vientos fuertes y antes de esto siento el aviso de que se acerca la alteración atmosférica con una sensación de debilidad física y una intensa congoja, como lo que algunos llamarían presentimiento, y que sin duda lo es, aunque en absoluto sobrenatural [...] No puedo evitar una cierta excitación esperanzada hasta que llega la hora del correo, y cuando un día tras otro no hay nada me deprimó. Es una situación estúpida, absurda y vergonzosa. Me siento irritadísima por mi propia dependencia y mi insensatez; pero es muy malo para la mente estar completamente sola, y no tener a nadie con quien hablar de las pequeñas cruces y desilusiones y olvidarlas riendo. Creo que me sentiría mejor si escribiera, pero no puedo escribir ni una línea. Lucharé contra esta locura (con la ayuda de Dios), sin embargo.

El otro día recibí una carta bastante tonta de—. Decía algunas cosas que me irritaron, sobre todo el comentario innecesariamente serio de que a pesar de todo lo que he hecho en el campo de la escritura, aún conservaba un lugar en su estima. Mi respuesta adoptó enseguida un tono enérgico y destemplado. Le dije que nunca me habían inquietado las dudas sobre el tema; que no había sido injusta con ella ni conmigo misma para suponer que hubiera algo en lo que había escrito que provocara la justa pérdida de la estima [...]

Hace unos días ocurrió un pequeño incidente que me conmovió de forma extraña. Papá me entregó un paquetito de cartas y papeles diciéndome que eran de mamá y que podía leerlos. Los leí, en un estado de ánimo que no puedo describir. Los papeles estaban amarillentos por el tiempo, todos habían sido escritos antes de que yo naciera: extraño leer ahora por primera vez las palabras de una mente de la que procedía la mía; y extrañísimo y triste y dulce a la vez descubrir que era de un orden excelente, puro y elevado. Son cartas que le escribió a papá antes de que se casaran. Y demuestran una rectitud, un refinamiento, una constancia, una modestia, una sensatez y una delicadeza inenarrables. Deseé que no hubiera muerto, haberla conocido [...] Todo este mes de febrero he sufrido mucho por ello. No podía escapar de ciertos recuerdos muy dolorosos ni sobreponerme a ellos: los últimos días, los sufrimientos y las palabras de aquellos que la fe me dice que son dichosos ahora. Recuerdos muy tristes para mí. Al atardecer y a la hora de acostarme me obsesionaban tanto esos pensamientos tristes, que me sumía en una angustia mortal.

El lector tal vez recuerde la extraña visión profética que había dictado algunas palabras escritas con motivo de la muerte de una alumna suya en enero de 1840:

La busque donde la busque ahora en este mundo, no podré encontrarla, no más que a una hoja o a una flor que se marchitara hace veinte años. Una pérdida así nos da un atisbo de lo que han de sentir quienes han visto desaparecer a todos a su alrededor y deben seguir su peregrinaje solos.

Incluso en personas de salud robusta por naturaleza, que no se permiten

ricordasi di tempo felicenella miseria,

el goteo lento pero constante del dolor en su ánimo, entereza y apetito cede cuando están solas. Cuánto más no sería así en el caso de la señorita Brontë, de constitución frágil y delicada, sometida a tanta angustia y tantos pesares en la infancia y que ahora tenía que afrontar su vida sola. Debido a la edad avanzada del señor Brontë y a sus viejos hábitos de trabajo solitario en la casa, su hija pasaba sola casi todo el día. Él cenaba siempre solo desde que había tenido ataques serios de su dolencia. Ella le llevaba una parte de su misma cena, que se atenía estrictamente a la dieta más adecuada para él. Después de cenar le leía una hora o así, porque él tenía la vista demasiado débil y no podía leer mucho tiempo solo. Pasaba fuera de casa con sus feligreses buena parte del día; a veces más tiempo del que su fuerza le permitía. Pero le gustaba ir siempre solo, por lo que, a pesar de sus tiernos cuidados, Charlotte no podía controlar sus paseos a los caseríos más lejanos que pertenecían a parroquia. Algunas veces regresaba agotado; y se veía obligado a acostarse, preguntándose con tristeza dónde estaba su vigor físico de antes. Su fuerza de voluntad seguía siendo la misma. Hacía lo que decidía hacer, a costa del agotamiento que fuera; pero su hija se angustiaba todavía más al ver que no se preocupaba lo más mínimo por sí mismo y por su salud. En la rectoría siempre se habían retirado a descansar pronto por la noche; ahora rezaban a las ocho; el señor Brontë y Tabby se acostaban en cuanto terminaban, y Martha hacía lo mismo al poco rato. Pero Charlotte no podía dormir si se acostaba entonces, no habría descansado en su lecho solitario. Así que cedía a la tentación y se quedaba levantada cada vez hasta más tarde; procuraba por todos los medios pasar la velada en alguna ocupación agradable hasta que ya no podía leer o coser porque le fallaba la vista, y entonces podía llorar a solas por todos aquellos que ya no estaban con ella en este mundo. Nadie puede imaginar siquiera lo que eran esas horas para ella. Las sirvientas le habían inculcado en la infancia todas las lúgubres supersticiones del Norte, en las que creían. Las recordaba ahora, sin asustarse de las almas de los difuntos, sino con el anhelo vehemente de ver una vez más cara a cara las almas de sus hermanas, como nadie más que ella podía sentir. Era como si la misma fuerza de su anhelo pudiera hacerlas aparecer. En las noches ventosas la casa parecía llenarse de gritos, sollozos y gemidos, como si los seres queridos intentaran llegar hasta ella. Alguien que conversaba una vez con ella en mi presencia hizo alguna objeción a la parte de *Jane Eyre* en que Jane oye la voz de Rochester, que la llama en un momento crítico de su vida, hallándose él a muchísimos kilómetros de distancia. Yo no sé en qué incidente concreto pensaría la señorita Brontë cuando contestó con voz baja, conteniendo la respiración: «Pero es verdad. Ocurrió realmente».

El lector que tiene una ligera idea de la vida de Charlotte en esta época —los días solitarios, las noches en vela, vigilantes— puede imaginarse el grado de nerviosismo en que se encontraba y que acabó afectando a su salud.

No le perjudicó que por esta época la gente empezara a ir a Haworth deseando ver el escenario que se describe en *Shirley*, aunque una solidaridad más generosa con la escritora que la mera curiosidad hiciera que algunos quisieran saber si no podían ayudar o animar de algún modo a quien tanto había sufrido.

En este grupo se contaban sir James y lady Kay Shuttleworth.¹⁰⁴ Su casa queda en la cima de los páramos que se alzan sobre Haworth y a unos veinte kilómetros en línea recta, aunque la

distancia es mucho más larga por carretera. Claro que, según la acepción del término en aquel distrito deshabitado, eran vecinos si querían serlo. Una mañana de primeros de marzo, sir James y su esposa fueron a ver a la señorita Brontë y a su padre. Antes de marcharse, invitaron a Charlotte a Gawthorpe Hall, su residencia en los límites de Lancashire oriental. Charlotte vaciló un poco, pero al final y a instancias de su padre, que deseaba más que nada procurarle cualquier cambio de escenario y de compañía que se le presentara, aceptó la invitación. En conjunto, disfrutó mucho de su visita a pesar de su timidez y de la dificultad que le planteaba siempre aceptar las atenciones de los extraños cuya amabilidad no se sentía en condiciones de corresponder.

Disfrutó mucho en las

tranquilas excursiones a las ruinas antiguas y a las viejas mansiones, situadas entre montañas más antiguas y el bosque; y con las conversaciones junto al fuego en el antiguo salón con paneles de roble, que a él le agradaban y a mí no me agobiaban ni me agotaban. La casa también es muy de mi gusto; tiene casi tres siglos, es gris, majestuosa y pintoresca. En conjunto, ahora que la visita ha terminado, no lamento haberla hecho. Ahora lo peor es la invitación de ir a verlos a Londres durante la temporada que se cierne sobre mi cabeza. Eso, que constituiría un gran placer para algunas personas, para mí es un auténtico espanto. Valoraría muchísimo los beneficios de ampliar el campo de observación; pero tiemblo sólo de pensar en el precio que tendré que pagar forzosamente en tensión mental y agotamiento físico.

El mismo día que escribió lo anterior envió la carta siguiente al señor Smith:

16 de marzo de 1850

Devuelvo la nota del señor H— después de leerla atentamente. Me he esforzado por entender lo que dice sobre arte; pero he de confesar que mis esfuerzos no se han visto coronados por un éxito completo. Hay cierta jerga en uso entre los críticos sobre ese tema que me impide física y moralmente ver con claridad. Sin embargo, entiendo bien una cosa, y es que el señor Currer Bell necesita mejorar y que tendría que esforzarse por conseguirlo. Y eso (Dios mediante) intenta sinceramente, tomándose su tiempo, sin embargo, y siguiendo como guías la Naturaleza y la Verdad. Si esto conduce a lo que los críticos llaman arte, perfecto; pero si no, no hay ninguna posibilidad de seguir el grandioso objetivo ni de alcanzarlo. El enigma es que mientras los sureños ponen objeciones a mi descripción de la vida y costumbres del Norte, la gente de Yorkshire y de Lancashire la aprueban. Dicen que es precisamente el contraste del carácter áspero con el refinamiento artificial en extremo lo que constituye una de sus principales características. Ésa o parecida ha sido la observación que me han hecho últimamente, hallándome fuera de casa, miembros de algunas de las antiguas familias de Lancashire oriental, cuyas mansiones se alzan en el terreno montañoso limítrofe con ambos condados. La cuestión es quién entiende mejor el asunto, los críticos de Londres o los antiguos señores del Norte.

Haré con gusto cualquier promesa que necesiten respecto a los libros, con la única salvedad de que se me permita el principio jesuítico de la reserva mental, que da licencia para olvidar y prometer siempre que el olvido parezca conveniente. Creo que los últimos dos o tres números de

Pendennis no van a considerarse bastante emocionantes, aunque a mí me gustan. La historia se alarga, pero en mi opinión el interés no decae. Se nota aquí y allá que ha guiado la pluma una mano cansada, que la mente del escritor ha estado algo inquieta y deprimida por la enfermedad reciente o por alguna otra causa; pero Thackeray todavía demuestra que escribe mejor él cuando está agotado que otros escritores cuando están en plena forma. Claro que el público no tendrá compasión por su fatiga ni mostrará indulgencia con la falta de inspiración; pero algunos lectores fieles, aunque lamenten que un hombre así se vea obligado a escribir cuando no está de humor, se asombrarán de que en esas circunstancias escriba tan bien. Estoy segura de que el paquete de libros llegará en el momento en que los funcionarios del ferrocarril tengan a bien enviarlos, o, mejor dicho, ceder a las repetidas y humildes solicitudes de los transportistas de Haworth; espero hasta entonces con resignación y paciencia absolutamente razonables, mirando con docilidad a ese modelo de ayuda personal activa que ofrece amablemente Punch a «las mujeres de Inglaterra» en Una mujer indefensa.

Ya he mencionado que los libros que le enviaban sus editores le proporcionaban gran solaz y placer. Siempre abría el paquete de Cornhill con interés. Pero también con pesar, pues mientras desataba las cuerdas y sacaba los libros uno por uno no podía evitar que le recordaran a quienes en ocasiones parecidas habían observado la operación con impaciencia. «Echo de menos los comentarios alegres y alborozados de las voces familiares. La habitación parece muy silenciosa, muy vacía; me queda el consuelo de pensar que papá disfrutará con algunos libros. La felicidad no compartida mal puede llamarse felicidad; no tiene sabor.» Sigue haciendo comentarios sobre los libros que le envían.

Me asombra que sepan elegir tan bien; no se lo impediría por nada del mundo. Estoy segura de que ninguna selección que hiciera yo misma sería tan satisfactoria como la que otros hacen por mí tan amable y acertadamente; además, si ya supiera lo que iba a recibir, no sería tan emocionante. Prefiero mucho más no saberlo.

Entre las obras especialmente gratas se cuentan La vida de Southey, Las mujeres de Francia, los Ensayos de Hazlitt, Hombres representativos de Emerson; pero creo que es injusto pormenorizar porque todas son buenas [...] He empezado un segundo librito, Sugerencias sobre la educación femenina, de Scott; también ése lo leo, y con placer absoluto. Es muy bueno; bien razonado y escrito con claridad y acierto. Las jóvenes de esta generación tienen grandes ventajas; me parece que las animan mucho a adquirir conocimientos y a cultivar la inteligencia; en estos días, las mujeres pueden ser reflexivas y cultas sin que las tachen de descaradas y pedantes. Los hombres empiezan a aprobar y a ayudar, en vez de ridiculizarlas y frenar sus esfuerzos por aprender. He de decir que yo personalmente, cuando he tenido el placer de conversar con un hombre verdaderamente intelectual, nunca he sentido que lo poco que sabía se considerara superfluo e impertinente, sino que no sabía bastante para satisfacer la justa expectación. Siempre tengo que explicar: «No busquéis en mí grandes conocimientos; lo que os parece fruto de la lectura y el estudio es sobre todo espontáneo e intuitivo» [...].

Una se rebela instintivamente contra las enseñanzas de algunos hombres (incluso inteligentes). Pueden tener conocimientos, pueden presumir de saber de la vida y del mundo; pero si carecen de las percepciones más sutiles, de las fases más delicadas del sentimiento, ¿de qué vale lo demás? Créame, mientras que los consejos dignos de consideración pueden llegar de fuentes modestas, de mentes no muy cultas pero finas y delicadas por naturaleza, de corazones bondadosos, sensibles y caritativos, las sentencias doctas pronunciadas con pompa y firmeza pueden ser totalmente huecas, estúpidas y deleznales.

Ningún hombre «ha subido al Parnaso con ayuda de los griegos», ni ha enseñado a otros a hacerlo [...] Adjunto para su lectura un borrador que llegó a mis manos sin conocimiento del escritor. Es un pobre trabajador de este pueblo, un ser sensible, reflexivo y culto, cuya inteligencia es demasiado aguda para su cuerpo y lo agota. No he hablado con él más de tres veces en mi vida, porque es un disidente y casi nunca se ha cruzado en mi camino. El documento es una especie de informe de sus sentimientos después de leer Jane Eyre; es ingenuo y sincero; genuino y generoso. Tienen que devolvérmelo, pues lo valoro más que los testimonios de procedencia más encumbrada. Dijo que si la señorita Brontë supiera que lo había escrito él le despreciaría; pero desde luego la señorita Brontë no le desprecia; sólo lamenta que la inteligencia de la que procede se vea aplastada por la pesada carga de la pobreza, por los suplicios de la salud incierta y las exigencias de una familia numerosa.

En cuanto al Times, como dice usted, la acritud de la crítica ha resultado en cierta medida su propio antídoto; tendría que haber sido más justa para ser más eficaz. Creo que ha tenido poco peso aquí en el Norte: podría ser que los comentarios irritantes, si se hacen, no lleguen a mis oídos; pero aunque he escuchado pocas condenas de Shirley, en más de una ocasión me he sentido profundamente conmovida por manifestaciones de aprobación incluso entusiasta. Me parece insensato pensar demasiado en estos temas; aunque por una vez me permitiré observar que el generoso orgullo que mucha gente de Yorkshire encuentra en el asunto ha despertado y reclamado mi gratitud, sobre todo porque constituye un motivo de satisfacción muy estimulante para mi padre en su vejez. Ni siquiera los coadjutores manifiestan rencor, ¡pobrecillos! Cada uno se consuela a su modo de las propias heridas jactándose de sus hermanos. El señor Donne estaba un poco preocupado al principio; pasó una o dos semanas inquieto, pero ya se ha calmado; ayer mismo tuve el placer de ofrecerle una reconfortante taza de té y ver que la tomaba con renovada complacencia. Lo curioso es que desde que ha leído Shirley viene a casa con más frecuencia que antes y se muestra increíblemente sumiso y complaciente. El carácter de algunas personas es un verdadero enigma. Yo estaba segura de que al menos con él tendría una buena escena; pero aún no ha ocurrido nada por el estilo.

CAPÍTULO VI

Los primeros meses de primavera fueron especialmente insalubres en Haworth ese año. El tiempo fue húmedo, se propagaron las fiebres tifoideas y en la rectoría sufrieron como sus vecinos. Charlotte dice: «La he sentido [la fiebre] en la sed y la inapetencia frecuentes; papá también se ha quejado, e incluso Martha». Esta depresión de la salud produjo también depresión anímica y Charlotte empezó a temer cada vez más el propuesto viaje a Londres con sir James y lady Kay Shuttleworth.

Sé el efecto y el dolor que me causará, lo mal que me sentiré a menudo, y lo delgada y demacrada que me quedaré. Pero quien evita el sufrimiento nunca saldrá victorioso. Si quiero mejorar tengo que esforzarme y aguantar [...] Sir James ha sido médico y me mira con ojos de médico: enseguida se dio cuenta de que no podía soportar mucha fatiga, ni aguantar la presencia de muchos extraños. Creo que comprendió en parte que mi vigor se agota enseguida; aunque nadie (ni el médico más experto) puede pasar del aspecto exterior de esas cosas: el corazón conoce su amargura, el cuerpo su pobreza, y la mente sus luchas. Papá está empeñado en que vaya; la idea de una negativa le ofende.

Pero las sensaciones de enfermedad en la familia aumentaron; es probable que los síntomas se vieran agravados, si no provocados, por la proximidad del cementerio «lleno de lápidas oscurecidas por la lluvia». Charlotte escribe el 29 de abril:

Llevamos casi una semana lastimosa en Haworth. Papá no está nada bien; por la mañana se siente muy mal, un síntoma que he advertido antes en sus ataques más graves de bronquitis; tendrá que mejorar mucho o no podré ir a Londres. Martha ha tenido neuralgia facial, malestar general y fiebre, igual que tú. Yo tengo un catarro fuerte y anginas pertinaces; en resumen, que estamos pachuchos todos menos la anciana Tabby. Cuando — estuvo aquí se quejó de un dolor de cabeza súbito y el día que se fue por la noche yo tuve uno similar, muy fuerte, que me duró unas tres horas.

Quince días después escribe:

Creí que papá no estaba lo bastante bien para dejarle, así que pedí a sir James y a lady Kay Shuttleworth que regresaran a Londres sin mí. Se había dispuesto que nos alojaríamos en casa de unos amigos y parientes suyos en el camino; el viaje habría durado una semana o más. No puedo decir que lamente haberme perdido esa ordalía; hubiera preferido caminar entre rejas de arado al rojo vivo; pero lamento una gran fiesta que ahora me perderé. El próximo miércoles es la cena de aniversario de la Royal Literary Fund Society que se celebra en Freemason's Hall. Octavian Blevitt, el secretario, me ofreció una entrada para la galería de señoras. Habría visto a todos los

grandes literatos y artistas reunidos abajo en la sala y los habría oído hablar; Thackeray y Dickens asisten siempre con todos los demás. Eso ya no puede ser. No creo que todo Londres pueda ofrecerme otro espectáculo tan interesante.

Poco después tuvo que ir a Londres por negocios y, como sir James Kay Shuttleworth se había visto retenido en el campo por indisposición, Charlotte aceptó la invitación de la señora Smith de instalarse tranquilamente en su casa mientras solucionaba sus asuntos.

En el intervalo entre la renuncia del primer plan y la aceptación del segundo, escribió la carta siguiente a alguien muy estimado entre sus amigos del mundo literario:

22 de mayo

Pensaba llevar personalmente el Leader y el Athenaeum esta vez y no tener que enviarlos por correo, pero no ha podido ser; mi viaje a Londres ha vuelto a posponerse, y ahora indefinidamente. La razón es el estado de salud de sir James Kay Shuttleworth, una causa que me temo que no va a desaparecer pronto [...] Así que de nuevo me he instalado cómodamente en la quietud de la rectoría de Haworth, con los libros por compañeros domésticos y la visita de alguna carta de vez en cuando; una compañía silenciosa, pero ni discutidora ni vulgarizante ni poco instructiva.

Uno de los placeres que me había prometido consistía en hacerle a usted algunas preguntas acerca del Leader, que sin duda es un periódico interesante, a su modo. Entre otras cosas, quería que me dijera los verdaderos nombres de algunos colaboradores, y qué escribe Lewes además de su Apprenticeship of Life. Siempre pienso que el artículo con el encabezamiento «Literature» es suyo. Algunas noticias de la sección «Open Council» son extrañas. Pero me parece justo y correcto admitirlas. ¿No es todo el sistema del periódico en conjunto nuevo? No recuerdo haber visto nada exactamente igual antes.

Acabo de recibir su envío esta mañana; gracias por la nota adjunta. Comprendo muy bien los anhelos de libertad y ocio que despierta en usted el sol de mayo. Me temo que Cornhill sea poco mejor que una cárcel para sus internos en los cálidos días de primavera y verano. Es una pena imaginarlos a todos trabajando duramente en sus escritorios con este tiempo tan agradable. Yo en cambio puedo pasear libremente por los páramos; pero cuando salgo sola, todo me recuerda los tiempos en que lo hacía acompañada y entonces los páramos me parecen un desierto solitario y deprimente. Mi hermana Emily sentía un amor especial por ellos y no hay una mata de brezo ni una rama de helecho ni una hoja tierna de arándano, ni una lagartija ni un pardillo que no me la recuerden. Los panoramas lejanos eran la delicia de Anne y cuando miro a mi alrededor la veo en los tonos azules, en las brumas claras, en las ondas y las sombras del horizonte. Y en el silencio de la montaña acuden a mi mente los versos y estrofas de su poesía; en tiempos me gustaba; ahora no me atrevo a leerla, y a veces desearía tomar una poción para olvidar muchas cosas que no podré olvidar mientras tenga conciencia. Al parecer, muchas personas recuerdan a sus parientes difuntos con una suerte de melancólica complacencia, pero creo que eso es porque no los cuidaron durante su larga enfermedad, no estuvieron con ellos en sus últimos momentos: éstos son los recuerdos que acuden a tu lecho de noche y se alzan en tu almohada por la mañana. Al final de

todo, no obstante, existe la gran esperanza. La vida eterna es suya ahora.

Tuvo que escribir muchas cartas por entonces a los autores que le habían enviados sus libros y a desconocidos que le manifestaban admiración por los suyos. La siguiente es la respuesta a una carta de un joven de Cambridge:

23 de mayo de 1850

No hacen falta excusas para «la verdadera sensibilidad, para el impulso espiritual natural y genuino» como el que le indujo a usted a escribir la carta que paso a contestarle brevemente.

Por supuesto que «es importante para mí» que las personas de corazón sensible y mente refinada acepten lo que escribo; considero muy importante que mis criaturas (pues eso son) hallen refugio, aprecio e indulgencia en cualquier mano amiga o cualquier mente generosa. Puede aceptar sin problema a Jane, Caroline y Shirley como hermanas y confío en que hablen a su hermano adoptivo a menudo cuando se sienta solo y que lo animen cuando esté triste. Si no se encontraran a gusto en una mente comprensiva y amable y difundieran un brillo doméstico y alentador en su penumbra, es culpa suya; en ese caso no son tan benignas, tan afables ni tan reales como debieran. Si pueden hallar lares en los corazones humanos y los hallan, cumplirán el mejor designio de su creación, manteniendo en ellos una llama viva que calentará sin quemar, que iluminará sin deslumbrar.

¿Qué importa que esa parte del placer que tales criaturas le proporcionan se base en la poesía de su juventud más que en la magia propia? ¿Qué más da que dentro de diez años se sonría al recordar todo esto y vea con otra luz tanto a Currer Bell como sus obras? En mi opinión, esa consideración no quita valor a lo que siente ahora. La juventud tiene su romanticismo, y la madurez su sabiduría, lo mismo que la mañana y la primavera tienen su frescor, el mediodía y el verano su fuerza, la noche y el invierno su reposo. Cada atributo es bueno a su debido tiempo. He disfrutado con su carta, y se lo agradezco.

CURRER BELL

La señorita Brontë viajó a la ciudad a primeros de junio y su estancia allí fue muy grata. Vio a muy pocas personas, conforme al acuerdo que había hecho previamente. Y limitó su visita a quince días, por miedo al estado febril y al agotamiento que eran el resultado inevitable de la más ligera excitación de su sensible organismo.

12 de junio

No he dispuesto de muchos momentos para mí sola desde la última carta que te escribí, aparte de los que era absolutamente necesario dedicar al reposo. Pero en conjunto, hasta ahora estoy muy bien y me he agotado mucho menos que la última vez.

No puedo darte en una carta una crónica ordenada de cómo he pasado el tiempo. Sólo puedo comunicarte lo que considero tres de sus principales incidentes: haber visto al duque de Wellington en la Capilla Real (es realmente un gran anciano); una visita a la Cámara de los

Comunes (que espero describirte cuando nos veamos algún día); y, por último, pero no menos importante, una entrevista con el señor Thackeray. Nos hizo una visita por la mañana y se quedó más de dos horas. Sólo estuvo todo el tiempo en la habitación el señor Smith. Luego lo describió como una «escena extraña», y supongo que lo fue. El gigante se sentó delante de mí. Me vi impulsada a hablarle de algunos de sus defectos (literarios, por supuesto). Una por una, me vinieron a la mente sus faltas; y una por una las enumeré, esperando alguna explicación o defensa. Y se defendió, como un gran turco o un infiel; es decir, las excusas eran peores que el delito mismo. El asunto acabó en decorosa concordia; si no pasa nada, iré a cenar a su casa esta noche.

También he visto a Lewes [...] No pude sentir por él más que una mezcla de tristeza y ternura, una palabra extraña, la última, pero la empleo porque el aspecto de la cara de Lewes casi me hace llorar; es tan prodigiosamente parecido a Emily: sus ojos, sus facciones, la nariz misma, la boca algo prominente, la frente; incluso a veces su expresión. Diga lo que diga Lewes, creo que no puedo odiarle. He visto también otro parecido que me produjo una gran tristeza. ¿Recuerdas haberme oído hablar de una tal señorita K., una escritora joven que mantenía a su madre escribiendo? Me enteré de que deseaba conocerme y la visité ayer [...] Me recibió con temblorosa franqueza; nos sentamos juntas y cuando llevábamos hablando unos cinco minutos su cara ya no me era extraña, sino dolorosamente familiar: era Martha en todos sus rasgos. Procuraré encontrar un momento para volver a verla [...] Sólo pienso quedarme aquí una semana como mucho; pero no regresaré directamente a Haworth porque precisamente ahora la casa está sin tejado, era imprescindible hacer reparaciones.

Ella misma siguió pronto a la carta y fue a ver a la amiga a quien se la había escrito; pero fue una visita muy breve, pues según el plan que había hecho antes de marcharse de Londres, fue a Edimburgo a reunirse con los amigos con quienes se había alojado en la ciudad. Pasó sólo unos días en Escocia, casi todos en Edimburgo; esta ciudad la entusiasmó, haciéndole decir que, en comparación, Londres era un «lugar lúgubre». Unas semanas después escribió:

Mi estancia en Escocia fue breve y lo que vi se redujo principalmente a Edimburgo y alrededores, Abbotsford y Melrose, pues me vi obligada a renunciar a mi primera intención de ir desde Glasgow a Oban y desde allí, por una parte de las Tierras Altas; pero aunque fue poco tiempo y la vista de objetos limitada, encontré tanto encanto en la compañía, situación y circunstancias, que creo que el placer que experimenté en ese pequeño espacio igualó en cantidad y superó en calidad a todo lo que Londres me proporcionó en la estancia de un mes. Edimburgo, comparado con Londres, es como una página vívida de la historia comparada con un tratado aburrido y largo sobre economía política; y en cuanto a Melrose y Abbotsford, los mismos nombres poseen música y magia.

Y de nuevo en una carta a otro corresponsal dice:

No le escribí en cuanto llegué a casa porque cada vuelta a este caserón trae consigo una etapa en que siento que es mejor esperar tranquilamente antes de empezar a redactar cartas. Han pasado las seis semanas de cambio y entretenimiento, pero no se han perdido; la memoria hizo un esbozo de cada una según pasó y sobre todo un daguerrotipo claro de los días que estuve en Escocia. Fueron dos días muy agradables. Siempre me ha gustado Escocia como idea, pero ahora, como realidad, me gusta mucho más; creo que no había pasado nunca horas tan felices. Pero no tema, no voy a aburrirle con una descripción. Ya habrá recibido un informe sucinto y agradable de todo, y lo que pudiera añadir yo sería superfluo. Mis empeños actuales están encaminados a ordenar mis pensamientos, cortarles las alas, someterlos a una perfecta disciplina y obligarlos a concentrarse en algún trabajo útil: son vagos e insisten en tomar el tren a Londres o hacer una incursión a la región escocesa; son especialmente propensos a perpetrar esa última excursión; y en realidad, ¿quién ha visto una vez Edimburgo, con su león rocoso agazapado, que no haya vuelto a verlo en sueños, despierto o dormido? Mi estimado señor, no crea que blasfemo si le digo que su gran Londres, comparado con Dunedin, «mi propia ciudad romántica», es como la prosa comparada con la poesía o como un pesado poema épico comparado con uno lírico breve, luminoso, claro y vital como un relámpago. En Londres no tienen nada como el monumento de Scott; y si lo tuvieran, más todas las glorias arquitectónicas juntas, no tendrían nada como la silla de Arturo; y sobre todo no tendrían el carácter nacional escocés; y es ese grandioso carácter nacional lo que da a la tierra su verdadero encanto, su auténtica grandeza.

Quando regresó de Escocia volvió a pasar unos días con sus amigos y luego volvió a Haworth.

15 de julio

Llegué a Haworth muy bien, y contenta, porque ningún obstáculo insuperable demoró un solo día mi regreso a casa. Al pie mismo de la colina de Bridgehouse me encontré a John, con bastón. Por suerte, me vio en el coche, se detuvo y me informó de que iba a B—, a comprobar cómo me encontraba, por orden del señor Brontë, que estaba muy preocupado desde que había recibido carta de la señorita—. Al llegar descubrí que papá estaba sumido en un pozo de nerviosismo y preocupación, en el que sin duda Martha y Tabby le hacían compañía [...] La casa parece muy limpia y creo que no hay humedad; pero queda mucho que hacer en cuanto a organización y orden, lo suficiente para mantenerme desagradablemente ocupada durante bastante tiempo. Gracias a Dios, papá está bien de salud, aunque me temo que tiene algunos síntomas de catarro; yo estoy mejor del mío [...] He leído un artículo de un periódico que me ha hecho bastante gracia; se publicó mientras yo estaba en Londres. Te lo envío para que te rías un poco. Afirma estar escrito por un autor celoso de las escritoras. No sé quién es, pero debe de ser alguno de los que conocí [...] Lo de los «hombres feos» que se dan «aires de Rochester» no está mal, aunque creo que a algunos la indirecta no les hará gracia.

La señorita Brontë había accedido a posar para que Richmond¹⁰⁹ le hiciera un retrato durante su estancia en Londres. Es una pintura al pastel; a mi juicio, el parecido es admirable, aunque por supuesto hay diversas opiniones sobre el tema; y, como casi siempre, quienes mejor conocían al modelo eran los menos satisfechos. El señor Brontë opinaba que parecía mayor de lo que era y que sus facciones no quedaban favorecidas; pero reconocía que la expresión era extraordinaria y muy natural. Ella envió este divertido informe de la llegada del retrato al donante:

1 de agosto

La caja pequeña para mí llegó a la vez que una grande para papá. Cuando me dijo usted que había mandado enmarcar el retrato del duque y que me lo regalaba, casi me irritó que realizara semejante tarea de supererogación; pero al verlo ahora de nuevo tengo que admitir que fue una idea feliz. Es su viva imagen y, como dijo papá cuando lo vio, no se parece en nada a los retratos corrientes; no sólo es diferente la expresión, sino incluso la forma de la cabeza y de aspecto mucho más noble. Lo considero un tesoro. Me parece que quien dejó el paquete para mí era la señora Gore.

El paquete contenía una de sus obras, Los Hamilton, y una nota muy cordial, en la que me llama «Querida Jane». Papá parece muy complacido con el retrato, como todas las demás personas que lo han visto, con una notable excepción, a saber, nuestra anciana criada, que sostiene tercamente que no está bien, que parezco demasiado mayor. Pero como afirma con la misma tenacidad que el retrato del duque de Wellington es del «señor», refiriéndose a papá, me temo que no pueda darse demasiado crédito a su opinión. Sin duda, confunde los recuerdos de mí como era en la infancia con las impresiones actuales. Transmita, como siempre, mis cariñosos recuerdos a su madre y a sus hermanas; atentamente (pero sin gratitud, conforme a su deseo),

C. BRONTË

Es lógico que dos personas que vivían juntas como el señor Brontë y su hija, que dependían casi exclusivamente de la mutua compañía y que se amaban tan profundamente (aunque no de forma efusiva), que esos dos últimos miembros de la familia pasaran momentos de gran ansiedad por la salud del otro. Charlotte menciona en todas las cartas que he leído el estado de su padre a este respecto. O da gracias a Dios fervorosamente porque él está bien, o comenta que lo acosan ciertos achaques propios de la vejez, dejándolo luego como una herida abierta. Él, por su parte, observaba cada indisposición de la única hija que le quedaba, exageraba su importancia y a veces se sumía en un lamentable estado de ansiedad, como en el caso al que se refiere ella cuando, habiendo citado su amiga en una carta a él que su hija tenía un catarro fuerte, él no descansó hasta que despachó a un mensajero, que recorrió, «con bastón», una distancia de veintidós kilómetros para que comprobara con sus propios ojos cómo se encontraba ella y volviera a informarle.

Charlotte sin duda creía que esa preocupación natural de su padre y de su amiga aumentaba la depresión nerviosa de su propio ánimo siempre que estaba enferma; y en la siguiente carta manifiesta su ferviente deseo de que se mencione lo menos posible el tema de su salud.

7 de agosto

Lamento realmente que se me escaparan de los labios las palabras a que te refieres, porque su efecto en ti ha sido desagradable; pero procura despejar toda sombra de preocupación de tu mente y, a menos que te resulte demasiado desagradable, permíteme añadir que no me menciones nunca el tema. Es la preocupación manifiesta y acuciante de los demás lo que graba en mi mente pensamientos y expectativas que se ulceran donde arraigan; contra los que todo esfuerzo filosófico o religioso ha fracasado a veces totalmente; y el sometimiento a los cuales es un destino horrible, el destino en realidad de alguien cuya vida transcurre bajo una espada suspendida de un hilo. No he tenido que pedir a papá su opinión sobre este punto. Mi sistema nervioso se altera enseguida. Desearía mantenerlo con fuerza racional y serenidad. Pero para hacerlo tengo que oponerme a la expresión bienintencionada pero irritante de aprensiones cuya realización o fracaso no depende de mí. De momento, me encuentro bastante bien. Gracias a Dios, creo que papá no está peor, aunque se queja de debilidad.

CAPÍTULO VII

El señor Brontë procuraba siempre que su hija aceptara las invitaciones porque se daba cuenta de que el cambio le sentaba muy bien, aunque ella se mostrara muy reacia a dejarle solo. Aquel mes de agosto la invitaron a pasar una semana cerca de Bowness, donde sir James Kay Shuttleworth había alquilado una casa. Ella dice: «He accedido a ir de mala gana, más que nada por complacer a papá, que se habría molestado mucho si me hubiera negado; pero me disgusta dejarle. Espero que no empeore, aunque sigue quejándose de debilidad. No está bien anticipar los males y pasarse la vida angustiado esperando lo peor; pero creo que el dolor es una espada de doble filo, hiere de ambas formas; el recuerdo de una pérdida es la predicción de otra».

Conocí a la señorita Brontë durante esa visita al Briery, lady Kay Shuttleworth me había invitado a reunirme con ella allí. Transcribo ahora una carta que escribí poco después a una amiga que se interesaba mucho por la obra de Charlotte, porque creo que expresa mis primeras impresiones con más veracidad y frescura que si hiciera ahora una descripción más amplia.

Llegué a la estación de Windermere de noche; un viaje en coche por la carretera llana a Low-wood; luego una parada en una casa preciosa y luego un salón precioso donde estaban sir James y lady Kay Shuttleworth y una señorita con vestido de seda negro, a quien el resplandor de la estancia me impidió ver al principio; ella se acercó y me estrechó la mano inmediatamente. Subí a quitarme el sombrero, etc.; bajé a cenar; la señorita siguió con lo que estaba haciendo y no hablaba, pero tuve tiempo de observarla detenidamente. Es (tal como dice ella misma) raquítica, delgada y un palmo más baja que yo. Suave cabello castaño, no muy oscuro; ojos (preciosos y expresivos, que te miraban directamente y con franqueza) del mismo color que el cabello; boca grande; la frente cuadrada, ancha y bastante prominente. Tiene una voz muy dulce; vacila bastante al elegir sus expresiones, pero cuando lo hace parecen admirables sin esforzarse y apropiadas para la ocasión; no hay nada forzado en ella, todo es de una sencillez perfecta [...] Después del desayuno fuimos al lago los cuatro y la señorita Brontë coincide conmigo en que le gusta El alma de Newman, Pintores modernos y la idea de las Siete lámparas; me habló de las conferencias del padre Newman en el Oratorio de forma muy tranquila, concisa y gráfica

111 [...] Se parece muchísimo en los modales a la señorita—, si cupiera imaginar que la señorita — hubiera sufrido lo bastante para eliminar toda chispa de alegría y fuera tímida y silenciosa por estar acostumbrada a la más absoluta soledad. No tenía ni idea de que pudiera existir una vida como la de la señorita Brontë. — me describió su casa en un pueblo de casas de piedra gris, encaramada en la ladera norte de un páramo desolado, y que domina extensiones de páramos inhóspitos, etc., etc.

Sólo estuvimos tres días juntas; y pasamos casi todo el tiempo recorriendo los alrededores para enseñar a la señorita Brontë el paisaje de Westmoreland, porque ella nunca había estado allí. Nos incluyeron a ambas en una invitación a tomar el té tranquilamente en Fox How; y entonces vi la dura prueba que supuso para sus nervios el esfuerzo de estar entre extraños. Sabíamos previamente que los asistentes no pasarían de doce; pero soportó todo el día un fuerte dolor de cabeza provocado por la aprensión de la velada.

Brierly Close estaba situado en lo alto sobre Low-wood, y por supuesto dominaba una extensa vista y un ancho horizonte. Me impresionó el detenido examen que hizo la señorita Brontë de la forma de las nubes y de los presagios del cielo, en los que leía como en un libro abierto el tiempo que iba a hacer. Le dije que creía que tenía una vista igual de extensa en su propio hogar. Me dijo que era cierto, pero que el panorama de Haworth era muy diferente; que yo no tenía ni idea de lo que acompañaba el cielo a alguien que vivía en soledad; más que ningún objeto inanimado de la tierra, más que los propios páramos.

En los extractos siguientes vemos algunas de las impresiones y opiniones de Charlotte sobre esta visita:

Me decías que me quedara más de una semana en Westmoreland; tendrías que conocerme mejor a estas alturas. ¿Acaso es mi costumbre quedarme en un sitio más tiempo del que haya decidido previamente? He llegado a casa y me complace decir que papá no parece estar peor que cuando me fui, aunque desearía que estuviera más fuerte. Mi visita transcurrió muy bien; me alegro mucho de haber ido. El paisaje es grandioso, por supuesto. Si hubiera vagado por aquellas colinas sola, habría absorbido toda su belleza; pero incluso en coche y acompañada estuvo muy bien. Sir James fue lo más amable posible en todo momento; se encuentra mucho mejor de salud [...] La señorita Martineau no estaba en casa; se va siempre de Ambleside durante la temporada de los lagos para evitar la afluencia de visitantes a que se vería sometida si se quedara.

Si hubiera podido bajar del carruaje sin que me vieran y marcharme sola por aquellas colinas grandiosas y aquellos preciosos valles habría asimilado toda la fuerza de su espléndido paisaje. En compañía es imposible. A veces, mientras — me advertía de los defectos de la clase artística, los instintos artísticos vagabundos se centraban en la mente de su oyente todo el rato.

Se me olvidó decirte que una semana antes de marcharme a Westmoreland recibí una invitación a Harden Grange; la decliné, por supuesto. Dos o tres días después se presentó aquí un grupo numeroso, formado por la señora F—, algunas otras damas y dos caballeros; uno alto y fornido, de cabello negro y bigote, que resultó ser lord John Manners; el otro, de aspecto menos distinguido, tímido y algo extraño, que era el señor Smythe, el hijo de lord Strangford. La señora F. me pareció una auténtica dama en cuanto a modales y aspecto, muy discreta y sencilla. Lord

John Manners traía en la mano un par de urogallos para papá, un regalo oportuno: unos días antes había comentado que le apetecía.

A estos extractos tengo que añadir otro de una carta que alude a esta época. Está dirigida a la señorita Wooler, la amable amiga de su juventud y su madurez, que la había invitado a pasar quince días con ella.

Haworth, 27 de septiembre de 1850

Cuando sepa que ya he estado en los lagos esta temporada y que apenas hace un mes que he regresado, comprenderá que ya no está dentro de mis posibilidades aceptar su amable invitación. Ojalá pudiera haberla visto. Pero ya he hecho mi excursión y se ha acabado. Sir James Kay Shuttleworth reside cerca de Windermere, en una casa llamada «Briery», que es donde estuve unos días en agosto. Él me enseñó amablemente los alrededores, todo lo bien que pueden verse desde un coche, y me di cuenta de que la región de los lagos es de un esplendor cuya imagen sólo había visto en sueños, dormida y despierta. Me parece que no va conmigo llevar a cabo la búsqueda de lo pintoresco en un coche. En un calesín o un carro o incluso en una silla de postas podría ser; pero el coche lo altera todo. Deseaba deslizarme sin que me vieran y perderme sola por las colinas y los valles. Los instintos erráticos y vagabundos me atormentaban y me vi obligada a controlarlos o, mejor dicho, a reprimirlos, por miedo a entusiasmarme aunque fuera mínimamente y atraer la atención hacia la «celebridad»: la escritora.

Me dice que supone que habré hecho ya un amplio círculo de amistades. No, no puedo decir que sea así. No sé siquiera si tengo ganas o fuerza para ello. Me gustaría tener pocos amigos y, a esos pocos, conocerlos bien; si ese conocimiento causaba respeto proporcional no podría por menos que concentrar mis sentimientos; creo que la dispersión parece sinónimo de debilitamiento. Sin embargo, apenas me he puesto a prueba aún. El mes que pasé en Londres en primavera estuve muy tranquila porque tenía miedo de que me trataran como a una celebridad. Sólo salí a cenar una vez; y otra asistí a una fiesta. Las únicas visitas que he hecho han sido a sir Kay Shuttleworth y a mi editor. No me gustaría apartarme de este sistema; a mi entender, las visitas indiscriminadas sólo sirven para perder el tiempo y vulgarizar el carácter. Además, no me parece bien dejar a papá solo a menudo; ya tiene setenta y cinco años y los achaques de la vejez empiezan a afectarle; ha estado muy agobiado en el verano con la bronquitis crónica, aunque me alegra decir que ahora está un poco mejor. Creo que a mí me han sentado muy bien el cambio y el ejercicio.

Alguien de D— pretende tener autoridad para decir que «cuando la señorita Brontë estuvo en Londres no asistió a los servicios religiosos el domingo, y durante la semana se dedicaba a asistir a bailes, al teatro y a la ópera». Por otro lado, los chismosos de Londres convirtieron mi reclusión en un misterio e inventaron veinte historias románticas para explicarla. En otro tiempo yo habría escuchado el rumor con interés y cierta credulidad; pero ahora me he vuelto sorda y escéptica, la experiencia me ha enseñado lo infundadas que suelen ser esas historias.

Transcribiré ahora la primera carta que tuve el privilegio de recibir de la señorita Brontë. Está

fecha el 27 de agosto.

Papá y yo acabamos de cenar; él está tranquilamente sentado en su habitación; y yo, en la mía; las «trombas de agua» azotan el jardín y el cementerio: en cuanto a los páramos, están cubiertos de una bruma densa. Estoy sola, pero no me siento desdichada; hay mil cosas por las que debo sentirme agradecida y, entre todas, que esta mañana he recibido una carta suya y que esta noche tengo el privilegio de contestarla.

No conozco La vida de Sydney Taylor.

112 Lo conseguiré cuando tenga ocasión. El librito francés que menciona también ocupará su lugar en la lista de libros a conseguir lo antes posible. Trata un tema que interesa a todas las mujeres, quizá más a las solteras, aunque en realidad las madres como usted lo estudian por sus hijas. La *Westminster Review* no es una publicación que vea regularmente, aunque hace tiempo que conseguí un número (en enero pasado, creo) en el que había un artículo titulado «La misión de la mujer» (la frase es manida), que contenía muchas consideraciones que me parecieron acertadas y sensatas. Los hombres empiezan a considerar la posición de la mujer con un enfoque distinto al habitual; y algunos, con un firme sentido de la justicia y buenas inclinaciones, piensan y hablan de ello con una franqueza admirable. Dicen, sin embargo —y hasta cierto punto con razón—, que la mejora de nuestra situación depende de nosotras mismas. Es indudable que algunos problemas se solucionarán mejor mediante nuestros propios esfuerzos; pero también lo es que hay otros males, profundamente arraigados en los fundamentos del sistema social, que ningún esfuerzo nuestro cambiará, de lo cual no podemos quejarnos, en lo que es aconsejable no pensar demasiado.

He leído *In Memoriam*, de Tennyson, o mejor dicho, una parte. Cerré el libro más o menos a la mitad. Es bello. Es triste. Es monótono. Muchos de los sentimientos expresados llevan en sí el sello de la verdad; pero si Arthur Hallan hubiera sido alguien más próximo a Alfred Tennyson (su hermano en vez de su amigo) yo habría desconfiado de este monumento de dolor impreso, rimado y medido. Ignoro los cambios que puede producir el paso de los años; pero me parece que el dolor profundo, mientras es reciente, no fluye en verso.

Prometí enviarle el *Prelude* de Wordsworth, así que lo hago ahora; dentro de uno o dos días enviaré el otro pequeño volumen. Me gustaría recibir noticias suyas siempre que disponga de tiempo para escribirme, pero no lo haga nunca, de ninguna manera, más que cuando le apetezca y el tiempo se lo permita. Nunca le agradecería una carta que me escribiera como un trabajo.

Poco después de conocernos en Briery me envió el libro de poemas de Curren, Ellis y Acton Bell; alude así a los mismos en una nota que acompañaba el paquete:

Le envió el librito de versos para cumplir una promesa hecha precipitadamente; una promesa que se hizo para impedir que tirara cuatro chelines en una compra imprudente. La parte de la obra que me corresponde no me gusta ni me importa que se lea: la de Ellis Bell me parece buena y vigorosa, y la de Acton tiene el mérito de la sinceridad y la sencillez. Mis poemas son casi todos obras juveniles; la inquieta efervescencia de una mente que no descansaba. En aquellos tiempos «el mar estaba agitado y tempestuoso» demasiado a menudo, y las algas, la arena y los guijarros se alzaban en confusión. Esa imagen es demasiado grandilocuente para el tema, pero usted sabrá perdonarla.

Escribió otra carta bastante interesante a un amigo literato el 5 de septiembre:

La reaparición de *Athenaeum* es muy grata, no sólo por la revista en sí, aunque considero un privilegio la oportunidad de leerla, sino también porque me anima y me complace como prueba semanal del recuerdo de los amigos. Sólo me preocupa que el envío regular sea una pesadez; si

así fuere, suspéndalo de inmediato.

Disfruté mucho de mi viaje a Escocia y sin embargo vi poco de la superficie de la región; nada de los rasgos pintorescos más grandiosos y espléndidos; pero Edimburgo, Melrose, Abbotsford, esos tres lugares, bastaron para despertar sentimientos tan profundos de interés y admiración que no lamenté entonces ni he lamentado después la falta de un espacio más amplio para el sentido del placer. Había espacio y variedad suficiente para ser muy feliz; como dice el proverbio, «suficiente es todo un festín». La reina hizo bien subiendo a la silla de Arturo con su esposo y sus hijos. No olvidaré fácilmente lo que sentí cuando al llegar a lo alto nos sentamos todos a contemplar la ciudad: hacia el mar y Leith y las colinas Pentland. Seguro que está orgulloso de haber nacido en Escocia: orgulloso de su país, de su capital, de sus hijos, de su literatura. Nadie puede reprochárselo.

El artículo del Palladium es una de esas reseñas críticas por las que un autor se alegra tembloroso. Se alegra al comprobar que se aprecia su obra fervorosa y plenamente; y tiembla por la responsabilidad que ese mismo hecho parece imponerle. Me recomiendan esperar y observar; lo haré así, Dios mediante; pero es más duro esperar con las manos atadas y las facultades de reflexión y observación en su tarea silenciosa e invisible que trabajar maquinalmente.

Huelga decir lo que me parecieron los comentarios sobre Cumbres borrascosas; despertaron en mí los sentimientos más tristes pero también los más gratos; son ciertos, son sagaces, están cargados de justicia tardía; es muy tarde... ¡ay!, en cierto sentido, demasiado tarde. No es prudente hablar mucho de eso y del pesar por una luz extinguida prematuramente. Sea quien sea el autor del artículo, quedo en deuda con él.

Aun así, ya ve que menosprecia Shirley en comparación con Jane Eyre; y sin embargo me tomé grandes molestias con Shirley; no me apresuré; procuré hacerlo lo mejor posible y, en mi opinión, no es inferior a la obra anterior; por supuesto, le dediqué más tiempo, pensamiento y preocupación: pero escribí una buena parte con la angustia del desastre inminente; y no puedo negar que escribí la última parte en un empeño vehemente de luchar contra la pesadumbre casi insoportable.

Recibí la tragedia de Galileo Galilei de Samuel Brown en uno de los paquetes de Cornhill; recuerdo pasajes de una gran belleza. Cuando me envíe algunos libros más (pero que no sea hasta que devuelva los que tengo ahora) me gustaría que incluyera entre ellos La vida del doctor Arnold. ¿Conoce también la Vida de Sydney Taylor? A mí ni siquiera me suena el nombre, pero me lo han recomendado como un libro que merece la pena. Por supuesto, cuando menciono un libro se sobreentiende siempre que estaría bien que me lo enviara.

CAPÍTULO VIII

Se consideró por entonces aconsejable reeditar *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*, las obras de Emily y de Anne, y Charlotte asumió la tarea de revisarlas.

Escribió al señor Williams el 29 de septiembre:

Me propongo escribir unas líneas sobre Cumbres borrascosas, que pienso colocar como un breve prólogo antes de la novela. Me veo obligada asimismo a leerla entera, pues es la primera vez que abro el libro desde que murió mi hermana. Su fuerza me llena de admiración, pero sin embargo me siento agobiada: casi nunca se permite al lector saborear el placer puro; cada rayo de sol se filtra entre franjas negras de nubes amenazantes; cada página está cargada de una suerte de electricidad moral; y la escritora era inconsciente de todo eso: nada pudo hacerle cobrar conciencia de ello.

Y todo eso me ha hecho reflexionar; quizá también yo sea incapaz de percibir los errores y peculiaridades de mi propio estilo.

Me gustaría revisar las pruebas, si no es una molestia excesiva enviarlas. Me parece aconsejable modificar la ortografía de los parlamentos de José, el viejo criado; porque, aunque tal como está refleja exactamente el sonido del dialecto de Yorkshire, estoy segura de que a los sureños les resulta incomprensible; con lo cual se pierden uno de los personajes más expresivos del libro.

Lamento comunicarle que no tengo ningún retrato de ninguna de mis hermanas.

Escribe con más detalle sobre el dolor que le causa su tarea a su querida amiga, que había conocido y amado a sus hermanas.

No pasa nada, y te escribo tal como quieres, sólo para decirte que estoy ocupada precisamente ahora. El señor Smith quiere reeditar algunas de las obras de Emily y de Anne, con algunos pequeños añadidos de los papeles que dejaron. Y me he comprometido a revisar, transcribir, preparar un prólogo, una reseña biográfica, etc. Como el tiempo para hacerlo es limitado, me veo obligada a ser laboriosa. Al principio la tarea me resultaba muy dolorosa y deprimente; pero seguí adelante viéndola a la luz de un deber sagrado, y ahora lo soporto mejor. De todos modos, es un trabajo que no puedo hacer por la tarde, porque si lo hiciera, no podría dormir de noche. Me alegra decir que papá está mucho mejor de salud, y creo que yo también; confío en que tú igualmente.

Acabo de recibir una carta muy amable de la señorita Martineau. Ha regresado a Ambleside y se ha enterado de mi visita a los lagos. Me dice que lamenta no haber estado en casa, etc.

Me extraña y me irrita no sentirme más animada, no acostumbrarme de una vez a mi destino de soledad y aislamiento, o al menos resignarme. Pero mi última ocupación me dejó durante algunos días una sensación muy dolorosa que aún persiste. La lectura de los papeles despertó los

recuerdos que me produjo el desgarramiento doloroso de su pérdida y me causó un desánimo casi insoportable. Al principio no sabía cómo llegaría a la mañana; y cuando llegaba el día seguía sumida en un estado de inquietud enfermiza. Te digo todo esto porque me es absolutamente necesario desahogarme un poco. Perdóname y no te preocupes ni pienses que estoy en absoluto peor de lo que digo. Es una dolencia mental, y creo que ya estoy mejor. Así lo espero. Lo creo porque puedo hablar de ello, algo que me es imposible cuando la pena es más intensa.

Creía que escribir me mantendría ocupada y me interesaría cuando estuviera sola en casa, pero hasta ahora todos mis esfuerzos han sido en vano; la falta de estímulo es absoluta. Imagino que me recomendarás que me vaya de casa; pero eso no me serviría de nada, aun en el caso de que pudiera dejar a papá sin preocuparme (¡gracias a Dios está mejor!). No puedo describir cómo lo pasé al regresar de Londres, Escocia, etc. Se produjo una reacción que me hundió por completo; el profundo silencio, la soledad y la desolación eran espantosos; el anhelo de compañía, la desesperanza de hallar consuelo eran lo que temía sentir de nuevo.

Querida—, pienso en ti con una compasión y una ternura que apenas me animan. Me temo que tú también estás mentalmente demasiado poco ocupada y demasiado sola. Me parece que es nuestro sino, al menos de momento. ¡Que Dios en Su infinita misericordia nos ayude a sobrellevarlo!

Charlotte había conocido a su corresponsal el señor Lewes en su última visita a Londres, como menciona en una de sus cartas. Ese caballero dice:

Currer Bell vino a Londres unos meses después [de que apareciera la crítica de Shirley en el Edinburgh] y me invitaste a conocerla en tu casa. Recordarás que ella te pidió que no le indicaras quién era, que la dejaras reconocerme si podía. Y lo hizo casi en cuanto entré en la habitación. Tampoco a mí me indicaste quién era ella; pero yo no fui tan sagaz. Sin embargo, estuve sentado a su lado buena parte de la velada y me interesó mucho su conversación. Nos dimos la mano al despedirnos y ella me dijo: «Ahora somos amigos, ¿verdad?». «¿Es que no lo hemos sido siempre?», pregunté a mi vez. «No, no siempre», repuso ella en tono significativo; y ésa fue la única alusión que hizo al artículo ofensivo. Le dejé algunas novelas de Balzac y de George Sand para que se las llevara al campo; y cuando me las devolvió me adjuntó la carta siguiente:

Estoy segura de que creerá que he tardado demasiado en devolverle los libros que tan amablemente me dejó. Lo cierto es que tenía que enviar otros y retuve los suyos para enviarlos en el mismo paquete.

Acepte mi agradecimiento por algunas horas de agradable lectura. Balzac ha sido para mí como un autor nuevo; y al entablar conocimiento con él por mediación de Modeste Mignon y Las ilusiones perdidas no dude de que he sentido bastante interés. Al principio creí que iba a ser minucioso hasta la exasperación y espantosamente tedioso; produce bastante impaciencia su largo desfile de detalles, su lenta revelación de circunstancias sin importancia, mientras reúne a sus personajes en el escenario; pero enseguida entré en el misterio de su oficio y descubrí complacida dónde radica su fuerza: ¿no es en el análisis del motivo y en la sutil percepción de los más oscuros y secretos mecanismos de la mente? Aun así, por mucho que admiremos a Balzac,

creo que no nos agrada; sentimos hacia él lo mismo que hacia un conocido antipático que no hace más que exponer nuestros defectos a la luz más cruda y que casi nunca muestra nuestras mejores cualidades.

Me gusta más George Sand, sinceramente.

Pese a lo fantástica, fanática y entusiasta que es a veces, pese a lo alejadas de la realidad que están muchas de sus opiniones sobre la vida y aunque suele dejarse engañar por los sentimientos, George Sand tiene mejor carácter que monsieur de Balzac; su mente es más amplia, su corazón más cálido. Las Cartas de un viajero están llenas de la personalidad de la escritora; y yo nunca he sentido con tanta fuerza como al leer esta obra que casi todos sus defectos se debían al exceso de sus virtudes: es ese exceso lo que ha precipitado sus problemas, lo que la ha preparado para su eterno pesar.

Pero creo que su mentalidad es la que enseña la experiencia desastrosa, sin debilitar ni desanimar demasiado; y, en ese caso, será mejor cuanto más viva. Un punto esperanzador en toda su obra es la escasez de sentimentalismo francés; me gustaría poder decir que la absoluta falta del mismo; pero la mala hierba crece aquí y allá, incluso en las Cartas.

Recuerdo la correcta expresión de disgusto que empleó la señorita Brontë al hablarme de algunas novelas de Balzac: «Me dejaron bastante mal sabor de boca».

Advertirá el lector que casi todas las cartas que cito ahora están dedicadas a temas críticos y literarios. En realidad, eran los principales intereses de Charlotte Brontë en esta época; la revisión de las obras de sus hermanas y la redacción de una reseña biográfica fue la dolorosa ocupación de cada día durante el lóbrego otoño de 1850. Agotada por la intensidad de sus tristes recuerdos, buscaba consuelo en los largos paseos por los páramos. Una amiga suya que me escribió cuando apareció el elocuente artículo del *Daily News* sobre la «Muerte de Currer Bell»¹¹⁴ cuenta una anécdota que considero oportuno incluir aquí:

Se equivocan al decir que era demasiado débil para recorrer las colinas y beneficiarse del aire. No creo que nadie de esta localidad, y desde luego ninguna mujer, paseara tanto por los páramos como ella cuando el clima lo permitía. En realidad, estaba tan acostumbrada a hacerlo que la gente que vivía bastante lejos en las lindes del ejido la conocía perfectamente. Recuerdo una vez que una anciana la vio de lejos y le gritó: «¡Eh! ¡Señorita Brontë! ¿Ha visto a mi chotillo?». La señorita Brontë le dijo que no podía decirlo porque no sabía cómo era. «¡Bueno! —repuso la mujer—. Es más o menos así de alto, entre una vaca y un ternero, lo que nosotros llamamos eral, ¿sabe, señorita Brontë? Si por casualidad lo ve a la vuelta, ¿querrá echarlo pa acá señorita Brontë? Hágalo, señorita Brontë».

Un amigo común le había presentado a unos vecinos que le hicieron una visita por entonces. La visita se describe en una carta de la que se me ha permitido dar extractos, que demostrarán la impresión que causó a los extraños el carácter de la región que rodeaba su hogar y otras circunstancias.

Aunque estaba lloviendo, decidimos hacer nuestra excursión a Haworth, planeada hacía

mucho tiempo; así que nos embutimos en la piel de búfalo y luego en la calesa y salimos hacia las once. Dejó de llover y quedó un día adecuado para el panorama (viento y frío), con grandes nubarrones que se cernían sobre los muros y un rayo de sol que se filtraba furtivo aquí y allá y caía con una tenue luz mágica en algún pueblo alto y lóbrego; o llegaba como un dardo a una cañada profunda e iluminaba la alta chimenea o destellaba en las ventanas y el tejado húmedo de la fábrica que se agazapa en el fondo. El terreno fue haciéndose cada vez más abrupto a medida que nos acercábamos a Haworth; los últimos seis kilómetros subimos por un páramo inmenso, en lo alto del cual se halla el lóbrego y oscuro pueblo de Haworth. La calle misma del pueblo es una de las colinas más empinadas que he visto en mi vida, y el empedrado hacía dar tales sacudidas al coche que de buena gana habría bajado y seguido a pie con W— si hubiera podido, pero una vez iniciada la subida no había forma de parar. En lo alto estaba la posada en que paramos, cerca de la iglesia; y nos habían dicho que la rectoría quedaba al final del cementerio. Así que allá nos fuimos: un lugar deprimente y sombrío, literalmente enlosado con lápidas oscurecidas por la lluvia y todo sobre la ladera, porque hay en la altura más elevada una parte más alta y la casa del señor Brontë quedaba bastante más arriba que la iglesia. La casa apareció ante nosotros, un pequeño edificio rectangular de piedra sin un solo árbol cerca que la protegiera del viento cortante. ¡Pero no sabíamos cómo llegar a ella desde el cementerio! Había en el camposanto un anciano, inclinado como un espíritu necrófago sobre las tumbas, con una expresión de torva alegría. Pensé que casi no parecía humano; sin embargo, lo era lo bastante para indicarnos el camino. Y enseguida nos encontramos en la salita casi vacía. A los pocos minutos se abrió la puerta y apareció un mastín viejísimo seguido de un caballero muy parecido a la señorita Brontë, que nos dio la mano y fue a llamar a su hija. Transcurrió un buen rato, durante el cual hicimos zalamerías al viejo perro y contemplamos el retrato de la señorita Brontë de Richmond, que era el único objeto decorativo de la estancia y que parecía extrañamente fuera de lugar en las viejas paredes, y los libros de la pequeña librería, casi todos regalo de los autores desde que la señorita Brontë se había hecho famosa. Al fin llegó ella, y nos saludó muy cordialmente y me acompañó arriba para que me quitara el sombrero, y ella misma me llevó agua y toallas. Todo era pulcro e impecable: las escaleras y los suelos de piedra sin alfombras, las viejas cómodas apoyadas en madera. Volvimos a la sala y conversamos tranquilamente; se abrió la puerta y se asomó el señor Brontë; supongo que al ver a su hija pensó que todo estaba bien y se retiró a su estudio, que quedaba al otro lado del pasillo; al poco rato volvió a aparecer para dar a W— un periódico rural. Ya no lo vimos hasta que nos marchamos. La señorita Brontë habló con mucho cariño de la señorita Martineau y de lo mucho que su trato la había beneficiado. En fin, hablamos de diversos temas; del carácter de la gente; de su soledad; hasta que salió de la habitación para ocuparse de la comida, supongo, porque tardó un siglo en volver. El perro había desaparecido; un perro gordo de pelaje rizado nos honró entonces con su compañía un rato; luego manifestó deseos de salir, así que nos quedamos solos. Al fin volvió la señorita Brontë, seguida de la muchacha con la comida, que nos hizo sentir más cómodos a todos; y mantuvimos una conversación muy agradable; se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta, y de pronto W— dijo que eran las tres y media y que nos quedaban por delante veintitrés o veinticuatro kilómetros. Así que nos pusimos en marcha, tras haber conseguido que nos prometiera hacernos una visita en primavera; el anciano salió una vez

más de su estudio para decirnos adiós, y nosotros volvimos a la posada, y emprendimos rápidamente el viaje de regreso.

La señorita Brontë me recordó a su *Jane Eyre*. Parecía más pequeña que nunca, y se movía tan silenciosa y quedamente como un pajarillo, como la llamaba Rochester, salvo que todos los pájaros son jubilosos y el júbilo no ha entrado en esa casa desde que la construyeron; y sin embargo, tal vez cuando ese anciano se casó y llevó a su familia a la rectoría, las voces y las pisadas de los niños resonaran en toda la casa y ni siquiera aquel desolado y atestado cementerio y el viento helado consiguieran ahogar la alegría y la esperanza. Resulta conmovedor ver a esa criaturita sepultada en un lugar así, moviéndose como un espíritu, sobre todo cuando uno piensa que el cuerpo ligero encierra en sí una fuerza vital feroz que nada ha logrado congelar ni extinguir.

La señorita Brontë se refería en una de las cartas anteriores a un artículo del *Palladium* que reconocía a *Cumbres borrascosas*, la novela de su hermana Emily, el mérito merecido. También se elogiaban sus obras, con excelente sentido crítico, y estaba agradecida por ello. Pero su cálido corazón rebotaba sentimientos bondadosos hacia quien había hecho justicia a la difunta. Buscó afanosamente el nombre del escritor; y averiguó que era el señor Sydney Dobell, que se convirtió enseguida en una de las personas «a quienes la muerte había hecho entrañables». Se interesó por todo lo que escribía; y al poco tiempo vemos que se escriben.¹¹⁵

SR. W. S. WILLIAMS

25 de octubre

La caja de libros llegó anoche y no puedo por menos que admirar agradecida la selección: Los ensayos de Jeffrey, La vida del doctor Arnold, El romano, Alton Locke, todos éstos los quería y les doy la bienvenida.

Dice que no me quedo ningún libro; disculpe, me avergüenza mi propia rapacidad: me he quedado la historia de Macaulay y el Preludio de Wordsworth, y Philip van Artevelde de Taylor. Tranquilizo mi conciencia diciéndome que los dos últimos (como son poesía) no cuentan. Ésta es una teoría conveniente para mí; pienso emplearla con relación a El romano, así que confío en que nadie en Cornhill discutirá su validez ni afirmará que la poesía tiene valor, a no ser para los fabricantes de baúles.

Ya he leído la historia de Macaulay, las conferencias de Sidney Smith sobre filosofía moral y el libro de Knox sobre razas. No he visto la obra de Pickering sobre el mismo tema; ni los tomos de la autobiografía de Leigh Hunt. Pero ahora tengo libros para una buena temporada. Me gustan mucho los ensayos de Hazlitt.

Como bien dice, el otoño ha sido espléndido. La soledad, los recuerdos y yo nos hemos beneficiado de su sol en los páramos.

Me había decepcionado bastante que no llegaran las pruebas de Cumbres borrascosas. Me acucia una impaciencia febril por completar la revisión. El trabajo de revisar papeles, etc., no podía hacerse con impunidad ni con ánimo impasible; aparecen asociaciones demasiado tiernas, pesares demasiado amargos. Mientras tanto, los libros de Cornhill son mi mejor remedio ahora como antes, aportándome un solaz que no me procurarían los mismos libros conseguidos en una biblioteca pública.

Ya he leído la mayor parte de El romano. Algunos pasajes poseen una virtud renovadora de la que sólo puede jactarse la verdadera poesía; hay imágenes de auténtica grandeza; versos que se graban inmediatamente en la memoria. ¿Podrá ser cierto que ha aparecido en el firmamento un nuevo planeta, donde todas las estrellas parecían desvanecerse rápidamente? Creo que sí; porque este Sydney o Dobell habla con voz propia, genuina y única. A veces se oye a Tennyson, es cierto; y otras a Byron en algunos pasajes de El romano; pero luego llega una nota nueva —más clara aquí que en cierto poema lírico breve, entonado por un coro de trovadores, una suerte de endecha sobre el hermano muerto— que no sólo encanta el oído y la mente, sino que serena el alma.

El fragmento siguiente tiene un interés especial porque explica sus pensamientos después de la lectura de la vida del doctor Arnold:

6 de noviembre

Acabo de concluir la Vida del doctor Arnold; pero al proponerme exponer mi opinión, conforme a su deseo, la tarea no me resulta nada fácil. No encuentro las palabras adecuadas. No es un personaje que pueda despacharse con unas palabras elogiosas; no es un personaje unilateral; el puro panegírico sería inadecuado. El doctor Arnold (en mi opinión) no era absolutamente angelical; su grandeza estaba fundida en un molde mortal; era un poco severo, casi un poco duro; era vehemente y algo combativo. Trabajador infatigable, no sé si habría entendido o aceptado con indulgencia un temperamento que requiriera más descanso; pero ni un solo hombre entre mil tiene una capacidad para el trabajo tan descomunal como la suya; me parece el trabajador más grande del mundo. Quizá fuera riguroso en ese punto; y, suponiendo que lo fuese, y un poco apresurado, estricto y categórico, creo que éstos fueron sus únicos defectos (si es que puede llamarse defecto lo que en modo alguno degrada el carácter de la persona, sino que sólo tiende a oprimir y presionar el carácter más débil de sus semejantes). Después vienen sus cualidades. Sobre éstas no hay nada dudoso. ¿Dónde podemos hallar justicia, fortaleza, independencia, fervor y sinceridad más plenos y puros que en él?

Pero eso no es todo, y me alegra decirlo. Además de su elevada inteligencia y de su rectitud sin mancha, sus cartas y su vida atestiguan que poseía el amor más sincero. Sin él, por mucho que lo admiráramos, no podríamos amarlo; pero con él creo que lo estimamos mucho. Cien hombres iguales, cincuenta, no, diez o cinco hombres tan rectos como él podrían salvar cualquier país;

podrían defender victoriosamente cualquier causa.

Me ha impresionado también la dicha casi ininterrumpida de su existencia; una dicha resultante sobre todo del recto empleo que hizo de la salud y el vigor que Dios le había dado, pero también en parte de la singular exención de las penas amargas y profundas que casi todos los humanos tienen que soportar. Su esposa era lo que él deseaba; sus hijos eran sanos y prometedores; él mismo gozaba de una salud excelente; sus empresas se vieron coronadas por el éxito; hasta la muerte fue buena —pues, por muy intensos que fueran los dolores de su última hora, fueron bastante breves—. Parece que la bendición de Dios lo acompañó desde la cuna hasta la tumba. Es de agradecer que se haya permitido a un hombre vivir una vida así.

Cuando estuve en Westmoreland el pasado mes de agosto pasé una tarde en la residencia de Fox How, donde viven aún la señora Arnold y sus hijas. Salí hacia allí a la hora del crepúsculo y llegué casi de noche. Aún pude advertir que el emplazamiento era precioso. La casa parecía un nido medio enterrado entre flores y enredaderas: y, a pesar de la oscuridad, pude sentir que el valle y las colinas de alrededor eran todo lo hermosos que pudiera soñar la imaginación.

Si repito lo que ya he dicho antes, lo hago para mostrar y recalcar a mis lectores la pesada monotonía de la vida de Charlotte Brontë en esta época. El otoño oscuro y deprimente trajo consigo de nuevo las largas veladas insomnes que tan dura prueba suponían para ella, mucho más aún porque la debilidad de su vista le impedía entregarse a ninguna ocupación que no fuera hacer calceta a la luz de la vela. Tanto por el bien de su padre como por ella misma, juzgaba necesario hacer algún ejercicio para no dejarse dominar por el desánimo. Así que aceptó la invitación de la señorita Martineau y fue a pasar ocho o diez días con ella en Ambleside. Se proponía venir también a verme a mí a Manchester de paso para Westmoreland. Pero por desgracia yo no estaba en casa y no pude recibirla. Me encontraba entonces en el sur de Inglaterra, pasando una temporada en casa de unos amigos, que, cuando lamenté no poder aceptar la cordial propuesta de la señorita Brontë, y sabiendo el lamentable estado de salud y de ánimo que hacían tan necesario el cambio para ella, le escribieron pidiéndole que fuera a pasar una semana o dos conmigo en su casa. Me agradecía así esta invitación en una carta:

13 de diciembre de 1850

Mi querida señora Gaskell: La amabilidad de la señorita — y la suya me ponen en el dilema de no saber cómo expresar correctamente mi opinión al respecto. Pero sé algo perfectamente: me agradaría mucho poder ir a pasar con usted una o dos semanas en una casa sureña tan llena de calma y con personas tan agradables como las que me describe. La propuesta me parece maravillosa; es la tentación más grata, delicada y dulce; mas, pese a ser tan deliciosa, no puedo en modo alguno ceder a sus encantos sin la sanción del razonamiento, por lo que guardaré silencio de momento y esperaré hasta que vaya a ver a la señorita Martineau, regrese a casa y considere bien si es un plan tan correcto como agradable.

Mientras tanto, la sola idea me reconforta.

El 10 de diciembre se publicó la segunda edición de *Cumbres borrascosas*. Charlotte envió un

ejemplar al señor Dobell, con la siguiente carta:

SR. DOBELL

Haworth, cerca de Keighley, Yorkshire,
8 de diciembre de 1850

Ofrezco este pequeño libro a mi crítico del Palladium, con mi más sincero tributo de gratitud; no tanto por lo que haya dicho de mí como por la noble justicia que ha hecho a alguien a quien quiero tanto como a mí misma, tal vez más; y tal vez una palabra amable sobre ella despierte un sentimiento de agradecimiento más profundo y tierno que los elogios a mi persona. Como verá cuando lea la reseña biográfica, mi hermana no puede darle las gracias personalmente; ya no está en su esfera ni en la mía y las alabanzas y las recriminaciones humanas ya no significan nada para ella. Pero para mí aún significan mucho, por ella; me ha animado durante días saber que, a pesar de haber muerto, la obra de su ingenio había encontrado al fin una crítica digna.

Cuando haya leído la introducción, dígame si sigue albergando alguna duda sobre la autoría de Cumbres borrascosas, etc. Su desconfianza me parece algo injusta conmigo. Demostraba una noción general del carácter que yo lamentaría llamar mío; pero esas falsas ideas surgirán lógicamente cuando juzgamos a un autor sólo por sus obras. Francamente, tengo que rechazar el aspecto halagador del retrato. Yo no soy ninguna «joven Penthesilea mediis in millibus»,

[117](#) sino la hija de un humilde párroco rural.

Reiterándole mi más sincero agradecimiento, le saluda atentamente,

C. BRONTË

CAPÍTULO IX

Charlotte Brontë fue a visitar a la señorita Martineau en cuanto salió la nueva edición del libro de su hermana.

Ahora puedo escribirte, querida E—, porque estoy lejos de casa, y el cambio de aire y de escenario ha aliviado, al menos temporalmente, la pesada carga de la depresión que me ha tenido aplastada los últimos tres meses, lo confieso. ¡Nunca olvidaré el último otoño! He pasado días y noches cruelísimos. Pero ahora que ya te lo he dicho, no necesito añadir nada sobre el tema. Mi aversión a la soledad se intensificó y el recuerdo de mis hermanas era insoportablemente doloroso. Ya estoy mejor. Pasaré una semana con la señorita Martineau. Tiene una casa muy agradable, tanto dentro como fuera; arreglada en todos los aspectos con pulcritud y comodidad admirables. Sus visitantes gozan de la más absoluta libertad; les permite la misma que reclama para sí misma. Yo me levanto a mi hora de siempre, desayuno sola (ella se levanta a las cinco, se da un baño frío y un paseo a la luz de las estrellas, y a las siete ya ha desayunado y está trabajando). Paso la mañana en el salón y ella en su estudio. A las dos nos reunimos: conversamos y paseamos juntas hasta las cinco, que es a la hora en que cena ella; luego pasamos la velada juntas y ella habla largo y tendido y con la más absoluta franqueza. Yo me retiro a mi habitación poco después de las diez; ella se queda escribiendo cartas hasta las doce. Su vigor y su ánimo parecen inagotables, e infatigable su capacidad de trabajo. Es una gran mujer, una buena mujer; con sus peculiaridades, por supuesto, aunque todavía no he visto ninguna que me moleste. Es dura y afectuosa a la vez, seca y cariñosa, liberal y despótica. Creo que no se da cuenta de su absolutismo. Cuando se lo digo, desmiente la acusación cordialmente; entonces me río de ella. Creo que casi controla el pueblo. A algunos no les gusta, pero la clase baja la tiene en gran estima [...] he pensado que me gustaría pasar dos o tres días contigo antes de volver a casa; así que si no hay ningún inconveniente por tu parte, llegaré el lunes (Dios mediante) y me quedaré hasta el jueves [...] He disfrutado mucho aquí. He visto a mucha gente y todo el mundo ha sido amabilísimo conmigo; sobre todo la familia del doctor Arnold. Siento una gran simpatía por la señorita Martineau.

La señorita Brontë hizo la visita anunciada en la carta a su amiga, pero sólo se quedó unos días. Luego regresó a casa y enseguida volvió a atormentarla su enemigo, el intenso y deprimente dolor de cabeza. Le fue más difícil soportarlo porque se vio obligada a ocuparse del trabajo de la casa; una criada estaba enferma en la cama, y la otra, Tabby, tenía más de ochenta años.

Le había sentado muy bien la visita a Ambleside, que le proporcionó un acopio de recuerdos agradables e intereses nuevos en que pensar en su solitaria existencia. Sus cartas están llenas de alusiones al carácter y la bondad de la señorita Martineau.

Desde luego es una mujer de dotes extraordinarias, tanto intelectuales como físicas; y aunque

comparto pocas de sus opiniones y la considero falible en sus juicios sobre determinados temas, tengo que otorgarle mi más sincera estima. Me causó gran admiración la forma en que combina la cultura intelectual más elevada con el perfecto desempeño de los deberes femeninos, mientras que su afectuosa amabilidad se ha ganado mi gratitud [...] Creo que sus virtudes y sus nobles cualidades superan sus defectos. Es mi costumbre considerar a las personas sin tener en cuenta su fama; la conducta, al margen de las ideas, la disposición natural separada de las opiniones adquiridas. La persona, la conducta y el carácter de Harriet Martineau me inspiran el respeto y el cariño más sinceros [...] ¿Me preguntas si la señorita Martineau me ha convertido al mesmerismo? Ni mucho menos; aunque me han contado milagros de su eficacia y no podía poner en duda todo lo que me explicaron. Incluso me sometí a una experiencia personal; y aunque el resultado no fue muy claro, al parecer podría ser un sujeto excelente con el tiempo. Creo que el tema del mesmerismo será analizado bastante a fondo en un próximo libro de la señorita Martineau; y preveo que tratarán de manera lamentable otros temas que constituyen terreno menos legítimo para la especulación.

Tu última carta manifestaba una admiración tan sincera y juiciosa por el doctor Arnold que quizá no seas del todo indiferente al hecho de que durante mi última visita a la señorita Martineau comprendí mucho más de Fox How y de sus habitantes, y me asombraba a diario que la viuda y los hijos de uno de los hombres más grandes y admirables de su tiempo poseyeran las cualidades más estimables. De mi amable anfitriona todos los elogios que hiciera serían pocos. Aunque no comparta todas sus opiniones filosóficas, políticas y religiosas, ni acepte sus teorías, creo que posee un gran mérito, grandeza, que actúa con coherencia, benevolencia y perseverancia; por todo lo cual se granjea la estima y el cariño más sinceros. No es persona a quien haya que juzgar sólo por sus escritos, sino más bien por sus actos y por su vida, que no podrían ser más nobles y ejemplares. Me parece una benefactora de Ambleside, aunque no se atribuye ningún mérito por su activa e infatigable filantropía. Administra admirablemente su casa: todo cuanto hace lo hace bien, desde escribir un relato hasta la labor femenina más discreta. No tolera forma alguna de descuido o negligencia, pese a lo cual no es demasiado severa ni demasiado exigente: sus criados y sus vecinos pobres la estiman y la respetan.

Pero no cometeré el error de hablar demasiado de ella sólo por sentirme ahora profundamente impresionada por la fuerza intelectual y la valía moral que he observado en ella. También tiene defectos; pero a mí me parecen insignificantes comparados con sus virtudes.

Tu informe del señor A— coincide exactamente con el de la señorita M—. También ella dice que sus características externas son la placidez y la afabilidad (más que la originalidad y el poder). Lo describió como una combinación de antiguo sabio griego y científico moderno. Quizá fuera pura perversidad por mi parte sacar la idea de que debajo de su marmóreo exterior sus venas son letárgicas y su corazón frío y lento. Pero es un materialista: niega tranquilamente nuestra esperanza de inmortalidad y prescinde por las buenas del cielo y de la vida futura del hombre. Ésa es la razón de que mis sentimientos hacia él se vean empañados por cierta amargura.

Todo cuanto dices del señor Thackeray es muy gráfico y característico. Me provoca pena y enojo a la vez. ¿Por qué ha de llevar una vida tan agobiante? ¿Por qué su lengua burlona niega tan perversamente los mejores sentimientos de su mejor talante?

Charlotte se dedicó durante un tiempo a escribir *Villette*, siempre que se encontraba bien de salud y animada; pero con frecuencia le era imposible escribir y entonces se entristecía y se irritaba consigo misma por ello. En febrero escribe así al señor Smith:

Me dice algo de ir a Londres; pero las palabras son etéreas y por suerte no estoy obligada a oírlas ni a contestarlas. Londres y el verano quedan a muchos meses de distancia: ahora mismo nuestros páramos están blancos de nieve y los pequeños petirrojos vienen todas las mañanas a la ventana a buscar migas. No pueden hacerse planes con tres o cuatro meses de antelación. Además, creo que no merezco ir a Londres; nadie es digno de un cambio y menos de darse un lujo. En mi fuero interno pienso todo lo contrario, creo que tendrían que encerrarme en la prisión y mantenerme incomunicada a pan y agua —sin una sola carta de Cornhill—, hasta que escriba un libro. Estoy segura de que ese tratamiento durante doce meses daría uno de estos dos resultados: o bien saldría al cabo de ese tiempo con un manuscrito de tres volúmenes en la mano, o bien en un estado mental que me eximiera para siempre de expectativas y obras literarias.

Mientras tanto, se sentía inquieta y afligida por la publicación de las *Cartas* de la señorita Martineau, etc.; cayeron con peculiar fuerza y pesadumbre en un corazón que esperaba con fe sincera y ferviente la vida futura como lugar de encuentro con aquellos que «amaba y había perdido de momento».

11 de febrero de 1851

Muy señor mío: ¿Ha leído ya Cartas sobre la naturaleza y la evolución del hombre de la señorita Martineau y del señor Atkinson?

118 *Si no es así, merecería la pena que lo hiciera.*

No diré mucho de la impresión que me ha causado este libro. Es la primera exposición de materialismo y ateísmo declarado que he leído en mi vida; la primera declaración inequívoca de incredulidad en la existencia de un Dios y de una vida futura que he visto jamás. Para juzgar dicha exposición y declaración habría que dejar a un lado el horror instintivo que provocan y considerarlas con ánimo imparcial y talante sereno. Me resulta difícil hacerlo. Lo más extraño es que nos invitan a alegrarnos de ese vacío sin esperanza, a aceptar esta amarga pérdida como un gran beneficio, a recibir esta desolación indescriptible como un estado de grata libertad. ¿Quién podría hacerlo si quisiera? ¿Quién lo haría si pudiera?

Sinceramente, yo por mi parte deseo averiguar y saber la Verdad; pero si la Verdad fuera ésa, se guarda muy bien con misterios y se cubre con un velo. Si la Verdad fuera ésa, el hombre o la mujer que la mantenga podrían maldecir el día que él o ella nació. Pero he dicho que no me extendería demasiado en lo que yo pienso; quisiera saber, más bien, lo que piensa alguna otra persona, alguien cuyos sentimientos no influyan en su juicio. Así que lea el libro con objetividad y dígame sinceramente lo que piensa. Sólo si tiene tiempo, por supuesto, no en caso contrario.

Charlotte no pudo soportar los comentarios despectivos de muchos críticos sobre la obra, sin embargo. Creo que durante mi relación con ella, casi ninguna otra cosa le provocó tanta indignación. Pese a lo mucho que lamentaba la publicación del libro, creía que nadie tenía derecho a burlarse de una acción que desde luego no estaba provocada por ningún motivo mundano y que era sólo un error, cuya gravedad admitía, en la conducta de una persona que durante toda su vida se había esforzado, mediante el pensamiento profundo y las palabras nobles, por servir a la humanidad.

El tono y el contenido de sus comentarios sobre la señorita Martineau y su libro me complacen en grado sumo. Incluso me he tomado la libertad de copiar algunas frases para ella, porque sé que la animarán; le gustan la simpatía y el reconocimiento (algo que todas las personas merecen); y estoy plenamente de acuerdo con el disgusto que manifiesta por el tono duro y desdeñoso que emplean muchos críticos para hablar de la obra.

Antes de dejar las opiniones literarias de la autora y volver a las preocupaciones domésticas de la mujer, transcribiré lo que sentía y pensaba de *Las piedras de Venecia*.

Las piedras de Venecia me parece una obra elaborada y cincelada a la perfección. ¡Qué espléndidamente revela la cantera de enormes mármoles! Creo que el señor Ruskin es uno de los raros escritores genuinos, a diferencia de los que fabrican libros de su época. Su sinceridad incluso me hace gracia en algunos pasajes; pues no puedo menos que reír al imaginar la crispación y los bufidos de los utilitaristas ante su profunda y seria (y en opinión de ellos fanática) veneración por el Arte. La mentalidad pura y estricta que le atribuye usted habla en cada línea. Escribe como un sacerdote consagrado de lo abstracto y lo ideal.

Llevaré conmigo Las piedras de Venecia; todos los fundamentos de mármol y de granito, junto con la enorme cantera de la que los extrajeron; y, por si fuera poco, una colección de ideas y

máximas, propiedad particular de un caballero llamado John Ruskin.

Al acercarse la primavera empezó a dominarla de nuevo el desánimo al que era propensa, y que la abrumaba «con una pesadilla nocturna y diurna». Empezó a temer que acabaría sintiéndose tan abatida como en otoño; y para evitarlo pidió a su buena amiga y compañera de colegio que fuera a pasar con ella unas semanas en marzo. Le hizo mucho bien su presencia, tanto por la agradable compañía en sí misma como por la serenidad que le imponía tener que atenderla y ocuparse de su comodidad. La señorita Brontë comentó sobre esta ocasión: «No me permitiré caer en el hábito de escapar de casa y eludir así temporalmente la opresión en vez de afrontarla y luchar con ella hasta dominarla o que me domine».

Transcribiré ahora un extracto de una de sus cartas, aunque no sigue el orden cronológico. La incluyo aquí porque alude a una tercera propuesta de matrimonio que le hicieron, y porque creo que algunos son proclives a suponer, basándose en la fuerza extraordinaria con que describió la pasión amorosa en sus novelas, que ella era muy sensible a la misma.

¿Podría sentir alguna vez lo suficiente por — para aceptarlo como esposo? Siento amistad, gratitud, consideración; pero cada vez que se acercaba a mí y le veía clavar en mí su mirada se me helaba la sangre en las venas. Ahora que está lejos siento más ternura por él. Es sólo la proximidad lo que me hace ponerme rígida, me entumece con una extraña mezcla de aprensión y cólera que sólo calma su retirada y una perfecta contención de su actitud. No quería ser altiva, no me proponía serlo, pero me vi obligada a ello. La pura verdad es que nos gobierna Alguien superior a nosotros; Alguien en cuyas manos nuestra voluntad es como arcilla en manos del alfarero.

Con ésta ya he mencionado todas las propuestas de matrimonio que le hicieron, hasta la que finalmente aceptó. El caballero a quien alude en esa carta guardó siempre tanto respeto por ella que fue su amigo toda la vida; algo que dice mucho en favor de ambos.

Antes de que la amiga de Charlotte se fuera de Haworth, el señor Brontë se acatarró. Pasó varias semanas con bronquitis. También se sintió muy abatido y su hija concentró todos sus esfuerzos en animarle.

Cuando mejoró un poco y recobró su vigor de antes, Charlotte decidió aprovechar una invitación que había recibido hacía un tiempo y hacer una visita a Londres. Como todos recuerdan, 1851 fue el año de la Exposición Internacional; pero ni siquiera eso la indujo a pensar en quedarse mucho tiempo; y antes de aceptar finalmente la hospitalidad que le habían ofrecido sus amigos llegó al mismo acuerdo que otras veces con ellos: que la estancia en su casa sería tan tranquila como siempre, porque cualquier otro sistema la alteraría anímica y físicamente; nunca parecía nerviosa más que por un momento, cuando algo en la conversación la obligaba a intervenir; pero solía sentirse así incluso por nimiedades, y las secuelas siempre eran fatiga y agotamiento. En esas circunstancias se quedaba siempre muy delgada y demacrada; de todos modos, ella afirmaba que el cambio siempre la beneficiaba después.

Los preparativos del atuendo para esta visita en la época alegre de aquella estación alegre

fueron especialmente acordes con su gusto femenino; deseaba satisfacer su amor a la ropa sencilla, refinada y primorosa, sin olvidar que le favoreciera, y procurando que todas las elecciones que hizo se acomodaran a su apariencia general y a sus medios.

Por cierto, quería pedirte que me hicieras un pequeño encargo cuando vayas a Leeds; pero no sé si tendrás demasiadas cosas que hacer. Es sólo esto: en caso de que entraras por casualidad en una tienda en que vendieran mantillas de encaje, negras y blancas, de las que ya te hablé, pregunta el precio. Supongo que no querrán enviarme unas a Haworth para verlas; claro que, si son muy caras, sería inútil; pero si el precio es razonable y aceptan enviármelas, me gustaría verlas; y también algunas camisetas de talla pequeña (la talla de mujer no me vale), tanto de las más sencillas para diario como de buena calidad para más vestir [...] Parece que no pueda quedar satisfecha cuando no me falta de nada. Ya te dije que me compré una de las mantillas negras de encaje, y que cuando me la probé con el vestido de raso negro, que era con el que quería ponérmela sobre todo, me di cuenta de que no quedaba bien; se pierde toda la belleza del encaje y parecía pardo y herrumbroso; escribí al señor — pidiéndole que me la cambiara por una blanca del mismo precio; fue amabilísimo y pidió una a Londres, que he recibido esta mañana. El precio es inferior, sólo cuesta una libra catorce chelines; es bonita, primorosa y ligera y queda muy bien con el negro; después de considerar el asunto, he llegado a la filosófica conclusión de que no es ninguna vergüenza para una persona de mis medios llevar una prenda más barata; así que creo que me la quedaré y si alguna vez la ves y te parece «oropel», tanto peor.

¿Sabes que estuve en Leeds el mismo día que tú, el miércoles pasado? Pensé decirte dónde iba a ir para que me acompañaras y me ayudaras a comprar un sombrero, etc., pero luego reflexioné y me pareció que sería aprovecharme de forma egoísta de ti, así que decidí arreglármelas o desarreglármelas yo sola. Compré el sombrero en Hurs and Hall's, uno que parecía muy serio y muy sobrio entre todos los esplendores de la tienda. Pero ahora me parece infinitamente alegre con el forro rosa. Vi algunas sedas preciosas de colores claros, pero no tenía ánimo ni medios para decidirme a gastar cinco chelines la yarda y al final compré una negra a tres chelines. Lo lamento bastante porque papá dice que si lo hubiera sabido me habría dado un soberano. Creo que si me hubieras acompañado, me habrías obligado a endeudarme [...] La verdad es que no puedo ir a B— antes que a Londres. Es imposible. Tengo muchísimo que coser y he de organizar cosas de la casa antes de irme, porque tendrán que limpiar, etc., mientras yo esté fuera. Además tengo una jaqueca espantosa, que espero que me alivie el cambio de aire. Pero mientras tanto, como se debe al estómago, estoy delgada y demacrada. Ni tú ni nadie podría hacerme engordar ni que me sintiera bien para la visita; está escrito que sea así. No importa. Tranquilízate; aunque me alegra que te preocupes por mí. Ese ánimo es señal de salud. Adiós, apresuradamente.

Tu pobre madre es igual que Tabby, Martha y papá; todos imaginan que de algún modo, mediante algún procedimiento misterioso, me casaré en Londres o me comprometeré en matrimonio. ¡Qué idea tan descabellada e inverosímil! ¡Cómo me río para mí! ¡Papá me dijo ayer en serio que si me casaba y me marchaba, él dejaría la casa y se buscaría una pensión!

Transcribo la carta siguiente por la breve descripción del aspecto de los páramos cubiertos de brezales a finales de verano.

24 de mayo de 1851

Muy señor mío: Me apresuro a enviar a la señora Dobell el autógrafo. La palabra «álbum» me desconcertó: creí que quería que escribiera un soneto a propósito, algo que no podía hacer.

Es muy amable su propuesta sobre el viaje a Suiza; me atrae con la fuerza de una Tentación poderosa, pero el adusto Imposible me contiene. ¡No! No puedo ir a Suiza este verano.

¿Por qué eliminó el director del Eclectic el pasaje más convincente y expresivo? ¡Es imposible que no viera su belleza; tal vez le pareciera profano; pobrecillo!

No sé nada de la región de los huertos que describe. Nunca he visto esa región. Nuestras colinas sólo manifiestan la llegada del verano por el reverdecer de los helechos y el musgo en las pequeñas hondonadas ocultas; su floración se reserva para el otoño; entonces arden con un brillo intenso, sin duda distinto del rubor de los capullos del huerto. Espero ir a Londres a finales del próximo mes a hacer una visita breve y tranquila. Me temo que el azar no sea tan propicio como para llevarlo a usted a la ciudad mientras yo esté allí; pero si así fuera, tendría sumo gusto en que me visitara.

Saludos afectuosos a la señora Dobell.

Muy atentamente,

C. BRONTË

La carta siguiente está fechada en Londres.

2 de junio

Llegué aquí el miércoles, pues me avisaron un día antes de lo que esperaba para que pudiera asistir a la segunda conferencia del señor Thackeray el jueves por la tarde. Fue un auténtico placer para mí, como supondrás. La dio en Willis's Rooms, donde se celebran los bailes Almacks: un salón pintado y dorado con grandes sofás a modo de bancos. Dijeron que la audiencia era la flor y nata de la sociedad londinense; y lo parecía. Yo no esperaba que el gran conferenciante me reconociera ni me viera siquiera en tales circunstancias, con duquesas y condesas que lo admiran sentadas en hileras delante de él; pero me vio cuando llegué, nos dimos la mano, y me llevó junto a su madre, a quien yo no conocía y que me presentó. Es una anciana de aspecto juvenil, bella y refinada; fue muy gentil y me visitó al día siguiente con una de sus nietas.

Thackeray también me visitó, por separado. Mantuve una larga conversación con él, y creo que ahora me conoce un poco mejor que antes: pero de eso aún no puedo estar segura; es un hombre impresionante y extraño. Sus conferencias están haciendo furor. Son una suerte de ensayos, caracterizados por su originalidad y vigor personales, y las pronuncia con gusto y desenvoltura extraordinarios, algo que se siente pero que no puede describirse. Antes de que empezara la conferencia llegó alguien que se sentó detrás de mí, se inclinó hacia adelante y dijo: «Permítame que me presente yo mismo, como yorqueño». Me volví y vi un rostro desconocido y no muy agraciado que me desconcertó un momento; luego dije: «Es usted lord Carlisle». Asintió, con

una sonrisa. Habló unos minutos con simpatía y afabilidad.

Luego llegó otro individuo con el mismo pretexto, que era de Yorkshire, y resultó ser el señor Monckton Milnes. Después llegó el doctor Forbes;

[119](#) me alegré sinceramente de verlo. El viernes fui al Palacio de Cristal. Es un espectáculo maravilloso e impresionante: una mezcla de palacio de los genios y gran bazar, aunque no es muy de mi gusto; me interesó más la conferencia. El sábado vi la exposición de Somerset House. Una media docena de cuadros son buenos e interesantes, pero el resto no vale gran cosa. Ayer domingo, fue un día memorable. Me sentí muy feliz casi todo el tiempo, sin cansancio ni demasiado nerviosismo. Por la tarde fui a oír a D'Aubigné, el gran predicador francés protestante;

120 *fue agradable, dulce y triste, y extrañamente sugerente oír francés de nuevo. En cuanto a mi salud, he estado muy bien hasta ahora, si tenemos en cuenta que no estaba nada bien cuando vine.*

La dama que acompañó a Charlotte Brontë a la conferencia de Thackeray a que se refiere dice que poco después de que ocuparan sus asientos se dio cuenta de que él estaba señalando a su compañera a varios amigos, y que esperó que la señorita Brontë no se diera cuenta. Al poco rato, sin embargo, en el que muchos asistentes se habían vuelto a mirar a la autora de *Jane Eyre*, la señorita Brontë dijo: «Me temo que Thackeray me ha preparado una trampa»; pero enseguida se concentró en la conferencia y estaba demasiado absorta para advertir la atención que le prestaban, excepto cuando se dirigían a ella directamente, como en el caso de lord Carlisle y el señor Monckton Milnes. Cuando terminó la conferencia, el señor Thackeray bajó del estrado, se acercó a Charlotte y le pidió su opinión. Ella misma me lo contó pocos días después, añadiendo comentarios casi idénticos que los que he leído en *Villette*, donde se describe una escena similar de Paul Emanuel.

Cuando nuestro grupo salía del salón, él se quedó en la entrada; me vio, me reconoció y alzó el sombrero; me tendió la mano al pasar y susurró las palabras: «Qu'en dites-vous?», pregunta sumamente característica y que me recordó incluso en ese momento de triunfo suyo, esa inquietud inquisitiva, esa falta de lo que yo consideraba un control de sí mismo aconsejable que se contaba entre sus defectos. No debería haberse preocupado precisamente entonces por saber qué pensaba yo, ni lo que pensaba nadie. Pero se preocupaba, y era demasiado natural para disimularlo, demasiado impulsivo para reprimir su deseo. En fin, aunque critique su entusiasmo excesivo me agradó su candor. Le habría alabado; tenía el corazón lleno de elogios; pero, ay, ni una sola palabra en los labios. ¿Quién tiene palabras en el momento oportuno? Balbucí algunas frases entrecortadas; pero fue un verdadero alivio que se acercaran otras personas a felicitarle efusivamente y salvaran mi deficiencia con su redundancia.

Cuando se disponían a salir de la sala, su compañera advirtió consternada que muchos asistentes estaban alineándose a ambos lados del pasillo por el que tenían que pasar para llegar a la puerta. Sabiendo que la demora haría más dura la prueba, su amiga tomó a la señorita Brontë del brazo y pasaron entre los admiradores de expresión impaciente. Durante este desfile entre la «flor y nata de la sociedad», a la señorita Brontë le temblaba tanto la mano que su compañera temió que se desmayara y no pudieran seguir; y no se atrevía a expresarle su comprensión ni a intentar darle ánimos con un gesto o una palabra, por miedo a que eso provocara precisamente lo que quería evitar.

¡Semejante manifestación de curiosidad desconsiderada sin duda es una mancha en el honor de la auténtica cortesía! El resto de esta visita a Londres, la más larga que hizo, nos lo contará Charlotte con sus propias palabras.

Me siento a escribirte esta mañana en un estado de abatimiento indescriptible. Empecé anteayer con un dolor de cabeza cada vez más fuerte que es ya una jaqueca insoportable y que ha

acabado con un malestar exagerado, y ahora estoy débil y agotada. Creía que mis jaquecas se habían quedado en Haworth; pero al parecer las traje bien envueltas en mi equipaje y no me han dejado ni un momento en paz [...] Desde la última carta que te escribí, he visto algunas cosas dignas de describirse; entre ellas a Rachel, la gran actriz francesa.

[121](#) *Pero la verdad es que hoy no tengo ánimo para hacerlo. Sólo puedo despedirme con todo mi cariño.*

No puedo afanarme de que Londres me haya sentado bien esta vez; la opresión del dolor de cabeza frecuente, el malestar y el desánimo me impidieron disfrutar de los momentos que podrían haber sido agradables. A veces me resultaba tan duro que sentía la tentación de quejarme al Destino que me obliga a la soledad y al silencio durante once meses al año y en el duodécimo me ofrece entretenimiento social pero me priva del vigor y la alegría que me permitirían disfrutarlo. Pero las circunstancias se nos imponen y tenemos que aceptarlo.

Tenía que haber contestado ayer tu carta, pero salí antes de la hora del correo y pasé fuera todo el día. Todos son muy amables conmigo y tal vez después me alegre de lo que he visto, pero en el momento a veces resulta bastante duro. El jueves, el marqués de Westminster me invitó a una gran fiesta a la que tenía que ir con la señorita D—, una mujer hermosa y creo que también buena persona; pero decliné la invitación con firmeza. El viernes cené en casa de—, y conocí a la señorita D— y al señor Monckton Milnes. El sábado fui a oír y a ver a Rachel; un espectáculo prodigioso: terrible, como si la tierra se hubiera abierto a tus pies, revelando una vislumbre del infierno. Nunca lo olvidaré. Me hizo estremecerme hasta la médula; es como si se hubiera encarnado en ella un demonio. No es una mujer; es una serpiente; es el—. El sábado fui a la capilla del embajador español, donde el cardenal Wiseman, con su mitra y sus ornamentos arzobispales, hizo una confirmación. Toda la escena era impía y teatral. Ayer (lunes) me vinieron a buscar para desayunar con el señor Rogers, el poeta patriarca.[122](#) Allí estaban la señorita D— y lord Glenelg; nadie más: resultó una velada agradable y tranquila, refinada e intelectual. Después del desayuno, sir David Brewster[123](#) pasó a recogernos para acompañarnos al Palacio de Cristal. Me horrorizaba bastante, porque sir David es un científico muy profundo y me temía que resultara imposible entender sus explicaciones técnicas, etc.; en realidad, no sabía cómo hacerle preguntas. Pero me ahorró la molestia: sin que le preguntara, dio la información de la forma más amable y sencilla. Pasamos dos horas en la exposición, y ya puedes suponer lo cansada que estaba; desde allí fuimos a la residencia de lord Westminster, donde pasamos otras dos horas viendo la colección de pintura de su espléndida galería.

Escribe lo siguiente a otra amiga:

No sé si — te habrá dicho que he pasado un mes en Londres este verano. Ya me harás cuando vengas las preguntas que quieras sobre ese punto y yo las contestaré con mi mejor habilidad balbuceante. No insistas mucho en el tema del Palacio de Cristal. Fui cinco veces y vi algunas cosas interesantes, por supuesto, y el efecto es sorprendente y bastante desconcertante; pero en ningún momento me sentí lo que se dice arrobada y cada nueva visita se hizo bajo coacción más que por mi propia y libre voluntad. Es un lugar excesivamente bullicioso; y en realidad sus prodigios atraen demasiado exclusivamente a la vista, y rara vez llegan al corazón o a la cabeza. Hago una excepción a la última afirmación en favor de quienes poseen amplios conocimientos científicos. Una vez fui con sir David Brewster, y me di cuenta de que él contemplaba los objetos con ojos diferentes de los míos.

La señorita Brontë regresó de Londres por Manchester y pasó un par de días con nosotros a finales de junio. Hacía tanto calor y ella estaba tan fatigada de las visitas a los lugares de interés en Londres, que pasamos casi todo el tiempo sentadas en casa con las ventanas abiertas, conversando. Sólo hizo un esfuerzo para salir a comprar un regalo a Tabby. Tenía que ser un chal o más bien una pañoleta, que pudiera ponerse por los hombros y el cuello como antaño. La señorita Brontë se tomó grandes molestias para encontrar la prenda que creía que le gustaría a la anciana.

Cuando llegó a casa, escribió la carta siguiente a la amiga con quien había estado en Londres:

Haworth, 1 de julio de 1851

Querida señora Smith: Ya estoy otra vez en casa; me complace decir que he encontrado a mi padre muy bien. El viaje a Manchester fue un poco caluroso y polvoriento, pero bastante agradable por lo demás. Los dos caballeros corpulentos que llenaban buena parte del coche cuando subí yo se bajaron en Rugby, y otras dos damas y yo lo tuvimos para nosotras solas el resto del viaje. La visita a la señora Gaskell fue un alto alentador en el camino. La rectoría de Haworth constituye un contraste considerable, aunque ni siquiera la rectoría de Haworth resulta un lugar sombrío con este luminoso tiempo estival; es bastante silenciosa, pero con las ventanas abiertas oigo los trinos algún que otro pájaro que canta en los espinos del jardín. Mi padre y las sirvientas creen que tengo mejor aspecto que cuando me fui y la verdad es que me siento mejor por el cambio. Se parece usted demasiado a su hijo para que resulte aconsejable extenderme sobre su amabilidad durante mi visita. Sin embargo, una no puede evitar (como el capitán Cuttle) apuntar estas cuestiones.

[124](#) *Papá me dice que le dé las gracias en su nombre y que le envíe saludos de su parte, y por lo tanto así lo hago. Recuerdos a todo su círculo.*

Queda suya, muy atentamente,

C. BRONTË

8 de julio de 1851

Muy señor mío: Creo que la última conferencia de Thackeray fue la mejor. Lo que dice de Sterne es cierto. Sus observaciones sobre los literatos, sus obligaciones sociales y sus deberes personales también me parecen ciertos y llenos de fuerza moral e intelectual [...] Parece que los debates de la asamblea internacional sobre derechos de autor

[125](#) no han sido muy fecundos, a juzgar por el informe de la *Literary Gazette*. No comprendo que sir E. Bulwer y los demás no hicieran nada; tampoco sé muy bien qué podrían haber hecho. El argumento expuesto sobre el daño de la literatura nacional americana por el actual sistema de piratería es irrefutable, pero me temo que los editores —hombres honrados— no estén mentalmente preparados para dar a dicho argumento la debida importancia. Creo que influiría más en ellos lo que se refiere al daño que les ocasiona la opresiva competencia de la piratería. Pero supongo que es difícil cambiar las costumbres arraigadas, sean buenas o malas. En cuanto al «carácter frenológico» no diré nada.

126 Veo que ha decidido observarlo desde el punto más ventajoso. No diré que mire más alto. Creo que lo ve como es deseable que todos veamos cuanto se refiere a nosotros mismos. Si tuviera derecho a susurrar un consejo, sería simplemente esto: Sea cual sea su personalidad actual, decida con toda su fuerza de resolución no empeorar. Vigile cualquier indicio de empeoramiento. Determine en cambio mirar por encima de ese nivel y esfuércese por superarlo. Todo el mundo aprecia ciertas virtudes sociales y le agrada el prójimo porque las posee; aunque quizá pocos presten mucha atención a la capacidad del amigo para lo intelectual o se preocupen de que la misma podría ampliarse si hubiera posibilidad de cultivarla y espacio para su desarrollo. A mí me parece que aun cuando dichas aptitudes y dicho espacio se denegaran por las circunstancias rigurosas y un destino severo, aun así, le beneficiaría saber claramente y recordar tenazmente que posee esa capacidad. Cuando otras personas lo abrumen con los conocimientos adquiridos que usted no haya tenido la oportunidad de adquirir o la aplicación para hacerlo, el pensamiento no le proporciona orgullo sino apoyo. Si no se hubieran escrito nunca libros nuevos, algunas de esas mentes serían páginas en blanco: sólo reciben impresiones; no nacieron con un registro de ideas en el cerebro ni con un instinto de sensaciones en el corazón. Si yo no hubiera visto jamás un libro impreso, la Naturaleza habría ofrecido a mi percepción un panorama variable de un continuo narrativo que me habría enseñado conocimiento sencillo pero genuino, sin ningún otro maestro.

Antes de que llegara su última carta había decidido decirle que esperaba no recibir ninguna durante tres meses (con la intención de ampliar esa abstinencia a seis meses), pues recelo depender de esa indulgencia. Usted no puede comprender el motivo, porque no vive mi vida, por supuesto. Así que no esperaré ninguna carta; aunque como me dice que le gustaría escribirme de vez en cuando, no puedo decirle que no lo haga nunca sin imponer a mis verdaderos deseos una falsedad que rechazarían, y sin someterlos a una violencia que se negarían a aceptar. Diré sólo que cuando le apetezca escribir, ya sea formalmente o como entretenimiento, sus cartas, si llegan, serán bien acogidas. Dígale a — que procuraré cultivar el buen humor tan asiduamente como ella cultiva sus geranios.

CAPÍTULO X

Charlotte recibió la visita de su amiga poco después de regresar a Haworth. Y durante su estancia allí escribió la carta de la que he tomado el extracto siguiente. El buen juicio y las opiniones acertadas que sobre el tema de la amistad expone en ella explican a la perfección el afecto perdurable que la señorita Brontë se ganó de todos aquellos que fueron una vez sus amigos.

SR. W. S. WILLIAMS

21 de julio de 1851

[...] No pude por menos que preguntarme si Cornhill cambiaría alguna vez para mí como Oxford ha cambiado para usted. Tengo algunas relaciones agradables asociadas con la editorial ahora: ¿cambiarán de carácter algún día?

Tal vez lo hagan, aunque confío en lo contrario, porque yo no exagero mis preferencias, creo; y creo que acepto los defectos y las virtudes: las imperfecciones y las excelencias. Y además, en el asunto de la amistad, he observado que el desengaño no se debe a que estimemos demasiado a nuestros amigos ni a que tengamos una opinión demasiado elevada de ellos, sino más bien a una valoración excesiva de su afecto y de la opinión que ellos tienen de nosotros; mas si nos diéramos por satisfechos, e incluso nos sintiéramos felices, ofreciendo más cariño del que recibimos, si pudiéramos sopesar justamente las circunstancias y ser precisos al sacar las conclusiones sin dejarnos cegar nunca por el amor propio, creo que conseguiríamos pasar por la vida con coherencia y constancia, sin la amargura de esa misantropía que nace de los cambios repentinos de opinión. Todo esto parece un poco metafísico, pero es puro sentido común si lo piensa bien. La moraleja consiste en que si basamos la amistad en fundamentos seguros, tenemos que amar a nuestros amigos por su bien más que por el nuestro; tenemos que considerar su fidelidad a sí mismos por lo menos tanto como su fidelidad a nosotros. En el segundo caso, toda ofensa al amor propio sería motivo de distanciamiento; en el primero, solamente algún cambio deplorable en el carácter y predisposición del amigo —alguna ruptura terrible en su lealtad a su lado bueno— enajenaría el afecto.

¡Qué interesante tuvo que ser para usted la charla de su anciana prima sobre sus padres! ¡Y qué gratificante descubrir que el recuerdo se centraba sólo en los hechos y los aspectos agradables! La vida tiene que ser en verdad pausada en esa aldehuela en decadencia entre colinas cretáceas. En realidad, seguramente es mejor estar agobiado de trabajo en una comunidad atestada que morir de inactividad en un lugar estancado y solitario: tenga en cuenta esta verdad siempre que se canse del trabajo y el ajetreo.

Charlotte me escribió una carta fechada poco después que la anterior. Y aunque en la misma hace continuas alusiones a lo que debía haberle dicho yo al escribirla, todo lo que suscitó en respuesta es tan peculiarmente característico que no puedo pasarlo por alto sin citar algunos

fragmentos:

Haworth, 6 de agosto de 1851

Querida señora Gaskell: Me alegró demasiado su carta, cuando al fin la recibí, para sentirme inclinada a quejarme ahora por su demora.

Hace unos quince días recibí una carta de la señorita Martineau; una carta larga también, y que trata exactamente los mismos temas que considera usted en la suya; a saber, la Exposición y la última conferencia de Thackeray. Fue interesante comparar los dos documentos —estudiar los dos puntos de vista—, ver alternativamente dos enfoques distintos de lo mismo. La diferencia era muy notable; y todavía más porque no se trataba del contraste burdo entre bueno y malo, sino de uno más sutil, la diversidad más delicada de los diferentes matices de bueno. Las excelencias de un mismo carácter parecían (pensé yo) las de una panacea universal, de sabor desagradable, quizá, pero muy tonificante; lo bueno de la otra parecía más afín a la eficacia nutritiva de nuestro pan de cada día. No es amargo; no es deliciosamente dulce: agrada sin mimar el paladar; sustenta sin forzar la fortaleza.

Estoy muy de acuerdo con usted en cuanto dice. Casi desearía que la armonía de opiniones no fuera tan completa, por mor de la variedad.

Empezaré por Trafalgar Square. Mi gusto coincide plenamente con el suyo y el de Meta

[127](#) en este punto. Siempre me ha parecido un lugar espléndido (y un paisaje). La vista desde lo alto de las escaleras siempre me ha parecido grandiosa e impresionante: la columna de Nelson incluida; podría prescindir de las fuentes. Y en cuanto al Palacio de Cristal, también pienso exactamente lo mismo que usted.

Y estoy convencida de que habla justamente de la conferencia de Thackeray. Hace bien en prescindir de las comparaciones odiosas, y de impacientarse con esa estupidez trillada acerca de «ninguna novedad»: una jerigonza que sólo demuestra la capacidad de apreciación más burda y débil de quienes la emplean habitualmente; la incapacidad para discernir el relativo valor de originalidad y de novedad; la absoluta falta de esa refinada percepción que, prescindiendo del estímulo de un tema siempre nuevo, puede hallar gratificación suficiente en la frescura del tratamiento. Esos críticos no disfrutarían nunca con una esplendorosa mañana de verano. Ocupados en recriminar a la cocinera por no prepararles un desayuno original y sabroso, serían insensibles a la influencia que ejercen normalmente en nosotros el amanecer, el rocío y la brisa: en eso no hay «nada nuevo».

¿Es la experiencia de la familia del señor — lo que ha influido en su opinión sobre los católicos? Lo reconozco, no lamento ese cambio inicial. No dudo que haya católicos buenos, muy buenos, pero no creo que el sistema sea de los que deban contar con las simpatías de alguien como usted. ¡Fíjese en el papismo quitándose la máscara en Nápoles!

He leído *Saints' Tragedy*. Como «obra de arte» me parece muy superior a *Alton Locke* y a *Levadura*.

[128](#) Quizá sea imperfecta, descuidada e irregular, pero tiene partes que tocan las fibras más sensibles de la naturaleza humana con mano fuerte incluso cuando flaquea. Vemos del principio al final (creo yo) que Isabel no tiene ni tuvo nunca una mente perfectamente sana. Desde que era lo que ella misma consideraba con exagerada humildad «una muchacha tonta» hasta el momento en que yace en el lecho de muerte gimiendo con visiones, una ligera corriente de locura recorre toda su existencia. Está bien: es verídico. Una mente cuerda, una inteligencia sana habría destrozado contra la pared el poder clerical; habría defendido del mismo sus afectos naturales como defiende una leona a sus crías; habría sido tan fiel al esposo y a los hijos como su pequeña Maggie lo fue a su Frank.

129 *Sólo una mente débil que tuviera algún defecto fatal podría haberse dejado influir como la de esa pobre santa. ¡Pero qué sufrimiento, qué batallas! Pocas veces me hace llorar un libro, pero con éste lloré a lágrima viva. Lo dejé cuando Isabel vuelve la cara hacia la pared, no hacía falta más.*

En esta tragedia se mencionan verdades profundas; pero sólo se mencionan, no se desarrollan; verdades que despiertan una lástima peculiar. No se trata del sueño de un poeta: sabemos que esas cosas han ocurrido; que las mentes se han visto subyugadas y las vidas asoladas de esa forma.

Recuerdos cordiales y respetuosos al señor Gaskell; todo mi cariño para las niñas, también para Marianne, aunque no la conozco. ¿Podría dar un besito de mi parte a Julia, esa personilla querida, pero peligrosa? Me falta un pedacito de corazón que me robó furtivamente la primera vez que la vi.

*Todo mi cariño. Atentamente,
C. BRONTË*

La alusión que hace al final de la carta se refiere a mi hija más pequeña; entre ella y Charlotte existía un fuerte atractivo recíproco. La niña ponía furtivamente su manita en la de la señorita Brontë, que no era mucho más grande, y ambas disfrutaban con la caricia supuestamente inadvertida. Pero una vez que le pedí a Julia que la acompañara y le enseñara el camino a alguna habitación de la casa, la señorita Brontë retrocedió. «No le pida que haga nada por mí. Ha sido muy agradable hasta ahora que prestara sus pequeños favores *de forma espontánea.*»

Citaré lo que me dice en otra carta para demostrar sus sentimientos por las niñas.

Siempre que vuelvo a ver a Florence y a Julia me siento como un pretendiente cariñoso pero tímido que contempla de lejos a la criatura perfecta a quien su temerosa torpeza le impide acercarse. Ésa es la idea más clara que puedo darle de mis sentimientos hacia los niños que me agradan pero para quienes soy una extraña; ¿y para qué niños no lo soy? Me parecen pequeños prodigios; su conversación y sus actitudes son tema de especulación entre asombrada y desconcertada.

Lo que sigue forma parte de una carta larga que me escribió, fechada el 20 de septiembre de 1851:

[...] Son bellas esas frases de los sermones de James Martineau;

[130](#) purísimas y auténticas piedras preciosas, algunas; ideas muy bien concebidas, expresadas a la perfección. Me gustaría mucho ver la crítica que ha hecho del libro de su hermana. No he leído ninguno de los artículos por los que me pregunta, excepto el muy notable sobre la emancipación de las mujeres que publicó el Westminster. ¿Por qué pensaremos (o más bien, sentiremos) usted y yo tan exactamente igual sobre determinados temas, de forma que no podemos discutir? Su opinión sobre ese artículo expresa mis pensamientos. Está bien razonado, con claridad y lógica, pero su abismo de omisión es inmenso; y discordante la vibración en las fibras más sensibles del alma. ¿Pero cuál es ese abismo? Creo que lo sé, así que me aventuraré a explicarlo. Me parece que el escritor olvida que existe algo llamado amor abnegado y devoción desinteresada. Cuando leí por primera vez el artículo creí que era obra de una mujer inteligente y lúcida que tenía un corazón duro y celoso, músculos de acero y nervios de correjel; de una mujer que anhelaba el poder y que nunca había sentido afecto. El cariño es dulce para muchas mujeres, y les es indiferente el poder conquistado: aunque a todas nos gusta conseguir influencia. Creo que J. S. Mill haría un mundo árido, duro y sombrío; y sin embargo habla con juicio admirable en buena parte del artículo: sobre todo cuando dice que si existe una incapacidad natural en las mujeres para desempeñar el trabajo de los hombres no es necesario hacer leyes sobre el tema; que se les abran todas las carreras; que lo intenten; las que hayan de triunfar, triunfarán, o al menos tendrán una oportunidad justa; las incapaces volverán a su sitio. También aborda hábilmente el tema de la «maternidad». En resumen, creo que J. S. Mill tiene una cabeza excelente, pero me siento inclinada a menospreciar su corazón. Tiene usted razón cuando dice que hay un amplio margen en la naturaleza humana sobre el que los lógicos no tienen el menor dominio. Mucho me complace que sea así.

Envío en el mismo correo Las piedras de Venecia de Ruskin, y espero que usted y Meta encuentren pasajes agradables. Algunas partes resultarían áridas y técnicas si no fuera por el carácter, la extraordinaria personalidad que impregna todas las páginas del libro. Me habría gustado que Marianne me hubiera hablado en la conferencia; me habría alegrado mucho. Me divierte lo que me cuenta de ese duendecillo llamado Julia. Creo que no sabe usted que tiene muchísimo del carácter de su mamá (modificado); creo que lo descubrirá cuando crezca.

¿No es un gran error que el señor Thackeray dé sus conferencias en Manchester en circunstancias y condiciones que excluirán a personas como el señor Gaskell y usted de su audiencia? A mí su plan londinense me parecía demasiado limitado. Charles Dickens nunca limitaría así su campo de acción.

Me pide que escriba sobre mí misma. ¿Qué puedo decir sobre tan precioso asunto? Estoy muy bien de salud. Y no siempre igual de ánimos. No me ocurre nada. Espero y deseo poco de este mundo y doy gracias por no desanimarme y sufrir más. Gracias por preguntar por nuestra anciana sirvienta. Está muy bien. Le encantó el chal, etc. Me alegra decir que papá también se encuentra muy bien. Reciban usted y el señor Gaskell sus más cordiales saludos y los míos. Con cariño y respeto.

*Atentamente,
C. BRONTË*

El otoño no estaba aún muy avanzado cuando los efectos habituales de su vida solitaria y del insalubre emplazamiento de la rectoría empezaron a manifestarse en forma de jaquecas y noches en vela, deprimentes e inquietantes. No se extiende en ello en sus cartas; pero la absoluta falta de alegría en el tono y algunas frases arrancadas a la fuerza dicen mucho más de lo que podrían expresar las palabras. Todos estuvieron enfermos en la rectoría, con fiebre y gripe persistente, como de costumbre. Parece que ella era la más fuerte y tuvo que cargar durante un tiempo con todo el trabajo de la casa.

*SR. W. S. WILLIAMS
26 de septiembre*

Cuando dejé a un lado su carta después de leer con interés la vívida descripción que hace de una escena muy sorprendente, no pude por menos que lamentar con renovada fuerza una verdad sobradamente conocida pero siempre impresionante; a saber, que es bueno interesarse por cuanto nos rodea, vernos obligados a observar más de cerca los sufrimientos, las privaciones, los esfuerzos y las dificultades de los demás. Si vivimos en la plenitud del contento, está bien que nos recuerden que miles de semejantes padecen una suerte distinta; está bien provocar las simpatías adormecidas, sacudirse el egoísmo aletargado. Mas si, por otro lado, nos debatimos con el dolor especial, la prueba íntima, la peculiar amargura con que Dios haya tenido a bien mezclar nuestra copa de la existencia, es muy beneficioso saber que nuestra lúgubre suerte no es singular; apacigua la palabra y el pensamiento atribulados, levanta el ánimo decaído ver claramente ante nosotros que hay en el mundo aflicciones sin cuento, cada una de las cuales quizá iguale y

algunas superen la pena personal por la que somos demasiado proclives a sufrir exclusivamente.

Todos esos emigrantes amontonados tenían sus problemas, sus lamentables motivos de destierro; y usted, el espectador, tenía «sus deseos y pesares», sus angustias, que empañaban la felicidad del hogar y la dicha doméstica; y el paralelismo podría prolongarse y seguiría siendo cierto; seguiría siendo el mismo: una espina clavada en cada uno; una carga, un conflicto para todos.

Debería y tendría que considerarse seriamente en qué medida es susceptible de mejora esa situación mediante cambios en las instituciones públicas y alteración de los hábitos nacionales: pero ése es un problema que no tiene fácil solución. Los males, como bien señala usted, son grandes, reales y muy obvios; el remedio es oscuro y vago; pero la emigración tiene que ser buena para la competencia excesiva; la vida nueva en un país nuevo tiene que devolver la esperanza; el campo más amplio y la menor densidad de población tienen que abrir un nuevo camino para el empeño. Yo siempre he creído que han de acompañar a ese paso grandes poderes físicos de esfuerzo y entereza [...] Me complace realmente saber que ha aparecido en su camino un escritor original. La originalidad es la perla más valiosa de la literatura, la virtud más rara y más preciosa que puede recomendar a un autor. ¿No son sus proyectos literarios para la próxima temporada aceptablemente fecundos y satisfactorios? Me pregunta por «Carrer Bell». Me parece que el hecho de que su nombre no figure en su catálogo de novedades no dejará ningún vacío y que quizá pueda ahorrarse al fin la inquietud de pensar que lo buscan cuando en realidad no es su sino aparecer.

Tal vez Carrer Bell se queje en secreto de esos asuntos; pero si así fuera, se lo guardaría para sí. Es algo acerca de lo que huelgan las palabras, porque ninguna podría cambiar las cosas: es algo entre él y su suerte, sus facultades y su destino.

Mi esposo y yo deseábamos que Charlotte nos hiciera una visita antes de que llegara el invierno; nos escribió así, declinando nuestra invitación:

6 de noviembre

Si alguien pudiera tentarme a salir de casa, serían ustedes; pero precisamente ahora no puedo irme de aquí. Me siento muchísimo mejor que hace tres semanas. He notado que siempre me afecta extrañamente la época del año en que se acerca el equinoccio (de otoño o de primavera) durante un mes o mes y medio. La presión me afecta anímicamente a veces, y otras físicamente. Tengo dolor de cabeza o me sumo en el más profundo abatimiento (aunque no tanto desánimo que no pueda guardármelo). Creo que ese tiempo fatigoso ya ha pasado este año. Así lo espero. Fue el aniversario de la muerte de mi pobre hermano y de la enfermedad de mi hermana: no hace falta que añada más.

En cuanto a escapar de casa cada vez que tengo que librar una batalla de ese género, no serviría de nada: el destino se cumpliría de todos modos. Y en cuanto a librarse de él, no puede ser. He declinado ir a ver a la señorita—, a la señorita Martineau, y ahora a verlos a ustedes. ¡Pero, por favor!, no crean que rechazo su amabilidad; ni que la misma deja de hacer el bien que

deseaban. Muy al contrario, el sentimiento expresado en su carta, demostrado por su invitación, llega directamente adonde deseaban y sana como desearían que lo hiciera.

La descripción de Fredrika Bremer coincide exactamente con una que he leído en algún sitio, no sé en qué libro. Me reí mucho cuando llegué a la mención de la especial destreza de Frederika que hace usted con notable sencillez y que en mi opinión es lo que los franceses llamarían impayable. ¿Dónde encuentra usted a un extranjero sin algún pequeño inconveniente como ése? Es una lástima.

La señorita Wooler hizo entonces una visita a Haworth que benefició mucho a Charlotte Brontë. Nos dice que la compañía de su invitada fue como «un buen vino» y «muy grata», tanto para su padre como para ella. Pero la señorita Wooler no pudo quedarse mucho tiempo con ella; y cuando se marchó, la monotonía diaria cayó de nuevo sobre Charlotte con todo su peso; los únicos acontecimientos de sus días y semanas consistían en los pequeños cambios que suponían las cartas que recibía de vez en cuando. Ha de recordarse que su salud le impedía muchas veces salir de casa en invierno o cuando el tiempo era inclemente. Era muy propensa a las anginas y al dolor de pecho y problemas respiratorios a la menor exposición al frío.

Recibió entonces una carta muy grata y conmovedora de su última visitante; una carta sencilla en que le daba las gracias por las atenciones y la amabilidad que le habían prodigado, pero terminaba diciendo que hacía muchos años que no había disfrutado tanto como durante aquellos diez días en Haworth. Este comentario evocó una saludable sensación de modesto placer en la mente de la señorita Brontë; y dice que le sentó bien.

He encontrado una descripción retrospectiva de su visita a Londres en una carta a una amiga lejana que escribió por esta época. Es demasiado larga para considerarla una mera repetición de lo que había dicho antes; y además demuestra que sus primeras impresiones de lo que vio y oyó no eran vagas y pasajeras, sino que habían resistido las pruebas del paso del tiempo y las reconsideraciones posteriores.

Pasé unas semanas en la ciudad el verano pasado, como sabes. Y me interesaron de verdad muchas cosas que vi y oí allí. Lo que sigue más vivo en mi memoria son las conferencias del señor Thackeray, la interpretación de mademoiselle Rachel, los sermones de D'Aubigné, Melville y Maurice, y el Palacio de Cristal.

Habrás visto en los periódicos reseñas y comentarios de las conferencias del señor Thackeray; fueron interesantes. No siempre coincidía yo con el parecer expuesto ni las opiniones mencionadas; pero admiraba la soltura caballerosa, el humor discreto, el gusto, la sencillez y la originalidad del conferenciante.

La interpretación de Rachel me paralizó de asombro, me encadenó de interés y me estremeció de espanto. La extraordinaria fuerza con que expresa las pasiones más terribles en su más vigorosa esencia constituye un espectáculo tan emocionante como las corridas de toros de España y las luchas de los gladiadores de la antigua Roma, y en mi opinión, ni un ápice más moral que esos estimulantes de la ferocidad popular. Apenas muestra la naturaleza humana; es algo más salvaje y peor; los sentimientos y la furia de un demonio. Sin duda posee el don extraordinario de la genialidad; aunque me temo que lo denigra en vez de sacar buen provecho de él.

Los tres predicadores me complacieron sumamente. Melville me pareció el más elocuente y Maurice el más sincero; si tuviera que elegir, frecuentaría el ministerio de Maurice.

Sobre el Palacio de Cristal no necesito hacer comentarios. Ya habrás oído demasiados. Al principio me produjo una vaga mezcla de admiración y asombro; pero un día tuve el privilegio de recorrerlo en compañía de un eminente paisano tuyo, sir David Brewster, y cuando le escuché explicar con lucidez en su agradable acento escocés muchas cosas que hasta entonces habían sido

para mí como un libro cerrado, empecé a comprenderlo un poco mejor, o al menos una pequeña parte del mismo; lo que no sé es si los resultados finales colmarán las expectativas.

Su indisposición cada vez más fuerte la venció al final, pese a todos sus esfuerzos de voluntad y de juicio. Procuró olvidar los recuerdos opresivos escribiendo. Los editores le pedían con insistencia otro libro. Había empezado *Villette*, pero no tenía fuerza para seguir escribiendo.

No es nada probable —dice— que mi libro esté listo en la fecha que menciona usted. Si la salud me acompaña, seguiré con él al ritmo que me permita hacerlo, si no bien, al menos todo lo bien que pueda. Pero no más deprisa. Cuando el humor me abandona (me ha abandonado ahora, sin dignarse dirigirme una palabra ni dejarme un mensaje indicando cuándo volverá) guardo el manuscrito y espero que vuelva. Bien sabe Dios que a veces tengo que esperar mucho, muchísimo, me parece a mí. Mientras tanto, si puedo hacerle una petición, sería ésta: por favor, no diga nada de mi libro hasta que esté escrito y obre en su poder. A lo mejor no le gusta. A mí no me entusiasma lo que he escrito hasta ahora, y no hace falta que le diga precisamente a usted que los autores siempre son tiernamente benévolos con lo suyo, e incluso ciegamente parciales. Y aun cuando resultara aceptable, sigo considerando desastroso para la prosperidad de un libro efímero como una novela que se hable de antemano mucho de él como si fuera grandioso. La gente suele concebir, o al menos manifestar, expectativas tan exageradas que ningún resultado puede satisfacerlas; luego vienen la decepción y la justificada venganza, la detracción y el fracaso. Si tuviera que pensar en los críticos cuando escribo, sabiendo como sé que están esperando a Curren Bell, dispuestos a «romperle todos los huesos antes de que llegue al fondo de la guarida», se me paralizaría la mano en el escritorio. Lo único que puedo hacer es esforzarme al máximo, cubrirme luego la cabeza con el manto de la Paciencia y sentarme a sus pies a esperar.

El «humor» del que habla siguió igual; tenía una causa física. Indigestión, náuseas, dolor de cabeza, insomnio: se combinó todo hasta producir un abatimiento espantoso. Ocurrió por entonces un suceso insignificante que no contribuyó mucho a animarla. Fue la muerte del pobre y fiel *Keeper*, el perro de Emily. Había llegado a la rectoría en la plenitud de su vigor juvenil. Hosco y feroz, había encontrado la horma de su zapato en la indómita Emily. Al igual que muchos perros de su clase, temía, respetaba y amaba profundamente a quien lo dominaba. La había llorado con la conmovedora fidelidad de su naturaleza, sumiéndose en la vejez tras la muerte de ella. Y ahora, como escribía la única hermana Brontë superviviente: «El pobrecito *Keeper* estuvo enfermo una noche y murió el lunes pasado por la mañana; se durmió dulcemente. Enterramos su vieja y fiel cabeza en el jardín. *Flossy* (el perro gordo y de pelaje rizado) está taciturno y lo echa de menos. Ha sido muy triste perder al viejo perro; pero me alegra que tuviera un fin natural. La gente no hacía más que insinuar que habría que sacrificarlo, algo que ni papá ni yo queríamos considerar siquiera».

Cuando la señorita Brontë escribió eso el 8 de diciembre tenía un fuerte catarro y dolor de costado. Su enfermedad se agravó, y el 17 de diciembre ella —tan paciente, silenciosa y sufrida, que tenía tanto miedo de cualquier exigencia egoísta a los demás— tuvo que pedir ayuda a su amiga:

No puedo ir a verte ahora, pero te agradecería que vinieras tú, aunque fuera sólo unos días. A decir verdad, lo he pasado bastante mal el último mes. Esperaba mejorar, pero al final me vi obligada a recurrir a un médico. Me he sentido a veces muy débil y alicaída y anhelaba compañía, pero no podía convencerme de cometer el acto egoísta de pedírtelo meramente por mi propio alivio. El médico habla de forma alentadora, pero aún no he mejorado. Como la enfermedad ha sido progresiva durante mucho tiempo, no puedo esperar que ahora desaparezca de repente. No tengo que guardar cama, pero estoy débil —durante unas tres semanas no he tenido apetito— y las noches son un infierno. Comprendo perfectamente que el abatimiento intenso y constante tiene mucha relación con el origen de la enfermedad; y sé que un poco de compañía animosa me sentaría mejor que montones de medicinas. Si puedes venir, hazlo el viernes. Escíbeme mañana y dime si es posible y a qué hora llegarás a Keighley para que envíe la calesa. No te pido que te quedes mucho tiempo; unos días es todo lo que pido.

Su amiga fue a verla, por supuesto; y su compañía, siempre tan grata para la señorita Brontë, la benefició bastante. Pero las raíces del mal eran demasiado profundas para que un poco de la compañía alentadora que tan conmovedoramente había suplicado pudiera hacer algo más que mitigarlo un poco.

No tardó mucho en recaer. Estaba muy enferma y los remedios empleados produjeron un efecto extraño en su constitución especialmente sensible. El señor Brontë se preocupó mucho al ver a la única hija que le quedaba en aquel estado, reducida a un grado de extrema debilidad por no haber podido ingerir alimentos durante más de una semana. Se recuperó un poco, y tomaba como único sustento media taza de líquido con una cucharilla de té al día. Pero no guardó cama para no preocupar más a su padre y se debatió sola con paciencia durante las peores horas.

Cuando se estaba recuperando, su ánimo necesitaba ayuda y fue entonces cuando cedió a rogar a su amiga que la visitara. Durante todo el tiempo que duró la enfermedad de la señorita Brontë, la señorita — había querido ir a verla. Pero ella se había negado a aprovecharse de su amabilidad, diciéndole que «ya era bastante agobiarse ella misma; que sería un suplicio molestar a otros». Cuando estaba peor, le dice a su amiga, con cómica ironía, lo descaradamente que había conseguido capturar una carta de la señorita — al señor Brontë, pues sospechaba que iba a preocuparle todavía más por la salud de su hija, «y conjeturando el tenor de la misma, se había apoderado de su contenido».

Por suerte para todos, el señor Brontë se sintió de maravilla aquel invierno: dormía bien, estaba animado y gozaba de un excelente apetito, todo lo cual parecía indicar vigor; y en ese estado de salud, Charlotte se permitió ir a pasar una semana con su amiga sin inquietud.

Las amables atenciones y la alegre compañía de la familia con quien estuvo fueron un remedio excelente. Ellos no se preocupaban por ella en absoluto como Currer Bell, sino como Charlotte Brontë, a quien conocían y amaban desde hacía años. Y su debilidad sólo era un nuevo motivo para ser más solícitos con la mujer solitaria a quien conocían desde pequeña como estudiante huérfana de madre.

La señorita Brontë me escribió por entonces explicándome algo de lo que había sufrido.

La verdad es que el pasado invierno ha sido una temporada extraña; si tuviera que vivirlo otra vez, mi plegaria sería por fuerza: «Aparta de mí este cáliz». La depresión anímica que en mi última carta le comentaba que creía haber superado, volvió con un fuerte retroceso. Siguió congestión interna y luego inflamación. Tenía un dolor fuerte en el costado derecho, ardor y dolor frecuente en el pecho; el sueño me abandonó casi por completo y cuando llegaba lo hacía acompañado de pesadillas espantosas; el apetito se desvaneció y la fiebre me acompañaba continuamente. Tardé bastante tiempo en decidir que tenía que pedir consejo médico. Creía que el mal me había afectado los pulmones y no confiaba en la eficacia de las medicinas. Cuando al fin consulté a un médico, declaró que tenía los pulmones y el pecho sanos y atribuyó todos mis males a una afección del hígado, órgano en el que parece que había empezado la inflamación. El diagnóstico fue un gran alivio para mi padre y también para mí; pero tuve que someterme a un tratamiento bastante estricto y estaba muy débil. Todavía no estoy bien del todo, pero ya puedo decir con gratitud que estoy muchísimo mejor. Parece que voy recuperando el sueño, el apetito y las fuerzas.

Le interesó mucho que le permitieran una primera lectura de *Esmond*, y expuso sus opiniones sobre el tema en una carta crítica al señor Smith, que le había concedido este privilegio.

14 de febrero de 1852

Muy señor mío: Ha sido un gran placer leer la obra del señor Thackeray; y ahora expreso tan pocas veces mi sentido de la amabilidad que, por una vez, tendrá que permitirme sin reproche que le agradezca un placer tan raro y especial. Pero no voy a alabar al señor Thackeray ni su libro. Lo he leído, he disfrutado, me ha interesado y, en realidad, me ha provocado tanta ira y pesar como gratitud y admiración. Y, de todos modos, es imposible dejar un libro suyo sin que aparezcan esos dos últimos sentimientos, sea cual sea el tema o tratamiento. Lo que más me ha impresionado de la primera mitad del libro es la forma prodigiosa en que el autor se sumerge en el espíritu y las letras de la época que trata; las alusiones, las ilustraciones, el estilo, todo me parece magistral en precisión, armoniosa coherencia, sutileza, naturalidad y absoluta falta de exageración. Ningún imitador de segunda fila puede escribir así; ningún cronista torpe puede encantarnos con una alusión tan delicada y perfecta. ¡Pero qué amarga sátira, qué disección implacable de sujetos morbosos! Y en realidad, también eso es correcto, o lo sería si el feroz cirujano no pareciera tan complacido con su obra. A Thackeray le gusta abrir una úlcera o un aneurisma; disfruta manejando el cruel bisturí y sondeando la carne temblorosa y viva. A Thackeray no le gustaría que el mundo fuera bueno: a ningún gran satírico le gustaría que la sociedad fuera perfecta.

Y es tan injusto como siempre con las mujeres; muy injusto. Creo que se merece cualquier castigo por hacer a lady Castlewood mirar por el ojo de la cerradura, escuchar junto a una puerta y tener celos de un muchacho y una lechera. He advertido muchos otros detalles lamentables y

exasperantes mientras leía; pero luego, de nuevo, llegaban pasajes tan reales, tan perfectamente concebidos, tan tiernamente sentidos, que no podía por menos que olvidar y admirar.

* * *

Pero me gustaría que le dijeran que no se preocupe mucho por extenderse en las intrigas religiosas y políticas de la época. En su fuero interno, Thackeray no valora las intrigas religiosas y políticas de ninguna época o fecha. Le gusta mostrarnos la naturaleza humana al natural, tal como la ve él a diario; su prodigiosa facultad de observador se complace en la acción. En él es como una suerte de capitán o caudillo; y si alguna vez algún pasaje de su obra carece de interés es cuando esa capacidad magistral queda relegada a un segundo plano por un tiempo. Creo que es lo que ocurre en la primera parte de este libro. Hacia la mitad, deja el control, vuelve en sí y tiene fuerza hasta el final. Ahora todo depende de la segunda y la tercera parte. Si son inferiores a la primera en sustancia e interés, no podrán ser un éxito. Si la continuación es mejor que el comienzo, si la corriente gana fuerza al avanzar, Thackeray triunfará. Algunos han dado en llamarle el segundo escritor del momento; de él depende que esos críticos vean o no justificado el título. No tiene por qué ser el segundo. Dios no lo creó segundo de nadie. Yo en su lugar me mostraría tal como soy, no como los críticos me presentarán; de todos modos, me esforzaría al máximo. Gracias una vez más. Queda suya, muy atentamente,

C. BRONTË

La salud de la señorita Brontë siguió impidiéndole concentrarse en la escritura como deseaba durante muchas semanas después del cólico que había sufrido. Los pocos acontecimientos que despertaron su interés en este tiempo no la animaron mucho. En marzo recibió la noticia de la muerte del pariente de una amiga en las colonias; la carta siguiente indica el temor que la consumía.

La semana pasada recibí una carta de M—, en la que me comunicaba la muerte de E—; una carta larga, que expresaba su sencilla, profunda y auténtica emoción y que me destrozó el alma; sólo me he atrevido a leerla una vez. Abrió heridas medio cicatrizadas con fuerza terrible. El lecho de muerte era el mismo, los jadeos, etc. Ella teme que ahora, en su espantosa soledad, se volverá «una mujer egoísta, dura y severa». Este temor dio en el blanco; yo lo he sentido una y otra vez; ¿y cuál es mi posición con relación a M—? ¡Que Dios la ayude, como sólo Él puede hacerlo!

Su amiga siguió instándola a que saliera de casa; no le faltaban invitaciones para hacerlo cuando esos accesos de abatimiento hacían presa en ella. Pero no se permitía esas indulgencias a menos que fuera absolutamente necesario por su estado de salud. Tenía pavor a recurrir siempre al estímulo del cambio de escenario y la compañía, por la reacción irremediable que seguía. A su modo de ver, estaba destinada a llevar una vida solitaria y tenía que aceptarlo y procurar adaptarse a ella armoniosamente. Todo iba relativamente bien cuando podía dedicarse a la escritura. Los personajes eran sus compañeros en las horas de silencio que pasaba sola, a veces sin poder salir de

casa durante días. Los intereses de los personajes de sus novelas suplían la falta de interés de su propia vida; y Memoria e Imaginación realizaban su cometido y dejaban de corroer sus energías vitales. Pero muchas veces no podía escribir, no podía ver a sus personajes ni oírlos hablar; el dolor de cabeza los ocultaba como una bruma densa; eran inexistentes para ella.

Eso le ocurrió durante toda aquella primavera; y *Villette* siguió paralizada, a pesar de la impaciencia con que esperaban sus editores que se la entregara. Incluso las cartas a su amiga son escasas y breves en esa época. Encuentro en ellas alguna que otra frase que puede extraerse y que merece la pena conservar:

La carta de M— es muy interesante; revela una inteligencia que no puedo por menos que admirar sinceramente. Compara su fortaleza serena y confiada con la dependencia vacilante de la pobre—. No recuerdo que cuando ésta se hallaba en su primer arrebató de dicha se desahogara nunca en expresiones de gratitud a Dios. Su desconfianza y sus dudas sobre la felicidad propia siempre te hacían compadecerla. M— tiene fe; una fe agradecida y satisfecha; ¡y qué considerada es con los demás aunque esté contenta consigo misma!

23 de marzo de 1852

Me dices, querida E—, que a menudo deseas que charlara por escrito, como haces tú. ¿Cómo voy a hacerlo? ¿Sobre qué temas? ¿Es acaso mi vida fecunda en temas de conversación? ¿A quién veo yo? ¿Qué visitas hago? No, tú tienes que hablar y yo tengo que limitarme a escuchar diciendo «sí» y «no» y «¡gracias!» por el esparcimiento de cinco minutos.

* * *

Me divierte tu interés por la política. No esperes provocarme; todos los ministerios y todas las oposiciones me parecen absolutamente iguales. Disraeli ha sido un dirigente de la oposición faccioso. Y lord John Russell lo será ahora que ocupa el lugar de Disraeli. El «amor y el espíritu cristianos» de lord Derby no valen un centavo.

SR. W. S. WILLIAMS

25 de marzo de 1852

Muy señor mío: El señor Smith me dio a entender hace poco que pensaba hacer una reedición de Shirley. He revisado la obra y le adjunto una lista de erratas. He enviado también por ferrocarril una caja con libros de Cornhill.

He leído últimamente Dos familias con sumo placer. Creo que tenía que haber recibido esa obra en enero; pero la retuvieron en el departamento de cartas no reclamadas durante casi dos meses por algún error. El principio me gustó muchísimo; pero, a mi entender, el final no llega ni mucho menos al nivel de Rose Douglas. Me parece que la autora

[134](#) comete el error de desviar el foco de atención de los dos personajes en que lo centra primero (es decir, Ben Wilson y Mary) a otros mucho menos estructurados. Si hubiera hecho a Mary y a Ben los protagonistas y hubiera seguido el desarrollo de sus fortunas y caracteres en la misma vena natural y sincera en que comienza, podría haber conseguido un libro excelente e incluso original. En cuanto a Liliás y Ronald, son meras fantasías románticas que no tienen nada del genuino campesino escocés; ni siquiera hablan su dialecto; parlotean como una dama y un caballero refinados.

Tendría que haberle expresado hace mucho la satisfacción con que leí *Mujeres del cristianismo de la señorita Kavanagh*. Su caridad y objetividad son en conjunto muy bellas.

[135](#) *En realidad, toca muy de pasada el tema de Isabel de Hungría; y es evidente que malinterpreta el hecho de que parece la caridad protestante inferior que la de los católicos. Olvida, o ignora, que el protestantismo es un credo más discreto que el catolicismo; que no viste a su clero de escarlata ni santifica a sus mujeres, ni canoniza sus nombres ni proclama sus buenas obras. Sus limosnas quizá no se registren, pero en el Cielo llevan la cuenta como aquí en la tierra.*

Recuerdos a su familia; espero que hayan capeado sin problema el crudo invierno y los vientos del Este que todavía cortan nuestra primavera en Yorkshire.

Saludos, atentamente,

C. BRONTË

3 de abril de 1852

Muy señor mío: La caja llegó sin novedad; muchas gracias por el contenido; la selección es excelente.

Como quería saber mi opinión sobre La escuela para padres,

[136](#) me apresuré a leerlo. Me parece lúcido, interesante y muy divertido, y creo que en general gustará. Tiene mérito la elección de un tema que aún no está trillado; la relativa frescura del mismo, el personaje y la época dan cierto interés a la narración. Creo que también expone de forma gráfica las situaciones, describiendo con vivo talento todo lo visible y tangible: lo que se ve en la superficie de las cosas. Creo que el humor quedaría muy bien en el escenario; a mi entender, casi todas las escenas requieren accesorios dramáticos para lograr un efecto completo. Pero me parece que, en justicia, no se puede pasar de ahí en cuanto a elogios. Hablando con franqueza, al leer la historia sentí una prodigiosa vaciedad en la moral y el sentimiento; una extraña superficialidad de aficionada en cuanto al propósito y la intención. Al fin y al cabo, Jack no es mucho mejor que Tony Lumpkin,

137 y no existe un margen de elección muy grande entre el payaso que es y el lechuguino que su padre quiere que sea. La burda vida material del viejo cazador de zorros inglés y la existencia frívola de caballero elegante presentan dos extremos, cada uno tan repugnante a su modo que una se siente inclinada a sonreír ante la visión sentimental de la suerte de un joven obligado a pasar de uno a otro; arrancado de las caballerizas, quizá para entrar en la sala de baile. La muerte de Jack es lamentable, sin duda, y es triste el prematuro final del pobre muchacho; pero no hay que olvidar que si no lo hubieran arrojado al arma del coronel Penruddock, seguramente se habría partido el cuello en una cacería. El personaje de sir Thomas Warren es excelente; coherente del principio al fin. El del señor Addison no está mal, aunque es esquemático, un simple esbozo; le falta colorido y acabado. Vemos el retrato del hombre, su atuendo, y anécdotas fragmentarias de su vida; ¿pero dónde están la naturaleza del hombre, su alma y su ser? No haré comentarios sobre los personajes femeninos; ni una palabra; sólo el de Lydia me parece el de una pequeña actriz, lindamente ataviada, que hace entradas y mutis graciosamente, y vuelve a aparecer en una comedia de enredo, asumiendo los sentimientos propios de su papel con tacto e ingenuidad apropiados, y nada más.

Su descripción del hombre de negocios modélico es bastante real, no lo dudo; pero no temamos que la sociedad vaya a ser siempre así; la naturaleza humana (aunque mala), en realidad tiene aspectos que lo impiden. Aunque la misma tendencia a esa consumación (la tendencia del mercado actual, me temo) indudablemente causa mucho sufrimiento. No obstante, cuando el mal de la competencia pasa de cierto límite, ¿no produce a su debido tiempo su propio remedio? Supongo que lo hará, pero mediante alguna crisis convulsa que lo destrozará todo a su alrededor como un terremoto. Entretanto, ¿para cuántos es una lucha la vida, reducidos el placer y el descanso, y el trabajo mucho más de lo que puede soportar la naturaleza! A veces pienso que este mundo sería el más espantoso enigma si no creyéramos firmemente en una vida futura en que el esfuerzo consciente y el dolor paciente hallarán su recompensa. Reciba mis más cordiales saludos. Muy atentamente,

C. BRONTË

En una carta a su antigua compañera de Bruselas hace un breve examen retrospectivo del deprimente invierno que había pasado.

Haworth, 12 de abril de 1852

[...] He luchado durante todo el invierno y parte de la primavera, a veces con gran dificultad. Mi amiga estuvo unos días conmigo en la primera parte de enero; no pudo quedarse más. Me sentí mejor durante su visita, pero poco después de marcharse tuve una recaída que me debilitó mucho. No puede negarse que mi situación de soledad agravó muchísimo los otros males. Hubo largos días y largas noches tormentosos en que sentí un anhelo indescriptible de ayuda y compañía. No podía dormir, y pasaba en vela noche tras noche, débil, y sin poder distraerme con nada. Pasaba los días sentada en mi silla con los recuerdos más tristes por única compañía. Nunca olvidaré ese tiempo; pero Dios me lo envió, y habrá sido para mi bien.

Ahora estoy mejor; y doy gracias por haber recuperado una salud aceptable; sin embargo,

parece que siempre tiene que haber alguna aflicción y papá, que ha gozado de excelente salud durante todo el invierno, está ahora con su bronquitis primaveral. Deseo con toda mi alma que no pase de la forma relativamente leve en que se ha manifestado hasta ahora.

No olvidaré contestar tu pregunta sobre las cataratas. Dile a tu papá que mi padre tenía setenta años cuando se sometió a la operación; le costó muchísimo decidirse. No podía creer que a su edad y con su falta de energía pudiera salir bien. Me vi obligada a ser muy decidida y asumir toda la responsabilidad. Han pasado ya casi seis años desde la extracción (no fue una simple reducción); y no lo ha lamentado ni una sola vez en todo ese tiempo ni pasa un día en que no manifieste su gratitud y satisfacción por haber recuperado el inestimable privilegio de la visión cuya pérdida conoció.

Yo había explicado a la señorita Brontë en una de mis cartas el esquema de la historia en que estaba trabajando entonces, y ella me contesta lo siguiente:

Me parece magnífico el esbozo que hace de su obra (respecto a la cual, por supuesto, estoy muda); y su objetivo puede ser tan útil en cuanto al resultado práctico como loable y justa en su orientación teórica. Un libro así puede devolver la esperanza y la energía a muchas personas que creen haber perdido el derecho a ambas; y abrir una vía clara del esfuerzo honorable a algunas que creen haber perdido todo el honor en esta vida.

Pero ¡escuche mi protesta!

¿Por qué tiene que morir ella? ¿Por qué vamos a tener que cerrar el libro llorando?

Me acongoja la sola idea del dolor que tendrá que soportar. Y sin embargo ha de seguir usted el impulso de su propia inspiración. Si la misma ordena la muerte de la víctima, ningún curioso tiene derecho a tender la mano para sujetar el cuchillo expiatorio; pero la considero una sacerdotisa severa en esos asuntos.

Con el tiempo más templado, Charlotte mejoró de salud y pudo escribir. Se dispuso a realizar el trabajo que tenía ante sí con renovado vigor; y sacrificó el placer por el trabajo constante. Escribe lo siguiente a su amiga:

11 de mayo

Querida E—: He de atenerme a la resolución de no visitarte y de que no me visites de momento. Quédate en B. hasta que vayas a S., como me quedaré yo en Haworth; tan franca despedida ha de hacerse con el corazón además de con los labios y quizá así resulte menos dolorosa. Me alegra que haya cambiado el tiempo; el regreso del viento del Suroeste me sienta bien; espero que tú no tengas motivo para lamentar la partida de tu viento del Este preferido. No me sorprende lo que me cuentas de—. He recibido muchas notas breves (de las que contesto una de cada tres) que respiran el mismo espíritu. Ella y el niño son los únicos temas absorbentes sobre los que las variaciones llegan al hastío. Pero supongo que no hay que hacer mucho caso, ni creer que es algo singular. Y me temo que tampoco cabe esperar que mejore. He leído hace poco una frase en un libro francés que viene a cuento: «el matrimonio puede definirse como un estado de doble egoísmo». Que se consuelen los solteros, por consiguiente. Gracias por la carta de Mary. Parece muy feliz. Y no sabes cuánto más real, duradera y justificada me parece su felicidad que la de—. Creo que se debe en buena medida a sí misma y a su carácter religioso, confiado, puro y sereno. En cambio — siempre me da la impresión de arrobamiento vacilante e inseguro, que depende por completo de las circunstancias con todas sus fluctuaciones. Si Mary llega a ser madre, verás entonces un contraste mayor.

Te deseo toda la salud y placer del mundo en tu visita, querida E.; y por lo que se puede juzgar ahora, parece que hay muchas posibilidades de que el deseo se cumpla. Todo mi cariño,
C. BRONTË

CAPÍTULO XI

El lector recordará que Anne Brontë había recibido sepultura en el cementerio de la antigua iglesia de Scarborough. Charlotte dio instrucciones para que colocaran una lápida; pero durante aquel invierno de soledad, sus tristes y angustiosos pensamientos la habían llevado una y otra vez al escenario de aquel último gran dolor, y se había preguntado si se habrían prestado todos los servicios debidos a la memoria de la difunta, hasta que al fin había tomado la decisión silenciosa de ir a ver por sí misma si la lápida y la inscripción estaban en perfectas condiciones de conservación.

Cliffe House, Filey, 6 de junio de 1852

Querida E—: Estoy en Filey completamente sola. No te enfades, la decisión es correcta. Lo pensé bien y lo decidí con la debida deliberación. Necesitaba un cambio de aires; había razones por las que no debía ir al Sur y por las que tenía que venir aquí. El viernes fui a Scarborough, visité el cementerio y la tumba. Hay que arreglar la lápida y volver a grabarla; la inscripción tiene cinco errores. He dado las instrucciones necesarias. Así que ya he cumplido ese deber; era algo que me preocupaba mucho hace tiempo; y era un peregrinaje que creía que tenía que hacer sola.

Estoy en nuestro antiguo alojamiento de la señora Smith; pero no en las mismas habitaciones, sino en los apartamentos de precio más módico. Creo que se han alegrado de verme, parece que guardaban un recuerdo claro y grato de las dos. La hija que nos atendía acaba de casarse. Filey me parece muy cambiado; han construido más casas de huéspedes, algunas preciosas; el mar conserva todo su esplendor. Paseo mucho por la playa y procuro no sentirme triste y desolada. No hace falta que te diga lo mucho que te añoro. Me he bañado una vez; creo que me sentó bien; quizá me quede quince días. Todavía hay muy poca gente. Una tal lady Wenlock está en la casa grande cuyos inquilinos solías observar tú con tanta atención. Un día salí con la idea de llegar hasta el puente de Filey, pero me asustaron dos vacas y tuve que dar la vuelta. Me propongo intentarlo de nuevo alguna mañana. Dejé a papá bien. Lo he pasado bastante mal con la jaqueca y un leve dolor de costado desde que estoy aquí, pero creo que se debe al viento, que ha sido muy frío últimamente; ya me encuentro mejor. ¿Te envió los papeles como siempre? Escríbeme a vuelta de correo y dímelo; cuéntame también todo lo que se te ocurra.

Todo mi cariño,

C. BRONTË

Filey, 16 de junio de 1852

Querida E—: No te preocupes por mí. De verdad creo que me encuentro mejor por mi estancia

en Filey; que me ha sentado mejor de lo que me hubiera atrevido a esperar. Creo que si pudiera quedarme aquí dos meses y disfrutar de algo así como un trato social alentador además del ejercicio y del aire puro, recuperaría completamente la salud. Pero eso no es posible; aunque me siento muy agradecida por el bien recibido. Me quedaré otra semana.

Remito la carta de—. Lo siento por ella, creo que sufre; pero no me gusta mucho su forma de expresarse [...] El pesar y la alegría se manifiestan de formas muy distintas en las diferentes personas; y no dudo de que ella sea sincera y hable en serio cuando se refiere a su «amadísimo y santo padre», pero me gustaría que empleara un lenguaje más sencillo.

El señor Brontë enfermó gravemente poco después de que Charlotte regresara de Filey. Ella se asustó mucho. Durante unos días temieron que se quedara ciego, y él se sumió en un profundo abatimiento. Su hija escribe:

El desánimo que acompaña a todo lo que parezca una recaída es casi lo más difícil de controlar. Querida E—, eres muy bondadosa ofreciéndome tu compañía; pero descansa tranquila donde estás; te aseguro que precisamente ahora y en estas circunstancias no siento la falta de compañía ni de ocupación; no tengo tiempo para nada, ni puedo pensar en nada. [...] Poco puedo comentar sobre el principal tema de tu última carta; no necesitas consejos: por lo que puedo juzgar, creo que sabes aceptar estas pruebas con buen ánimo y sensatez. Sólo puedo rezar para que no te falte esa mezcla de fortaleza y resignación. Conformidad, valor, ejercicio cuando sea posible, éstas parecen ser las armas con que tenemos que librar la larga batalla de la vida.

Supongo que durante ese tiempo de preocupación por su padre en que no podía pensar en otra cosa recibió una carta de sus editores preguntándole cómo iba la obra que sabían que estaba escribiendo, porque he encontrado la carta siguiente al señor Williams, en que hace referencia a algunas condiciones propuestas por Smith y Elder.

SR. W. S. WILLIAMS

28 de julio de 1852

Estimado señor Williams: ¿Tienen previsto publicar la nueva edición de Shirley pronto? ¿No sería mejor aplazarla un tiempo? Referente a una parte de su carta, permítame exponerle este deseo —y espero que no piense que salgo de mi posición de autora e invado los planes de la editorial—: que no se haga ningún anuncio de un nuevo libro de la autora de Jane Eyre hasta que el manuscrito obre en poder de mis editores. Tal vez ninguno de nosotros pueda hablar con decisión en lo que atañe al futuro; pero para algunas personas, entre las que me incluyo, nunca se observa cautela suficiente en esos cálculos. Ni puedo adoptar yo un tono apologético al hacerlo. Quien hace cuanto puede, obra correctamente.

El otoño pasado avancé mucho durante un tiempo. Me aventuré a pensar en la primavera como el periodo de la publicación: la salud me falló. Pasé un invierno que le aseguro que, habiéndolo experimentado una vez, no lo olvidaré nunca. La primavera fue poco mejor que una prolongación del sufrimiento. El tiempo templado y una visita al mar me han sentado muy bien

físicamente. Pero aún no he recuperado la vitalidad ni el flujo de la energía para escribir. Claro que poco importaría que fuera de otra forma, porque de momento tengo que dedicar todo mi tiempo y todos mis pensamientos a cuidar a mi padre, cuya salud se halla ahora en un estado muy crítico, pues el calor le ha producido hemorragia cerebral.

Un saludo cordial,

C. BRONTË

La convalecencia del señor Brontë se estabilizó bastante antes de finales de agosto; él quería reanudar sus obligaciones parroquiales enseguida, pero su hija se lo impidió prudentemente. El 14 de septiembre murió el «gran duque», el héroe de la infancia de Charlotte, como hemos visto; pero no he encontrado más referencia a él en esta época que el siguiente extracto de una carta a su amiga:

*Espero y deseo que los cambios que has hecho este verano te beneficien de forma permanente, a pesar del dolor con que se han mezclado tan a menudo. Pero me alegra que vuelvas a casa pronto; y en realidad, tengo que esforzarme para no decir lo mucho que deseo que llegue el momento en que pueda recibirte en Haworth sin impedimentos ni obstáculos. Pero, ¡ay!, no sigo; estoy preocupada —imposibilitada—, muy deprimida a veces. De momento, sin embargo, no hay que insistir en el tema. Me agobia demasiado —casi— y dolorosamente. Ahora menos que nunca puedo saborear o conocer ningún placer hasta que acabe este trabajo. Y sin embargo a veces me incorporo en la cama de noche pensando en ti y te echo mucho de menos. Gracias por el Times; está muy bien lo que dice del importante y lamentable suceso. Parece que de repente toda la nación tiene una opinión justa de ese gran personaje. También había una reseña de un libro americano que me pareció interesante, *La cabaña del tío Tom*; aunque quizá la leyeras.*

La salud de papá sigue siendo satisfactoria, ¡gracias a Dios! En cuanto a mí, el dichoso hígado volvió a las andadas últimamente, aunque espero que ahora se comporte mejor; me impide trabajar; merma mi capacidad y mi sensibilidad. Tendré que contar con ello de vez en cuando.

Haworth seguía siendo tan insalubre como siempre; y tanto la señorita Brontë como Tabby pasaron las epidemias del momento. La primera tardó más en superar las secuelas de su enfermedad. En vano decidió no permitirse ninguna compañía ni cambio de escenario hasta que no acabara la novela. Estaba enferma para escribir; y con la enfermedad volvió la pesadumbre, los recuerdos del pasado y las aprensiones respecto al futuro. Al final, el señor Brontë manifestó tan intenso deseo de que pidieran a su amiga que fuera a visitarla, y a ella le parecía tan absolutamente necesario un poco de ánimo, que el 9 de octubre le rogó que fuera a Haworth, sólo por una semana.

Creía que soportaría el sacrificio hasta que terminara el libro, pero veo que es imposible. El manuscrito se niega a avanzar, y esta soledad excesiva me agobia demasiado. Así que permíteme ver tu amado rostro, querida E., durante una semana vivificante.

Sólo aceptó la compañía de su amiga el tiempo especificado. El 21 de octubre escribe así a la

señorita Wooler:

E— me ha acompañado sólo una breve semana. No acepté que se quedara más tiempo porque estoy disgustada conmigo misma y con mis demoras; y creo que fue una debilidad ceder a la tentación de pedirle que viniera; pero la verdad es que estaba muy desanimada, postrada a veces, y que ella me ha hecho un bien indescriptible. Me pregunto cuándo volveré a verla a usted en Haworth; tanto mi padre como las sirvientas han manifestado una y otra vez el deseo de que la invitemos a venir durante el verano y el otoño, pero yo siempre he hecho oídos sordos. «Todavía no —me decía—, primero quiero ser libre»; antes la obligación que la devoción.

La visita de la señorita — la animó mucho. La grata compañía durante el día produjo mientras estuvo allí la insólita bendición del descanso tranquilo por la noche; y cuando se marchó su amiga, se sentía lo bastante bien para «ponerse manos a la obra» y escribió casi sin parar la historia de *Villette* hasta que terminó. Parece que envió la primera parte del manuscrito con la carta siguiente al señor Smith:

30 de octubre de 1852

Muy señor mío: Tiene que comunicarme sinceramente lo que le parece Villette cuando lo lea. No sabe cuánto deseo conocer alguna opinión aparte de la mía, y lo desalentada, desesperada a veces, que me he sentido porque no había nadie a quien pudiera leerle una línea o pedirle consejo. No escribí Jane Eyre en estas circunstancias; ni dos tercios de Shirley. Me sentía tan desanimada, que no podía soportar ninguna alusión al libro. Todavía no está terminado; pero ahora tengo esperanza. Y en cuanto a la publicación anónima, diré lo siguiente: si el ocultar el nombre del autor perjudicara de algún modo los intereses de la editorial, o redujera los pedidos de los libreros, etc., no insistiría en ello; pero si tal perjuicio es aleatorio, agradecería muchísimo la protectora sombra del anonimato. Ya me parece imaginar los anuncios en grandes letras: «Nueva Novela de Currer Bell» o «Nueva Obra del Autor de Jane Eyre». Pero sé muy bien que éstos son trascendentalismos de una infeliz retirada; así que tiene que hablarme con franqueza [...] Me complacería ver Coronel Esmond.

139 *Mi objeción a la segunda parte es ésta: me pareció muy evidente que contenía demasiada historia y poca trama.*

En otra carta sobre *Esmond* emplea las siguientes palabras:

Me parece que el tercer volumen es el que posee más brillo, ímpetu e interés. Del primero y el segundo, mi opinión es que tenían partes admirables; pero su defecto era que contenían demasiada Historia y muy poca Trama. Creo que una obra de ficción tiene que ser una obra de creación: que lo real debiera introducirse con moderación en las páginas dedicadas a lo ideal. El sencillo pan casero es mucho más sano y necesario que el pastel; ¿pero a quién le gustaría ver la hogaza morena en la mesa como postre? El autor nos da una buena ración de excelente pan moreno en el segundo volumen. En el tercero, sólo un poco para añadir sustancia, como migas de pan en un budín de pasas bien hecho y no demasiado sabroso.

La carta al señor Smith en que aludía a *Esmond* y que me recordó la cita anterior, continúa así:

*Ya verá que Villette no trata de ningún tema de interés público. No puedo escribir libros sobre temas de actualidad; es inútil intentarlo. Ni puedo escribir un libro por su moraleja. Ni puedo seguir un esquema filantrópico, aunque respete la filantropía; y voluntaria y sinceramente me cubro la cara ante un tema tan grandioso como el que se plantea en *La cabaña del tío Tom*, de la señora Beecher Stowe. Para tratar bien esos grandes temas hay que estudiarlos mucho y de forma práctica, conocer a fondo sus aspectos y sentir genuinamente sus males; no pueden abordarse como una cuestión de negocios y una especulación comercial. Estoy segura de que la señora Stowe había sentido el hierro de la esclavitud clavársele en el corazón desde niña, mucho antes de que pensara siquiera en escribir libros. El sentimiento de toda su obra es sincero y no artificial. No deje de ser un crítico sincero de Villette y dígame al señor Williams que sea implacable: no es que vaya a cambiar nada, pero me gustaría saber su opinión y la de usted.*

SR. G. SMITH

3 de noviembre

Muy señor mío: Muchísimas gracias por su carta; ha sido un gran alivio, pues me abrumaban las dudas acerca de lo que le parecería Villette a otros. Sé que puedo confiar plenamente en su opinión favorable porque tiene toda la razón en los errores que indica. Ha marcado exactamente al menos dos puntos en que yo sabía que había un defecto: la incoherencia, la falta de armonía perfecta entre la niñez y la edad adulta de Graham, la desmañada brusquedad del cambio de sus sentimientos hacia la señorita Fanshawe. Recuerde, sin embargo, que en secreto había considerado a esa joven durante un tiempo a un nivel algo inferior, poniéndola un poco por debajo de los ángeles. Pero aun así tendría que habérselo indicado mejor al lector para que lo viera como una preparación para el cambio de talante. En cuanto a los planes de publicación, los dejo a Cornhill. Indudablemente hay cierta fuerza en lo que dice usted sobre lo inconveniente de fingir un misterio que no puede sostenerse: así que tendrá que obrar como mejor le parezca.

También acepto los anuncios en letras grandes, aunque de mala gana, y con cierto deseo de ocultarme como un avestruz. Casi toda la tercera parte está dedicada al desarrollo del carácter del «Profesor rezongón». Lucy no se casará con el doctor John. Es demasiado joven, apuesto, animoso y simpático; en realidad, es un prodigio de la Naturaleza y la Fortuna y ha de ganar un premio en la lotería de la vida. Su esposa tiene que ser joven, rica, y guapa; hay que hacerlo realmente muy feliz. Si Lucy se casa con alguien, tendrá que ser con el profesor, un hombre en quien hay mucho que perdonar, mucho «que soportar». Pero me siento muy indulgente con la señorita Frost. Desde el principio de la historia no he querido nunca echar sus cuerdas en lugares menos. El final de la tercera parte todavía me preocupa bastante, aunque sólo puedo esforzarme al máximo. Lo acabaría rápidamente si pudiera evitar ciertos dolores de cabeza odiosos que suelen apoderarse de mí y abatirme cada vez que me meto en el espíritu de la obra [...]

Acaba de llegar el coronel Henry Esmond.

140 Parece muy antiguo y muy distinguido, con su atuendo estilo reina Ana. La peluca, la espada y las chorreras quedan muy bien representadas por la antigua tipografía del Spectator.

Con referencia a una frase del final de esta carta, mencionaré lo que me contó Charlotte: el señor Brontë quería que su nueva novela terminara bien porque no le gustaban las novelas que dejaban una sensación triste; y le había pedido que hiciera que los protagonistas (como los héroes y heroínas de los cuentos de hadas) «se casaran y vivieran felices para siempre». Pero la idea de la muerte de *monsieur* Paul Emanuel en el mar se grabó en su imaginación hasta que cobró la intensidad de lo real; y ella no podía alterar el final de sus obras más de lo que podría haberlo hecho si hubiera estado narrando sucesos reales. Lo único que pudo hacer de acuerdo con los deseos de su padre fue velar el destino con palabras misteriosas, dejando al criterio y discernimiento de sus lectores que interpretaran su significado.

SR. W. S. WILLIAMS

6 de noviembre de 1852

Muy señor mío: Tengo que agradecerle sin demora su amable carta y su sincero y hábil comentario sobre Villette. Estoy de acuerdo con muchas de sus críticas. Quizá la tercera parte elimine algunas de las objeciones; otras se resisten tenazmente. No creo que el interés alcance nunca el grado que se desearía, el clímax si lo hay llega casi al final; e incluso entonces no creo que el lector habitual de novelas considere «el montón de tormento lo bastante grande», como dicen los americanos, ni los colores arrojados sobre el lienzo con suficiente audacia. No obstante, me temo que tendrán que conformarse con lo que se les ofrece: mi paleta no me permite conseguir tonos más fuertes; si intentara intensificar los rojos o bruñir los amarillos, sólo conseguiría estropearlo todo.

Si no me equivoco, se descubrirá que la emoción se mantiene de forma pasable en todo el libro. En cuanto al nombre de la heroína, no sé muy bien qué sutil idea me hizo ponerle un nombre frío; pero al principio la llamé Lucy Snowe (con e al final); luego cambié Snowe por Frost. Después me arrepentí del cambio y volví a Snowe. Me gustaría cambiarlo de nuevo en todo el manuscrito si no es demasiado tarde. Tiene que llevar un nombre frío; en parte, quizá, por el principio de lucus a non lucendo,

141 y en parte por el de «la armonía de las cosas», ya que hay en ella una frialdad exterior.

Dice usted que cabría pensar que es morbosa y débil si no se explica mejor la historia de su vida. Yo creo que es ambas cosas, morbosa y débil a veces. Su carácter no tiene pretensiones de fuerza pura, y cualquiera que viviera su vida se volvería forzosamente morboso. No fue el impulso de un sentimiento saludable lo que la llevó al confesionario, por ejemplo; fue el semidelirio del malestar y la pena solitaria. Si, pese a todo, el libro no expresa todo esto, tiene que haber un grave fallo en algún sitio. Yo podría explicar de forma convincente algunos otros puntos, pero sería como pintar un cuadro y luego escribir debajo el nombre del objeto que se ha querido representar. Sabemos qué clase de pincel es el que necesita la pluma como aliado.

Gracias de nuevo por la claridad y perfección con que ha respondido a mi petición de que me expusiera sus opiniones. Reciba mis más cordiales saludos. Atentamente,

C. BRONTË

Confío en que no vea el manuscrito nadie más que usted y el señor Smith.

10 de noviembre de 1852

Muy señor mío: Yo sólo quería que se demorara la publicación de Shirley hasta que hubiera acabado casi Villette; así que ya no puede haber objeción para que se haga cuando lo considere oportuno. En cuanto a empezar a componer el manuscrito, sólo diré que si pudiera seguir con la tercera parte a mi ritmo medio y sin más interrupciones que las normales, lo tendría acabado en unas tres semanas. A usted le corresponde decidir si es mejor demorar ese tiempo la edición o iniciarla inmediatamente. Desde luego, yo preferiría que viera usted la tercera parte antes de imprimir las dos primeras. Pero si el retraso resultara perjudicial, tampoco lo considero indispensable. He leído la tercera parte de Esmond y me ha parecido amena y emocionante. Me parece que tiene más ímpetu y emoción que las dos primeras partes; que en ésta nunca faltan el movimiento y la brillantez de los que carecían a veces las anteriores. Creo que Thackeray ha empleado todas sus facultades en algunos pasajes; su grandiosa fuerza y seriedad producen una profunda satisfacción. No podía por menos que decirme: «Al fin demuestra su fuerza». Beatriz me parece el personaje más logrado del libro; está concebido con frescura y delineado con viveza. Es peculiar; tiene impresiones nuevas, al menos para mí. Beatriz no es en sí misma totalmente mala. La grandeza y bondad que manifiesta sugieren esta opinión a veces. Se diría que la acuciaba el destino. Se diría que alguna antigua fatalidad pesa sobre su casa y que una vez cada tantas generaciones su ornamento más brillante ha de ser su mayor desgracia. A veces, lo bueno de sus luchas contra esta suerte espantosa no es sino que venza el Destino. Beatriz no puede ser una mujer honrada. «Lo intenta y no puede». Orgullosa, bella y mancillada, nació para lo que es, amante de un rey. No sé si ha visto la reseña del Leader; yo la leí nada más acabar el libro. ¿Me equivoco si la considero una crítica insulsa, fría e insuficiente? Pese a toda su pretendida amistad, a mí me produjo una impresión muy desalentadora. Estoy segura de que en otros círculos harán otra suerte de justicia a Esmond. Un comentario agudo del crítico es del tenor de que Blanche Armory y Beatriz

142 *son idénticas (¡tomadas del mismo original!). A mi modo de ver, se parecen tanto como una comadreja y una tigresa de Bengala; las dos últimas son cuadrúpedos, y mujeres las dos primeras. Pero no le haré perder más tiempo ni perderé el mío con más comentarios.*

Reciba mis más cordiales saludos.

C. BRONTË

La señorita Brontë acabó el manuscrito de *Villette* un sábado de ese mismo mes y se lo envió a sus editores. «Recé mis plegarias cuando lo acabé. No sé si bien o mal; ahora, Dios mediante, procuraré esperar con calma la publicación. Creo que no lo considerarán un libro pretencioso; creo que no provocará hostilidad.»

Charlotte Brontë creyó que podía permitirse un cambio, una vez terminado el libro. Había varios amigos que deseaban verla y recibirla en sus casas: la señorita Martineau, la señora Smith y su fiel E—. Escribió a esta última una carta comunicándole que había terminado *Villette* y proponiéndole pasar una semana con ella. También empezó entonces a considerar si no estaría bien aceptar la amable invitación de la señora Smith, con la idea de estar en Londres para corregir las pruebas del libro.

Transcribo la carta siguiente no sólo por los comentarios críticos que hace sobre *Villette*, sino también porque demuestra cómo había aprendido a exagerar las nimiedades, como hacen quienes llevan una vida reservada y solitaria. El señor Smith no había podido escribirle por el mismo correo en el que le envió el dinero de *Villette*, que llegó sin una sola línea. La amiga con quien estaba entonces dice que Charlotte imaginó inmediatamente que había algún problema con la novela o que ella había hecho o dicho algo que le había ofendido. Y si no hubiera estado por medio el domingo, dando tiempo a que llegara la carta del señor Smith, se habría cruzado con ella en el camino a Londres.

6 de diciembre de 1852

Muy señor mío: Los acuses de recibo han llegado sin novedad. Recibí el primero el sábado, en un sobre sin una sola línea, y había decidido tomar el tren el lunes e ir a Londres a ver qué pasaba y qué era lo que había dejado mudo a mi editor. El domingo por la mañana llegó su carta, evitándole así la visita imprevista y no solicitada de Currer Bell a Cornhill. Habría que evitar las demoras inexplicables cuando sea posible, pues suelen llevar a quienes se hallan sujetos a su tormento a dar pasos impulsivos y precipitados. He de darle nuevamente la razón en cuanto al cambio de interés de la tercera parte de unos personajes a otros. No es agradable, y seguramente resulte al lector tan inoportuno como forzado resultó a la escritora en cierto sentido. El tono de la obra indicaba otro curso, mucho más florido y seductor. Había creado un héroe supremo, al que había sido totalmente fiel y lo había hecho sumamente honorable; tendría que haber sido un ídolo, y por supuesto no un ídolo mudo e irresponsable; pero eso no habría correspondido a la realidad y habría estado en desacuerdo con la probabilidad. Mucho me temo, no obstante, que el personaje más débil del libro sea el que me proponía hacer más bello; y, si así fuere, el error radica en que le falta el germen de lo real, en que es puramente imaginario. Me parecía que ese personaje carecía de consistencia; me temo que el lector pensará lo mismo. La unión con él se parece

demasiado al destino de Ixión,

[143](#) que se unió con una nube. Yo creo que la infancia de Paulina, sin embargo, está muy bien imaginada, aunque su [...] [el resto de esta interesante frase se ha arrancado de la carta] Una breve visita a Londres resulta así más factible, por lo que aceptaré gustosa la invitación una vez pasada la Navidad, si su madre tiene a bien escribirme cuando disponga de tiempo, indicándome el día que le va bien, siempre que la salud de mi padre me lo permita. Me agradecería llegar a tiempo para corregir al menos algunas de las pruebas; ahorraría molestias.

CAPÍTULO XII

El mayor problema que se me planteó cuando recibí el honor de que me pidieran que escribiera esta biografía fue cómo podría demostrar lo noble, auténtica y entrañable que fue realmente Charlotte Brontë sin mezclar demasiado en su vida la historia personal de sus mejores y más íntimos amigos. Así que lo consideré detenidamente y llegué a la conclusión de que tenía que escribir con sinceridad, si es que escribía; que no ocultaría nada, aunque el mismo carácter de algunas cosas me impediría hablar de ellas tan detalladamente como de otras.

Uno de los episodios de la vida de Charlotte Brontë que despierta mayor interés se centra lógicamente en torno a su matrimonio y las circunstancias que lo precedieron; pero más que todos los otros acontecimientos (por ser de fecha más reciente y porque incumbe a otra persona tan íntimamente como a ella) requiere un tratamiento delicado por mi parte para no inmiscuirme con torpeza en lo que es más sagrado para la memoria. Pero tengo dos razones, que considero buenas y válidas, para exponer algunos detalles del curso de los acontecimientos que precedieron a los pocos meses de su vida conyugal: aquel breve periodo de gran dicha. La primera es mi deseo de llamar la atención hacia el hecho de que el señor Nicholls la había visto a diario durante años. La había visto como hija, como hermana, como ama de casa y como amiga. No era hombre a quien atrajera la fama literaria de ningún género. Yo supongo que eso en sí mismo más bien le desagradaba, especialmente en una mujer. Era un hombre serio, reservado y responsable, con un profundo sentido religioso y de sus deberes como clérigo. Había observado y amado a Charlotte en silencio durante mucho tiempo. El amor de un hombre así (espectador diario de su forma de vida durante años) constituye un importante testimonio del carácter de ella como mujer. Es muy probable que no me atreviera a decir lo profundo que era su cariño aunque pudiera hacerlo con palabras. Cuando el señor Nicholls fue una tarde de ese mismo mes de diciembre a tomar el té a la rectoría, Charlotte no sabía —ni siquiera sospechaba— que fuera objeto de ninguna consideración especial por parte de él. Ella se retiró a su sala de estar después, dejando al señor Brontë y a su coadjutor en el estudio, según su costumbre. Al poco rato oyó abrirse la puerta del estudio, y esperó a oír el sonido de la puerta principal. Pero oyó en su lugar un golpecito en la de la sala; y,

como un rayo, supe lo que iba a pasar. Él entró en la sala. Se quedó de pie delante de mí. Puedes imaginar cuáles fueron sus palabras; no podrías entender su actitud, ni puedo yo olvidarla. Me hizo comprender por primera vez lo difícil que es para un hombre declararse cuando no sabe cuál va a ser la respuesta [...] Me causó una impresión extraña ver a un hombre tan hierático en general temblando de aquel modo, agitado y abrumado. Sólo pude rogarle que se marchara, prometiéndole darle una respuesta al día siguiente. Le pregunté si había hablado con papá. Me dijo que no se atrevía. No sé si le acompañé a la puerta o le eché.

¡Qué profundo, ferviente y perdurable era el cariño que la señorita Brontë había inspirado en el corazón de este hombre bondadoso! Es un honor para ella; y, como tal, he considerado que tengo

la obligación de decirlo y citar su carta. Pasaré ahora a mi segunda razón para extenderme sobre un tema que tal vez muchos consideren a primera vista de carácter demasiado íntimo para divulgarlo. En cuanto el señor Nicholls se marchó, Charlotte fue a ver a su padre y se lo contó todo. El señor Brontë no era partidario del matrimonio y siempre hablaba en su contra. Pero esta vez hizo más que desaprobarlo; no pudo soportar la idea del cariño del señor Nicholls por su hija. Temiendo las posibles consecuencias de la inquietud para una persona que había estado enferma hacía tan poco tiempo, ella se apresuró a prometer a su padre que al día siguiente daría una negativa clara al señor Nicholls. De esta forma tan recatada y discreta recibió (quien tan duros juicios ha recibido de los críticos ignorantes) la vehemente y apasionada declaración de amor; y con tan miramiento por su padre y falta de egoísmo dejó a un lado toda consideración sobre cómo debería responder, pensando sólo en el deseo del anciano.

El resultado inmediato de la declaración del señor Nicholls fue que presentó la renuncia a la coadjutoría de Haworth; y que la señorita Brontë permaneció simplemente pasiva en lo que a palabras y obras se refiere, mientras sufría profundamente por la dureza con que su padre hablaba del señor Nicholls y por el evidente disgusto y el deterioro de la salud del mismo. En estas circunstancias, Charlotte aceptó más complacida que nunca la invitación de la señora Smith para ir a Londres de nuevo; y allá se fue la primera semana de 1853. De allí recibí la carta siguiente. Transcribo ahora con orgullo y tristeza sus gratas palabras de amistad.

12 de enero de 1853

Es su turno. No sé nada de usted desde que le escribí la última carta; pero creía saber la razón de su silencio, esto es, la aplicación al trabajo; y por tanto lo acepto no sólo con resignación, sino también con satisfacción.

Como verá por la fecha, estoy en Londres; me he instalado y estoy muy tranquila en casa de mi editor; corrijo pruebas de imprenta, etc. Antes de recibir su carta me sentía reacia a interponerme en el camino de Ruth, y así se lo dije al señor Smith. No es que creyera que pudiera perjudicarle el contacto con Villette —sabemos perfectamente que podría ser a la inversa—, pero las comparaciones siempre me han parecido odiosas y no me gustaría que mis amigos y yo fuéramos objeto de las mismas. Así que el señor Smith propone retrasar la publicación de mi libro hasta el 24 de los corrientes; dice que eso dará una ventaja a Ruth en los diarios y semanarios y le dejará libres todas las revistas de febrero. Si considera insuficiente esa demora, dígalo y se prolongará.

De todos modos, no creo que podamos evitar completamente las comparaciones; algunos críticos son injustos por naturaleza. Pero no tenemos por qué preocuparnos. Podemos desafiarlos. No van a enemistarnos, no van a emponzoñar nuestro mutuo afecto con la mancha de la envidia: aquí está mi mano; y sé que usted dará apretón por apretón.

En realidad, Villette no tiene ningún derecho a ponerse por delante de Ruth. Hay una bondad, un objetivo filantrópico y una utilidad social en la segunda, que la primera no puede pretender; ni puede reclamar preferencia basándose en fuerza incomparable: creo que es mucho más discreta que Jane Eyre.

Me gustaría verla por lo menos tanto como a usted verme a mí, y por ello consideraré su invitación para marzo como un compromiso; así que espero hacerle una breve visita hacia finales de ese mes. Mis saludos más cordiales al señor Gaskell y a sus queridísimas hijas [...]

Esta visita a la señora Smith fue más tranquila que todas las anteriores y mucho más acorde por ello con los gustos de la señorita Brontë. Vio más cosas que personas. Y como le permitieron decidir lo que quería ver, eligió «el aspecto *real* de la vida en vez del *ornamental*». Visitó dos prisiones, una antigua y la otra moderna: Newgate y Pentonville; dos hospitales: la inclusa y el manicomio. También la llevaron a ver a petición propia algunas de las espléndidas vistas de la City; el Banco de Inglaterra, la Bolsa, Rothschild's, etc.

El poder de la enorme pero minuciosa organización le causó siempre respeto y admiración. Lo apreciaba más plenamente de lo que son capaces de hacer las mujeres en general. Todo lo que vio en esta última visita a Londres la impresionó profundamente. Tanto que se sintió incapaz de expresar sus sentimientos en el momento y de exponer sus impresiones mientras eran aún vívidas. Si hubiera vivido, habría expresado antes o después su opinión sobre estas cosas.

Todo cuanto veía se grababa en su pensamiento y pesaba en su ánimo. Sus anfitriones la trataron con extraordinaria amabilidad y ella abrigaba hacia ellos el cálido y agradecido afecto de siempre. Mirando ahora hacia atrás, y con el conocimiento de lo que entonces era el futuro que nos ha proporcionado el Tiempo, sólo podemos imaginar que hubo una atenuación en los preparativos para la despedida final a estos buenos amigos, a quienes vio por última vez un miércoles de febrero por la mañana. En el viaje de regreso se encontró con su amiga E— en Keighley, y ambas siguieron juntas hasta Haworth.

Villette —que, si bien es menos interesante que *Jane Eyre* como un relato simple, despliega todavía más el genio extraordinario de la autora— fue acogida con grandes elogios. De tan reducido círculo de personajes, que viven en un medio tan aburrido y monótono como una «pensión», se desarrolló este prodigioso relato.

¡Veamos cómo recibe ella la buena nueva de su éxito!

15 de febrero de 1853

He recibido una partida de no menos de siete periódicos ayer y hoy. La importancia de todas las reseñas es como para hacer que mi corazón se inflame de agradecimiento a Él, que toma nota del sufrimiento, del trabajo y de los motivos. Papá también está contento. En cuanto a los amigos en general, creo que aún puedo amarlos, sin esperar que participen mucho en esta satisfacción. Cuanto más tiempo vivo, más claramente veo que ha de ser suave la tensión en la frágil naturaleza humana; no soportará mucho.

Supongo que el leve tono de disgusto que se advierte en las últimas líneas se debía a su gran susceptibilidad a una opinión que valoraba mucho: la de la señorita Martineau, que tanto en un artículo sobre *Villette* publicado en el *Daily News* como en una carta personal a la señorita Brontë, la hirió en lo más vivo con expresiones de censura que ella consideraba injustas e infundadas, pero

que, aunque correctas y sinceras, calaban más hondo que cualquier falta meramente artística. Un autor puede convencerse de que soportará con ecuanimidad la censura, venga de donde venga; pero su fuerza se debe totalmente al carácter de la misma. Para el público en general, un crítico puede ser la misma criatura impersonal que otro; pero los autores suelen dar a las opiniones de los críticos una importancia mucho más profunda. Son los veredictos de aquellos a quienes respeta y admira o las simples palabras de aquellos cuyo juicio le importa un bledo. Y es ese conocimiento del mérito personal de la opinión del crítico lo que hace que la censura de algunos cale tan hondo y haga presa en el corazón del autor. Y así, en proporción a su sincera y firme estima por la señorita Martineau, sufrió la señorita Brontë por lo que consideraba un juicio equivocado no sólo de su obra sino de su carácter.

Charlotte había pedido a la señorita Martineau hacía mucho tiempo que le dijera si creía que se revelaba en *Jane Eyre* alguna falta de delicadeza o corrección femenina. Y cuando la señorita Martineau repuso que no, le rogó que manifestara siempre con franqueza si creía que había algún defecto de ese género en alguna obra futura de Currer Bell. La señorita Martineau cumplió la promesa de sinceridad que le había hecho entonces cuando se publicó *Villette*. Y la señorita Brontë se indignó por lo que consideraba una injusticia.

Me parece oportuno exponer ahora lo absolutamente inconsciente que era de lo que algunos consideran vulgar en sus obras. Un día, durante la visita a sir y lady Kay Shuttleworth en que nos conocimos, la conversación recayó en el tema de la narrativa escrita por mujeres; y alguien señaló el hecho de que en algunos casos las autoras sobrepasaban los límites de lo que los hombres consideraban correcto en obras de ese género. La señorita Brontë comentó que no sabía hasta qué punto sería eso una consecuencia lógica de permitir a la imaginación trabajar demasiado constantemente. Sir James, lady Kay Shuttleworth y yo expresamos nuestra opinión de que tales transgresiones de la propiedad eran totalmente inconscientes por parte de aquellas a quienes se había aludido. Recuerdo la seriedad y el fervor con que Charlotte dijo: «¡Confío en que Dios me prive de cualquier poder de invención o expresión que pueda tener, antes que permitir que sea ciega al sentido de lo que es o no es correcto!».

Se sentía disgustada y afligida siempre que oía alguna crítica de *Jane Eyre* basada en lo antes mencionado. Alguien le comentó en Londres: «¿Sabe, señorita Brontë?, ¡usted y yo hemos escrito libros atrevidos!». Pensó mucho en ello; y, como si la preocupara mucho, aprovechó la oportunidad para preguntar a la señora Smith, como le hubiera preguntado a una madre si no hubiera sido huérfana desde la más tierna infancia, si de verdad había algo tan erróneo en *Jane Eyre*.

Yo no niego que haya vulgaridad aquí o allá en sus libros, por lo demás tan absolutamente nobles. Solamente pido a quienes los lean que consideren su vida —que se ha puesto al descubierto ante ellos— y digan cómo podría haber sido de otro modo. Veía a pocos hombres; y entre esos pocos, apenas si había uno o dos a quienes conociera desde la temprana juventud —que le habían manifestado amabilidad y simpatía, cuya familia le había proporcionado mucha satisfacción, por cuyo intelecto sentía gran respeto, pero que hablaban delante de ella, si no con ella, como hablaba Rochester con Jane Eyre—. Añadamos a eso la triste vida de su hermano y que las personas entre quienes vivía hablaban sin rodeos; recordemos que consideraba un deber

describir la vida tal como es y no como debiera ser y hagámosle justicia luego por todo lo que fue y todo lo que hubiera sido (si Dios se lo hubiera permitido), en vez de censurarla porque las circunstancias la obligaron a tocar el barro, como si dijéramos, por lo que se manchó la mano un momento. Pero eso era superficial. Cada cambio de su vida la purificaba; no podía elevarla. Una vez más exclamo: «¡Si hubiera vivido!».

El malentendido con la señorita Martineau a causa de *Villette* causó el más amargo pesar a la señorita Brontë. Creía que habían manchado su carácter femenino con una falsa idea insultante; y estimaba mucho a la persona que la hería tan inconscientemente. En el mes de enero había escrito lo siguiente a una amiga que le había enviado una carta cuyo tono podemos deducir de la respuesta:

He leído con mucha atención lo que me dice de la señorita Martineau; la sinceridad y la constancia de su solicitud me conmueven muchísimo; lamentaría desatender o contradecir su consejo, pero no creo que sea correcto abandonar a la señorita Martineau. Es muy noble por naturaleza; me temo que muchas personas la han abandonado más por miedo a ver perjudicado su buen nombre si se relacionaba con el de ella que por ninguna convicción pura, como sugiere usted, del resultado pernicioso de sus funestos principios. No puedo estar de parte de esos amigos que sólo lo son cuando todo va bien; y en cuanto al pecado de ella, ¿no es de los que ha de juzgar Dios y no los hombres?

Sinceramente, querida señorita—, creo que si estuviera en mi lugar y conociera a la señorita Martineau como yo la conozco, si hubiera visto como yo las pruebas de su auténtica bondad y hubiera visto cómo le duele en secreto el abandono, sería la última en romper con ella; separaría al pecador del pecado, y juzgaría más correcto apoyarla discretamente en su apuro aunque el hacerlo no esté bien visto, que volverle la espalda siguiendo el ejemplo general. Yo creo que es una de esas personas a quienes la oposición y la deserción hacen obstinarse en el error; mientras que la paciencia y la tolerancia la afectan profundamente en lo más vivo y la predisponen a preguntarse sinceramente si el camino que ha seguido no podría ser el camino erróneo.

¡Palabras bondadosas y consideradas que la señorita Martineau no escuchó nunca! Y a las que correspondería con palabras más generosas y tiernas cuando Charlotte yacía muerta junto a sus hermanas. A pesar de su breve y triste malentendido, ambas eran dos mujeres nobles y dos buenas amigas.

Vuelvo a un tema más agradable. La señorita Brontë había visto el retrato que había hecho Lawrence a Thackeray durante su estancia en Londres y lo había alabado muchísimo. Lo contempló un rato en silencio y luego exclamó: «¡Y apareció un león de Judá!».

Hicieron grabados del retrato y el señor Smith le envió una copia.

SR. G. SMITH

Haworth, 26 de febrero de 1853

Muy señor mío: Ayer a última hora de la tarde tuve el honor de recibir a un caballero distinguido en la rectoría de Haworth, nada menos que al señor W. M. Thackeray. Atenta a las

normas de hospitalidad, lo he colocado ceremonialmente esta mañana. Queda espléndido en su precioso marco dorado. Tiene por compañero al duque de Wellington (¿recuerda que me regaló ese cuadro?). Y por contraste y complemento el retrato de Richmond de un personaje indigno que, en hallándose en esta compañía, no diremos su nombre. Thackeray aparta la vista de ese último personaje con sumo desdén, que resulta edificante presenciar. Me pregunto si la persona generosa que me ha hecho esos regalos los verá alguna vez en las paredes en que están ahora colgados. Me complace pensar que quizá lo haga un día. Mi padre ha pasado un cuarto de hora esta mañana examinando el retrato del gran hombre. La conclusión de su examen fue que la cabeza le parecía desconcertante; si no hubiera sabido de antemano nada del carácter del original no podría haberlo leído en sus rasgos. Me sorprende. Yo creo que la frente despejada expresa inteligencia. Las arrugas entre la nariz y las mejillas traicionan al satírico y al cínico; la boca indica ingenuidad infantil —quizá incluso cierto grado de indecisión e incoherencia—, debilidad, en suma, si bien una debilidad no poco amable. El grabado me parece muy bueno. Cierta expresión no del todo cristiana, una expresión de malicia, hablando sin rodeos, que era más fuerte en el original, se ha suavizado y quizá haya desaparecido en el proceso de mejora. ¿No lo ha advertido usted?

La señorita Brontë se sintió mucho mejor de salud en el invierno de 1852-1853 que el invierno anterior. En el mes de febrero me escribió:

He aguantado bien el frío hasta ahora. Doy largos paseos sobre la nieve crujiente, y el aire glacial resulta tonificante. Para mí este invierno no ha sido como el pasado. Diciembre, enero y febrero de 1851-1852 transcurrieron como una larga noche tormentosa, sólo consciente de un sueño doloroso, todo malestar y dolor solitario. Los mismos meses de 1852-1853 han pasado tranquilamente y no sin alegrías. ¡Gracias a Dios por el cambio y el sosiego! ¡Sólo Él sabe lo gratos que han sido! También mi padre ha aguantado bien el invierno; y la publicación de mi libro, y la acogida que ha tenido hasta ahora le han complacido y animado.

La tranquila rectoría tuvo el honor de recibir la visita del entonces arzobispo de Ripon. Él recordaba una velada en casa del señor Brontë. Invitaron a cenar con él al clero de los alrededores; y durante la cena algunos coadjutores empezaron a reprender alegremente a la señorita Brontë por «ponerlos en un libro»; y ella, negándose a que le impusieran su carácter de autora en su propia mesa, y en presencia de un extraño, apeló de buena gana al obispo, preguntándole si le parecía justo que la acorralaran de aquel modo. Parece ser que la actitud sencilla y afable de la anfitriona, así como el perfecto decoro y armonía de todos los planes del modesto hogar, causó muy buena impresión a Su Señoría. Eso es todo en cuanto al recuerdo del obispo de su visita. Ahora volveremos a los de ella.

4 de marzo

El obispo ha estado aquí y ya se ha marchado. Es un obispo de lo más encantador; el caballero más benigno que haya vestido nunca la tunicela episcopal; pero también majestuoso, y

muy competente en controlar los abusos. Su visita transcurrió de maravilla; y al final, cuando se disponía a marcharse, manifestó que se sentía plenamente satisfecho con cuanto había visto. También nos visitó el inspector la semana pasada; así que he estado bastante ocupada. Me habría encantado que hubieras estado en Haworth para compartir los placeres de la compañía sin los inconvenientes del pequeño ajetreo de los preparativos. La casa estuvo bastante alborotada, como puedes imaginarte. Todo fue bien y transcurrió de forma ordenada y pacífica. Martha atendió la mesa muy bien, y contraté a una persona para que la ayudara en la cocina. Papá aguantó perfectamente también, tal como yo esperaba, aunque no sé si habría soportado un día más. Mi castigo llegó con un fuerte dolor de cabeza en cuanto el obispo se fue; menos mal que esperó con paciencia su partida. Todavía estoy atontada: es la secuela de varios días de ejercicio y agitación extras, por supuesto. Está muy bien hablar de recibir a un obispo sin más, pero hay que prepararse para él.

Algunas críticas habían empezado ya a encontrar defectos en Villette. La señorita Brontë pidió a los editores lo mismo de siempre.

SR. W. S. WILLIAMS

Muy señor mío: Si aparece alguna crítica cargada de triple animadversión, le ruego que no me la oculte. Me complace ver las críticas satisfactorias, me gusta sobre todo enseñárselas a mi padre; pero tengo que ver las que son insatisfactorias y hostiles; éstas son para mi edificación particular; en ellas veo mejor el sentimiento y la opinión públicos. Considero una cobardía negarse a examinar lo peligroso y desagradable. Siempre deseo saber la verdadera realidad, y lo único que me crispa es que me la oculten [...]

En cuanto al personaje de Lucy Snowe, mi intención desde el principio fue que no debía ocupar el pedestal en que colocaron a Jane Eyre algunos admiradores insensatos. Está donde yo quería que estuviera, y donde no puede afectarla ninguna acusación de engreimiento.

La nota de lady Harriette Saint Clair que me envió esta mañana tiene exactamente el mismo objeto que la petición de la señorita Muloch: una solicitud de información exacta y auténtica sobre el destino de Paul Emanuel!

144 ¡Para que vea cuánto estiman las damas a ese hombrecillo que a ninguno de ustedes les gustaba! El otro día recibí una carta comunicándome que una dama de cierto renombre, que siempre había dicho que cuando se casara su marido tendría que ser como el señor Knightly de Emma de la señorita Austen, ahora ha cambiado de idea y jura que si no encuentra al doble del profesor Emanuel se quedará soltera para siempre. He contestado a lady Harriette dejando el asunto prácticamente donde estaba. Si el enigma divierte a las damas, sería una pena estropearles la diversión dándoles la clave.

La señorita Brontë nos hizo una visita después de Semana Santa, una vez cumplidos sus deberes de atender a los clérigos de otros lugares que acudían a predicar entonces, y celebraban reuniones en el Instituto Técnico y tés en la escuela. Estaba entonces con nosotros una amiga joven. La señorita Brontë esperaba encontrarnos solos; y aunque nuestra amiga era tan amable y sensata como para agradar a la señorita Brontë, su presencia bastó para ponerla nerviosa. Me cuenta de que nuestras dos invitadas estaban insólitamente silenciosas; y vi el leve temblor que recorría de vez en cuando a la señorita Brontë. Podía explicar la recatada reserva de la joven; y al día siguiente la señorita Brontë me dijo que la había afectado mucho la presencia inesperada de una cara desconocida.

Hacía entonces dos o tres años que la había visto reaccionar de forma parecida ante la idea de pasar una tranquila velada en Fox-How, y desde entonces había conocido a muchas y diversas personas en Londres; pero las sensaciones físicas provocadas por la timidez seguían siendo iguales; y al día siguiente se debatió con un fuerte dolor de cabeza. Pude advertir en varias ocasiones que ese nerviosismo estaba arraigado en su constitución y lo mucho que sufría luchando por vencerlo. Una tarde recibimos entre otros invitados a dos hermanas que cantaban baladas escocesas maravillosamente. La señorita Brontë permaneció sentada en silencio y retraída hasta que empezaron *The Bonnie House of Airlie*; pero el efecto de esta balada y de *Carlisle Yetts* que la siguió fue tan irresistible como la música del flautista de Hamelin. Se le iluminaron los ojos; le temblaron los labios de emoción; se desinhibió por completo, se levantó, cruzó la estancia hasta el piano y pidió entusiasmada una canción tras otra. Las hermanas le rogaron que fuera a verlas al día siguiente por la mañana y que entonces cantarían todo lo que quisiera; les prometió hacerlo, encantada y agradecida. Pero al llegar a la casa al día siguiente le faltó valor. Recorrimos la calle a uno y otro lado un buen rato. Se reprendía continuamente por insensata y procuraba concentrarse en los dulces ecos que recordaba más que en la idea de una tercera hermana a quien tendría que enfrentarse si entrábamos. Pero todo fue en vano; y temiéndome que esa lucha consigo misma acabara provocándole uno de sus torturantes dolores de cabeza, entré yo al fin en la casa y la disculpé lo mejor que pude por no acudir. Yo atribuía en buena medida este temor nervioso a encontrarse con extraños a la idea de su fealdad personal, que se había grabado en su mente desde muy pequeña y que ella exageraba de forma sorprendente. «Me doy cuenta —decía— de que cuando un extraño me mira a la cara una vez procura no volver a dirigir la vista hacia ese lado de la estancia.» A nadie se le pasó nunca por la cabeza semejante idea. Dos caballeros que la conocieron durante esta visita, sin saber entonces quién era, se sintieron especialmente atraídos por su apariencia; y este sentimiento de atracción hacia un semblante agradable, la voz melodiosa

y los modales delicados y tímidos fue tan intensa en uno de ellos que superó la aversión previa por sus obras.

Otra circunstancia que llegó a mi conocimiento en esa época desveló secretos acerca de su hipersensibilidad. Una noche, poco antes de irnos a la cama, me dispuse a contar un cuento de fantasmas. No se atrevió a escucharlo y confesó que era supersticiosa y propensa en todo momento a la reaparición involuntaria de los pensamientos lúgubres que pudiera sugerirle. Explicó que antes de ir a vernos había encontrado en su tocador una carta de una amiga de Yorkshire en que le explicaba una historia que la había impresionado y que se mezclaba con sus sueños de noche impidiéndole conciliar un sueño profundo y reparador.

Un día invitamos a cenar a dos caballeros con la idea de que ellos y ella se alegrarían de conocerse. Pero cuál no sería nuestra decepción cuando vimos que ella retrocedía con tímida reserva ante todas sus tentativas de acercamiento, respondiendo a sus preguntas y comentarios de la forma más escueta posible; hasta que al final renunciaron a entablar una conversación con ella y hablaron entre sí y con mi marido sobre temas locales de actualidad. Uno de esos temas fue las conferencias que había dado Thackeray hacía poco en Manchester, e hicieron especial hincapié en la de Fielding. Un caballero la criticó con firmeza como calculada para hacer daño moral y lamentó que un hombre que ejercía tanta influencia en la opinión pública como Thackeray no sopesara mejor sus palabras. El otro adoptó la postura contraria. Dijo que Thackeray describía a los hombres desde dentro, por así decirlo. Que su gran capacidad dramática le permitía identificarse con determinados personajes, sentir sus tentaciones, participar en sus placeres, etc. Esto despertó el interés de la señorita Brontë, que terció entonces muy animada en la discusión; el hielo de su reserva se rompió y a partir de ese momento se interesó por cuanto se decía y participó en todos los temas de conversación de la velada.

Lo que dijo y la postura que adoptó en la discusión sobre la conferencia de Thackeray puede deducirse de la carta siguiente, que hace referencia al mismo tema:

Las conferencias han llegado sin novedad.

145 *Las he leído dos veces. Hay que estudiarlas para entenderlas a fondo. Me parecieron bien cuando las oí, pero ahora veo su verdadera fuerza, que es grande. No conocía la conferencia sobre Swift. Me parece casi incomparable. No es que comulgue en modo alguno con todas las opiniones del señor Thackeray, pero su fuerza y perspicacia, su sencillez expresiva, su elocuencia—su vibrante elocuencia masculina— inspiran absoluta admiración [...] Protesto contra sus errores aunque sea traición hacerlo. Asistí a la conferencia sobre Fielding: la hora que pasé escuchándola fue penosa. Mi conciencia me decía que Thackeray se equivocaba en su forma de tratar el carácter y los vicios de Fielding. Después de leerla, estoy mucho más convencida de que se equivoca gravemente. ¿Habría Thackeray con la misma ligereza de las circunstancias que llevan a la deshonra y a la tumba si tuviera un hijo, adulto o crecido, que fuera inteligente pero irresponsable? Habla de todo ello como si teorizara; como si en el curso de su vida nunca hubiera tenido que presenciar las verdaderas consecuencias de esos defectos; como si nunca se hubiera parado a considerar el problema, el resultado final de todo ello. Yo creo que si hubiera visto de cerca una vez la perspectiva de una vida prometedoramente condenada al comienzo por los desenfrenos, no podría haber hablado con semejante frivolidad de lo que llevó a su lastimosa destrucción. Si yo tuviera un hermano que viviera aún, me aterrorizaría que leyera la conferencia de Thackeray sobre Fielding. La escondería para que no la viera. Y si cayera en sus manos pese a todas las precauciones, le rogaría encarecidamente que no se dejara engañar por la voz del encantador, que nunca lo encantara tan sabiamente. No es que haya creído ni por un momento que Thackeray insulta a Fielding, ni siquiera que condena su vida hipócritamente; pero lamento de veras que no profundice en su corazón ni toque el peligro de tal carrera; creo que podría haber dedicado parte de su fuerza extraordinaria a una advertencia convincente a los jóvenes para que no la sigan. Yo creo que la tentación asalta con frecuencia a los varones más perfectos; como el gorrión que picotea o la avispa destructiva que atacan los frutos más dulces y maduros y evitan los ácidos y verdes. El verdadero amante del prójimo debería consagrar sus energías a guardar y a proteger; debería eliminar el engaño con cierta cólera por su traición. Tal vez le parezca demasiado serio; pero el tema es serio y es imposible abordarlo sin seriedad.*

CAPÍTULO XIII

Charlotte Brontë tuvo que volver a las penosas circunstancias del invierno anterior cuando se acercó el momento de que el señor Nicholls se marchara de Haworth. Los feligreses le hicieron un homenaje en una asamblea pública, manifestando así su respeto a quien los había servido fielmente durante ocho años. Él se marchó del pueblo y Charlotte creyó que no volvería a saber nada de él, a no ser alguna vaga noticia de segunda mano que dejara caer casualmente alguno de los clérigos de los alrededores.

Yo había prometido hacerle una visita cuando regresara de Londres en junio; pero después de haber fijado el día, recibí una carta del señor Brontë en que me comunicaba que su hija tenía una gripe muy fuerte, acompañada de un espantoso dolor de cabeza, y me rogaba que demorara la visita hasta que estuviera mejor. Lamenté la causa de la demora, pero no la demora en sí hasta una temporada en que los páramos estarían en todo su esplendor con el color encendido de los brezos en flor y que me permitiría contemplar el panorama que ella me había descrito muchas veces. Así que acordamos que no iría a verla hasta agosto o septiembre. Mientras tanto recibí una carta de la que me siento tentada a dar un extracto porque expone su idea de lo que tenía que ser la literatura de ficción, y su amable interés de siempre por lo que hacía yo.

9 de julio de 1853

Gracias por su carta; ha sido tan grata como una charla tranquila, tan agradable como los chubascos de primavera, tan estimulante como la visita de un amigo; en suma, muy parecida a una página de Cranford [...] Se me ocurre una idea. ¿Le resulta fácil a usted que tiene tantas amistades, un círculo tan amplio de conocidos, cuando se sienta a escribir, aislarse de todos esos vínculos y de sus agradables asociaciones, y ser usted misma, independiente, ajena por completo a la noción de cómo puede afectar su obra a otros, a la censura o la comprensión que pueda provocar? ¿No aparece nunca ninguna nube luminosa entre usted y la Verdad estricta, tal como usted la conoce en su fuero interno lúcido y claro? En una palabra, ¿no siente nunca la tentación de hacer a sus personajes más amables que la Vida, por la inclinación a igualar los pensamientos propios a los de quienes siempre se sienten amables aunque a veces dejan de ver justamente? No me conteste, es una pregunta que no requiere respuesta [...] Su informe sobre la señora Stowe es muy interesante y alentador.

146 *Tengo muchas ganas de verla, de que me lo cuente todo, y otras muchas cosas otra vez. Mi padre sigue mejor. Yo estoy mejor también; aunque hoy vuelve a dolerme la cabeza, lo que no me permitirá escribir con coherencia. Dele todo mi cariño a M. y a M., tan encantadoras y alegres. Ahora no puede transmitir mi mensaje a F. y a J. Me gustó la florecilla silvestre —no es que crea que la remitente me estima, no puede hacerlo porque no me conoce; pero no importa—. En mis recuerdos es una persona de cierta distinción. La considero una criaturita delicada, franca y verdaderamente prometedora. La veo a veces, tal como apareció, caminando majestuosa desde el pórtico hasta el coche la tarde que fuimos a ver Duodécima noche. Creo en el futuro de J.; me agrada lo que expresan sus movimientos, y lo que está escrito en su cara.*

Fui a Haworth a finales de septiembre. Transcribiré ahora partes de una carta que escribí entonces, aun a riesgo de repetir algo que haya dicho anteriormente.

Era un día gris y oscurísimo; llovizó durante todo el viaje en tren hasta Keighley, que es una ciudad con una floreciente industria lanera, situada en un valle entre colinas, pero no muy profundo, sino más bien lo que en el condado de York llaman hoyada o fondo. En Keighley tomé un coche para ir a Haworth, que queda a unos seis kilómetros y medio; seis kilómetros de terreno empinado y abrupto por la carretera que serpentea entre las colinas onduladas que se recortan sinuosas en todo el horizonte, como si formaran parte de la línea de la Gran Serpiente que según la leyenda nórdica rodea el mundo. Era un día plomizo; a los lados de la carretera se veían fábricas de piedra: hileras grises y apagadas de casitas de piedra pertenecientes a las fábricas, y luego los campos pobres y de aspecto baldío; cercas de piedra en todas partes y ni un solo árbol a la vista. Haworth es un pueblo disperso: una estrecha calle empinada, tanto que las losas del empedrado están colocadas de canto para que los cascotes de los caballos tengan a qué agarrarse y no resbalen hacia atrás; si lo hicieran, llegarían rápidamente a Keighley. Pero si los caballos tuvieran pies y uñas de gato se arreglarían mucho mejor. Al fin remontamos la calle (el cochero, el caballo, el coche y yo) y llegamos a la iglesia de san Austen (¿quién sería?);

147 tomamos un sendero a la izquierda, pasamos la vivienda del coadjutor, pasamos la escuela, y llegamos a la puerta del patio de la rectoría. Rodeé la casa hasta la puerta principal, que da a la iglesia. Los páramos se extendían alrededor y arriba. El cementerio atestado rodea la casa y un pequeño recinto de hierba para tender la ropa.

Creo que no he visto nunca tan exquisita pulcritud en ningún lugar. Era el más primoroso que había visto. La vida es como un reloj, por supuesto. Nadie viene a la casa; nada perturba su calma absoluta; no se oye una voz; el tictac del reloj de la cocina y el zumbido de una mosca en la sala llegan a toda la casa. La señorita Brontë se sienta sola en su salita; desayuna con su padre en el estudio de él a las nueve en punto. Ayuda en las labores domésticas, pues una de sus sirvientas, Tabby, es casi nonagenaria, y la otra apenas una chiquilla. Luego la acompaño en sus paseos por los amplios páramos: una tormenta había destrozado las flores de los brezos unos días antes de mi llegada y todo era de un color pardo cárdeno y no del esplendoroso morado que tendría que haber sido. ¡Ay!, los altos páramos agrestes y desolados allá arriba sobre todo el mundo, auténticos reinos del silencio. La comida, a las dos en punto. El señor Brontë hizo que se la llevaran. Todo en la pequeña mesa tenía la misma sencillez primorosa. Luego reposamos y conversamos junto al fuego vivo y claro; ésta es una región fría y los fuegos eran una luz cálida muy acogedora en toda la casa. Es evidente que han cambiado los muebles del salón en los últimos años, desde que el éxito de la señorita Brontë le ha permitido disponer de un poco más de dinero. Todo es armonioso y corresponde a la idea de lo que ha de ser una rectoría rural, habitada por personas de medios muy moderados. El color dominante de la estancia es el carmesí, que crea un ambiente cálido en contraste con el entorno frío y gris. En la pared cuelga el retrato de Charlotte Brontë que le hizo Richmond y el grabado de Thackeray del cuadro que hizo Lawrence; dos hornacinas llenas de libros a ambos lados de la repisa de la chimenea alta, estrecha y anticuada: libros que le han regalado, libros que ha comprado, y que indican sus gustos e intereses particulares; ningún libro religioso.

No ve bien y casi no hace nada más que tejer. La vista se le debilitó de esta forma: cuando tenía dieciséis o diecisiete años deseaba dibujar más que nada y copiaba las detalladas láminas de grabados en cobre a buril de los anuarios (¿no los llaman «punteados» los artistas?) sin saltarse un punto, hasta que al cabo de seis meses había conseguido una copia primorosamente fiel del grabado. Quería aprender a expresar sus ideas dibujando. Luego había intentado dibujar historias, y como no tuvo éxito adoptó el medio mejor de la escritura; pero con una letra tan pequeña que casi resulta imposible descifrar lo que escribió entonces.

Pero volvamos ahora a nuestro tranquilo reposo de sobremesa. Observé enseguida que sus hábitos de orden eran tales que no podía seguir con la conversación si había una silla fuera de su sitio; todo estaba exquisitamente ordenado. Hablamos de los tiempos pasados, de su infancia; de la muerte de su hermana (Maria), que fue exactamente igual que la de Helen Burns en Jane Eyre; de los extraños días de hambre del colegio; del deseo (casi enfermizo) de expresarse de alguna forma: escribiendo o dibujando y pintando; de su vista debilitada, que le impidió hacer nada durante dos años, desde los diecisiete hasta los diecinueve; de su experiencia de institutriz; de su estancia en Bruselas; le dije entonces que no me gustaba Lucy Snowe y hablamos de Paul Emanuel; le dije que — admiraba mucho Shirley, lo cual la complació, porque el personaje de

Shirley está inspirado en su hermana Emily, de quien nunca se cansaba de hablar ni yo de escuchar. Emily tuvo que ser un vestigio de los titanes, tataranieta de los gigantes que habitaron en tiempos nuestro planeta. Un día, la señorita Brontë bajó una pintura al óleo bastante corriente que había hecho su hermano de ella: una joven menuda de dieciocho años de aspecto remilgado, y de las otras dos hermanas, de dieciséis y de catorce años, con el cabello muy corto y ojos tristes de mirada soñadora [...] Emily tenía un perro enorme —medio mastín, medio dogo— tan salvaje, etc. [...] Ese perro fue al entierro de Emily, caminando junto a su padre; y luego, hasta que se murió, durmió siempre a la puerta de la habitación de ella, y todas las mañanas olfateaba debajo de la puerta y aullaba en tono lastimero.

Casi siempre dábamos otro paseo antes de la cena, que es a las seis; y a las ocho y media, las oraciones; y a las nueve ya están en la cama todos menos nosotras. Nos quedamos levantadas hasta las diez o más; y cuando yo me retiro, la señorita Brontë baja y camina por la sala a un lado y a otro durante una hora o así.

La transcripción de esa carta me ha hecho recordar los días de aquella grata visita con toda claridad; y muy tristes en su nitidez. Éramos muy felices juntas; a ambas nos interesaban sinceramente los asuntos de la otra. El día parecía demasiado corto para todo lo que teníamos que contarnos. Yo comprendí mejor su vida al ver dónde había transcurrido, el lugar en que Charlotte había amado y sufrido. El señor Brontë era el anfitrión más cordial del mundo; y cuando nos acompañaba (durante el desayuno en su estudio o durante la cena en la sala de Charlotte), describía en tono grandilocuente y majestuoso el pasado, que cuadraba a la perfección con su magnífico porte. Parecía abrigar todavía de algún modo la idea de que Charlotte era una niña a quien había que guiar y dirigir cuando estaba presente; y ella lo aceptaba con una docilidad serena que me divertía y me asombraba a la vez. Pero cuando ella salía de la estancia, su padre manifestaba abiertamente su orgullo por la genialidad y la fama de su hija. Escuchaba con avidez cuanto yo le contaba de los elogios que había oído de sus obras. Me pedía con insistencia que le repitiera determinados comentarios como si quisiera aprenderlos de memoria.

Recuerdo dos o tres temas de las conversaciones que mantuvimos Charlotte y yo, además de los que mencionaba en la carta anterior.

Un día le pregunté si había tomado alguna vez opio, porque la descripción que hace de sus efectos en *Villette* correspondía exactamente a lo que yo había experimentado, la presencia vívida y exagerada de objetos cuyos contornos eran indefinidos o se perdían en una bruma dorada, etc. Me contestó que nunca había tomado ni una pizca en forma alguna, que ella supiera, pero que había seguido el mismo sistema que adoptaba siempre cuando tenía que describir algo que quedaba fuera de su campo de experiencia: pensaba detenidamente en ello durante muchas noches antes de quedarse dormida, preguntándose cómo era o cómo sería, hasta que, al final, a veces cuando el desarrollo de la historia llevaba estancado en aquel punto semanas, despertaba por la mañana y lo veía todo con absoluta claridad, como si hubiera pasado por la experiencia; y entonces lo describía, palabra por palabra, tal como había sucedido. No puedo explicarlo psicológicamente; pero estoy convencida de que así era, porque ella me lo dijo.

Me hizo muchas preguntas sobre el aspecto físico de la señora Stowe; y cuando le dije que la

autora de *La cabaña del tío Tom* era baja y menuda, me di cuenta de que coincidía con la idea que ella se había formado. Otra teoría suya era que ninguna mezcla de sangre producía caracteres tan excelentes mental y físicamente como la de escocés e inglés.

Recuerdo también que me dijo que la aterraba que la acusaran de plagio cuando después de haber escrito *Jane Eyre* leyó el efecto espeluznante del misterioso grito a medianoche del cuento de la señora Marsh titulado *El deforme*. También me contó que cuando había leído *Los vecinos* de Fredrika Bremer creyó que todos creerían que tenía que haber sacado la idea del personaje de Jane Eyre del de Francesca, la narradora de la historia de la señorita Bremer.¹⁴⁸ La verdad es que yo no veo el menor parecido entre ambos personajes. Así se lo dije, pero ella insistió en que Francesca era Jane Eyre casada con un médico sueco bonachón.

En nuestros largos paseos nos encontramos con diversos pobres. Uno de ellos nos dejó un paraguas; en casa de otro nos refugiarnos de un aguacero de septiembre. En todas aquellas casas conocían su serena presencia. En una que quedaba a cinco kilómetros de Haworth, quitaron el polvo a una silla, diciéndole amablemente: «Siéntese aquí, señorita Brontë», y ella sabía por qué familiares ausentes o enfermos tenía que preguntar. Sus palabras amables y sosegadas, por muy pocas que fueran, resultaban claramente gratas a aquellos yorqueños. Y aunque secos y toscos, la recibían con cordial simpatía.

Conversamos sobre los diferentes rumbos que seguía la vida. Ella me dijo, a su modo tranquilo, que parecía indicar que había aceptado la idea como un hecho, que creía que algunas personas están destinadas al dolor y la decepción, que no todas tenían la suerte (como nos decían las Escrituras) de que sus cuerdas cayeran en lugares amenos; que era beneficioso que quienes tenían que vivir con mayor dureza se dieran cuenta de que era la voluntad de Dios y procuraran moderar sus aspiraciones, dejando la esperanza a aquellos cuyo sino era diferente, y procurando cultivar la paciencia y la resignación como virtudes necesarias. Yo no lo veía de esa forma y le expliqué que yo creía que el sino de los distintos seres humanos es más parecido de lo que ella imaginaba; que en algunos casos la felicidad y el dolor llegaban en rachas marcadas de luz y sombra (como si dijéramos), mientras que en otros se mezclaban por igual a lo largo de toda la vida. Ella sonrió y negó con la cabeza, y me dijo que ella intentaba aprender a no esperar ningún placer; que era mejor ser valiente y aceptarlo con resignación; había alguna buena razón, que conoceríamos en su momento, por la que el sufrimiento y el desengaño tenían que ser el destino de algunas personas en la tierra; era mejor aceptarlo y afrontar la verdad de una fe religiosa.

En relación con esta conversación, mencionó un pequeño plan frustrado del que yo no sabía nada entonces: que en el pasado mes de julio se había sentido tentada a ir con unos amigos (una pareja casada y su hijo) a un viaje a Escocia. Partieron alegremente; ella con júbilo especial, porque Escocia era una tierra que tenía raíces profundas y entrañables en su imaginación y el atisbo de dos días en Edimburgo era lo único que había visto. Pero en el primer alto después de Carlisle, el pequeño se sintió ligeramente indispuesto; los padres, preocupados, supusieron que la dieta extraña le sentaba mal y se apresuraron a regresar a su casa de Yorkshire con la misma impaciencia que dos o tres días antes habían iniciado el viaje hacia el Norte con la esperanza de una excursión placentera de un mes.

Nos despedimos con la firme intención por ambas partes de renovar con frecuencia el placer

que nos proporcionaba estar juntas. Decidimos que cuando ella quisiera bullicio o yo quisiera tranquilidad nos lo comunicaríamos e intercambiaríamos visitas según requiriera la ocasión.

Yo sabía que ella estaba muy preocupada entonces; y como conocía la razón, no podía por menos que admirar la paciente docilidad que demostraba en su comportamiento con su padre.

Poco después de que yo me fuera de Haworth, Charlotte hizo una visita a la señorita Wooler, que vivía entonces en Hornsea. Pasó unos días agradables y tranquilos con esta amiga, cuya compañía la reconfortaba siempre.

SRTA. WOOLER

12 de diciembre de 1853

Me pregunto cómo estará pasando estas largas veladas de invierno. Seguramente sola, como yo. Pienso muchas veces, cuando estoy aquí sola, lo agradable que sería que viviera usted cerca, y pudiera ir a verla dando un paseo de vez en cuando, o venir usted a pasar un día y una noche conmigo. Sí, fue muy agradable esa semana en Hornsea, y espero que llegue la primavera para que cumpla la promesa de venir a visitarme. Supongo que tiene que sentirse muy sola en Hornsea. ¡Qué duro le parecería a algunas personas vivir su vida! ¡Y qué absolutamente imposible vivirla con ánimo sereno y talante plácido! Me parece prodigioso, porque no es usted como la señorita—, flemática e impenetrable, sino que la naturaleza la ha dotado de sentimientos de una finísima agudeza e intensidad. Esos sentimientos, si se encierran, a veces dañan la mente y el carácter. A usted no. Tiene que ser en parte principio y en parte disciplina lo que le permite ser como es.

A medida que me acerco a los años más recientes me resulta imposible escribir con la plenitud de detalles que hasta ahora no había juzgado erróneo emplear. La señorita Brontë pasó el invierno de 1853-1854 sumida en la soledad y la inquietud. Pero el Tiempo, el gran conquistador, fue ganando lentamente su victoria sobre los firmes prejuicios y la determinación humana. El señor Brontë fue aceptando paulatinamente la idea del matrimonio de su hija.

Hay otra carta, dirigida al señor Dobell, que nos permite ver el aspecto intelectual del carácter de Charlotte, antes de que perdamos toda noción de la autora en la tímida y concienzuda mujer a punto de convertirse en esposa, y en la felicidad casi perfecta y demasiado breve de sus nueve meses de vida conyugal.

SR. SYDNEY DOBELL

Haworth, cerca de Keighley,
3 de febrero de 1854

Muy señor mío: No sabe cuánto me complace tener ocasión de explicar esa taciturnidad a que usted alude. Su carta llegó en un momento delicado e inquietante, en que mi padre se encontraba muy enfermo y yo no podía separarme de su lado. No contesté las cartas durante ese periodo, y la suya era una de las tres o cuatro que, cuando tuve de nuevo tiempo de ocio y volví a considerarlo, me pareció que ya había pasado el momento de contestarlas y al final las dejé a un lado. No sé si

recordará que me invitaba a ir a Londres. Y ya era demasiado tarde para aceptar o para declinar. Estaba segura de que ya se habría marchado usted de Londres. Mencionaba una circunstancia — la enfermedad de su esposa— en que he pensado muchas veces, preguntándome si ya estaría mejor. En su nota actual no se refiere a ella, pero confío en que haya recuperado plenamente la salud hace mucho.

Balder

149 *llegó sin novedad. Lo contemplé antes de abrir las hojas con placer singular. Recuerdo bien a su hermano mayor, el potente Romano, y era natural que diera una cordial bienvenida al nuevo vástago de la misma casa y raza. Lo he leído. Ésta es mi impresión: rebosa fuerza; hallé en él una desbordante riqueza vital, pero pensé que su hijo preferido y favorecido crearía problemas a su padre, que le causaría disgustos. Me pareció que su fuerza y su belleza no eran tanto las de José, el sostén de Jacob en su vejez, como las del hijo pródigo, que atribuló a su padre aunque conservó siempre su amor.*

¿Por qué será que mientras el primogénito del genio trae siempre honor, el segundo hijo suele ser una fuente de abatimiento y preocupación? Casi podría vaticinar que el tercero compensará toda la angustia causada por su inmediato predecesor.

Hay fuerza en el carácter de Balder y un cierto horror, en mi opinión. ¿Se propuso que encarnara, junto con la fuerza, alguno de los defectos especiales del carácter artístico? A mí me parece que esos defectos no se han expuesto nunca en versos más fuertes. No podía creer ni creo que se hubiera propuesto presentarlo como su preciado ideal del verdadero y gran poeta; me pareció el retrato en vívidos colores del amor propio exagerado, de la ambición casi desenfrenada; de una naturaleza que ha hecho un Moloch de la inteligencia, que sacrificó en los fuegos paganos los afectos naturales, el corazón al cerebro. ¿No sabemos todos que la verdadera grandeza es simple, desprendida, proclive a los compromisos poco ambiciosos y desinteresados? Estoy segura de que así lo cree en su fuero interno.

Pero si los críticos se equivocaran ahora (no he visto todavía ninguna de sus elucubraciones), los corregirá algún día en la segunda parte de Balder. Les demostraré que también usted sabe (quizá mejor que ellos) que el hombre verdaderamente grande es sincero en sus sentimientos para escatimar sacrificio; demasiado absorto en su trabajo para hablar de él en voz alta; demasiado decidido a encontrar la mejor forma de realizar lo que emprende para pensar grandes cosas de sí mismo: el instrumento. Y si Dios pone en su camino aparentes obstáculos —si parece a veces que sus obligaciones ponen trabas a sus poderes—, siente profundamente, quizá se retuerza bajo la lenta tortura de los impedimentos y las demoras; pero si en su pecho alentara un auténtico corazón humano, puede resistir, aceptar, esperar con paciencia.

Contestaré conforme a su propia sugerencia y a mi propia opinión a quienquiera que me hable de Balder, aunque llevo una vida demasiado retirada para encontrarme con demasiada frecuencia en situación de oír los comentarios. La equidad exige que sea usted su propio intérprete.

*Adiós por ahora. Le saluda muy atentamente,
CHARLOTTE BRONTË*

Una carta a su compañera de Bruselas nos da una idea del curso exterior de las cosas durante ese invierno.

8 de marzo

Me ha alegrado mucho ver tu letra de nuevo. Creo que hace un año que no tenía noticias tuyas. He pensado muchas veces en ti últimamente, y estaba empezando a tener presentimientos tristes sobre la causa de tu silencio. Pero tu carta los ha eliminado todos felizmente. Trae en

conjunto noticias gratas de tus padres, tus hermanas y, en último lugar, aunque no en importancia, de tu querida y respetada personalidad inglesa.

Mi querido padre ha pasado muy bien el crudo invierno, algo que agradezco todavía más porque el pasado verano su salud fue bastante precaria durante semanas después de un ataque que sufrió en junio y que le privó totalmente de la vista durante horas, aunque no le afectó lo más mínimo a la mente, el habla y ni siquiera a la capacidad de movimiento. No imaginas mi alegría cuando tras ese periodo terrible y casi desesperado de oscuridad absoluta pudo ver de nuevo un poco de claridad. Yo temí que la parálisis le hubiera afectado el nervio óptico. Tuvo durante mucho tiempo una especie de niebla, y en realidad no ha recuperado del todo la vista, pero puede leer, escribir y pasear solo; predica dos veces los domingos y el coadjutor sólo lee las oraciones. Ya comprenderás lo mucho que rezo para que Dios le permita conservar la vista hasta el final. Le aterra la privación que supondría la ceguera. Conserva la mente tan fuerte y activa como siempre y la política le interesa tanto como a tu padre. El zar, la guerra, la alianza entre Francia e Inglaterra; se entrega a todo esto en cuerpo y alma; es como si le hiciera volver a los tiempos en que era relativamente joven, y renovar el entusiasmo de la última gran contienda europea. Sus simpatías (y las mías) están todas con Europa y la Justicia contra la Rusia y la Tiranía.

Comprenderás que con todo eso no he tenido tiempo ni ánimo para salir mucho de casa durante el último año. Pasé una semana con la señora Gaskell en primavera, y quince días con otros amigos después; y éstas han sido todas mis visitas desde la última vez que nos vimos. La verdad es que llevo una vida muy regular y retirada, más de lo que es del todo saludable para la mente y para el cuerpo. Pero tengo motivos para albergar sentimientos de gratitud frecuentemente renovados por el apoyo que recibo en ocasiones y que me alienta de vez en cuando. Mi salud, aunque no es perfecta, creo que en conjunto es bastante mejor que hace tres años: el dolor de cabeza y la dispepsia son mis achaques más graves. Todavía no sé si iré unos días a la ciudad esta temporada, pero si lo hiciera, espero visitar P. Place.

En abril comunicó su compromiso a la señorita Wooler.

Haworth, 12 de abril

Querida señorita Wooler:

El interés sincero y bondadoso que ha demostrado siempre por mis asuntos me hace creer que debo comunicarle enseguida una noticia sobre un tema respecto al cual ya le he consultado más de una vez. Así que he de decirle que desde mi última carta papá ha cambiado paulatinamente y su opinión ahora es muy distinta; y que después de muchas cartas y como resultado de una visita del señor Nicholls hace más o menos una semana, se ha acordado que vuelva a ocupar la coadjutoría de Haworth en cuanto el actual ayudante de papá obtenga otro puesto; y que, a su debido tiempo, ingresará en la familia.

Me alegra indescriptiblemente ver que ahora que mi padre ha admitido de una vez este nuevo enfoque de la situación piensa en ello muy contento. Se respetarán en todas las disposiciones su comodidad y su aislamiento. El señor Nicholls parece sentir el profundo deseo de procurarle comodidad y sustento en sus últimos años. Por el carácter del señor Nicholls creo que puedo confiar en que no se trata de un impulso pasajero, sino que lo asumiré siempre como un deber y que lo cumplirá como una obligación afectiva. Sé muy bien que el destino que la Providencia en Su bondad y sabiduría parece ofrecerme no será considerado en general esplendoroso, pero creo ver en él algunos gérmenes de auténtica felicidad. Confío en que las exigencias del sentimiento y el deber se reconcilien en cierta medida por el paso en perspectiva. El señor Nicholls quiere que la boda se celebre este verano; insiste en que sea en el mes de julio, pero eso parece muy pronto.

Dígame cómo se encuentra cuando me escriba [...] Ahora he renunciado definitivamente a la visita a Londres. Estaré muy ocupada en los tres meses próximos; no podría permitirme perder un mes [...] Papá acaba de recibir una carta del querido y buen obispo que nos ha conmovido y complacido muchísimo. Aprueba cordialmente la vuelta del señor Nicholls a Haworth (sobre lo cual se le consultó) y le satisfacen los acuerdos domésticos que seguirán a la misma. Creo que descubrió sagazmente la situación cuando estuvo aquí en junio de 1853.

En otras cartas expresaba su agradecimiento a Quien la había guiado entre tanta dificultad, aflicción y desconcierto; y sin embargo creía lo que casi todas las mujeres reflexivas que se casan

cuando ha pasado la flor de la juventud despreocupada: que había una sensación extraña y un tanto triste en anunciar el compromiso, porque las preocupaciones y los temores se mezclaban inextricablemente con las esperanzas. El convencimiento de que su padre disfrutaba verdaderamente pensando en su boda y haciendo todos los preparativos necesarios le proporcionaba un gran sosiego. El señor Brontë quería que se arreglara todo sin problema y se interesó mucho por los preparativos para la recepción del señor Nicholls en la rectoría como esposo de su hija. Esta medida se consideró necesaria por la avanzada edad del señor Brontë y por el deterioro de su vista, pues imponía como obligación primordial a una hija tan responsable como Charlotte dedicar tanto tiempo y ayuda como siempre a satisfacer todas las necesidades de su padre. El señor Nicholls, por su parte, esperaba que podría aportar cierto consuelo y ayuda con su presencia en cualquier ocasión en que el anciano clérigo necesitara sus servicios.

La señorita Brontë hizo tres visitas a principios de mayo, antes de la boda. Primero nos visitó a nosotros. Se quedó sólo tres días porque tenía que ir a Leeds a comprar algunas cosas necesarias para su boda. Me dijo que sus preparativos no podían ser caros ni amplios; que consistirían principalmente en una modesta reposición de su guardarropa, en empapelar y pintar algunas habitaciones de la rectoría; y sobre todo en adaptar el cuartito enlosado que había servido hasta entonces de despensa (que quedaba junto a su salita) en estudio para su esposo. Pensaba mucho en esa idea y en los planes para que él estuviera cómodo, y también su padre; y hablamos de ellos con la misma dicha inquebrantable que supongo que sienten todas las mujeres en tales conversaciones, sobre todo cuando las consideraciones económicas exigen esa clase de ingenio de que habla Charles Lamb en su *Ensayo sobre la porcelana antigua* como importante añadido al placer de conseguir finalmente algo.¹⁵¹

Haworth, 22 de mayo

He estado ocupadísima cosiendo desde que regresé a casa; ya está arreglado el cuartito nuevo y las cortinas verdes y blancas colocadas; hacen juego con el empapelado y quedan muy bien. Hace unos días recibí una carta comunicándome que el señor Nicholls llega mañana. Estoy preocupada por él; más de lo que me atrevo a confesar. Parece que le ha molestado mucho últimamente su afección reumática. No me lo ha contado él, sino que me he enterado por otra fuente. Ha estado enfermo mientras yo estaba en Manchester y en B—. Él no se quejó en absoluto ni me dio ningún indicio sobre el tema. Esperaba superarlo y lamentablemente sé lo mucho que le habrá entristecido ver frustradas sus esperanzas. Deseaba de todo corazón por motivos desinteresados que esa dolencia no se hiciera crónica. Me lo temo, me lo temo; pero si está predestinado a sufrir necesitará más cuidados y ayuda. ¡En fin, sea lo que sea, que Dios nos ayude y nos dé fuerza tanto a él como a mí! Espero que llegue mañana con una mezcla de impaciencia y ansiedad.

El señor Brontë tuvo entonces una leve enfermedad que preocupó muchísimo a Charlotte. Además, todo el peso de los preparativos de la casa recayó sobre la novia, y aunque no le resultaba desagradable, no le dejaba un minuto libre. Estuvo muy ocupada durante varios días desempaquetando la ropa que le habían enviado de Halifax; pero no tan ocupada como para

olvidarse de facilitar el viaje de la señorita Wooler para asistir a la boda.

Escribo hoy mismo a la señorita Wooler. ¿No sería mejor, cariño, que tú y ella os pusierais de acuerdo para venir a Haworth el mismo día y llegar a Keighley en el mismo tren? Así yo podría enviar un coche a recogeros a la estación y traeros con el equipaje. La caminata con este calor sería imposible, tanto para ti como para ella; y sé que si depende de ella, insistiría en hacerlo y llegaría medio muerta. Prefiero decírtelo a ti antes. Si te parece bien, ponte de acuerdo con ella en la hora y todo lo demás y házmelo saber. Acláralo todo e infórmame puntualmente para que pueda escribir a Devonshire Arms sobre el coche.

El señor Nicholls es una persona amable y considerada. Pese a todos sus defectos masculinos, ha accedido a mi deseo de hacer las cosas discretamente, y se lo agradezco; y si se inmiscuyera alguien y desbaratara sus planes, se las arreglará para que ni una alma en Haworth se entere del día. También es muy atento acerca de «las damas», es decir, tú y la señorita Wooler. Se anticipó también a los arreglos que yo iba a proponerle para tu partida, etc. Él y el señor — llegan a — la víspera por la tarde. Ponme una nota para saber que están ahí; estarán en la iglesia exactamente a las ocho de la mañana y allí nos reuniremos con ellos. El señor y la señora Grant están invitados al desayuno, pero no a la ceremonia.

Habían fijado el 29 de junio como el día de la boda. Sus dos amigas llegaron a la rectoría de Haworth la víspera; y Charlotte pasó la larga tarde de verano haciendo todos los preparativos para el día siguiente y para que su padre estuviera bien durante su ausencia. Cuando estuvo todo preparado —hecho el equipaje, organizado todo para el desayuno del día siguiente, el vestido de novia dispuesto—, justo a la hora de acostarse, el señor Brontë anunció su intención de quedarse en casa mientras los demás iban a la iglesia. ¿Qué iban a hacer? ¿Quién entregaría a la novia? Sólo iban a asistir el clérigo que oficiaría la ceremonia, la novia y el novio, la dama de honor y la señorita Wooler. Consultaron el devocionario y vieron que la norma litúrgica era que el ministro oficiante «recibiera a la mujer de manos del padre o de un *amigo*», pero no especificaba nada en cuanto al sexo del «amigo». Así que la señorita Wooler, siempre dispuesta a ayudar cuando hacía falta, se ofreció a entregar a su antigua alumna.

La noticia de la boda de Charlotte se había divulgado antes de que el pequeño grupo saliera de la iglesia y muchos viejos y humildes amigos acudieron y la vieron «como una campanilla de invierno», según dicen ellos. Su traje era de muselina blanca bordada, con mantilla de encaje y gorrito blanco adornado con hojas verdes, lo que quizá sugiriera el parecido con la pálida flor invernal.

El señor Nicholls y Charlotte fueron a visitar a los parientes y amigos de él a Irlanda; recorrieron Killarney, Glengariff, Tarbert, Tralee y Cork, vieron el paisaje, del que ella dice:

Algunos lugares superaban todo lo que yo siempre había imaginado [...] He de decir que me agradan mis nuevos parientes. También mi amado esposo aparece a una nueva luz en su país. Más de una vez he sentido un profundo placer oyendo cómo le alababan en todos los aspectos. Algunos de los viejos criados y amigos de la familia me dicen que soy muy afortunada porque he conseguido a uno de los mejores caballeros del país [...] Espero que agradezca lo suficiente a

Dios por haberme permitido tomar la que me parece una elección acertada; y rezo para que me permita corresponder como debiera a la cariñosa devoción de un hombre sincero y honorable.

A partir de entonces, las sagradas puertas del hogar en que transcurrió su vida conyugal están cerradas. Nosotros, sus buenos amigos, nos quedamos fuera, y sólo captamos algún que otro atisbo de alegría y los sonidos de gratos y pacíficos susurros que nos indican el gozo del interior. Nos miramos unos a otros y dijimos con dulzura: «¡Después de una lucha larga y difícil, después de tantas preocupaciones y amarguras, está probando la felicidad!». Pensamos en los ligeros rigores de su carácter y cómo se convirtieron en plena dulzura en el resplandor sereno de la paz doméstica. Recordamos sus pruebas y nos complacimos con la idea de que Dios hubiera creído adecuado secar las lágrimas de sus ojos. Quienes la vieron, advirtieron un cambio exterior en su aspecto que indicaba cosas interiores. Y pensamos y esperamos y vaticinamos con gran amor y veneración.

¡Pero los designios de Dios no son como los nuestros!

Veamos algunos de los bajos murmullos de felicidad que oímos quienes escuchábamos:

Me parece realmente que apenas he tenido un momento libre desde aquella oscura mañana de junio en que usted, E— y yo misma bajamos caminando hasta la iglesia de Haworth. No es que me sienta fatigada ni agobiada; pero lo cierto es que ahora mi tiempo ya no es mío; otra persona necesita buena parte del mismo y dice «tenemos que hacer esto o aquello». Por consiguiente, hacemos esto o aquello; y en general parece ser lo correcto [...] Ha venido mucha gente de lejos, y últimamente he tenido que organizar una pequeña fiesta para el pueblo. Tanto el señor Nicholls como yo queríamos corresponder de algún modo a la calurosa bienvenida y la buena voluntad demostrada por los feligreses cuando volvió. Así que invitamos a los alumnos y profesores, a los cantores y a los campaneros y a los alumnos de la escuela dominical y de la escuela normal a una merienda cena en el aula de la escuela. Creo que lo pasaron muy bien y fue muy grato verlos tan contentos. Uno de los vecinos, al hacer un brindis por mi esposo lo describió como cristiano consecuente y caballero gentil. Confieso que sus palabras me conmovieron profundamente y pensé (y sé que lo habría pensado también usted si hubiera estado aquí) que merecer y ganarse esa consideración era mejor que conseguir riqueza, fama o poder. Estoy dispuesta a hacerme eco de tan elevado aunque sencillo elogio [...] Mi querido padre no estaba bien cuando regresamos de Irlanda. Pero gracias a Dios ya está mejor. ¡Que Dios permita que siga muchos años con nosotros! El deseo de una vida prolongada, junto con la preocupación por su felicidad y su salud me parece incluso más fuerte ahora que antes de casarme, aunque no sabría decir por qué. Papá no ha celebrado ningún oficio desde que regresamos; y cuando veo al señor Nicholls ponerse la sotana y la sobrepelliz me conforta pensar que este matrimonio ha asegurado a papá la asistencia en su vejez.

19 de septiembre

¡Sí! Me alegra poder decir que mi esposo se encuentra mejor de salud y de ánimos. Me siento

agradecida y contenta cuando le oigo de vez en cuando confesar su felicidad con la breve y sencilla frase de la sinceridad. Yo ahora estoy más ocupada que antes, no tengo tanto tiempo para pensar, me veo obligada a ser más práctica, porque mi querido Arthur es un hombre muy práctico, así como muy puntual y metódico. Cada mañana a las nueve en punto ya está en la escuela nacional. Da clase de religión a los niños hasta las diez y media. Casi todas las tardes visita a los pobres de la parroquia. Y por supuesto, suele encontrar alguna pequeña tarea para su esposa y creo que ella no lamenta ayudarle. Me parece que no me hace ningún mal su inclinación hacia los asuntos de la vida y al servicio activo; tan poco inclinado a lo literario y lo contemplativo. En cuanto a su afecto constante y sus amables atenciones, no es propio que hable mucho de ello; pero no han cambiado ni disminuido.

Su amiga y dama de honor les hizo una visita en octubre. Tenía que haber ido yo también, pero permití que algún pequeño obstáculo se interpusiera, para mi eterno pesar.

No hablaré de la guerra; pero cuando leo sus horrores no puedo por menos que pensar que es una de las maldiciones más grandes que hayan caído nunca sobre la humanidad. Confío en que no dure mucho porque de verdad creo que ninguna gloria que pueda ganarse compensa el sufrimiento que hay que soportar. Tal vez parezca innoble y antipatriótico; pero creo que a medida que avanzamos hacia la madurez, la nobleza y el patriotismo adquieren un significado distinto del que aceptábamos cuando éramos jóvenes.

Me pregunta amablemente por papá. Está mejor, y parece cada vez más fuerte a medida que el tiempo refresca. La verdad es que en los últimos años siempre se ha encontrado mejor de salud en invierno que en verano. Estamos todos muy bien; y en cuanto a mí, hacía mucho tiempo que no conocía tanta inmunidad relativa al dolor de cabeza y demás como en los últimos tres meses. Mi vida es diferente de lo que era. ¡Que Dios me haga agradecida por ello! Tengo un esposo bueno, amable y cariñoso; y mi amor por él es cada día más fuerte.

Sir James Kay Shuttleworth cruzó las colinas que separan Lancashire de Yorkshire y pasó unos días con ellos.

Por entonces ofrecieron al señor Nicholls un beneficio eclesiástico muy superior a la coadjutoría de Haworth, y que era muy favorable en muchos sentidos; pero él creía que estaba obligado a seguir en Haworth mientras viviera el señor Brontë. De todos modos, la oferta fue un gratísimo placer para su esposa, como prueba del respeto y la consideración de que gozaba su marido.

29 de noviembre

Pensaba haberte puesto unas líneas ayer, pero precisamente cuando me disponía a hacerlo me llamó Arthur para dar un paseo. Salimos, sin intención de ir muy lejos. Aunque el día estaba nublado y tormentoso, por la mañana hacía buen tiempo. No habíamos caminado ni un kilómetro por los páramos cuando Arthur propuso que fuéramos hasta la cascada; estaría muy bien después de haberse derretido la nieve, me dijo. Yo siempre había querido verla con su poder invernal, así

que seguimos caminando. Era realmente preciosa; ¡un torrente perfecto sobre las rocas, blanco y bellísimo! Empezó a llover mientras estábamos contemplándola y regresamos bajo el chaparrón. Sin embargo, yo disfruté del paseo indescriptiblemente y no me lo hubiera perdido por nada del mundo.

No consiguió este paseo de once o doce kilómetros con impunidad. A pesar de todas las precauciones, empezó a temblar en cuanto llegaron a casa y acabó con un catarro fuerte y anginas pertinaces; se quedó muy delgada y muy débil.

¿Te dije que nuestro pobrecito Flossy ha muerto? Estuvo enfermo sólo un día y murió tranquilamente de noche, sin dolor. Su pérdida ha sido muy triste; aunque quizá ningún perro haya tenido nunca una vida más feliz ni una muerte más dulce que él.

El día de Navidad ella y su marido fueron a ver a la pobre anciana (cuyo ternero se había puesto a buscar en días lejanos y menos felices), llevando consigo un pastel de especias para animarla. El día de Navidad muchas comidas humildes eran más abundantes gracias a sus regalos.

A principios del nuevo año (1855), el señor y la señora Nicholls fueron a visitar a sir James Kay Shuttleworth a Gawthorpe. Sólo se quedaron unos días, pero en ese tiempo Charlotte dio un largo paseo por terreno húmedo con calzado fino que agravó su persistente catarro.

Al poco tiempo de regresar de Gawthorpe empezó a tener sensaciones de náuseas recurrentes. Cuando llevaba así un tiempo, cedió al deseo del señor Nicholls de llamar a un médico. El médico fue a verla y dio una razón natural de su lamentable estado; un poco de paciencia, y todo se arreglaría. Ella siempre había sido paciente con la enfermedad y procuró con todas sus fuerzas animarse y aguantar. Pero el espantoso malestar se agravó cada vez más, hasta que sólo ver la comida le daba náuseas. «Un gorrión se habría muerto de hambre con lo que comía ella los últimos seis meses», ha comentado alguien. La salud de Tabby decayó por entonces súbitamente y murió en aquellos momentos de preocupación y ansiedad por la última hija de la familia que ella había servido tanto tiempo. Martha atendía tiernamente a su señora y de vez en cuando procuraba animarla con la idea del bebé que iba a nacer. «Creo que alguna vez me alegraré —decía ella—, pero ahora me encuentro tan mal, tan fatigada...» Luego guardó cama, porque estaba demasiado débil para levantarse. En su último lecho escribió dos cartas, a lápiz. La primera, sin fecha, está dirigida a su «Querida Nell».

Tengo que escribir unas líneas en mi deprimente lecho. Recibí la noticia de la probable recuperación de M— como un rayo de alegría. No voy a hablar de mis sufrimientos, sería inútil y doloroso. Quiero decirte algo que sé que te confortará, y es que considero a mi esposo el enfermero más tierno, el sostén más amable y el mejor consuelo terrenal que haya tenido ninguna mujer. Su paciencia es infinita, aunque tiene que soportar tristes días y noches irregulares. Escíbeme y cuéntame más de la señora—. ¿Cuánto tiempo estuvo enferma y cómo? Papá está mejor, ¡gracias a Dios! Nuestra pobre y anciana Tabby, muerta y enterrada. Todo mi cariño para la señorita Wooler. Para ti, mi ánimo y mi consuelo.

C. B. NICHOLLS

Escribió la otra carta a su compañera de Bruselas, también a lápiz y con letra muy ligera, casi invisible.

Tu carta tendrá unas líneas de reconocimiento, esté sana o enferma. Ahora estoy postrada en la cama; llevo enferma tres semanas. Hasta entonces y desde que me casé había gozado de una salud excelente. Mi esposo y yo vivimos en casa con mi padre; no podía dejarle, por supuesto. Él está muy bien, mejor que el verano pasado. Creo que no puede haber en el mundo marido más bondadoso y mejor que el mío. Ahora no me falta buena compañía en la salud ni el enfermero más tierno en la enfermedad. Comprendo perfectamente todo lo que me dices del doctor W. y de la preocupación de tu excelente madre. Confío en que no la ponga en peligro con otra operación. Ahora no puedo escribir más; me encuentro muy fatigada y muy débil. Que Dios os bendiga a todos. Todo mi cariño,

C. B. NICHOLLS

No creo que volviera a escribir una línea más. Los días y las noches transcurrieron con lentitud; continuaron las náuseas y los mareos, y siguió soportándolos con confiada paciencia. Hacia la tercera semana de marzo se produjo un cambio; un delirio incoherente en el que no dejaba de pedir comida e incluso estimulantes. Comía ávidamente; pero ya era demasiado tarde. Despertó un instante del estupor y vio la cara acongojada de su esposo y oyó el susurro de una plegaria pidiendo a Dios que la salvara. «¡Vamos! —murmuró—. No voy a morirme, ¿verdad? Él no va a separarnos ahora que somos tan felices.»

El sábado 23 de marzo por la mañana, temprano, el solemne toque de la campana de la iglesia de Haworth anunció la muerte de Charlotte Brontë a los vecinos que la conocían desde niña y que se estremecieron al pensar en los dos hombres solos y desolados sentados en la vieja casa gris.

CAPÍTULO XIV

Siempre me ha impresionado mucho un pasaje de la vida de Goldsmith escrita por el señor Forster.¹⁵² Hablando de la escena después de su muerte, escribe:

Cuentan que las escaleras de Brick Court se llenaron de dolientes, que no eran familiares; mujeres sin hogar y sin domesticidad de ninguna clase, sin ningún amigo más que aquel a quien habían ido a llorar; parias de aquella ciudad maligna, grande y solitaria, con quienes él había sido siempre bondadoso y caritativo.

Cuando me hablaron del funeral de Charlotte, me vinieron esas palabras a la mente.

Pocos más allá del círculo de colinas supieron que ella, a quien las naciones remotas alababan, yacía muerta aquella mañana de Pascua. Tenía más familiares y amigos en la tumba a la que pronto sería transportada que entre los vivos. Los dos dolientes, anonadados por su gran dolor, no deseaban la condolencia de los extraños. Asistió al entierro una persona de casi todas las familias de la parroquia; y en muchas casas pobres fue un acto de abnegación ceder a otro el privilegio de acudir a rendirle el último homenaje; y quienes quedaron excluidos del cortejo fúnebre formal abarrotaron el cementerio y la iglesia para ver cómo transportaban y depositaban junto a los suyos a Charlotte, a quien habían visto pocos meses antes como una novia blanca y pálida iniciar una vida nueva con temblorosa esperanza de dicha.

Entre los humildes amigos que lloraron su muerte había una muchacha del pueblo que había sido seducida poco antes pero que había encontrado una hermana espiritual en Charlotte. Ella le había brindado su apoyo, su consejo, sus palabras alentadoras; se había ocupado de sus necesidades en su momento de apuro. Amargo, muy amargo fue el dolor de aquella pobre joven cuando supo que su amiga había muerto, y profundo sigue siendo su duelo. Una joven ciega, que vivía a más de seis kilómetros de Haworth, amaba a la señora Nicholls tanto que con grandes gritos y súplicas imploró a quienes estaban junto a ella que la guiaran por los caminos y los senderos de los páramos para poder oír las últimas palabras solemnes: «La tierra vuelve a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo, con la esperanza firme de resucitar a la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor».

Ésos fueron los que lloraron junto a la tumba de Charlotte Brontë.

Tengo poco más que añadir. Si mis lectores creen que no he dicho lo suficiente, he dicho demasiado. Yo no puedo medir ni juzgar un carácter como el suyo. No puedo trazar los defectos y las virtudes ni el territorio en litigio. Alguien que la conoció bien y durante mucho tiempo (la Mary de esta Vida), escribe así de su querida amiga:

Tenía en mucho el deber, sus ideas del mismo eran más elevadas y claras que las de la

mayoría de la gente, y se atenía a ellas con más éxito. Y me parece que lo conseguía con mucha más dificultad de la que tienen personas de mayor vigor y mejor fortuna. Toda su vida fue sólo dolor y trabajo; y nunca tiró la carga por el placer del momento. No sé qué podrá sacar usted de cuanto he dicho. Lo he escrito con el firme deseo de conseguir que se la aprecie. Sin embargo, ¿qué importa eso? Ella misma apeló al juicio del mundo por el empleo de algunas de las facultades que tenía, no las mejores, pero aun así las únicas que podía emplear en beneficio de los extraños. Ellos disfrutaron con emoción y avidez de los frutos de sus esfuerzos y luego descubrieron que era muy culpable de poseer tales facultades. ¿Por qué pedir un juicio sobre ella a ese mundo?

Pero dejaré al público crítico y poco comprensivo, inclinado a juzgar con dureza porque sólo ha entendido de forma superficial y sin pensar bien. Apelo al público más numeroso y más serio, que sabe considerar las faltas y los errores con la más tierna humildad; que sabe admirar generosamente el genio extraordinario, y venerar plenamente con calidez todas las virtudes nobles. A ese público encomiendo la memoria de Charlotte Brontë.

FIN

APÉNDICE A

DOS CAPÍTULOS DE LA TERCERA EDICIÓN REVISADA

La vida de Charlotte Brontë se publicó en marzo de 1857. La crítica la acogió en principio con bastantes elogios. En mayo del mismo año se anunció una segunda edición; pero el 6 de junio apareció en la prensa una declaración de los abogados de la señora Gaskell en la que se retractaba «de toda afirmación [...] que impute a una dama viuda, a quien se alude [en la *Vida*], pero sin dar su nombre, alguna transgresión de sus deberes sociales, maternales o conyugales». Se suspendió la venta de la biografía y se retiraron de las librerías todos los ejemplares de las dos primeras ediciones.

La biografía se retiró, en primer lugar, debido a la amenaza de demanda por difamación de los abogados que actuaban en nombre de la entonces lady Scott, viuda del antiguo patrón de Branwell Brontë, el reverendo Edmund Robinson, y a quien la señora Gaskell atacaba tan violentamente por su relación con Branwell. No es sorprendente que lady Scott actuara como lo hizo, teniendo en cuenta que, aunque no se mencionaba su nombre en la biografía, era fácilmente identificable por la descripción de la señora Gaskell, como la «mujer malvada que no sólo sigue con vida, sino que frecuenta los alegres círculos de la sociedad londinense». Casi al mismo tiempo, sin embargo, hubo otra amenaza de demanda por parte de la familia del reverendo William Carus Wilson, por la descripción del colegio para hijas de clérigos; las protestas de otras personas que se consideraban también injustamente retratadas aumentaron los problemas de la señora Gaskell.

Pero la biografía había tenido demasiado éxito para que desapareciera sin más. Y mientras era objeto de la hostilidad de quienes se creían difamados, la señora Gaskell recibía más información de personas que no deseaban que se mejorara una obra que ya consideraban admirable (por ejemplo, Mary Taylor, la amiga de Charlotte Brontë que vivía en Nueva Zelanda), ni que se corrigieran detalles concretos (como John Stuart Mill y Harriet Martineau). La señora Gaskell se quejó con amargura, diciendo que se hallaba «verdaderamente en un avispero», y en una carta a George Smith se refería a su obra como «este libro desafortunado» (*Gaskell Letters*, pp. 453 y 463), al mismo tiempo que se concentraba en la enorme tarea de realizar una importante revisión de la biografía; y con tanto éxito, que la tercera edición «revisada y corregida» apareció en noviembre de 1857, menos de seis meses después de que retiraran las dos anteriores. Hay que subrayar que la tercera edición no era simplemente un texto expurgado; contenía bastante material nuevo que en cierta medida puede decirse que compensaba el eliminado, y era más extensa que la original.

Como se indica en la Introducción y en la Nota sobre el texto, ésta es la primera edición; al fin y al cabo es la versión que Elizabeth Gaskell quiso que prevaleciera. Además de correcciones generales de matiz y de erratas en todo el texto, en el caso concreto de los capítulos que tratan del colegio para hijas de clérigos (vol. I, cap. IV) y de la relación de Branwell Brontë con Lydia

Robinson (vol. I, cap, XIII), la revisión fue tan amplia que he preferido incluir aquí estos dos capítulos. El lector puede compararlos con los de la primera edición y así advertirá mejor el impacto de los originales y apreciará exactamente lo que supuso para la señora Gaskell la tarea de revisión.

VOLUMEN I

CAPÍTULO IV

Como ya he mencionado, la señorita Branwell llegó a Haworth de Penzance más o menos un año después de la muerte de su hermana, para encargarse del hogar de su cuñado y cuidar a los niños. Creo que era una mujer afable y concienzuda, con mucho carácter, aunque con ideas un tanto estrechas, propias de alguien que había vivido siempre en el mismo sitio. Tenía prejuicios arraigados y no le gustó nada Yorkshire. Fue un cambio enorme para una señora entrada ya en la cuarentena marcharse de Penzance —donde las plantas que nosotros en el Norte llamamos flores de invernadero crecen en gran profusión y sin protección alguna incluso en invierno, y donde el clima suave y templado permite a sus habitantes vivir casi siempre al aire libre, si así lo desean— para vivir en un lugar donde no se daban bien los vegetales ni las flores, y donde era difícil ver incluso un árbol de tamaño mediano en muchos kilómetros a la redonda; donde la nieve cubría buena parte del año los páramos que se extienden sombríos y desnudos casi desde la vivienda que sería su hogar a partir de entonces; y donde muchas veces, en las noches de otoño y de invierno, parecía que los cuatro vientos cardinales se unieran para aullar juntos y arañaban la casa como fieras salvajes que intentaran encontrar una entrada. La señorita Branwell echaba de menos las alegres reuniones sociales que se suceden a lo largo del año en una villa; añoraba a las amistades que conocía desde la infancia, algunas de las cuales lo habían sido de sus padres antes que suyas; la molestaban muchas costumbres del lugar y aborrecía sobre todo la humedad helada que se alzaba de los suelos de piedra de los pasillos y de las salas en la rectoría de Haworth. Creo que también las escaleras eran de piedra; y no es extraño, habiendo cerca canteras y quedando tan lejos los árboles. Me han contado que la señorita Branwell llevaba siempre zuecos en la casa, por miedo a acatarrarse, y que sus pisadas repiqueteaban escalera arriba y abajo. Por la misma razón, en los últimos años de su vida apenas salía de su dormitorio, donde también tomaba sus comidas. Los niños la respetaban y le profesaban ese afecto que genera la estima; pero no creo que le manifestaran nunca su cariño libremente. Tuvo que ser una prueba durísima para una persona de su edad cambiar de hogar y de lugar como lo hizo ella; y precisamente por eso es mayor su mérito.

No sé si la señorita Branwell enseñaría a sus sobrinas algo más que costura y las labores domésticas en las que Charlotte fue luego tan experta. Daban las lecciones regulares a su padre; y siempre tuvieron la costumbre de recoger una inmensa cantidad de información diversa por sí mismas. Pero un año o así antes se había abierto en el norte de Inglaterra un colegio para hijas de clérigos. El lugar era Cowan Bridge, un caserío pequeño que quedaba en la carretera de coches de Leeds a Kendal y por lo tanto de fácil acceso desde Haworth, ya que había coche diario y paraba en Keighley. Los gastos anuales por alumna (según las normas de ingreso que figuran en el Boletín de 1842 y que creo que no habían aumentado desde la creación de los colegios en 1823) eran los siguientes:

Norma II. La tarifa para ropa, alojamiento, manutención y enseñanza es de 14 libras al año; la mitad se abonará por adelantado cuando se envíe a las alumnas; más una libra por el uso de los libros, etc. El programa de enseñanza comprende historia, geografía, el uso de globos terráqueos, gramática, escritura y aritmética, toda clase de labores de aguja y las tareas más delicadas de la casa, como preparar lencería fina, plancha, etc. Si se requieren prácticas, la cuota adicional es de tres libras anuales por música y otras tantas por dibujo.

La tercera norma pide que los familiares indiquen la línea de enseñanza deseada en el caso de cada alumna, teniendo en cuenta sus perspectivas futuras.

La cuarta norma se refiere a la ropa y a los artículos de aseo y concluye así:

Todas las alumnas llevan el mismo atuendo, un sencillo gorro de paja en verano, bata blanca los domingos y de nanquín los días de diario; en invierno, vestidos morados de paño y capa de paño del mismo color. Por mor de la uniformidad, por tanto, han de traer tres libras en vez de vestidos, pelliza, sombrero, esclavina y adornos; lo que hace la suma total que cada alumna ha de traer al colegio:

7 libras, media anualidad, por adelantado.

1 libra, ingreso para libros.

1 libra, ingreso para ropa.

La octava norma especifica: «La directora del colegio inspeccionará las cartas y los paquetes». Pero ésta es una norma muy común en los colegios femeninos, y creo que se da por supuesto que la directora puede ejercer este privilegio, aunque sin duda sería imprudente por su parte aplicarlo a rajatabla.

No hay nada excepcional en las normas restantes, y sin duda el señor Brontë las consultó todas cuando decidió enviar a sus hijas al colegio de Cowan Bridge; así que llevó a Maria y a Elizabeth en julio de 1824.

Llego ahora a un punto delicado que me resulta muy difícil tratar, porque la evidencia relativa al mismo por ambas partes es tan compleja que parece casi imposible determinar la verdad. La señorita Brontë me dijo más de una vez que no habría escrito lo que escribió de Lowood en *Jane Eyre* si hubiera sabido que el lugar se asociaría tan fácilmente a Cowan Bridge, aunque no había ni una sola palabra en la novela sobre el colegio que no fuera verdad en la época en que ella lo conoció; también me dijo que no había juzgado necesario en una obra de ficción exponer cada detalle con la objetividad que cabría exigir en un tribunal de justicia, ni buscar razones y tener en cuenta los sentimientos humanos, como podría haber hecho si hubiera analizado objetivamente la conducta de quienes tenían a su cargo la dirección del colegio. Creo que le habría complacido tener la oportunidad de corregir el fuerte impacto que su vívido cuadro causó en la opinión pública, aunque incluso ella, que sufrió toda la vida en cuerpo y alma las consecuencias de lo que ocurrió allí, podría haber confundido hasta el final su profunda fe en los hechos con los hechos propiamente dichos: su idea de la verdad con la verdad absoluta.

En algunas reseñas críticas de las anteriores ediciones de esta obra se da por sentado que obtuve la mayor parte de mi información relativa a su estancia en Cowan Bridge de Charlotte

personalmente. Ella sólo me habló una vez del lugar, al día siguiente de conocernos. Un niño pequeño manifestó en esa ocasión cierta renuencia a acabar su trozo de pan en la comida y entonces ella se inclinó y le dijo en voz baja lo mucho que habría agradecido ella a su edad un trozo de pan; y cuando nosotros —aunque no estoy segura de si yo hablé— le hicimos alguna pregunta en cuanto a la ocasión a que había aludido, contestó con reserva y vacilación, rehuyendo claramente lo que suponía que podría llevar a hablar demasiado de uno de sus libros. Habló de la torta de avena de Cowan Bridge (el pan de Westmoreland), que era distinta de la torta de avena esponjosa de Yorkshire, que llevaba levadura, y de lo poco que le gustaba de pequeña. Alguno de los presentes aludió a una aversión infantil parecida de la historia verídica de «The terrible knitters o’Dent» que figuraba en el libro de citas de Southey; ella esbozó una leve sonrisa, pero dijo que no se trataba sólo de que la comida fuera distinta, que los alimentos estaban estropeados por la suciedad y la negligencia de la cocinera y que a sus hermanas y a ella les repugnaban sobremanera sus comidas; comentó el alivio y la alegría que supuso que el médico declarara que la comida no era apta para el consumo, y añadió que le había visto escupirla. Ésos son todos los detalles que supe por ella. Charlotte evitaba individualizar y creo que el nombre del señor Carus Wilson nunca se cruzó entre nosotras.

Yo no dudo de la precisión general de mis informantes —de quienes me han dado y confirmado solemnemente la información detallada que sigue—, pero es simple justicia a la señorita Brontë decir que ya he expuesto antes prácticamente todo lo que la oí comentar sobre el tema.

Un clérigo que vivía cerca de Kirby Lonsdale, el reverendo William Carus Wilson, fue el impulsor de que se fundara el colegio. Era un hombre enérgico que no escatimó esfuerzos para alcanzar sus objetivos. Comprendía lo difícil que resultaba a los clérigos de ingresos limitados procurar una buena educación a sus hijas y se le ocurrió un plan mediante el cual se recaudaba anualmente determinada cantidad en donativos para completar la suma necesaria para procurar una buena educación inglesa, que no podría haberse cubierto sólo con las catorce libras anuales que pagaban los padres. En realidad, lo que aportaban los padres se consideraba exclusivamente destinado a los gastos de alojamiento y manutención, y la enseñanza se cubría con los donativos. Nombraron doce administradores; el señor Wilson era tesorero y secretario, además de miembro de la junta directiva; en realidad, se encargó de todas las disposiciones administrativas del centro; él podía cumplir bien esta responsabilidad porque vivía más cerca del colegio que ningún otro interesado. Así que su carácter prudente y juicioso influiría en cierto grado en la buena o mala marcha del colegio de Cowan Bridge; y el funcionamiento del mismo fue durante muchos años el gran objetivo e interés de su vida. Parece ser, sin embargo, que no estaba familiarizado con el principal elemento de una buena administración: encontrar a personas bien capacitadas para cada puesto y responsabilizarlas, juzgándolas por los resultados, sin interferir continuamente en los pormenores.

Fue tanto el bien que hizo el señor Wilson con su gestión constante e infatigable que lamento que los errores que se creyó que había cometido salieran a relucir cuando era ya un anciano débil, y de una forma que recibió tan prodigiosa fuerza por el toque del genio extraordinario de la señorita Brontë. No cabe ninguna duda del profundo interés que sentía por el éxito del centro.

Mientras escribo esto tengo delante sus últimas palabras cuando renunció a la secretaría en 1850; habla de la renuncia «por mala salud, de alguien que, de cualquier modo ha disfrutado supervisando los colegios con sincero y afanoso interés», y añade que renuncia, «por tanto, con sincero agradecimiento a Dios por todo lo que ha tenido a bien llevar a cabo por su mediación (cuya flaqueza y falta de mérito siente y deplora profundamente)».

Cowan Bridge es un grupo de unas seis o siete casas situadas a ambos lados de un puente por el que la carretera de Leeds a Kendal cruza un pequeño arroyo llamado el Leck. Esta carretera está casi abandonada ahora; pero sin duda estaba muy transitada antiguamente, cuando los compradores de los distritos manufactureros del West Riding tenían que viajar con frecuencia al Norte para comprar la lana de los campesinos de Westmoreland y Cumberland; y quizá Cowan Bridge tuviera entonces un aspecto más próspero. El emplazamiento es precioso; justo donde el río cae en picado a la llanura; y a la orilla del río crecen alisos, sauces y avellanos. Trozos quebrados de roca gris interrumpen la corriente del arroyo; y sus aguas fluyen sobre un lecho de cantos rodados blancos y alargados que levantan y arrastran a cada lado de su impetuoso curso, formando un muro en algunos sitios. En las orillas del pequeño y vigoroso Leck, centelleante y poco profundo, se extienden grandes praderas de hierba corta finísima, común en la montaña. Pues aunque Cowan Bridge está situado en una llanura, es una llanura de la que hay muchas bajadas y una larga pendiente antes de que el viajero y el Leck lleguen al valle del Lune. No entiendo cómo podía ser tan insalubre el colegio, porque cuando yo visité el lugar el año pasado, el aire del entorno era purísimo y olía a tomillo. Pero hoy día todo el mundo sabe que el emplazamiento de un edificio destinado a albergar a muchas personas debe elegirse con mucho más cuidado que el de una vivienda particular, por la tendencia a contraer enfermedades infecciosas y de otro tipo que produce la congregación de gente en estrecha proximidad.

Todavía existe la casa que formó parte de la que ocupaba el colegio. Es un edificio bajo y alargado, con miradores, dividido actualmente en dos viviendas. Da al Leck, y entre el río y ella hay un espacio de unos setenta metros que fue en tiempos el jardín del colegio. Esa casa fue originalmente la antigua residencia de la familia Picard, que vivió allí durante dos generaciones. La vendieron para el colegio, y entonces se construyó un edificio adicional, en ángulo recto con la parte más antigua. La parte nueva se dedicó expresamente a las aulas escolares, dormitorios, etc.; y cuando el colegio se trasladó a Casterton la ocupó una fábrica donde hacían carretes de madera de aliso, que abunda en los terrenos como el del entorno de Cowan Bridge. Esta fábrica está destruida ahora. La casa actual estaba ocupada, en la época a que me refiero, por las habitaciones de las profesoras, el comedor, las cocinas y algunos dormitorios más pequeños. Cuando entré en ese edificio vi que la parte del mismo que queda más cerca de la carretera era una lastimosa especie de taberna, entonces en alquiler, y con el mísero aspecto de un lugar abandonado, por lo que resultaba muy difícil saber cómo podría ser en perfecto estado, con los paños rotos de las ventanas nuevos y el recubrimiento exterior (ahora cuarteado y descolorido) blanco y liso. La otra parte es una casita de techos bajos y suelos de piedra que tiene unos cien años; las ventanas no se abren bien ni del todo; y el pasillo de arriba que da a los dormitorios es estrecho y tortuoso. En general, los olores persistían en la casa y la humedad se aferraba a ella. Pero los asuntos sanitarios no se entendían bien hace treinta años; y era una suerte encontrar un edificio espacioso junto a la

carretera y no demasiado lejos de la residencia del señor Wilson, autor del proyecto educativo. Hacía falta un centro así: muchísimos clérigos mal pagados acogieron el proyecto con alegría e inscribieron entusiasmados a sus hijas como alumnas cuando el centro estuvo preparado para recibirlas. Sin duda complacido por la impaciencia con que se esperaba que realizara su idea, el señor Wilson abrió el colegio con menos de doscientas libras, y el número de alumnas varía según los diferentes informes. El señor W. W. Carus Wilson, hijo del fundador, dice que eran unas setenta, mientras que el señor Shephard, el yerno, afirma que eran sólo dieciséis.

El señor Wilson seguramente creía que toda la responsabilidad del proyecto recaía en él. El dinero aportado por los padres apenas cubría el alojamiento y la manutención de las alumnas; y los donativos para un proyecto que no se había probado no afluyeron copiosamente; así que se impuso una economía estricta en todos los asuntos domésticos. El señor Wilson decidió reforzarla con inspecciones frecuentes; llevadas quizá a un extremo innecesario, llegando a inmiscuirse en ocasiones en detalles sin importancia, que a veces ocasionaron cierto malestar.

Se hacían economías en el aprovisionamiento del internado, pero no parece que hubiera escasez de nada. Se contrató el abastecimiento de carne, harina, leche, etc., de excelente calidad; y la dieta, que me han enseñado en manuscrito, no era mala ni poco sana; ni poco variada en conjunto. Gachas de avena de desayuno; una torta de avena para quienes necesitaban almuerzo; carne de vacuno y de ovino asada y guisada, pastel de patata y pudines caseros de diferentes tipos para comer; a las cinco en punto, pan y leche para las más pequeñas; y un trozo de pan (ésta era la única ocasión en que la comida era escasa) para las alumnas mayores, que seguían levantadas y tomaban luego otra colación parecida.

El señor Wilson encargaba la comida y se preocupaba de que fuera de buena calidad. Pero la cocinera, que era de toda su confianza y de quien durante mucho tiempo nadie se atrevió a quejarse, era una persona descuidada, sucia y derrochona. Algunos niños detestan las gachas de avena, y por muy bien hechas que estén siguen sin gustarles. En el colegio de Cowan Bridge las servían con excesiva frecuencia no sólo quemadas, sino con fragmentos repugnantes de otras sustancias visibles en ellas. La carne de vacuno, que debe salarse bien antes de prepararla, se echaba a perder muchas veces por negligencia; y las jóvenes que fueron compañeras de las hermanas Brontë durante el dominio de la cocinera a quien me refiero me han dicho que el internado parecía impregnado mañana, tarde y noche del olor a grasa rancia que emanaba del fogón en que preparaban casi todas sus comidas. Los budines se hacían con el mismo descuido; uno de los que les servían era de arroz hervido, que tomaban con melaza y azúcar; pero muchas veces era incomedible porque lo hacían con agua de lluvia que estaba llena de polvo del tejado, de donde se deslizaba al viejo tonel de madera que a su vez añadía el propio aroma al del agua. También la leche estaba muchas veces «picada», como llaman en el campo a un tipo de descomposición que es mucho peor que la acidez y que al parecer se debe a falta de limpieza de los hervidores más que al calor. Los sábados servían una especie de pastel o mezcla de patatas y carne, que hacían con todas las sobras de la semana. Los trozos de carne de una despensa sucia y desordenada no podían ser muy apetitosos; y tengo entendido que este plato era el más odiado por las alumnas en los primeros tiempos de Cowan Bridge. Es fácil imaginar lo repugnante que podía resultar esta comida a niñas con poco apetito y que además estaban acostumbradas a alimentos

mucho más sencillos quizá, pero preparados con una pulcritud exquisita que los hacía apetitosos y sanos. Las pequeñas Brontë se quedaban sin comer muchas veces, aunque se morían de hambre. Cuando llegaron al colegio no estaban fuertes porque hacía poco que habían tenido sarampión y tos ferina; en realidad, supongo que no se habían recuperado del todo, pues hubo ciertas consultas por parte de la junta escolar sobre si debían admitir o no a Maria y a Elizabeth en julio de 1824. El señor Brontë volvió en septiembre del mismo año a matricular también en el internado a Charlotte y a Emily.

Resulta extraño que el profesorado no informara al señor Wilson de las condiciones en que se servían las comidas; pero hay que tener en cuenta que la familia Wilson conocía a la cocinera desde hacía tiempo, y que las profesoras habían sido contratadas para desempeñar un trabajo completamente distinto: el de enseñar. Y se les había indicado de forma expresa que ése era su cometido; la compra y la administración de las provisiones corrían a cargo del señor Wilson y de la cocinera. Las profesoras sin duda eran reacias a plantearle quejas sobre el tema.

Todas las alumnas tenían que pasar otra prueba para la salud. El camino desde Cowan Bridge hasta la iglesia de Tunstall, donde oficiaba el señor Wilson y a la que acudían las alumnas de Cowan Bridge los domingos, tiene más de tres kilómetros y discurre por una zona completamente desprotegida, por lo que resulta fresco y tonificante en verano pero muy frío en invierno, sobre todo para niñas tan delicadas como las pequeñas Brontë, cuya escasa energía fluía lánguidamente debido a su escaso apetito, que las hacía rechazar los alimentos que les preparaban, y que las llevó a un estado casi famélico. La iglesia no se calentaba, porque no había medios para ello. Se alza en medio de los campos, y las densas nieblas debían de pegarse a las paredes y filtrarse por las ventanas. Las niñas se llevaban la comida fría y la tomaban entre un oficio religioso y otro en una cámara sobre la entrada que daba a las antiguas galerías. El programa de ese día era especialmente duro para las niñas delicadas, sobre todo para las que estaban tristes y añoraban su hogar, como debía de pasarle a la pobre Maria Brontë. Cada vez se encontraba peor; el catarro, secuela de la tos ferina, no acababa de desaparecer.

Maria era mucho más inteligente que todas sus compañeras de juegos y estaba sola entre ellas precisamente por eso; y sin embargo cometía faltas tan irritantes que sus profesoras la castigaban continuamente y fue objeto de la antipatía despiadada de una de ellas, que aparece en *Jane Eyre* como «señorita Scatcherd» y cuyo verdadero nombre será lo bastante clemente para no revelar. Huelga decir que la Helen Burns de *Jane Eyre* está inspirada en Maria Brontë con toda la precisión que la prodigiosa fuerza recreativa de Charlotte Brontë podía conseguir. Hasta el último día en que nos vimos, su corazón todavía latía con impotente indignación por la inquietud y la crueldad a la que su hermana agonizante, paciente y amable, había sido sometida por aquella mujer. No hay una sola palabra en esa parte de *Jane Eyre* que no sea la repetición literal de las escenas que tuvieron lugar entre la alumna y la profesora. Quienes habían sido alumnas del colegio de Cowan Bridge en la misma época que Maria Brontë comprendieron quién tenía que haber escrito el libro, por la fuerza con que se describen los sufrimientos de Helen Burns. Reconocieron también la tierna dignidad y la benevolencia de la señorita Temple como justo tributo a sus méritos. Quienes la conocieron lo consideran un honor. Pero cuando la señorita Scatcherd quedó expuesta al oprobio también reconocieron en la autora de *Jane Eyre* a una hermana inconscientemente

vengadora de la víctima.

Una compañera de Charlotte y de Maria Brontë me ha explicado entre otras cosas lo siguiente: el dormitorio en que dormía Maria era una habitación grande, con una hilera de camas estrechas a cada lado, en las que dormían las alumnas; y al final del dormitorio había una pequeña alcoba que daba al dormitorio destinado a la señorita Scatcherd. La cama de Maria quedaba junto a la puerta de esa alcoba. Una mañana, después de haberse sentido tan mal que habían tenido que aplicarle un vesicatorio al costado (cuya herida no se le había curado del todo), cuando la campana sonó por la mañana, la pobre Maria dijo quejosa que se encontraba tan mal, tan enferma realmente, que deseaba poder quedarse en la cama; y algunas compañeras insistieron en que lo hiciera, diciéndole que ya se lo explicarían ellas a la señorita Temple, la directora. Pero la señorita Scatcherd estaba al lado y tendrían que habérselas con su cólera antes de que la afable consideración de la señorita Temple pudiera intervenir; así que la niña enferma empezó a vestirse, temblando de frío, sin levantarse de la cama; se puso despacio los calcetines negros de estambre sobre las delgadas piernas blancas (mi informante me lo explicó como si lo estuviera viendo, y todo su rostro destellaba indignación imperecedera). La señorita Scatcherd salió de su cuarto y, sin pedir explicaciones a la niña enferma y asustada, la agarró del brazo del lado en que le habían aplicado el vesicatorio y con un movimiento brusco la plantó en el suelo, sin dejar de insultarla, llamándola sucia y desaliñada. La dejó allí plantada. Mi informante dice que Maria no abrió la boca más que para rogar a algunas de las compañeras más indignadas que se calmaran; y con movimientos lentos y temblorosos, haciendo muchas pausas, bajó al fin las escaleras; y la castigaron por llegar tarde.

Cualquiera puede imaginar lo que tuvo que doler una cosa así a Charlotte. Me asombra que no se opusiera a la decisión de su padre de enviarlas a Emily y a ella de nuevo a Cowan Bridge después de la muerte de Maria y de Elizabeth. Claro que es frecuente que los niños no comprendan hasta qué punto sus sencillas revelaciones podrían hacer cambiar la opinión que tienen sus parientes de las personas que los rodean. Además, el vigoroso juicio de Charlotte le permitía comprender a una edad insólitamente temprana la enorme importancia de la educación para conseguir los medios que tendría la fuerza y la voluntad de manejar, y se daba cuenta de que la formación de Cowan Bridge era en muchos sentidos la mejor que podía proporcionarle su padre.

El brote de fiebre que se describe en *Jane Eyre* se produjo en la primavera de 1825 y antes de que muriera Maria Brontë. El señor Wilson se asustó muchísimo cuando se enteró de los primeros síntomas. Acudió a una mujer maternal que había tenido alguna relación con el colegio (creo que como lavandera) y le pidió que fuera al internado y le explicara de qué podría tratarse. Ella se arregló y le acompañó en su calesa. Cuando entraron en el aula del colegio, la mujer vio a unas doce o quince alumnas echadas sin hacer nada; unas apoyaban la cabeza dolorida en la mesa y otras en el suelo, pero todas tenían los ojos cargados, las mejillas encendidas, una expresión apática y fatigada y todos los miembros doloridos. Dice que notó un olor peculiar que le indicó que habían cogido «la fiebre»; se lo explicó al señor Wilson y le dijo que ella no podía quedarse allí porque podía contagiar la enfermedad a sus hijos; pero él medio suplicó y medio le ordenó que se quedara a cuidarlas; y, por último, subió a su calesa y se marchó, mientras ella insistía en que tenía que regresar a su casa y a sus quehaceres domésticos, porque no había buscado a nadie que la

sustituyera. Pero cuando vio que la dejaba allí plantada sin más contemplaciones, decidió hacer cuanto estuviera en su mano; y resultó ser una enfermera eficacísima, aunque dice que todo fue muy deprimente.

El señor Wilson consiguió lo que ordenaron los médicos más dotados, y de la forma más liberal; asistió a las enfermas el doctor Batty, un médico muy inteligente de Kirby, que se encargaba de la atención médica del centro desde el principio y que más tarde se convirtió en cuñado del señor Wilson. Me han dicho dos testigos además de Charlotte Brontë que el doctor Batty declaró que la preparación de la comida era pésima mediante la expresiva acción de escupir un bocado. He de decir que él no lo recuerda, ni considera que la infección misma fuera alarmante ni peligrosa. La contrajeron unas cuarenta alumnas, pero no murió ninguna en el colegio, aunque una murió en su hogar, consumida por las secuelas de la fiebre. Ninguna de las hermanas Brontë contrajo la fiebre. Pero las mismas causas que quebrantaron la salud de las otras internas mediante el tifus afectaron sus constituciones de forma más lenta pero no menos segura. La principal de esas causas fue la alimentación.

Se achacó todo, en primer lugar, a la pésima organización de la cocinera; la despidieron, y la mujer que se había visto obligada contra su voluntad a servir de enfermera ocupó el puesto de gobernanta; y a partir de entonces las comidas se prepararon tan bien que nadie tuvo motivos para quejarse. Es evidente que no cabía esperar que un centro nuevo que tenía que atender las necesidades educativas y domésticas de casi cien personas funcionara a la perfección desde el principio.

Todo eso ocurrió en los primeros dos años del colegio, y al estimar su efecto en el carácter de Charlotte Brontë hemos de recordar que era una niña sensible y reflexiva, capaz de pensar profundamente aunque no de analizar verdaderamente; y muy susceptible a las impresiones dolorosas. Lo que para un niño sano es sólo una pena pasajera que olvida enseguida, tortura durante mucho tiempo a uno enfermo (que lo recordará quizá sin rencor, sólo como un dolor que marcará su vida). Las imágenes, ideas y nociones características asimiladas por la mente de una niña de ocho años estaban destinadas a ser recreadas con palabras fogosas un cuarto de siglo más tarde. Ella sólo vio un aspecto del carácter del señor Wilson; y muchas personas que lo conocieron me confirman la extraordinaria fidelidad con que ese aspecto está descrito, mientras que, al mismo tiempo, lamentan que la descripción haya borrado, por así decirlo, casi todo lo que de noble y concienzudo tenía. Y de las muchas y excelentes virtudes del señor Wilson he recibido abundantes pruebas. De hecho, casi todos los días de las últimas semanas he recibido cartas que tratan del tema de este capítulo; algunas vagas y otras terminantes; muchas llenas de amor y de admiración por el señor Wilson, y algunas igualmente llenas de aversión e indignación; y muy pocas contienen hechos positivos. He considerado detenidamente todas esas pruebas contradictorias y he hecho en este capítulo todos los cambios y supresiones que he juzgado necesarios. Justo es afirmar que la mayor parte de los testimonios con que me han honrado las antiguas alumnas es muy elogiosa para el señor Wilson. Entre las cartas que he leído hay una cuya declaración tendría que respetarse mucho. Es del marido de la «señorita Temple». Ella murió el año pasado, pero él, que es clérigo, me escribió en respuesta a una carta que le envió sobre el tema un amigo del señor Wilson:

Mi difunta esposa me habló muchas veces de su estancia en Cowan Bridge; siempre con admiración hacia el señor Wilson, de su amor paternal a sus alumnas y del amor de ellas a él; de los alimentos y del trato con aprobación. En cierta ocasión se refirió a una desdichada cocinera que a veces estropeaba las gachas, y a quien, según me dijo, despidieron enseguida.

Los recuerdos que dejaron las cuatro hermanas Brontë en la mente de quienes las conocieron en esa etapa de sus vidas no son muy nítidos. Ocultaban su valor, su entereza y su inteligencia con una actitud y una expresión correctas, tal como había ocultado sus rostros su padre bajo su máscara rígida e inmutable. Maria era delicada, insólitamente inteligente y reflexiva para su edad, dócil y desordenada. Ya he mencionado los frecuentes castigos que le imponían en el colegio por ese último defecto (y de sus sufrimientos, que soportaba con paciencia). La única imagen que tenemos de Elizabeth durante los pocos años de su breve existencia figura en una carta que me escribió la «señorita Temple»:

La segunda, Elizabeth, es la única de la familia de quien guardo un recuerdo vívido, por un accidente un tanto alarmante y por cuya causa la tuve varios días y noches en mi dormitorio, no sólo para procurarle mayor tranquilidad sino para poder cuidarla personalmente. Se hizo un corte grave en la cabeza, pero sobrellevó el dolor con paciencia ejemplar y por ello ganó mucho en mi estima. De las dos más pequeñas (si es que eran dos) sólo tengo vagos recuerdos, salvo que la pequeña, una niña preciosa que no tenía entonces ni cinco años, era la mimada del colegio.

La pequeña era Emily. A Charlotte la consideraban la más habladora de las hermanas («una niña inteligente y alegre»). Su gran amiga era una tal «Melany Hane» (así deletrea el nombre el señor Brontë), a quien pagaba el colegio su hermano y que no tenía ningún talento especial salvo para la música, que los medios de su hermano le impedían cultivar. Era «una niña normal, bondadosa y solícita». Era mayor que Charlotte y siempre estaba dispuesta a protegerla de cualquier abuso o pequeña tiranía de las niñas mayores. Charlotte la recordó siempre con cariño y gratitud.

He citado la palabra «alegre» en la descripción de Charlotte. Supongo que 1825 fue el último año en que pudo aplicársele. Maria empeoró tan rápidamente en la primavera, que avisaron al señor Brontë. Él no había sabido nada de su enfermedad hasta entonces y fue un golpe terrible ver en qué estado se encontraba. La llevó a casa en la diligencia de Leeds; las alumnas se congregaron en la carretera para verla cruzar el puente, pasar las casas y perderse luego de vista para siempre. Murió a los pocos días de llegar a Haworth. Tal vez la noticia de su muerte, que cayó súbitamente en la vida de la que su paciente existencia había formado parte sólo una semana antes o así, hiciera a quienes seguían en Cowan Bridge observar con más preocupación los síntomas de Elizabeth, que también resultaron ser de tisis. La enviaron a casa con una sirvienta de confianza del centro. Y también ella murió a principios de aquel verano. Así que de repente recayeron en Charlotte las responsabilidades de hermana mayor de una familia sin madre. Recordaba la inquietud con que se había esforzado su querida hermana Maria con su seriedad y fervor habituales por ayudarlos y aconsejarlos tiernamente a todos; y las obligaciones que tuvo que asumir entonces fueron casi un legado de la dulce enferma que había muerto hacía poco.

Charlotte y Emily regresaron al colegio después de las vacaciones estivales de aquel año fatídico. Pero antes del invierno siguiente se juzgó aconsejable recomendar que dejaran el colegio, porque era evidente que la humedad del internado no les sentaba bien.¹⁵³

VOLUMEN I

CAPÍTULO XIII

Los páramos fueron un gran recurso aquella primavera; Emily y Charlotte los recorrieron continuamente, «para gran perjuicio de nuestros zapatos, pero espero que para gran beneficio de nuestra salud». Y durante sus caminatas hablaron mucho del viejo proyecto de abrir un colegio; en casa, sin embargo, se dedicaban con ahínco a hacer camisas para el ausente Branwell y reflexionaban en silencio sobre su vida pasada y futura. Al fin tomaron una decisión.

He empezado a trabajar en serio en la empresa de abrir un colegio; o mejor dicho, aceptar un limitado número de alumnas en casa. Es decir, que he empezado a buscar alumnas de verdad. Escribí a la señora — [la dama para quien había trabajado como institutriz antes de irse a Bruselas], sin pedirle que envíe a su hija, eso no puedo hacerlo, sino comunicándole mi decisión. He recibido una respuesta del señor—, expresando, a mi entender, su sincero pesar por el hecho de que no se lo hubiera comunicado un mes antes, en cuyo caso me dice que habrían enviado complacidos a su hija, y también a la del coronel S., pero que ya están comprometidas con la señorita C. La respuesta me decepciona en parte y en parte me complace; en realidad, ha sido una inyección de ánimo la cálida afirmación de que si lo hubieran sabido un poco antes me habrían confiado a su hija. Te confieso que tenía mis dudas de que alguien estuviera dispuesto a enviar a su hija a estudiar a Haworth. Y esas dudas se han disipado en parte. También he escrito a la señora B., adjuntando el diploma que me dio monsieur Heger antes de marcharme de Bruselas. Todavía no he recibido su respuesta, y la espero con cierta ansiedad. No creo que me envíe a ninguna de sus hijas, pero me atrevo a decir que, si lo hiciera, me recomendaría a otras alumnas. Lamentablemente, nos conoce muy poco. En cuanto tenga una sola alumna segura haré imprimir tarjetas con las condiciones e iniciaré los arreglos necesarios en la casa. Tendrá que estar todo listo antes del invierno. Pienso fijar la pensión y la enseñanza en inglés en 25 libras por año.

Más adelante, el 24 de julio del mismo año, escribe de nuevo:

Sigo adelante con mi asuntillo lo mejor que puedo. He escrito a todas las amigas sobre las que tengo el más mínimo ascendiente y a algunas sobre las que no tengo ninguno; por ejemplo, la señora B. En realidad, me he permitido incluso visitarla. Fue correctísima. Lamentó que sus hijas estuvieran ya en un colegio de Liverpool. Me dijo que la empresa le parecía encomiable, pero que temía que me costara sacarla adelante por el emplazamiento. Es la misma respuesta que recibo de casi todos. Les digo que el lugar retirado en algunos sentidos es una ventaja; que si estuviera en una gran ciudad no podría permitirme aceptar estudiantes en condiciones tan módicas (la señora B. me comentó que las condiciones le parecían muy módicas), pero que aquí no tenemos que pagar alquiler y podemos ofrecer el mismo nivel de enseñanza que en los colegios caros a poco más de la mitad de precio; y que como el número de alumnas ha de ser limitado, podremos dedicar

bastante más tiempo y trabajo a cada una. Muchas gracias por el precioso bolsillo que me enviaste. Te hago un curioso regalo a cambio enviándote media docena de tarjetas del colegio. Empléalas como te dicte tu juicio. Verás que he fijado la suma en 35 libras, que me parece una media justa, teniendo en cuenta las ventajas y los inconvenientes.

Escribió esa carta en julio; pasaron agosto, septiembre y octubre sin noticias de ninguna alumna. Día tras día, las hermanas sentían cierta esperanza hasta que llegaba el correo. Pero Haworth era un pueblo agreste y solitario; y las hermanas Brontë tenían muy pocas relaciones y eran poco conocidas. Charlotte escribe sobre el tema en los primeros meses de invierno:

Emily, Anne y yo te agradecemos sinceramente todo lo que has hecho por nosotras. Y si tus esfuerzos no han dado resultado, tampoco los nuestros. Todos desean que nos vaya bien; pero no hay alumnas. No tenemos la menor intención de desanimarnos por ello y mucho menos de avergonzarnos por el fracaso. El esfuerzo ha de ser beneficioso, sea cual sea el resultado, porque es experiencia y nos proporciona un mayor conocimiento de este mundo. Te envío más circulares.

Y un mes después dice:

Todavía no hemos hecho ningún cambio en casa. Sería absurdo habiendo tan pocas probabilidades de conseguir alumnas. Me temo que te estés tomando demasiadas molestias por nosotras. Ten por seguro que si convencieras ahora a alguna madre de que trajera a su hija a Haworth, el aspecto del lugar la asustaría y se llevaría a su querida hija de vuelta al instante. Nos alegra haberlo intentado y no vamos a desanimarnos por no haberlo conseguido.

Es probable que las hermanas sintieran un alivio creciente y secreto por el fracaso del proyecto. ¡Sí!, una sorda sensación de alivio por el hecho de haber intentado llevar a la práctica su preciado proyecto y no haberlo conseguido. Porque aquella casa, que era también el hogar de su hermano de vez en cuando, no parecía una residencia adecuada para las hijas de extraños. Lo más probable es que se dieran cuenta sin confesárselo de que los hábitos de Branwell desaconsejaban totalmente su compañía a veces. También debían de conocer ya los rumores inquietantes sobre la razón de los remordimientos y la angustia que le hacían mostrarse alegre de forma nerviosa y forzada unas veces, y otras malhumorado e irritable.

En enero de 1845, Charlotte dice: «Branwell ha estado más tranquilo y menos irritable en conjunto ahora que en el verano. Anne, como de costumbre, se muestra siempre bondadosa, afable y paciente». El profundo dolor que Branwell ocasionaría a su familia había adoptado ya una forma clara e influyó mucho en la salud y en el ánimo de Charlotte. A primeros de año fue a H. a despedirse de su querida amiga Mary, que se disponía a marcharse a Australia.

Ya he mencionado que Branwell había obtenido un puesto de tutor particular. Anne trabajaba de institutriz para la misma familia, por lo que fue el desdichado testigo del deterioro del carácter de su hermano en este periodo. De las causas del deterioro no puedo hablar; pero las consecuencias fueron éstas: fue de mala gana a pasar las vacaciones a casa y se quedó el menor tiempo posible, asombrando y disgustando a todos con su insólito comportamiento (tan pronto

animadísimo como profundamente deprimido), acusándose de la peor culpa y de la traición más grave pero sin especificar cuáles eran éstas; y manifestando, en general, una crispación rayana en la locura.

El misterioso comportamiento de su hermano causó un profundo pesar a Charlotte y a Emily. Él se manifestaba muy satisfecho con su empleo y llevaba en él más tiempo que en ninguno otro anterior; así que ellas no podían imaginar qué era lo que le causaba tanta inquietud y obstinación, y aquellos cambios de humor. Pero la sensación de que se había metido en algo turbio las deprimía y las agobiaba. Empezaron a perder toda esperanza en la carrera futura de su hermano. Dejó de ser el orgullo de la familia; empezó a dominarlas el vago temor de que podía ser su gran desgracia, en parte por su comportamiento y en parte por los comentarios recelosos e inquietantes de las cartas de Anne. Pero yo creo que no se atrevían a analizar sus temores y que hablaban de él lo menos posible entre ellas. Claro que no podían evitar pensar, llorar y darle vueltas.

20 de febrero de 1845

He pasado una semana en H.; no ha sido muy agradable; el dolor de cabeza, el malestar y el abatimiento me convirtieron en una compañía lastimosa, una carga para la animada y locuaz alegría de todos los demás habitantes de la casa. No tuve la suerte de sentirme mejor ni siquiera durante una hora mientras estuve allí. Estoy segura de que todos se alegraron cuando me marché, tal vez con la única excepción de Mary. Empiezo a darme cuenta de que tengo demasiado poco ánimo ahora para ser la compañía adecuada para nadie más que para las personas muy tranquilas. ¿Será la edad o qué otra cosa lo que me cambia así?

Quizá no necesitara hacer esa pregunta. ¿Cómo no iba a sentirse «abatida», una «pésima compañía» y una «carga» para quienes se sentían alegres y felices? Su plan para ganarse la vida se había ido a pique, había quedado reducido a cenizas; después de tantos preparativos, no habían conseguido ni una sola alumna; y en lugar de lamentar que ese deseo abrigado durante tantos años no se materializara, tenía razones para alegrarse de ello. Su pobre padre, casi ciego, dependía de ella en su desvalimiento; y ésa era una responsabilidad sagrada que no podía eludir. Y un negro pesimismo se cernía sobre quien había sido la mayor esperanza de la familia, sobre Branwell, y sobre el misterio que envolvía su caprichosa conducta. De algún modo y en algún momento tendría que regresar a su hogar para ocultar su vergüenza; ésa era la lúgubre premonición de las hermanas. Y ¿cómo podía sentirse alegre Charlotte, además, si su querida y noble amiga Mary iba a marcharse tan lejos y para tanto tiempo que su corazón le decía que la perdería «para siempre»? Mucho antes había escrito que Mary T. estaba «llena de sentimientos nobles, cálidos, generosos, leales y profundos. ¡Dios la bendiga! No hay en el mundo persona más noble. Daría con gusto la vida por aquellos a quienes ama. Su inteligencia y sus logros son los más elevados». ¡Y ésa era la amiga que tenía que perder! Veamos la descripción que hizo esa amiga de su último encuentro:

Cuando vi a Charlotte (enero de 1845) me dijo que había decidido quedarse en casa.

Reconoció que no le agradaba. Su salud era débil. Me dijo que le gustaría cualquier cambio, como le había gustado Bruselas al principio, y creía que algunas personas tenían posibilidades de llevar una vida distinta y tener mayor comunión con el género humano, pero que no veía ninguna para sí misma. Le pedí encarecidamente que no se quedara en casa. Le dije que cinco años más en casa, sola y mal de salud, la destrozarían; que no lo superaría nunca. «¡Piensa en lo que te habrás convertido dentro de cinco años!», le dije, y puso una cara tan lúgubre que me callé y le supliqué: «¡No llores, Charlotte!» No lloró, pero siguió caminando a un lado y a otro de la habitación, y al poco rato me dijo: «Pero me propongo quedarme, Polly».

Pocas semanas después de despedirse de Mary describe así sus días en Haworth:

24 de marzo de 1845

No te imaginas cómo transcurre el tiempo en Haworth. Nunca pasa nada especial que marque su paso. Cada día es igual al siguiente; y todos tienen fisonomías tristes e inertes. El domingo, el día de horneo, y el sábado son los únicos que tienen algo característico. Mientras tanto, la vida pasa. Pronto cumpliré treinta años; y todavía no he hecho nada. A veces me entristece, el panorama futuro y el pasado. Pero es un error y una estupidez lamentarse. El deber me exige quedarme en casa de momento. Hubo un tiempo en que Haworth me parecía un lugar muy grato; ahora ya no es así. Tengo la impresión de que estamos todos aquí enterrados. Deseo viajar, trabajar, llevar una vida activa. Perdona que te moleste con mis vanos deseos, cariño. Dejaré el resto y no te preocuparé con ellos. Debes escribirme. Si supieras cuánto me alegran tus cartas me escribirías muy a menudo. Tus cartas y los periódicos franceses son los únicos mensajeros que llegan del mundo que queda más allá de estos páramos; y son mensajeros muy bien recibidos.

Una de sus tareas diarias era leer en voz alta a su padre, y hacerlo le exigía bastante tacto y delicadeza. Porque el hecho de que otra persona se ofreciera a hacer por él lo que estaba acostumbrado a hacer solo le recordaba demasiado dolorosamente la pérdida que lo aquejaba. También ella temía en secreto una pérdida semejante. La continuada falta de salud, una afección hepática, su dedicación al dibujo, la pintura y la escritura con trazos minúsculos cuando era más joven, el insomnio, que se había convertido en algo habitual, las amargas lágrimas silenciosas que había derramado por el comportamiento misterioso e inquietante de Branwell, todo ello influyó en su vista. Y por la misma época escribe así al señor Heger:

Il n'y a rien que je crains comme le désœuvrement, l'inertie la léthargie des facultés. Quand le corps est paresseux l'esprit souffre cruellement; je ne connaîtrais pas cette léthargie, si je pouvais écrire. Autrefois je passais des journées, des semaines, des mois entiers à écrire, et pas tout-à-fait sans fruit, puisque Southey et Coleridge, deux de nos meilleurs auteurs, à qui j'ai envoyé certain manuscrits, en ont bien voulu témoigner leur approbation; mais à présent, j'ai la vue trop faible; si j'écrivais beaucoup je deviendrais aveugle. Cette faiblesse de vue est pour moi une terrible privation; sans cela, savez-vous ce que je ferais, Monsieur? J'écrirais un livre et je le dédierais à mon maître de littérature, au seul maître que j'aie jamais eu - à vous, Monsieur! Je

vous ai dit souvent en français combien je vous respecte, combien je suis redevable à votre bonté, à vos conseils. Je voudrais le dire une fois en anglais. Cela ne se peut pas; il ne faut pas y penser. La carrière des lettres m'est fermée [...] N'oubliez pas de me dire comment vous vous portez, comment Madame et les enfants se portent. Je compte bientôt avoir de vos nouvelles; cette idée me sourit, car le souvenir de vos bontés ne s'effacera jamais de ma mémoire, et tant que ce souvenir durera, le respect que vous m'avez inspiré durera aussi. Agréez, Monsieur, etc.

Es probable que ni siquiera sus hermanas y sus más íntimas amigas conocieran los temores a la ceguera que acosaban a Charlotte en esta época. Reservaba la vista para atender a su padre. Cosía poco; sólo escribía lo imprescindible; y se dedicaba sobre todo a tejer.

2 de abril de 1845

Veo claramente que está demostrado que la felicidad perfecta casi nunca se consigue en este mundo. La enfermedad de — llega con el matrimonio de—. Mary T. está libre y en el camino a la aventura y la actividad que tanto tiempo ha deseado iniciar. Enfermedad, penuria y peligro son sus compañeros de viaje, sus compañeros inseparables. Quizá estuviera a salvo de los fuertes vientos del suroeste y del noroeste antes de que empezaran a soplar, o quizá hayan agotado su furia en tierra y no agiten mucho el mar. De lo contrario habrá sido arrojada dolorosamente mientras nosotros dormíamos en nuestras camas o permanecíamos despiertos pensando en ella. Pero esos peligros reales, materiales, una vez pasados, dejan en la mente la satisfacción de haber luchado con la dificultad y haberla superado. Fuerza, coraje y experiencia son sus resultados invariables; mientras que dudo que el sufrimiento puramente mental dé ningún buen resultado, a no ser el de hacernos menos sensibles al sufrimiento físico [...] Hace diez años me habría reído de tu metedura de pata al tomar al doctor soltero por un hombre casado. Sin duda te hubiera juzgado escrupulosa en demasía y me habría extrañado que lamentaras haber sido cortés con un individuo amable, por el simple hecho de que fuera soltero en vez de tener pareja. Ahora, sin embargo, comprendo que tus escrúpulos se basan en el sentido común. Sé que si las mujeres desean escapar al estigma de buscar marido tienen que obrar y mostrarse como mármol o arcilla: frías, inexpresivas, inertes; porque cualquier indicio de sentimiento, de alegría, tristeza, simpatía, antipatía, admiración o aversión se interpreta como un intento de pescar marido. ¡No importa! Las mujeres bienintencionadas cuentan con su propia conciencia para consolarse. Así que no tengas miedo de mostrarte tal como eres, afectuosa y amable; no reprimas con excesiva dureza opiniones y sentimientos excelentes en sí mismos, por temor a que algún estúpido crea que los manifiestas para fascinarlo; no te condenes a vivir a medias porque si demostraras demasiada animación alguna criatura pragmática con pantalones podría meterse en la mollera la idea de que te propones dedicar tu vida a su inanidad. De todos modos, el talante sereno, decoroso y ecuánime es un tesoro esencial para una mujer, y tú lo posees. Vuelve a escribirme enseguida, porque me siento bastante furiosa y necesito calmarme.

13 de junio de 1845

En cuanto a la señora—, que dices que es como yo, la verdad es que no sé por qué, pero no me inspira ninguna simpatía. Nunca me la han inspirado quienes dicen que son como yo, porque siempre tengo la idea de que sólo son como yo en lo desagradable, en el aspecto exterior y superficial de mi carácter; en todo lo que es obvio para el común de la gente y que yo sé que no es agradable. Dices que es «inteligente», «una persona inteligente». ¡Cómo me repugna ese término! Significa más bien astuta, muy fea, entrometida y habladora [...] Me resisto a dejar solo a papá aunque sea un día. Cada semana ve menos; ¿y es extraño que al ver su facultad máspreciada abandonarlo se sienta a veces abatido? Es muy duro ver que esos pocos placeres frugales desaparecerán pronto. Ahora tiene muchos problemas para leer y para escribir; y además le aterra la situación de dependencia a que lo reducirá inevitablemente la ceguera. Teme no ser nada en su parroquia. Yo procuro animarlo y a veces lo consigo temporalmente, pero ningún consuelo puede devolverle la vista ni compensar su falta. Sin embargo, nunca se muestra desagradable ni impaciente; sólo está preocupado y abatido.

Charlotte decidió no ir a ver a la única familia que la invitaba siempre, por la razón que indica en la carta anterior. En respuesta a la contestación a esta carta dice:

Te pareció que te rechazaba con frialdad, ¿no? Fue una frialdad un tanto rara, porque habría dado lo que fuera por decir que sí y me veía obligada a decir que no. Pero las cosas han cambiado un poco. Ha llegado Anne y su presencia me hace sentir mucho más libre. Así que si todo va bien iré a verte. Dime cuándo quieres que lo haga. Indícame la semana y el día. Ten la amabilidad de contestar también a las siguientes preguntas: ¿Qué distancia hay de Leeds a Sheffield? ¿Puedes darme una idea del precio? Por supuesto, cuando vaya me dejarás disfrutar de tu compañía en paz, sin arrastrarme a una visita tras otra. No tengo el menor deseo de ver a tu coadjutor. Supongo que será como todos los demás coadjutores que conozco. Y me parecen una raza de egoístas vanidosos y vacíos. En este dichoso momento hay como mínimo tres en la parroquia de Haworth y no hay uno que supere a los otros. El otro día pasaron, o mejor dicho irrumpieron sin previo aviso a la hora de cenar, los tres acompañados por el señor S. Era lunes (día de hornear) y yo estaba acalorada y cansada; claro que si se hubieran comportado con discreción y amabilidad, les habría servido su té en paz; pero empezaron a alabarse y a insultar a los disidentes de tal forma que perdí la calma y solté unas frases que los dejaron mudos. Papá se horrorizó también; pero no lo lamento.

Charlotte volvió de visitar a su amiga en tren con un caballero cuyos rasgos y porte delataban que era francés. Ella se atrevió a preguntarle si era así; y cuando él lo admitió, le preguntó si había pasado bastante tiempo en Alemania, a lo que también le contestó que sí. Charlotte había detectado con fino oído un cierto tono gutural en su pronunciación, que, según los franceses, ellos pueden detectar incluso en los nietos de sus compatriotas que han vivido un tiempo al otro lado del Rin. Charlotte conservaba sus conocimientos lingüísticos mediante la costumbre que explica del siguiente modo a *monsieur* Heger:

Je crains beaucoup d'oublier le français — j'apprends tous les jours une demie page de

français par coeur, et j'ai grand plaisir à apprendre cette leçon. Veuillez présenter à Madame l'assurance de mon estime; je crains que Maria-Louise et Claire ne m'aient déjà oubliée; mais je vous reverrai un jour; aussitôt que j'aurais gagné assez d'argent pour aller à Bruxelles, j'y irai.

Y así, su viaje de vuelta a Haworth, tras el raro placer de la visita a su amiga, transcurrió de forma agradable, conversando con el caballero francés; y llegó a casa contenta y relajada. ¿Qué se encontró allí?

Eran las diez en punto cuando entró en la rectoría. Branwell había regresado sin previo aviso y estaba muy enfermo. Había llegado hacía un par de días, al parecer de vacaciones. Yo supongo que en realidad porque se había descubierto algo que hizo su ausencia imperiosamente aconsejable. El mismo día que llegó Charlotte había recibido una carta del señor—, en la que le despedía del trabajo con dureza, dando a entender que su juego había sido descubierto, calificándolo de deleznable, ordenándole que rompiera de inmediato y para siempre toda comunicación con los miembros de la familia, y amenazando con divulgar todo el asunto si no lo hacía.

Fueran cuales fueren la naturaleza y la gravedad de los pecados de Branwell —fueran cuales fueren su tentación y su culpa— es indudable que su conducta hizo sufrir mucho a su pobre padre y a sus hermanas inocentes. Las esperanzas y los planes que durante tanto tiempo habían abrigado y por los que tanto habían trabajado se vieron cruelmente frustrados; a partir de entonces sus días estuvieron llenos de amargura y los paroxismos de remordimiento de su hermano les impedían conseguir de noche el descanso natural. Veamos la desdicha que causó a sus pobres hermanas en las conmovedoras palabras de Charlotte:

Hemos pasado un suplicio con Branwell. Sólo pensaba en apagar o ahogar su angustia. Nadie en la casa podía tener descanso; y al final nos hemos visto obligados a enviarle fuera de casa una semana con alguien que lo cuide: he recibido carta suya esta mañana, en la que manifiesta cierta contrición [...] pero mientras esté en casa no me atrevo a esperar que haya paz. Me temo que tendremos que prepararnos todos para una temporada de angustia e inquietud. Cuando me despedí de ti tuve el presentimiento de que regresaba al dolor.

Agosto, 1845

Las cosas en casa siguen como de costumbre; no muy alentadoras en lo que a Branwell se refiere, aunque su salud y, en consecuencia, también su talante han mejorado un poco hace unos días, porque ahora está obligado a la abstinencia.

18 de agosto de 1845

He retrasado la carta porque no tengo buenas noticias que darte. Abrigo muy pocas esperanzas acerca de Branwell. A veces temo que nunca será capaz de gran cosa. Se ha vuelto absolutamente irresponsable con el último golpe a sus sentimientos y a sus proyectos. Su único freno es la falta de medios. Ya sé que hay que mantener la esperanza hasta el final; y lo intento, pero en este caso la esperanza resulta a veces muy engañosa.

Creía que podría invitarte a Haworth. Parecía que Branwell tenía una oportunidad de conseguir empleo y esperaba el resultado de sus esfuerzos para pedirte que vinieras a vernos. Pero le han dado a otro el puesto (secretario de una junta ferroviaria). Branwell sigue en casa; y mientras él esté aquí, tú no vendrás. Cuanto más le veo, más convencida estoy de esa resolución. Ojalá pudiera decir algo en su favor, pero me es imposible. Me callaré. Todos te agradecemos la amable sugerencia acerca de Leeds; pero creo que nuestros planes para el colegio están en suspenso, de momento.

31 de diciembre de 1845

Dices bien cuando hablas de — que ningún sufrimiento es tan terrible como el causado por la disipación; ¡ay!, veo confirmada la verdad de esa observación a diario. — y — tienen que llevar una vida de sufrimiento pesado y oneroso atendiendo a su desdichado hermano. Resulta verdaderamente doloroso que quienes no han pecado tengan que sufrir tanto.

En realidad, todos sus últimos días estuvieron ensombrecidos por la presencia del bochornoso y cruel sufrimiento —las muertes prematuras al menos de dos hermanas—, todas las grandes posibilidades de su vida terrenal truncadas repentinamente—; podrían datar de mediados del verano de 1845.

Branwell tomó opio de forma habitual los tres últimos años de su vida para aturdir la conciencia; además, bebía siempre que tenía oportunidad de hacerlo. El lector dirá que he mencionado su tendencia a la intemperancia mucho antes. Es cierto; pero no fue algo habitual, que yo sepa, hasta que le despidieron del empleo de tutor. Tomaba opio porque le hacía olvidar por un tiempo de forma más eficaz que la bebida; y además era más manejable. Para conseguirlo demostró toda la astucia del comedor de opio. Salía sigilosamente cuando la familia estaba en la iglesia (tras excusarse de ir él porque se encontraba demasiado mal) y engatusaba al boticario del pueblo para que le diera un trozo; o quizá el transportista se lo llevara sin saberlo en un paquete de otro lugar. Durante bastante tiempo antes de morir tuvo ataques de delírium tremens terribles; dormía en la habitación de su padre y a veces declaraba que él o su padre morirían antes de amanecer. Las hermanas suplicaban aterradas y temblorosas a su padre que no se expusiera a aquel peligro; pero el señor Brontë no es un hombre timorato y tal vez creyera que podía inculcar a su hijo cierto dominio de sí mismo demostrando que confiaba en él y que no le temía. Las hermanas permanecían atentas por si oían la detonación de una pistola en plena noche, hasta que el ojo vigilante y el oído aguzado cedían a la tensión nerviosa. Por las mañanas, el joven Brontë salía tan tranquilo, y decía con la típica verborrea de borracho: «El viejo y yo hemos pasado una noche espantosa. ¡Él, pobre, hace lo que puede!, pero yo estoy acabado».

APÉNDICE B

PRIMERAS IMPRESIONES DE LA SEÑORA GASKELL SOBRE CHARLOTTE BRONTË

La señora Gaskell conoció a Charlotte Brontë en agosto de 1845, en la residencia de verano de sir James y lady Kay Shuttleworth, tal como nos cuenta en la *Vida*. Algunas cartas que escribió después demuestran que la rápida impresión que Charlotte Brontë causó a su colega novelista acabaría dictando las prioridades de la biógrafa cuando seis años más tarde escribiera *La vida de Charlotte Brontë*. Le decía lo siguiente en una carta a su amiga Eliza Fox:

Es una persona extraordinaria y sincera; es muy estricta consigo misma y habla afable y esperanzadamente de cosas y personas con franqueza; lo que me maravilla de ella es que haya conservado el ánimo y la fuerza en su vida desolada.

Hay dos cartas de Elizabeth Gaskell que tienen especial interés para los lectores de la *Vida* porque demuestran que ya en su primer encuentro se había fijado en aspectos concretos de la existencia de Charlotte Brontë, exagerando algunos que desempeñarían un papel importante en la biografía. Todas las cartas relacionadas figuran en la edición de Chapple y Pollard de la correspondencia de la señora Gaskell, de las que transcribo los siguientes pasajes. El primero corresponde a una carta que escribió a su buena amiga Catherine Windkworth el 25 de agosto de 1850; el segundo, a una carta a Charlotte Froude, esposa del célebre historiador y biógrafo, más o menos por la misma fecha.

I

Ella misma se considera *raquítica*; es delgada y un palmo más baja que yo; tiene el cabello castaño suave, un poco más claro que el mío: y los ojos (preciosos y expresivos, de mirada franca y directa) del mismo color; y la cara sonrosada; la boca grande, y le faltan muchos dientes; en conjunto, es poco agraciada; frente ancha y despejada y bastante prominente. Tiene una voz muy dulce, vacila bastante al elegir las expresiones, pero una vez elegidas parecen naturales, admirables y precisas para la ocasión. No hay en ella nada forzado sino que todo es perfectamente sencillo [...] No tenía ni idea de que pudiera existir una vida como la de la señorita Brontë. Lady K. S. me explicó que vive en un pueblo de casas de piedra gris encaramadas en la ladera norte de un páramo inhóspito que da a las grandes extensiones de páramos. Hay un patio de hierba y un muro de piedra —allí no crecerán flores ni arbustos—, un camino recto y se llega a la puerta de la rectoría, con ventanas a ambos lados. La rectoría no ha visto una mano de pintura ni un mueble nuevo desde hace treinta años; desde que murió la madre de la señorita B.; era una «hermosa

criatura joven» cuando el coadjutor irlandés se llevó de Penzance, en Cornualles, a su beneficio eclesiástico de los páramos. Sus amigos cortaron con ella al casarse. Tuvo seis hijos seguidos; lo cual, más el clima y el extraño marido medio chiflado que había elegido, acabaron con su vida en nueve años. Una anciana de Burnley que la cuidó al final dice que solía llorar en la cama diciendo «¡Oh Dios mío, mis pobres hijos, oh Dios mío, mis pobres hijos!». El señor Brontë desahogaba su cólera contra las cosas y no contra las personas; por ejemplo, una vez en uno de los partos de su esposa pasó algo y agarró una sierra y fue y serró todas las sillas del dormitorio de ella sin hacer caso de sus protestas ni preocuparse por sus lágrimas. Otra vez se enfadó y agarró la alfombra de la chimenea, la enrolló y la metió en el fuego, y se sentó delante con una pierna en cada placa, hasta que se abrasó, y nadie pudo aguantar en la habitación por el humo sofocante. Todo eso me lo ha contado lady K. S. La sala de la rectoría da al cementerio, atestado de tumbas. El señor Brontë nunca ha comido con sus hijos desde que murió su esposa, a no ser que los invite a cenar, nunca a comer. Y sólo ha salido del pueblo una vez para venir a Manchester a que le operara de cataratas el señor Wilson; ¡y en esa ocasión se alojaron en Boundary Street! En fin, las cinco hijas y el hijo único crecieron sin que el padre enseñara nunca nada a las hijas; las enseñó a leer y a escribir la criada. Pero supongo que se concentraron, porque a los doce años Charlotte pidió a su padre que las mandara al colegio; así que las envió a Cowan Bridge (el centro para hijas de clérigos que luego trasladaron a Casterton). Allí murieron las dos mayores en la epidemia. La señorita B. dice que pasó allí un hambre atroz y que allí contrajeron sus dos hermanas la tuberculosis que acabó con su vida. Volvieron todas a casa enfermas. Pero la pobreza del hogar era muy grande («A los diecinueve años habría agradecido una asignación de un penique semanal. Se lo pedí a mi padre, pero me contestó que para qué querían dinero las mujeres»). Así que a los diecinueve años puso anuncios y consiguió un puesto de profesora en un colegio (no me dijo dónde, sólo dijo que era preferible al puesto de institutriz que consiguió después); pero ahorró lo suficiente para poder ir a un colegio de Bruselas. Hasta entonces nunca había salido de Yorkshire; y cuando llegó a Londres estaba tan asustada que tomó un coche de alquiler —era de noche— y fue a Tower Stairs, y tomó un bote hasta el paquebote *Ostend* y no la dejaron subir al barco; pero al final se lo permitieron. Estuvo dos años en el colegio de Bruselas sin más vacaciones que una semana que pasó con una de sus compañeras belgas. Y cuando regresó a casa, sus hermanas estaban enfermas y su padre se estaba quedando ciego, así que creyó que tenía que quedarse en Haworth. Intentó aprender a dibujar y a pintar para hacerse artista, pero no podía, y además su propia salud, independientemente de sus obligaciones domésticas, no le permitió volver a trabajar como institutriz. Siempre había deseado escribir y creía que podía hacerlo; a los dieciséis años envió algunos poemas a Southey, que le contestó de forma amable y estricta. Así que ella y sus hermanas lo intentaron. Conservaron sus iniciales y adoptaron seudónimos que eran válidos igualmente para hombre que para mujer. Y cuando escribían lo suficiente se lo leían unas a otras. Su padre no se enteró nunca de lo que hacían. No tenía ni idea de *Jane Eyre* cuando a los tres meses de haberse publicado prometió a sus hermanas un día en la comida que se lo diría antes de cenar. Así que se fue a su estudio con un ejemplar de la novela y las críticas. Le dijo (creo que recuerdo las palabras exactas):

—*Papá, he escrito un libro.*

—*¿De veras, cariño? —repuso él, y siguió leyendo.*

—*Es que quiero que lo leas, papá.*

—*No puedo molestarme en leer manuscritos.*

—*Pero, papá, es un libro impreso.*

—*Espero que no te hayas metido en gastos estúpidos.*

—*Creo que ganaré algo con él. ¿Quieres que te lea algunas críticas?*

Así que se las leyó; y luego le preguntó si leería el libro. Él le dijo que se lo dejara y que ya vería. Pero luego los llamó para cenar aquella noche y al final les dijo:

—*¿Sabéis que Charlotte ha escrito un libro y que creo que es mejor de lo que esperaba?*

No volvió a hablar del mismo hasta hace un mes, y sus hijas nunca se atrevieron a decirle los libros que habían escrito sus hermanas. Justo durante el éxito de *Jane Eyre*, sus hermanas murieron de tuberculosis fulminante, *sin cuidados médicos*, no sé por qué. Pero ella dice que no tendrá a nadie y que su muerte será completamente solitaria; no tiene ningún amigo ni pariente en el mundo que la cuide y a su padre le aterran los cuartos de los enfermos más que nada. Parece bastante probable que también ella haya contraído tisis [...].

Gaskell Letters, pp. 123-126

II

Nuestra única interrupción ha sido que he pasado tres días en casa de lady Kay Shuttleworth para conocer a la señorita Brontë. El lugar es precioso, queda cerca de Low Wood, en Windermere [...] Me agrada la señorita Brontë. Sus defectos son los defectos de las peculiarísimas circunstancias en que le ha tocado vivir; y posee una mezcla encantadora de sencillez y fuerza; y un profundo sentido de la responsabilidad por el Don que le ha sido concedido. Es muy menuda y muy fea. Achaca su raquitismo a la escasa alimentación cuando era una muchacha en la etapa de crecimiento, en que estuvo en el colegio para hijas de clérigos. Dos de sus hermanas murieron allí de la epidemia de tifus que describe en *Jane Eyre*. Sus cuatro hermanas y su hermano han muerto. Vive en un pueblo remoto y agreste de los páramos de Yorkshire con un padre excéntrico y caprichoso —su rectoría da hacia el Norte; los vientos cortantes impiden que crezcan flores, arbustos y árboles—. La sala de estar da al camposanto. Su padre y ella comen y se sientan solos. Ella ha aprovechado la formación que recibió. La verdad es que nunca había conocido una vida tan dura y tan lúgubre —una extrema pobreza se suma a sus pruebas—, la pobreza nunca fue un problema hasta las prolongadas enfermedades de sus hermanas. Ella es la sinceridad personificada, y noble y excelente por naturaleza, que nunca ha sido requerida por nada amable y agradable. Fue maestra en un colegio, e institutriz durante cuatro o cinco años; hasta que le falló la salud; pero con sus ahorros (entre los dos trabajos) se pagó un colegio en Bruselas, donde pasó dos años. Después, cuando se encontraba demasiado enferma para marcharse de casa, intentó

aprender a dibujar y a pintar; pero aunque descubrió que podía expresar sus pensamientos así, no podía hacer nada grandioso o bello para los demás. Es muy callada y muy tímida; y especialmente notable cuando habla por el empleo admirable que hace de los vocablos y por la forma en que consigue expresar sus ideas. Ella y yo discutimos y diferimos casi sobre todo; me llama demócrata y no soporta a Tennyson, pero sentimos una sincera simpatía recíproca y yo creo y espero que llegaremos a ser buenas amigas [...].

Gaskell Letters, pp. 128-129

Título original: *The Life of Charlotte Brontë*

© de la introducción: Alan Shelston, 1975

© de la traducción: Ángela Pérez

Edición en formato digital: diciembre de 2013

© de esta edición:

Alba Editorial, S.L.U.

Diseño de la cubierta: Alba Editorial, S.L.U.

ISBN: 978-84-8428-940-1

Depósito legal: B-27.622-13

Notas

¹ *The Brontës: their Lives, Friendships and Correspondence*, 4 vols., ed. T.J. Wise y J. A. Symington, 1932, vol. IV, p. 190; forman parte de la *Shakespeare Head Brontë*, una edición completa de las obras de las Brontë, publicada en veinte tomos entre 1932 y 1938. (N. del E.)[<<](#)

² *Letters of Mrs Gaskell*, ed. J. A. V. Chapple y Arthur Pollard, 1966, p. 345. En adelante, *Gaskell Letters*. (N. del E.)[<<](#)

³ Desde que se escribió esta Introducción, A. O. J. Cockshut ha publicado *Truth to Life: The Art of Biography in the Nineteenth Century* (1974). Lo sorprendente es que ni siquiera menciona *La Vida de Charlotte Brontë*. (N. del E.)[<<](#)

⁴ Véase n. p. 267. (*N. de la T.*)[<<](#)

⁶ Cualquier análisis de la correspondencia de Nussey ha de tener en cuenta una serie de factores complejos, siendo el más importante que resulta casi imposible determinar con precisión absoluta lo que vio exactamente la señora Gaskell la primera vez que leyó el paquete de cartas que le entregó Ellen Nussey. Como ya he indicado, Ellen Nussey había suprimido algunas partes, en buena medida para proteger la intimidad de su propio círculo. Como se vio posteriormente involucrada en otros intentos de publicar las cartas, no sabemos a ciencia cierta si todas las correcciones que figuran en los manuscritos se hicieron cuando se las envió a la señora Gaskell, aunque T. J. Winnifrith en su libro *The Brontës and their Background* (1973) afirma con cierta autoridad que «la rigurosa coincidencia de las expurgaciones manuscritas y las omisiones de la señora Gaskell indicaban una censura considerable en esta etapa». Sabemos, no obstante, que Ellen Nussey ejerció su derecho de reservarse cartas que no entregó a la señora Gaskell, aunque también en este caso es difícil determinar cuántas, y yo diría que es más probable que se hubiera guardado las cartas que contenían material verdaderamente revelador que no quería que viera la señora Gaskell, en vez de estropear sus copias manuscritas. Así que es lógico aceptar que aunque algunas omisiones detectables en las cartas pueden atribuirse a Ellen Nussey, la señora Gaskell también impuso su criterio, como había hecho realizando una selección de las cartas.

Pero el problema viene a agravarse con la ineptitud culpable (a efectos eruditos) de *Shakespeare Head Brontë*, de Wise & Symington. El carácter de las actividades bibliográficas de Wise es hoy bien conocido, y su comportamiento en la adquisición de la literatura de los Brontë es tema de un apéndice informativo al libro del doctor Winnifrith. En lo que a *Shakespeare Head Brontë* se refiere, es evidente que la correspondencia que incluye no sólo es incompleta, sino que se ha tomado a veces de transcripciones y no de las fuentes originales, muchas de las cuales, irónicamente, habían pasado por las manos del propio Wise. Eso ha dado lugar a omisiones e imprecisiones de contenido, amén de errores de fechas, e identificación, etc. La única solución definitiva a estos problemas sería consultar los documentos originales, pero es prácticamente imposible porque los que se conservan se hallan dispersos. Una buena colección de la correspondencia de Brontë parece tan inalcanzable como deseable.

El lector interesado en los detalles de esta situación puede consultar el libro del doctor Winnifrith mencionado y también «A Census of Brontë MSS, in the U.S.A.», de Mildred G. Christian, publicado en *The Trollopian*, II y III (1947-1948), que explica el estado de cada carta enumerada, incluidas las correcciones de Ellen Nussey y de otros. Para esta Introducción me he visto obligado a recurrir a *Shakespeare Head Brontë*, pese a ser consciente de sus deficiencias. Como puntualiza el doctor Winnifrith: «Realmente parece que después de criticar *Shakespeare Head* por sus defectos tuviéramos que fiarnos de sus hallazgos» (op. cit., p. 25). Creo que los problemas descritos en esta nota no afectan a mi opinión básica en cuanto a que la señora Gaskell sólo seleccionó de las cartas que manejó el material que coincidía con la idea que quería dar de Charlotte; pero es importante que el lector lo sepa. (N. del E.)[≤≤](#)

⁷ Christian comenta sobre esta carta en su «Census»: «La escritora ha tachado algunas palabras. Se han borrado parcialmente algunos nombres, posiblemente lo hiciera la señorita Nussey». Así que podemos suponer que la señora Gaskell vio los comentarios sobre Kay Shuttleworth en su totalidad. (*N. del E.*)[<<](#)

⁸ El «Census» de Christian registra algunas de las cartas que se refieren a Weightman, sobre todo una de la que la señora Gaskell transcribe un pasaje en el capítulo IX del vol. I. No hay indicación de correcciones por parte de Ellen Nussey en esta carta. (Esta edición, pp. 228-33) (*N. del E.*)[<<](#)

⁹ John Tiplady Carrodus, famoso violinista y compositor inglés, natural del condado de York (Braithwarte, 1836-Londres, 1895). (*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora*)[<<](#)

¹⁰ *Loidis and Elmete* (1816); Thomas Dunham Whitaker (1759-1821), anticuario y topógrafo inglés, cuyas obras sobre Yorkshire y Lancashire eran muy conocidas en el siglo XIX. <<

¹¹ Hasta el siglo XVII, buena parte de la producción textil inglesa se enviaba a teñir a Holanda por lo que la patente concedida por el monarca para el teñido de los tejidos y los controles impuestos a la exportación impidieron el libre comercio a los fabricantes. Cromwell levantó las restricciones durante su gobierno.<<

¹² William Laud (1573-1645), eclesiástico inglés, arzobispo de Canterbury, que dirigió la política religiosa durante el reinado de Carlos I. Fue acusado de papista y ejecutado. <<

¹³ Régimen republicano instaurado en Inglaterra tras la ejecución de Carlos I y la abolición de la monarquía (1649-1660).[<<](#)

¹⁴ Cromwell ganó allí en 1650 una importante batalla contra los escoceses. <<

¹⁵ Héroes de los movimientos revolucionarios europeos de 1848. Lamartine, Francia (1790-1869); Kossuth, Hungría (1802-1894); Dembinski, Polonia (1791-1864).[<<](#)

¹⁶ Joseph Hunter, *op. cit.*, cap. v, 1842. Heywood: teólogo protestante no anglicano del s. XVII, predicó en Lancashire y Yorkshire. <<

¹⁷ De una balada titulada *Flodden Field*; Jacobo IV de Escocia murió en la batalla de Flodden (1513) luchando contra Enrique VIII de Inglaterra. <<

¹⁸ Punto más alto de la carretera Rochdale-Halifax, que cruza los montes Peninos. <<

¹⁹ William Cowper (1731-1800), poeta británico relacionado con el evangelismo de su amigo el teólogo John Newton (1725-1807), con quien colaboró y publicó los *Himnos de Olney* en 1779.[<<](#)

²⁰ John Wesley (1703-1791). Fundador del metodismo. George Whitfield (1714-1770). Fundador del metodismo calvinista.[<<](#)

²¹ Edgardo I el Pacífico (944-975). Rey anglosajón de Mercia y Northumbria (957-959) y de Inglaterra (959-975). Fomentó la reforma eclesiástica y realizó la división administrativa en condados. <<

²² John Sharp (1645-1714), arzobispo de York desde 1691. <<

²³ Henry John Temple, vizconde de Palmerston (1784-1865), político británico; ejerció una gran influencia en la política exterior. Fue secretario de la guerra en varios gobiernos *tories* de 1809 a 1828; ministro de Asuntos Exteriores en tres gobiernos *whig* (1830-1834, 1835-1841, 1846-1851); ministro de Interior desde 1852 hasta 1855 y primer ministro en 1859.<<

²⁴ *Memoirs of the Life of Sir Humphry Davy*, John Davy, Londres, 1836, cap. I. Humphry Davy, físico y químico inglés (Penzance 1778-Ginebra 1829). John Davy, médico y geógrafo, hermano del anterior (1791-1868).[<<](#)

²⁶ George Littelton, eminente político y literato inglés (Hagley 1709-1773); publicó el poema titulado *Consejo a una dama* en 1763.[<<](#)

²⁷ Lister y el doctor Hall eran prominentes ministros protestantes no anglicanos del siglo XVIII. Ambos están enterrados en el cementerio de Thornton. <<

²⁸ Thomas Day (1748-1789), literato inglés que intentó llevar a la práctica las ideas de Rousseau, al parecer sin mucho éxito. <<

²⁹ El ludismo (llamado así por Ned Ludd, que lo inició en 1779) fue un movimiento obrero que surgió en Inglaterra y se extendió al continente. Los luditas destruían la máquinas por considerar su introducción causa de la reducción de los salarios y del aumento del paro. <<

³⁰ Las hermanas Brontë publicaron sus primeras obras con seudónimos: Acton (Anne), Currer (Charlotte) y Ellis (Emily) Bell. <<

³¹ El colegio de Cowan Bridge para hijas de clérigos se fundó en enero de 1824. En la primavera de 1825 se produjo la epidemia de tifus que se describe en este capítulo. En 1833 se trasladó a Casterton (Westmoreland). Véase el Apéndice A. Las referencias que hace la autora en este capítulo a *Jane Eyre* (Alba Editorial, Barcelona, 1999; traducción de Carmen Martín Gaité) corresponden a *id.*, primera parte, caps. 5-9. [<<](#)

³² La señorita Temple de *Jane Eyre*, supuestamente Ann Evans, la directora del colegio. <<

³³ Así en el original. <<

³⁴ Anuario de los que solían publicarse por Navidad. Uno de los colaboradores era el pintor John Martin, conocido sobre todo por sus temas bíblicos. <<

³⁵ Se refiere al debate sobre el proyecto de ley aprobado en 1829, que concedía a los católicos los mismos derechos políticos que a los protestantes disidentes o no anglicanos. <<

³⁶ Hijos del duque de Wellington. <<

³⁷ Ellen Nussey, figura así en toda la obra. Véase Introducción. <<

³⁸ La primera ley de reforma electoral, aprobada en 1832, siendo primer ministro Charles Grey.[<<](#)

³⁹ *Fraser's Magazine*, revista fundada en 1830, de tendencia política conservadora. <<

⁴⁰ Hugh Blair (1718-1800), escritor y ministro de la iglesia presbiteriana escocesa. Ocupó en 1762 la cátedra de elocuencia y bellas letras. Su manual *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783) se empleó en la época como libro de texto. [≤≤](#)

⁴¹ La guerra de la independencia (1808-1813), que para los ingleses forma parte de las guerras contra Napoleón. <<

⁴² Véase *Shirley*, (Alba Editorial, Barcelona, 1999) cap. XIX. <<

⁴³ Charlotte se inspiró en el reverendo Hammond Roberson (1757-1841) para el personaje de Helstone en *Shirley*.[<<](#)

⁴⁴ Literalmente, «casa despecho».[<<](#)

⁴⁵ Lógicamente, hemos respetado los errores del original. <<

⁴⁶ Shirley, cap. XXII. Elizabeth Rowe (1674-1737), escritora inglesa; publicó *Friendship in Death, in Twenty Letters from the Dead to the Living* [Amistad en la muerte, en veinte cartas de los muertos a los vivos] en 1728. <<

⁴⁷ B. el estadista Henry Peter Broughan, lord canciller con el gobierno *whig* de Grey y luego con el primero de Melbourne. La «oposición» es el partido *whig*, claro. <<

⁴⁸ Nicholls rompió este retrato cuando regresó a Irlanda y sólo se conserva la parte de Emily, que puede verse en la National Portrait Gallery. En la misma figura un retrato anterior de las hermanas Brontë realizado también por Branwell y del que se han hecho muchas reproducciones. <<

⁴⁹ Ref. a Salmos, XVI, 6, que Charlotte Brontë emplea en otras cartas citadas en esta obra; aquí, para indicar que ha tenido suerte, a pesar de todo. <<

⁵⁰ Alfredo el Grande (849-899), rey de Wessex (871) y de Inglaterra (878). Venció a los daneses en Eclington (893), consolidó sus posesiones, dominó a la nobleza y al clero, dictó leyes, promovió la agricultura y el comercio, tradujo *Las confesiones* de san Agustín y otras obras. La alusión a su «laboriosidad» es evidente.<<

⁵¹ *Jane Eyre*, primera parte, cap. I, p. 37<<

⁵² Véase n. p. 76. Las cartas de Cowper destacan por un finísimo humor satírico y una profunda melancolía.[<<](#)

⁵³ *Brief Memorials of Oberlin*, de un autor llamado Sims, se publicó en 1830. Oberlin (Estrasburgo, 1740-Waldersbach, 1826), clérigo y pedagogo, creador de las *escuelas maternas*. Escribió una autobiografía, sermones y otras obras. El clérigo inglés Legh Richmond publicó artículos sobre diversos temas, entre ellos *Domestic Portraiture* (1833). William Wilberforce (Hull, 1759-Londres, 1833), filántropo y político, defendió la abolición de la esclavitud; aquí quizá se refiera a *Reminiscences of Chalmers, Simeon, Wilberforce, etc.*, publicado entonces por el escritor J. J. Gurney (1788-1847).[<<](#)

⁵⁴ *Life and Correspondence of Robert Southey*, escrita por su hijo Cuthbert, 1849-1850. En la tercera edición se corrige vol.VI por vol. IV. [≤≤](#)

⁵⁵ Burlington o Bridlington, población situada a la orilla de una amplia bahía en el condado de York. <<

⁵⁶ Residencia de unos amigos de Ellen Nussey, cerca de Bridlington. <<

⁵⁷ Sacerdote cananeo de tiempos de Abraham; en Hebreos, VII, 3: «Sin padre ni madre, sin genealogía, sin principio de sus días ni fin de su vida...»[≤≤](#)

⁵⁸ Edward Bouvery Pusey (1800-1882), teólogo británico partidario de la reconciliación de las Iglesias católica y anglicana. W. F. Hook (1798-1875) era entonces vicario de Leeds. En 1837 fue nombrado capellán de la corte y en 1838 predicó un sermón sobre la Iglesia anglicana en el que llegaba a las mismas conclusiones que Pusey sobre el origen católico de la misma. <<

⁵⁹ Baptist Wriothsesley Noel (1798-1873), predicador evangélico de la Iglesia oficial, que más tarde se unió a los baptistas. <<

⁶⁰ De la reseña biográfica de Emily que escribió Charlotte para la edición de *Cumbres borrascosas* en 1850.[<<](#)

⁶¹ Scott describe así el deporte «Tiro al Papagayo»: «... un juego antiguo que se practicaba antes con arcos y en este periodo (1679) con armas de fuego. Era la figura de un pájaro adornada con plumas multicolores para que pareciera un papagayo o un loro. Lo colocaban en un poste y servía de blanco; los competidores descargaban en él sus fusiles y carabinas por turnos, a una distancia de setenta pasos. El que derribaba el blanco ostentaba el honroso título de Capitán del Papagayo el resto del día y era escoltado triunfalmente a la posada más respetable del lugar, donde la velada concluía amenamente bajo sus auspicios, y a su costa si podía permitírsele». *Old Mortality*. (N. del E.) <<

⁶² Pedro de Amiens, llamado *el Ermitaño* (h.1050-1115), monje y agitador francés, que predicó la participación popular en la primera cruzada. Sus seguidores fueron dispersados por los turcos en Civitot (1096), y él se unió a las fuerzas de Godofredo de Bouillon. <<

⁶³ El filósofo e historiador Thomas Carlyle (1795-1881) publicó en 1845 *Letters and Speeches of Oliver Cromwell*, pero en 1841 había publicado *On Heroes, Hero-worship and the Heroic in History*, donde presenta varios tipos heroicos, como el caudillo, en el que describe a Napoleón y a Cromwell; sin duda es éste el texto que leyeron Emily y Charlotte para el ejercicio. François Guizot (1787-1874), historiador y estadista francés, publicó su *Historia de la revolución inglesa* en 1826-1827. La oración fúnebre de Bossuet es de 1669. <<

⁶⁴ Shirley, caps. IX y XXIII. <<

⁶⁵ Shirley, cap. XII, pp. 255-256. <<

⁶⁶ Figura en el capítulo 28 de la novela, cuando un perro rabioso muerde a Shirley Keeldar. <<

⁶⁷ Mary se marchó en marzo de 1845 a Nueva Zelanda. En la carta del 20 de febrero del mismo año, Charlotte habla de su visita a casa de la familia Tylor para despedirse de ella. <<

⁶⁸ La descripción del despido de Branwell y de su derrumbe fue causa de que se retiraran las dos primeras ediciones del libro. Véase Apéndice A, cap. XIII. <<

⁶⁹ Aylott y Jones eran libreros, aunque editaban algunos libros, sobre todo de poesía religiosa.<<

⁷⁰ El auge del ferrocarril en los primeros años de 1840 fue seguido de una caída en la segunda mitad de la década. En 1847 quebró George Hudson, el «Rey del Ferrocarril».[<<](#)

⁷¹ Jean d'Aubigné, famoso predicador y escritor protestante francés de la época. <<

⁷² Se refiere a *El profesor*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*.[<<](#)

⁷³ *Cumbres borrascosas* (Emily Brontë) y *Agnes Grey* (Anne Brontë) se publicaron en 1847. *El profesor* (Charlotte Brontë) se publicó póstumamente, en junio de 1857, con una introducción de Arthur Bell Nicholls. <<

⁷⁴ Alusión a Roberto I Bruce (o Roberto VIII, 1274-1329), héroe escocés y artífice de la independencia de Escocia.[<<](#)

⁷⁵ De la reseña biográfica escrita por Charlotte Brontë para la nueva edición de *Cumbres borrascosas* (1850).[<<](#)

⁷⁶ Richard Chenevix Trench (Dublín, 1807-Londres, 1886). Literato y teólogo, entre cuya abundante obra se cuentan *Estudio de los vocablos* (1851) y *El inglés, pasado y presente* (1855).[<<](#)

⁷⁷ Harriet Martineau, *Daily News*; figura en la edición de *Shakespeare Head Brontë*, vol. IV, pp. 180 y sig. [↪](#)

⁷⁸ El lugar en que Jane Eyre inicia una nueva vida como institutriz. *Jane Eyre*, primera parte, cap. XI. [↵↵](#)

⁷⁹ De la reseña biográfica citada de Charlotte Brontë a la nueva edición de *Cumbres borrascosas* (1850).[<<](#)

⁸¹ W. S. Williams, lector de la editorial, que mantuvo a partir de entonces correspondencia con Charlotte Brontë.[<<](#)

⁸² La esposa de Thackeray padecía un trastorno mental. Aunque como dice Elizabeth Gaskell, Charlotte no sabía entonces nada de la vida privada del escritor, el hecho de que le dedicara la segunda edición de *Jane Eyre* y la gran curiosidad que existía por la identidad de su «autor» dieron pábulo a toda suerte de especulaciones, como la de que se había inspirado en él para el personaje del señor Rochester. Michael Angelo Titmarsh era un seudónimo de Thackeray. La cita siguiente corresponde al prefacio de la segunda edición de *Jane Eyre*.<<

⁸³ Probablemente alude a alguno de los comentarios de Johnson sobre el tema recogidos en *La vida de Samuel Johnson* (1791), de James Boswell.[<<](#)

⁸⁴ George Henry Lewes (Londres, 1817-1878), escritor, filósofo y crítico. Publicó en la revista *Fraser* una crítica muy elogiosa de *Jane Eyre*.[<<](#)

⁸⁵ Novela de Lewes publicada en 1847. <<

⁸⁷ Reseña biográfica de la edición de *Cumbres borrascosas* (1850).[<<](#)

⁸⁸ Segunda novela de G. H. Lewes, publicada en 1848. <<

⁸⁹ Luis Felipe I de Orléans (1773-1850), rey de Francia desde 1830, derrocado en 1848 por la revolución. <<

⁹⁰ *The Memoirs of the Life of Charles Simeon*, ed. William Carus, Londres, 1847. Charles Simeon (1759-1836), predicador apasionado y elocuente, foco de la influencia evangélica durante muchos años, vicario de la iglesia de Trinidad (Cambridge). Su obra completa se publicó en Londres en 1840. <<

⁹¹ Charlotte Brontë, reseña biográfica cit. a la edición de *Cumbres borrascosas* (1850).[<<](#)

⁹² George Croly (Dublín, 1780-Londres, 1860), clérigo y literato; rector de San Esteban y predicador famoso en la época.<<

⁹³ «El autor» del artículo era en realidad Elizabeth Rigby. <<

⁹⁴ Las últimas palabras de Jesús en la cruz: «*Eli, Eli, lema sabachtani?*: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo, 27, 49).[<<](#)

⁹⁵ John Forbes, prestigioso médico londinense, a quien Charlotte ya había consultado en el caso de Emily. <<

⁹⁶ El poema completo figura en la edición de Wise y Symington de los poemas de Anne y Emily Brontë.[<<](#)

⁹⁷ Shirley, final cap. XXIV-princ. cap. XXV. [≤≤](#)

⁹⁸ Johann Peter Eckermann(1792-1854), escritor alemán, estudioso de la obra de Goethe, de quien fue secretario. *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida* (1836-1848) abarca el periodo 1823-1832. La traducción al inglés se publicó en 1849. El último libro mencionado, titulado *Vida social y doméstica en la Inglaterra del siglo XIX*, se publicó en 1847 y estaba escrito por la señora Whateley. <<

⁹⁹ Harriet Martineau (1802-1876), escritora y economista inglesa de origen francés, defensora de la reforma social y política. Escribió artículos, cuentos morales y pedagógicos, libros de viajes, y ensayos de temas diversos. Su novela *Deerbrook* se publicó en 1839. <<

¹⁰⁰ . *Eastern Life, Past and Present* (1848), de Harriet Martineau, relata su viaje a Oriente. Francis Newman (Londres, 1805-1897), escritor y profesor. Su obra más conocida es *The Soul, Its Sorrows and Its Aspirations* (1849). James Anthony Froude (1818-1894), historiador y escritor; *Nemesis of Faith* (1848).<<

¹⁰¹ Anne Clifford (1590-1676), hija del conde de Cumberland, que se casó en segundas nupcias con Felipe, conde de Montgomery y de Pembroke; dedicó la inmensa fortuna de su padre a construir o restaurar castillos y escribió su autobiografía, que se publicó en 1846, en la que quizá se basara Elizabeth Gaskell para ese comentario.<<

¹⁰³ Dante, *Infierno*, canto 5, 122-123 («acordarse del tiempo feliz en la desgracia».)[≤≤](#)

¹⁰⁴ Sir James Kay Shuttleworth (Rochdale, 1804-Londres, 1877), médico y pedagogo, fundador de la primera escuela normal de profesores de Inglaterra (Battersea, 1839). Ejerció primero la medicina en Manchester. Él y su esposa eran amigos de Elizabeth Gaskell, que conoció a Charlotte Brontë en su residencia de Gawthorpe Hall en el verano de 1850. <<

¹⁰⁵ El semanario de humor *Punch* (1841) publicó entonces una serie titulada *Escenas de la vida de una mujer indefensa*.[<<](#)

¹⁰⁶ William Hazlitt (1778-1830), escritor y crítico literario. *Life and Correspondence of Robert Southey (1849-1850)*, escrita por su hijo, Charles Cuthbert Southey. *Women in France during the Eighteenth Century* (1850), de Julia Kavanagh; *Representative Men* (1850), de Ralph Waldo Emerson. *Suggestions on Female Education* (1849), de Alexander John Scott. <<

¹⁰⁷ K. es Julia Kavanagh, la prolífica autora victoriana cit. que murió de cólera el 12 de octubre de 1842. Hermana de su amiga Mary Taylor. <<

¹⁰⁸ Abbotsford, la famosa residencia de Walter Scott, situada en la orilla meridional del río Tweed, a unos 45 kilómetros de Edimburgo y cerca de la ciudad de Melrose, cargada de connotaciones históricas.[<<](#)

¹⁰⁹ George Richmond (Londres, 1809-1896), pintor y retratista famoso. El mencionado retrato de Charlotte Brontë figura en la primera y sucesivas ediciones de la *Vida*. Richmond hizo también un retrato a Elizabeth Gaskell al año siguiente. <<

¹¹⁰ Se refiere a Catherine Moody (1799-1861), prolífica escritora cuyas novelas se desarrollaban en ambientes elegantes. <<

¹¹¹ Francis Newman, *The Soul*, véase nota 1, cap. V, vol. II. Los dos volúmenes de *Modern Painters* de Ruskin aparecieron en 1843 y 1846; su *Seven Lamps of Architecture*, en 1849. Charlotte asistió a las conferencias del «padre» Newman (John Henry, el famoso converso al catolicismo y cardenal), tituladas «Problemas de los anglicanos», durante la visita a Londres descrita en el capítulo anterior. <<

¹¹² John Sydney Taylor (1795-1841), periodista londinense; *Life of Sydney Taylor* (1843), selección de sus escritos y relato biográfico. [<<](#)

¹¹³ *Galileo Galilei* se publicó en 1850; *Life of Arnold*, de Stanley, en 1844. <<

¹¹⁴ Véase vol. II, cap. I, p. 343. <<

¹¹⁵ Véase vol. II, cap. vii, pp. 476-477. [<<](#)

¹¹⁶ El poema *The Roman*, de Sydney Dobell, y *Alton Locke*, de Kingsley, se publicaron en 1850. La biografía del doctor Arnold, véase nota p. 477. *Prelude* de Wordsworth se publicó en 1850. En 1848 aparecieron dos volúmenes de *History of England* y *Essays* de Macaulay. *Elementary Sketches of Moral Philosophy*, de Sidney Smith, y *Autobiography*, de Leigh Hunt, se publicaron también en 1850. Charlotte ya tenía los ensayos de Hazlitt (véase cap. V, vol. II). La tragedia de sir Henry Taylor *Philip van Artevelde* se había editado en 1834. *The Races of Men*, de Robert Knox, apareció en 1850, y *The Races of Man and their Geographical Distribution*, de Charles Pickering, en 1848, a la que siguió una nueva edición ampliada en 1850. <<

¹¹⁷ Penthesilea era la reina de las amazonas. Charlotte rechaza la idea de que haya hecho algo extraordinario, por lo que destaque «entre miles».[<<](#)

¹¹⁸ *Letters on the Law of Man's Social Nature and Development* (1851), cartas entre Harriet Martineau y el profesor H. G. Atkinson. <<

¹¹⁹ Charlotte había consultado al célebre doctor Forbes la enfermedad de Emily. Véase vol. II, cap. III. Lord Carlisle, VII conde de Carlisle, personaje de aficiones literarias. Monckton Milnes (lord Houghton) escribió *Life of Keats* (1848).[≤≤](#)

¹²¹ Elizabeth Rachel (1821-1858).[<<](#)

¹²² Samuel Rogers (1763-1855), prestigioso poeta de la época, entre cuya escasa producción destaca *Epistle to a Friend* (1798).[<<](#)

¹²³ David Brewster (1781-1868), eminente físico escocés, considerado uno de los descubridores de la polarización cromática; autor de una extensa bibliografía de las academias de ciencias de Londres, París y Edimburgo.[<<](#)

¹²⁴ Alusión al personaje de *Dombey e hijo*, de Dickens. <<

¹²⁵ El tema del reconocimiento internacional de los derechos de autor siguió debatiéndose durante todo el siglo XIX. Tal como se planteó en la reunión mencionada, de la que informaba la *Literary Gazette* el 5 de julio de 1851, las casas editoriales estadounidenses sacaban obras previamente publicadas en Inglaterra sin pagar derechos, acogiéndose a la negativa del gobierno de Estados Unidos a firmar un acuerdo internacional regulador. <<

¹²⁶ Charlotte había acudido durante su estancia en Londres con George Smith a la consulta del doctor Browne, frenólogo famoso de la época, que les hizo un estudio frenológico. <<

127 Una de las hijas de la señora Gaskell. <<

¹²⁸ Charles Kingsley (1819-1875), teólogo, escritor y político; entre sus obras se cuentan *Alton Locke* (1850), *Levadura* (1851), y la vida de santa Isabel de Hungría a que se refiere Charlotte Brontë en esta carta, publicada en 1848. <<

129 Referencia a dos personajes de un relato de la señora Gaskell. <<

¹³⁰ Teólogo y filósofo (Norwich, 1805-Londres, 1900), miembro de la Iglesia unitaria, disidente de la Iglesia oficial de Inglaterra.<<

¹³¹ La autora del artículo del *Westminster* era Harriet Taylor. Elizabeth Gaskell añadió una nota a este pasaje en la tercera edición; cita en ella una carta que había recibido de John Stuart Mill, explicándole que él no era el autor del artículo, aunque lo había revisado, y deshaciéndose en elogios a la autora del mismo. <<

¹³² Las obras de la novelista sueca Fredrika Bremer (1801-1865) se habían traducido al inglés y Elizabeth Gaskell había conocido a la autora en 1851. Al parecer, su «destreza especial» consistía en escupir en lugares públicos. <<

¹³³ Benjamin Disraeli (1804-1881), ministro de Hacienda del gobierno conservador de lord Derby, que sustituyó en 1852 al gobierno liberal de lord John Russell (1792-1878); Disraeli había representado la oposición durante el gobierno de Russell. <<

¹³⁵ Julia Kavanagh (1824-1877), prolífica escritora nacida en Irlanda. Publicó la obra mencionada (*Women of Christianity Exemplary for Acts of Piety and Charity*) en 1852. <<

¹³⁶ *The School for Fathers* (1852), de Josepha Gulstone (seudónimo, Talbot Gwynne).[<<](#)

¹³⁷ Alusión al personaje grotesco de la comedia *She Stoops to Conquer* (*Humillarse para vencer*) de Oliver Goldsmith, publicada en 1773 y estrenada el mismo año con éxito en el Covent Garden. <<

¹³⁹ Se refiere a *Henry Esmond*, de Thackeray. <<

¹⁴⁰ *Henry Esmond*, de Thackeray. Véanse cap. anterior. La primera edición de la novela se publicó en caracteres del s. XVIII para crear la ilusión de que eran las memorias del coronel Esmond, publicadas en 1778. <<

¹⁴¹ Charlotte Brontë se refiere a la etimología del nombre y apellido de su heroína: Lucy, relacionado con el latino *lux* (luz) y *snow* (nieve) o *frost* (helada).[<<](#)

¹⁴³ Héroe de la mitología griega a quien Zeus castigó cuando se proponía seducir a Hera, formando una nube con la misma apariencia de ella (Néfele o Nube).[<<](#)

¹⁴⁵ Thackeray, *The English Humorists of the Eighteenth Century*, 1853. Véase vol. II, cap. IX. <<

¹⁴⁶ Elizabeth Gaskell había conocido a Harriet Beecher Stowe (autora de *La cabaña del tío Tom*) en su último viaje a Londres. <<

¹⁴⁷ La autora parece confundirse aquí con la inscripción de la torre de la iglesia, que ella misma explica en el vol. I, cap. I. La iglesia de Haworth se llamaba entonces y sigue llamándose de San Miguel y Todos los Ángeles.<<

¹⁴⁸ Anne Marsh Caldwell (Stafford, 1791-Lindley Wood, 1874) escribió entre otros muchos cuentos y novelas *Two Old Men's Tales* (1834); uno de los cuentos incluidos es *El deforme* citado. La novela de Fredrika Bremer se publicó en inglés en 1842, trad. por Mary Howitt. <<

¹⁴⁹ Segundo poema largo de Dobell, publicado en 1854. <<

¹⁵⁰ Se refiere a la guerra de Crimea (1854-1856), en que Francia e Inglaterra lucharon contra Rusia como aliados de los turcos. <<

¹⁵¹ Charles Lamb (1775-1834), poeta, dramaturgo, ensayista y crítico literario; destacan en su obra los ensayos (*London Magazine*, 1820-1825), recopilados (1825) con los títulos *Ensayos de Elia* (1825) y *Más ensayos de Elia* (1833), sobre diversos temas de la vida cotidiana, tratados con finísimo humor, y en los que figura el ensayo mencionado por la autora.<<

¹⁵² John Forster (Newcastle del Tyne, 1812-Londres, 1876), historiador y biógrafo. Publicó *Life of Oliver Goldsmith* en 1848, *Life of Charles Dickens* (1871-1874) y dejó sin terminar una biografía de Jonathan Swift. <<

¹⁵³ En cuanto a mi opinión sobre el colegio ahora, sólo puedo dar la que saqué tras una inspección rápida y superficial; creo que no estuve en el centro más de media hora; pero fue y es la siguiente: que la casa de Casterton parecía absolutamente salubre y bien cuidada y que está situada en un lugar precioso; que las alumnas parecían alegres, felices y contentas, y que la directora era una persona muy agradable, que respondió a mis preguntas sobre la formación de las alumnas; me dijo que el programa de estudios ha cambiado considerablemente desde que se fundó el colegio. Habría incluido este testimonio en la primera edición si hubiera creído que una opinión basada en algo tan superficial y ligero podía tener algún peso. (*N. de la A.*)[<<](#)